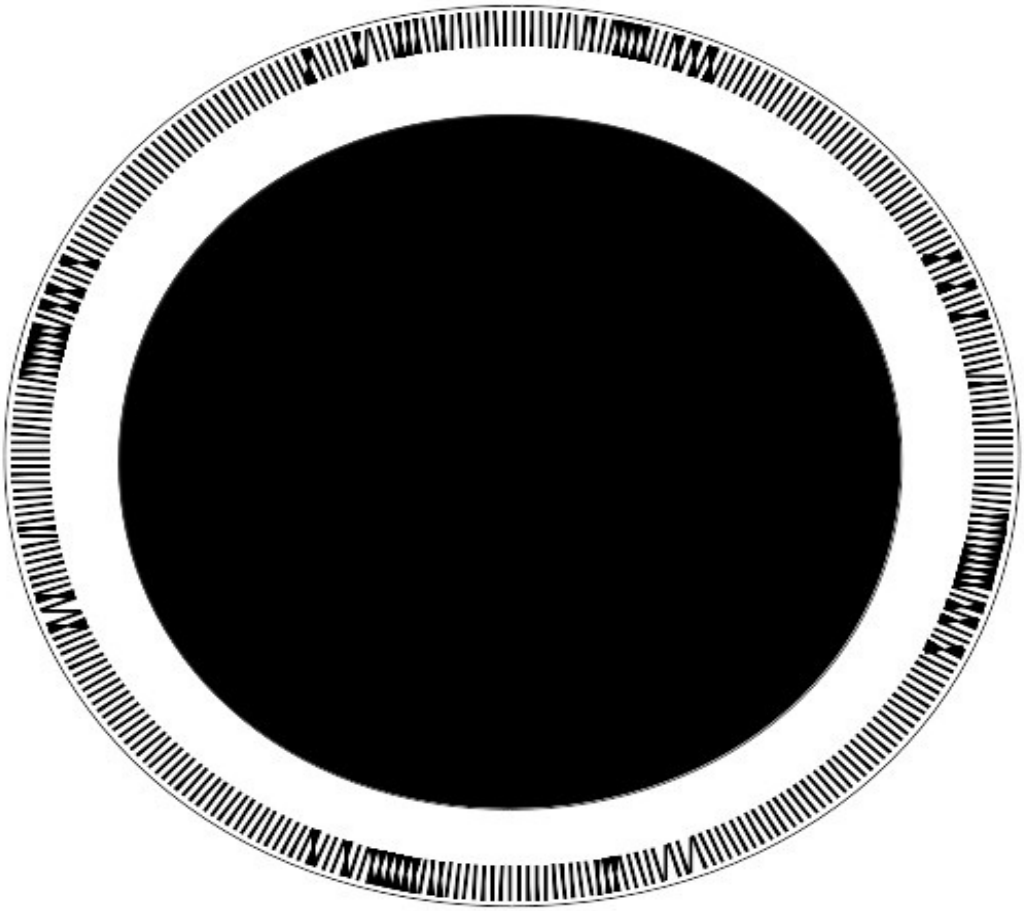
STAR WARS



El camino de la Fuerza

Víctor Pereiras Arisa

El camino de la Fuerza

1ª edición abril 2020

Un fanbook de Víctor Pereiras Arisa

victorpereirasarisa.com

Sin ánimo de lucro, sólo entretenimiento

©Lucasfilm Ltd. Personajes, planetas, razas, droides, naves y demás miscellania propia del universo Star Wars, a excepción de aquellos creados expresamente para este libro. Please, be pious. Don’t follow the dark side.

El camino de la Fuerza

Víctor Pereiras Arisa

A Él se lo entrego

Huida a Loome

Los motores del carguero ligero *Augurio* de clase *Nella 342* rugieron en el hangar cuatro del pequeño espaciopuerto del planeta Loome, las únicas instalaciones con capacidad para albergar naves espaciales del planeta que Kilian Hightowers acababa de pisar por primera vez en su vida, y que anhelaba quedarse en él durante mucho tiempo. El nombre del carguero que le había traído le pareció apropiado y, en su joven parecer, lo creía premonitorio. Se quedó observando el gradual despegue del Augurio, hasta que alcanzó suficiente elevación como para poder apagar los motores de repulsión y encender los impulsores sublumínicos, instante en que la nave se alejó rápidamente de la atmósfera del planeta, adentrándose en el espacio.

Se echó a la espalda el petate que llevaba con sus escasas pertenencias y abandonó el hangar cuatro, accediendo a los pasillos del espaciopuerto, donde numerosos viajeros y personal acreditado caminaban de un lugar para otro. Siguió las indicaciones luminosas hasta encontrar la cantina, donde buscó una mesa apartada en la que descansar un tiempo. Mientras se tomaba una bebida, pensaba en el curioso propietario del carguero ligero que le había traído hasta el planeta Loome. Era un amable comerciante de la raza gran, característica por sus tres ojos frontales, que en vez de estar en el rostro sobresalían unos centímetros a través de unos rígidos apéndices. Se llamaba Yoras Deem. Recordó las palabras de despedida que pronunció

en el hangar, antes de entrar en su nave y marcharse:

«¡Buena suerte en tu viaje! Deja de lado tus preocupaciones y búscate buenos amigos. Con amigos todo se lleva mejor. Y cuida la familia. La familia siempre estará ahí para ayudarte, no pierdas el contacto. ¡Buen viaje! Espero que volvamos a vernos».

La mención de la familia fue graciosa. Lo último que deseaba Kilian era verla; mucho menos que lo ayudaran. Sin embargo, a Yoras le había respondido que así lo haría para zanjar la despedida lo antes posible. Sobretodo porque viajaba de incógnito y procuraba ser discreto. Era frecuente pagar un pasaje de solo ida aprovechando el viaje de negocios de un comerciante; Kilian conseguía que le costara menos que si hubiera comprado billete en un transporte de pasajeros, y además eludía rellenar papeleo y dejar constancia de sus datos. El comerciante gran, por su parte, sacaba provecho de un viaje que debía hacer igualmente, ganándose un extra no desdeñable de mil quinientos créditos. Un extra que a pesar de todo no era precisamente barato. Por poco más Kilian había viajado en transespaciales de línea, con todo lujo de comodidades y personal a su servicio, y no en el desgastado carguero que un día transportaba recambios y material tecnológico diverso y a la semana siguiente animales de monta o víveres precintados. La segunda razón por la que mintió a Yoras fue porque el «amable» gran lo era en exceso, preguntaba demasiado y le consideraba un amigo de confianza tan sólo por haber pasado quince horas juntos; diez por la duración del viaje y cinco por las operaciones de carga y descarga en las que, por si fuera poco, ayudó.

Ahora que ya no lo tenía delante se sentía timado. No sabría

decir si realmente había sido engañado de mala fe o si la verborrea de Deem causaba esos efectos en las personas: ganas de querer acabar cuanto antes con tal de quitárselo de encima. Y si hacía falta ayudar a descargar el carguero, se hacía y punto. Yoras Deem era un gran, y los gran por lo general son pacíficos, muy sociables, y protectores. O eso tenía entendido, porque realmente no sabía mucho de las costumbres y la cultura de esta raza. En Malastare, que era el planeta donde había encontrado a Yoras para que le trajera a su destino, trató con otros gran y algunos de ellos eran susceptibles e irascibles. No confió lo suficiente en ellos como para aventurarse a comprar pasaje para Loome. Quién sabe si le robarían, dejándole tirado o incluso muerto en cualquier lugar. No tenía suficiente experiencia en el trato con comerciantes y contrabandistas como para saber de quién fiarse y de quien no.

A sus dieciocho años Kilian estaba acostumbrado a círculos sociales poco amenazadores. Los dos últimos había vivido en el Templo Jedi, un lugar apacible y seguro, y las pocas veces que salía por Coruscant, la capital de la República Galáctica, lo hacía acompañado y siempre por los niveles superiores. Previamente, tanto en la infancia como en la adolescencia, había crecido bajo el amparo de su familia en Corellia, su planeta natal, y el ambiente más peligroso en el que había estado eran las carreras clandestinas de aceleradores, donde nunca le pasaba nada porque, aunque de vez en cuando se topara con algún amenazador camorrista, todos sabían de quien era sobrino y nadie se metía con él. Y si le detenían le pagaban la fianza o le retiraban los cargos antes de acabar la noche, con algún tirón de orejas y algún leve castigo, pero sabiendo que no le sucedería

nada serio.

Era la primera vez que viajaba solo, sin compañía, sin que nadie le reservara pasaje ni hubiera algún empleado de la familia esperándole en cada escala; sin tripulación de a bordo solícita a satisfacer sus necesidades. Dependía de sí mismo y eso era algo nuevo para él. Tenía miedo de perderse, de elegir mal los destinos o de gastar más dinero del efectivo del que disponía, el cual revisaba casi diariamente para comprobar que seguía en el mismo sitio. Por otra parte se sentía orgulloso de sí mismo, y eufórico por haberse atrevido a hacerlo. Pero sobretodo, por encima de cualquier otra consideración, se sentía libre.

Planificó el recorrido siguiendo el consejo que le habían dado: una ruta lenta, cambiando de transportes y procurando dar la menor información de sí mismo; mucho menos de su destino. Salir del Templo fue relativamente fácil con la ayuda de su mentor. Él le cubriría las espaldas mientras se daban cuenta de su desaparición. Nadie se lo esperaba y, por otra parte, confiaban en que después de haberse decidido su expulsión en la última reunión del Consejo tampoco tendrían mucho interés en vigilarle, pues de todas maneras al día siguiente tendría que abandonar forzosamente la vida que había llevado en Coruscant. Obviamente mostrarían preocupación, pero su mentor ya tenía preparada una respuesta que, si bien no decía toda la verdad, tampoco era una mentira. La decisión del Consejo ya se la temían ambos después del último incidente, y no era de extrañar que un joven impetuoso como él, afectado por la perturbadora noticia, huyera del Templo la misma noche sin despedirse de amigos y compañeros, en un arranque alocado que demostraría definitivamente que no habían errado. Lo más probable sería que

en uno o dos días volviera avergonzado a disculparse, a despedirse adecuadamente y asumir su nueva situación. Y si no lo hiciera, quizás creerían que habría retornado directamente a Corellia. Ese margen de tiempo le daba horas suficientes para conseguir marchar del planeta sin llamar la atención. Acordaron que la ruta que seguiría la tendría que trazar él mismo, sin que la supiera su mentor. No quería arriesgarse a usar ni el Corredor Corelliano ni la Espina Comercial Corelliana, que si bien eran de las más rápidas también es cierto que para su familia sería más fácil encontrar su rastro. Dominando buena parte de los convoyes y transportes de dichas rutas hiperespaciales, con las que se había forjado su fortuna, no tendrían dificultad alguna en obtener los registros del pasaje. No podía ocultar su identidad pues no disponía de credenciales falsas. La vía Hydiana, sin embargo, aunque igualmente utilizada comercialmente por su familia, estaba mayormente operada por otras corporaciones de la competencia. Le llevaría más tiempo pero sería más seguro. Reservó por lo tanto billete en clase turista en una pequeña nave independiente con capacidad para cuatrocientos pasajeros, no sometida a ninguna corporación, que cubría la Ruta Comercial Perlemiana hasta Brentaal IV, sistema que se cruzaba con la Vía Hydiana. En tan solo cuatro horas -la rapidez al inicio era más ventajosa- ya estaba en una de las estaciones orbitales valorando los horarios, duración y precios hasta Malastare. Optó finalmente por comprar litera, en cabina compartida de nueve, en un crucero de línea cuyo límite de pasajeros serían de ochocientos, pero que tranquilamente podían excederse en una o dos centenas, entre sobornos, polizones y registrados falsamente como tripulación. El viaje duró catorce largos días entre paradas intermedias y lentos saltos al hiperespacio, aguantando todo tipo

de incomodidades, mala comida y numerosas colas para todo. Pero entre tanta multitud era fácil mantenerse oculto a ojos indiscretos, y aunque al tercer día ya creía que su partida había sido todo un éxito no bajó la guardia. Mejor pecar de exceso de cautela que volver a su «cómoda» vida en Corellia. Una vez desembarcó en Malastare, dedicó tres días a desplazarse de una ciudad a otra usando transportes locales, y otros cuatro buscando a alguien dispuesto a llevarle a Loome. Finalmente encontró al comerciante Yoras Deem.

Loome se encontraba rodeado de un cúmulo de nebulosas oscuras del sector Quess que habían ocultado la estrella de su sistema solar a los cartógrafos de la República Galáctica. Fueron unos taciturnos prospectores de minerales del lejano sistema de Old Mankoo quienes traspasaron la región oscura y encontraron primitivas sondas espaciales en el duodécimo y más alejado planeta, que aún emitían tenues señales hacia el cuarto orbe planetario. Los restos de un transbordador accidentado en una de las lunas del séptimo planeta, con los esqueletos de su tripulación en el interior, con insignias y banderas desconocidas, confirmaron la existencia de vida inteligente. Siguiendo el protocolo de actuación en estos casos, se notificó el hallazgo al servicio de exploración de la República, quienes se encargaron de establecer las primeras comunicaciones con los habitantes del sistema, de una manera pacífica pero prudente al ignorar la reacción que podrían tener ante la más que probable primera visita extraterrestre de su historia. La civilización del sistema Loome había desarrollado una tecnología básica de exploración espacial, y unos anticuados motores de combustión para el viaje interplanetario, claramente inadecuados para ir más allá del

borde del sistema solar, aunque lo suficiente como para conocer el resto de planetas. A partir de entonces, hechos que ocurrieron hace tan solo trescientos años, Loome experimentó una súbita revolución tecnológica gracias a las innovaciones traídas por la República, pequeña en comparación con el tremendo impacto psicológico que supone descubrir no sólo que no estaban solos en el universo, sino que además ya estaban asignados a un sector llamado Quess, que a su vez formaba parte de una galaxia abundantemente poblada y con un gobierno central.

Toda esta curiosa historia del planeta se la había contado Yoras Deem a Kilian en su viaje. Recordó cómo se veía Loome desde el espacio exterior. Un planeta realmente hermoso. Un mundo con tres grandes continentes montañosos, el primero alargado y solitario; los dos restantes unidos por una estrecha lengua de tierra en el ecuador, uno al norte y otro al sur. En total la masa terrestre ocuparía aproximadamente la mitad de la superficie global, y el resto eran océanos. La mitad del hemisferio norte, desde el polo hasta el primer trópico, estaba totalmente helado, congelando el mar durante todo el año, lo que unía a través del hielo el primer continente con los otros dos. El polo sur, al contrario, no estaba helado y no había tierra alguna: un revoltoso océano sacudido por violentas tormentas. El clima septentrional se adentraba bastante en tierra al verse la región norte de ambos continentes mayoritariamente blanca. Gran parte de la superficie terrestre estaba surcada por cordilleras que recorrían los continentes por los cuatro puntos cardinales, acompañados de caudalosos ríos, grandes lagos, y frondosos bosques. A lo largo del ecuador abundaban valles poco accidentados, salpicados de llanuras de hierba y climas

templados. El continente sur era el menos montañoso y, hacia la región cercana a la lengüeta de tierra de unión, al sur de una gran bahía abierta al mar central, se encontraba el espaciopuerto del planeta, en Loormist, la capital mundial. Nada que ver con las habituales instalaciones espaciales que Kilian había visto a lo largo de su joven vida. Calculó que podía dar servicio solamente a una treintena de pequeñas naves, mayormente cargueros ligeros o pesados de como mucho cien o ciento diez metros de longitud. La corbeta corelliana de su tío Garek, de tener que aterrizar, debería hacerlo en alguna llanura exterior. No era la primera vez que Yoras había hecho la ruta Malastare-Loome. Ya había visitado el planeta en una decena de ocasiones y conocía bien las rutas de descenso. La atmósfera superior del planeta sufría el paso de fuertes vientos en casi todo el orbe, y la zona más calmada se encontraba cerca del ecuador en un vector de aproximación adecuado al espaciopuerto.

Abandonando los recuerdos de su pequeña odisea, la mente de Kilian retornó a la cantina del espaciopuerto, con vistas a las verdes praderas exteriores. No había mucha gente y la mayor parte eran lugareños. Los lomest, los habitantes de Loome, eran muy parecidos a cualquier raza humanoide, pero un poco más bajos y corpulentos, compactos y de extremidades cortas, de ancha cara, gruesas pestañas y cabellos de un fuerte color rojizo. Muchos se dejaban espesa barba -incluso a las mujeres les crecía una muy fina-, y por las gruesas vestimentas que llevaban debía de hacer bastante frío en el exterior, por lo que sería necesario

comprarse algo de abrigo. No se veían apenas razas de otros planetas: algún duro, varios sullustanes, humanos de distintos sistemas y otros gran. Le llamó la atención la cantidad de tiendas comerciales, tantas como en otros espaciopuertos de mayor tamaño. Imaginó que sería el lugar donde mejor se podría conseguir tecnología moderna.

Descubrió a dos hombres que le estaban mirando desde la barra del establecimiento. El primero tendría unos cuarenta años cumplidos, de aspecto rudo, espalda ancha y buen porte físico; cabello castaño oscuro y barba corta; mirada honesta pero reservada. Su tutor en la academia le había enseñado a estudiar a las personas. En cada reunión diplomática, o cada vez que tenía que acompañarle en algún encargo, le aconsejaba centrarse en sus interlocutores. «Fíjate con quien hablas y con quien te encuentras; intenta averiguar cómo es a partir de sus gestos, su manera de moverse o de las posturas que adopta; cómo viste, qué bebe, qué desea, en qué piensa». En la mayor parte de las ocasiones trataba con políticos, embajadores o burócratas. Aquel hombre no era nada de eso. Colgaba de su cinturón una pistola bláster estándar; era el único hombre armado que había visto a excepción de los guardias aduaneros. Quien le acompañaba era un anciano de unos setenta años, de pelo gris con calvicie desde la frente hasta la coronilla. Parecía un monje sacado de algún perdido monasterio. Se apoyaba en la barra y, ligeramente encorvado, le decía algo a su acompañante.

Se tranquilizó, respirando suavemente y abstrayéndose del espacio a su alrededor hasta que solo existieran aquellos dos hombres. Las anteriores veces en las que intentó captar la mente de otras personas siempre fue con «sujetos pasivos», que no se

resistían, como otros alumnos o maestros. Normalmente no se atrevía con desconocidos porque era más difícil, pero que estuvieran tan cerca le favorecía. Centro su mirada en ellos. Del anciano emanaba una sensación de tranquilidad que le sorprendió; parecía un pariente lejano al que hacía tiempo que no veía, con el que siempre se hubiera llevado bien. Era agradable. Del otro hombre no percibía nada, salvo quizás serenidad. No conseguía acceder a él, pero tampoco parecía resistirse activamente. Lo volvió a intentar enfocando con mayor intensidad, olvidándose del anciano. Que el hombre llevara su mano a la empuñadura del bláster y oyera el «click» del seguro desbloqueado le sacó súbitamente de su concentración, soltando un respingo en la silla. Ambos dejaron la barra, sonriendo, lo que no impidió que Kilian se levantara de un salto, preparado para no sabía muy bien qué, buscando una vía de escape. El brazo de aquel robusto hombre se alejó del arma, ofreciendo en su lugar la mano.

> –¿Kilian Hightowers? –el hombre armado rompió el silencio, la mirada de sorpresa del joven confirmó su suposición–. Soy Alec Brounsapier, pero puede llamarme simplemente Bronx. A mi amigo le llaman Mirlo. Lo estábamos esperando.

–Eh... ¿Quién les ha enviado? –no esperaba tener recibimiento alguno y no las tenía todas consigo.

Estos hombres podían haber sido enviados por su tío, pero ¿cómo podría saber su familia que se dirigía a este planeta recóndito del Borde Central?

–Vaya, el chico es desconfiado –dijo retirando la mano ofrecida–. Hace bien. Hay que ser precavido, sobretodo si viaja

de incógnito, ¿verdad?

–Venimos de La Granja -intervino Mirlo –. Su tutor, Coshar Teelk, nos habló de usted. ¿Eso lo tranquiliza?

–Sí –respondió Kilian aliviado, sólo Coshar le había hablado de la existencia de La Granja–. Encantado de conocerlos. –inclinó la cabeza a modo de saludo–. Soy Kilian. Perdonen mi falta de educación. Ha sido una descortesía por mi parte –contestó protocolariamente, no por sinceridad.

Bronx restó importancia al asunto con un gesto de su mano.

–Bueno, supongo que no ha hecho un viaje tan largo como para preocuparse ahora por las formalidades. Empieza la época de las nevadas y aún le queda un trecho por recorrer. ¿Le gustaría venir con nosotros? Responderemos a sus preguntas por el camino.

– Sí, claro –respondió, acompañándoles al exterior.

El aviso

La corbeta corelliana Torre I emergió del hiperespacio proveniente del sistema Lianna, entre las órbitas de Corellia y Drall, más cercana a la primera que a la segunda, pero a suficiente distancia como para no colisionar con ninguna nave que se aproximara al espacio exterior del principal mundo del sistema Corelliano. Tardaría una hora en alcanzar la órbita exterior del planeta capital del sector, donde se situaban las variadas estaciones espaciales de producción, y donde la Corporación Hightowers mantenía el principal centro logístico de sus negocios. Tan pronto como se verificó el correcto funcionamiento de los motores sublumínicos y que la salida del hiperespacio no había ocasionado ninguna anomalía en ninguno de los sistemas de la corbeta, iniciaron las comunicaciones del puente de mando con las oficinas centrales de la Corporación, ubicadas en *Ciudad Hightowers*, uno de los distritos de la metrópolis Corona.

Torre I era la nave personal de Garek Hightowers –propietario de la Corporación Hightowers y cabeza de la milenaria familia–, que utilizaba tanto en misiones comerciales como para asuntos personales. Era un hombre de faz seria y respetable, moreno pero con algunas entradas canosas. Esperaba pacientemente el restablecimiento de las conexiones en la sala de operaciones, una estancia habilitada en la cubierta segunda como centro móvil de la Corporación, donde podía dirigir la compañía –

también era su Presidente– como si estuviera en la sede central. La sala contigua era la de sensores y comunicaciones y, aunque estaba al servicio del puente de mando, habían derivado los cables para que en la sala pudieran tener conexión directa. Sentado a dos metros aguardaba su secretario personal, dispuesto a realizar el primer filtrado de mensajes entrantes, mientras su señor atendería la videoconferencia que necesitaba iniciar cuanto antes. Garek había dado órdenes al capitán de la corbeta para que retuviera las comunicaciones de los directores generales de transporte, que sin duda tendrían novedades que contarle –para quienes cualquier asunto era urgente–, con el fin de dar prioridad a su hija Darlah, la primogénita y heredera del imperio familiar, máxima voz de la Corporación cuando él no estaba presente. Oyó un pitido tosco de encendido y el bello rostro de Darlah, al que la edad no parecía hacer mella –pasaba la cincuentena–, apareció en el monitor de la sala de reuniones. Por la imagen que aparecía pudo comprobar que su hija se encontraba en el despacho de Torre Augusta, el rascacielos sede de la Corporación y hogar de la familia.

–Me alegro de verlo, padre –escuchó la clara voz de Darlah Hightowers–. Esperaba ansiosa su regreso. ¿Cómo fueron las negociaciones?

–Como esperábamos –respondió Garek–. Sistemas Sienar de la República no será un impedimento para nuestro próximo acuerdo, a cambio de que sean nuestros proveedores de lanzaderas de transporte.

–Un duro golpe –apuntó su hija–. A la Corporación Corelliana no le agradará que rescindamos el contrato, lo que podría hacerles cambiar de idea.

–Tranquila, el contrato con Siennar se limita a las lanzaderas que requieran armamento –aclaró el cabeza de familia.

–Eso es sólo una parte de nuestras necesidades –se alegró su hija–. Únicamente las rutas del borde exterior son asaltadas por piratas.

–¿Cómo va la huelga encubierta de pilotos? –cambió de tema el cabeza de familia.

–Lamentablemente sin variaciones, padre. Estoy preparando los informes para que Perkins pueda echarles un vistazo en cuanto nos sentemos juntos.

–Disculpe la interrupción, señor Hightowers –dijo el aludido–. Tenemos un mensaje prioritario que atender.

–Perkins... –Garek recriminó al secretario con la mirada.

–*Es nuestro asociado* –aclaró impertérrito el secretario, buen evaluador de cuando debía hablar y cuando callar; la ocasión lo merecía.

–Disculpa, Darlah –la cara le cambió, entendiendo la importancia del asunto–. Comunica a Knei el éxito del acuerdo y encárgate de los siguientes pasos.

–Claro, padre.

El rostro de su hija desapareció inmediatamente del monitor, viéndose remplazada por una pantalla en negro con un único indicador de conexión de voz en una de las esquinas. A una señal, Perkins inició la llamada. Al cabo de un rato, se escuchó una voz grave metalizada, propia de un distorsionador de sonido.

–Kilian se ha fugado del Templo.

–¡¿Qué?! ¿Cómo es posible? –respondió Garek asombrado.

–Ayer por la noche –detalló la voz–. Mi contacto me ha avisado esta mañana. He averiguado que se dirige hacia Brental IV. No puedo perder tiempo informándole de los detalles; probablemente hará un transbordo.

La comunicación se cortó repentinamente, dejando a Garek visiblemente molesto. Ningún empleado suyo, independientemente de su cargo en la Corporación, le habría ninguneado de esa manera. Ni siquiera lo toleraba de la familia. Pero su interlocutor no era un empleado en nómina, al menos de la manera convencional, y desde luego tampoco un pariente suyo. Lo había contratado por ser el mejor en lo que hacía, algo que le había demostrado en reiteradas ocasiones. Además, la celeridad de los acontecimientos justificaban su comportamiento; Brental IV era el cruce entre dos importantes rutas hiperespaciles, la Vía Hydiana y la Ruta Comercial Perlemiana, un sistema de transito entre numerosas opciones de viaje. Para su sorpresa, su sobrino había elegido acertadamente el camino de huida: podía dirigirse hacia cualquier planeta entre las Colonias y los Territorios del Borde Exterior. Esta última rebeldía de Kilian le supondría un retraso inesperado en el importante acuerdo que debía finiquitar, pero su primogénita sabría dar las oportunas explicaciones, disculpando su ausencia. Con una leve mirada indicó a Perkins lo que deseaba. El secretario encendió el comunicador interno de la corbeta.

– Capitán Dexterios, puente de mando –notificó el comandante de la nave, saludando disciplinadamente a través del monitor de la sala.

–Capitán, calcule salto para Coruscant e informe a Torre

Augusta de nuestras intenciones –ordenó Garek–. En cuanto lleguemos diríjase a los hangares más cercanos al Templo Jedi.

–A la orden, señor –respondió solícito el capitán de la nave.

Expectativas

Los tres caminaron unos novecientos metros, alejándose del espaciopuerto, hasta una planicie usada para el aparcamiento de vehículos terrestres. Kilian Hightowers se fijó en los diferentes deslizadores terrestres, aéreos e incluso alguna moto-jet. Por lo general modelos estándar y antiguos, ninguno que mereciera la pena. Se subieron a un camión deslizador Trast A-A5, un vehículo terrestre de más de veinte metros de longitud, bastante común para el transporte de mercancías, que había sido adaptado para habilitar la mitad delantera de la zona de carga como habitable con tres literas, una nevera y una mini-cocina. El resto de la carga estaba ocupado por contenedores, cajas y material diverso que parecía haberse cargado recientemente.

–Este será nuestro medio de transporte durante los próximos días –dijo Bronx–. Es un viejo transporte recuperado que me ha dado buen servicio.

–¿Próximos días? –preguntó Kilian atónito al subir dentro, dejando el petate en la zona de carga– ¿Tan lejos vamos?

–Bueno, tenemos que ir a las Montañas Gélidas, y eso queda en el continente Norte, después de pasar el istmo de Grunienberg. Mientras estemos en el continente Sur los caminos son bastante directos, pero después hay que dar bastantes rodeos a causa de lo accidentado del terreno.

–¿Y no disponen de ninguna nave aérea? –preguntó

extrañado.

Un deslizador terrestre se alzaba entre medio metro y tres de altitud, flotando por encima de la superficie, rocas, zanjas y cualquier obstáculo serio, incluso bosques bajos, pero sus repulsores no eran adecuados para evitar acantilados y cualquier espacio abierto.

–No. Aquí en el sur son más frecuentes, pero siguen siendo un lujo. En el norte apenas hay, y tampoco es que sean muy útiles; las fuertes tormentas septentrionales son capaces de derribar a cualquier piloto –Kilian lo ponía en duda, pero se lo calló–, y créeme que si estallan es mejor permanecer cerca del suelo en vez de en la atmósfera. ¿Sabrá conducirlo?

–Bueno, he manejado todo tipo de aéreos, moto-jets y, sobretodo, aceleradores y vainas. Supongo que sabré hacerlo –ironizó mientras se acomodaba en el sillón del piloto–. Gané numerosas carreras en todo el sistema Corelliano.

–Bien –suspiró Bronx–. Será suficiente con que podamos turnarnos a los mandos –Kilian observó que se desabrochaba el cinturón del bláster y guardaba el arma con su funda en un compartimento lateral–. Verá que los hemos adaptado para que baste una tripulación de dos, en caso de que fuera necesario. Empezará siendo mi copiloto, así que ya puede cambiarse de asiento. Después le reemplazará Mirlo. Por cierto, el viaje será bueno para que se aclimate. Aquí el día dura treinta y seis horas estándar, y tenemos luz durante veinte, por lo que un día da para mucho. Procuraremos que descanse.

En dos días se adaptó a los turnos rotatorios de pilotaje que había establecido Bronx, con paradas para estirar las piernas o dormir de diez a doce horas por la noche. Al cuarto permitieron que el muchacho fuera el piloto principal del Trast A-A5, controlando que no alcanzara el máximo de 160 Km/h del pesado transporte. Los días se le hacían extremadamente largos, como era de esperar, aunque lo soportaba bien gracias a su juventud y al entrenamiento del Templo. Quería causarles buena impresión y aguantar su ritmo. Tenía que demostrarles que podía aguantar cualquier tarea que le impusieran. Cumpliría con las órdenes que le dieran; de esta manera Bronx y Mirlo hablarían bien de él ante el maestro, algo recomendable si quería ser admitido en *La Granja*.

No sabía bien que tipo de centro era, ni siquiera por qué la llamaban así. No era un nombre muy adecuado para el noble propósito que cumplía, pero sí para no destacar. Suponía que en el Templo Jedi muy pocas personas debían de conocer su existencia, y menos aún su localización; quizás solo Coshar y algún maestro del Alto Consejo. Su mentor, que no le había dado muchos detalles del sitio, le hizo prometer que guardaría el secreto antes de revelarle el sistema estelar donde se encontraba. Conocía, por las clases de historia a las que acudió, que tras la batalla de Ruusan –hacía ya casi un milenio–, la Orden Jedi decidió que no volverían a dispersar sus academias por la galaxia, dado el riesgo que suponía que algunos caballeros cayeran en el reverso tenebroso sin descubrirlo a tiempo. Centrando la formación de los futuros caballeros en el Templo, bajo la atenta supervisión de los más sabios maestros, los

alumnos aprenderían a dominar La Fuerza sin riesgo a caer en la tentación de usarlos en su propio beneficio, corrompiendo su espíritu. Antiguamente no solo se construían escuelas de formación, sino que también se fundaban centros de estudio y grandes bibliotecas donde preservar el conocimiento adquirido tras largos siglos de observación y práctica. Algunas pocas de ellas, como la del gran Maestro Odan-Urr, reunía todas las disciplinas en un mismo centro. Sin embargo todo aquello se había perdido hacía ya mucho tiempo y el único lugar que existía en la actualidad era el Templo de Coruscant, la capital de la República Galáctica.

Tampoco sabía mucho del maestro que dirigía «la escuela». Era evidente que si de alguna manera obtuvo licencia del Consejo para construir una academia debía ser tan sabio, venerado y poderoso como los miembros de la mas alta institución jedi. Sabía por su tutor que había sido el propulsor de los *Diálogos sobre la Ciencia*, una serie de encuentros en los que unos pocos filósofos y eruditos se reunían para debatir, comprender y compartir los aspectos más ocultos de este campo de energía que unía el espacio, el tiempo y toda la vida manifiesta. Aquellas reuniones tuvieron lugar dos décadas atrás, y a veces acudían como oyentes algunos caballeros y padawans, como fue el caso de Coshar Teelk, que, con dieciséis años de edad –la misma que tenía Kilian cuando pisó por primera vez el Templo–, había sido invitado por su maestro a pesar que de aquella no entendía gran cosa y que, como muchos de los aprendices, deseaba más asistir a otras clases más emocionantes como el entrenamiento con sable de luz. Un lustro más tarde el maestro Al Dalma informó de su intención de abandonar el

servicio a la Orden y retirarse a un recóndito planeta para proseguir con su particular búsqueda de los secretos de La Fuerza. Los encuentros no duraron mucho más tiempo sin su presencia y se clausuraron.

Estas reflexiones, que había tenido tiempo de repasar durante su travesía espacial, le animaban a comportarse con suma educación y exquisito cuidado si no quería volver a arruinar su instrucción. Aún no había estimado oportuno preguntarles por su destino, por el maestro, o por el tipo de entrenamiento que recibiría. En Coruscant no fue instruido en el sable de luz al estar en periodo de prueba. En los dos años que permaneció ni siquiera pudo tocar uno, aunque sí estaba rodeado de padawans y caballeros que demostraban sus habilidades con el arma durante las clases o en las pruebas. Incluso niños de seis años recibían sables de entrenamiento no letales, adaptados para evitar accidentes. Tan solo una vez intentó convencer a un muchacho de que le dejara manejarlo, con la excusa de que tenía que *ajustarlo* para reducir la intensidad del característico zumbido, cuando su mentor apareció y le mandó ir a servir de objetivo móvil al resto de la clase. Ya que tanto apreciaba el arma estaría bien aprender a esquivarla. Se pasó el resto de la jornada huyendo de una jauría de críos de ocho a catorce años que obtuvieron permiso para *tomar la torre*, haciendo alusión a su apellido. Tenía la firme convicción de no volver a caer en los mismos errores y ganarse el derecho a aprender el manejo del sable de luz. Y esperaba que no hubiera niños en La Granja.

Sentía curiosidad por sus dos acompañantes. Alec Brounsapier –el hombre que se hacía llamar Bronx– era el que llevaba la voz cantante. Se notaba que estaba acostumbrado al liderazgo y tenía

dotes para ello, por su forma de expresarse, de moverse o cuando permanecía sentado. Hablaba poco pero lo necesario para dejar bien claro qué se esperaba de cada uno. Sabía dirigir a las personas, pero la autoridad que manaba de él era diferente a la de, por ejemplo, su tío Garek. Su pariente no dialogaba: ordenaba dando por hecho que las cosas debían cumplirse según sus deseos y propósitos. Desviarse un centímetro de sus mandatos, bien por iniciativa propia o por haberlas interpretado incorrectamente, podía suponer una degradación del cargo, el despido directo o incluso arruinar su futuro profesional si permanecían en el mismo planeta o sistema donde él respiraba. Buena parte de los empleados que tenían trato directo con el despótico empresario sentían un temeroso respeto. Los que trabajaban lejos de su desagradable compañía, la mayoría de los asalariados de su corporación, temían su nombre por la leyenda que giraba entorno a él y por la famosa circular PMI remitida desde su gabinete de personal, cuyas siglas significaban *Pendiente de Modificación Interna*, es decir, *pendiente* de revisión de sueldo, de la categoría, del lugar o del puesto de trabajo. Los trabajadores la llamaban vulgarmente *Pifia Monumental Irreversible*.

Lo de Bronx era distinto: su voz infundía confianza. Por lo poco que había visto era disciplinado y diligente. Organizó los turnos de pilotaje, de descanso y las comidas por horarios que se cumplían con esmero. No parecía que estuviera dándote órdenes, pero aceptabas sus indicaciones como si así lo fueran. Las seguías por que hacer lo contrario o de otra manera no parecía tener mucho sentido. Era un recién llegado y compartía durante muchas horas un diminuto espacio con dos hombres que no

conocía de nada, pero se sentía como si formara parte de un equipo, una sensación que sólo había tenido con Coshar Teelk. Dedujo que tenía que ser militar, o haberlo sido, y de alto rango.

Mirlo tenía un aire más familiar. Era, si cabe, más silencioso que su compañero; a su lado Bronx parecía un mercader parlanchín. Cuando pilotaba el Trast A-A5 permanecía callado, centrado en su conducción. Se asemejaba a un piloto de cargueros comerciales, acostumbrado a hacer la misma ruta espacial una y otra vez sin variar su recorrido. Cuando cedía su asiento se retiraba a la parte trasera del camión deslizador y meditaba ausente. Le recordaba a los eruditos del Templo que se quedaban largas horas en contemplación. Notaba claramente la Fuerza en él: le rodeaba una aureola invisible de energía que no ocultaba y que Kilian sentía sutil pero firme. La meditación en la Fuerza era una de las enseñanzas básicas en la instrucción de todo jedi, y en su caso había hecho el doble de clases que el resto de los alumnos, la mayor parte de ellas desaprovechadas. Durante los primeros meses le enseñaron a calmar sus emociones y ralentizar sus pensamientos, y solo en contadas ocasiones llegó a experimentar ese estado de armonía con la Fuerza que manifestaba Mirlo; durante tres o cinco minutos, aunque Coshar le aseguraba que nunca había sido más de diez segundos seguidos. Aquel anciano se anclaba en ese estado a los pocos minutos de acomodarse con las piernas cruzadas, y no lo abandonaba hasta que se levantaba. Esa era otra: no hacía falta avisarle de sus turnos de trabajo. Cinco o diez minutos antes cambiaba su respiración y sabías que en breve iba a salir de su trance. Cuestionó si realmente se llamaba Mirlo. ¿No podría ser el maestro Dalma haciéndose pasar por otro? ¿No podía haber

venido personalmente para evaluarle durante la travesía? Algunos maestros del templo gustaban de inocentes engaños para estudiar a su futuro alumno con la guardia baja, sin la actitud de respeto y reverencia que tienen los aprendices cuando están en su presencia. Por su avanzada edad bien pudiera serlo.

–¿Compró billete de vuelta por si acaso? –le interrumpió Bronx, que pilotaba a su lado, sacándole bruscamente de sus reflexiones.

–¿Perdón? ¿Qué si qué? –estaba desconcertado.

–Que si compró billete de vuelta a Coruscant. O a Corellia –matizó.

–Pues, esto... no. No pensé qué... no preví que pudiera necesitarlo –no sabía si se lo preguntaba en serio o era una forma de cortar el hielo. No le gustaba que diera por supuesto la posibilidad de que no fuera admitido. Aunque Kilian estaba preocupado por no dar la talla, confiaba en la decisión de su tutor de enviarle a La Granja.

–Mejor, no importa. Si fuera necesario ya le ayudaríamos a conseguir un vuelo hasta Sullust o Eriadu. ¿Quién sabía que usted venía?

–Solo Coshar Teelk –entendió a donde quería llegar, lo que Bronx quería era asegurarse de que no lo hubieran seguido–. Nadie más.

–¿Ningún amigo suyo? ¿Ningún amigo de su mentor?

–No, ninguno. Repito: nadie más que Coshar y yo.

–¿Qué ruta recorrió para venir a Loome?

–Embarqué en un crucero de línea de la vía Hydiana hasta el

sistema Malastare. Después contraté un vuelo charter.

–Supongo que viajaría con otro nombre.

–No hasta Malastare. No dispongo de documentación falsa –la rapidez de las preguntas le incomodaban–. Pero al mercader no le di mi verdadero nombre. «Claren Luckewood», le dije. Claren me lo inventé, y Luckewood es el apellido de un chico que me cae mal –sonrió brevemente, aunque a Bronx no le hizo mucha gracia, lo que borró su mueca.

–Mal hecho, *muchacho*. Si has tenido que viajar con tu nombre verdadero en transportes de línea cualquiera con un poco de habilidad puede haberte seguido, y si te conoce también puede saber qué amigos tienes y como se llaman. Eso, *muchacho*, es una coincidencia. Y una coincidencia es una pista que merece la pena indagar.

–Bueno, yo... –se sonrojó a pesar de que no era de la misma opinión: ¿cómo iba alguien a escuchar ese apellido en un planeta de millones de habitantes, aún suponiendo que hubiera llegado hasta allí?–. No he visto que nadie me siguiera, y tuve mucho tiempo en el crucero para cerciorarme. Y en Malastare estuve en varias ciudades diferentes antes de encontrar a Yoras Deem. Seguí los consejos de Coshar Teelk y creo que con eso fue suficiente. Ningún jedi me ha seguido –estaba molesto por que le cuestionara, después de haber planificado el viaje con tanto cuidado–. Y me llamo Kilian.

–Disculpe, señor Hightowers. Coshar es un buen tipo, y sabio, pero le falta un poco de experiencia en ciertos asuntos y prefiero asegurarme de que ha tomado las precauciones necesarias. Perdone mi exceso de celo, es usted joven y un inocente detalle

como ese le habrá parecido gracioso. Seguro que tiene razón y nadie lo ha averiguado, pero conviene que no tome riesgos innecesarios en temas importantes. Cuide sus palabras, ahora mismo me acaba de confesar el nombre del contrabandista que le ha traído, ha mencionado a los jedi y me ha demostrado que no mantiene la calma cuando le recriminan una falta, sea justificada *o no*.

Que le trataran de *señor* le pareció tan ridículo como la reacción que había tenido. Su tutor y mentor siempre le recordaba que debía asimilar las críticas con la misma ecuanimidad que las alabanzas: las primeras herían su orgullo mientras que las segundas lo alimentaban. Calló sin saber muy bien que decir. Puede que Bronx quisiera conocer los detalles de su viaje, pero parece que lo principal era ponerle a prueba, saber como reaccionaría. Y cayó rápido en la trampa; mal comienzo.

–Le ruego me disculpe usted a mi, señor Brounsapier –recordó como comportarse–. Es un defecto que me comentan a menudo.

–Llámame Bronx. No importa, solo quería provocarle. En el espaciopuerto hizo bien en procurar percibir nuestros pensamientos, pero en cuanto puse la mano en el bláster perdió la concentración. Mirlo me dijo que fue un buen intento –Kilian sonrió complacido–. Parece que si está calmado se las arregla bien, pero en cuanto algo le supera se bloquea. Mencionó que ganó algunas carreras de aceleradores en Corellia. Sé como son esas competiciones: maniobrar a la máxima velocidad que se pueda alcanzar y en terrenos accidentados, quizás perseguidos por moto-jets o deslizadores aéreos de las fuerzas de seguridad, lo que le da un aliciente extra de riesgo. ¿No le pasa lo mismo cuando pilota?

–Cuando vuelo sé lo que tengo que hacer –respondió–, sea a ras del suelo o a kilómetros de altura; el viento golpeándote con fuerza, saber que un descuido puede matarte... me mantiene vivo. Aprendí a pilotar vainas a los once años, y me atreví con los aceleradores a los quince.

–Quizás fuera diferente porque no veía directamente a su rival, sólo pilotos con casco difuminados por la velocidad. Lo que le pone nervioso son las personas con las que tiene que enfrentarse.

El silencio de Kilian confirmó la conclusión de Bronx. Nunca había reparado en ese detalle. Sabía que reaccionaba de diferentes maneras según con qué personas tratara, pero aquel tipo le había identificado su problema –uno de tantos– en una conversación de diez minutos. Igual el maestro Dalma era él, y no Mirlo.

–Supongo que ya sabían quien era. En el espaciopuerto, quiero decir, cuando me vieron.

–Bueno, Coshar nos mandó su descripción a través de uno de sus canales. Nada de imágenes holográficas. Pero era evidente dada su tez corelliana –Kilian se sorprendió, un corelliano no se diferenciaba mucho de cualquier raza humana de otros sistemas–. De todas maneras, saber mas o menos el día en el que llegaría fue cosa del bello durmiente que está en trance ahí atrás.

–¿Cómo pudo saberlo? –estaba intrigado, aunque obviamente conocía la respuesta.

–¿Es lo que hacéis los jedi, no? Tenéis premoniciones sobre el futuro, una habilidad muy útil para apostar en eventos deportivos.

Al ver la mirada de Bronx supo que le estaba poniendo a

prueba otra vez, intentando provocarlo.

–Los jedi no utilizan sus poderes para eso –contestó devolviéndole una sonrisa cómplice–. El Jedi no actúa en provecho personal, ni para ganar riquezas ni poder. Actúa para adquirir conocimientos; para mantener la libertad, la vida y transmitir sus enseñanzas.

–Una respuesta un poco de manual, ¿no? –sonrió Bronx socarrón.

Kilian no supo qué contestar. Había oído esas palabras, u otras muy parecidas, unas mil veces en el Templo, y tiró de ellas.

–A mi me ha gustado –se oyó una voz suave proveniente de la parte trasera del Trast A-A5.

–¡Ah, ya estás despierto! –rió Bronx.

–Es lo que hacemos los *bellos durmientes*, en algún momento tenemos que despertar –bromeó Mirlo–. No quería perderme vuestra conversación.

–¿Adivinó mi llegada a Loome? –a Kilian le interesaban más sus habilidades–. ¿Pudo verlo en una de sus meditaciones? Pocos maestros pueden vislumbrar si quiera el futuro más allá, y menos aún ser tan precisos.

–Tiene razón; y no soy uno de ellos. El día exacto no lo conocíamos, pero sí podía acertar con una semana de margen. Como queríamos comprar algunas herramientas y utensilios que nos hacen falta aprovechamos para hacer los recados. Una vez en la capital podía dedicar un tiempo cada día para ver su *presente inmediato*. Aunque no le conocía más que por su descripción podía centrarme en recibir visualizaciones de su situación actual. Si no notaba nada era porque aún no estaba en

el planeta, excepto una vez que me pareció verle cargando ¿arcones metálicos? –Kilian asintió, se acordó del embalaje que tuvo que subir a la nave del comerciante gran–. Fue solo un instante, al amanecer. Por la tarde tuve una visión más clara: joven de pelo castaño no demasiado largo pero alborotado, sin pelusilla; tez blanca y ojos de roedor. La imagen mental fue lo suficiente clara como para suponer que se encontraba a pocos kilómetros de distancia.

Fue el comentario más largo que le había oído decir a Mirlo, y había disfrutado con su explicación. El anciano hablaba con modestia de su habilidad con la Fuerza; en el Templo solo algunos maestros, y normalmente del Consejo, manifestaban tal clarividencia hasta el punto de concentrarse en una persona que no conocían de nada mas que por una mera descripción. La mayor parte de los maestros o caballeros solo podían intuir a sus amigos y familiares; como mucho a conocidos. Además, era una enseñanza destinada especialmente a aquellos usuarios que desarrollaran una especial percepción a las líneas temporales. No todos los padawans son sensibles a ellas, y la clarividencia es demasiado tentadora, como había apuntado Bronx. Ver el futuro es peligroso y da lugar a numerosas malinterpretaciones; *«el futuro siempre en movimiento está»*, solía repetir el maestro Yoda. Descubrir acontecimientos del pasado también es complicado, pero como ya ocurrieron ya están determinados, y eso facilita la labor. El presente es más fácil. Si el tiempo se midiera en kilómetros, el presente sería el equivalente a tener a un amigo a tu lado. Independientemente de la dificultad del asunto, los maestros Jedi siempre han sido muy estrictos con las implicaciones éticas. «No se debe tomar a la ligera la intimidad

de los seres» –decía el Maestro Ki-Adi-Mundi–. «Ver sobre su pasado, presente o futuro, incluso si no se resiste y es con buena intención, puede descubrir asuntos privados e incluso secretos que deberían seguir siendo solo de él. Es violento. Es una violación. Centraros en vosotros mismos y respetar la privacidad de los otros».

Ahora que lo pensaba, ¿habría visto Mirlo algo sobre él? ¿Y estos días que habían compartido transporte? Kilian solía proteger sus pensamientos y emociones lo mejor que le había enseñado su mentor, pero no se puede estar alerta todo el tiempo. Ahora ya se conocían, viajaban en el deslizador. ¿Y si ya supiera de su familia? De sus padres y el coste que les hizo pagar el tío Garek, a ellos y a la familia de su madre; su libertad, su reputación, su vida... ¿Quién le podía asegurar que estaba respetando sus recuerdos? Este viejo no tuvo inconveniente alguno en *escanearlo* para saber de su llegada. Los maestros no lo hubieran hecho, se habrían enterado de cualquier otra manera.

–¿Se encuentra bien?– preguntó Mirlo.

–¿Qué?– respondió aturdido. Ambos le estaban observando. Bronx alternaba la mirada entre el terreno por el que circulaban, cada vez más agreste, y él. Mirlo le observaba con atención.

–Se ha quedado en silencio. ¿Se encuentra bien?

–Le has asustado con tu verborrea, Mirlo –dijo Bronx–. Llevas callado desde que partimos y ahora te da por hablar. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Acumulabas las palabras en la punta de la lengua y ahora han salido todas disparadas? Entre eso y tu fea jeta es normal que el joven se quede mudo.

–Estoy bien –respondió finalmente Kilian, extrañado por la

familiaridad de trato de Bronx–. Solo estaba sorprendido de su conocimiento sobre la Fuerza. Es increíble, no sabía que se podía ser tan preciso.

–No es tan raro, señor Hightowers, si se practica con constancia, serenidad y paciencia, y tiene una buena guía. Si dispone de las cualidades precisas puede ser mucho más útil que las habilidades con el sable de luz o mover objetos con la Fuerza.

Mirlo calló un momento. Parecía estudiarle. Después agregó:

–La Fuerza está en todas las cosas, vivas y muertas. La Fuerza lo interconecta todo, lo une todo como un todo. Nosotros vemos el tiempo linealmente, en una dirección concreta y en un único sentido. Para la Fuerza todo es presente, todo es ahora. Cuando uno fluye con su campo puede ver las conexiones. Kilian Hightowers, usted tiene esa conexión; solo tiene que desarrollar su potencial.

–Le has animado demasiado –opinó Bronx.

El anciano miró hacia atrás y observó al muchacho dormido en una de las literas. Bronx seguía pilotando de noche, sin paradas. Había encendido los potentes focos delanteros y superiores del Trast A-A5, y activado los transreceptores de espectro completo en modo barrido. El computador de sensores Fabritech St analizaba la orografía del terreno en veinte kilómetros a la redonda y la renderizaba en uno de los monitores, mientras que la pantalla adyacente mostraba el mapa meteorológico de la

región y las próximas previsiones transmitidas vía satélite. Habían alcanzado las cordilleras del continente norte y era necesario extremar las precauciones. Las nevadas no habían llegado, pero los fuertes vientos desviaban la trayectoria del deslizador y Bronx la corregía constantemente. Pequeños pedruscos impactaban de vez en cuando en el casco del vehículo. El vendaval los arrancaba literalmente de las montañas y los lanzaba como proyectiles. Por fortuna ninguna era demasiado grande como para dañar la nave, pero si alguno alcanzaba alguno de los sensores exteriores podrían quedarse «ciegos».

–Lo que he dicho es cierto. El chico es sensible, muy perceptivo, pero no lo puede controlar –se justificó Mirlo–. Además tenía que distraerlo, algo le hizo revivir el pasado.

–Algo o alguien– inquirió Bronx.

–No he leído su mente... al menos a propósito. Sus pensamientos eran tan claros que prácticamente los proyectaba.

–Tu sabrás –le reprochó.

Los dos callaron unos minutos.

–¿Y qué pasado es ese?

–No estoy seguro. Algo relacionado con sus padres y toda su familia –esta vez fue Mirlo quien sonrió burlonamente, respondiendo a la curiosidad de su compañero–. Está muy marcado por su familia.

–Bueno, no le fuerces nada, como hiciste conmigo.

–Tú me lo pediste. No me atrevería hacerlo sin consentimiento. Respeto a todos los seres como hermanos. Cosa

diferente es que no te gustara lo que descubriste.

–Dejemos eso...

«Es el inconveniente de tener un amigo sincero», pensó Bronx.

–Está bien, ¿qué impresión te da? –prosiguió Mirlo.

–Es tenaz y persistente. Ha cumplido sin quejarse con su trabajo, y parece que sabe obedecer órdenes, aunque no sé si lo hace por respeto o por su propio interés. Sería un buen soldado, quizás un poco desobediente, pero nada que no se arregle con disciplina y firmeza.

–Tiene paciencia para según qué cosas. Se muere de ganas de preguntar sobre La Granja y se ha aguantado hasta ahora.

–Pues ya no va a tener que esperar más. Lo va a ver con sus propios ojos, estamos llegando al valle. Ve despertando al muchacho para que se prepare.

Una hora más tarde el Trast A-A5 se adentraba en un alargado valle flanqueado por altas cordilleras, invadidas por frondosos bosques, que lo resguardaban de los vientos. Estaba amaneciendo, un río serpenteaba por las praderas cubiertas de alta hierba. Kilian admiraba un espectacular paisaje de colinas, montañas y, en definitiva, naturaleza. Acostumbrado a las masificadas megalópolis de Coruscant –de hecho la capital de la República era una ciudad que cubría el planeta entero–, nunca había estado en un planeta con tanta vegetación silvestre. Bueno, en realidad Corellia, su planeta natal, era mayoritariamente rural, manteniendo la actividad industrial en las plataformas espaciales. Pero él había permanecido casi toda su vida en la capital del planeta, sin muchas posibilidades de ver naturaleza.

Se imaginaba que la academia seguiría una arquitectura

moderna, propia de los jedi. Torres cilíndricas, cúpulas cristalinas o grandes pirámides podrían combinar muy bien en este paraíso natural, mezclando tecnología y vegetación, bien alzándose en medio del valle o incrustándose en la ladera de alguna de las montañas, quizás con un oportuno hangar horadado en ella. Hangar de superficie, claro, pues ya sabía que no disponían de mejores vehículos.

Siguieron el curso del río que circulaba por el valle en dirección suroeste. Primero vio a su derecha campos de cultivo, o dedujo que aquellos surcos en la tierra con plantas ordenadas a distancias fijas lo eran, con algunos campesinos trabajando la tierra que les saludaban con la mano. Tuvo un mal presentimiento. Después vio a su izquierda un espacio cercado con monturas bípedas y animales de cría, con establos más al sur y, por último, una construcción de cuerpo principal y dos alas, de piedra y madera, que se notaba que había sufrido diversas reformas. El deslizador terrestre se dirigió claramente hacia aquél rústico lugar, finalizando su viaje.

La expresión de su cara era un poema: los ojos bien abiertos y redondos, las cejas arqueadas y la boca entreabierta. Posó inadecuadamente cerca de los mandos una taza con una infusión relajante que le había preparado Mirlo, que cayó encima de las piernas de Bronx, el cual propició un alarido por el hirviente brebaje y unos cuantos improperios, al tiempo que se levantaba y salía corriendo por la puerta lateral quitándose los pantalones.

«¡Es una granja de verdad!» –pensó, ausente del pequeño embrollo que había causado– «¡Una maldita granja!».

La decisión de Coshar Teelk

La terminal de acceso solicitó al usuario introducir la frase de paso que permitiría firmar el mensaje electrónico que previamente había encriptado con el nuevo algoritmo matemático ker43. Su amigo Man-Vi-Era, director de seguridad informática en una importante compañía de servicios digitales, le asesoraba en estos complicados temas por un módico precio. Coshar insistía en pagarle a pesar de las reticencias de Man-Vi-Era, quien años atrás fue defendido ante la Orden por el cónsul jedi, cuando una vulnerabilidad en el sistema de comunicaciones interno desveló públicamente un listado de más de diez mil nombres de niños sensibles a la Fuerza. Nombres que el Consejo Jedi había aprobado formalmente para ser admitidos, junto a los de los maestros y caballeros que les habían descubierto. El asunto era delicado, pues cuando se conoce que un bebé o un infante es potencialmente fuerte en la Fuerza, se inicia un cuidadoso protocolo diplomático con las autoridades del planeta de origen que, de salir provechoso, serviría para ponerse en contacto con los padres de la criatura para solicitarles la patria potestad. De ser concedida, el niño pasaría a la tutela del Templo Jedi para iniciar, al cabo de unos años, su instrucción en la Fuerza. Todo este proceso era, evidentemente, tratado con rigurosa privacidad por todas las partes implicadas. Al final se había demostrado que la incidencia se originó por un fallo de configuración de los técnicos del Templo y que, si el número de

nombres no fue a más, se debió a la intervención del propio Man-Vi-Era, el cual, tras despertarse a media noche por una alerta de seguridad de un chequeo automatizado, logró bloquear la mayor parte de la filtración mientras la lista estaba siendo transferida a los servidores públicos.

Coshar Teelk enviaba el correo desde los propios terminales del ático de Man-Vi-Era, quien se había mudado muy cerca del Templo Jedi desde que su empresa fuera contratada por la Orden. La confianza y la amistad que entablaron desde entonces convenció a Coshar de utilizar sus servicios para hacer llegar noticias a La Granja con la máxima discreción que la tecnología podía ofrecerle. Su relación comercial con la Orden daba la excusa perfecta para hacer esporádicas visitas a su apartamento. Limitaba las misivas al Maestro Dalma a no más de una al año, salvo en circunstanciales especiales como la presente. Los mensajes viajaban a través de una red de comunicaciones privada que aseguraban el anonimato de destinatarios y remitentes. Solo quien guardara una copia de la segunda parte de la clave privada podría identificar y desencriptar el correo; y solo la tenía el Maestro, en Loome. Por supuesto que cualquier megacomputador de cálculo podría romper la encriptación si disponía del tiempo necesario, pero para ello el interesado tendría que localizar el mensaje de Coshar entre trillones de comunicaciones, en el lugar adecuado y en el momento justo. «Salvo que sepan que lo has enviado prácticamente es imposible que lo descubra alguien», le había asegurado Man-Vi-Era.

No obstante el caballero jedi, en su redacción, ocultaba nombres de personas y lugares siempre que podía, sustituyéndolos por un código de palabras y expresiones que el

Maestro conocía. El año pasado Coshar Teelk le habló de Kilian, explicándole su entrenamiento. No solía informarle de la Orden o de la República Galáctica; tan solo le explicaba sus propias experiencias con la Fuerza, transmitiéndole dudas y percepciones, para que el Maestro supervisara sus progresos, aunque fuera con escasa regularidad.

Coshar nunca estuvo interesado en obtener el rango de maestro jedi. Prefería servir en misiones consulares aportando su modesta experiencia en ciencias políticas para alcanzar acuerdos diplomáticos que aseguraran la paz y la prosperidad entre civilizaciones. Eso le daba tiempo, entre misiones, para profundizar en los misterios de aquella poderosa energía tan accesible para unos pocos, y tan inalcanzable para la mayor parte de los seres inteligentes del universo. No entendía por qué si la Fuerza estaba presente en toda la materia –con vida o sin ella– tan solo un conjunto reducido de seres nacidos a lo largo y ancho de la galaxia podían manejarla y estudiarla. Lo lógico sería que cualquier ser vivo, en mayor o menor grado, pudiera aprenderla. Si bien había visto cómo seres normales, en casos muy concretos y en momentos de necesidad, podían inconscientemente sintonizar de alguna manera con la Fuerza, y ser capaces de grandes proezas, después se mostraban impotentes a la hora de resolver los más elementales ejercicios de adivinación; aquellos mismos que niños de ocho años completaban en el Templo Jedi. En parte sus investigaciones le incentivaron a aceptar la tutela del adolescente que pusieron a su cargo. Quizás las experiencias vividas por alguien que no fue instruido desde la infancia, que tuvo que arreglárselas como pudo, por su cuenta y sin ayuda, le darían las pistas necesarias

para avanzar en su búsqueda.

Pero en esta ocasión el motivo de su mensaje no eran sus estudios, si no darle una segunda oportunidad a Kilian Hightowers. Hacía dos días que el joven había huido del Templo vistiendo una de las túnicas pardas de los caballeros jedi, con la capucha puesta, y por una de las puertas principales, aprovechando la fluidez de jedis que entraban o salían. Era muy difícil que un niño o un padawan pudiera marcharse sin ser visto por alguno de los bedeles que guardaban la puerta principal, pero con sus dieciocho años y su estatura le era fácil disfrazarse de humilde caballero jedi, a los que no se les preguntaba nada. Solían atender más a los que querían entrar que a los que abandonaban el Templo, y por este motivo Coshar fue a realizar previamente algunos recados y a la vuelta estuvo conversando con los bedeles sobre temas intrascendentes con el fin de distraerlos. Ni él mismo descubrió a su alumno, por lo que no sabía si realmente había seguido sus indicaciones o si cambió de planes. Mejor, cuanto menos supiera más creíble sería su historia.

A la mañana del día siguiente acudió a la cita con el Maestro del Consejo Saesee Tiin, quien quería despedirse adecuadamente del joven Hightowers, pues se sentía en parte responsable de su admisión. Después Coshar tendría que llevarle, supuestamente, hasta Corellia, de vuelta con su familia. Le maravilló que el Maestro Tiin propusiera mantener contacto con Kilian por si fuera necesario ayudarle en el futuro, doliéndole tener que representar la farsa ante su superior. Al entrar en la celda ambos se sorprendieron, uno con sentimiento verdadero y el otro fingido. El Maestro Tiin creyó de buena fe que Kilian estaría en

alguna parte del Templo, desobedeciendo la orden de permanecer en su cuarto, pero Coshar observó que la cama no parecía haber sido utilizada aquella noche, por lo que podría haberse ausentado al menos desde el día anterior. Buscaron en la biblioteca, en las clases, y en todas las estancias donde era normal que pudiera estar, hablando con varios de sus amigos y profesores. Acudieron a la enfermería, donde aún se encontraba Válar en el tanque bacta, pero tampoco había pasado por allí. Cada vez era más evidente que se había fugado del Templo, aunque en los diferentes accesos al mismo aseguraron no haberle visto. El Maestro Tiin manifestó su disgusto por el atolondrado y desobediente Hightowers, y Coshar su preocupación por los problemas que su conducta pudiera traerle. Ambos se presentaron entonces ante el Consejo Jedi. Saesee Tiin estaba dispuesto a salir a buscar al jóven, pero Coshar logró convencer al Consejo de darle la oportunidad de que volviera por su propio pié. Argumentó que conocía a Kilian y que, aunque era impaciente y precipitado, acabaría por entrar en razón en cuanto tuviera un momento de calma y se diera cuenta de que no se había despedido de sus amigos. Especialmente de Válar, del que se sentía tremendamente culpable y avergonzado. Con reticencias, el Consejo aprobó esperar dos días a la posible vuelta de Kilian, o tener noticias del reencuentro con su familia en Corellia. En caso contrario saldrían a buscarle. En su interior respiró tranquilo.

Coshar describió en el mensaje al Maestro el incidente de Kilian con su amigo Válar, la personalidad de su pupilo, con sus virtudes y defectos, y un breve resumen de su vida en la Academia Jedi. Y formuló su petición de que le acogiera en La

Granja para triunfar donde él había fracasado. No obstante, estaba seguro de que sería aceptado. La última vez que visitó Loome fue poco antes de conocer a Kilian en persona, pero ya le habían comunicado que le asignarían su tutela. Coshar enseñó al Maestro el informe que el Consejo del Primer Conocimiento había elaborado del adolescente, y le pidió consejo sobre su instrucción. Después de que Dalma le diera su opinión de cómo debía encaminar su educación, le ofreció responsabilizarse de él si el joven no cumplía con los severos requisitos de la Orden. Prefirió no revelarle a Kilian la predisposición del Maestro. Su pupilo tenía que aprender a dominarse a sí mismo, y el juicio de Dalma le motivaría a esforzarse. Según las estimaciones de Man-Vi-Era, el correo podría llegar en un plazo de diez a quince días, siguiendo el enrutamiento enmascarado, a cualquier planeta del círculo exterior, lo que daba tiempo suficiente para que el Maestro lo leyera antes de la llegada de Kilian.

Recibió un mensaje a través de su comunicador personal: «Se ruega su asistencia a la reunión extraordinaria del Alto Consejo de las 17:00 horas». Quedó extrañado de la petición. ¿Convocado para otra reunión del Consejo Jedi? Ya llevaba tres en los últimos días, cuando hacía más de un año que no pisaba la Cámara del Alto Consejo. La cuarta no podía ser más que para hablar de Kilian; no tenía otro asunto entre manos. ¿Le habrían localizado tan rápido? ¿El Maestro Saesee Tiin habría ido en su búsqueda a pesar de todo? Como no tenía mucho sentido plantearse preguntas cuya respuesta solo podía presumir, prefirió no seguir conjeturando y esperar a averiguarlo llegado el momento. Aceptó la invitación de Man-Vi-Era de quedarse a comer con él, ver algún canal de noticias de la HoloRed y

relajarse un poco antes de la reunión.

Avanzaba ya la tarde y Coshar Teelk permanecía sentado en una de las sillas de la mesa redonda de la sala de visitantes de la torre suroeste del Consejo de Paz, siendo observado por varios pares de ojos del Alto Consejo Jedi, que para la ocasión habían solicitado un local distinto de la Cámara de la torre central, donde habitualmente se reunían. Los Maestros del Consejo, considerados comúnmente como los más sabios del Templo, se reunían en cónclave para atender los compromisos y las obligaciones que la Orden asumía como órgano responsable de la salvaguarda de la paz en la República Galáctica, en estrecha relación con el Senado de la República. Por si fuera poco, tenían como cometido dirigir la propia Orden, organizando y estructurando el Cuerpo Jedi para su correcto funcionamiento, por lo que también debían resolver los asuntos internos que no podían ser asumidos por alguno de los consejos intermedios. Lo más lógico hubiera sido que el caso de Kilian Hightowers no hubiera salido del Consejo del Primer Conocimiento, encargado de la supervisión de la Academia Jedi. Pero las consecuencias del accidente de Válar forzaron la intervención del órgano superior, interesado en conocer cómo se había llegado a aquella situación y cual era el grado de responsabilidad de cada uno: de los implicados, del propio Coshar, y del plan de estudios elaborado expresamente para la carrera del joven Hightowers.

Aunque no se encontraban todos los miembros del consejo,

alrededor de la mesa redonda se sentaban, por este orden, los Maestros Mace Windu y Yoda –los más respetados de la Orden–, el humilde Plo Koon, el sabio Oppo Rancisis, Saesee Tiin –quien inicialmente había confiado en Kilian–, Shaak Ti, la corelliana Adi Gallia, Even Piell yKi-Adi-Mundi, su último aliado dentro del Consejo. La novedad en este caso era que al lado suyo se encontraba, también sentado, un hombre elegantemente vestido, algo mayor pero de vigorosa presencia y distinguido porte, que no pertenecía a la Orden. Su presencia era el motivo por el cual habían cambiado su lugar de encuentro, dado que era muy extraño que un civil accediera a la Cámara del Consejo, por no decir nunca, prefiriendo una de las salas del Consejo de Paz, que era el órgano encargado de la relación con las instituciones o personalidades políticas, y más habituada a recibir visitas externas. Quizás otro motivo era que los Maestros deseaban transmitir que la reunión transcurriera *en paz*.

–Caballero Teelk –el Maestro Windu inició la reunión– nos hallamos aquí nuevamente para tratar el asunto de su pupilo Kilian Hightowers. Supongo que no ha tenido noticias de su paradero.

–Respetado Maestro Windu, miembros del Consejo, señor Hightowers –Coshar se giró levemente hacia Garek, intrigado por su presencia; pretendía destacar lo evidente con el fin de que alguien le explicara por qué estaba a su lado–, lamentablemente no. Es demasiado pronto para saber de Kilian, tan solo hace dos días que desapareció. Ayer convenimos esperar un tiempo prudencial para que mi joven pupilo retornara por propia voluntad.

–El señor Hightowers ha venido a conocer lo sucedido de

primera mano –le aclaró Windu–. Debo anotar que no es habitual que tratemos los asuntos de los Jedi con los antiguos familiares de nuestros aprendices. Comprenderá, señor Hightowers, que su presencia es una excepción en toda regla.

–Agradezco la comprensión de los maestros del Consejo –contestó Garek por alusión–, y ruego que disculpen mi apresurada llegada, más la suerte de mi sobrino Kilian, como entenderán, se ha convertido en mi principal preocupación.

–Un sentimiento natural que sin duda compartimos –añadió Ki-Adi-Mundi–. Estoy seguro de que se tranquilizará al saber que el asunto está en buenas manos. Hallaremos a Kilian.

–Debo resaltar –prosiguió Garek–, que Kilian no es todavía lo que ustedes llaman un padawan, y que dada su edad está bajo periodo de prueba, como bien me comunicaron hace dos años, por lo que formalmente no pertenece aún a su Orden. En definitiva, sigo siendo responsable, en última instancia, de su educación, y por lo tanto solicito que me proporcionen todos los detalles de su desaparición.

–Con sumo placer le mantendré informado de su situación, señor Hightowers –Coshar Teelk tomó la iniciativa–. ¿Puedo saber cómo se ha enterado de la desaparición de su sobrino?

–Como saben soy dueño de una de las principales corporaciones dedicadas al transporte de viajeros y de mercancías, y uno de mis directores generales, con el que iba a reunirme aquí en la capital galáctica, me informó que le había parecido ver a Kilian en los hangares del espaciopuerto cercano, lo cual me extrañó pues habíamos convenido que no saldría del Templo sin acompañamiento.

Coshar notó la incomodidad del magnate corelliano, no por la explicación difícilmente creíble –y de la que estaba seguro que algunos de los Maestros presentes dudaban de su veracidad, aunque guardaran silencio–, sino porque no era el tipo de reunión a la que solía estar acostumbrado. Quizás hubiera tratado anteriormente con algún jedi, pero era evidente que aquello era algo nuevo para él, aunque se defendía notablemente.

–¿Y su director no lo paró o le siguió para comprobar a donde iba? –continuó Coshar.

–No esperaba presentarme con la intención de contestar a preguntas, sino a hacerlas yo mismo y obtener respuestas –respondió molesto.

–Lo comentaba por si podíamos obtener alguna información novedosa –se excusó Coshar.

–Ya he dicho que le «pareció» verlo, por lo que no estaba seguro de que fuera él –dijo Garek–. Conozco a mi sobrino y sé de su agitado carácter y su propensión a cometer algunas locuras propias de su edad. Pensaba que en el Templo Jedi serían capaces de apaciguar su desasosiego, de enseñarle disciplina además de a controlar sus tardías habilidades.

–El señor Hightowers ha demostrado graves defectos que le incapacitan para el severo entrenamiento jedi. Es soberbio, desobediente e impetuoso –corrigió el Maestro Windu.

–¿Qué quiere decir eso? ¿Que aunque lo encuentren no proseguirá su entrenamiento?

–Asunto que a su debido tiempo trataremos, el paradero del joven lo único importante es –dijo Yoda, lo que tranquilizó a

Coshar pues ahora sabía que a Garek no le habían informado de su expulsión.

–Tengo derecho a saber si no podrá continuar sus estudios en el Templo –exigió Garek–, en cuyo caso iniciaría los preparativos para su retorno a Corellia.

–Primero debemos encontrarlo –contestó Coshar aprovechando el comentario del Maestro Yoda–. Una vez que vuelva aceptaré la decisión que el Consejo tome y, de ser negativa, Kilian podrá retornar a Corellia si así lo desea.

–*¿«Si así lo desea»?* Disculpe, señor Teelk, pero si expulsan a mi sobrino vuelve a estar bajo mi directa tutela.

–Siento disentir, pero Kilian cumplió la mayoría de edad recientemente. Legalmente sería libre de decidir qué querría hacer, si volver con sus familiares o emprender una nueva vida.

–¡¿Cómo?! –exclamó Garek, cayendo en la cuenta de que tenía razón.

–Caballeros, entiendo la preocupación de ambos por el bien del joven Hightowers –intercedió el Maestro Ki-Adi-Mundi–. Todos queremos lo mejor para él.

–No creo que el atolondrado muchacho sepa lo que le conviene –respondió Garek–.No deberían permitir que tomara sus propias decisiones cuando ha demostrado necesitar de alguien que guíe su vida.

–Sin embargo no podrá aprender nunca de sus errores si otros deciden por él –lo defendió Coshar.

–Errores que no cometería de haber dispuesto de una adecuada instrucción, punto en el que sin duda usted ha fracasado y por el

que me arrepiento de haberles confiado su educación –acusó Garek enojado.

–Señor Hightowers, entiendo su disgusto –intervino Saesse Tiin, preocupado por la disputa verbal entre Coshar y el invitado–. Usted no conoce las dificultades del sendero Jedi. Creo que es mejor postergar esta conversación y centrarnos en la búsqueda de Kilian. Yo mismo le informaré personalmente de las novedades que ocurran.

Garek iba a añadir algo más, pero parecía comprender que no iba a poder convencer ni manipular al Consejo.

–Si me disculpan... –dijo a modo de despedida, queriendo marcharse cuanto antes–. Espero su informe.

El corelliano se levantó abandonando la sala no sin antes lanzar una fulminante mirada a Coshar, quien se acaba de ganar un rival a tener en cuenta. Un joven caballero esperaba en la entrada para acompañar al empresario fuera del Templo. Una vez salió de la estancia, Coshar aprovechó para retomar la conversación, ya sin Garek de por medio.

–Agradezco que no informaran al señor Hightowers de la expulsión de Kilian.

–No revelamos a terceros los asuntos internos de la Orden, al menos hasta el momento oportuno –aclaró Mace Windu.

–He notado que la presencia del invitado no era de su agrado –comentó la corelliana Adi Gallia –. Espero que en el futuro se comporte de una manera más acorde a su condición de diplomático. Me sorprende su consciente provocación.

–Les ruego me perdonen –se disculpó Coshar–. Quería comprobar qué clase de hombre era antes de devolverle a mi

pupilo.

–*Demasiado apegado a Kilian estas* –comentó Yoda–. *Tus sentimientos por el joven en su porvenir interferir no deben*.

–¿No es mi labor procurarle el mayor bien, incluso una vez expulsado? –preguntó.

–*No a costa de buscar enemigos. El rencor percibo tu guía es*.

Coshar se echó ligeramente para atrás en la silla, sorprendido por la revelación del Maestro; tenía razón, guardaba cierto rencor subconsciente al tutor legal de Kilian. Quizás porque, a pesar de los quebraderos de cabeza que el joven le ocasionaba, le había cogido excesivo cariño. Era curioso que no habiendo deseado nunca tener padawans a su cargo, al final la Orden había conseguido que se hiciera cargo de un aprendiz. Aunque Kilian había perdido su oportunidad de convertirse en un Jedi, Coshar sentía que el inexperto corelliano debía aprender a controlar la Fuerza.

–Admito que no me he comportado debidamente con el señor Hightowers –dijo finalmente–. Conozco bien a mi pupilo, y entre sus opciones no estaba volver con su familia. Me comentó en varias ocasiones como era su tío. Era evidente que no le agradaba, e incluso que le temía. Yo mismo investigué a los Hightowers; sus actividades, sus ambiciones y sus métodos. Para conocer bien a Kilian necesitaba averiguar cómo había sido su infancia, y si ello le había provocado algún trauma o sentimiento poderoso que pudiera ser un serio obstáculo para su instrucción. Por eso afirmo que no se ha fugado por un ardor o locura juvenil, sino por rechazo a su familia, porque sabiendo que había sido expulsado tendría que volver con ellos.

–Maestros –dijo Adi Gallia–, entiendo las preocupaciones del caballero Coshar Teelk –quién mejor que ella, pensó Coshar, que conocía bien las redes de poder e influencia de Corellia–. Aunque no es de nuestra incumbencia juzgar las actividades políticas o empresariales de la Corporación Hightowers, sí deberíamos tener en cuenta los deseos del aprendiz. A fin de cuentas nosotros aceptamos instruirle, y debemos pensar qué es lo que le conviene, independientemente de si quien nos cedió la tutela está conforme.

Coshar Teelk respiró tranquilo; confiaba en que si exponía los recelos de su pupilo, la Maestra Gallia acabaría por defenderle. El resto del Consejo parecía estar de acuerdo con la conclusión expuesta. Al cabo de un minuto de reflexión, Yoda habló.

–Una posibilidad hay. De los Cuerpos de Servicio hablado no hemos.

«Bien», pensó Coshar. El Consejo había sido tan firme y contundente con la expulsión de Kilian que ni siquiera habían contemplado esta opción. Los Cuerpos de Servicio Jedi ofrecían una vía de dedicación a la Orden para quienes no superaban las pruebas de iniciación. Aunque eso supusiera abandonar los caminos de la Fuerza, era una salida digna y una manera de mantener contacto con los maestros, puesto que aunque no podían adquirir nuevas habilidades, sí les enseñaban a controlar las ya adquiridas, al grado que a cada uno correspondiera según su capacidad. Existían cuatro cuerpos: el Cuerpo de Agricultores, el Cuerpo Médico, el Cuerpo de Educadores y aquél en el que podría encajar mejor su pupilo: el Cuerpo de Exploradores y Cartografía.

–Podemos plantearle a Kilian Hightowers esta posibilidad

–propuso el Maestro Windu–. Si así lo quiere le enviaremos al Consejo de Reasignamiento para su traslado a uno de los Cuerpos. Y si no es de su agrado, entonces será libre de hacer lo que desee pues, como dijo su tutor, ha alcanzado la edad adulta propia de su especie –Windu miró a los demás que asentían conformes–. Caballero Coshar Teelk –se dirigió al aludido–, vaya en busca de su pupilo y tráigalo de vuelta. Le explicaremos sus opciones y él decidirá.

–Sí, Maestro –respondió humildemente.

–*La reunión concluido ha. Retirarse pueden* –finalizó Yoda.

«¡Al fin solo!», respiró aliviado Coshar, tras abandonar la sala. El nuevo giro de los acontecimientos le había desconcertado. A su mente acudían preguntas que necesitaban ser seriamente meditadas. ¿Cómo se había enterado Garek Hightowers de la huida de Kilian? No le convencían las explicaciones sobre un casual avistamiento de uno de sus subordinados, por lo que, de alguna manera, el empresario debía de tener información sobre lo que ocurría dentro del Templo, lo que le parecía algo del todo inaudito y que no acaba de creerse. La vida interna de la Orden se guardaba con sumo celo y no estaba al alcance de cualquier curioso. La otra pregunta era cuál iba a ser el siguiente paso de Garek, no habiendo obtenido mucha colaboración por parte de la Orden. No era el tipo de persona que se limitaría a aguardar las informaciones que el amable Maestro Tiin le comunicara. Respecto a Kilian, ¿qué debía hacer ahora? No le quedaba otra que cumplir las órdenes del Consejo, quienes no sabían el verdadero destino de su pupilo, e ir en su búsqueda. No recibiría más entrenamiento jedi en el Templo, pero podría formar parte

de los Cuerpos de Servicio, lo que le depararía una vida cómoda y tranquila. Estaba seguro de que Kilian aceptaría formar parte de los Cuerpos antes que empezar de cero por libre, bajo la eterna sombra de su tío, quien no cejaría en su empeño de controlarlo. La otra alternativa era proseguir sus estudios con el Maestro Dalma, una elección mucho más provechosa si era admitido. Resolvió que debía encontrarlo y que él decidiera.

Faltaban cuatro horas para que el crucero transespacial de pasajeros arribara a Malastare y varios centenares de almas embarcaran o finalizaran su viaje. Tiempo suficiente para intentar, una vez más, localizar al molesto espía que le venía siguiendo los pasos. Se enteró a bordo del crucero, sin saber en qué momento comenzó a vigilarle, si desde el mismo inicio de su búsqueda, en Coruscant, o más tarde, quizá en Brental IV.

Gracias a sus credenciales como cónsul jedi pudo averiguar la ruta de Kilian Hightowers, solicitando su pasaje a las compañías espaciales. Como no podía obtener documentación falsa para su alumno, estaba obligado a usar su pasaporte real, al menos hasta que alcanzara los sectores próximos al planeta Loome. No obstante, si no utilizaba las líneas transespaciales propiedad del tío, tenía bastantes posibilidades de pasar desapercibido, excepto para un jedi con la adecuada autorización. Así supo que la misma noche de la huida ya había embarcado en Brental IV en una nave con dirección al planeta Malastare, un punto a favor de su pupilo. Perdió cuatro días averiguando la ruta hasta la

primera escala, y uno más para la segunda, pero aún así pudo encontrar pasaje rápido, recuperando los días que le aventajaba. Según la información que le habían proporcionado en las oficinas de la compañía espacial, Kilian debía llegar a Malastare un día antes que Coshar. Tenía la esperanza de encontrarlo en este punto del viaje, pero el reciente descubrimiento de que le acechaban cambiaba sus prioridades.

Se sentía observado desde al menos los últimos cuatro días. La primera vez que lo notó se encontraba cenando en el restaurante del crucero; ésa incómoda sensación de tener ojos clavados en su espalda. Continuó cómo si nada hubiera pasado, pero afinó sus sentidos usando la Fuerza como amplificador. A parte de oír toda suerte de conversaciones, y de oler los más variados aromas culinarios, no descubrió quien le espiaba. Solo era uno, pero bastante hábil.

Por si fuera poco, oculto dentro del cierre de su maleta, encontró un localizador de alta frecuencia; un dispositivo muy caro y sofisticado. Quien lo hubiera camuflado se había tomado muchas molestias: entró en su camarote cuando no estaba, registró sus pertenencias, y colocó el aparato. No existiendo ningún otro localizador, lo dejó donde estaba, para no alertar a su atenta *sombra*.

Paseó por algunos pasillos poco transitados por si se trataba de alguna amenaza física, confiando en que la Fuerza le avisaría a tiempo de una emboscada, pero nadie cayó en la trampa. Después de varios intentos dedujo que no acucia peligro; al menos no un peligro para su vida, pero sí para el éxito de su misión. Obviamente no podía llevar a su espía hasta Kilian, debía deshacerse previamente de él. ¿Sería alguien enviado por

los Hightowers? Sea como fuere, habiendo fracasado en descubrir su identidad a través de medios convencionales, decidió hacer uso de la Fuerza. Se encerró en su camarote y aguardó, llamando al servicio de habitaciones para las comidas, y percibiendo los pensamientos del personal que le atendía, por si alguno era un agente disfrazado que, extrañado por su aislamiento, acudía a ver lo que ocurría. Resultado negativo. Vigilarle con éxito implicaba alquilar algún camarote del mismo pasillo o cercano.

Movió la silla del escritorio, orientándola hacia la puerta y sentándose con postura relajada. Las manos sobre los muslos, las piernas paralelas con los pies descansando en el suelo. La espalda recta, sin doblarla y bien apoyada en el respaldo. La cabeza alineada con la espalda, con la línea de la visión paralela al suelo y la nuca estirada sin forzar. Cerrando los ojos se concentró en la respiración, suave y rítmica, alternando inspiración y expiración con breves pausas entre las mismas.

«Siente la Fuerza en la respiración, entrando en los pulmones, en la sangre, en tus células; limpiando el organismo, revitalizándolo. Siente el aire saliendo del cuerpo, eliminando las impurezas. Deja que la Fuerza penetre en ti. No hay emoción, hay paz. Vacía la mente de pensamientos. La mente es agua en calma, sin movimiento, cristalina y transparente».

Silencio.

«El ocupante del camarote contiguo está inquieto, nervioso, preocupado por su futuro laboral. Humano, hombre, mayor. Demasiados pensamientos, un torbellino de frases repetitivas relacionadas entre sí. No es lo que busco.

En la otra habitación una pareja de devaronianos. Ella dominante, violenta, decidida. Él dócil, sumiso, transigente. La admira y la odia al mismo tiempo. Lo menosprecia, pero le es útil.

Una familia, y niños. Hijos joviales y activos. Padres cansados.

Una anciana, sensible a la Fuerza, pero sin desarrollar. Tristeza.

Camarotes vacíos.

Un wookiee de mal humor, demasiado lejos.

Una pareja practicando sexo. Él excitado y acalorado, ansioso por llegar al climax. Ella sosegada y aburrida, fingiendo. Una profesional. No te distraigas.

Un... hombre. Tranquilo, taciturno, hosco... Su resistencia mental es notable, con dominio de sí mismo, admirable. ¿Humano? Humano. Está en guardia, preparado y consciente. Es él».

Hizo un par de respiraciones profundas para activar su cuerpo y abrió los ojos. Recordó la dirección espacial del hombre hosco. Se levantó de la silla y salió del camarote al corredor. No había nadie a ninguno de los dos lados. Se encaminó por la derecha unos quince metros hasta abrirse un pasillo a la izquierda, donde se cruzó con un auxiliar de planta. No era él. A tres metros había varias puertas a la izquierda. En el primer camarote detectaba la presencia que quería. Pasó de largo por si el espía vigilaba el pasillo de alguna manera, haciendo ver que se dirigía hacia el corredor principal, de camino a la cantina. Tenía sentido que estuviera en la habitación de la esquina.

Quizás con un orificio, diestramente trabajado en la pared que daba al pasillo de su camarote, podía colocar una cámara que grabara sus actividades, al mismo tiempo que entraba y salía por el corredor perpendicular sin ser descubierto. Sencillo y eficaz. Caminó despacio, al ritmo pausado de un caballero jedi que no tiene prisa alguna. Amplió sus sentidos ayudándose de la Fuerza, oído y olfato, principalmente. Al girar por el corredor oyó abrirse la puerta objetivo. Había acertado. «No des señales de mostrar que le has descubierto». Dejó que los pasajeros que circulaban por el pasillo central se entremezclaran, dando a su espía la posibilidad de camuflarse entre ellos. Ahora sentía su presencia con claridad, sabía que le seguía y no necesitaba el contacto visual. Sin embargo no era capaz de rastrear sus pensamientos; sin duda le estaba vigilando, pero su defensa mental le bloqueaba. No parecía ser sensible a la Fuerza, pero estaba bien entrenado. Si forzaba su intromisión podría notar su intento, revelándose antes de tiempo. Si el espía conocía su trabajo, y a quién vigilaba –y nada parecía indicar que fuera un novato–, no le resultaría difícil deducir que habría perdido el anonimato.

Momentos después entró en la cantina. El ambiente era animado, los monitores de tránsito anunciaban que faltaban tres horas para la llegada a Malastare; su trance duró más de lo que pensaba. En una hora el crucero saldría del hiperespacio y entraría en el espacio normal, a velocidad sublumínica. En otra hora más iniciarían el descenso atmosférico. Algunos viajeros aprovechaban para disfrutar de un último refrigerio o se distraían para pasar el rato; otros estaban allí como si fuera su estancia habitual. Un aséptico hilo musical acompañaba a los

presentes, interrumpido ocasionalmente por la megafonía solicitando que alguien acudiera a los mostradores. El ruido de las conversaciones, las peticiones en la barra, los olores propios del lugar y los llamativos anuncios de los monitores digitales, acosando constantemente al viajero, le aturdían demasiado como para mantener sus sentidos aumentados. Los poderes de la Fuerza no siempre ayudaban; según la situación podían perjudicar, aunque había visto jedis mantener la concentración en lugares estridentes y ajetreados sin ser afectados. No era su caso.

Mantenía su atención en los pensamientos superficiales de su *amigo*. Lo situaba dentro de la cantina, en algún lugar cercano. En la pantalla de auto-servicio seleccionó un emparedado vegetal *calidad ithoriana*, un zumo de gonwi y un drhax corelliano, solo y caliente –uno de los pocos vicios que se permitía cuando viajaba en misión oficial–, descartando una promoción de rutas guiadas por las selvas de Malastare que el sistema le ofrecía. Al momento de pagar, un compartimiento se abrió mostrando su pedido en una bandeja. Se sentó en una mesa cercana a la pared, buscando algo de intimidad. En realidad, situándose en un punto con visión amplia del local. Después de esporádicas y discretas miradas localizó a su objetivo.

Aquel tipo era un asunto serio. Ya le había visto rondar por los corredores de su sección. Fácilmente distinguible entre humanos por su metro noventa de altura, aunque uno más entre razas de estatura superior. Portaba blindaje protector de placas entrelazada con ropa acolchada, con visibles insignias que le señalaban como miembro del personal de seguridad del crucero. Puede que realmente estuviera en nómina –o quizás falsificara

sus credenciales, sobornando a algún supervisor–, pero la adecuada identificación le permitiría desplazarse por la nave sin levantar sospechas. Aunque solo iba armado con una pistola aturdidora y una porra extensible, no dudaba que entre sus ropajes ocultaba armamento letal. Su rostro quedaba oculto por un casco completo cuya parte frontal se cubría con plástico endurecido transparente, opaco exteriormente. Su aspecto era intimidador, mucho más que el del habitual guardia de seguridad de la compañía naviera.

Estos viajes no carecían de riesgo de robo, asalto o altercados violentos. Donde hay personas hay dinero, y donde hay dinero hay gente dispuesta a arrebatarlo. Disponer de personal amedrentador de refuerzo siempre venía bien. A veces bastaba con coger a un wookiee y ponerle una pegatina a su bandolera para que los delincuentes se lo pensaran dos veces. Esconderse en una nave grande no era difícil, pero sin posibilidad de huida durante un viaje hiperespacial era un cálculo a tener en cuenta. Si la disuasión psicológica no funcionaba siempre quedaba la física, y en el espacio profundo la ley es la que establezca el capitán de la nave. Solo restaba esconder al pobre apaleado en algún recóndito compartimento, y abandonarlo en el primer planeta cuyas autoridades locales no se preocuparan por el estado de salud de los recién llegados.

Acabó sin prisas su modesto tentempié, esperando al anuncio de la salida del hiperespacio. La mayor parte de los clientes se afanaron por volver a sus camarotes, a recoger sus cosas y dirigirse a la zona de desembarco. Los que permanecían en la cantina probablemente continuarían la travesía. Coshar imitó a los primeros y abandonó la sala, cumpliendo con el papel de

quien debe ser espiado sin sospechas. Por supuesto su *escolta personal* no deseaba abandonarle.

Fuera ya del crucero, en la terminal del espaciopuerto de Malastare, se dirigió a las autoridades locales para presentarles sus credenciales de jedi. Ya no se encontraba en Coruscant, sino en el Anillo Medio, y el grado de colaboración disminuía a medida que uno se alejaba de los mundos del núcleo. Tampoco le importaba mucho, había resuelto no encontrarse con Kilian Hightowers. No le quedaba otra opción. Aquella incómoda sombra a su espalda, que desembarcó con él aprovechando la muchedumbre, le seguía a todas partes. Solo pudo verle una vez más; se escondía bien, pero continuaba percibiendo su presencia con diferente intensidad.

No le preocupaba su habilidad en la persecución, sino su considerable resistencia psíquica. Un jedi entrenado podía percibir las emociones y los pensamientos de mentes sencillas, o de las personas que confiaran tanto en él como para no importarle perder parte de su intimidad. Incluso, en sujetos pasivos, podía acceder a sus recuerdos más recientes. Los seres de psique más compleja, o simplemente más inteligentes, ofrecían mayor dificultad y uno solo sentía sus emociones básicas, acompañadas con suerte de algunos pensamientos superficiales. Aunque podía ser tremendamente útil, no era un medio fiable de obtener información. Conocer las emociones no implicaba saber el motivo por el cual las sentía el sujeto. Los pensamientos eran aún más costosos de interpretar. Pero aquél espía estaba entrenado. Existían técnicas de control mental que protegían a los seres no sensibles a la Fuerza de los curiosos como Coshar. Requerían de una inquebrantable voluntad, de

cualidades psíquicas bien precisas, y de un entrenamiento riguroso y constante. La mayor parte abandonaba.

Su contrincante era desde luego un problema. Una persona con los recursos que disponía Garek Hightowers podía contratar a especialistas como aquél, e incluso tenerles como empleados fijos. Tenía que alejarlo de Kilian; si continuaba con la idea de reunirse debería asegurarse de despistar al espía, y eso sería demasiado arriesgado. No temía el enfrentamiento físico –confiaba en su entrenamiento con el sable de luz–, pero quizás tan sólo quería localizar a su pupilo. Pero por encima de todas las razones estaba La Granja, cuya localización conocía Kilian, siendo el lugar hacia donde se dirigía. La Granja tenía que permanecer oculta, no podía ser descubierta por nadie, mucho menos por alguien enviado por la familia. No era admisible. Asumió que Garek Hightowers no renunciaría a Kilian. A pesar de las ocasiones en las que su pupilo le habló de sus parientes, hasta este preciso momento, en el que el secreto de La Granja estaba comprometido, no le vino la certeza de que su tío no cesaría en su empeño ni admitiría un fracaso. Había que alejar a *su sombra* tanto de La Granja como de Kilian, conducirle en la dirección equivocada hasta que perdiera la pista. Y esperaba no tener que tomar medidas mas serias.

«Ya está, se ha marchado», sintió Coshar Teelk. Kilian Hightowers se encontraba más allá de su alcance, había abandonado el planeta Malastare. Lo notó alejarse como alguien

que acelerara a toda velocidad y que, de repente, desaparecía. Era una sensación conocida: había saltado al hiperespacio a bordo de cualquier nave. Era la primera vez en su vida que su pupilo conseguía huir de algún sitio con éxito, aunque hubiera tenido un poco de ayuda inicial. Lo había hecho bien.

Desde que pisó tierra en Malastare había dedicado sus trances meditativos a presentir a su alumno. Tardó relativamente poco en recibir algunos pensamientos sueltos; era más fácil captar a un amigo como Kilian que a un desconocido. Coshar no era tan diestro en la Fuerza como para sentir a seres a distancias entre sistemas estelares, como hacían algunos de los Maestros del Consejo. Aunque ellos repetían que «*la distancia no importa, es un concepto mental*», el poder de Coshar solía abarcar los límites de un planeta, algo nada desdeñable considerando que muchos jedi no llegaban a desarrollar estas habilidades. No se planteó proyectar sus pensamientos en la mente de Kilian. Conociéndole, le hubiera confundido replanteándose sus opciones, y la idea era mantener el plan original: su tarea era alejar al espía de su camino. Así que los días de Coshar en Malastare se limitaron a engatusar a su sombra, haciéndole ver como que iba tras la pista de Kilian, para que siguiera centrado en él y no se se le ocurriera buscarlo por su cuenta.

Su pupilo estaba fuera de peligro. Habría conseguido pasaje para Loome y con ello también La Granja estaba a salvo. Para bien o para mal, ya no tendría la posibilidad de elegir ingresar en los Cuerpos de Servicio. Su futuro estaba ligado al de Al Dalma, lo cual no dejaba de ser reconfortante.

Ahora podía centrarse totalmente en darle la vuelta a la situación. Con el fin de confundir totalmente a su perseguidor,

Coshar visitó los bajos fondos, buscando la organización de carreras clandestinas de vainas. El hombre elegido por Garek Hightowers habría sido informado del pasado del sobrino y su afición por las competiciones de velocidad; fomentar esa idea en su mente ayudaría con la farsa. Su propósito era hacer creer a su *sombra* que el planeta era el destino final de su alumno. Tres días más tarde hizo su jugada. Compró billete de vuelta para Coruscant y, «dándose por vencido», embarcó en la nave depositando su equipaje en el camarote asignado, con el localizador colocado en su lugar. Abandonó discretamente el crucero por una compuerta de servicio. Tal y como suponía, el perseguidor no subió al crucero. Habría creído que realmente regresaba al Templo Jedi, pudiendo dedicarse a proseguir por su cuenta la búsqueda del joven. El espía se convertía así en espiado.

La prueba de que el engaño había sido completo era que aquél tipo ya no ocultaba la manera en la que se ganaba la vida: era un caza-recompensas. Su blindaje protector, sus armas y sus métodos no dejaban lugar a dudas. Se movía por los bajos fondos como pez en el agua, en su ambiente natural, preguntando por Kilian Hightowers. La falsa pista de las carreras clandestinas tuvo éxito y le hizo perder un par de días. Aprovechó para grabar algunos vídeos del caza-recompensas. Cuando volviera a Coruscant averiguaría más cosas de él; como su identidad, por ejemplo.

Primer día en La Granja

El deslizador Trast A-A5 quedó estacionado en frente del edificio principal, con dos alas adosadas, una mas sobresaliente que la otra. Era de estilo rústico color tierra, de planta baja, que combinaba piedra y madera. Kilian no había visto nada parecido en su vida: los únicos elementos propios de un edificio moderno eran las cristaleras de acero transparente. Por todo lo demás parecía más propio de una civilización primitiva, anticuada, que aún utilizaba combustibles fósiles para obtener energía. Del tejado salía humo de unas extrañas oberturas que confirmaba lo que pensaba.

Observaba todo aquel penoso panorama mientras el anciano Mirlo conversaba con una mujer regordeta que superaba la mediana edad, que salió de la entrada principal para recibirlos. Dos personas, un humano y un twi'lek, comenzaron a descargar del deslizador terrestre cajas, paquetes y material embalado.

Lamentaba su suerte; se había imaginado la academia jedi como un complejo residencial moderno, con instalaciones tecnológicas, salas de entrenamiento de espada láser y hangares con moto-jets, deslizadores aéreos, cargueros ligeros, y quizás algún caza espacial. Una academia con poderosos maestros de la Fuerza demostrando sus habilidades en ejercicios ejecutados a la perfección. Sin embargo solo veía campesinos cuidando de los campos, recolectando frutos, y operarios trasladando cargamento. En total no más de quince individuos, aunque

pudieran haber más en otras partes. Tampoco se imaginaba a ninguno de ellos como caballero jedi. Además de por su indumentaria, no tenían el físico adecuado, quitando a Bronx; algunos eran fuertes y musculosos, seguramente por las exigencias del campo, pero no aparentaban ser luchadores; otros ya los descartaba directamente como caballeros: el twi'lek por su delgadez, o un ithoriano que vio en el campo por la constitución propia de su especie. No veía jedis por ninguna parte, a excepción de Mirlo, el único que había demostrado ser conocedor de la Fuerza. Su decepción era notable.

–¡Kilian Hightowers! –oyó su nombre– ¡Maldito mocoso!

Era Bronx, evidentemente, que con la cara roja, las piernas desnudas –cubiertas sus partes masculinas por un bóxer de color violeta–, y los mojados pantalones en la mano, se le acercaba malhumorado. Una mancha rojiza en el muslo derecho marcaba la zona de la quemadura; la gruesa ropa superior acentuaba la desnudez de sus piernas. Un espectáculo pintoresco.

–¡A ver si controlas mejor lo que haces! ¿Y tú presumes de pilotaje? ¡Menudo piloto serás si a la mínima pierdes la concentración!

–Tampoco es que usted esté demostrando ser un ejemplo de calma y serenidad –respondió a la defensiva.

–¡¿Que qué?! –gritó Bronx.

–Que siento haberle lastimado, pero tampoco es para ponerse así. Sólo estaba... sólo estaba mirando este... lugar. Un descuido lo tiene cualquiera.

–¿Que qué? –repitió Bronx, esta vez sin gritar, bajando la voz y entrecerrando los ojos– ¿Este lugar?

«Ya está, ya la he fastidiado», pensó Kilian. El chico no sabía qué responder; cambiaba su mirada entre los enfurecidos ojos de Bronx y su ridícula apariencia. Varios pensamientos cruzaron por su mente: si se estaba notando tanto su desilusión por la Granja; si convenía seguir por esa línea argumental o si era mejor callarse. Una vocecita familiar le salvó de dar una contestación.

–*Piernas bonitas tienes, mercenario, he, he he*. –comentó alguien metro y medio por debajo de las cabezas de Kilian y Bronx, un enano verde de grandes orejas puntiagudas paralelas al suelo, de ojos saltones y dientes puntiagudos.

–¿Maestro Yoda? –preguntó Kilian, atónito.

–*¿Maestro Yoda?* –repitió la pregunta el enano verde– ¡*Más pelo que ese viejo senil tengo! Con Yoda confundirme no debes.*

Volvió a mirarle con mayor detenimiento: tenía razón, no era Yoda, el venerado Maestro del Consejo Jedi. El verdor de su piel era más oscuro y parecía más joven; su rostro tenía menos arrugas y, aunque era igual de calvo por la parte superior, una rala mata de pelo encanecido emergía del cogote y de detrás de las orejas, recogida en una corta coleta. Era el tercer ser que conocía de la misteriosa raza del Maestro Yoda, de la que poco se sabía.

–¡Vete al infierno, Yemlin! –intervino un ruborizado Bronx, entrando en el Trast A-A5 para tirar afuera el petate de Kilian Hightowers –¡Eh, vosotros! Subíos y descargaremos en el almacén el resto de las cajas.

El humano y el twi'lek cumplieron la orden, procurando parecer serios, y entraron en el deslizador con él. Una vez

cerrada la puerta, a Kilian le pareció oír risas en su interior, y a Bronx diciéndoles que pararan ya. Mejor hubiera sido no haberle contestado de esa manera, y haber ofrecido disculpas en su lugar. Pero ahora ya era tarde. El vehículo arrancó despacio y dio la vuelta para doblar hacia el sur, donde estaba un hangar de superficie, de pequeñas dimensiones; cualquiera de los de su tío Garek era veinte veces mayor.

–Señor Hightowers, por favor , venga aquí un momento –solicitó Mirlo dirigiéndose al muchacho–. Le presento a Vandia, ella es quien administra toda la Granja; cualquier decisión que haya que tomar tiene que contar con su aprobación.

–Bienvenido, señor Hightowers –saludó la señora regordeta con la que el anciano estaba hablando, una lomest autóctona–. Me alegro de conocer al alumno de Coshar Teelk –su mirada era cariñosa y acogedora, y su sonrisa sincera y carente de preocupaciones.

Ambos parecían no dar importancia al incidente, como si no se hubieran enterado de lo ocurrido.

–Muchas gracias, señora Vandia. Es un placer para mí estar en la Granja. Prometo guardar el secreto de su localización, sea o no admitido en su escuela –era una respuesta que había preparado para el maestro Dalma, pero la aprovechó para ella por si acaso.

–Estoy segura de que así será. No esperaba menos de alguien recomendado por Coshar. Mirlo, por favor, haz que acomoden a nuestro huésped. Si me disculpan tengo que revisar lo que han traído –la mujer se alejó hacia el ala sur del edificio principal, cojeando visiblemente de la pierna izquierda.

–«Otra descartada como jedi»– pensó Kilian.

–Bien, señor Hightowers –continuó Mirlo–. Yemlin le acompañará a su habitación. Es la número once.

–*¿Acompañarle yo?* –refunfuñó Yemlin.

–Sí, claro, para algo servirás aparte de cotillear lo que hacen los demás. Si no trabajas en los campos, ni en el taller, ni en las cuadras, al menos podrás llevarle a su habitación, ¿no crees? Yo tengo que hablar con el Maestro.

–¿Va a ver al maestro Dalma? ¿Cuando podré verle? –preguntó Kilian emocionado.

–Ahora no. No se lo tome a mal, pero hay otros asuntos que atender a parte del suyo –respondió el anciano.

Kilian pensó que Mirlo querría hablar en privado con el maestro y transmitirle su valoración personal.

–*Conmigo venga, señor Hightowers* –le dijo Yemlin–. *Su habitación le mostraré.*

Yemlin entrecruzó los tres dedos de cada mano formando un puño cerrado medio tapado por las anchas mangas de su túnica - era la única persona que había visto con atuendos parecidos a los de los jedi–, subiendo los dos escalones de piedra de la puerta frontal. Mirlo, por el contrario, continuó hacia el ala sur, entrando por la puerta lateral por donde previamente se había dirigido la señora Vandia. Siguió sus pasos con la mirada con la esperanza de conocer por donde se iría hacia las dependencias del maestro.

–*¿Viene o no viene?* –insistió Yemlin, que se había parado al lado de la puerta de madera noble de doble hoja, girando

levemente la cabeza.

Kilian recogió el petate que tenía en el suelo y se apresuró a alcanzarle, subiendo los escalones de un salto, y los dos continuaron a la velocidad que permitían las cortas piernas del enano, entrando dentro del edificio principal. El recibidor era bastante amplio, en cierta manera señorial o, mejor dicho, elegante y sencillo, sin excesivos adornos. Había un par de puertas a izquierda y derecha, y era el cruce de varios pasillos. Uno central que conducía al interior del edificio, y dos laterales paralelos a la pared exterior, con grandes ventanales que iluminaban el interior. Tomaron el de la derecha deteniéndose a unos doce metros.

–*Biblioteca* –Yemlin señaló escuetamente una puerta a su derecha.

Giraron a la izquierda por otro pasillo con varias puertas.

–*Despachos, aulas, salas y lavabos* –fue indicando sin dar más explicaciones.

Kilian procuraba memorizar el camino que seguían. Volvieron a girar a la izquierda y salieron por una puerta al exterior. Debía de haber tomado un pequeño rodeo para acceder a la parte trasera del edificio. Se encontraban en una galería exterior porticada, que corría pegada a la pared. A la derecha había una zona ajardinada. Siguiendo por la galería conectaron con un segundo edificio de dos plantas, muy cercano, que no era posible visualizar desde el camino de entrada a La Granja al ser ocultado por el principal. La finca era mas grande de lo que parecía en un primer momento. La conexión entre ambos edificios coincidía con el final del primero. El pórtico unía

ambos edificios de tal manera que tan sólo era necesario salir por una puerta, caminar dos metros y entrar por la siguiente. Se pararon un momento. En frente se abría otro espacio ajardinado mucho más alargado y extenso, quizás unos cincuenta metros de largo, flanqueado por la derecha por el nuevo edificio y otro más a continuación de este, y por la izquierda, parcialmente, por el hangar que sí había visto al entrar. Los jardines eran extraordinariamente bellos, rebosantes de vida y color, aunque Kilian no había visto muchos en su vida y, la verdad, no podía comparar. No conocía ni una sola planta, ni flor, ni árbol.

–Maestro Yemlin –dijo Kilian.

–*¿Maestro? He, he, he. Maestro no soy* –replicó Yemlin.

–¿Ah no?

–*Maestro solo uno hay aquí* –le aclaró.

«Lo que me imaginaba», pensó Kilian, pero no había comprendido lo que realmente le quería transmitir el enano.

–Creía que habrían más de uno, con un consejo o algo parecido al Templo de Coruscant –comentó.

–*No. Aquí como en el templo no funcionamos. Demasiados maestros en el Templo, muchos no se lo merecen.*

–Pero si los maestros del Templo Jedi son los más sabios de la galaxia.

–*¡Oh! ¿Eso opinas? He, he he. ¿Y por qué solo niños cogen?*

–Pues... porque... los niños pueden ser enseñados a controlar sus emociones desde pequeños. Los adultos pueden haber sufrido experiencias que les hayan marcado; pueden tener deseos de riquezas o de poder; ser presumidos, vanidosos u

orgullosos. Todo eso lleva al lado oscuro de la Fuerza. Si desde niños...

–*¿Tu caso es?* –le interrumpió Yemlin.

–¿Perdón?

–*¿Presumido eres? ¿Orgulloso?* –continuó.

«¡Anda con el pequeño Yoda» –pensó Kilian– Pues... algo sí, un poco –prefirió confesar.

–*Al club bienvenido eres* –contestó Yemlin.

–¿Quiere decir que aquí todos son...?

–*He, he, he, todos no. Por mí hablo.*

A Kilian le extrañaban y fascinaban los comentarios del "pequeño Yoda", como le había bautizado secretamente. Le gustó que fuera con la verdad por delante, aunque fuera directo en sus preguntas. Entraron en el edificio de dos plantas. Se encontraban en un modesto pero espacioso vestíbulo, del que partía un único pasillo con puertas a izquierda y derecha. Tras caminar un rato apareció un elevador y unas escaleras. «Al menos hay algo automático», pensó– hasta que el pasillo torció a la izquierda mostrando más puertas a ambos lados.

–*En la casa de residentes estamos. La penúltima a tu izquierda la habitación once –le indicó– La dieciocho la mía es, subiendo por las escaleras. Mas celdas hay arriba.*

–¿Viven todos aquí?

–*No, el Maestro en otra zona*– respondió a lo que quería saber.

En la puerta de su habitación había un pequeño receptáculo con una tarjeta magnética que le pidió recoger Yemlin, y que la

insertara en una ranura de la misma para poder entrar. Pasaron al interior.

–Tu cuarto es. Tiene cama, baño, un escritorio y un armario con utensilios de limpieza. Usted se limpia su cuarto. Servicio de limpieza no hay.

Kilian soltó el petate en la cama, posó la tarjeta en el escritorio y observó la estancia. Desde luego que no era como la del Templo Jedi. Una ventana daba a los jardines. La cama parecía cómoda, el escritorio simple y el armario amplio, con estantes para la ropa y los utensilios de limpieza. El baño, aunque pequeño, tenía lo básico: inodoro, lavabo y ducha de pié. Todo muy austero.

–Disculpe, ¿y la terminal de acceso?

–Lo siento, de eso nada tenemos. Hojas de papel y bolígrafos hay en el escritorio.

–¿Bolígrafos? ¿Papel? –Kilian empezaba a considerar que eran pobres o analfabetos tecnológicos.

–¿Escribir sabes?

–¡Claro que sé escribir! Pero pensaba que habría una terminal, o bien un conector universal para un computador –en los mundos civilizados apenas se escribía a mano; aunque era una enseñanza que seguía siendo obligatoria (a veces se preguntaba por qué), todos los niños aprendían a manejar un teclado al mismo tiempo que la escritura clásica.

–Pues al principio mal lo pasará –sonrió el enano... –. *Los computadores mucho distraen*.

Kilian se preguntaba a qué mundo subdesarrollado le había

enviado su mentor. ¿De verdad era el sitio tan maravilloso que comentaba? Deseaba que todo esto fuera una broma pesada, pero ni él mismo se lo creía. Recordó entonces la precisa clarividencia de Mirlo y sus comentarios sobre la Fuerza. Confiaba en que al menos podría aprender cosas interesantes de él.

–Venga conmigo, el resto de instalaciones le enseñaré.

El pequeño Yemlin le guió por la finca. En la casa de residentes, de dos plantas, donde estaban ahora mismo, no había mas que las habitaciones y un par de salas comunes, una por planta. Al sur y al final del pasillo de su habitación, una puerta daba al exterior y, justo en frente, un pasadizo atechado que daba al gimnasio –el otro edificio que había visto al sur–, pero que ya vería en otro momento. Volviendo sobre sus pasos accedieron de nuevo a la galería que unía con el edificio principal, pero esta vez continuaron por la cara sur. Se podía entrar directamente por las cocinas, o bien rodear hasta una puerta sur que daba a un pasillo que comunicaba el otro extremo de las cocinas con el comedor común y, continuando por él, volvían al recibidor principal. La enfermería y sala médica se encontraba en el centro de la mansión, donde anteriormente había un gran salón. También había una sala de recepción y el centro de control domótico, donde no podía entrar. En su visita no vieron a nadie más por pasillos, galerías o jardines. Debían de estar todos trabajando donde quisiera que trabajaran.

–A solas le dejo para que acomodarse pueda. La hora de la comida es a las 15:00. Suficiente trabajo he hecho por hoy, merecido descanso ganado lo tengo –afirmó categóricamente.

–Un momento, por favor –rogó Kilian.

El *pequeño Yoda* se volvió fastidiado.

–¿Y entonces, según usted, por qué en el Templo sólo permiten enseñar desde niños? –quería satisfacer su curiosidad.

–*Para el cerebro lavarles desde pequeños, claro es* –respondió Yemlin–. *Por eso tan serviles y obedientes son. Suerte ha tenido de escapar cuerdo. Sí, ajá, suerte ha tenido.*

Kilian se rió a carcajada suelta, divertido por la ocurrente respuesta. Pero Yemlin se mantuvo serio, quieto, mirándole con indiferencia. Al dejar de reírse, cortado por la expresión facial del enano verde, éste se dio la vuelta y se marchó volviendo a los jardines, alejándose con su lento caminar, a su ritmo.

«Está loco, en este sitio tienen a una versión esquizofrénica de Yoda; por eso no le dejan hacer nada», pensó.

Olvidando al excéntrico personaje, cogió el pasillo del norte para curiosear en la biblioteca. Era diminuta en comparación con la del Templo Jedi, pero bastante acogedora y con amplios ventanales desde los cuales se contemplaba una buena panorámica de los campos de cultivo, los establos y una parte del hangar; a lo lejos podía divisar las impresionantes montañas que rodeaban el valle. Volviendo al interior de la estancia leyó los rótulos de las estanterías de libros: historia de la Orden, la Fuerza, sectores y sistemas galácticos, criaturas y especies del universo, mundos habitados, y otras temáticas parecidas; la clasificación era parecida a la del Templo. Una pequeña sección de una única estantería guardaba la cultura, política, geografía e historia de Loome; podía ser interesante si se quedaba por más tiempo. En las mesas de estudio descubrió ilusionado varias terminales, pero quedó decepcionado al encontrarse con una

pantalla de registro que solicitaba usuario y contraseña. De todas maneras, seguro que serían terminales internos de la biblioteca y no estarían conectados a la red planetaria global.

No tuvo problemas para llegar al ala residencial, pero cuando se encontró delante de la puerta, la once, descubrió que no tenía la tarjeta magnética. Buscó en los bolsillos de sus pantalones, revisó la chaqueta interna y volvió a meter la mano en los bolsillos por si la primera revisión no había bastado. Recordó entonces que la había dejado encima del escritorio, dentro del cuarto. Un escalofrío de vergüenza recorrió sus entrañas.

«¡Seré idiota! ¿Y ahora qué demonios hago?», se preguntó a si mismo. Podía subir al piso de arriba a ver si allí estaba Yemlin, aunque no le hacía gracia que fuera él quien se enterara de su estúpido descuido. Otra opción era deambular por el edificio buscando a alguien que le ayudara, o salir a buscar los almacenes, a ver si encontraba a Bronx descargando el contenido del deslizador terrestre. Mejor no. Resolvió subir por las escaleras y aguantar los comentarios de Yemlin. Picó en la puerta dieciocho, pero nadie contestó. Volvió a llamar y contestó el silencio. Se disponía a volver abajo cuando alguien le preguntó «en estéreo».

–¿Puedo ayudarle en algo?

Se dio la vuelta. Era el ithoriano que había visto en los campos. Los ithorianos eran reconocidos por su cabeza con forma de martillo, con el cuello doblado hacia delante y luego hacia arriba desde una joroba, y por sus dos bocas que les proporcionaba tan peculiar habla por duplicado.

–Esto... sí, perdón, me he dejado la tarjeta magnética dentro

del cuarto –respondió ruborizado.

No hacía más que cometer pequeños pero visibles errores. Sabía que en el Templo prestaban atención a este tipo de descuidos que demostraban que el padawan no prestaba atención al presente, a lo que estaba haciendo en cada momento.

–¡Oh! Un pequeño inconveniente, *humm*, *humm* –emitía un extraño sonido gutural, los ithorianos podían hacer ruidos raros combinando sus dos bocas con sus cuatro gargantas– ¿Cuál es su habitación? –se le acercó; sus más de dos metros de altura le intimidarían si no fuera por que sabía que, por lo general, era una especie pacífica y amante de la naturaleza.

–La dieciocho... digo la once, quería decir la once. Venía a ver a Yemlin, a ver si podía ayudarme.

–¿Yemlin? Pasa poco tiempo en su habitación, estará escondido en cualquier lugar. No te será de mucha ayuda –explicó–. Necesitaremos la copia de tu tarjeta.

–¿Y dónde puedo obtenerla?– respiró más tranquilo. Era evidente que alguna réplica tenía que haber.

–El Maestro tiene las copias.

«Genial» pensó Kilian. Si quería llamar la atención del maestro Dalma ya lo había conseguido.

–Diría que ahora está reunido y no se le puede molestar –continuó el ithoriano–. Lo comunicaré enseguida, *humm*, *humm*. Por favor, pase a mi habitación, no se quede ahí de pie. Estará cansado.

Kilian accedió a la invitación. La habitación del ithoriano, la número veinte, era muy parecida a la suya pero más grande y

repleta de terráneos con plantas trepaderas. Agradeció su amabilidad.

–Me llamo Molow Habhor. Usted debe de ser el nuevo.

–Sí, supongo. Kilian Hightowers –se presentó–. Me trajeron Mirlo y Bronx desde el espaciopuerto–añadió por decir algo.

–¡Ah!, Mirlo, estupendo. Muy tranquilo para ser un humano. Un buen amigo. Tengo que volver al campo, pero por favor, quédese en mi habitación hasta la hora de la comida. Para entonces ya habremos solucionado el problema. A las 15:00 horas, ¿sabe donde está el comedor?

–Sí, sí, ya lo he visto. No quisiera molestarle aprovechándome de su cortesía –se excusó Kilian.

–Por favor, insisto. Es un placer ayudar a un hermano en la Fuerza.

Respondió con un simple gracias y guardó silencio. Molow Habhor salió de la habitación, dejándole solo. La celda se encontraba en el mismo lado que la suya. Miró por la ventana a los jardines exteriores, sin ver a nadie en ellos. Se preguntó donde estaría Bronx y qué haría. Recordó que Yemlin le había llamado *mercenario*. Eso concordaba con la imagen de hombre de armas que se había hecho de él. Aunque, por lo que sabía de los mercenarios –hombres sin honor que se vendían al mejor postor–, la disciplina y la diligencia no eran rasgos distintivos de ellos; salvo que el enano estuviera de cachondeo, que también podía ser, visto lo visto.

Estaba distraído en estas reflexiones cuando consultó el reloj. Se aproximaba la hora de la comida, por lo que se apresuró a llegar con tiempo. A las 14:55 horas entró en el comedor. Hizo

un rápido recuento de las personas sentadas: diecisiete. Entre ellos veía a Bronx, Yemlin, al twi'leck y al ithoriano; a cuatro hombres y 2 mujeres lomest, los humanoides bajos y corpulentos del planeta; un duro con aire ausente en la parte central; un miembro de la raza gran parecido al comerciante que le había traído a Loome, con sus tres ojos y el hocico semejante al de las cabras, contándole algo al duro anterior; un hombre y una mujer; el anciano Mirlo; una cereana fácilmente destacable por su alargada cabeza, y de buen ver sino fuera por ser de otra especie; y lo que más le llamó la atención del curioso grupo: un repugnante gamorreano, con su aspecto porcino, sus pequeños cuernos frontales y los colmillos inferiores sobresaliendo de su babeante boca. ¿De qué criadero se habría escapado? Casi todos vestían ropas normales, algunos incluso iban con mono de trabajo.

Cuando entró nadie lo miró, ni siquiera Bronx ni Yemlin. Solo Mirlo le hizo una señal discreta para que fuera a sentarse a su lado. Mejor; tenía miedo de pasar un bochornoso momento si hacían bromas sobre su despiste con la tarjeta magnética. Cuando se acercó al anciano, Mirlo le señaló un asiento vacío al lado del hombre y de la mujer humanos. Kilian saludó tímidamente a la pareja que murmuraban entre ellos, quienes le correspondieron con un leve asentimiento de cabeza. Permaneció en silencio sin saber muy bien qué decir, dedicándose a observar lo que hacían los demás: algunos hablaban en voz baja mientras que otros estaban absortos en sus pensamientos; algunos incluso con los ojos cerrados. Al poco rato se abrieron las puertas de la cocina y apareció Vandia con dos ayudantes, un varón y una hembra lomest, que portaban un

carrito con bandejas. Todas las conversaciones cesaron, a excepción del individuo de raza gran, que continuó hablándole al duro que permanecía inflexible, hasta que éste último le miró con sus inexpresivos ojos rojos y el gran no tuvo otro remedio que callarse.

–Guardamos silencio mientras comemos –le aclaró Mirlo.

Vandia se sentó en una de las sillas libres y sus ayudantes sirvieron los platos a los presentes. Cuando todos tuvieron su ración en la mesa los ayudantes se sirvieron a sí mismos y comenzaron a comer. Kilian hizo lo propio, tenía mucha hambre. No había comido nada desde el desayuno, cuando aún estaban de viaje. Según iban terminando, los ayudantes dejaban su plato a medias, se levantaban y servían el segundo.

La comida estaba preparada con varios de los productos que cultivaban en sus propios huertos, y principalmente consistía en verduras, tubérculos, pan, quesos y frutas, con un poco de pescado. No había carne en el menú, excepto para el gamorreano, que dada su fisionomía lo requería. Kilian hizo de tripas corazón cuando le sirvieron un estofado de verduras. Al introducir el primer trozo en la boca, diminuto y con un poco de pan en la reserva como previsión, se sorprendió de encontrar un sabor suave y atenuado. Incluso estaba relativamente bueno, sin exagerar mucho. El resto de la comida estaba decentemente rica.

Mientras comía observó como otras personas que ya habían terminado aguardaban calladas y decidió imitarles en cuanto acabara él con el segundo plato. De hecho apuró rápido para no ser el último, para que no tuvieran que esperar por él. Solo cuando todos terminaron de comer, después de una breve pausa que no entendió por qué se hacia, Vandia se levantó y todos la

imitaron. Cada uno de los presentes recogió su plato y cubiertos y, en una fila organizada, fueron depositándolos en bandejas.

La mayor parte de ellos salieron de la sala. Mirlo acompañó a Kilian a su habitación. En la puerta de su celda se hallaba la tarjeta magnética en el receptáculo. El anciano le comentó:

–Ahora hay un descanso hasta las 18:00 horas –eran casi dos horas de tiempo–. Normalmente cada uno puede hacer lo que desee: permanecer en la habitación, dar un paseo por los jardines o ir a la biblioteca. Como aún está adaptándose al horario solar de Loome le aconsejo que duerma y descanse. Vendré a buscarle a esa hora para llevarle ante el Maestro.

El corazón de Kilian, al oír la esperada noticia, comenzó a latir más rápido. ¡Al fin!

–¿Qué tipo de entrevista será? ¿Tendré que pasar alguna prueba? –todas las preguntas que se había hecho durante la travesía en el Trast A-A5 se amontonaban en su cabeza, y el estado de nerviosismo general que se apoderó de él triunfó sobre su paciencia– ¿Debo prepararme de alguna manera?

–Calma, calma –sonrió tranquilizadoramente Mirlo–. Un aspirante a padawan no debería preocuparse por ello –Kilian se molestó con lo de “aspirante a padawan”, en vez de decir “aspirante a jedi”, pero era una reacción tan habitual en él que la ignoró–. No te preocupes ahora de la entrevista, hazlo cuando estés delante del Maestro.

–Sí, maestro.

–Llámame Mirlo, por favor. En La Granja solo hay un Maestro.

Ya había oído lo mismo de Yemlin, parecía que en aquél lugar

nadie se consideraba maestro. En la Orden cualquier Caballero Jedi que conseguía que su padawan superara las pruebas alcanzaba automáticamente el rango de maestro. Eso podía ser mucho o poco tiempo, dependiendo de cuanto esperara el caballero para elegir a su aprendiz, y cuanto tardaba éste último en presentarse a las mismas.

–De acuerdo, Mirlo.

El anciano volvió por donde habían venido, y cuando lo perdió de vista recogió la tarjeta magnética, abrió la puerta, y la dejó colgada en la ranura interna para no volver a olvidársela.

En aquel momento postergó todas las pegas que le había encontrado a «La Granja», cogió un papel y un bolígrafo del escritorio y empezó a escribir fórmulas protocolarias que le había enseñado Coshar Teelk: “Mi querido Maestro”, “Su Excelencia”, “Quisiera preguntarle, si no es muy atrevido de mi parte...”, y frases similares. Después repasó su defensa ante el inevitable interrogatorio al que se vería sometido sobre el accidente de Válar. Recordó sus respuestas y reacciones ante su mentor, y todo lo que determinó su expulsión. No encontrando ninguna manera de suavizar los hechos aceptó sincerarse y decir la verdad tal cual la vivió.

Por último hizo una lista de preguntas que quería formularle: como sería su entrenamiento, qué formas de combate con el sable de luz aprendería, quien había sido su maestro, etc. Una vez redactadas las reordenó por prioridad, tachó algunas y reescribió casi todas. Cuando estuvo seguro de que esas eran las cuestiones que quería abordar –y no otras–, las estudió hablando en voz alta y dando vueltas por la habitación. Satisfecho de su memorización sacó del petate ropa limpia para mudarse en

cuanto se diera una ducha, que por cierto ya le hacía falta. Llevaría la vestimenta ceremonial del templo que la Orden reservaba a los jóvenes alumnos, para dar mejor impresión. Después de asearse y vestirse se tumbó en la cama para descansar un poco. En dos minutos se quedó dormido.

Unos golpes en la puerta lo despertaron de su letargo. Se incorporó y abrió la puerta, somnoliento. Eran Mirlo y Bronx. Había dormido profundamente durante una hora. Al ver a Bronx recordó su desliz de la mañana. Él, por contra, estaba tranquilo y pensativo, y desde luego que no parecía que fuera a mencionar el episodio. Mirlo le indicó que les siguiera. Salieron por la puerta del final del pasillo y torcieron hacia los jardines, a través de los pequeños corredores, rodeando el gimnasio. Los jardines continuaron hacia el sur, a ambos lados. A unos cuarenta metros al sudoeste, tras los árboles, vislumbró una casa blanca de planta baja que no había visto antes. Allí era a donde se dirigían. Kilian estaba nervioso, para qué negarlo; una mala respuesta, una de las «suyas», y se acabó. Mirlo picó en la puerta de la casa y, tras unos segundos que le parecieron largos minutos, se abrió, apareciendo ante ellos el duro que había comido al mediodía con ellos, vestido con ropas sencillas e informales. Como todos los durosianos su piel era suave y de un tono verde-azulado, sin llegar a ser aguamarina, carente de todo pelo. Su rostro sin nariz y sin labios, y con grandes ojos rojos, no delataba emociones o sentimientos, permaneciendo indiferente pero, extrañamente, sin reflejar tampoco frialdad o desinterés. Sin embargo emitía un

aura de calidez y tranquilidad reconfortantes, como si no hubiera nada de qué preocuparse o como si las preguntas dejarán de necesitar una respuesta.

De hecho, la mente se le quedó en blanco, ¡no se acordaba de la mitad del cuestionario que se había preparado ni de las fórmulas protocolarias que memorizó! En cuanto a las preguntas que sí se acordaba, ahora le parecían sin sentido o mal planteadas. Se le vino a la cabeza, por ejemplo, la relativa a las formas de combate con el sable de luz; pensó que por un lado ya lo sabría a su debido tiempo, y que por otro que sólo reflejaría su bisoñez. Decidió callar y esperar a que hablaran los otros.

Tras un pequeño recibidor, entraron en un humilde despacho. El escritorio estaba lleno de papeles y carpetas, sin ningún gadget electrónico encima, pero sí había un terminal de acceso en una mesa cercana, próxima a las estanterías con obsoletos dispositivos de almacenaje físico de información denominados libros. En frente del escritorio, unas sillas dispuestas en círculo les invitaban a sentarse. Mirlo lo hizo en la más cercana al Maestro Dalma, a su izquierda, Bronx a la derecha y Kilian un poco más alejado, pero en frente del durosiano. Fue Mirlo quien inició la conversación.

–Maestro, le presento a Kilian Hightowers, padawan de Coshar.

Kilian no quiso corregirle lo de padawan, y le sorprendió que no lo nombrara con lo de *«aspirante a»*. Se quedó mirando a los ojos del maestro, profundos e insondables, quien inclinó la cabeza a modo de asentimiento o confirmación, no estaba seguro.

–Bienvenido a La Granja –fue lo primero que le oyó decir; su voz era grave y clara.

–Gracias –fue lo único que se le ocurrió responder y, tras unos breves segundos, añadió–, le presento mis respetos.

El Maestro Dalma pareció sonreír acogedoramente, con aquella boca sin labios.

–Si les parece bien meditemos en la Fuerza unos minutos –sugirió.

Aquél «si les parece bien» sólo sugería la posibilidad, pero los cuatro cerraron los ojos a la vez como si estuvieran sincronizados.

Hizo varias respiraciones pausadas para calmarse y aumentar su concentración. No se esperaba una sesión de meditación, pero tenía sentido y en cierta manera le alivió de tener que pensar de qué hablar. Relajó su cuerpo, esforzándose por olvidar donde estaba y con quienes estaba, centrándose en ralentizar todo pensamiento. Sintió la Fuerza entrando en él con sorprendente rapidez; a través del aire en sus pulmones; en la sangre, recorriendo por sus venas y arterias; en el sonido de su corazón, rítmico y calmado; en cada célula de su cuerpo. La notó en su interior y también rodeando su cuerpo como una manta agradable y caliente que lo arropara. Después extendió su percepción al resto de la habitación, que estaba embebida de esta poderosa energía. Notaba la localización y colocación de todos los objetos de la sala: las estanterías, la ventana, el escritorio, cada papel encima del mismo... y objetos que no sabía qué eran ni para qué servían. A su derecha distinguía la figura de Mirlo, emitiendo un aura de Fuerza palpable. A la izquierda notó un

pálido fulgor, allí donde se sentaba Bronx; oía los latidos de su corazón, pero no notaba la misma calidez.

Destacando por encima de todo, notaba una presencia luminosa en frente, en el lugar donde estaba situado el Maestro, que encogía a cualquier otra de la sala, como si solo fuéramos frágiles reflejos de la luna en comparación con los resplandecientes rayos del sol. Emanaba paz y serenidad. Cualquier conflicto o duda que Kilian pudiera albergar desapareció como polvo en el viento. Quería permanecer en ese estado indefinidamente, sin esperar nada, sin desear nada.

Más, poco a poco, entreabrió los ojos intuyendo que era el momento adecuado de salir del trance y, tal y como empezaron, despertaron los cuatro al mismo tiempo. Permanecieron uno o dos minutos en silencio hasta que Kilian recuperó su estado de conciencia habitual. Mirlo le animó entonces:

–Adelante, pregunta lo que quieras.

El muchacho dudó, no sabiendo muy bien qué decir. Miró al maestro, que tenía las manos apoyadas sobre las piernas. Las alzó medio palmo, con las palmas abiertas hacia arriba, en un gesto de amable invitación.

–Maestro Dalma –titubeó; repentinamente le vino una pregunta que nunca se había planteado con palabras tan sencillas–, ¿Qué lugar es este?

–Un lugar de estudio y descubrimiento –y con aquello parecía que todo estaba dicho, pero continuó–. Observamos la Fuerza y aprendemos de su Naturaleza.

–Pero... no veo jedis –se arrepintió tan pronto como lo dijo, no pretendía insultar a los presentes ni menospreciar al resto de los

residentes–. Perdón, pido disculpas. Quiero decir, que esto no parece una academia o un centro de enseñanza. Parece tan solo una granja.

Aunque después de lo experimentado en la meditación no podía pensar lo mismo, había tenido el impulso de sincerarse.

–Y lo es, es una granja. Necesitamos alimentarnos, y por eso cultivamos y recolectamos. Necesitamos abrigo, y eso nos lo proporcionan los animales. Y vivimos en comunidad con nuestros vecinos, a los que debemos ayudar. Estudiamos la Fuerza en el tiempo que se nos da, pero también tenemos que cubrir nuestras necesidades.

–Pero... ¿todo eso no lo podrían hacer otros? Pagándoles un sueldo justo, claro –seguía sin entender por qué perder un tiempo valioso haciendo tareas mundanas cuando se podían dedicar de pleno a la Fuerza.

–Uno ha de ser responsable de sí mismo, de la limpieza de su celda, de su trabajo y de su salud. Al convivir con otros seres debe colaborar en el sostenimiento de la comunidad, aportando aquello para lo que está mejor cualificado. Si no podemos ocuparnos de nosotros mismos, si nos abandonamos y permitimos que sean otros quienes cumplan con nuestras obligaciones, ¿cómo podremos alcanzar la madurez necesaria para comprender los misterios de la Fuerza? Un aspirante al Conocimiento debe adquirir una actitud justa y equilibrada.

–Pero en el Templo de Coruscant bien que los maestros y los caballeros no se encargan de tareas serviles. Para eso tienen personal propio –se estaba lanzando.

–La Orden Jedi mantiene la paz y la justicia en la República

Galáctica –respondió el Maestro–. Su propósito es elevado y muy necesario en un universo tan inmenso como confuso. Sin la constante entrega y observancia de los Caballeros Jedi, guiados por el lado luminoso de la Fuerza, la República caería en la discordia y la desconfianza en tan solo una generación. Siendo escasos en número su finalidad requiere total dedicación; y de la ayuda de otros seres para la labores comunes, no por ello menos importantes.

El joven se quedó pensativo, reflexionando la respuesta. Aún no estaba del todo convencido, pero le había dado una respuesta y replicar con un *«lo entiendo, pero no estoy de acuerdo»* no era muy apropiado.

Los demás le miraron, esperando su siguiente pregunta, que no acababa de llegar. Dado que no parecía que fuera finalmente a plantearla el maestro Dalma se incorporó de la silla, siendo imitado por Mirlo y Bronx.

–¡Una última cosa!– apuró saltando como un resorte, al constatar que había finalizado el tiempo de las preguntas.

Bronx lo censuró con la mirada, como si hubiera cometido una indiscreción; Mirlo mostró una ligera sorpresa. Al Dalma tan solo le observó, aguardando a que aclarara su preocupación.

–Antes, en la meditación, noté... sentí como si... –dijo aturdido, intentando encontrar las palabras que reflejaran lo que había experimentado.

–¿Qué fue lo que viste? –apremió Mirlo a su dubitativo amigo.

–No lo sé. No estoy seguro, pero el Maestro era energía pura, como si no existiera. No sé expresarme mejor.

Bronx iba a decirle algo, seguramente alguna reprimenda, pero

se la calló. Mirlo se volvió hacia el Maestro, sonriendo levemente.

–Sentiste la Fuerza tal y como es, en su esencia –aclaró Dalma–. No me viste a mí.

Kilian no se lo creyó, era a él a quien había visto. Confundido por la respuesta se limitó a dar las gracias y a salir del despacho junto a Mirlo y Bronx. Una vez fuera de la casa, de nuevo en los jardines, se le aclaró la cabeza y calló en la cuenta:

–¡Pero si no ha dicho nada de si estoy admitido o no! ¡Ni siquiera me ha hecho preguntas!– exclamó angustiado.

–¿Admitido? –se rió Bronx, que no le había dirigido la palabra hasta el momento– ¿Es eso lo que le reconcome?

–¡Pues claro! Usted mismo me preguntó si había comprado billete de vuelta –protestó disgustado, ofendido por la poca consideración que le mostraba.

–¡Ah!, ¿Dije eso, *muchacho*?

–Disculpe, mi nombre es Kilian.

–Tu nombre es *muchacho*. Soy tu instructor y te llamaré como me parezca, hasta que te ganes el derecho de ser llamado por tu nombre.

–Me lla... ¿Mi instructor? ¿Entonces estoy admitido?

–Evidentemente –aclaró Bronx–. Y lo primero que aprenderás será a tener paciencia, respeto y obediencia. Me parece que Coshar no hizo un buen trabajo contigo.

–¿Pero sin probarme ni nada? –no se lo podía creer, en el Templo todos pasaban por pruebas de diversos tipos durante sus años de estudio.

–Coshar ya nos habló de tus capacidades –respondió Mirlo–. Loome está a bastantes años luz de los mundos del Núcleo, pero no tanto como para no poder recibir mensajes. ¡Vivimos en una era tecnológica!

–¿Y a pesar de lo que hice? –confesó antes de morderse la lengua, aunque era obvio que ya lo sabían.

–Bueno, no íbamos a hacerte recorrer media galaxia tan solo para que volvieras por donde viniste, ¿no crees? –dijo el anciano.

El caza-recompensas

–Perdí la pista de vuestro sobrino en Malastare –el caza-recompensas terminó su informe de manera brusca, sin esperar reprobación alguna, aunque la obtuvo.

–Es la primera vez que me falláis en una tarea que os encomiendo– le recriminó Garek Hightowers conteniendo su disgusto.

–No es problema mio que me avisaran a destiempo –replicó–. Si usted hubiera querido asegurarse de que su sobrino volviera al nido familiar le habríamos vigilado más de cerca. Mientras se encontraba a resguardo en su *apreciado* templo era imposible saber lo que hacía. Ni siquiera yo puedo entrar ahí. Solo gracias a mi contacto supimos de su expulsión, y eso al día siguiente, cuando ya se había fugado.

–Le pago para que cace personas, independientemente de si sabe donde están o tenga que seguir su rastro–. Garek vio al caza-recompensas girar levemente la cabeza, controlando a los guardias de la habitación; en raras ocasiones se reunía a solas con él. Y aunque le obligaban a desarmarse siempre que subía a bordo de la *Torre I*, quien sabe qué armas no le habrían descubierto. Aún así estaba seguro de que incluso estando desnudo sería capaz de acabar rápidamente con sus hombres. Su mejor defensa era la cantidad de ceros con los que podía pagar sus servicios, y recordarle la reputación que debía mantener si quería seguir en el negocio.

–¿Malastare, dice? –continuó como si no hubiera pronunciado el comentario anterior–. Allí se celebran carreras de vainas, creo recordar. ¿Habéis...? – dejó la pregunta en el aire cuando percibió por el gesto del caza-recompensas que era evidente que contempló esa posibilidad–. Por supuesto.

Garek le había citado en la *Torre I*, su corbeta insignia, en su despacho personal situado en la proa, de la tercera cubierta, cerca de su camarote. El reputado empresario prefería tener este tipo de encuentros en órbita espacial, y no en Corellia, donde no era aconsejable que fuera visto en compañía de individuos poco aceptados socialmente hablando. Para el caza-recompensas también era apropiado; podía acoplar su nave a la corbeta y ahorrarse los molestos controles aduaneros terrestres.

–Mi sobrino no es muy listo, pero no se arriesgará a obtener dinero de una terminal o a pagar sus gastos de manera que pueda ser rastreado. No le sirvió la última vez que escapó de casa y no volverá a caer de nuevo en ese error, por lo que solo puede disponer del efectivo que tuviera. Si nadie le ha prestado dinero, y solo sus amigos jedi podrían haberlo hecho, y no les habrá pedido nada para evitar preguntas o delatar sus intenciones, no le pueden quedar más de cinco u ocho mil créditos. A lo sumo diez. Conociéndole los gastará rápido; está demasiado acostumbrado a los lujos. Pero no volverá. Pase lo que pase no tiene pensado volver. Quizás su tutor sepa a donde fue.

–¿Coshar Teelk? Lo está buscando sin éxito. Si hubiera tenido algo que ver en esto lo sabríamos. Los jedi son obedientes y serviles. No. Yo lo sabría.

Se hizo el silencio durante unos segundos.

–Podéis retiraros –le ordenó finalmente.

El caza-recompensas asintió con la cabeza, guardando silencio. Ojeó a los guardias de nuevo, dio dos pasos atrás, giró ciento ochenta grados y se encaminó hacia la salida. Al abrirse la puerta Garek le llamó una vez más.

–Raven, encuentra a Kilian. Si los jedi no lo aceptan es una lástima; me hubiera servido bien allí dentro. Pero otros pueden desarrollar su potencial. Traédmelo, por su propio pie o esposado. Me es indiferente.

–Cuando acepto un encargo lo cumplo –le miró a los ojos –, aunque me lleve toda la vida.

«Espero que no tardes tanto» pensó Garek mientras le veía marcharse.

Siim Sor llevaba diez años trabajando como técnico de mantenimiento del Templo Jedi. Entró como técnico especialista en las salas de generadores de potencia, con una carta de recomendación de la Corporación SoroSuub, el único trabajo que tuvo previamente, donde trabajaban más de la mitad de la población de Sullust. Como buen sullustan le fue fácil conseguir el puesto; era simpático, alegre y parlanchín, y los jedi solo vieron en él ilusión por empezar a trabajar y un carácter afable adecuado para las pesadas tareas que le encomendarían. Revisar el estado de los generadores y la correcta distribución de energía era un trabajo tedioso y repetitivo, que amargaba a muchos técnicos, y su buen humor levantaba el ánimo del resto de sus

compañeros. Gracias a los grandes ojos de los sullustanes y a su pequeño tamaño podía internarse en los corredores de mantenimiento sin necesidad de linternas, con la escasa iluminación de aquellos fríos lugares, y reparar cualquier cable, transformador o acoplamiento de energía. También le era útil el extraordinario sentido de orientación propio de su raza, adquirido tras milenios de evolución en las laberínticas cavernas de Sullust que, junto a su memoria fotográfica, le facilitaba no tener que llevar consigo ningún geolocalizador ni mapas computerizados de los túneles, pasillos y zulos de células de energía. Eso le permitía transportar un mayor número de herramientas y repuestos, solucionando un elevado número de incidencias. No obstante no tenía acceso a todas las secciones del Templo; un edificio de estas magnitudes requería un sin fin de técnicos rigurosamente elegidos no solo por su experiencia en la materia, si no también por su honestidad y acercamiento a la filosofía jedi, principalmente gente pacífica, honrada y con pocas ambiciones. Siim Sor se encargaba de las habitaciones de los alumnos, las salas de estudio, las bibliotecas menores, las clases y, en definitiva, de los niveles destinados a la enseñanza. Era frecuente tener que trabajar con niños a su alrededor que, al medir metro y medio, sentían curiosidad por él –como si nunca hubieran visto un sullust–, pero rápidamente le trababan como a uno más y no les molestaba su presencia. No podía decir lo mismo de los vecinos del bloque de viviendas donde se alojaba en Coruscant. Algunos humanos de la capital galáctica eran abiertamente racistas. No todos, pues un planeta-ciudad cosmopolita, capital del universo conocido, debía forzosamente adaptarse a la gran variedad de especies de la galaxia, y entender que los humanos no eran los únicos.

Recorrió el pasillo principal del nivel 23, ignorando a los grupos de alumnos que seguían a sus maestros, o a los caballeros y padawans que discutían aburridos temas relacionados con esa «Fuerza» de la que tanto hablaban, subiendo por una escalerilla hasta acceder a un rellano situado en una esquina del techo. Desde allí echó un vistazo al largo pasillo que había recorrido, sorprendido, a pesar de los años, de las distancias del lugar, con amplios ventanales a su izquierda que ofrecían una panorámica de la urbe. Se internó en el rellano y accedió a una rejilla de ventilación a cuyo lado había un lector de tarjetas. Insertó la tarjeta magnética identificadora que siempre colgaba de su cuello y un led verde se encendió, deslizándose la rejilla lateralmente. En aquel instante algún diligente jedi observaría en su monitor una línea de acceso con el nombre del sullustan, su ID, la hora, y el acceso al túnel de ventilación 23G2, iluminándose su localización en un mapa de las instalaciones. Un flag de control comunicaría al vigilante que el acceso estaba programado y autorizado, y en una línea de texto emergente se leería la tarea que el técnico realizaría.

Inició el protocolo de revisión de las fluctuaciones de energía en los alimentadores internos de las habitaciones de varios alumnos. Algunos de ellos personalizaban el ambiente de la habitación para adaptarlo a las necesidades particulares de su raza o del planeta del que provenían. Variaban la temperatura, la humedad, la cantidad de oxígeno en el aire y otras condiciones de habitabilidad. En cada prueba que realizaba registraba una demora adicional de entre dos y cinco minutos. Tres corredores más tarde llegó al alimentador de la habitación 23G2-31. Abrió la cubierta superior y comparó el color, parpadeo y frecuencia

de los leds de la célula interna; todo estaba correcto. Extrajo la célula procurando no arrancar ninguno de los cables y la apartó a un lateral. Tras el hueco había una placa metálica que separaba el alimentador de la pared de la habitación. Con un destornillador magnético recuperó la diminuta grabadora de voz con forma de tornillo cuyo micro estaba orientado al interior del que había sido, hasta hace unas semanas, el dormitorio de Kilian Hightowers. Esta vez no descargaría los registros de sonido en su computador de bolsillo para volver a atornillar el dispositivo, como venía haciendo regularmente en los últimos meses. Encontró un tornillo estándar en un bolsillo de su cinto y lo utilizó para ajustar la placa, guardándose el discreto grabador con los complementos de su computador. Introdujo la célula de nuevo y cerró la cubierta superior. Dio el visto bueno al alimentador en el registro del computador. «Dos minutos y medio extra; no se notará», pensó.

Cinco horas más tarde, Siim Sor se deslizó fuera de los pasillos de mantenimiento y volvió a las oficinas técnicas del templo. Conectó su computador de bolsillo al ordenador central y sincronizó los datos recogidos con los registros de mantenimiento central. Completada la actualización aprovechó la conexión de la oficina con la red global de Coruscant para acceder a la terminal privada de su apartamento y comprobar si había recibido algún mensaje o vídeo de Sullust. Después de introducir su código individual y asegurarse de encriptar la comunicación, se desilusionó al ver que la bandeja de entrada solo contenía un aviso procedente de su sistema de control interno: el índice de humedad había bajado considerablemente. Maldijo para sus adentros al equipo técnico de mantenimiento

del rascacielos. Les había repetido constantemente la importancia de mantener una adecuada climatización de su apartamento, y no aplicar por defecto los estándares humanos a todas las viviendas. No era la primera vez que pasaba, ahora tendría que abrir una incidencia y esperar a que se dignaran a reconfigurar los parámetros; pasarían horas antes de que la casa se humidificara según sus preferencias.

Con el enfado encima guardó el equipo y se dirigió a los vestuarios. Otra de las ventajas de trabajar en el Templo era la flexibilidad de horarios, que le permitía volver pronto a casa. Pasó por el registro de salida, salió del templo y atravesó la plaza en dirección a la estación de transporte aéreo público, donde se subiría al deslizador de la línea urbana malva. Veinte minutos después entraba en el elevador 15 Norte del edificio Quert.

–Apartamento 78E, nivel 125. Estado e incidencias– dijo en voz alta.

–Buenas tardes, señor Sor –respondió una voz de mujer metalizada–. Su apartamento se encuentra soleado y ventilado. Su cena está lista y sus programas favoritos grabados y ordenados según sus preferencias. La temperatura es de ocho grados. La incidencia número 65 abierta hace una hora y cinco minutos fue cerrada por mantenimiento y etiquetada como «no aplicable» hace una hora y tres minutos. Comentario adjunto: «el sistema de climatización funciona correctamente y los parámetros de configuración tienen los valores correctos».

–Serán imbéciles– respondió Siim en voz alta–. ¡Cómo va a funcionar bien con ocho grados de temperatura! ¿No son capaces de contrastar datos?– La voz femenina no replicó.

«Estos inútiles habrán comprobado la configuración personalizada sin compararla con los datos reales. Seguro que tienen una alerta por no alcanzar el límite mínimo y ni la han mirado».

–Planta 125, abriendo puertas –prosiguió la voz–. Siga el primer pasillo a la derecha. Que tenga un buen día.

Siim salió del elevador y torció por el pasillo E. Caminó un par de minutos desde la puerta número 100 hasta llegar a la 78. Introdujo la tarjeta óptica de su apartamento en una ranura iluminada y la puerta se deslizó a un lateral. Entró. Las luces del recibidor estaban encendidas y notó el frío del interior, además de una ligera corriente de aire. La puerta se cerró tras él y agudizó el oído en el silencio de la casa. Sus grandes orejas captaron el sonido del viento exterior –imposible, los ventanales no se abren–, y una suave respiración en el salón. Presionó el botón de la alerta silenciosa de intrusos, que estaba camuflado en el panel de apertura de la puerta.

–Si vuelves a abrir esa puerta estás muerto– dijo una voz que no esperaba oír hasta mañana.

Oyó un silbido y al acto sintió un pinchazo en el cuello. Se llevó la mano a la herida y extrajo un pequeño dardo de la piel.

Earl Ravenous llevaba tres horas esperando el regreso del sullustan. La seguridad del rascacielos residencial donde se alojaba era básica, sin grandes sofisticaciones. Habían cámaras de grabación en la planta baja, en plataformas aéreas y en la azotea, e internamente en los pasillos principales. Las supervisaba un servicio profesional de seguridad privada,

armados tan sólo con pistolas bláster de aturdimiento. Las puertas de los pisos particulares estarían conectadas con la sala de control para informar de intentos de entrada no autorizados, bien por forzarlas físicamente o por pirateo tecnológico. La incursión tenía que hacerse desde el aire. Utilizar el jet pack hubiera sido muy llamativo y, aunque lo llevaba igualmente acoplado por si necesitaba una huida rápida, optó por acercarse al nivel 125 con un deslizador aéreo B-69 Elektra, pilotado por su colega Broggo –un rodiano clásico: violento, feroz y sanguinario–. Pudo disparar a la base de la planta un cable de acero flexible de larga extensión que le serviría para deslizarse hasta la estructura. Una vez fijado a la pared con ventosas magnetizadas, cortó el cable con el cortador de fusión incorporado en la muñeca izquierda de su blindaje de caza-recompensas e hizo una señal a Broggo para que lo recogiera y se alejara a una distancia prudencial. Probablemente los ventanales de todos los pisos tuvieran sensores de vibración para detectar golpes externos y roturas del cristal, descartando la influencia de las ráfagas de viento. Una vez localizado adhirió láminas de mineral vontoz al ventanal del apartamento 78E, destinadas a absorber las vibraciones que pudiera causar, y empleó de nuevo el cortador de fusión para cortar la aleación de cristal. Así pudo introducirse en el piso.

Una vez comprobado que estaba solo y que no habían cámaras de vigilancia, se quitó el casco protector y examinó el apartamento del sullustan. Bastante corriente, sencillo y lleno de todo tipo de gadgets. Seleccionó comunicadores, cámaras de grabación de vídeo, localizadores, computadores y cualquier dispositivo con posibilidad de almacenamiento de datos; extrajo

memorias, tarjetas y discos y los guardó en uno de los compartimentos de la cartuchera. Aquellos que tenían la memoria integrada los destruyó. Dejó únicamente la terminal de acceso a la red de comunicaciones de Coruscant. Siim no guardaría archivos confidenciales, aunque estuvieran encriptados, en una terminal conectada al exterior: estarían en los computadores que acababa de eliminar. Ademas, quizás el sullustan quisiera conectarse al terminal y de no conseguirlo le pondría sobreaviso. No obstante preparó una pequeña carga explosiva con espoleta remota para accionarla posteriormente.

A estas alturas, y tres semanas después de la desaparición de Kilian Hightowers, Coshar Teelk estaría investigando cómo conseguían información sobre la instrucción de Kilian. Nadie conocía la identidad de Siim Sor más que él. Pero no podía descartar una investigación de los jedi que descubriera, gracias a sus malditas habilidades, que el sullustan llevaba tiempo grabando todo lo que ocurría en la habitación del huidizo Kilian.

Se hundió en el sillón del salón, que estaba ajustado al peso de Siim Sor y no de un caza-recompensas de metro noventa con blindaje protector en torso, hombros y rodillas, entrelazado con ropa endurecida y acolchada en el resto del cuerpo. Revisó el estado de las armas: pistola bláster pesada, rifle bláster, granadas, detonador térmico y vibrofilo de la muñeca derecha. Dejó el tirador sólido a un lado con un dardo cargado impregnado de surit, un veneno que causaba un paro respiratorio en menos de una hora; sin dejar rastro. Después esperó y esperó durante horas hasta que la casa cobró vida propia: en la cocina se encendieron las luces y el horno térmico; el reproductor holográfico mostró en frente del sillón la escena inicial pausada

de un prestigioso film de acción sobre la guerra Hiperespacial Stark, junto a un menú con las series y programas que se habían emitido durante el día. En el recibidor se deslizó un panel lateral mostrando un batín de faldas cortas planchado y limpio y unas babuchas de andar por casa. Todo muy hogareño.

Se maldijo a sí mismo: no contó con el reproductor holográfico, aunque era poco probable que almacenara nada importante allí. Se puso de nuevo el casco protector y lo ajustó al resto del blindaje. A través de la pequeña pantalla interna que se mostraba delante de su ojo derecho, verificó los sensores de audio y visión. Recogió el tirador sólido y apuntó al recibidor. Desde el ángulo en el que estaba tenía un tiro directo, y la única iluminación del salón era la proveniente de la proyección holográfica. La puerta de entrada se deslizó y las luces del recibidor mostraron a Siim Sor en el rellano, entrando con cierto aire de enfado. La puerta se cerró tras él, poniéndose en alerta. Sabía que por el contraste de luces no podía verle, pero percibió un ligero movimiento de las orejas del sullustan. Siim Sor se tensó y dirigió la mano al panel de apertura de la puerta.

–Si vuelves a abrir esa puerta estás muerto –le advirtió Earl Ravenous, al tiempo que disparaba el dardo a la base del grueso cuello de Siim.

El sullustan, acto reflejo, extrajo el dardo y lo estudió atónito.

–Raven –pronunció a modo de queja.

–Considéralo un seguro de vida. De la mía. Te quedan sólo unos minutos, yo de ti entregaría las grabaciones de las últimas semanas, si quieres el antídoto –el caza-recompensas enfundó el tirador, seguro de que tenía al sullustan dominado.

–¡Están en un dispositivo con forma de tornillo, con el computador! –respondió Siim aceleradamente, acercándose al salón y posando en una mesa la bandolera que le colgaba del hombro.

Observó como el sullustan miraba asustado el salón, descubriendo sus gadgets abiertos, desmenuzados o destrozados. Una atisbo de comprensión se reflejó en sus almendrados ojos y cayó de rodillas.

–Por favor, no le he dicho nada a nadie... cumplo mi parte –suplicó brevemente–. Esto... Raven, esto no era necesario.

«*Era*, y no *es*», reflexionó Ravenous. Ya se ha dado cuenta de que no existe antídoto.

–Dime donde hay más copias. Puedes morir dolorosamente o en paz.

–Que Drigahh te maldiga, bastardo.

–Una respuesta digna. Inútil, pero digna. Empezaré por esas orejas grandes que tienes.

Ravenous se levantó del sillón despacio, para que el sullustan tuviera tiempo suficiente para asimilar que iba a ser torturado. Encendió el cortador de fusión de la muñeca izquierda con gesto amenazador. Siim reculó torpemente hacia atrás cuando la puerta de entrada se deslizó nuevamente y aparecieron dos guardias de seguridad, con sus pistolitas de aturdimiento. Uno de pié en el centro apuntando al interior, y el otro arrodillado cubriéndole desde un lateral. La situación era tan evidente que el primero disparó directamente al pecho de Ravenous, siendo el daño absorbido completamente por la armadura corporal. El caza-recompensas ni se inmutó: alzo al sullustan con el brazo

izquierdo para usarlo de escudo, causándole quemaduras severas en pecho y cuello al no apagar el cortador de fusión. Siim, reaccionando por instinto a causa del dolor, intentó zafarse inútilmente; Ravenous lo tenía bien sujeto.

–¡Suéltelo y ríndase! No tiene escapatoria. –ordenó el segundo vigilante; se oían pasos apresurados por el pasillo. Pronto llegarían el resto del personal de guardia.

–Os conviene seguir disparando –fue su única respuesta.

Desenfundó el bláster pesado, apretando el gatillo al mismo tiempo que los otros dos guardias. Uno alcanzó al sullustan, que quedó inconsciente, mientras que el otro acertó en el casco protector. Por su parte, el disparo del caza-recompensas atravesó el chaleco protector del primer vigilante, dejándole gravemente herido e inerte en el pasillo. Aunque los disparos que le alcanzaban no eran problema para el blindaje principal, un acierto en el brazo podía entumecerlo. Mejor acabar rápido y escapar antes de que llegaran las fuerzas de seguridad de Coruscant, mucho mejor equipadas. Cogiendo impulso lanzó al sullustan hacia el vigilante arrodillado, que se apartó de la línea de tiro resguardándose tras la pared. Movimiento esperado. Ravenous agarró una granada del cinto, le quitó la espoleta y la lanzó por la puerta. Mientras el vigilante gritaba a los refuerzos advertencias de “¡granada!”, el caza-recompensas recogió la bandolera de Siim, se giró y se lanzó por la ventana en caída libre al instante en que una nube de humo se expandía por la entrada y el pasillo del apartamento. No había descendido ni quince metros cuando accionó el jet pack JT-12 de Merr-Sonn, alzándose de nuevo en el aire a la altura del nivel 125. Pulsó un botón del cinto y una pequeña explosión reventó la terminal

privada del apartamento. No viendo asomarse guardia alguno al que disparar, maniobró con el jet pack hacia el lado opuesto del edificio más cercano y usó el comunicador para llamar a Broggo. Al minuto llegó en el B-69 para recogerlo. Poco después volaban por una de las vías aéreas regulares, mezclándose con el tráfico, mientras deslizadores de la policía local llegaban al edificio Quert, respondiendo a la llamada de auxilio.

Dos horas más tarde ambos caza-recompensas subieron a bordo de la *Perra Callejera*, la nave personal de Ravenous, tras vender el RGC-16 rápidamente y a bajo precio en el mercado negro.

Las luces se encendieron tenuemente a las 08:00 horas, y un zumbido suave lo despertó de golpe. A pesar de llevar varios días en Loome, su cuerpo seguía sin aclimatarse a las treinta y seis horas de rotación del planeta sobre su propio eje, por lo que sufría descoordinación del sueño y fatiga general. Tras doce horas de sueño profundo, su cerebro demandaba mas cama y mas reposo, pero oía los despertadores de las habitaciones contiguas y sabía que todo el área de residentes se estaba levantando. Con gran pereza y resignación se frotó los ojos con las manos y se puso lentamente en pie. Una ducha templada acabó por despejarlo. Una vez vestido con un sencillo mono de trabajo, que le serviría para cualquiera de las tareas que le esperaban, se sentó en la silla y apoyó los codos en el escritorio, repasando el horario de actividades de La Granja que Bronx le había proporcionado el día anterior. La hoja de papel, escrita a mano con una caligrafía sencilla y de trazos gruesos, ponía lo siguiente:

Horario de trabajo de Kilian Hightowers
08:00 – Fin del sueño.
09:00 – 10:00 Meditación en la Fuerza (aula común).
10:30 – 11:15 Desayuno.
11:30 – 14:30 Entrenamiento físico.
15:00 – 16:00 Almuerzo.
16:15 – 18:00 Reposo.

18:00 – 21:00 Trabajo comunitario (establos).
21:30 – 22:00 Refrigerio.
22:30 – 25:30 Estudio de la Fuerza (aula polivalente).
26:00 – 27:00 Estudios generales (aula polivalente).
27:30 – 28:30 Meditación en la Fuerza (en la estancia individual).
29:00 – 29:45 Cena.
30:00 – Retiro en la estancia.
32:00 – Inicio del sueño.

Le llamaba la atención los tiempos muertos entre actividades en los que no sabía que tenía que hacer. Algunos eran de quince minutos y otros de media hora. Presuponía que era el tiempo necesario para desplazarse por La Granja de un sitio a otro, pero también podía servir para volver a la habitación o cumplir encargos personales. Algunas actividades eran grupales y otras individuales, y en muchos aspectos se correspondía con el plan de estudios del Templo de Coruscant, salvo por aquella poco sugerente anotación que ponía *establos*.

A las 17:45 paseaba en dirección a las cuadras, que se hallaban al este del hangar, tras cruzar por un pequeño puente el riachuelo que dividía la finca entre la zona de edificios y los establos. Se acababa el tiempo destinado al descanso de la comida, que había aprovechado para echar una siesta. La mañana había sido dura y estaba satisfecho del resultado. Repasó mentalmente la jornada matutina mientras caminaba.

La meditación en ayunas de la madrugada fue una agradable sorpresa. Entró en la sala de meditación que La Granja disponía para la actividad y, salvo el Maestro, los veinte residentes restantes –incluido él– permanecieron en silencio dispersados en distintos lugares de la estancia. Algunos se sentaron a la manera jedi, con las piernas cruzadas y la espalda erguida, pero otros utilizaron sillas normales dispuestas en un lateral de la sala. Nadie decía nada. Cada uno llegaba entre cinco y quince minutos antes, buscaba el sitio que más le apetecía, se acomodaba en la postura y cerraba los ojos; sin saludar, quizás tan solo alguna mirada furtiva. Aquella mañana Kilian sintió una calma y una relajación como nunca había conseguido en el Templo, integrado en la energía que despedía el conjunto de los presentes. Después de aquello se le quitaron las dudas sobre el grado de entrenamiento de los habitantes de La Granja. Quizás no eran como los jedi de la Orden, o quizás no eran jedi; quizás fuera extraño que se dedicaran a tareas serviles y humildes, pero quedaba claro que cada uno, en mayor o menor medida, conocía la Fuerza.

La segunda actividad de la mañana fue el entrenamiento físico con Bronx. Durante tres horas el disciplinado hombre evaluó sus características, poniéndole a prueba en distintos ejercicios de agilidad, fuerza y resistencia. Primero le hizo correr a su lado durante treinta minutos por los exteriores de La Granja, en un circuito improvisado que alternaba superficies llanas con pendientes mas o menos pronunciadas y saltos de obstáculos ocasionales tales como troncos, rocas o el riachuelo. Aguantó bien el tipo, pero Bronx le dejó claro que no estaba en la debida forma. Después entraron al bien equipado gimnasio, donde unos

pocos residentes, como el gamorreano, cumplían con un cuadro de ejercicios que se notaba que conocían de memoria. Le hizo pasar por varias máquinas para medir la fuerza y la flexibilidad de sus músculos. De lo primero no pareció quedar muy satisfecho, pero de lo segundo marcó un buen resultado. En todo momento Bronx se limitó a dar las instrucciones precisas de las pruebas, exigiendo obediencia y silencio a su alumno. Tan solo le permitía hablar si era para preguntar o comentar alguno de los ejercicios que debía completar, pero nada más. No le informaba de sus intenciones, ni de su plan de entrenamiento, ni se distraía con otros residentes. Tan solo explicaba, pedía, y anotaba rigurosamente los resultados en una libreta de notas. Ni tan siquiera usaba algún dispositivo de registro táctil.

Abandonó sus recuerdos matutinos al presentarse puntualmente ante los cuidadores de los animales de monta, tres lugareños lomest: dos hombres y una mujer. Los había visto anteriormente en las comidas y en la meditación, pero no había tenido ocasión de hablar con ellos. Como todos los lomest cumplía el estándar: bajos, corpulentos y rojizos.

–Buenas tardes –saludó.

–Buenas tardes, señor Hightowers –respondió la mujer–. Me llamo Dona. Ellos son Larsmik y Ruufol.

Kilian asintió con la cabeza a modo de saludo.

–¿Ha trabajado antes con animales? –el aludido negó con la cabeza, preocupado por el tipo de tareas que le encomendarían–.

Oh, no importa. Le explicaremos qué hay que hacer y si tiene alguna duda se la aclararemos. Básicamente se trata de cuidar del tronador cracio. Son esos animales de allí –la adiestradora señaló en dirección al recinto de paseo–. ¿Son hermosos, verdad?

Kilian no contestó, su relación con los animales era la misma que tenía con los piratas del Borde Exterior: sabía que existían por los anuncios de la HoloRed. Le vino a la memoria un juego que tuvo en el computador que consistía en disparar a rancors con un bláster pesado de repetición, una actividad entretenida durante una o dos horas. Observó a las bestias: el tronador era un bípedo totalmente peludo con una gran cola y con unas extremidades superiores cortas terminadas en garras afiladas. Las patas inferiores, gruesas y poderosas, seguramente le permitirían desplazarse a largas zancadas. Los que veía se mantenían ligeramente encorvados, con una altura que variaba del metro al metro ochenta, pero que si se irguieran podían sobrepasar los dos metros.

–Un poco testarudos con los extraños, pero buenos animales de monta, resistentes y adaptables a cualquier tipo de terreno.

–¿Qué velocidad alcanzan? –no contuvo la pregunta, sabiendo que la cifra le parecería ridícula.

–No espere ganar carreras de aceleradores con ellos –Dona sonrió chispeante, como si hubiera tenido una ocurrencia ingeniosa–. Pero son rápidos, si se les fuerza pueden llegar a los cien kilómetros por hora.

–Ah– respondió indiferente, aunque se sorprendió de que un animal pudiera alcanzar esa velocidad.

–Aunque esa no es la mejor de sus cualidades. Se mueven sin apenas hacer ruido, a pesar de su tamaño. De hecho le llaman tronador porque debería de *tronar*, cosa que no hacen. Es muy silencioso.

–¿Le gustan mucho?

–El maestro dice que no les cojamos mucho afecto, pero es difícil resistirse a su encanto cuando tienes un trato diario. Además, son leales y obedientes. Venga por aquí, le enseñaré sus tareas.

Ambos entraron en los establos, un edificio lineal con un amplio pasillo lateral y numerosas celdas para las bestias, algunas ocupadas y otras vacías.

–Durante las tres horas que tiene que venir se hará cargo de tres de los tronadores que tenemos. Deberá alimentarlos, cepillarlos, limpiar sus celdas y sacarlos a pasear. El resto del día ya nos ocuparemos nosotros, pero la comida de la tarde es responsabilidad suya, y estos animales necesitan comer frecuentemente. Hay que tener mucha paciencia, es lo primero que debe aprender con ellos. Son un poco como las personas, más sencillas, pero cada uno con sus peculiaridades. Pero a base de insistir conseguirá que le hagan caso. Tiene que ser constante y decidido, que sepan que manda usted. Si no le ven seguro, ellos no se sentirán seguros con usted y tomarán la iniciativa.

Se dirigieron hacia el almacén, repleto de sacos de pienso sintético y otros utensilios diversos.

–Esta es la comida que les damos –señaló a los sacos–. Es su base alimentaria, contiene todos los nutrientes que necesitan, aunque si estuvieran en el exterior podrían comer cualquier

planta o hierba. Son herbívoros, sus dientes son planos y fibrosos, por lo que si le muerden no le harán mucho daño ni podrán desgarrarle, pero duele –ella le miró a ver cómo reaccionaba–. Rellene los comederos y deje que coman lo que quieran, así no tendrán ganas de morderle a usted –sonrió despreocupada.

Volvieron a las cuadras y entraron en una de las celdas vacías.

–Por la noche los guardamos cada uno en la suya. Cuando usted llegue es muy probable que se los encuentre aquí, si no tienen que pasar una revisión médica o alguna otra cosa. Deberá sacarlos y llevarlos a la cerca continua, y mientras ellos están fuera limpie la celda de excrementos, pelo y paja. Pero no mezcle los excrementos con el resto porque los llevará al pudridero, donde hacemos abono para los huertos. La suciedad incrustada la lavará y rastrillará con fuerza, y después pondrá paja nueva –a Kilian le dio asco pensar en el cometido que le habían asignado–. Después irá a buscar a uno de ellos y lo paseará durante media hora por la cerca grande –salieron fuera, donde le señaló los dos espacios que había mencionado–. Vuelva a repetirlo con cada uno de los otros y cuando acabe los devuelve a sus celdas. Después les llena el comedero y habrá terminado su trabajo. Unas tres veces por semana limpiaremos la celda por usted para que pueda dedicarse a cepillarlos, que debe hacerlo después de sacarlos a pasear. ¿Hasta aquí bien?

–Sí, bien – respondió rápido.

–Vale, pues le enseñaré como cepillarlos.

La mujer cogió un cepillo de cerdas fuertes y espaciadas y le llevó a uno de los habitáculos, donde un tronador de pelaje azul

claro con vetas grises les miraba distraídamente.

–Este es *celeste*, muy manso y tranquilo. Y un buenazo. Acérquese.

El animal le observaba con curiosidad, olfateando al recién llegado. Su mirada era alegre. Kilian se acercó intimidado por el tamaño y las garras de las extremidades superiores, pero con Dona mirándole no se echó para atrás. La mujer comenzó a cepillarle desde el cuello hacia el pecho, después por el tronco, las patas superiores, las inferiores y por último la gruesa crin.

–Como su pelaje es muy espeso tenemos que usar estos cepillos. Es muy sencillo, solo tiene que hacerlo con suavidad, porque si va rápido se le trabará el cepillo. Nunca tire fuerte porque le haría daño, y créame que por muy obedientes que sean eso no les gusta. Y esas garras sirven para algo, ¿sabe?

–¿No son herbívoros? –miró el tamaño y el filo de las zarpas.

–Sí, pero tienen depredadores naturales; y también son útiles para escalar, escarbar en busca de raíces y otras posibilidades. Pero si cepilla con suavidad ya le digo que no pasará nada. Lo que sí es importante es que nunca se ponga detrás del tronador, siempre delante o por los costados. Si se fija tiene los ojos casi frontales, pero abarcando ángulos laterales. Eso les da una panorámica amplia, de unos doscientos cincuenta grados. Al girar el cuello pueden ver a cualquier cosa que se les acerque, pero si se mete en su ángulo muerto y sienten su presencia reaccionarán por instinto. Esa cola que ve puede derribarle al suelo o incluso desnucarle de un golpe. También pueden saltar y golpearle con las patas inferiores, que además de fuerza observará que también terminan en garras, mas grandes. Aunque

esas las usan para agarrarse mejor al terreno, si le perciben como una amenaza no tendrán remordimientos por pasar por encima suyo.

Dona hablaba con total serenidad, como si le estuviera explicando cómo limpiar una unidad astromecánica R4. A pesar del peligro descrito le restaba importancia.

–Usted manténgase siempre a su vista. En cuanto se acostumbre a su olor se tranquilizará. Pruebe usted.

Kilian cogió con cuidado el cepillo, como si fuera un detonador térmico armado, y empezó por la grupa, poco a poco y con suma delicadeza.

–Así está bien, continúe usted mientras traigo a los otros dos.

Que le dejara solo no le hizo mucha gracia. Vigilaba a la bestia y sus movimientos, pero *Celeste* seguía tranquilo y despreocupado. En dos ocasiones dieron ambos un respingo. Primero el tronador cracio al estirar Kilian demasiado el pelaje, y de inmediato el propio Kilian al notar la reacción del animal, atento a un posible movimiento de las garras o de la cola. Pero *Celeste* solo protestó guturalmente.

–«¿Me habrá tomado el pelo esta mujer?»– pensó.

Al cabo de un rato Dona apareció con otros dos tronadores, llevándolos por las riendas; los sujetaba con firmeza. El primero tenía un hermoso pelaje azabache, de paso altivo y porte orgulloso. La segunda, una hembra, parecía más vulgar en comparación, de pelo marrón oscuro con mechones blancos.

–Estos son *Bizarro* y *Nebulosa* –dijo Dona–. Serán los otros tronadores que cuidará. *Bizarro* es un poco presumido, pero no le haga mucho caso. *Nebulosa* es muy lista; es una de mis

preferidas.

Kilian se acercó a ambos. *Bizarro* le miraba fijamente, siguiendo sus pasos. Al muchacho le pareció por un momento que fuera su tío Garek el que lo estuviera observando, pero al poco la bestia apartó la mirada y se centró en los otros animales. *Nebulosa* parecía despistada, pero algo le decía que en realidad lo estudiaba atentamente. Dona le ayudó a cepillarlos. De vez en cuando le daba algún consejo o le explicaba algún detalle. Se notaba que las bestias estaban acostumbradas a la presencia de la mujer y ésta entendía bien sus necesidades.

Al día siguiente Kilian volvió a los establos, a la hora señalada, donde Dona y los cuidadores estaban ocupados en sus labores. Se quedó mirando a los tres: *Celeste* estaba tan tranquilo como siempre, y *Nebulosa* seguía a su aire, pero *Bizarro* alzó la cabeza nada más que entró, en señal de desafío. Aquello no se lo esperaba, pero Kilian estaba acostumbrado a bravuconadas similares procedentes de sus rivales en las ilegales carreras de aceleradores de Corellia. Nada que no pudiera manejar, así que aceptó el reto para darle la lección que se merecía. En cuanto abrió el portón el tronador se irguió gallardo, mostrando pecho y golpeando ruidosamente la cola contra el suelo. Kilian se detuvo por instinto, temiendo que *Bizarro* le atacara.

–Continúa, chaval –oyó al otro extremo de la estancia a Ruufol, uno de los cuidadores.

Estaba asustado, pero más vergüenza pasaría si le veían retroceder.

–¿Qué le pasa? –preguntó Kilian.

–Te está poniendo a prueba –contestó el lomest.

–¡Pero si ayer se dejaba! –protestó.

–Ayer estabas con Dona –fue todo lo que contestó.

–¿Y entonces qué hago?

–Ponerle las riendas y sacarlo al patio. Y después limpiar la celda.

Kilian murmuró algo poco inteligible como réplica al *valioso* consejo que le daban. Cogió las correas que colgaban de la pared y se las enseñó a *bizarro*.

–¡Te voy a poner esto, así que ya puedes colaborar! –le amenazó.

–*Temblando el animal está, hew, hew, hew* –oyó una familiar voz cercana.

Yemlin, *el pequeño Yoda*, se había subido, no sabía muy bien cómo, a una de las barandillas separadoras, y observaba el espectáculo que se avecinaba.

–¿Qué hace usted aquí? –le preguntó Kilian, incómodo.

–*Divertirme, hew, hew, hew* –ante la mirada de Kilian varió su respuesta–. *Ruufol te deja conmigo. Ayudarte yo haré*.

«Enano entrometido»– pensó malhumorado, pero le ignoró centrándose en *Bizarro*. El día anterior vio como le ponían las riendas a otros tronadores. Parecía cosa sencilla cuando el animal se estaba quieto, pero este no parecía tener muchas ganas

de dejarse de buena gana. Se alzaba tanto que era imposible llegarle a la cabeza para pasarle las riendas alrededor. Primero le agarró del pelaje con una mano y tiró insistentemente a pesar de las cercanas e intimidadoras zarpas, pero la fuerza de la bestia era superior. Después acercó un bidón para alzarse; en cuanto lo colocó delante el animal lo golpeó tan fuerte con la cola que lo alejó de sí varios metros. Por último probó a lanzar las riendas a modo de lazo, pero *Bizarro* agitaba la cabeza de un lado para otro tan rápido que le era imposible acertar. Tras varios intentos desistió de la maniobra. Decidió sacar primero a *Celeste* y a *Nebulosa*, y dejar al cabezota para después. En cuanto iba a cerrar el portón del tronador le interrumpió Yemlin.

–*¿Qué haces?*

–Voy a sacar a los otros antes. Cuando les haya limpiado sus celdas volveré con éste.

–*No* –se mostró tajante–. *Primero Bizarro. Empezaste con Bizarro y con Bizarro seguirás.*

–¿Por qué? Es idiota. Que soporte la celda sucia y vea a los otros comer, a ver si así cambia de opinión.

–*Déjalo ahora y vencido te habrá. No te dejará ganar nunca. Ten paciencia. Inténtalo de nuevo.*

–¿Cómo?

–*Tirar de él con fuerza debes*– le dijo Yemlin.

–¡Eso ya lo hice!

–*Como los cuidadores hacen. Visto lo he. Obligarle a bajar la cabeza debes.*

–¡Pero si es más fuerte que yo!– protestó.

–*Cuestión de fuerza no es.*

–Acabas de decirme que sí.

–*Cuestión de fuerza no es, sino de carácter. Tira con fuerza, sí, pero que sepa que mandas tú. Eso es, mandas tú. No él. Insiste*.

Kilian insistió e insistió. Tiró con todas sus fuerzas, bien para acabar cayendo de culo, lo que provocó más risas de Yemlin, o bien reculando *Bizarro* para impedir que lo moviera. En su último intento acabó por arrancarle algunos mechones a la bestia, la cual protestó molesto.

– *¡Parar debes!¡Para!* –Yemlin bajó al suelo como pudo y se le acercó–. *Enfadarlo conseguirás.*

–¿Y cómo quieres que lo haga? ¡No se deja! Tendría que estar uno de los cuidadores aquí.

Bizarro le dio la espalda, sabiéndose vencedor de la contienda. Los otros dos tronadores habían observado la lucha con atención. *Celeste* lo miraba preocupado, con ojos compasivos. *Nebulosa*, sin embargo, parecía estar decepcionada. Se sorprendió de la expresividad emocional de las bestias.

–*Abandonar no debes o respetarte nunca harán.*

–¿Dona? ¿Ruufol?– empezaba a darle igual lo que pensaran.

–*No, los tronadores.*

–¿Y qué me importa a mi el respeto de estos bichos?

–*Salvarte la vida pueden* –Kilian le miró con incredulidad–. *Cuando afuera estés y tormenta haya ellos de vuelta traerte pueden*.

–Pues no puedo hacer más. Han ganado.

–No es cosa de fuerza. Voluntad no pones. Mucho músculo y poco espíritu. Calma tu mente. Escúchame, calma tu mente como tu mentor enseñó. Tranquilo y firme y no hay animal que seguirte no haga. Vuelve otra vez.

El joven asintió con la cabeza. Estaba cansado de tanto esfuerzo inútil, pero se volvió hacia el tronador, con las manos apoyadas en las rodillas para coger fuerza de nuevo. *Bizarro* se giró con soltura, dispuesto a presentar batalla. Kilian cerró los ojos y respiró profundamente, repitiendo las palabras de Yemlin: «*calma tu mente, calma tu mente*». No supo por qué, pero le vino a la cabeza una imagen del ágil movimiento que *Bizarro* acababa de hacer. «Es una montura, solo es una montura. Sirve para llevarte encima. Es un vehículo como otro cualquiera» –todos estos pensamientos le sobrevenían como uno solo, en un único instante abarcador–. «Es como un acelerador de carreras. Vivo, pero sólo un acelerador. ¿No te subiste una vez a uno en marcha?» Lo vio claro.

Sin pensarlo más lanzó las riendas al lado izquierdo del tronador cracio, el cual, sorprendido por la maniobra, torció la cabeza siguiéndolas con la mirada. Kilian saltó por el otro lado a la barandilla inferior, impulsándose con un pié, a modo de trampolín, para dirigirse con el salto hacia el animal, agarrándose con ambos brazos a su cuello y, con el giro resultante, subirse a su grupa. Presionó con fuerza las rodillas, como si estuviera en su moto deslizadora Zoom de Incom.

–¡Estoy encima!¡Estoy encima! –gritó exhaltado.

La bestia *tronó* hacia el exterior, saltando y brincando con sus poderosos cuartos inferiores. Kilian asió las crines del tronador, intentando ante todo no caer, sin pensar en conducirlo hacia

ninguna dirección. La primera cerca con que se topó era la más cercana, y no había espacio para que el tronador cogiera velocidad, pero sí lo suficiente como para que saltara verticalmente, levantando una polvareda en el recinto. Era todo un espectáculo, viendo a Kilian agarrarse como buenamente podía. Yemlin salió pidiendo ayuda, entre la risa y la sorpresa, la cual no tardó en llegar cuando Ruufol y Larsmik aparecieron alertados por los gritos del enano verde. Intentaron sin éxito alcanzar al animal, que golpeaba la cola con furia. Kilian aguantó increíblemente varios minutos antes de caer de bruces al suelo. El tronador cracio se alejó resoplando a un lado, quizás ofendido por haberse dejado sorprender por un aprendiz en su primer día de trabajo. Larsmik se encargó de él, tardando un poco en calmarlo y reconducirlo a su celda, mientras Yemlin y Ruufol atendían a Kilian, contusionado y dolorido, comprobando si había sufrido alguna herida.

–¿Qué ha ocurrido aquí? –Dona llegó montada en una espléndida hembra de tronador cracio, de pelaje blanco entrelazado con vetas de un intenso azul claro.

Era una pregunta retórica dirigida a Ruufol. La respuesta era evidente. El cuidador se acercó avergonzado; la supervisión del aprendizaje de Kilian era su responsabilidad. Pero fue Kilian Hightowers quien contestó, levantándose del suelo con esfuerzo y sujetándose la muñeca izquierda con la otra mano:

–Soy piloto de carreras –dijo orgulloso–. Y he *pilotado* un tronador cracio.

–Más bien te ha tirado un tronador tracio –replicó Dona bajándose de su tronadora y acercándose al recinto–. ¿Te había asignado aprender a montar y no lo recuerdo?

–No, señora –la mujer lomest le sostuvo la mirada, a la espera de una aclaración más amplia–. *Bizarro* no quería salir y fue lo que se me ocurrió.

–Es culpa mía, Dona –intercedió Ruufol–. Tenía que haberlo vigilado y no lo hice.

–*Oh, no, culpable yo soy* –interrumpió Yemlin–. *Fui quien convenció a Ruufol de que me dejara con el muchacho. Limpiar solo tenía qué. Pero a guiarse por la Fuerza al muchacho animé* –Kilian se extrañó de la declaración, no era lo que había ocurrido–. *Y él la escuchó. Reaccionó según su naturaleza.*

–Efectivamente todos sois culpables, no hace falta que os disputéis el honor –argumentó Dona–. Ruufol, encárgate de las tareas de Kilian por el momento. Ya hablaremos después –el aludido asintió y se retiró obediente–. ¿Ha sufrido algún daño?

–*Una muñeca torcida al caer, nada grave*– comentó Yemlin.

–Duele como el demonio– protestó Kilian.

–¿Puedes curarla? –preguntó Dona.

Yemlin asintió.

–No podemos dejar que *Bizarro* salga victorioso –continuó la cuidadora–. Como dije, los tronadores cracio son leales y obedientes, pero solo a quienes se han ganado su respeto. No esperábamos enseñarle a montar hasta que se hubieran familiarizado con usted. Ahora tendrá que aprender por las duras. *Bizarro* no le conoce y es demasiado orgulloso como para dejarse montar por un extraño, pero ya que han salido así las cosas... si no monta ahora no lo conseguirá nunca.

Una sonrisa se esbozó en el rostro de Kilian, contento de

aprender a montar, que no fue desapercibida por la mujer.

–Borre esa mueca de su cara, señor Hightowers, nos espera una dura jornada. De aquí no se marcha hasta que uno de los dos claudique. Si tenemos que estar toda la noche lo estaremos, y le aseguro que el tronador puede aguantar sin dormir más que usted.

–¡Pero a las 22:30 tengo que estar en el aula! No puedo perderme las enseñanzas de Mirlo. Ahora que hemos empezado...

–Delas por perdidas. Enviaré a Ruufol a explicarle lo ocurrido.

Efectivamente a Kilian se le borró la sonrisa de la cara.

–Venga aquí, joven Hightowers, su muñeca en condiciones necesitará. Relájese y respire.

Kilian se sentó en cuclillas al lado del pequeño ser, quien le sostuvo la muñeca con sus pequeñas manos de tres dedos. Al principio solo notaba el dolor de la torcedura; al poco un alivio del mismo y un breve gemido de Yemlin. Aunque la lesión seguía ahí parecía como si tuviera la mano intacta. Se preguntaba qué estaba haciendo. Sabía que los jedi podían sanar a través de la Fuerza, pero nunca lo había experimentado en sí mismo.

–No mueva la mano. Como está déjela.

Sintió una energía alrededor de todo el brazo, desde el hombro hasta la mano, acompañado de un agradable frescor que le aliviaba del calor que desprendía la zona afectada. Poco a poco el hinchazón que empezaba a formarse paró su crecimiento, para a continuación disminuir progresivamente. En unos quince minutos tenía la mano como nueva.

–*Volver a lesionarse procure no. Trabajar no me haga.*

Dona le proporcionó a Kilian una muñequera para proteger y reforzar los ligamentos afectados. El joven quedó sorprendido de la habilidad de Yemlin. Hasta el momento no parecía servir para nada.

–Bien, voy a prepararle la silla y las riendas. Primero montaré yo, para calmarle un poco y dejárselo preparado –comentó Dona–. Después probará usted de nuevo.

Nueve horas después, Kilian se desplomó agotado en su cama, cubierto de moratones, chichones y contusiones varias. No había un centímetro de su piel que no le doliera. Incluso en algunas zonas de su cuerpo había perdido piel por las rozaduras al verse arrastrado por el suelo. También tenía la marca de una mordedura en el hombro izquierdo. Apenas había comido, tan solo un pequeño refrigerio durante uno de los descansos. Faltó a su primera clase sobre la Fuerza, a los estudios generales y a la meditación individual, pero finalmente consiguió montar a *Bizarro* durante veinte minutos sin que el tronador cracio le intentará descabalgar, asumiendo su nuevo sumiso rol y permitiendo que el jinete le guiara dentro de la cerca.

El dolor era tal que ni era capaz ni de dormirse, ni de darse cuenta de que podía calmarlo con la Fuerza. Ahora se daba cuenta de que fue una lucha de cabezotas. Eso le recordó a su juego preferido en sus años de piloto de motos deslizadoras: *romper el muro*, lo llamaban. Se trataba de acelerar los deslizadores al máximo en línea recta en dirección a la base de cualquier rascacielos de Corellia, a ver quien se atrevía a variar

primero el rumbo. El más valiente, o el más testarudo si el coraje fallaba, se ganaba el derecho a liderar la banda hasta que cualquier miembro volviera a lanzar el reto. La competición tenía un aliciente extra: conseguir huir de las autoridades locales que les descubrieran en plena faena pues, obviamente, era ilegal. Dos veces consiguió ser el jefe, y fue detenido en cuatro ocasiones. Dos de ellas dejándose coger para dar tiempo a que sus colegas huyeran. No le importaba mientras que fuera por este motivo, pues su orgullo se oponía a permitir que le atraparan los pilotos de la CorSec, la Fuerza de Seguridad de Corellia. Sabía perfectamente que a las pocas horas sería puesto en libertad. A pesar de ser uno de los cuerpos de seguridad con mayor independencia y fama de incorruptibilidad en los mundos del Núcleo, uno de sus primos era Teniente del Cuerpo, y bastaba una llamada de su tío para conseguir la libertad sin cargos. Gracias a ello su nombre era respetado en la banda, pero a Kilian le disgustaba que se le recordara por la influencia familiar, y prefería ganarse una reputación basada en su pilotaje y en los redaños mostrados ante el peligro. Con *Bizarro* pasó lo mismo que con el juego de *romper el muro*. Era una cuestión de ver quien aguantaba más.

Derrotado en la cama recordó que al día siguiente debía volver a montar a Bizarro. Dona le dijo que debía repetirlo durante al menos un mes, compaginándolo con el resto de sus tareas. No se libraría de alimentarles, de pasearlos, de limpiar los establos y de cepillarlos. No volvería a contar con la *ayuda* de Yemlin, tan solo Larsmik, Ruufol o ella misma lo acompañarían, aunque cuando decía «acompañar» sabía que quería decir «vigilar». En el fondo se alegraba. Había descubierto que se podía trabar

amistad con animales, más fáciles de tratar que las personas, a pesar de lo sucedido. Intuía que podía establecer un vínculo especial con Bizarro. La vida en La Granja era muy diferente a la del Templo.

La expulsión

La *Perra Callejera* era un carguero ligero clase Kazellis adquirido recientemente en el espaciopuerto Kwilaan de Naboo; veloz, maniobrable y, por lo general, de buenas prestaciones. Ideal para contrabandistas y mercaderes, al requerir escasas modificaciones y poco mantenimiento. No habían muchas unidades en el mercado –la Corporación Kazellis no acababa de consolidarse–, y su estilizada forma de media luna, con la carlinga prolongada por el lado cóncavo y los motores de iones en la convexa, no la hacían parecer una nave peligrosa. Solo disponía de un cañón láser, en torreta superior, algo habitual en cualquier carguero que necesitara protegerse de piratas y corsarios. Ravenous había mejorado los motores del hiperimpulsor para acortar la duración de los viajes hiperespaciales, y aumentado la potencia de daño del cañón sin perder control de fuego. Una de sus innegables ventajas, y que para el caza-recompensas era imprescindible dado su oficio, era que solo requería una persona para pilotarlo. La mayor parte de los cargueros ligeros solían necesitar una tripulación de al menos dos. Era frecuente perder compañeros, y quedarse sin copiloto podía suponer la diferencia entre escapar con vida, morir o ser capturado. Además, muchas veces no había nadie disponible para acompañarle o, dependiendo del objetivo, era mejor ir solo y no tener que repartir las ganancias.

Ya había trabajado con Broggo en diversas ocasiones y era de

fiar. Su afición por la caza, connatural a los rodianos, y su adicción a la violencia le excitaba de tal manera que no daba muchos problemas a la hora de negociar el botín con tal de poder divertirse. Lo único que había que controlarle era cuándo darle rienda suelta y cuándo recalcarle que reprimiera sus instintos salvajes, o que al menos los postergara. De todas maneras no era un idiota, nunca había puesto en peligro una captura por dejarse llevar. Había aprendido la lección años atrás cuando, por entretenerse demasiado torturando a un senador de la República, un caballero jedi les localizó: perdió la presa, la recompensa y la mano derecha, ahora reemplazada cibernéticamente. Desde aquél día odiaba a todos los jedi, lo que vino muy bien para localizar a Kilian Hightowers por la mitad del sueldo; aceptó sin pensarlo. Además, era un excelente artillero y pilotaba decentemente.

Completaban la tripulación de la nave un droide astromecánico R2, que se pasaba el día entre la estación de ingeniería y los pasillos de mantenimiento, se diría que obsesionado por mantener la nave en perfecto estado; un droide médico Dos-Unobé en el pequeño centro médico, robado de una estación orbital del planeta Duro; y tres droides de carga repartidos entre la sala de almacenaje y la bodega. También existía EL-43, otro droide alojado en los compartimentos secretos de la estación de ingeniería, pero la mayor parte del tiempo estaba desactivado para evitar problemas.

La *Perra Callejera* se encontraba en uno de los numerosos hangares de superficie de Coruscant, lista para despegar en cualquier momento. Ravenous avisó a la torre de control que saldrían del planeta a lo largo de la tarde, en cuanto acabaran de

revisar los sistemas del generador de pantallas, una excusa como otra cualquiera. Encendió todos los sistemas de la nave a excepción de los repulsores y ordenó a la unidad R2 que vigilara los indicadores de estado y las comunicaciones de la torre de control. No preveía ningún despegue acelerado porque todo indicaba que su incursión en el piso de Siim Sor no había dejado pistas de su identidad, pese al desafortunado desenlace, pero era mejor ser cauteloso. Una vez terminados los rutinarios chequeos se sentó con Broggo en los asientos del pequeño salón cercano a la carlinga y vació de contenido la bandolera del sullustan: un computador de bolsillo, un localizador desactivado, un comunicador estándar, algunas herramientas de trabajo, una cantimplora de agua y barritas de cereales. Encontró el tornillo-grabador que en una cajita con complementos del computador. La cabeza se desenroscaba descubriendo un conector universal que introdujo en una de las ranuras de su propio equipo.

–*¿Qué çe çupone que hay ahí dentrro?*– preguntó Broggo. A Ravenous todavía le disgustaban los sonidos que emiten los rodianos al hablar el básico, pronunciando mal las erres, las eles, y su extraño ceceo; pero no conocía el rodesiano lo suficiente como para poder entenderle en su lengua natal.

–Grabaciones de sonido de los últimos dos meses de la habitación de Kilian Hightowers. Si ha hablado con su tutor, o con cualquier otro jedi, puede que averigüemos donde se esconde.

–*Buf, habrrá un nuevo Grran Protectorr en Rrodia antess de que acabemoss. Ya me harráss un rreçumen*.

–Quédate –ordenó secamente Ravenous–, pasaré un programa de reconocimiento de voz que recorte los silencios y destaque

las conversaciones.

Broggo, que ya había hecho ademán de levantarse, se dejó caer de nuevo en el asiento, con las piernas entreabiertas en actitud de aburrimiento. De manera distraída desenvolvió una de las barritas de cereales y empezó a comerla con desgana. Su socio copió los archivos del dispositivo de almacenamiento y ejecutó el software de reconocimiento. Tras cinco minutos de espera contemplando la barra de progreso y oyendo masticar ruidosamente al rodiano, el programa presentó diversas gráficas de sonido en bandas horizontales, mostrando la fecha de comienzo y fin de cada conversación y las voces que detectaba. En la columna lateral visualizó una lista de cortes y un resumen de horas clasificadas, con los nombres de los participantes. Ravenous lo leyó en voz alta.

–Seiscientas sesenta horas clasificadas como sueño según el horario, las alarmas de los despertadores y diversos sonidos de fondo como respiraciones. Son muchas, seguramente incluirán las meditaciones que hacen.

–*Apaçionante* –ironizó Broggo.

–Otras seiscientas de silencio, ausente de la habitación; cincuenta horas con música –Ravenous ejecutó una opción del menú contextual para identificar los géneros musicales en background: cuando tuviera una conexión a la red global podría cotejar la música con temas conocidos y anotarlas en la ficha de Kilian Hightowers–. Y cuatro horas de voz. Tres conversaciones y el resto palabras sueltas. Voces reconocidas: Kilian Hightowers, Coshar Teelk y dos voces no clasificadas. Accedamos a la primera conversación.

–*Me estoy exçitando*.

Ravenous seleccionó al primer diálogo cronológico y pulsó el botón de reproducción. Una de las voces era la de su presa, la otra pertenecía a un joven muchacho, probablemente un compañero del templo. Por el timbre metalizado de la voz desconocida estaban hablando a través de videollamada.

–«Válar» –se oyó en el computador del caza-recompensas.

–«Hola, Kilian...» –saludó una voz masculina; Ravenous la asignó al nombre mencionado en el software–. «He pensado que no deberíamos hacerlo».

–«Eres un cobarde» –le acusó escuetamente.

–«¡No es eso!» –protesto Válar –«Tendríamos que pedir autorización, desobedecer está mal».

–«No des excusas, sabes que no nos dejarían, y menos si piloto yo. Si no se enteran no estamos desobedeciendo nada» –se oyó un murmullo de queja–. «Lo que pasa es que no te atreves y te refugias en el código».

–«Ya he superado todas las pruebas, mañana me reúno con el Consejo. No voy a fastidiarla ahora».

–«No pasarás la última: verán el miedo que tienes. ¿Cómo vas a ser un jedi con miedo a las alturas?»–, continuó Kilian desafiante.

–«Conseguí pasar los saltos impulsados, de longitud y de altitud, controlé las caídas, completé el circuito y en menos tiempo del que pedían».

–*Eçe crío ess un cagado* –opinó el rodiano.

Ravenous gesticuló con la mano para que guardara silencio.

–«Ridículas, cuando vueles a trescientos kilómetros de altura, a más de quinientos por hora, manejando un acelerador mobquet como he hecho yo, me lo cuentas. Un jedi tiene que enfrentarse a eso y más. Siempre tienen misiones así. ¿Y si tienes que seguir a tu maestro por cañones y desfiladeros, surcar los cielos de Bespín, o donde quiera que sea, y te rajas? Podemos coger el RGC-16 de Coshar y te pongo a diez kilómetros al aire libre. Ya verás, los rascacielos parecen palillos. Supera eso y no habrá nada que te pare».

–«No me gusta la idea».

–«Está bien, ve mañana a tus pruebas. Al segundo día volverás con el rabo entre las piernas, quizás Adi Gallia tenga compasión de ti y te dejen repetirlas».

Durante unos segundos la grabación permaneció en silencio.

–«Está bien, Kilian. Tú ganas»– cedió con tono vacilante.

–«¡Perfecto! Así se habla, nos encontraremos en el hangar dentro una hora».

La reproducción finalizó. Ravenous anotó mentalmente la diferencia de cinco horas con la siguiente conversación. El software de reconocimiento detectó ruidos en la habitación una hora antes, que indicaban que alguien había entrado en el cuarto. Una nueva persona entró después. Por la voz estaba identificada como Coshar Teelk, caballero jedi tutor de Kilian.

–«¡¿Se puede saber en qué estaba pensando, señor Hightowers?!» –hubo un silencio de unos segundos– «Responde, Kilian».

–«Coshar... como... ¿Cómo está Válar?– se oyó la voz temblorosa de Kilian y un suspiro de resignación ante la

pregunta.

–«Tiene tres cervicales y dos lumbares rotas, el brazo izquierdo destrozado y varias costillas partidas. Una de ellas perforó el pulmón izquierdo, ¿quieres que siga?» –de nuevo silencio– «Por suerte la médula espinal no ha sido muy dañada en el cuello, pero sí en la zona lumbar. El droide médico dice que es posible que pierda el uso de las piernas, a pesar de que el Maestro Oppo Rancisis lleva transmitiéndole Fuerza desde que ingresó. Aún no ha recuperado la consciencia, sigue en el tanque bacta».

Se oyó el golpe de un puñetazo en la pared.

–«Cálmate y dime como acabó mi deslizador en la Vía Procesional» –exigió Coshar Teelk, paciente.

–«Fallaba uno de los repulsores, y Válar estaba malherido. Un aterrizaje forzoso en la Vía era la manera más rápida de alcanzar el templo sin tener que ir a los hangares. Cualquiera de los...»

–«Desde el principio, Kilian, cuéntamelo desde el principio» –interrumpió su tutor–. «¿Qué intentabais probar?».

–«Nada, fue culpa mía. Yo le convencí para subir al RGC-16. Válar siempre ha tenido miedo a las alturas desde que falló aquella vez, cuando se entrenaba para dominar el salto, cuando perdió la concentración».

–«Pensaba que ya no le afectaba. Superó las pruebas de habilidad. Y con nota».

–«Yo sabía que no lo había superado. Le expliqué que debía enfrentarse a ello, pero volando a kilómetros del suelo, no dentro de una nave o detrás de unos cristales, sino sintiendo el viento en la cara. Él no quería, prefería centrarse en la prueba de

conocimiento».

–«Como tenía que haber hecho. Era el último examen para completar su entrenamiento, y se hubiera convertido en Caballero Jedi».

–«No lo hubiera pasado, cualquiera de los maestros hubiera notado su debilidad».

–«Eso no te corresponde juzgarlo, Kilian. No tenías derecho a entrometerte en su evaluación. Su maestro y él mismo decidieron que estaba preparado» –otro silencio incómodo–. «Cuéntame que pasó después».

–«Subimos al GC-16. Primero seguimos las rutas aéreas habituales, pero después me dirigí a más altura, hasta alcanzar los diez kilómetros. Lo estaba llevando bien».

–«Ya veo. Válar te demostró que sabía afrontarlo, y podía haber quedado ahí la cosa. Solo yo me hubiera enterado en cuanto hubiera necesitado el deslizador, y tampoco te reñiría demasiado. Pero entonces decidiste darle emoción al asunto, ¿no? ¿Qué brillante idea se te ocurrió?».

–«Un picado» –dijo en voz baja.

–«Perfecto, un picado en el cielo de Coruscant, el planeta con mayor tráfico aéreo de la Galaxia–suspiró Coshar Teelk–. «¿Cuánto tardó la patrulla aérea en perseguiros?»

–«Nada más lanzarme. No vi un coche de las nubes que estaba en la estratosfera. Quizás ya nos había localizado, por habernos salido de los carriles marcados. Creo que no se lo esperaban».

–«¿Y Válar qué hizo?»

–«Protestó. Intentó convencerme de que parara, notaba el

miedo en su voz, pero no tenía pánico. No soportó la aceleración del descenso y creo que se desmayó, porque no recuerdo que dijera nada más».

–«Sigue» –la voz de Coshar Teelk sonaba cada vez más fría.

–«No hay mucho que contar. Evité las vías, las zonas transitadas... esquive algunos aerotaxis... Pero entonces llegaron los droides policías con sus speeders. Supongo que alertados por el coche de las nubes».

–«¿Y no pensaste en parar y entregarte entonces?»

–«Coshar, yo... no. Supongo que me sentía de nuevo como en las carreras de Corellia. A toda velocidad entre los edificios con los polizontes persiguiéndome. No pensé en las consecuencias. No creí que pudiera pasar nada».

–«No has aprendido mucho desde que llegaste» –la voz del tutor reflejaba su decepción–. «Continúa».

–«Uno de los speeder se acercó demasiado e hice un viraje brusco, pero otro de los droides policías intentaba cerrarme el paso por la izquierda. Me agaché a tiempo, pero Válar no... Vál... no...».

–«¡Por los colmillos de Sivanta! Válar no podía agacharse porque se había desmayado, y el droide impactó contra él».

–«Más o menos» –se oyó la débil voz de Kilian, arrepentido–. «No sé todo lo que le golpeó, el resto del speeder alcanzó uno de los repulsores, empezó a echar humo y el deslizador no maniobraba bien. Puede que le golpearan otras piezas. El casco y el protector cervical debió salvarle de lo peor».

Esta vez el silencio que siguió a la respuesta de su pupilo fue

bastante más largo.

–«Supongo que a partir de entonces buscaste la manera de llegar hasta el Templo» –prosiguió la voz de Coshar Teelk–. «Y eso te llevó al aterrizaje forzoso, con la esperanza de encontrar maestros que os ayudaran»– hubo una breve pausa–. «¿Por qué tanta insistencia, Kilian? ¿Por qué arriesgar la vida de tu amigo? Que arriesgues la tuya es propio de ti, de tu obsesión por la velocidad, de tu rebeldía de adolescente. Pero esto es diferente, incitaste a Válar a violar las reglas. Al menos tus ocurrencias solo te involucraban a ti, hasta hoy. ¿Qué ha cambiado?».

No hubo respuesta.

–«Te diré lo que ha cambiado, Kilian. Lo que ha cambiado es que Válar se iba a convertir en Caballero Jedi, mientras que tú *ni siquiera eres padawan*. ¿Es eso en lo que pensabas, no? He observado cómo te disgustaba quedarte en el templo, mientras él acompañaba a su maestra...».

–«Yo...»– balbuceó la voz de Kilian.

–«No interrumpas, *niño* –sonaba autoritario pero sereno–. Le admiras, sí, pero también le tienes envidia. Reconozco que tu condición es dura. No es fácil ser siempre el *chico especial;* no puedes asistir a las clases que te gustaría hasta que demuestres que estás preparado; ves como críos más jóvenes que tú son admitidos. Pero todos te han tratado bien, comprenden de donde vienes, y te ofrecieron su amistad. En vez de estar contento por tu amigo te aprovechas de su debilidad».

–«¡No es justo!» –protestó–. «Yo quería ayudarle. Siempre lo he hecho con mis amigos, con los que verdaderamente importan».

–«¿Y cómo le convenciste? ¿Le provocaste?» –los incriminatorios silencios de Kilian evidenciaban la respuesta–. «A un amigo no se le ayuda así. Y menos si tiene que pasar por una difícil prueba».

–«Tenéis razón, maestro. Es culpa mía» –las palabras del pupilo sonaban sinceras, sin miedo a decir la verdad–. «Asumo la responsabilidad, pero Válar se merece ser jedi.»

–«Eso no lo sabemos. Él también ha fallado».

–«¿Cómo? ¿Qué queréis decir, maestro?».

–«Un Caballero Jedi no cede a provocaciones, no se deja llevar por emociones infantiles. Válar tenía que haberse negado, independientemente de lo que su amigo opinara de él. Su deber era prepararse para la reunión con el Consejo y hacerlo lo mejor que supiera».

–«¿Y eso qué significa? ¿Qué le va a pasar?» –la voz de Kilian palideció.

–«Primero tendrá que recuperarse de sus heridas, y esperar que no tenga secuelas. Después el Consejo ya verá».

Ambos callaron unos instantes, hasta que el pupilo se atrevió a preguntar de nuevo.

–«Maestro Coshar, yo... ¿y qué va a pasar... que...?» –no conseguía completar la frase.

–«¿Qué va a pasar contigo ahora? Mañana se tratará tu situación en la segunda reunión del Consejo. Me han encargado defenderte. Kilian, tienes que hacerte a la idea de que es posible que no puedas continuar en la academia; el accidente es muy grave» –se oyó un tímido lamento–. «Quizás es culpa mía no

haber reconocido la seriedad de tus sentimientos. Podría haberte distanciado de Válar mientras te dominara la explosiva mezcla de amistad, admiración y envidia. Pero no fui consciente de cuanto te afectaba. Procuraré que el Consejo lo entienda».

–«Yo no quería que esto pasara» –se disculpó Kilian.

–«Lo sé. Haré lo posible para que te quedes, pero incluso si puedes continuar con tus estudios muchas cosas cambiarían. Permanece en tu habitación hasta mañana y no salgas. Te traerán la comida y si necesitas alguna cosa llama por el comunicador a la responsable de pasillo. Procura dormir. Tengo que preparar tu defensa, por lo que no podré verte hasta después de la reunión, pero si es importante puedes llamarme. Sobre todo si sientes la necesidad de hacer alguna tontería, aunque creo que harás lo que te he dicho, ¿verdad?».

–«Me quedaré aquí, maestro».

–«Bien» –se oyó el característico siseo de apertura de una puerta deslizante y pasos alejándose–. «Kilian, una cosa más. No debería decírtelo, pero tienes que madurar. La maestra de Válar me comentó que, de haberse convertido en Caballero Jedi, hubiera presentado una solicitud para que terminara tu periodo de prueba y te admitieran formalmente en la academia. Válar creía que ya estabas preparado. No salgas de tu habitación».

Los pasos se alejaron y la puerta se cerró.

–No tendrremoss prrobl·lemas con esste l·lorón. Va a serr pan comido –se rió Broggo.

–Pues lo hemos perdido –respondió Ravenous.

–Querráss decirr que lo hass perrdido –matizó el rodiano.

–El muchacho tiene sus recursos, no lo subestimes. No es ninguna amenaza física, pero lleva huyendo toda su vida. Sus padres le enseñaron bien; todos los cobardes saben hacerlo. Es instintivo, lo llevan en la sangre, pero dejan tras ellos el rastro de su miedo.

–Di lo que quieras, pero sse te esscapó.

–El muchacho no se moverá de su habitación. Sigue escuchando y sabremos a donde fue.

El tercer archivo comenzaba su reproducción a las 11:21 del día siguiente a la conversación entre Kilian Hightowers y Coshar Teelk. Efectivamente, según las indicaciones del programa, el alumno no salió de su habitación. El caza-recompensas pulsó el *play*, oyéndose primero a Coshar Teelk:

–«Hola, Kilian. Por favor, no te levantes» –comentó con voz cansada.

–«¿Tan mal ha ido? ¿Me han expulsado ya?» –preguntó con premura a su mentor.

–«No, no te han expulsado. Todavía» –se oyó un suspiro de alivio– «Pero no te creas que estás libre. Quieren hablar contigo por la tarde».

–«¿Hablar conmigo?» –dijo nervioso– «No sabré qué decir».

–«Es normal que quieran hablar contigo, antes de tomar su decisión. Y no lo tienes fácil; creo que debes asumir que te expulsarán. Dudo que podamos decir nada más a tu favor».

–«¿Tan mal te salió?».

–«Kilian...».

–«Perdón, maestro. Lo dije sin pensar».

–«Como suele ser. Compórtate ante el Consejo de esta inapropiada manera y la expulsión será lo de menos» –su pupilo dio la callada por respuesta–. «Bien. Son muchos los maestros que están convencidos de que no tienes las aptitudes necesarias para seguir el Sendero del Jedi. Básicamente los mismos que se opusieron a que entraras en la academia. *Demasiado mayor, poca madurez, desconfiado*, fueron las palabras más repetidas. Creen que el incidente solo demuestra lo acertado de su criterio».

–«¿Y el Maestro Saesse Tiin?»

–«El Maestro Tiin reconoció que se había equivocado, que creía que podrías desarrollar paciencia y humildad viviendo en el Templo. Normalmente no habla mucho, pero dado que fue tu principal valedor cuando llegaste se sintió obligado a exponer su opinión: pensó que, como él mismo entró ya de niño, la edad no debía de importar tanto a la hora de ingresar en la academia. Mencionó también los casos del Maestro Eeth Koth, y de Ki-Adi-Mundi, presente en la reunión, que empezaron su entrenamiento después de la infancia. Los sentimientos arraigados pueden corregirse con una adecuada supervisión pero, aunque sigue afirmándolo, considera que en tu caso no has hecho el esfuerzo que se te exigía, y que es demasiado tarde para ti».

–«Estoy fuera, no hay nada más que hacer».

–«Aún no han determinado nada. Para sorpresa de todos, la Maestra Shaak Ti salió en tu defensa. Considera que tu pasado te proporciona un punto de vista que no tienen los demás alumnos. Ellos solo conocen la vida en el Templo, recibiendo una excelente educación, con los mejores maestros, desarrollando

seguridad en sí mismos y adquiriendo una adecuada posición conciencial para aprender los caminos de la Fuerza. Pero apenas saben nada del mundo exterior, de los seres que viven en el universo; de sus ambiciones y de sus miedos. Y un Jedi debería conocer cómo son, sus motivaciones, sus sentimientos, su forma de pensar. Debo reconocer que fue muy elocuente. Sostuvo que tu peculiar educación antes de los dieciséis te enseñó, por experiencia directa, todo lo que les falta a los demás».

–«¿Entonces tengo una oportunidad?»

–«No lo sé. Sinceramente, Kilian, no lo creo. Las palabras de la Maestra Shaak Ti hicieron mella en Adi Gallia, que cambió de parecer, pero el Maestro Yoda es muy estricto con las normas. Ya se opuso a que recibieras entrenamiento hace dos años: "*Dieciséis años demasiados son*", decía, y sigue sosteniéndolo ahora que tienes dieciocho. Si te aceptaron entonces fue por la insistencia de varios de los maestros, pero fue Yoda quien determinó tu estatus especial, y quien te puso bajo mi supervisión. El Maestro Windu piensa igual, y el juicio de ambos es muy valorado en el Consejo».

–«Si Yoda está a favor de la expulsión entonces ya me puedo dar por expulsado. Yoda es mucho Yoda».

–«Bueno, yo no lo hubiera expresado así, pero no te falta razón».

–«No voy a volver a Corellia» –afirmó Kilian convencido–. Después de vivir en el Templo, ¿cómo podría?».

–«Estoy de acuerdo. Pase lo que pase, no volverás con tu familia».

Earl Ravenous se irguió del asiento, subió el volumen del

reproductor, y puso mayor atención en cada palabra emitida. Incluso el rodiano se enderezó pensativo.

–«¿Qué quieres decir? En cuanto se enteren de mi expulsión vendrán a buscarme. Garek Hightowers lo controla todo. Garek Hightowers no tolera que algo se le escape de las manos. Toda la familia le apoya o le teme, y si alguien se le opone aprende la lección. ¡Eso lo sé!».

–«Entonces no se enterará. Si no lo sabe no podrá cogerte, ¿no crees?» –de nuevo un silencio por respuesta– «Bien, parece que tengo tu atención. Kilian, esta tarde el consejo se reunirá de nuevo y tendrás que presentarte ante ellos. Hablaré yo, pero seguramente te harán algunas preguntas y querrán comunicarte directamente su decisión. Si puedes seguir en la academia, aunque quizás en otras condiciones, no tienes nada que temer: el brazo de tu tío no es tan largo. Mientras estés en el Templo estás alejado de su influencia».

–«¿Y si no estoy en el Templo?»

–«He tenido tiempo para meditarlo. Escucho muy atentamente todo lo que me dices, aunque pienses que no te hago mucho caso. Cuando te pusieron bajo mi tutela primero quise conocer de donde venías, cual era tu pasado, y por qué tu tío insistió tanto en que entraras en el Templo. No sabía quien era, pero por suerte en el Consejo contábamos con la maestra Adi Gallia».

–«Mi familia conoce a los Gallia demasiado bien. Son diplomáticos de Corellia, rivales políticos de los Hightowers».

–«Lo sé. La Maestra Gallia mantiene contacto con sus padres, y tiene habilidad para saber lo que ocurre en la enmarañada red política de Corellia. A los pocos días de empezar tu instrucción

le pedí que me hiciera el favor de averiguar lo que pudiera sobre tu tío».

–«¡Entonces puede que sepa donde están mis padres!»

–«No, no lo sabe. Lo siento, no se les ha vuelto a ver desde hace mucho tiempo. Debo disculparme contigo, pues te lo oculté. No te conocía y tenía que averiguar cual era tu papel en todo esto».

–«No me extraña, debiste pensar que era un espía de Garek».

–«No, de eso estaba seguro que no. El Consejo lo habría sabido, estamos hablando de los más sabios maestros de la Galaxia, Kilian, nadie puede *infiltrarse* en el Templo, y siendo Adi Gallia miembro del Alto Consejo investigó esa opción. No sabemos por qué tu tío quiso que entraras. Quizás piense que puede influir en la Orden a través de ti, lo cual demostraría lo poco que nos conoce. Quizás cree que puede controlarte, porque su soberbia es grande y está acostumbrado a que sus planes salgan según sus deseos. Lo desconozco. No diré mas. La cuestión es que Adi me informó bien de sus métodos, de su corporación y de sus ambiciones políticas. Mantiene relaciones con varios miembros del Senado Galáctico. Me imagino hasta donde puede llegar para conseguir lo que ansía, y no me gusta la idea de que vuelvas con ellos».

–«Gracias, Coshar... yo... no sabía que te importara tanto».

–«¿Te acuerdas de cuando te hablaba del Maestro Dalma?»

–«Eh... sí, el maestro Al Dalma que dirigió unas charlas sobre la naturaleza de la Fuerza».

–«Exacto, él los llamaba *Diálogos sobre la Ciencia*. Escucha atento. El Maestro Dalma dirigió los encuentros durante

alrededor de cinco años. Era un auténtico buscador. Pretendía averiguar la verdadera naturaleza de la Fuerza, y de hecho impulsó los diálogos para fomentar su estudio, argumentando que se le dedicaba poco tiempo. Creo, y esto es una opinión personal mía, que tenía sus diferencias de opinión con respecto a la política del Alto Consejo y sobre el entrenamiento de los jóvenes en la Fuerza. *Demasiados guerreros, pocos diplomáticos, y apenas conocedores*, decía. Aquello me impresionó mucho. Yo era tan solo un padawan, y mi maestro, Harma, que era un caballero poco ortodoxo, me llevaba siempre que podíamos. Al principio yo estaba más interesado en aprender los poderes, como casi todos los padawans, pero poco a poco me fui interesando por la enseñanzas del maestro Dalma. *Apenas conocedores* era una afirmación un tanto extraña: en la Orden hay grandes eruditos que dedican sus estudios a indagar en los misterios de la Fuerza. El Maestro Dalma consideraba escaso su número, y que la mayor parte de los padawan se decantaban por la vía del combate».

–«Maestro Coshar, no sé qué tienen que ver estas reflexiones sobre la política del centro con mi situación».

–«Paciencia, Kilian, paciencia. ¿Qué te tengo dicho sobre escuchar antes que pensar en uno mismo? Aprenderás mucho más escuchando y observando».

–«Me callo».

–«Bien, igual te interesarías más si supieras que a los encuentros acudieron maestros como el difunto Qui-Gon Jinn, del que tanto te interesaste en los archivos, y también miembros del Alto Consejo como Oppo Rancisis o Yarael Poof, e incluso alguna vez Yoda, al que sus deberes y obligaciones le mantenían

siempre ocupado. Si te cuento esto es por un fin. Antes de comenzar sus diálogos el Maestro inició un retiro voluntario, y estuvo varios años alejado del Templo. Se sabe poco de esta etapa de su vida, y sólo informaba al Alto Consejo. Cuando volvió muchos dijeron que había cambiado. Durante otros cinco años mantuvo sus *diálogos* activos, al mismo tiempo que se encargaba de asuntos de la Orden. Le ofrecieron formar parte del Consejo del Primer Conocimiento, por lo que podría supervisar el plan de estudios de la academia, un admirado y respetado cargo. Pero amablemente lo rechazó, una decisión aparentemente contradictoria con su pensamiento. Finalmente, un día, solicitó una audiencia con el Alto Consejo para poder retirarse de nuevo a sus estudios. No sabemos de qué hablaron, pues no transcendió su conversación, pero sí sabemos que otro caballero jedi y una padawan pidieron abandonar la Orden y marcharse con él. La padawan había estudiado conmigo, eramos amigos. Sin su presencia, los diálogos continuaron durante un tiempo bajo la dirección del Maestro Yarael Poof, pero pronto los clausuraron. Dos años después de la marcha del Maestro Dalma pasé las pruebas de caballero y tuve que decidir cómo quería servir a la Orden. Antes de conocerle hubiera seguido la *senda del guerrero* sin dudarlo; después de asistir a los diálogos me decanté por ejercer de cónsul. Cuatro años más tarde, en una misión diplomática a Eriadu, mi antigua compañera se puso en contacto conmigo y me confió qué hacía y dónde se encontraba. Me invitó a visitar al Maestro Dalma, del que ya era discípula, y no padawan. Quedé maravillado de lo que habían construido: una academia de aprendizaje diferente al Templo, pero guardando cierta familiaridad. Me ofreció retirarme a vivir con ellos y aprender de las enseñanzas que allí se impartían. Estuve

tentado a aceptarlo, pero mi compromiso con la Orden y mi deber hacia ella me obligaron a rechazar su propuesta. He vuelto a visitar el lugar un par de veces más, manteniendo un tímido contacto. Lo que te estoy contando es confidencial, Kilian. ¿Lo entiendes? No puedes hablar de esto con nadie».

–«Sí, Coshar, lo entiendo. Prometo guardar el secreto. Entonces... ¿Podré ir a la academia del maestro Dalma?»

–«Creo que si no puedes seguir en el Templo es lo mejor para ti. Allí podrás continuar tu instrucción sin las interferencias de tu familia».

–«¿Me aceptará?»

–«No puedo saberlo, Kilian. Tendrías que contarle todo lo que te ha pasado. Todo: tu accidente con Válar, tu familia, todo. Él decidirá entonces. Si mantiene su confianza en mí te admitirá, y no tengo motivos para pensar que no. Él fue quien descubrió mi potencial para con la Fuerza. A veces pienso que me conoce mejor de lo que me conozco a mi mismo» –hubo una pausa en la reproducción–. «Sí. Si el consejo no te permite quedarte irás con el maestro Dalma».

–«¿Y dónde está?»

Hubo un silencio común entre las voces grabadas y los oyentes. En la reproducción el caballero jedi no respondió de inmediato. En la pequeña sala de estar de la *Perra Callejera* ambos caza-recompensas permanecían atentos. Una vez conocido el paradero de Kilian Hightowers podrían ponerle una fecha de entrega a su cliente.

–«No, Kilian, espera a la resolución del Consejo» –Broggo dio un puñetazo en la mesa que hizo temblar el computador de

Raven, el cual ni se inmutó–. «Si no tienes que marcharte no será necesario que lo sepas. Bastante es que conozcas su existencia. No todos los maestros del Consejo estarían de acuerdo en mantener un centro de enseñanza alternativo. Antaño hubo otras academias, lo que dio lugar a numerosos problemas, como sabrás si estudiaste la historia del Templo y el porqué de su fundación. Yo prefiero que te quedes en Coruscant, pero si resuelven lo que me temo que ocurrirá te revelaré a donde tienes que ir. Y tendrás que ir tú solo. Yo no puedo acompañarte. Te ayudaré a salir del Templo, pero nada más. Para todo el mundo te habrás fugado.»

–«¿Pero por qué el engaño? Si me expulsan soy libre de irme. No seguirán mis pasos».

–«Recuerda que está tu familia de por medio. Que te expulsen no quiere decir que se desentiendan de ti. Eres responsabilidad del Templo y, en última instancia, del Consejo. Tendrían que devolverte a Corellia, lo que no queremos. Y no sabemos cuánto tardaría tu familia en saber de tí. ¿Cuántas veces huiste de los Hightowers y cuantas te capturaron?»

–«Lo suficiente como para saber que no pararán hasta encontrarme».

–«Razón de más para ser cautelosos y ganar todo el tiempo que podamos. Elegirás las rutas, cómo llegar y mantendrás tu identidad lo más oculta que puedas. Confío en tus capacidades, y sé que el maestro Dalma tendrá éxito donde yo he fracasado».

–«Coshar, el Consejo tiene razón: aunque me alegro de que lo hicieran, enseñar a adolescentes es un error. Soy la prueba».

–«No, no lo es. El Consejo se equivoca».

–«¿¡Maestro!?».

–«No me llames maestro; sólo soy un caballero jedi, nada más. Pero se nos ha hecho tarde. Vamos a comer algo y a la reunión».

–«A la Torre del Alto Consejo. Solo estuve una vez, cuando llegué a Coruscant, y ahora que puedo contemplarla de nuevo...».

La grabación finalizó con los pasos de los dos abandonando la habitación.

–¿Y bien? No noss ha çerrvido de nada. No çabemoss donde eçtá –intervino el rodiano.

–Cierto –respondió su socio–. Aún queda una tercera conversación, que no aportará nada. Participan Coshar Teelk y una voz desconocida, pero no Kilian. Y el jedi es lo suficientemente prudente como para no mencionarlo.

Como Earl Ravenous intuía, la última conversación, grabada la mañana del día posterior a la reunión del Consejo, no reveló el planeta de residencia del maestro Al Dalma. Intervenían Coshar Teelk y una segunda voz que, por las preguntas que hacía, debía de ser algún miembro del Consejo o alguien con autoridad. Descubrían, o al menos lo hacía el desconocido, que Kilian Hightowers se había fugado por la tarde, probablemente en un «arranque emocional» tras la decisión de expulsarlo.

–Nos han dado suficiente información para proseguir la caza –explicó Ravenous a su socio.

–No veo cómo –dudó el rodiano.

–Tenemos el nombre del maestro y algunos datos sobre quien es. Coshar mencionó encontrarse con su compañera de clase en

Eriadu que, aunque sea cruce de rutas, se encuentra en la vía Hydiana, la misma que utilizó Kilian, y es posterior al sistema Malastare. No creo que sea en ningún planeta con escala entre ambos sistemas.

–¿Y eço por qué?

–Por que un sistema dentro de una ruta comercial no es un lugar adecuado para ocultar una academia secreta. Tiene que ser un planeta de algún sistema cercano, y eso se reduce a los sectores próximos.

–Ah, perrfecto. ¿De cuantass decenass de planetass hablamoss? –se rió el rodiano.

–Reduciremos el número. Tienen que ser planetas alejados, recónditos o poco transitados. Y Coshar Teelk sabe donde es.

–Entoncess vayamoss a porr él y torrturémosle –sugirió, inspirado.

–Aún no. Siempre nos quedará esa opción. Pero después tendríamos que matarlo y evitar a otros jedi detrás nuestro, investigando su asesinato. Además, esos malditos soportan bien la tortura.

–Eço ess porrque no lo he torrturrado yo.

–Ya tendrás oportunidad. Por el momento dejémoslo. No nos servirá ahora que está de vuelta en el Templo, engañando a los jedi sobre el paradero de Kilian.

–¿Y eço porrqué lo dicess? Que çepamoss nunca çe marrchó de Corrusscant.

–Que tú sepas. Yo llegué a Malastare a través de Coshar Teelk –Broggo le miró sorprendido–. Le descubrí en Brental IV,

mientras yo seguía la pista al chico. Estaba a punto de utilizar métodos más expeditivos para que me dijeran en qué vuelo había embarcado cuando le vi. Pensé que también lo buscaba, por encargo de los jedi, que Kilian huía improvisando. Pero ahora sabemos que formaba parte de un plan. Ahora entiendo los retrasos del jedi; estaba simulando una búsqueda para el Consejo. Seguro que le ordenaron traerlo de vuelta, y como no sabía la ruta elegida la tuvo que averiguar, pero iba demasiado lento. Se tomaba su tiempo. Lo suficiente para no alcanzarle, pero que no pareciera que lo hacía adrede.

–*Vaya con el trramposso jedi. Me gusta* –el rodiano acarició la culata del bláster.

–Incluso Garek estaba seguro de que su misión era real. Los jedi tienen voto de obediencia, o eso creía hasta hoy. Me adelanté con la *Perra Callejera* a la siguiente escala del crucero que Coshar cogió, y embarqué. Le puse un dispositivo de localización y continuamos hasta Malastare, donde se dedicó a jugar "a que le pierde la pista". Después cogió un crucero de vuelta a Coruscant a informar de la pérdida de su alumno.

–*Çi le hubierass torrturrado ahorra sabrrías donde eçtá.*

–Ahora es fácil decirlo.

–*Tengo rrazón. Mis métodoss çon máss rrápidoss, Raven* –se jactó el rodiano, y Ravenous se maldijo; en el fondo tenía razón –*¿Y entoncess?*

–Me quedé unos días más en Malastare buscando el rastro del chico en vano. Debió de contratar un transporte sin registro, o algún vuelo chárter.

–*¿Y ahorra qué hacemoss?*

–Ahora volvemos a Corellia. Hay muchas cosas que no le conté a Garek. Es hora de intercambiar información. Avisa a la torre de control que hemos revisado nuestros sistemas y todo está bien. Despegamos.

Saltó para esquivar la pica de fuerza que pretendía derribarlo golpeando sus piernas. No tuvo tiempo de coger aire. Cuando sus pies volvieron a contactar con el suelo, flexionó las rodillas para impulsarse hacia atrás, a tiempo de evitar la punta energética del arma. Equilibró su cuerpo y afianzó los pies en tierra para parar los tres golpes siguientes con su propia pica, que sujetaba con las dos manos. Los giros de ambas picas dibujaban danzantes líneas azules en el aire, como colas de cometas resplandecientes. Retrocedió dos pasos en el abrupto descampado, salpicado regularmente de rocas de diversos tamaños que servían tanto de obstáculos como de ayuda, dependiendo de la astucia de cada contrincante. En su caso, más obstáculo que ayuda.

–¿Alguna vez piensas atacar? –le preguntó su rival.

Como respuesta se abalanzó sobre él con la punta energética dirigida al pecho, encontrándose con el vacío. Al llegar punta, pica y brazo a donde un segundo antes había un cuerpo, se desequilibró, dándose de bruces contra el suelo al encontrarse su pié con la lanza de Bronx. Lo aturdió un breve golpe en la nuca con el extremo energetizado, zanjando el combate. Kilian sintió la corriente eléctrica en la parte posterior del cráneo, perdiendo momentáneamente la visión. La oscuridad pasó a ser una neblina grisácea, y poco después recuperó la vista, aunque continuaba dolorido y mareado.

–Tiempo suficiente para rematarle –comentó Bronx, abandonando el tuteo.

Se había colocado a contraluz, de manera que al alzar la cabeza solo distinguía la silueta de una figura recortada al sol. Kilian se giró y quedó sentado de culo, con las piernas medio flexionadas y apoyándose con las manos.

–Me dijo que atacara –le reprochó.

–¿Y usted por qué me hace caso? –respondió Bronx– Se estaba defendiendo decentemente. No se deje llevar por las provocaciones de sus rivales. Hágales caso omiso y céntrese en el combate. Elija usted cuando atacar. Si su oponente es más hábil espere el momento adecuado, obsérvelo hasta encontrar un punto débil en su defensa. Mientras tanto, muévase, protéjase, estudie a su oponente y siga moviéndose.

Oyó voces en las rocas cercanas; tenía público observando su entrenamiento. Por un lado Yemlin, como no, que se apuntaba por diversión a todas las actividades que podía, y Gorka, el simpático gamorreano de grandes colmillos inferiores, que aplaudía cada vez que Bronx tumbaba a Kilian, lo cual no dejaba de molestarle.

–¿Y si no descubro ningún punto de ataque? –continuó el joven.

–Para eso trabajamos su resistencia. La mayor parte de los combates acaban en poco tiempo, pero si las fuerzas están igualadas durarán. El contrincante que aguante más tiempo ganará. Cánsele antes que usted y empezará a cometer errores. Entonces habrá ganado.

–Por eso corremos tantos kilómetros a través de bosques y

montañas –concluyó Kilian.

Desde que empezó el entrenamiento con Bronx dedicaban treinta minutos al día a correr por los alrededores de La Granja, por distintos terrenos, rocosos o medianamente abruptos; por el medio del bosque o campo a través; hiciera sol, viento, lluvia o nieve; y cada vez nevaba con mayor frecuencia porque el invierno se acercaba lentamente, a su ritmo. Casi siempre subían colinas, montes y montañas, dificultando considerablemente la marcha –le costaba mucho seguir el ritmo–, y bajando pendientes más o menos pronunciadas y peligrosas. En los últimos días Bronx había incrementado la duración hasta los cuarenta y cinco minutos. A veces se alejaban considerablemente, todo lo que les permitía la duración de la carrera, hacia altitudes más elevadas, donde en condiciones de esfuerzo físico costaba más respirar, buscando complementar la sesión con ejercicios adaptables a la naturaleza del terreno. La semana anterior, por ejemplo, su entrenador le llevo a nadar a un frío lago glacial que aún no había helado su superficie. En otras ocasiones le hacía trepar árboles –nunca los había visto tan altos–, le enseñaba a escalar montañas –con y sin cuerda sintética–, o practicaban equilibrios sobre troncos derribados que servían de puente entre las dos orillas de un río, algo que se le daba especialmente bien. Todos los días en los que habían actividades extra-limítrofes terminaban de la misma manera: Bronx desaparecía repentinamente y Kilian debía volver a La Granja lo antes posible, recordando en sentido inverso el camino que habían seguido en la ida. Afortunadamente esto no suponía un problema. Su sentido de la orientación era asombroso, fruto de su experiencia como piloto, y ya tenía grabado en la cabeza

un mapa mental de los alrededores, que iba ampliando a medida que descubría nuevas áreas. Era el escaso margen de tiempo disponible el que le hacía sufrir un ritmo endiablado durante veinte o veinticinco minutos. En dos ocasiones llegó justo a tiempo para la comida del mediodía, sudoroso y agotado. Siempre encontraba a Bronx sentado en su sitio duchado y mudado de ropa, a veces incluso demasiado arreglado. Sospechaba que alguien le venía a buscar con un Tronador Cracio y así llegaba tan rápido, porque si no no había quien se lo explicara. Pero nunca encontró huellas del animal y, como el Tronador no «trona», tampoco oía ruidos de ninguna bestia.

–Bien, Gorka, te toca –ordenó Bronx.

El gamorreano soltó un gruñido de alegría, saltando de la roca donde se sentaba. Bronx se situó al lado de Yemlin.

–Bien, tu contrincante no tendrá piedad –le dijo a Kilian–. Los gamorreanos han nacido para la guerra. No hay nada más gratificante para ellos que una buena pelea, ganen o pierdan. ¡Adelante!

Gorka cargó con un hacha gamorreana, un arma rudimentaria, pero en las manos de esa bestia colmilluda le podía atravesar el pecho en un abrir y cerrar de ojos. No tuvo tiempo a protestar, esquivando a tiempo el hacha. De haberse quejado ya estaría muerto: el filo le rozó el pecho, rasgando sus vestiduras y sintiendo un tenue dolor. Siguió retrocediendo ante los embistes del gamorreano, parando con la pica de fuerza o manteniéndole a raya con la punta energética. Su única ventaja era disponer de un arma más larga, que compensaba en parte su inexperiencia. Casi todos los ataques del corpulento gamorreano eran frontales; aprovechaba su enorme fuerza para desequilibrar a Kilian. Si no

quería perder demasiado pronto, debía desviar la hoja en vez de frenarla, o acabaría con los brazos entumecidos. La lección que le acababa de enseñar Bronx no servía contra Gorka. El gamorreano podía seguir acosándole brutalmente durante horas, y el único que acabaría cansado sería él. Era su quinto enfrentamiento y, salvo el primero, en la que el combate duró exactamente once segundos, el tiempo que tardó en recibir un puñetazo directo al estómago que le dejó sin respiración, las otras ocasiones perdió por agotamiento de tanto saltar y brincar, mientras que Gorka no se cansaba de propinarle golpes, tajos o patadas. Debía probar otra estrategia, debía usar la Fuerza. Aprovechó uno de los saltos laterales para alejarse del guerrero. Al encararse de nuevo tuvo unos segundos para concentrarse. Le miró fijamente a los inexpresivos ojos, buscando adivinar sus intenciones, su siguiente movimiento. Percibió los pensamientos de Gorka entremezclados con sus instintos naturales, más animales y básicos. Le sorprendió el repentino éxito de su intento –normalmente tardaba más–, pero era cierto que con mentes débiles resultaba fácil escuchar pensamientos. En su mente apareció una imagen fugaz del gamorreano lanzándole el hacha ligeramente hacia su izquierda, él girando hacia la derecha y recibiendo un puñetazo con la mano zurda en pleno rostro. El hacha le vino casi al instante, real, brillando al sol tal y como lo había visto. En vez de girar optó por desviarlo con la pica de Fuerza y usar la punta energética directa al pecho de Gorka, el cual no pudo evitarla y cayó de rodillas. Kilian sintió el sabor de la victoria, alzó la pica para rematarlo justo cuando oyó un zumbido láser y un rayo azulado le arrancó la lanza de las manos, cayendo varios metros por detrás. Se quedó embobado un segundo, buscando de donde provenía el disparo, tiempo

suficiente para que el gamorreano, aunque arrodillado, le lanzara uno de sus puñetazos izquierdos directos al estómago, cayera de rodillas y recibiera otro puñetazo en la sien. Kilian quedó tumbado en el suelo, como en su visión, pero por otros motivos.

–Fin del combate –anunció Bronx, con la pistola bláster en la mano.

Kilian se levantó con una mano, torcido de dolor.

–¡No es justo! ¡Ya le tenía! –se quejó, con cierto rencor en la mirada.

–¿Justo? ¡Claro que no es justo! –respondió Bronx– ¿Acaso no le dije el primer día que no valía usar poderes? ¿Que primero aprendería a pelear como todos, a base de entrenamiento y dolor? Cuando yo lo diga podrá usar la Fuerza.

–¿Y cómo demonios supo que estaba usando la...? –calló al ver a Yemlin tarareando distraídamente, observando el horizonte, reconociendo que no había seguido las reglas–. Lo siento, señor, me dejé llevar.

–Recoja sus cosas. Por hoy ha sido suficiente.

Estaba claramente decepcionado. Por una vez parecía que iba a ganar un combate sin acabar masticando tierra. Se resignó a seguir esforzándose porque también era cierto que ellos eran guerreros veteranos, y él tan solo un piloto de carreras. Recibió en la espalda una fuerte palmadita del gamorreano que le hizo expulsar el aire de sus pulmones.

–Gruunar grooorrnin.

–¿Qué ha dicho? –los ininteligibles gruñidos de Gorka no podían ser considerados un idioma.

–«Buena pelea, tramposo» –respondió Bronx–. Se siente satisfecho, se ha divertido y te felicita. Dice que tienes madera para convertirte en un buen guerrero si sigues con tus artimañas. Para él una lucha con trampas es una lucha justa –añadió al ver el desconcierto de Kilian.

–¿Todo eso ha dicho?

–Harr –asintió Gorka.

Miró a Gorka agradecido por sus palabras, no por haberle llamado tramposo –lo cual no le importaba–, sino por los ánimos que le infundía que le considerara *un buen guerrero*, aunque no fuera exactamente eso lo que había dicho. Gorka levantó el pulgar en gesto de aprobación y se marchó con Bronx de vuelta a La Granja.

Kilian, por su parte, recogió la pica de fuerza comprobando si el impacto del disparo bláster la había dañado, pero no apreció ni un arañazo; probablemente Bronx había regulado la pistola para aturdir, a baja potencia. Un disparo preciso y certero sobre un objetivo delgado y en movimiento. Magnífico. Con el tiempo también le enseñarían a disparar y, dado que se consideraba a sí mismo más poderoso en la Fuerza que su entrenador, seguro que acabaría por ganarle. Le estaban enseñando a combatir, primero con armas cuerpo a cuerpo, y después con blásters. No había visto ningún sable de luz, pero estaba satisfecho. Al principio pensaba que todo iba a ser limpiar la mierda de los tronadores, trabajar en La Granja y meditar en la Fuerza, pero el entrenamiento físico y de combate abrían nuevas posibilidades. Muy pocos de los residentes acudían al gimnasio, y los que lo hacían se dedicaban a ejercicios de mantenimiento, con el fin de mejorar su salud física. Tan solo Bronx y Gorka iban más allá. Y

ahora él estaba aprendiendo el arte de la lucha de mano de experimentados guerreros, aprendiendo la Fuerza con el anciano Mirlo, en un plan de estudios aprobado por el Maestro. Era evidente que lo estaban preparando para ser un Caballero Jedi.

–*¿Caballero Jedi? Hew, hew, hew*– dijo Yemlin, que se había quedado a esperarle–. *¿Para ser Caballero Jedi crees que te entrenan?*

El rostro de Kilian se puso completamente rojo, en una mezcla de vergüenza e indignación, violentado por la intromisión de Yemlin en sus pensamientos.

–No te metas en mi cabeza –advirtió.

–*¿En tu cabeza meterme? Tus pensamientos no necesito para saber lo que piensas.*

Por supuesto, no le creyó.

–Los Jedi respetan los pensamientos de los demás, sus deseos y... su pasado –añadió Kilian, temeroso de hasta donde podía llegar Yemlin.

–*Aprender a protegerte debes, sí, aprender a protegerte. Demasiado fácil, como si escritos los tuvieras en esa frente tan grande que tienes.*

–¡No tienes derecho! Nadie del Templo Jedi lo haría. Es más propio de las áreas barriobajeras de Coruscant, si allí supieran usar la Fuerza.

–*Jedi no soy, ni en el Templo estamos. Aprende ahora, no muestres tus emociones, tu mente es tuya, de nadie más. Hazlo y podrás ganar a Bronx sin darme cuenta yo.*

En el fondo, Kilian seguía sin creer las supuestas buenas

intenciones de Yemlin. Parecía que el enano verde pretendía enseñarle a escudar sus pensamientos por la vía dura, demostrándole que si no quería revelar sus sentimientos debía permanecer atento y en guardia en todo momento. Cada vez que violara su intimidad sería un bruto incentivo para aplicarse. Puede que fuera así, pero seguía creyendo que lo que le gustaba a Yemlin era entrometerse en la vida de los demás. Visto que no lograba convencerle apelando a la ética, varió su estrategia.

–Mirlo no estará de acuerdo.

–*Chivato eres, y llorica* –refunfuñó Yemlin, sorprendido por la jugada.

Kilian respiró aliviado, aquello le confirmó que la actitud de Yemlin no formaba parte del entrenamiento. Sencillamente era un astuto cotilla.

–No tiene por qué enterarse –insistió.

–*Pensaba que querías ganar al mercenario. Enseñarte yo podría.*

–¿Por qué le llamas *mercenario*? –Kilian cambió de tema, prefería a Mirlo como instructor de la Fuerza, y no aprender del tramposo Yemlin.

–*Porque lo es.*

–¿De verdad? No puede ser, parece demasiado... honorable –no era la palabra que andaba buscando.

–*¿Qué sabes de los mercenarios?*

–Que se venden por dinero, al que más pague. No tienen principios, no luchan por una causa.

–*Su causa el dinero es...*

–A eso me refiero, claro, el dinero, matan por dinero –le interrumpió.

–Y cumplir el contrato que firmaron. Si su trabajo hacen bien, profesionalmente, ¿cual es el problema? ¿No quieres que tu mecánico arregle bien tu acelerador?

–Sí, ya, pero no es lo mismo. No se puede matar por dinero.

–Eso de su trabajo forma parte. También escoltan y protegen, o a la guerra van como los soldados. Asesinos no son, sólo algunos.

–Los soldados protegen a su planeta, no lo hacen para enriquecerse.

–¿No tienen una paga?

–Pero no es lo mismo. La paga de un soldado es porque tienen que vivir y comer.

–¿Y un mercenario no tiene que comer? ¿Viven del aire?

–Un mercenario se enriquece con su trabajo. El soldado cumple con su deber.

–¿Y los soldados no lo hacen por dinero? *¿Acaso no se alistan para tener una ocupación? En la cantidad la diferencia sólo está, y si el trabajo es estable o por contrato. Cambia tu perspectiva, como te lo contaron no es.*

Yemlin estaba equivocado, eso seguro. Kilian sabía como eran los mercenarios. Su familia solía contratarlos para los asuntos que no podían resolver cumpliendo las leyes, y había conocido a uno en concreto, un caza-recompensas. ¿Y acaso un cazador de recompensas no era un mercenario especializado? Aunque de ser cierto podría ser una ventaja para el plan que empezaba a

esbozarse en su cabeza. Él podría enseñarle los trucos de su oficio, a conocer las habilidades de sus rivales, qué pensaban y cómo actuaban. Ahora bien, se esperaba otro tipo de formación. Por lo que había visto en el Templo los jedis eran los mejores luchadores del universo. Sus poderes les daban una ventaja inigualable. Bronx parecía un tipo legal, serio, y de él podía aprender mucho, pero no sería capaz de convertirlo en un Jedi.

–*Jedi tú no serás* –dijo Yemlin en voz alta.

El aula de enseñanza estaba repleta, casi todos los habitantes de La Granja se encontraban allí. Tan solo faltaban unas pocas personas: Vandia junto con uno de sus ayudantes, que probablemente estarían preparando la cena; el gamorreano Gorka, que estaba exento de acudir dado su nulo interés; Ruufol, uno de los domadores de Tronadores Cracios; el labrador ithoriano Molow Habhor, responsable de los campos de La Granja; y el Maestro Dalma. El resto de singulares seres entre humanos, lomest y otras razas alienígenas, se distribuían en círculo, hasta contar un total de quince. Normalmente todos asistían a los estudios sobre la Fuerza, aunque siempre habían excepciones debido a que La Granja no se mantenía sola. Gracias al trabajo de los droides y de la computadora central –un anticuado modelo con tan solo seis procesadores en paralelo, como había podido averiguar Kilian–, normalmente sólo se ausentaban dos o tres personas: los encargados de cocinas y establos.

Las clases de la Fuerza consistían principalmente en

explicaciones prácticas con algunas demostraciones. Según le había explicado Mirlo, muy pocas veces las dirigía el Maestro Dalma. La mayor parte de las veces se ausentaba o, de presentarse, se sentaba como uno más y apenas participaba. Desde que Kilian llegó a Loome nunca lo vio en las clases. Los discípulos que solían llevar la enseñanza eran Mirlo, Vandia –la lomest administradora y cocinera de La Granja–, y el ithoriano Molow Habhor. Como sabía que Vandia estaba preparando la cena, que Molow Habhor había estado ocupado todo el día tratando una enfermedad común que padecían las plantas medicinales, y que Mirlo estaba sentado a su izquierda, el joven corelliano tenía la esperanza de que hoy impartiera la lección el Maestro Dalma. Para su decepción, fue el ithoriano quien cruzó por la puerta, vestido con una sencilla túnica ceñida por la cintura. Las clases con Molow Habhor adquirían un aire de solemnidad. Entre su elevada estatura, que le otorgaba presencia, sus grandes ojos laterales que llamaban la atención, y su profunda voz en estéreo, nadie permanecía distraído, ni siquiera el pequeño Yemlin.

El Ithoriano se sentó en la silla reservada para el profesor, que no se distinguía de las demás pero que todos sabían cual era, y con un gesto de la mano indicó que daba comienzo la clase. Entonces todos se pusieron en silencio. Kilian notaba como, de alguna manera, la Fuerza hacía «acto de presencia», si se le podía llamar así. En realidad se preparaban para recibir la enseñanza, era una manera de desconectar del trabajo del día, olvidarse del mundo exterior y afinar la atención. Sin embargo era evidente que algo ocurría en esos cinco minutos de meditación porque la energía vibraba en el ambiente.

–Podemos *volver*, *humm*, *humm* –con estas palabras los presentes abrieron poco a poco los ojos y esperaron a que Molow iniciara la clase–. Hoy hablaremos del Código Jedi, para qué sirve y por qué los Jedi lo cumplen. Recordemos cuales son las reglas del código. ¿Alguien podría decir cual es la primera?

–*No hay emoción, hay paz* –dijo Tila, una hermosa lomest campesina, de la misma edad de Kilian, visiblemente ilusionada por participar.

–Muy bien, muy bien. *No hay emoción, hay paz* –repitió el ithoriano–.

–*No hay ignorancia, hay conocimiento* –continuó Ank 'Niwa, el twi'lek que vio el día de su llegada.

–*Humm*, *humm*, muy importante.

–*No hay pasión, hay serenidad* –enunció Ki-Dacmu, la cereana que había visto en los hangares.

–Conviene no confundirla con la primera, aunque tenga mucha relación –aclaró Molow.

–*No existe la muerte, existe la Fuerza*, intervino Kilian antes de que lo hiciera otro, queriendo demostrar que se las sabía.

–Perdón, maestro Molow –interrumpió Ki-Dacmu–, pero el joven ha obviado la premisa *No existe caos, existe armonía*.

–Yo no he obviado nada, Ki –replicó Kilian, molesto por la puntualización–. La versión oficial del Código Jedi es la del maestro Odan-Urr, de hace más de cuatro mil años.

–Sin embargo se tiene constancia histórica de que este aforismo fue añadido poco después, y es esencial para entender la naturaleza del universo –contestó orgullosa la cereana.

«Qué sabrá la cabeza huevo esta», pensó Kilian, en referencia a la forma alargada del cráneo de los cereanos. Yemlin, que curiosamente rió disimuladamente en ese instante, le había comentado días antes que Ki-Dacmu había sido una padawan en el Templo que había fracasado en las pruebas para alcanzar el rango de Caballero Jedi. Hoy ya era una mujer adulta que doblaba en edad a Kilian, pero él no la consideraba más sabia por ello.

–Los maestros del Templo no consideran...

–Estudiantes, ¿donde está vuestra *armonía*? –intercedió Molow Habhor, que con su grave voz emitida por sus bocas captó de inmediato la atención de los presentes–. *No hay emoción, hay paz*, ¿verdad? Comprendamos el código y pongámoslo en práctica. Es más importante, ¿no creen? –ambos bajaron la mirada, evitando cruzarla con la de los demás presentes–. ¿Por donde íbamos?

–*No existe caos, existe armonía* –repitió Mirlo, que observaba con atención a Kilian Hightowers–. *No existe la muerte, existe la Fuerza.*

–*No existe la muerte... humm, humm* –confirmó el ithoriano–. Una revelación luminosa. «*La muerte una parte natural de la vida es»*, dicen los sabios. Comprendiendo esta enseñanza lo comprendemos todo. Las anteriores son, por tanto, verdades necesarias para el progresivo aprendizaje del discípulo.

Molow Habhor hizo una pausa que a Kilian le pareció excesiva e injustificada.

–Para los que venís del Templo de Coruscant el código es el pilar del Conocimiento, la columna vertebral del Jedi. Para los

que no habéis estado nunca en la capital galáctica interiorizarlo, hacerlo vuestro. No es nuestra tarea hoy saber quienes formularon el código ni cuando lo hicieron; eso es labor de los historiadores. Tampoco es importante el nombre que le demos. Seguiremos llamándole Código Jedi por respeto y conveniencia, porque todos sabemos a qué nos referimos. Nosotros venimos a desvelar en nosotros mismos la verdad que esconde.

»Una verdad es por sí misma verdad, esté o no compilada en un código. Si los antiguos maestros sintetizaron su sabiduría en unos pocos versos, obviando otros no menos importantes, fue por una finalidad: para que el aprendiz, y no solo éste, se mantuviera alerta de los peligros, tanto externos como internos, que conlleva el camino de la Fuerza. Esto es, no verse tentado por el Reverso Tenebroso, prioritaria preocupación de la Orden Jedi. El código previene al padawan y al caballero, al maestro y al no-iniciado, que no por ser menos sensible la Fuerza brilla en él con menor intensidad. Si bien es cierto que para este hay escaso riesgo. Quien siga el código se conduce a sí mismo con ecuanimidad, sean cuales sean las circunstancias, favorables o dramáticas, tanto en la paz como en la guerra, alcance la victoria o caiga en la derrota. Aunque pierda seres queridos y campe la injusticia y el horror, el Lado Oscuro no hace mella en él, pues se mantiene firme y en constante calma.

»Enfocándose en el Lado Luminoso el Jedi, o el discípulo en nuestro caso, limpia sus imperfecciones, ordena sus pensamientos y alcanza el equilibrio. Desde este estado de armonía con uno mismo y con el universo, puede comprender la Naturaleza de la Fuerza. La Fuerza está en todas las cosas, a nuestro alrededor, en nuestro interior, entre vuestros cuerpos y el

mío. Mantiene la vida en el universo y es alimentada por la propia vida. ¿Cómo no vamos a poder comprenderla, si formamos parte de ella?

Nadie hizo ningún comentario ni preguntó nada. Kilian había escuchado palabras parecidas en el Templo Jedi, pero esta vez sonaban diferentes. Miró a ver qué hacían los demás: algunos, como Mirlo y Ank 'Niwa, mantenían los ojos cerrados, meditando las palabras del ithoriano; otros, como el mercenario Bronx, y Dona, la cuidadora de los tronadores, parecían turbados por las mismas, cada uno por sus razones; los más jóvenes abrían los ojos de par en par, procurando captar cada palabra; Yemlin parecía aburrido, miraba distraídamente al exterior; Tila, la chica que procuraba ser la primera en responder cuando hacían alguna pregunta, tomaba discretos apuntes a mano, pues de utilizar un computador de bolsillo, la pulsación de las teclas, unido a su esmero por anotarlo todo, podría molestar a los demás. «Cabeza huevo» le observaba a él: cruzaron las miradas y las apartaron al mismo tiempo.

–Es vital seguir el Código Jedi –continuó Molow Habhor–. No lo descuidemos.

–¿Quien no lo siga será expulsado? –preguntó Kilian.

La pregunta le salió del alma. Su reciente huida del Templo lo propició. Los Jedi no admitían a nadie que no estuviera dispuesto a seguir el Código. O mejor dicho, como casi todos ellos habían sido seleccionados desde la infancia, lo que no admitían era que alguien lo abandonara. Kilian temía cual sería el grado de disciplina que aplicarían en La Granja. Los demás le miraron con curiosidad, algunos sorprendidos. Yemlin pareció despertar de su letargo, intrigado por la respuesta que le darían.

–Quiero decir... –titubeó Kilian–, que si las medidas... si serán muy exigentes, que si uno se descuida... –no sabía cómo excusarse.

–*Huumm, hummm* –se disculpó Molow a través de sus habituales sonidos guturales–. Señor Hightowers, particularmente *expulsión* no es una palabra de mi agrado. No es responsabilidad mía pensar en estas cuestiones, pero si a estas alturas Yemlin sigue con nosotros, no debería preocuparse mucho.

–*¿Cómo dices?* –protestó el aludido, entre las risas de los presentes.

–*Control* –continuó el ithoriano–, el control es la clave. No se puede controlar todo lo que pasa a nuestro alrededor, pero sí nuestra respuesta a lo que ocurre a nuestro alrededor. *No hay emoción, hay paz*. Si no se deja guiar por la pasión, si no permite que le constriña la duda, tendrá autodominio. Si responde con igual ánimo ante el placer y el dolor estará en paz consigo mismo. El miedo, la ira, el orgullo, llevan al Reverso Tenebroso, pero también la duda y la pasión. Si sucumbe a sus emociones, si se abandona y permite que actúen por usted, atraerá al Reverso Tenebroso. Será tentado a seguir el camino de menor resistencia, y cuanto más se adentre uno más costará salir. Sus garras apresan con fuerza.

–¿Pero cómo podemos permanecer calmados si nos invade la ira? –preguntó Bronx.

–Observándose –Molow se giró hacia el mercenario–. Observe su ira, tome distancia. Al distanciarse pierde fuerza, pone una separación entre la emoción y usted. Sea consciente del proceso

y evoque la calma.

–Pero si hay algo que caracteriza a una emoción es que es inmediata, te embarga y se adueña de ti, arrastrándote con ella –replicó Bronx.

–Ya lo comentamos con anterioridad, pero conviene repetirlo: es la consciencia la que es inmediata, pero normalmente no le hacemos caso. La emoción, por su parte, es rápida y envolvente, pero no «inmediata». Quien permanece atento la ve llegar. Al principio nos dejamos llevar por las emociones sin darnos cuenta, son ellas las que llevan las riendas. La mayor parte de las ocasiones nos percatamos de lo sucedido a posteriori, cuando ya ha pasado, sobretodo si hemos sufrido. Como guerrero habrá experimentado el frenesí del combate, puede que incluso la sed de sangre, y al final, después de la victoria, ¿se preguntó qué es lo que había pasado, si era usted quien combatía o era la emoción la que vivía por usted?

–Diría que algunas veces yo era el instrumento de la ira, como si mi voluntad no tuviera nada que objetar –respondió.

No le daba vergüenza reconocerlo, pero había en sus ojos una mirada de amargura. Kilian se extrañó de los comentarios de su instructor. Hasta esta misma mañana le tomaba por un hombre sereno.

–*Humm, humm*, es muy importante descubrir su naturaleza. Las emociones *desean* expresarse, manifestarse como si fueran seres vivos. Si nos damos cuenta de ello es cuando tomamos distancia, y todo problema visto *desde fuera* se comprende mejor. De lo contrario nos identificamos con la emoción hasta el punto de creer que somos la emoción. Los Sith no tienen miedo

a expresarlas, lo cual no es malo, pero sí a dejarse dominar por ellas. La ira, concretamente, es una energía vigorosa; alimentada por el Reverso Tenebroso otorga un inmediato poder a cambio de nuestra voluntad. Pero el que se pierde en el Lado Oscuro no lo percibe así porque su atención está fija en el éxtasis que le proporciona.

»Posteriormente aprenderá a reconocerla mientras la siente. Es un momento difícil por que su mente se verá zarandeada entre la emoción y el anhelo de paz. Con el tiempo la percibirá en cuanto nazca. Llegará un día en el que, perdida toda fuerza, desaparecerá. Entonces será libre.

–Maestro Habhor –intervino Tila, la joven campesina–, pero la ira, o... el miedo –titubeó–, a veces te acompañan día y noche. ¿De qué sirve darse cuenta de ello si tan sólo dura unos segundos, antes de que vuelva otra vez la emoción? Y siempre vuelve, y dura más tiempo.

–Es la mente quien valora y juzga. Solo la mente compara esos segundos con las horas, o los días, en los que la emoción nos domina. La mente entiende de cantidades, y le resta valor al reconocimiento por que solo dura el tiempo de un parpadeo. Que tan *sólo* sean unos segundos no tiene importancia, lo importante es que te hayas dado cuenta.

–*La hora es, Molow* –interrumpió Yemlin.

El ithoriano consultó su reloj y asintió con la cabeza.

–*Humm, hummm*, cierto. Perdonad, siempre me extiendo demasiado. Gracias, Yemlin. Recordar que el autodominio lleva a la paz, y la paz es el estado para controlar la Fuerza. De nada sirve sentir la Fuerza si no podemos controlarla. Si no estamos

preparados su energía puede superarnos de cien maneras diferentes. Y para controlar la Fuerza antes debemos *controlarnos* a nosotros mismos. Trabajad con los Tronadores: ellos sienten nuestras emociones, son un espejo al que mirarse. Aprendiendo de ellos aprendemos de nosotros mismos. Es la hora. Hagamos un breve silencio.

Esa noche Kilian tardó en dormirse más de lo normal. Pensó en las ocasiones en las que las emociones le habían arrollado, arrastrado como hojas llevadas por el viento. Se preguntó cuando hablaba él y cuando ellas. Quizás en toda su vida había sido realmente consciente muy pocas veces, y de esas raras ocasiones casi siempre cuando todo había pasado. Ahora deseaba haber escuchado más a su tutor Coshar Teelk, haber aprovechado el tiempo que pasó con él. Pensó en la excitación de las carreras de Corellia, cuantas veces le llevaron a asumir riesgos extremos con tal de ganar, ridiculizar a los polizontes, rebelarse ante su tío o, simplemente, lucirse. Reflexionó sobre la rabia y el miedo que sentía cada vez que estaba en presencia de Garek, de los deseos de alejarse a años luz de su familia –objetivo que, por otra parte, había conseguido–, y en el fondo, enterrado dentro de sí, descubrió una sed de venganza, de devolverle a su tío el dolor que había experimentado, lágrima a lágrima.

Pero sobre todo pensó en Válar. Estaba arrepentido. Le dolía recordar cómo le obligó a enfrentarse a sus miedos. ¿Quién era

él, como le había señalado Coshar, para decidir que estaba preparado para superar su temor a las alturas? Creyó que podía enseñar a su íntimo amigo, su único amigo, a superar las pruebas, a alcanzar el rango de Caballero Jedi. En realidad tuvo que admitir que lo que quería demostrarle era que él era mejor, por mucho que pasara las pruebas. Era un error que no repetiría de nuevo. No podía comportarse como su familia.

Maldijo el día que sintió por primera vez la Fuerza. Si hubiera sido un chico normal daría igual si hubiera anhelado o no ser un Jedi porque nunca habría llegado al Templo, y nunca habría dejado a Válar quizás paralítico de por vida. Claro que de no ser por la Fuerza tampoco hubiera podido escapar de los Hightowers, ni por lo tanto hubiera llegado a La Granja, ni conocido a Mirlo, a Bronx, a Molow Habhor... ni al Maestro. Y eso, a fin de cuentas, no era tan malo.

La familia Hightowers

–El siguiente punto de la Orden del día es el Sindicato de Pilotos.

La voz del menudo secretario general sonó nítida y firme. No necesitaba elevar su tono más que en una conversación normal entre dos personas próximas, a pesar de las dimensiones de la sala de reuniones principal del rascacielos *Torre Augusta*, uno de los edificios más altos de Corellia y sede central de la Corporación Hightowers. Situada en el centro de la ciudad del mismo nombre, dominaba las vistas de todo el territorio circundante. La metrópolis se extendía a sus pies varios centenares de kilómetros a la redonda, incluyendo los distritos financieros y administrativos y, por supuesto, las zonas residenciales donde vivían los trabajadores de la empresa. Los complejos industriales –donde se fabricaban tanto los motores de hiperimpulsión como los impulsores sublumínicos Hoersch-Kessel de los famosos transportes espaciales corellianos–, y los astilleros se situaban en la órbita. Todo el personal que tenía su puesto de trabajo dentro del sistema Corelliano fijaba su residencia en la ciudad. Cualquiera que quisiera prosperar en la complicada jerarquía empresarial sabía que era un requisito imprescindible. Para el resto de los empleados, los asequibles alquileres que ofrecía la corporación y la variada oferta lúdica existente eran razones suficientes para decidirse por el traslado. La elevada población de *Ciudad Hightowers* permitía contar con

treinta y dos diputados en el Congreso Corelliano que, por supuesto, representaban directamente los intereses de Garek Hightowers, y votaban a favor de las leyes que le interesaban a la Corporación. Aunque formalmente y por ley respondían ante sus ciudadanos, estos sabían qué se jugaban y a quien debían vivienda, trabajo y comodidades. Su adhesión a la empresa era un secreto a voces, y lo único que habían conseguido el resto de congresistas fue pintarles de azul los sillones de sus escaños, como símbolo despectivo y denigrante de la condición de sus ocupantes, los a partir de entonces llamados *diputados azules*.

–Por favor, Perkins, haga un resumen de la situación a los presentes –solicitó Garek, dirigiendo la reunión.

La sala de asambleas estaba presidida por una gran mesa de polimetilmetacrilato de color rojo burdeos con vetas blancas, alrededor de la cual se sentaba la Dirección Superior de la Corporación, formada por veinte hombres y mujeres, entre familiares y altos cargos. El secretario presionó algunas opciones en su terminal táctil y sobre la superficie de la mesa se proyectaron verticalmente diversos hologramas tridimensionales, ofreciendo datos, imágenes y vídeos.

–Como ustedes saben –continuó el secretario con su voz clara y pausada–, hemos sufrido varias huelgas encubiertas de los pilotos de nuestras líneas de transporte hiperespacial. Las vías más afectadas son el Corredor Corelliano y la Espina Comercial Corelliana, por supuesto, y en menor medida la vía Hydiana, tanto en las naves de containers como en los cargueros pesados. Los pilotos de barcazas espaciales se desentienden totalmente de la huelga, al ser un tráfico intrasistema, y por lo tanto local. Hemos registrado retrasos injustificados, cargamento incorrecto

(que ha tenido que ser redistribuido), y averías diversas. Por supuesto, los pilotos han sido amonestados y sus primas eliminadas, y se han ejecutado algunos despidos, pero la situación general de ineficiencia continúa, y las medidas disciplinarias no están amedrentando a los huelguistas. Hemos perdido varias decenas de millones de créditos; la mayor parte de los contratos se han cumplido rozando el límite de entrega. El margen de beneficio seguirá reduciéndose de mantenerse esta situación. El Sindicato de Pilotos ha emitido varios comunicados al respecto achacando las pérdidas a fallos logísticos de la empresa, exculpando a los pilotos. Argumentan que ningún cliente ha cancelado contrato alguno, amparándose en los plazos máximos. Aprovecharon para protestar por las largas jornadas de vuelo de los pilotos, los escasos descansos entre viajes y la ausencia de dietas compensatorias por el gasto que supone el distanciamiento con respecto a sus planetas de origen.

–Lo habitual. Que duerman en los cargueros –sugirió el Director General de Transporte de la Espina Comercial Corelliana–. Tienen camarotes, ¿no?

–El Sindicato indica que, según el tratado suscrito por el Gremio de Comerciantes, al que pertenecemos –matizó–, deberían disponer de líquido para la estancia en el planeta de destino. Dicho tratado conviene que tienen derecho a un día de descanso en tierra entre viaje y viaje, necesario para su salud física y mental para contrarrestar los efectos de una vida continuada en el espacio.

–A veces me pregunto para quien trabajas –acusó el director.

–Solo procuro exponer los hechos de una manera precisa y objetiva, señor Winks– respondió el aludido–. Las decisiones

que se tomen no me competen.

–No se desvíen del tema, señores –les interrumpió Darlah Hightowers, la primogénita de Garek y heredera legal de la Corporación, además de su Vicepresidenta–. La cuestión es cómo suprimimos la influencia del Sindicato de Pilotos en nuestros empleados. ¿Señora Hightowers?

Darlah, una mujer de porte distinguido con un look elegante y sofisticado, pasada la cincuentena, siempre llamaba a Lía, su madre, por el apellido familiar; tenía bien claro la importancia del linaje. Era hija de su padre.

–Legalmente no podemos hacer nada –explicó Lía, prestigiosa juez y alto cargo del Consejo Planetario del Poder Judicial de Corellia–. Las actividades comerciales intersistémicas se rigen por las leyes de la República Galáctica, y no por las del Sistema Corelliano. Por lo tanto, nuestros pilotos se ajustan al Estatuto General de Trabajadores de la República, que les permite afiliarse al Sindicato de Pilotos Interplanetarios, fuera de nuestro alcance. Son independientes.

–¿Y no se les puede sobornar? –preguntó Marcial, la Directora General de Transporte del Corredor Corelliano, cargo homólogo al del señor Winks.

–No podemos untarlos a todos –respondió Darlah–. Debemos centrar los sobornos a individuos concretos, estudiando bien cada caso. Nos arriesgamos a levantar sospechas y, aunque no podrían acusarnos en los tribunales –su madre asintió con la mirada–, los rumores darían mala prensa. Los que tenemos en «nómina» no nos sirven para desarticular la huelga encubierta. Por el momento solo son útiles como informadores, y poco más.

–¿Entonces negociamos con el sindicato? –preguntó Marcial.

–¡Eso nunca! –protestó Winks–. A muchos de nuestros pilotos les formamos nosotros mismos. Esos desagradecidos no merecen el sueldo que tienen.

–¿Padre?

Darlah conocía bien a Garek. Sabía que su progenitor prefería escuchar las opiniones de la dirección, una oportunidad que les brindaba para demostrar su inteligencia, pero no había orden del día en el que no viniera con soluciones meditadas de antemano. El Presidente de la Corporación se tomó una pausa antes de contestar. Su rostro terso y maduro reflejaba vigor –a pesar de rozar los ochenta–, seriedad, e infundía un temeroso respeto, incluso en los allegados. Su hija le admiraba.

–Centremos nuestros esfuerzos en promover y aprobar una ley universal de subvenciones a sindicatos –dijo escuetamente.

–¿Darles más dinero? –al director Winks le parecía una locura, pero mantenía la suficiente cautela como para no explicitarlo públicamente.

–Entiendo –convino Darlah–. Eliminar su independencia.

–Efectivamente –se atisbaba orgullo en su mirada–. El Sindicato de Pilotos es fuerte porque puede tomar decisiones propias no sujetas a nadie más que a sus afiliados, quienes mantienen económicamente a sus dirigentes a través de sus cuotas.

–Y sus bases son sólidas –añadió Darlah–. La Galaxia se mantiene unida por el comercio, después de los mecánicos no hay profesión más demandada que la de piloto. Si el sindicato recibiera subvenciones sus dirigentes no dependerían de las

cuotas, y no lucharían por los intereses de los pilotos, si no por los que determinan la cuantía de las partidas a asignar.

–La ley tiene que aprobarla y aplicarla el Senado Galáctico –aclaró Lía Hightowers–. El Sindicato seguiría las órdenes secretas de los senadores.

–Es decir, las órdenes de quienes mejor se posicionen en un Senado ya de por sí corrupto –continuó Garek–. Esa es nuestra batalla. Incom, Soro-Suub, Kuat y las demás corporaciones, en mayor o menor grado mantienen estrecha relación con senadores y burócratas. Todas ellas se beneficiarían de la propuesta si la extendemos a todos los sindicatos: astilleros, estibadores, técnicos, etc. Perdimos nuestra oportunidad de tener un miembro de la familia en el Senado cuando mi hermano Arno fracasó por segunda vez consecutiva, pero aún tenemos a algunos burócratas comprados.

–Yo podría preparar un encuentro con la Federación de Comercio, y usted con la Tecno Unión, ambos tienen sus propios senadores –dijo Darlah, ansiosa por ejecutar el plan.

–Bien –Garek asintió complacido–. Sería beneficioso que pareciera que la idea parte de ellos. Mi señora Knei –se dirigió a su cuñada, esposa de su hermano Nieder–, como miembro del Consejo Técnico de la Corporación Corelliana de Ingeniería te corresponderá plantearlo a nuestro asociado, pero antes de informarles de nuestro contrato con Siennar. Habla con tu hija para que te apoye. ¿Algo que se me haya escapado?

–Señor –intervino el eficiente Perkins–, falta la *campaña informativa*.

–Cierto, evidentemente –dijo Garek–. Este proyecto se

encontrará con algunas dificultades. Aún quedan senadores que defienden los viejos valores, a los que no podremos engañar. Se me ocurren algunos nombres. Cualquiera de ellos podría liderar una coalición en contra.

Perkins jugó con su terminal y los hologramas centrales mostraron los rostros de la joven senadora por Chandrila, Mon Mothma, del veterano Bail Organa, de Alderaan, y del propio senador corelliano, Garm Bel Iblis.

–Advertirán el propósito de la ley –prosiguió Garek–, aunque no reconozcan la mano de la que proviene. Iniciaremos una campaña de desinformación con fondos secretos dirigida a sindicalistas y pilotos, que hable de los «beneficios» de las subvenciones. Por ejemplo, argumentando que de esta manera todos los sindicatos tendrán las mismas oportunidades, y los pilotos podrán elegir libremente el sindicato al que quieran pertenecer. La variedad de sindicatos menores que competirán en igualdad de condiciones permitirán una mayor pluralidad de propuestas y atender a las necesidades específicas de los distintos colectivos de pilotos. Un apoyo público de los pilotos y de sus delegados sindicales convencerá a los senadores dubitativos y disminuirá la influencia de los problemáticos.

–Además, en medio de la crisis separatista no creo que dediquen mucho tiempo –añadio Darlah–. Tienen problemas mas graves de los que preocuparse.

Un zumbido discreto sonó en la terminal del secretario Perkins, interrumpiendo la exposición de Garek, al que no pareció importarle.

–Señor Presidente, el resto de la familia acaba de llegar.

Puntualmente.

Los miembros de la Dirección Superior que no tenían el apellido Hightowers se miraron extrañados. No era habitual la participación de toda la familia en los consejos de la Corporación, tan solo acudían aquellos que tenían cargos directos.

–Perfecto, los estábamos esperando. Señorita Mura –dijo Garek dirigiéndose a su hija menor–, usted se ocupará de la campaña a través de los canales de la HoloRed de nuestros socios minoritarios. Hablaremos de los detalles en privado. ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada. Cuando un plan estaba trazado de antemano pocas cuestiones surgían. En unas dos horas cada uno recibiría un mensaje en su terminal privada con las instrucciones pormenorizadas de sus tareas. El secretario Perkins apagó los hologramas, oscureciendo levemente la habitación.

–Eso es todo, pueden retirarse –dijo Garek–. Tú también, Perkins.

El secretario levantó la cabeza un segundo, sorprendido por la orden. Bajó la mirada y recogió silenciosamente su computador de bolsillo, acompañando a los directores fuera de la sala de asambleas. Dentro quedaban Garek y su esposa Lía, la juez corelliana. Dos de sus tres hijos: Darlah, la vicepresidenta y heredera, y Mura, directora de Medios de Comunicación y Relaciones Públicas de la Corporación. En el otro extremo de la mesa seguía sentada Knei, cuñada de la familia y Consejera de la Corporación Corelliana de Ingeniería –cliente habitual de los Hightowers–, responsable de los planos de varios tipos de naves

espaciales. A pesar de necesitar de una silla repulsora para sus desplazamientos, dada su avanzada edad, seguía tan activa laboralmente hablando como en su juventud, y tan leal a la familia como si por sus venas corriera la sangre del patriarca.

Al poco abrieron las puertas de la estancia y aparecieron los restantes miembros de la familia: primero Nieder, el marido de Knei y hermano de Garek, General de la flota naval de Corellia retirado recientemente del servicio activo –tenía setenta y siete años, toda la familia destacaba por su longevidad genética–; sus hijos Icino, Teniente de las fuerzas de seguridad del sistema (las populares CorSec), y Berci, empresaria militar en Impulsores Kuat; Sala Hightowers, la hermana más joven de Garek, que con setenta y cuatro años seguía ocupando el cargo de Rectora de la Universidad Corelliana, uno de los centros de enseñanza más prestigiosos de los Mundos del Núcleo, a la que había dedicado buena parte de su vida, negándose a adquirir compromisos matrimoniales a pesar de las maniobras del primogénito. Finalmente, detrás de todos ellos, entró el hijo mediano de Garek, Ablon, apuesto Capitán de Fragata que no solía interesarse por la Corporación, pero era fiel a la familia.

–Me alegro de veros a todos –dijo el cabeza de familia, inexpresivo–. He preferido convocar a la familia directa. La presencia de los demás no es pertinente ni necesaria.

–¿Y bien, de qué se trata? No nos reuníamos todos desde lo de Arno –Nieder, el viejo general, siempre iba directo al meollo del asunto, acostumbrado a su pasado militar.

–Irónicamente, el motivo de esta reunión tiene que ver con nuestro hermano menor. Su hijo ha triunfado donde el padre fracasó. Hace veintisiete días huyó del Templo Jedi y no

sabemos donde está.

–¿Cómo es eso posible, Garek? –Nieder era el único que podía hablar al hermano mayor en ese tono, pues se consideraba su igual– ¿No estaba vigilado?

–Recibió ayuda de su mentor, el jedi Coshar Teelk. Sinceramente no podría haberlo logrado sin él. Sus intentos anteriores fueron patéticos, como ya sabéis.

–El muchacho habrá espabilado con los Jedi –apuntó Sala–. Con el debido respeto, hermano, siempre me pareció una mala idea ingresarlo en el Templo, lejos de nuestra influencia. Hubiera sido mejor matricularlo en uno de mis centros privados, donde le hubiera enseñado disciplina, obediencia y fidelidad.

–Pero no le habrías podido enseñar la Fuerza –replicó Garek.

–¿De qué nos hubiera servido? –Nieder apoyaba a su hermana–. De prosperar en la Academia Jedi hubiera cortado lazos con la familia. Siempre es así. Esos fanáticos religiosos solo admiten enseñar a niños, una táctica habitual de sectas totalitarias para asegurarse la lealtad a la Orden. Bastante raro fue que lo admitieran con dieciséis años.

–Mi plan consistía en forzar su expulsión cuando hubiera aprendido lo suficiente –a Garek no le complacía excusarse, algo que hacía en raras ocasiones–, lo que se ha demostrado que no hubiera sido demasiado complicado, y después reconducirlo con otro maestro. De todas maneras ahora es irrelevante lo que hubiera sucedido, así que dejad de perder el tiempo. Ya lo discutimos en su momento.

–¿Qué queréis decir con que no hubiera sido complicado, padre?– su hija Mura desvió la conversación, preveyendo los

comentarios que podría dar el tío Nieder.

La rivalidad entre los dos hermanos venía de lejos. Garek se volvió hacia ella, comprendiendo su intención.

–Tu primo decidió jugar con los deslizadores y casi mata a uno de sus compañeros. Se ganó la expulsión del Templo sin mi intervención, desafortunadamente antes de tiempo. Aprovechó la ocasión que se le brindaba para huir de Coruscant. Sabía que sería devuelto a Corellia.

–Demasiada resolución para Kilian, algo ha aprendido –dijo Lía.

–¿Cómo consiguió escapar de los jedi? Antes comentaste que obtuvo ayuda –preguntó Ablon, el hijo mediano de Garek.

La noticia había despertado su interés, y ya estaba pensando en la caza que se avecinaba.

–No se sabe cómo salió del Templo. Lo que está claro es que debió de planificarlo su tutor. A partir de entonces viajó hasta Brental IV en una modesta nave de pasajeros, donde embarcaría en un crucero de línea que hacía escala en Malastare. El caza-recompensas que tengo a mi servicio estuvo buscándole por el planeta, pero no lo encontró. Deduzco que Kilian contrató un vuelo chárter, evitando el control de aduanas y ocultando sus huellas.

–Es la primera vez que vuestro caza-recompensas fracasa –dijo Nieder, como si fuera un comentario casual–. No son de fiar.

Garek no se dignó a contestarle.

–Así que no sabemos donde está –continuó Ablon–. Si

conozco a Kilian no tardará en quedarse sin efectivo. En cuanto rastreemos una transferencia podremos localizarlo. Eso si mañana no llama él, pidiendo que vayamos a recogerle. No veo a mi primo ganándose la vida con un trabajo, salvo que participe en carreras de aceleradores. Es el único sitio donde podría conseguir dinero. Y si triunfara oiríamos hablar de él.

–No he dicho que no sepa donde está –dijo Garek.

Todos se le quedaron mirando, interrogándolo con la mirada. Garek se sirvió un vaso de licor azwesa, pensativo, sin prestar atención a los suyos.

–¿Y bien, padre? –reclamó su hijo.

–Lo que no sé es su localización –contestó Garek, matizando su explicación.

–No juegues con nosotros... –dijo Nieder sin completar la frase.

–Nuestro sobrino está con un maestro jedi llamado Al Dalma, que vive retirado en algún planeta entre el Borde Central y la Región de Expansión, probablemente cercano a Malastare o a Eriadu.

–Oh, tan solo tenemos que buscar en unos mil planetas –dijo Nieder.

–Con el dinero que disponía no puede haber viajado muy lejos, los vuelos privados son caros –continuó Garek ignorando el sarcasmo de su hermano–. No es que simplemente huyera del Templo y, por lo tanto, de la familia, pretendiendo perderse en cualquier remoto mundo de la galaxia. Si fuera eso no estaría preocupado. Ya tenía pensado donde refugiarse, y que se vaya a vivir con un maestro jedi no es nada bueno.

–No tiene lógica –dijo Nieder advirtiendo la mirada condescendiente de Garek–. Si está con ese tal maestro Dalma entonces no ha huido, le han enviado desde el Templo.

–¿Le han enviado a instruirse con un maestro personal cómo recompensa por su falta de disciplina? ¿Así es como tratabas a tus soldados, Nieder? –le preguntó Garek, divertido.

–¿Quien te dice a ti que estar con ese maestro es una recompensa? –respondió ofendido–. Podrían haber optado por una instrucción más severa. No se expulsa al sobrino de una rica y poderosa familia tan solo porque se escapó del *cuartel* y cometió una estupidez.

–*Mi querido hermano*, eso puede que funcione en el ejército corelliano, o en una secta religiosa, como los consideras tú, pero los jedi son de otra calaña diferente. No. Fue expulsado de la Academia Jedi y Coshar Teelk, accediendo a las súplicas de Kilian de no devolverle con nosotros, le envió con ese maestro.

–¿Sin el conocimiento de sus superiores? –preguntó Darlah, la única de su sangre a la que Garek respetaba con sinceridad.

–Efectivamente –contestó.

–¿Cómo lo sabes? –continuó Nieder.

–Porque me lo ha confirmado el propio Coshar Teelk. Si dejaras de interrumpirme regularmente ya habría acabado de explicarlo todo. Ese caza-recompensas en el que tan poco confías fue capaz de introducir un micro en la habitación de tu sobrino, sorteando la seguridad del Templo Jedi, de la que puedes apreciar que es mucho mayor que la de las mejores instalaciones militares que hayas podido dirigir. No solo por tener acceso a la tecnología más moderna, si no por que esos

caballeros poseen habilidades que ni tu ni yo comprendemos. Ayer me proporcionó grabaciones del día en el que se decidió su expulsión, las reticencias de Kilian a volver al cálido hogar de los Hightowers, y la solución planteada por su tutor. Coshar Teelk, contraviniendo todo lo que conocíamos de la obediencia y docilidad jedi; actuó independientemente, sin consultarlo a sus jefes, y decidió que era una idea estupenda enviar a Kilian al otro extremo de la galaxia, ¡con un viejo maestro del que no sabemos absolutamente nada!

Garek había ido aumentando el tono de su voz progresivamente, escupiendo información a quien consideraba no apto como ser inteligente, y al que toleraba solo por el mero hecho de llevar su sangre. Por suerte para la familia, él había nacido el primero.

–De hecho es peor de lo que os pensáis.

Todos se giraron para ver mejor a Sala Hightowers, la otra hermana de la vieja generación, que había expuesto su punto de vista ignorando la discusión de sus hermanos mayores, como si ésta no hubiera ocurrido, quizás largo tiempo acostumbrada a este tipo de enfrentamientos familiares.

–Al contrario que todos los presentes yo sí he dedicado mi tiempo al estudio de la Orden Jedi. No en vano la biblioteca de mi Universidad es una de las más completas del mundo –le gustaba recalcar esas cosas–. A lo largo de la dilatada historia de esta peculiar organización siempre hubo maestros que se inclinaron por una vida asceta, de contemplación, alejados de los mundanos intereses de los seres ordinarios. No es exclusivo de los Jedi: en otras razas y culturas también se dan casos similares, pero lo que le confiere singularidad a los maestros es el

propósito de su aislamiento. Su retiro no responde a una necesidad, digamos, espiritual (y por lo tanto evanescente), si no a una realidad inteligible: la Fuerza. Ellos aprecian esta misteriosa energía como algo real, o quizás sería más propio decir como *lo real*, de la cual deriva la vida en el universo. La vida y la muerte, ateniéndonos a su criterio, son estados transitorios de la Fuerza. Lo cierto es que nuestros más destacados científicos, los astrofísicos especializados en el viaje hiperespacial, llevan cientos de años investigando la naturaleza de la Fuerza, formulando teorías experimentales que nunca culminan en leyes precisas y reproducibles, ni siquiera con la colaboración de la comunidad jedi. A lo máximo que alcanzan es a conjeturar que la Fuerza se hace valer de alguna manera de las leyes físicas ya conocidas. Por poner un ejemplo esclarecedor...

–Sala, me imagino que lo que quieres sugerirnos es que el maestro Al Dalma es uno de esos eruditos de la Fuerza, y que nuestro sobrino podría llegar a convertirse en un Caballero Jedi si le instruye tal figura.

A Garek le costaba tolerar la pedantería de su hermana, siempre dispuesta a demostrar sus amplios conocimientos en prácticamente cualquier materia, pero desde luego era una valiosa fuente de información si se la conseguía manejar.

–Efectivamente, hermano –dijo Sala–. Convendría no retrasar en exceso su reingreso familiar.

–¿Tiene ese caza-recompensas a sueldo alguna pista del planeta donde se encuentra dicho maestro? –preguntó Ablon.

–Tiene una zona acotada, aunque aún demasiado amplia –

explicó Garek–. Se dedicará a espiar a Coshar Teelk. No podemos secuestrarle –Garek miró a su hijo, anticipándose a la propuesta que iba a realizar–. Eso alertaría a la Orden y abriría una investigación.

–¿Podemos fiarnos realmente de tu caza-recompensas? –Nieder volvió a su tema–. Preferiría llevar este asunto dentro de la familia.

–Yo me ofrezco a localizar a Kilian, padre –propuso Ablon.

–Los caza-recompensas tienen sus métodos, y quizás no lo cuenten todo –dijo Garek–, pero sus resultados son motivo suficiente de contratación. Respeto sus secretos con tal de que cumpla la misión. Y no a la propuesta, Ablon. Por el momento prefiero llevar este asunto discretamente. Tus procedimientos, aunque efectivos, despiertan interés: el Consejo Jedi es cauteloso, y por lo visto ya no confía en nosotros.

–¿Y eso por qué? –preguntó Mura.

–Asistí en el Templo a una reunión de su Consejo, donde trataron el tema de la expulsión. En ella Coshar Teelk manifestó su rechazo a la familia y defendió la recién adquirida mayoría de edad de tu primo, recalcando que era el momento adecuado para que madurara. Consiguió convencer o sembrar la duda a algunos miembros del Consejo, de manera que dejarán que sea Kilian quien decida su futuro.

–Bien, y cuando lo encontremos, ¿cómo reanudamos su entrenamiento? –preguntó Darlah–. Antes mencionó que podría encontrar a un nuevo maestro.

–Es una pequeña posibilidad. Investigué al posible candidato, un viejo maestro de la Orden que la abandonó por discrepancias

notorias con la política del Consejo Jedi, el Conde Dooku.

–¿El Conde Dooku? –desconfió Nieder–. ¿No ha escuchado su reciente discurso de Raxus Prime? Ese hombre promueve la ruptura de la República Galáctica y el movimiento separatista lo ve ya como su líder.

–Sinceramente no creo que podamos sacarle mucho provecho –admitió Garek a desgana–. Antes de su claro posicionamiento hubiera esperado que nos facilitara la ubicación del maestro Dalma. Ahora no veo posible que nos ayude en eso. Aún así, sigue siendo un valioso contacto. Podemos tener un trato provechoso: nosotros le proporcionaremos lo que quiera siempre que no comprometa nuestros negocios actuales con la República. Y él, a cambio, entrenará a nuestro sobrino.

–¿Negociar con el Conde Dooku? ¡Eso es traición! –afirmó Nieder.

–Te recuerdo, querido hermano, que Corellia se mantendrá neutral en el conflicto –respondió Garek–. Podemos sacar ventaja de todo esto si sabemos tratar con ambas partes. Hay que actuar con rapidez, antes de que se recrudezca el conflicto.

–Un hombre de esas características podría usar a Kilian para sus fines –comentó Darlah.

–Por eso será condición imprescindible que el entrenamiento sea en Corellia. Ya veremos cómo. Hay que atar en corto a Kilian. Hace tiempo que vive lejos y podría haberse acostumbrado a no sentir nuestra presencia. Cuando lo encontremos le recordaremos quién es y a quién se debe. Su vida pertenece a la familia. Su destino es servir a la familia. Los mismos motivos por los que se sometió en el pasado nos

servirán en el presente. A fin de cuentas, tan solo es un crío.

–Un crío que nos puede resultar muy útil –añadió Sala.

–Sobretodo en la situación actual –admitió Garek–. Nos encontramos en los estertores de muerte de la República Galáctica. La corrupción del Senado está tan extendida como un tumor en metástasis, y muchos mundos considerarán la secesión como la única opción aceptable. Demasiadas voces críticas con el sistema, y solo es cuestión de tiempo que la enfermedad llegue a fase terminal. Tan solo la Orden Jedi es capaz de purgar la República reagrupando a los senadores que aún permanecen leales. Conoceremos sus virtudes y sus debilidades, y comprenderemos cómo funciona su amada Fuerza. Entonces podremos decidir si nos interesa más apoyar los intentos de la Orden de poner orden, o sacar provecho de la crisis final, si nos conviene salvar la vieja República o saquear su cadáver.

La sala quedó vacía una vez marcharon sus hijos Darlah, Ablon y Mura, los últimos a los que entregó instrucciones individuales. El sol estaba a punto de desaparecer en el horizonte, reflejando sus postreros rayos en los cristalinos rascacielos de Ciudad Hightowers. Garek contemplaba cómo emergían un sin fin de luces artificiales, a medida que los cielos perdían su grisáceo y contaminado color para tornarse de un negro triste e insípido, solo interrumpido por distribuidas hileras de destellos del tráfico aéreo.

Sopesó las reacciones de sus parientes, sus posturas y qué podía esperar de cada uno; a quienes encomendar los próximos proyectos y a quienes era mejor relegar a gestiones menores, pero de envergadura suficiente cómo para no ofenderles. Fueron educados para entregarse a la familia como fin más elevado que su propia vida, para sacrificar sus ambiciones personales en favor del prestigio y la prosperidad de la Corporación. A cambio la familia les devolvería su lealtad con riquezas, cargos y propiedades. Cualquier apetito podía ser satisfecho. Como cabeza y representante de la estirpe le debían obediencia y fidelidad. No había encargo o tarea alguna que pudieran rechazar si él invocaba la disciplina familiar. Cosa diferente era que fueran competentes en su cumplimiento.

Abarcó con una última mirada la extensión de su ciudad, antes de que el día diera por finalizada su jornada.

–Idiotas –dijo con voz clara en una solitaria sala.

Las delicias de Nubia

La reunión con Mace Windu, miembro del Alto Consejo Jedi, no fue demasiado bien. El Maestro no se mostró satisfecho con la noticia de que había perdido la pista de su ex-pupilo en el sistema Malastare. Coshar no consideró apropiado revelarle que durante los últimos días de su búsqueda le había estado siguiendo un experimentado caza-recompensas, pues lo consideró prematuro e incluso perjudicial para el anonimato de La Granja; los maestros se interesarían por su misión y para quien trabajaría y, aunque eso podría finalmente demostrar que él tenía razón en cuanto a alejar a Kilian de su familia, decidirían que habría que encontrarlo para protegerlo. Mejor no remover el asunto: acabarían aceptando que se labró su propio futuro al abandonar la Orden. Lamentablemente quedaba descartado su ingreso en los Cuerpos Jedi, al no poder ni plantear tal posibilidad, pero el joven ya era mayor de edad y podía asumir las consecuencias de sus actos.

No le gustaba ocultar la verdad a sus maestros; siempre había confiado en ellos y en cierta manera sentía que les estaba traicionando, pero había adquirido un compromiso con el Maestro Dalma y su centro de retiro. El motivo por el cual se fundó La Granja no era responsabilidad de la Orden Jedi. Probablemente, de conocerse su existencia, los maestros aprobarían con buenos ojos su función; eran seres sabios capaces de comprender su importancia. Sin embargo, la Orden

tenía su propio lugar en el Universo –una tarea compleja y laboriosa que centraba todos sus esfuerzos–, y cuantos menos personas conocieran la localización del centro mejor. A veces se preguntaba si en realidad el Maestro Dalma les habría revelado a unos pocos su secreto: quizás a Yarael Poof, a Yoda o a algún otro, pero no era labor de Coshar descubrirlo.

Finalmente aprovechó para presentarse voluntario para informar a la familia sobre lo sucedido. Era una buena oportunidad para estudiar a Garek Hightowers, pero Windu se negó, argumentando que tenía que ser un miembro del Alto Consejo quien hablara con ellos; probablemente se encargaría Saesee Tiin. Además, tenían otro encargo para él: uno de los miembros del cuerpo técnico de mantenimiento del Templo había sido atacado en su apartamento. Debía comprobar qué le había pasado y si podía hacer algo para ayudar a las autoridades locales. Se le aceleró el pulso cuando el maestro le contó que el técnico, un sullustan llamado Siim Sor, estaba destinado al área residencial de los alumnos, además de a las plantas dedicadas a la enseñanza. Su intuición le decía que el asalto estaba relacionado con Kilian. Su experiencia como diplomático estudiando expresiones y gestos de políticos, embajadores y líderes planetarios le reveló que Mace Windu se había percatado de su reacción. No era casualidad que le asignara este caso.

Dos horas más tarde llegó al complejo hospitalario del sector C45, en el Distrito Residencial, un monumental rascacielos de

planta octagonal, distinguible varios kilómetros a la redonda, y con espacio aéreo prioritario para deslizadores aéreos de emergencias. Su acreditación como jedi le permitió acceder sin demora al área de urgencias médicas. El pequeño ser se encontraba inconsciente dentro de un tanque bacta bajo la incansable observación de un droide médico Dos-Unobé. Todo su cuerpo se hallaba sumergido en el tanque, conectado a un equipo respiratorio que le cubría parcialmente el rostro.

–Buenas días, me llamo Coshar Teelk –se presentó al droide, quien asintió levemente con la cabeza sin desviar la atención de su paciente–. Siim Sor es uno de los trabajadores del Templo Jedi, a quien represento. Venía a interesarme por su estado de salud.

–Buenos días, señor Teelk –contestó el droide–. El señor Sor se encuentra en estado grave y su vida corre peligro. Mucho me temo que lo perderemos hoy por la tarde. La causa de su muerte será una variación adulterada no identificada del veneno de surit para el que no existe antídoto conocido. Produce una lenta parálisis de los músculos, lo que impedirá el funcionamiento de los órganos, siendo los pulmones los primeros afectados; morirá de asfixia. Hemos conseguido ralentizar su efecto inyectándole un antiofídico genérico efectivo contra el veneno natural. También presenta quemaduras de segundo grado en tórax y cuello, probablemente causadas por un cortador de fusión, que el líquido regenerativo del tanque bacta acabará de sanar dentro de una hora.

–Ya veo. ¿Podemos sacar al paciente del tanque y ponerle en una camilla? –Coshar se acercó al tanque.

–Señor, usted no es personal sanitario cualificado para la

atención médica; yo sí –señaló el droide–. Déjeme hacer la labor para la que fui programado.

–Tan solo quiero posar mis manos sobre el sullustan unos momentos. Sabrá por sus archivos que los jedi tenemos habilidades curativas.

–Señor, las habilidades sanadoras de los jedi no están demostradas científicamente –contestó el droide con frialdad–. Sería una negligencia por mi parte aprobar tratamientos experimentales en nuestra unidad.

–Sin embargo, según estadísticas históricas, un ochenta por ciento de los pacientes mejoran significativamente, llegando a la sanación completa un cuarenta y cinco con tres por cierto –Coshar estaba habituado a tratar con la reticencia y desconfianza que muchos droides médicos presentaban ante la Fuerza; tan solo era una cuestión de paciencia y argumentación.

–De los cuales el sesenta y siete por ciento de los tratados fueron finalmente clasificados como obtenidos a través de asistencia sanitaria profesional. No discuta de estadística con un droide, señor.

–¿Y el otro treinta y tres por ciento?

–Casualidad o efecto placebo.

–Bien, según sus creencias, si pongo mis manos tan solo en el tanque, no pasará nada, ¿verdad?

–Yo no tengo creencias, señor. Aplico conocimientos demostrados empíricamente, pero está comprobado que si posa usted sus manos en el tanque la creencia en un poder superior puede aliviarle psicológicamente, además de notar la superficie de contacto tibia.

–¿Entonces no le importa que lo haga?

–Como usted quiera, señor, mientras solo pose sus manos en el tanque.

«Al fin», pensó Coshar. Hubiera sido mucho mejor el contacto físico, pero dada la reticencia del droide se conformó con la máxima proximidad posible. Posó las manos en el tanque bacta, notando, efectivamente, una superficie a temperatura media, ni calor ni frío. Cerró los ojos, concentrándose en el inquilino que flotaba en el líquido regenerativo a escasos centímetros de su cara. Un canal de energía se estableció entre el cuerpo del sullustán y el suyo propio. La Fuerza se hizo perceptible: en el paciente, en sí mismo y en el líquido intermedio. Sabiendo que no eran suyas, *escuchó* las quejas del malherido cuerpo, protestando a través de todo su sistema nervioso. La energía apaciguó el dolor que sufría. Primero debía relajar al paciente para prepararlo para lo que vendría a continuación. Tan solo tenía que pensar en la curación del sullustan y la intención haría el resto. La Fuerza, de alguna manera que, como bien decía el droide, aún no se sabía muy bien cómo, influyó en el líquido curativo del tanque bacta. El líquido traspasó la piel, penetró en los tejidos y alcanzó la corriente sanguínea, llegando a todas las células a través del aparato circulatorio sullustán. Las células recibieron los nutrientes que necesitaban para su labor; la Fuerza les enseñó cómo neutralizar y expulsar el veneno. Pero aún no era suficiente. El pobre Siim Sor estaba extenuado, debilitado por largas horas de fútil batalla; el veneno le había castigado duramente y no tenía fuerzas para continuar. Debía devolverle el vigor perdido, infundirle nuevas energías. Busco dentro de sí mismo la Fuerza que le faltaba al sullustán, ordenando que se

transfiriera entre ambos cuerpos. Todos los monitores de supervisión variaron las gráficas al mismo tiempo, reflejando la estabilización de las constantes vitales y el aumento de la frecuencia cardíaca. La respiración cobró renovada fuerza. Seguía inconsciente, pero fuera de peligro.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó una voz grave y hostil.

Coshar separó las manos del tanque, abriendo los ojos lentamente para encontrarse con un doctor con cara de pocos amigos.

–¿Quién es usted? ¿Quién le ha dejado entrar? –insistió.

–Me llamo Coshar Teelk, cónsul de la Orden Jedi –contestó aturdido por la brusca salida del trance–. He venido a interesarme por el estado de salud de Siim Sor, uno de nuestros técnicos de mantenimiento. Estas son mis credenciales.

El doctor cogió la tarjeta electromagnética que le había tendido el jedi, la miró un segundo, y se la devolvió sin siquiera chequearla en el panel de acceso.

–Esto solo le autoriza a acceder y preguntar, no a hacer lo que estuviera haciendo.

–¿Y qué estaba haciendo? –aún no estaba recuperado del todo y respondió con brusquedad.

–Doctor Hasill –interrumpió el droide–. Las gráficas indican que...

–¡Cállate! No estoy hablando contigo –recriminó al droide–. Señor Teelk, este es un centro sanitario serio. Aquí no toleramos las imposiciones de manos que practican ustedes, ni nos dejamos llevar por la fe religiosa. Aquí se ejerce la medicina profesional.

«Con éste no servirá lo mismo que al droide», pensó Coshar. Durante cientos de generaciones la colaboración entre la Orden y la comunidad científica había sido fluida y amistosa. Miles de investigadores habían observado la Fuerza buscando las leyes físicas que la regulaban, intentando predecir los resultados a través de las variables de entrada, reproduciendo numerosos y reiterados experimentos. Habían utilizado la tecnología más avanzada y todos los recursos disponibles, empleado a personal cualificado y a especialistas de todas las ciencias posibles: astrofísicos, físicos teóricos, doctores, bioquímicos, psicólogos, antropólogos e incluso filósofos. Si bien todos coincidieron en que los efectos de la Fuerza eran múltiples, variados y evidentes, y que podían manifestarse en todo tipo de dimensiones, desde el plano físico al mental, incluso descubriendo fenómenos espacio-temporales, ninguno de lo expertos fue capaz de demostrar empíricamente el funcionamiento de la Fuerza, aunque tampoco podían negar su existencia. El máximo logro obtenido fue la medición de los resultados de la aplicación de la Fuerza en diferentes campos: energía electromagnética, reacciones químicas, variaciones hormonales y frecuencia de las ondas cerebrales en seres vivos, influencia en el campo gravitatorio y hasta algunos experimentos en el hiperespacio. Con el tiempo y ante la falta de teorías plausibles, los científicos perdieron interés –a excepción de unos pocos–, y lentamente la Fuerza dejó de ser objeto de estudio científico. Hecho lamentable tanto para la ciencia como para la Fuerza, pues su aplicación a nivel práctico hubiera sido muy ventajoso para todos. En los últimos años Coshar Teelk no solo había confirmado el abandono de las investigaciones, sino que también había constatado un creciente rechazo a los Jedi por la comunidad científica.

–Doctor Hasill –dulcificó su tono–, compruebe el estado del paciente y notará su mejoría.

–Es cierto, doctor –confirmó el droide–. Mire los monitores.

–Imposible –respondió.

Estudió las lecturas de las pantallas con atención, sin otorgar crédito a los resultados.

–Tan solo es una mejoría fruto del genérico que le suministramos –afirmó–. Eso no significa nada.

–Doctor Hasill, durante las últimas cinco horas disminuyeron los efectos del M408 –confesó el droide–. Observe que los niveles de hierro han vuelto a los 215 ug/dL, según los estándares sullustanes. Ahora el cuerpo acepta el líquido bacta. Una evidencia es una evidencia.

–Efecto propio del tanque. Este paciente ha sido intoxicado por una variante química del veneno de mordedura del surit, y desgraciadamente nuestros laboratorios no descubrirán a tiempo el antídoto. Aunque note mejoría temporal en algunos indicadores, mucho me temo que morirá pronto, no pasará de esta noche.

Se oyeron unas sacudidas en el tanque. Siim Sor golpeaba débilmente la mampara con las palmas de sus manos. Tenía los ojos abiertos y las orejas extendidas, asustado por lo que acababa de oír.

–¿Cuando podré interrogar al paciente? –concluyó Coshar.

–Esto es todo lo que he podido averiguar de tu caza-recompensas –dijo Man-Vi-Era.

El ingeniero de computación y seguridad informática desplegó los resultados de su búsqueda en los seis finos monitores dispuestos verticalmente en una matriz de tres por dos. Los dos monitores semitransparentes de la izquierda mostraban imágenes y vídeos del caza-recompensas desde distintos ángulos y perfiles, y los dos de la derecha información recopilada a través de un software de recolección, extracción y análisis de datos policiales. Los monitores centrales mostraban varias consolas dispuestas en filas y columnas con continua renderización de datos y ejecución de comandos que solo entendía Man-Vi-Era. Al lado izquierdo del escritorio un proyector holográfico reproducía en tres dimensiones el holograma que Coshar Teelk grabó en Malastare sin que el caza-recompensas lo supiera. Se encontraban en las oficinas del ingeniero, en el Distrito Fobosi. La planta superior la había remodelado como vivienda personal, mientras que el piso inferior, donde estaban, servía de área de trabajo.

–“Earl Ravenous” –leyó en voz alta el jedi– ¿es su verdadero nombre?

–Eso parece –contestó su amigo–. *Raven*, el nombre que me has proporcionado, es su único alias conocido. La primera mención que tengo es de hace diecinueve años, cuando asesinó al patrón de un carguero YT-1300 en el que trabajaba por encargo de un señor del crimen de Pembric II, en el sector Kathol. Posiblemente su historial criminal empieza con este suceso. Por lo visto huyó de la justicia local alistándose en la Legión Alienígena de Lemax, donde sirvió hasta su deserción

cinco años más tarde.

–Eso ocurrió cuando dejé de ser un padawan –indicó el jedi–. Me debe de sacar algunos años.

–Al contrario, quizás sea un poco más joven que tú. Esta es la única fotografía a rostro descubierto que he conseguido de su hoja de ingreso.

Man-Vi-Era ejecutó un comando y la fotografía de un joven humano de unos quince años apareció ampliada en uno de los monitores. Rubio, de ojos azules y de apariencia totalmente corriente, sin cicatrices ni rasgos identificativos reconocibles.

–A partir de entonces todas las imágenes son con el casco de la Legión. No tengo datos sobre su vida en la compañía –continuó Man-Vi-Era–, no hay expedientes públicos y no tengo manera de acceder a sus archivos. Conocemos su deserción por varios intentos de asesinato por parte de sus antiguos camaradas. Todavía le buscan por eso, es un cuerpo para-militar que ejecuta a los desertores.

–Un caza-recompensas con precio a su cabeza, curiosa historia –puntualizó Coshar.

–Bueno, realmente no han puesto precio a su cabeza: para la Legión es indigno utilizar caza-recompensas. Es una deshonra que se les escapara con vida, una mancha en su reputación. Lo tienen que arreglar ellos.

–Me sorprendes, te veo conocedor del tema.

–Mis primeros trabajos fueron para el ejército –aclaró sin entrar en detalles–. Tiene una eficacia del 95% en recompensas cobradas, y un 80% con la presa entregada con vida. Al menos según los registros oficiales. Las estadísticas no reflejan los

encargos privados o al margen de la ley, pero extrapolando los datos seguramente mantendrá el mismo porcentaje. Si te fijas en esta gráfica – Man-Vi-Era renderizó una nueva ventana en el monitor de su derecha–, en los últimos años aumentaron las entregas de *muerto*. Me iría con mucho cuidado.

–¿Sabes si trabaja con otros caza-recompensas? –preguntó Coshar.

–Ummhh... Sus primeros encargos fueron en solitario –Man-Vi-Era señaló una columna de una hoja de cálculo–, pero en los últimos no tengo datos suficientes.

–Es posible que ahora tenga un socio mas cauto que prefiera cobrar la presa muerta. Menos arriesgado, aunque dé menos beneficios. Por lo que pude percibir, intuyo que nuestro «amigo» prefiere sacarle a sus trabajos el máximo rendimiento posible; concuerda más que procure devolver sus piezas con vida. Además, los caza-recompensas con menor derramamiento de sangre renuevan sus contratos; los clientes prefieren castigar personalmente a sus enemigos.

Coshar permaneció pensativo unos segundos. Al rato levantó la cabeza:

–¿Puedes averiguar cuales son sus principales clientes? Sobre todo recientemente.

–Por supuesto. Tan solo tengo que agrupar los registros por el identificador interno del cliente y hacer un conteo. ¿Te vale la última fecha de contratación disponible?

Coshar asintió y el informático ejecutó una única sentencia en un lenguaje de consulta estructurado.

–Ahí los tienes, ordenados por número de contrataciones y

última fecha –anunció satisfecho, pero pronto se dibujó en su rostro una mueca de desaprobación–. La mayor parte de los trabajos fueron proporcionados por el Gremio de Caza-recompensas. No nos sirven, no son el cliente final, sino los intermediarios.

–No importa. Es el segundo resultado el que me interesa: «Corporación Hightowers» –leyó en voz alta–. Si las fechas son correctas, dejó de trabajar para el Gremio hace más de siete años, pero aparecen los primeros. Sin duda al principio debió de requerir sus servicios, pero una vez forjada su reputación pudo buscar sus propios clientes. Sin embargo, la fecha de la Corporación es de hace cuatro años –el jedi llevó una mano a la barbilla y cerró los ojos, meditativo–. No, el señor Ravenous sigue trabajando en privado para los Hightowers.

–Puede ser... –respondió el ingeniero sin mucha convicción.

–Gracias, has sido de mucha ayuda, como siempre. Seguiré investigando por mi cuenta, no quiero comprometerte más de lo necesario. Son gente peligrosa.

–Tranquilo, le tengo estima a mi cuello. Nunca arriesgo si no es por un amigo, y esto es mucho más interesante que entregar decenas de informes y documentación recopilando los mismos fallos de seguridad de siempre.

–Ya que lo mencionas, tengo otro trabajo para ti, menos arriesgado –su amigo se encogió de hombros–. Como te adelanté a mi llegada, hemos tenido una intrusión interna en el Templo.

–Casi siempre es personal interno el que te hace la jugada –confirmó Man-Vi-Era sin gesto alguno de sorpresa–. ¿En qué consiste?

–Uno de los técnicos de mantenimiento del Templo grabó audio de las habitaciones de mi pupilo. Mucho me temo que haya registrado conversaciones privadas que ponen en peligro a amigos muy queridos, precisamente los destinatarios de los mensajes encriptados que enviamos con tu sistema. Fue contratado por Earl Ravenous, y ahora deben de estar en su poder.

–¿Entonces?

–He informado al Alto Consejo de la violación de seguridad, pero no sabemos qué información se ha comprometido. Lamentablemente solo tenemos el testimonio del técnico, lo que involucra al caza-recompensas, pero no a la Corporación. No obstante en el fondo lo agradezco porque mientras estemos en un punto muerto mis amigos permanecen en el anonimato.

–Quieres que borre las grabaciones –asintió Man-Vi-Era convencido.

–Así es –respondió el jedi resignado–. Recuerdo las conversaciones que tuve: sé lo que Raven conoce, pero puede que hayan grabaciones en las que no estaba presente. La vivienda del técnico estaba destrozada. El caza-recompensas se habrá quedado con las grabaciones e intentó eliminar todo rastro de su intervención, pero puede que existan copias que no conociera.

–Es lo razonable.

–Ya que tu empresa trabaja para el Templo he solicitado de tus servicios para hacer una inspección en la vivienda. El técnico se llama Siim Sor, es un sullustan, y ahora mismo se encuentra bajo protección vigilada mientras se recupera de sus heridas.

–Sé de quien me hablas. No es mal técnico. Descuida, si queda alguna copia la encontraré. Mientras no la haya alojado en ningún servicio externo será fácil.

–Gracias de nuevo. Como comprenderás es un asunto sumamente delicado.

–No te preocupes, la factura también será sumamente delicada.

Coshar observaba los locales que aparecían a ambos lados de la avenida, fijándose en los letreros luminosos, buscando un escondrijo particular. Vestía ropa urbana, informal: pantalones desgastados, un chaleco negro y un cinto utilitario. Una gorra con visera y unas gafas rojas con geolocalización incorporada ocultaban su rostro. Caminaba entre una muchedumbre heterogénea volcada en satisfacer los más bajos instintos: exploradores lacónicos, de vuelta de alguna expedición en planetas olvidados, dispuestos a gastarse la paga en prostitutas, alcohol o drogas; nativos obstinados, de ropa extravagante, provenientes de anticuadas civilizaciones descubiertas recientemente por la República, buscando encontrar su sitio en una Galaxia hiper-poblada; prospectores taciturnos probando fortuna en el juego, perdiendo las escasas ganancias del último «filón» encontrado; desterrados errantes, vagabundos de la galaxia, forajidos, chatarreros espaciales, desertores, piratas, pilotos fracasados y algún que otro psicópata completaban el cuadro. Lo más selecto de la República. El bulevar de Chirs Tal·li, uno de los más frecuentados de los niveles inferiores de

Coruscant, en el Distrito Entretenimiento, ofrecía todo lo que varón o mujer, de la especie alienígena que fuera, pudiera desear: prostíbulos, clubs nocturnos, garitos de mal nombre, corredores de apuestas, combates con vibrofilos, y un sinfín de locales donde beber e inhalar drogas sintéticas.

–¿Señor? Me he perdido, señor. ¿Me ayuda, por favor?

Un niño de unos diez años, con ojos de gato asustado, de cara sucia y ropa desvencijada, se acercó a Coshar.

–¿Donde están tus padres?

–En casa, señor, salí a jugar y me he perdido. Me estarán buscando.

Coshar miró distraído a un callejón, donde descubrió un par de ojos ocultos que observaban la escena.

–Si me dices donde está *Las delicias de Nubia* te daré un par de créditos. Hace mucho tiempo que no voy y no recuerdo donde está. Y estas gafas no me son de mucha ayuda.

El niño le miró dubitativo, hasta que dedujo que aquel *señor* no se iba a dejar engañar.

–En aquella dirección dos manzanas más, al lado de la *Babosa Espacial*.

–¡Ah, sí! Es verdad. Gracias.

Coshar le entregó lo prometido y el niño se marchó corriendo, a buscar una víctima más ingenua. Diez minutos más tarde el jedi se encontraba enfrente de *Las delicias de Nubia* y, tras sobornar a un gamorreano con un hacha de dos manos que hacía de guardián, descendió unos peldaños hasta penetrar en una enorme sala de sabbac con múltiples mesas de juego, diversas

barras y un escenario donde una banda de músicos amenizaba la noche. El ambiente estaba bastante cargado, olía a cerrado y una nube de humo se extendía por todo el techo, tapando la escasa iluminación del local. Coshar se paseó por las mesas, mezclándose entre los curiosos y el público de las diferentes partidas. Finalmente, tras observar a varios jugadores y cambiar varias veces de lugar, encontró a quien buscaba: un tahúr corelliano, moreno y de ojos oscuros, con un bigote refinado y terminado en punta, al estilo de los corsarios del Borde Exterior. Jugaba con otros cuatro contrincantes: un twi'lek, un senador jubilado, una hermosa señorita con un elegante vestido blanco, y un corpulento minero. Por el dinero en la mesa parecía que el senador y el twi'lek iban ganando la timba. El minero estaba visiblemente malhumorado y a la bella pelirroja parecía no preocuparle demasiado sus pérdidas. El corelliano se mantenía sin pérdidas ni ganancias excesivas. Coshar se retiró a una barra cercana, pidió un drhax –solo y caliente–, y cerró momentáneamente los ojos, ocultos tras las lentes, por lo que ninguno de los carteristas que había localizado se fijaría en ello. En su mente apareció un flash de cómo acabaría la partida. Sonrió para sus adentros y esperó pacientemente, mientras disfrutaba de los temas de la banda.

Una hora mas tarde el tahúr había perdido la mitad del dinero que tenía sobre la mesa, la joven señorita había solicitado más crédito –estaba custodiada por un guardaespaldas bajito, pero evidentemente capacitado para su trabajo–, y el minero había tenido cierto éxito. El viejo senador, sin embargo había perdido lo ganado. El único que sonreía satisfecho era el twi'lek.

–Subo quinientos –amenazó.

–Paso –dijo el senador, disgustado por la suerte de los últimos repartos.

–Los igualo y subo doscientos más –comentó el tahúr –. Siento que esta es mi jugada.

–Eso lo llevas diciendo toda la noche –se rió el minero, quien puso setecientos sobre la mesa.

–Pongo lo mío, y otros quinientos –comentó risueña la joven, dispuesta a no dejar nunca una apuesta sin subir, con la seguridad de quien no se juega su dinero.

El twi'lek ensombreció su rostro, murmurando algo ininteligible sobre el modo de jugar de la hembra.

–Setecientos, y mil créditos más –golpeó la mesa, mirando fijamente a la pelirroja.

–Presiento mi dicha, ahí van los mil quinientos –igualó el tahúr.

–Todo vuestro –abandonó el minero.

–Los mil que me requerís, y quinientos más –se rió la joven, guiñándole el ojo.

–Los veo –dijo el twi'lek, con una sonrisa en los labios. Sus coletas vibraban excitadas.

–Encanto, es un placer jugar con una belleza solo superada por su atrevimiento –la galanteó el tahúr, cerrando las apuestas al aportar los últimos créditos, que completaban una suma total de doce mil créditos–. Le toca hablar.

–Cambio la mano entera –sonrió al corelliano, confirmando su pronóstico.

Mostró sus cartas encima de la mesa, y las diferentes pantallas

de cada una de ellas variaron aleatoriamente su valor para dar un total de 21 negativo. La joven dejó escapar un chillito de euforia y los aplausos se multiplicaron.

–Bloqueo todas menos una –anunció el twi'lek.

Mostró los números de las cartas fijadas, que sumaban 18, y esperó a ver el nuevo número que se le aparecía. Todos esperaron expectantes a que lo revelara.

–Sabbac puro –presumió orgulloso.

El público saltó de euforia, viendo incrédulos el cinco que le hacía falta para llegar a 23. El afortunado ganador se frotó las manos, sus colas se movían de pura alegría y empezó a recoger los créditos.

–Un momento, ¿no tenéis curiosidad por saber cual es mi jugada? –interrumpió el tahúr, con una mirada provocativa.

–Vuestra vocación de perdedor es tan apasionante que no os voy a negar dicho placer –respondió el twi'lek entre las risas de los presentes.

El tahúr se encogió de hombros y enseñó sus cartas, que sumaban 11.

–Descarto Resistencia y cambio la Reina del aire y oscuridad por lo que el azar quiera traerme.

Sin los valores de las dos cartas la suma alcanzaba 21 positivo. El tahúr encaró la carta al twi'lek, dejando que los números bailaran en el dispositivo electrónico hasta pararse en el cero: el Idiota.

–Qué oportuno, el Idiota –todos rieron la evidente broma–. Os quedáis en 21. Felicidades, habéis ganado a la chiquilla.

Coshar se acercó despacio a la mesa, situándose a la espalda del tahúr. Nadie se fijó en él. Las miradas variaban entre el twi'lek, el corelliano, las tetas de la joven y los doce mil créditos sobre la mesa.

–Os olvidáis de las reglas locales de *Las delicias* –respondió el tahúr, atusándose el bigote con una mano.

–¿Las reglas de *Las delicias*? –repitió su rival nervioso– ¿A qué reglas os referís?

La mirada del corelliano se clavó en el twi'lek.

–Aquellas que dicen que los tramposos aportan el doble de lo apostado –sentenció.

–¿Trampas? –exclamó el twi'lek –¡Estáis loco!

–¡¿Trampas?! –repitió el minero, visiblemente enfurecido.

El resto de los presentes retrocedió unos pasos, alguno unos cuantos más. El guardaespaldas de la bella jugadora llevó la mano discretamente a la cartuchera. Coshar se acercó un poco más a la mesa.

–Quizás vuestro amigo el calamar, ese que intenta marcharse sin que le veamos, nos pueda explicar que es lo que oculta en la mano –añadió el corelliano.

Tan pronto como lo dijo, el minero localizó al individuo y se abalanzó sobre él. Varios de los presentes, envalentonados por la iniciativa del musculoso jugador, le apoyaron agarrando al desconocido por brazos y piernas. Aprovechando la distracción, el twi'lek descubrió un bláster de bolsillo oculto en una de las mangas de su túnica y disparó sobre el tahúr, procurando hacerse paso para huir rápidamente. No le sirvió de mucho. En

un hábil movimiento, Coshar activó su sable de luz interceptando el láser y desviándolo hacia el techo del local. El guardaespaldas de la señorita desenfundó disparando sobre el twi'lek, el cual cayó malherido al suelo.

–¡Caballeros!¡Caballeros! –exclamó el tahúr levantándose con las manos en alto–. No lo matéis, que al señor aún le falta añadir otros doce mil créditos.

Varios gamorreanos, incluido el guardián de la puerta, irrumpieron en la sala empuñando sus colosales hachas. Coshar apagó el sable de luz y el guardaespaldas enfundó su bláster, sin separarse de su protegida. Los que aún no habían corrido tras una mesa o una barra procuraron alejarse del centro de la acción, salvo el minero, que sujetaba fuertemente a un quarren que portaba un dispositivo tecnológico en la mano.

Un hombre delgado, vestido con un distinguido traje blanco y camisa roja, apareció fumando un fino cigarrillo que expedía un humo de color azulado. Dos escoltas le flanqueaban con blásters pesados en las manos.

–Jackson, espero que pueda explicarnos esta desagradable situación –dijo en referencia al tahúr–. La violencia es un serio inconveniente para nuestro negocio.

–Con sumo placer, Barón de Moulan –respondió el corelliano–. Al parecer nuestro amigo de las colas no quiso dejar nada al azar y contó con el quarren allí presente para modificar el resultado de la última carta descubierta: *sabbac puro*.

El Barón señaló con un leve movimiento de la cabeza a uno de los gamorreanos, el cual se acercó al quarren, firmemente atrapado entre los brazos del minero y temblando de puro

miedo. El gamorreano le dobló la muñeca hasta oírse varios huesos rotos, y le confiscó el dispositivo que portaba, entregándoselo al dueño de la sala.

–Ya veo –declaró el Barón estudiando el aparato–. Deduzco que por lo tanto sois vos el ganador de la partida.

–La fortuna me sonríe –contestó Jackson haciendo una reverencia.

–Espléndido. Madame Corbieer estará gratamente complacida –le replicó el señor Moulan–. Procurad que ese insensato pague lo que le debe al señor Sorrow y hacedle entender que sin pies no podrá volver a pisar *Las delicias de Nubia*.

Los gamorreanos se llevaron al twi'lek y al quarren a una habitación trasera.

–Princesa Ebolia –anunció Moulan–, siento mucho que hayáis tenido que presenciar esta inoportuna escena. Visitar algunos de los vecindarios de Coruscant entraña riesgos poco recomendables para vuestra posición.

–No tiene la menor importancia, señor Moulan –respondió la joven señorita–. Al contrario, ha sido de lo más emocionante. Me siento sumamente complacida por la velada, aunque temo que mi fiel protector me regañará cuando volvamos al crucero.

–Permitidme retribuirla cenando en mis estancias personales. Ordenaré que mientras tanto preparen mi nave para que os lleve a donde deseéis y cuando gustéis. Caballeros...

–Barón… –quiso interceder el tahúr.

–Señor Sorrow, en lo sucesivo le rogaría que eligiera con mejor acierto sus compañías –el Barón de Moulan le

interrumpió aludiendo a Coshar–. Si me disculpan…

La princesa acompañó al propietario de *Las delicias* a uno de los turboascensores privados, no sin antes despedirse del viejo senador y del sencillo minero, y felicitar a Jackson por su ingeniosa victoria. El corelliano la besó en la mano y le deseó un buen viaje, esperando caballerosamente a que se introdujera en el elevador, seguida de su guardaespaldas.

–Maldito jedi entrometido, la noche podría haber concluido con una *deliciosa* pelirroja –confesó en cuanto abandonaron la sala.

–Ni en tus sueños más imaginativos conseguirías las atenciones de una princesa, Jackson –le respondió el jedi–. Diría que veinticuatro mil créditos es una fortuna nada despreciable que compensará vuestra desilusión, aunque quizás la mencionada Madame Corbieer tenga algo que decir al respecto.

–Coshar –se giró el tahúr, dejando de sonreír al escuchar la apreciación del jedi –, no es asunto tuyo. Me preguntaba cuanto tardarías en intervenir. Por un momento pensé que te quedarías allí sentado bebiendo tu drhax.

–¿Acaso hubieras actuado de otro modo?

–No lo creo –contestó tras dos segundos de deliberación–. Ese desgraciado no advirtió el bláster que tenía escondido, pero preferí que fueras tú quien solucionara el tema. Nunca se sabe si los gamorreanos atacarán sin más a todo aquel que porte un arma, y yo solo soy un honrado tahúr. Bien, parece que te debo un favor. ¿En qué puedo ayudarte?

Desarraigo

«Ya llevo diez meses en La Granja, casi tengo diecinueve años. La rutina de todos los días continúa sin variaciones. Como siempre, un día es igual a otro. Desde que llegué a Loome siempre el mismo horario: a las ocho levantarse, aunque últimamente despierto una o dos horas antes y doy vueltas en la cama o por la habitación».

Kilian plasmaba su vida en un obsoleto computador de bolsillo que el Maestro le cedió hace unos meses. Lo había solicitado para poder trabajar con él y, como no tenía conexión con la HoloRed –ni siquiera con la red planetaria, tan sólo con la local de La Granja–, tampoco servía de mucha distracción. Al principio lo usaba para anotar apuntes de las clases de la Fuerza, casi todo en referencia a los poderes que veía en acción o que le describían en la teoría, pero desde hacía unas semanas escribía una suerte de diario irregular donde volcaba cualquier cosa que se le pasara por la cabeza, convirtiéndose en su pequeño momento de intimidad. Además, había descubierto que al hacerlo se disipaban sus inquietudes como polvo en el espacio, lo cual era una ventaja para que Yemlin no le leyera pensamientos superficiales –se suponía que había dejado de hacerlo después de que Mirlo tuviera una seria conversación con él, pero con el enano verde de orejas puntiagudas nunca se estaba del todo seguro.

«Después la meditación en la Fuerza.» –continuó tecleando–,

«Una hora con sus sesenta minutos completos, sin un minuto de menos. Las primeras semanas me costó mantenerme en silencio y la hora se me hacía excesivamente larga, pero estar acompañado de experimentados usuarios de la Fuerza me ayudaba a concentrarme. Después, durante medio año, la comunión era casi perfecta: sentía la Fuerza alrededor, en la estancia, en los demás y en mí mismo. A veces tenía visiones fugaces de planetas, de galaxias inmensas o de espectaculares formaciones de estrellas, nítidas por unos segundos, como si estuviera allí mismo. En una ocasión vi a mis padres, no sé si era un recuerdo o quiere decir algo, pero no ha vuelto a ocurrir. Otras veces me sentía tan ligero que abría los ojos pensando que estaba levitando. Pero siempre era consciente de todo lo que sucedía en mi cuerpo: el aire hinchando los pulmones, el corazón marcando el ritmo, los músculos relajados, sosteniendo el peso del cuerpo (etc.). Podía afinar los sentidos hasta oír el gorgoteo del río subterráneo, el viento deslizándose entre las montañas o los pequeños roedores comiendo a hurtadillas en el huerto.

Hace tiempo que no consigo nada, o lo que consigo es solo un destello que apenas aprecio. No sé qué me ocurre. Estoy cansado, me cuesta concentrarme en las actividades, no tengo apetito de nada. Quiero salir de La Granja, más allá de sus límites. La última persona *normal* con la que hablé fue el operario del control de aduanas del espaciopuerto de Loome. Si tuvieran un acelerador, una moto-jet o cualquier vehículo veloz, y no la Trast-chatarra, podría escaparme un par de días y estar con gente corriente, que sepa divertirse un poco. Con suerte participar en alguna carrera de vainas, aunque hace tanto que no

manejo una que probablemente me estamparía en la segunda curva. Y estar con mujeres, claro, porque esa es otra. Aquí las únicas mujeres decentes son Tila, Ki-Dacmu y Dona. Ninguna de ellas quiere nada; muy centradas en sus historias. Quizás con Tila pudiera conseguir algo, pero con lo mojigata que es, lo dudo. Ki-Dacmu es mayor y se lo tiene muy creído, y sólo por eso paso de ella. Y con Dona imposible, porque creo que entre ella y Bronx hay algo. No sé cómo lo aguantan en el Templo. ¿Cómo hacen el resto de jedis para no suicidarse con el sable de luz? ¿Es que nunca han estado con hembras? Claro que la Orden lo prohíbe, pero algunos bien que se espabilaban. Decían que Ki-Adi-Mundi tenía cinco esposas. El listo. Quizás como fueron criados desde niños… no han salido al espacio viéndolo todas las noches. Pero vamos, llega un momento que no queda opción. Lo único bueno de cuando vivía en Torre Augusta era la facilidad para conseguir chicas; siempre había alguna al alcance de la mano. La única consideración que el viejo tirano tenía con su familia. Una vez en el Templo, tan solo el breve encuentro con Sal'hisk en la enfermería de residentes; que no llegó a culminar porque por poco nos pilla la intendente de sanidad. Tengo que hablarlo con Bronx, él tiene que entenderme. Como soldado, mercenario, y capitán de la compañía tuvo que conocer a muchas mujeres. Y si estoy en lo cierto está liado con Dona, o de vez en cuando *se encuentran*. Seguro que al no ser un jedi se lo tienen permitido. Pero a ver cómo se lo comento.

Últimamente está disgustado con el entrenamiento. Dice que puedo hacerlo mejor, que *ya lo he hecho mejor*, pero por mucho que me esfuerzo no hay progreso. He aprendido a disparar con pistola bláster –estándar, pesada y de bolsillo–, con blásters de

caza, rifles y carabinas, de Merr-Sonn, SoroSuub y Blas Tech. Y tengo buena puntería, pero aún soy mejor con el cuerpo a cuerpo, con pica de fuerza, vibrohacha y electrovaras, y sin duda me defiendo con las artes marciales, incluida la técnica Echani, de la que Bronx es un experto (a saber donde la habrá aprendido). Sólo me falta manejar explosivos, o armas pesadas. Pero ni un solo sable de luz. Me niego a creer que no tengan espadas láser. Aunque no sea oficial, aunque La Granja sea secreta incluso para la Orden Jedi, no puede ser que no tengan sables de luz. El Maestro Dalmau aprendió a manejarlo; a Ki-Dacmu la tuvieron que enseñar como padawan; incluso Yemlin tiene que tener uno, pues fue caballero en el Templo. Fracasado, pero caballero. Y si no tienen, ¿no saben construirlos? ¿No hay ni una maldita joya en este planeta? ¿Por qué me enseñan el resto de armas y no la más importante?»

«No hay emoción, hay paz», recordó desperezándose en la silla todo lo que sus huesos le permitían.

Eran las 34:17 horas, más de dos horas tarde de la hora *oficial* para dormir. Llevaba varios meses en Loome y aún no se había acostumbrado al dilatado día planetario, a pesar de mantenerse en un excelente estado de salud gracias al regular ejercicio físico –lucía un joven cuerpo atlético–, y al regular contacto con la Fuerza. Las primeras semanas lo llevó mal, durmiendo unas dieciséis horas nocturnas, más una adicional después de la comida, hasta que su cuerpo se aclimató. Sin embargo ahora era horrible, mucho peor. En vez de dormir pasaba las noches en vela, o se despertaba antes de la hora. O al revés, como en esta ocasión, estaba mortalmente cansado y aún así era incapaz de acostarse. Por algún motivo seguía despierto, como si su cerebro

hubiera olvidado como relajarse. Sin duda era algo psicológico. Dado que pasarse cuatro horas mirando al techo era una actividad nada placentera, resolvió aprovechar el tiempo dejando por escrito sus experiencias: la enseñanza, los poderes, la Fuerza y sus pensamientos y sensaciones. Había descartado tanto la grabación oral como la holográfica; teclear sus apuntes le obligaba a mantenerse activo; una manera de entretenerse como otra cualquiera.

«Paradójicamente, el trabajo con los Tronadores Cracios es lo único que me relaja. Ya no me importa limpiar sus celdas, darles de comer constantemente, cepillarlos y lavarlos; eso quedó atrás. Estar con ellos me tranquiliza, o al menos me distraen. Hay que permanecer atento y hacerles saber que sigues llevando las riendas, porque si te despistas te dejan de considerar el jefe y toman el control; y lo más probable es que acabes en el suelo. Pero si notan que estas pendiente de ellos entonces son muy obedientes. No sé como se comportarán en estado salvaje, pero diría que son felices si cuando están con nosotros, nosotros estamos con ellos. Suena cursi, pero es así. Desde luego que son mucho mejor compañeros que los sinvergüenzas de la banda. *Los nebulones azules* no tenían lealtad, tenían respeto. Respeto por ganar carreras o por demostrar valor ante los polizontes. Tus hazañas determinaban tu reputación, y tu reputación es lo que los mantenía a raya, siempre que de vez en cuando la renovaras. Con los tronadores es diferente: un tronador te es fiel si te preocupas por él (el pandillero, si ve flaqueza o debilidad, aprovechará para ocupar tu puesto). Estas bestias te ayudan si de verdad lo necesitas, y de alguna manera lo saben, sienten tus emociones. No te juzgan, te comprenden. Sobre todo Celeste; es

el más manso de todos. Últimamente paso más tiempo con Celeste que con los demás. Eso tengo que corregirlo o se mosquearán. Sobretodo Bizarro. El otro día me mordió el brazo cuando vio que seguía cepillando a Celeste y aún no le había ni cambiado el agua. Es el más rebelde y el que más me gusta: testarudo, presumido, y el más rápido de los tres. La única que no acaba de amigarse conmigo es Nebulosa. No me presta mucha atención, como las mujeres de La Granja. Permite que la alimente y que la cepille, y mira que soy cuidadoso con ella, pero cuando vamos al trote nunca va demasiado rápido, y cuando quiero alejarme de la academia no lo permite. Todo muy formal, correcto, y si fuera una persona diría que distinguidamente educada, incluso indiferente, y ahí se acaba el trato. Al contrario que Bizarro, que aprovecha cualquier descuido para fugarse, conmigo o en solitario (en esto estamos en sintonía)».

Hizo una nueva pausa, releyendo lo que acababa de describir, disgustado con las palabras elegidas y decepcionado por su incapacidad de plasmar por escrito su desasosiego. Revisó varias frases, borrando y reescribiendo textos, cambiando una palabra aquí y un verbo allá, obligándose a ser más preciso. Su corazón latía intranquilo, sabiendo que no daba con la causa de su desazón. Primero eliminó el párrafo que confesaba su frustrado deseo sexual –le molestaba revelar apetitos humanos que creía estar por encima de ellos, aunque sólo fuera ante una máquina que se dedicaba a guardar caracteres en un fichero encriptado–. Después borró su experiencia con los tronadores cracios para finalmente seleccionar el documento completo y darle a la tecla de suprimir. Comenzó de nuevo modificando ligeramente la

frase que le gustaba, buscando la inspiración.

«Tengo dieciocho años, llevo diez meses en La Granja. No sé a donde pertenezco. Apenas me acuerdo de la infancia. Sí recuerdo la tristeza de mi madre cuando dejé la música después de tres años de estudios en los colegios de tía Rosem. Creo que estaban esperanzados de que me convirtiera en intérprete de b'ssa nuuvu, o fuera director de orquesta, o consiguiera una plaza en la universidad de la tía enseñando pintura. Era tan crío que no entiendo por qué mi madre no me obligó a continuar tocando el kloo horn. Quizás porque la familia de mi madre no era como la de mi padre. Recuerdo la alegría de mi padre cuando gané mi primera carrera de vainas, lo que no entusiasmó a mamá por que fue lo que me apartó de las artes. Poco más. Tenía trece años cuando me fui a vivir con el tío Garek y dejé de ver a mis padres. Solo la tía Rosem me traía noticias de ellos hasta que también la prohibieron visitarme. Los años que viví en Torre Augusta fueron sin duda los peores, bajo la tutela de la olvidable tía Sala, que cumplía disciplinadamente las órdenes del tirano. El único aliciente, por supuesto, eran las carreras, tanto las deportivas como las clandestinas. Mucho mejor las últimas. Tan sólo quería comprar mi aceptación a base de regalos y lujos, y de todo lo que un adolescente pudiera desear.

La vida en el Templo fue el polo opuesto. Nada de lujos, nada de velocidad, todo comedimiento. Difícil de soportar si no fuera porque todos los días veías algún poder en acción: objetos levitando, sanaciones aceleradas, proyecciones mentales, clarividencia... suficiente espectáculo para olvidarse de lo demás. Echo de menos a Coshar. Siendo tan sólo un tutor, y tan prudente en cuanto a relaciones sentimentales, en cierta manera

hizo más de padre que cualquiera de la familia, obviando a mis padres (pero con ellos pasé poco tiempo). Sabía qué límites poner, algo nuevo para mí. Si se ponen límites es porque también se tolera cierta libertad. Con Garek no había libertad, únicamente concesiones premeditadas; el límite era tu propia voluntad. Se hacía lo que él ordenaba. Aunque en la Orden era otro tipo de esclavitud. Demasiadas restricciones, demasiada obediencia, y una entrega total. En Corellia había que hacer lo que te decían por la tiranía familiar, y en Coruscant más de lo mismo por la del deber. ¿Dónde está la libertad que defienden? Libertad para los demás, no para ellos. Pero aprenderé a ser paciente. Solo no puedo. Llegará el día en el que haya aprendido lo suficiente. Ese día me marcharé e iré a donde me plazca. ¡Seré libre!».

Kilian se llevó las manos al rostro, queriendo contener el torbellino de las contradictorias emociones que le asolaban.

«¡Por favor, basta ya!» –se quejó mentalmente, sin ser consciente de la intensidad de sus sentimientos.

¡Bloooom!

Un golpe seco contra la puerta de la habitación lo sacó de golpe de su abatimiento. Separó las manos del rostro y giró levemente la cabeza en dirección a la entrada, con los ojos húmedos, abiertos de par en par.

–¿Quién hay? –preguntó extrañado.

Consultó la hora que reflejaba el computador: las 35:20. Nunca nadie había llamado a su puerta pasadas las 30:00 horas, ni él había salido por la noche hasta el amanecer.

–¿Sí? –repitió, sin haber respuesta alguna.

Aumentó sus sentidos –una técnica que ya dominaba–, para percibir qué o quien estaba en el pasillo. Unos ruiditos como de algo arrastrándose por el suelo, unos lamentos ininteligibles y un olor a almizcle que le penetró hasta las pituitarias, tumbándolo hacia atrás sacudido por una mezcla estremecedora de placer, mareo y náuseas. Cayó aturdido sobre la cama, intentando dominar la hipersensibilidad que multiplicaba por diez su sentido olfativo, mientras se restregaba frenéticamente la nariz intentando calmar la sensación de cosquilleo que le invadía. Demasiado tarde, un éxtasis embriagador le recorrió el cerebro, produciéndole un orgasmo mental que le sumió en un estado de vacío. No fue consciente de cuanto tiempo estuvo así, seguramente no mucho, porque de repente sintió unas arcadas punzantes, despertó de súbito con un escozor intenso en el pecho y gateó como pudo hacia el baño, dejándolo todo perdido a medio camino. Creyendo morirse, procuraba calmar el dolor con la Fuerza, posando sus manos en la barriga, hasta aliviarlo el tiempo suficiente para retornar sus sentidos a su estado natural. No le eliminó el mareo por completo, pero sí le sirvió para serenarse, arrastrarse hacia la botella de agua y beber un largo trago que refrescó su cuerpo. Pulsó el botón que abatía la ventana, dejando entrar aire puro en sus resentidos pulmones.

–«¡Un escape de gas!» –dedujo con el juicio torpemente recobrado–. «Tengo que avisar a los demás».

Recuperado el control, pudo levantarse y caminar tambaleándose hacia el baño, empapó una toalla con agua y, llevándosela a la nariz, fue hacia la entrada preparado para afrontar el peligro. Al abrir, un pequeño cuerpo permaneció un segundo sostenido en el aire hasta caer al suelo. La cara del

pequeño Yoda le miró desde abajo, con los ojos abiertos por la sorpresa.

–¡Yemlin! –exclamó Kilian, preocupado– ¿Estás bien? ¡Dime algo!

–*Psche, ¡calla! Gritar tanto no debes* –le recriminó sujetándose la cabeza con sus tres dedos derechos. –*¡Dentro, dentro!* –farfulló.

–¿Pero no hueles el gas? ¡Hay un escape! –le cogió por los hombros y le arrastró hacía dentro sin dificultad, dado su ligero peso.

–*¿Escape? ¿Quien escapado ha?* –Yemlin se encontraba visiblemente confundido.

–El escape de gas que te ha dejado tumbado, hay que avisar a los demás.

Kilian lo levantó para recostarlo en la cama. El enano le agarró del brazo con una fuerza imprevista, tanta que le clavó sus puntiagudas uñas sin pretenderlo, advirtiendo un inesperado dolor.

–*¡Calla te dicho he!* –se llevó el puño a la boca, con uno de los dedos extendido, en gesto de silencio–. *La puerta cierra.*

–¡El gas! ¡Suelta!

–*¿El gas? ¿El gas dices? Hew, hew, hew* –Yemlin se retorció de risa en la cama, lo que desconcertó aún más a Kilian– *¿Este gas decir quieres?*

Yemlin entreabrió su mano izquierda, que agarraba algo cautelosamente, descubriendo un pequeño dosificador cilíndrico con un botón en el extremo inferior y dos orificios laterales en la

cabeza. Kilian amagó con cogerlo para estudiarlo de cerca, pero el *enano* de orejas puntiagudas cerró la palma con firmeza.

–*¡Eh! Mirase, pero no tocase.*

–¿Qué es eso? ¿No será...? –Kilian había visto unos cuantos dosificadores parecidos en los nebulones azules.

–*La puerta cierra y te lo diré.*

Se aproximó al umbral de la celda, sacó la cabeza fuera y miró a ambos lados. Nadie en el pasillo, ni ruidos por las escaleras. Tan solo los ronquidos de Gorka dos puertas a la derecha. Por suerte para ellos, Kilian no tenía vecinos en las habitaciones contiguas. Tan solo tenía en frente a Ruufol, el domador, que no parecía haberse despertado con el breve estropicio, y a Tila al lado de este, pero aunque ella hubiera oído algo seguramente no se atrevería a salir a indagar. Entró de nuevo y cerró con cuidado. Dentro Yemlin le había dado al botón para cerrar la ventana.

–*Así respírase mejor* –comentó encogiéndose de hombros.

–Rixil gasificado –afirmó Kilian señalando el dosificador. No era una pregunta.

–*Culpable* –reconoció con una mueca de indiferencia.

–¿Cómo lo has conseguido?

–*Elaboración casera*. *¿Probarlo quieres?*

–No… gracias –contentó dubitativo–. Los pulmones me abrasan y el estómago lo tengo revuelto –posó de nuevo la mano en la barriga, recostándose en la cama, junto a Yemlin.

–*Ooohh* –exclamó intrigado, mirando a Kilian–. *Ampliar sentidos has. ¿A que es maravilloso?*

–Eh… sí –confesó tras un breve silencio–. ¿Pero… cómo es que lo tienes? ¡Tú! Caballero Jedi de la Orden, entrenado por los maestros del Alto Consejo, ¡discípulo del Maestro Dalmau! ¡¿Cómo lo tomas?!

–*Así, el botón pulsando* –interrumpió Yemlin.

El dosificador expulsó una nube de color anaranjado a ambos lados de la cabeza cilíndrica: en una dirección rodeó la cabeza del joven corelliano, y en la contraria quedó suspendida por encima de la cabeza de Yemlin, el cual, profiriendo maldiciones para sus adentros, intentaba alzarse para alcanzarla. Kilian se sumió de nuevo en un estado de embobado placer, con el cosquilleo de la nariz penetrando por sus fosas nasales, pero esta vez sin apenas náuseas ni escozor pectoral. Su cuerpo, en buen estado de salud y reforzado por la Fuerza, se acostumbraba al rixil. Al cabo de un espacio de tiempo indeterminado, tras permanecer ajeno a cuanto acontecía en el universo, olvidada la rutina del trabajo y del estudio, despreocupado de todas las responsabilidades, absorto en la calma mental que le proporcionaba la sustancia, su conciencia volvió a percibir las dimensiones de la celda, la dureza de la pared contra la que se recostaba, y el blando cuerpo que se apoyaba en el suyo, con el dosificador aún sujeto en la mano. Abrió los ojos en medio de una ligera neblina que abarcaba la parte intermedia de la estancia.

–Eresss un simpático drogadicto –fue todo lo que se le ocurrió decir.

–*Graciasss*.

Siguieron recostados, el bajito en el alto y el alto en la pared,

con las miradas perdidas en un punto al azar, abandonados a la experiencia. Ningún músculo tenía especial interés en moverse; ningún hilo de pensamiento cogía fuerza; ninguna sensación mas allá de una plácida tranquilidad que relajaba todo su ser.

–¿Por qué vuestros nombres empiezan todos por «Y»? –preguntó Kilian espontáneamente.

–*¿Qué?* –fue la respuesta del enano verde.

–Yoda, Yaddle, Yemlin –aclaró contando todos los dedos de su mano izquierda.

–*¡Ah!* –exclamó, como si hubiera tenido una gran revelación.

–Todos empiezan por «Y», me he dado cuenta –recalcó Kilian todo orgulloso–. Solamente conozco o he oído hablar de tres de vuestra especie, esa especie desconocida y rara vuestra que vive centenares de años. Siempre me he preguntado cómo en una galaxia tan grande, con tantos conocimientos, tanta cultura y tantos eruditos, y nadie sabe cómo se llama.

–*Yoda hablar de ello nos prohíbe* –dijo encogiéndose otra vez de hombros.

–Hombre, por eso no será.

–*Pues por eso no será* –una inocente sonrisita se esbozaba en su rostro, que Kilian no supo interpretar.

–Pero Yoda no puede prohibir hablar a los demás –continuó Kilian insistente, no satisfecho con las evasiones de su compañero–. Yoda jamás haría eso.

–*A Yoda viento fresco le den*.

–Vaaaale.

Al cabo de un rato ambos olvidaron de qué habían estado hablando. El joven Hightowers suplicó otra toma de rixil, petición a la que Yemlin no puso reparos; esta vez apuntando primero.

–Veo galaxias... –comentó Kilian con los ojos cerrados.

–Es el futuro lo que ves.

–¿El futuro?

–¡No, tonto! ¡Son galaxias!

Ambos rieron descontroladamente varios minutos. Yemlin se tumbaba en la cama, agarrándose el vientre como si no pudiera contener las carcajadas. De repente se puso muy serio:

–¿El bantha blanco visto has?

–¿Qué bantha blanco?

–El bantha blanco, Kilian, el bantha... blanco, con grandes cornamentas... ¡blancas!

–¿Donde?

–¡En el vacío! Cuando la mente en blanco queda, llega... ¡el gran bantha blanco!

–No he visto una mierda. –respondió todo preocupado.

–Hew, hew, hew.

–No, no te rías, cuéntame lo del gran bantha blanco.

–Cuando entras en el vacío... –se levantó de pie sobre la cama, gesticulando grandilocuentemente con los brazos–, *el bantha blanco la bienvenida te da... ¡al averno de la Fuerzaaa!*

–Alaaa... –exclamó con cara de asombro.

El dosificador cayó a la cama y se lanzaron a la par. Yemlin repetía «*mío, mío, mío*», mientras que el joven balbuceaba incoherencias, peleándose por obtenerlo. Finalmente, lo sujetaron a la vez, encontrándose cara a cara, a la espera de quien apretaba el botón.

–*¿Lo mejor de todo sabes?* –le preguntó el *enano verde*.

–¿Qué?

–*Que a destoxificar veneno aprendido aún no has*.

–¿Y?

–*Y yo sí, hew, hew* –afirmó gastando la última carga del dosificador.

–Últimamente me tiene preocupado –dijo Bronx.

–Es la primera vez que falta a la meditación –respondió el anciano Mirlo–. Y al desayuno. Espero que no esté enfermo.

–Yo espero que lo esté –manifestó el mercenario–. Lleva semanas sin esforzarse. No quiero que se deba a otra cosa.

Los dos amigos caminaban por el pasillo central de la planta baja, en dirección al ala de residentes. Habían asistido, como cada día, a la meditación en la Fuerza de las 9:00. Bronx, como era habitual, no percibía nada de lo que se suponía que los demás sentían: ni la energía de la sala, ni la vida en los alrededores de la Granja, ni la Fuerza en el interior de la sala, ni vibraciones de otros lugares; tampoco entraba en trance, tan solo

notaba la presencia del silencio, y una calma interior que apaciguaba sus demonios. Ya entonces les pareció extraña la ausencia de Kilian. Mientras que otros residentes podían excusarse de acudir para cumplir con sus responsabilidades, la meditación formaba parte del entrenamiento del joven, y siempre había demostrado un especial interés por los sesenta minutos de unión con la Fuerza. Aunque bien pudiera haber sucedido que, por una vez, se retrasara, y una vez pasada la hora oficial de inicio ningún rezagado podía entrar en la sala, molestando con su llegada la concentración de los puntuales. Su ausencia durante todo el desayuno hacía sospechar que algo importante había pasado. Más de tres horas sin saber de él era demasiado tiempo.

–¿A qué te refieres? –preguntó Mirlo, al tiempo que saludaba con la mano a Yemlin, que se apresuraba a paso ligero en dirección a la biblioteca sin hacerles mucho caso.

–Quizás se ha cansado del entrenamiento. Para mi es evidente su frustración. Avanzamos poco a poco, con paso firme, como siempre enseñé a mis soldados. Es natural que al principio le costara, apenas abandonaba la adolescencia, y como todos los novatos estaba ansioso por aprender. Debería haberse acostumbrado al ritmo de La Granja.

–¿Pero aprende?

–Sí, eso sí. Aún le queda mucho, pero la técnica ya la domina. No se cómo se desenvolvería en un combate real; nunca ha estado en el campo de batalla, ni ha tenido que enfrentarse a un rival dispuesto a matarlo. En el fondo sabe que Gorka nunca le atacará a muerte, por muchos golpes que reciba. Puede que sus años de piloto de carreras le hayan preparado para afrontarlo. No

lo sabremos hasta que ocurra; ningún soldado demuestra su valía hasta que no ve los ojos de su enemigo.

–¿Sigue preguntando cuando le vamos a enseñar el manejo del sable de luz? –sonrió Mirlo, comprensivo con las inquietudes juveniles.

–Cada vez que tiene oportunidad –comentó con aire hastiado–. No acaba de confiar en los demás, y eso rompe la disciplina.

–Es natural. Deben de haberle hecho mucho daño. Incluso podría ayudarle a desenvolverse en el mundo real. Algunos defectos pueden ser útiles.

–No le servirá si su vida depende de sus compañeros. O la de sus compañeros de él.

–Ha aprendido humildad –insistió Mirlo–. Recuerda lo presumido que era cuando llegó. Y orgulloso.

Alec Brounsapier le miró sin creerse sus palabras. Desde su punto de vista, el anciano era un optimista convencido, pero lo disimulaba muy bien. Sin embargo, después de meses de entrenamiento físico y militar, tenía muy calado al joven.

–Hay cosas que no se pueden cambiar, Mirlo. La gente, en esencia, no cambia.

–La gente que no quiere no cambia su esencia –lo corrigió–, y la que quiere, no siempre puede.

–No entremos en otra conversación filosófica, por favor.

–En todos estos meses ha obedecido tus órdenes, ¿no? Ha sido constante y ha mantenido la concentración en cada tarea que se le encomendó.

–Sí, claro, porque sabe lo que le conviene. Siempre supo que

si no me obedecía dejaría de entrenarle. Tiene metida en la cabeza la idea de que va a ser un Jedi, y que todo Jedi que se precie debe saber combatir.

–¿Y acaso a un militar le importa por qué le obedecen con tal de que le obedezcan?

–¡Ja! Amigo mío –no pudo evitar una carcajada–, efectivamente para muchos capitanes es así. Pero si eres el comandante de una compañía de mercenarios te puedo asegurar que es mejor, para el éxito de la misión, conocer bien los intereses de todos los que tienes a sueldo.

Atravesaron el pasillo lateral del gimnasio, que enlazaba el corredor principal con las habitaciones privadas. Bronx se detuvo un instante. Una duda le pasó por su cabeza.

–¿Se habrá fugado sin más? ¿Será capaz de asentarse en un sitio o por el contrario no puede evitar cambiar de aires cada cierto tiempo? Por la compañía han pasado hombres así, que necesitaban dejarlo todo y empezar de nuevo en otro lugar.

–¿Sin avisar?

–No sería la primera vez que lo hace –recalcó Bronx.

Mirlo guardó silencio unos minutos, pensativo. Bronx, habituado a sus pausas, esperó.

–He hablado del tema con el Maestro –dijo finalmente–. El muchacho no está pasando por un buen momento. Alejado de todo lo que conoce, su antigua vida empieza a morir. Muchas cosas dentro de él están cambiando, y muchas más cambiarán con el tiempo. A diferencia de su tutor, él tuvo una infancia y una adolescencia sacudidas por los fuertes vínculos emocionales que ineludiblemente surgen con la familia. Las viejas pasiones

son difíciles de eliminar; se resisten por que no quieren morir. Ante la muerte es cuando una fiera se vuelve más peligrosa. Al principio siempre es más fácil: la ilusión de encontrar un maestro, un guía, de ser aceptado, le infundió energías suficientes para soportar cualquiera tarea que le encargáramos, por muy pesada que fuera. Pasada la novedad descubre que para conseguir lo que ansía debe esforzarse constantemente, y el entusiasmo inicial, que le hacía creerle invencible, se pierde. Todos los días hay que trabajar y estudiar tenazmente. Y descubre que sus viejos deseos, a los que creía desaparecidos, sólamente estaban dormidos. Muchos seres se desesperan al percatarse de lo profundamente arraigados que están. En esto no podemos ayudarle, es una prueba que él debe superar. Esperemos.

La puerta que daba acceso al pasillo de residentes se abrió, apareciendo Ruufol, uno de los domadores, interrumpiendo la conversación. Se saludaron familiarmente.

–Hola, Ruufol, ¿de camino a las cuadras? –preguntó Bronx.

–Sí, señor. Empieza la temporada de tormentas, y ya sabe que la primera es la más tremenda. Poco trabajo podremos hacer esta semana.

–Cierto, reorganizaremos casi todas las actividades de exterior –respondió el mercenario.

Ruufol se iba a marchar cuando recordó algo que quería comentar. Aprovechó el momento que se le brindaba.

–Maestro Mirlo –nombró al anciano, a pesar de que sabía que Mirlo no se consideraba ningún maestro–. Hoy de madrugada, como todos los días durante la temporada de tormentas, me

levanté un poco más temprano para realizar el ejercicio de la *concentración* que usted me enseñó, para que la Fuerza me enseñara a mantenerme plenamente consciente durante la jornada. Y, a diferencia de otras veces, ésta fue diferente.

–Ajá, bien. ¿Qué fue lo diferente? –Mirlo lo observó interesado.

–Pues que estaba muy concentrado, sintiendo el fluir de la Fuerza, cuando me pareció como si oyera cánticos.

–¿Cánticos? –repitió extrañado.

–Sí, maest… Mirlo. Igual tiene que ver con las canciones que cantábamos de pequeños en mi aldea. ¿Puede ser una remembranza del pasado?

–No lo creo –respondió al desilusionado estudiante–. Recuerda lo que dice Molow Habhor sobre las visiones del pasado o del futuro. No les deis tanta importancia, al principio todos queremos tener visiones, pero… –Mirlo calló de golpe, temiéndose descubrir qué fueron los cánticos del domador de tronadores.

–¿Maestro? –preguntó Ruufol. Bronx le indicó con la mano que esperase.

–Ya hablaremos de esto más tarde –le interrumpió–. Ahora debo comprobar una cosa.

–Claro, maestro… Mirlo, claro.

El anciano no respondió a la despedida de Ruufol y accedió al pasillo en dirección a la celda de Kilian Hightowers.

–¿Mirlo? –le siguió de cerca el mercenario.

–¿Recuerdas a quien oigo cantar de vez en cuando en la celda

contigua? –le preguntó el anciano.

–No me dirás que…

–Sí, es lo que estoy diciendo.

Llegaron a la puerta de Kilian, la cual expedía un suave olor a almizcle. Tras picar infructuosamente varias veces, Mirlo decidió hacer uso de la tarjeta magnética que el Maestro le había proporcionado. Abrió la puerta y una ligera neblina se escapó por el pasillo. Palpó la pared buscando el sensor de movimiento que encendía las luces. Una vez iluminada la estancia, ambos se adentraron en un cuarto desordenado, con ropa, toallas y otros utensilios tirados por el suelo, protegiéndose la nariz con la mano de un olor a rancor que tumbaría al mas fuerte de los wookies. Dos charcos de vómitos manchaban el suelo de la celda, uno próximo al baño y otro a los pies de la cama. Tumbado sobre la misma, Kilian Hightowers se tapaba los ojos con los brazos, aquejado de un fuerte dolor de cabeza.

–¡La luz!¡La luz! ¡Apagar esa luz! –suplicaba.

–¡En el nombre de la República! ¿Has sucumbido a los vicios nocturnos de Yemlin? –preguntó Mirlo.

La propuesta

–Lo siento, señor Hightowers, no se permiten armas en el interior. Si me hace el favor de depositarlas en este cajón se las guardaremos hasta su marcha.

Dijo el maestro de sala del distinguido Oulest, uno de los más exquisitos restaurantes del planeta Tepasi, conocido no sólo por su excelente cocina, sino también por disponer de salas de reuniones para almuerzos y cenas de negocios. El lugar del encuentro lo había seleccionado su cliente, Garek Hightowers, por haberle servido con anterioridad para cerrar beneficiosos acuerdos con la Compañía Tagge, una de las megacorporaciones más ricas de la Galaxia, sociedad matriz de varias industrias, compañías mineras, y proveedor de transportes pesados, aceleradores y otros vehículos tanto aéreos como espaciales.

–¿Raven? –contestó Garek, dejando la pregunta en el aire.

Earl Ravenous asintió con un gesto rápido, habituado a tales compromisos. Se desabrochó el cinto del que colgaban la pistola bláster y el rifle desmontable, guardándolo en la caja de seguridad que le mostraban. Para esta ocasión no había traído los explosivos, siendo ilegales incluso para los caza-recompensas con las licencias oportunas. El maestro de sala, correctamente vestido de etiqueta, observó el blindaje del caza-recompensas, sopesando si no escondería armas letales en su interior. Finalmente, dada la reputación de Garek Hightowers y siendo uno de sus clientes más pudientes, selló el dispositivo sin

cuestionar al guardaespaldas. No registró ni a Garek ni a Perkins, su secretario.

–Gracias. Si hacen el favor de acompañarme les llevaré hasta la sala donde les aguarda el Conde Dooku.

Los tres siguieron al hombrecillo atravesando el restaurante, repleto de mesas ocupadas por políticos, empresarios, embajadores, nobles locales y gente adinerada, mayoritariamente humanos. La disposición y el espacio de la sala principal aseguraba la intimidad de los comensales y la rapidez de movimientos de los camareros, en su ir y venir entre las cocinas y las mesas. Las mejores mesas se encontraban en las terrazas al aire libre, con unas magníficas vistas de la metrópolis, aunque la construcción de la planta en una suave pendiente escalonada, con una enorme bóveda acristalada permitía que desde el interior también se pudiera gozar del vasto cielo nocturno, salpicado por numerosas estrellas azuladas.

Dos noches antes, Raven había acudido de civil para familiarizarse con el local y comprobar las rutas de escape, las posibles encerronas y los rincones que pudieran servir de refugio temporal. Con la excusa de organizar un banquete de bodas para el hipotético hijo de un influyente senador de la República, pudo visitar casi todas las dependencias, supuestamente valorando el aforo de las diferentes salas, los servicios disponibles, y presentándose al personal y a los cocineros. Comprobó que no habían cambios significativos en el restaurante.

Las miradas de los más curiosos se centraron en el caza-recompensas. Ataviado con su blindaje corporal con casco protector completo era una atracción fácilmente identificable. El resto de guardaespaldas solían ser más discretos, vistiendo traje

o portando a lo sumo un chaleco protector con ropa formal. A Raven le importaba bien poco la opinión de los clientes, y a la dirección del restaurante le traía sin cuidado su aspecto si el talonario del señor Hightowers era generoso. Le llamó más la presencia de un individuo con esmoquin blanco y pajarita negra, cenando con una hermosa hapano, con vestido de noche de gala con cuello alto, dejando al descubierto un discreto escote, en lo que parecía una romántica velada. «¿Qué hace ese aquí?», pensó Raven, ignorando a la inusual acompañante, centro de atención de numerosos clientes, pues era extraño ver a los bellos hapanos –y sobretodo a sus escasas mujeres–, fuera del Cúmulo de Hapes, aislados del resto de la Galaxia por orden de su Reina Madre. El caza-recompensas conocía al tahúr por su reputación como jugador de sabbac en los Mundos del Núcleo y, en ocasiones, como habilidoso intermediario en fructíferos acuerdos entre «honrados» hombres de negocios. Que Jackson se encontrara cenando en Oulest le pareció una extraña coincidencia que no pasaría por alto.

Recorrieron un extenso pasillo, con una pared a la izquierda que separaba el gran salón central de las cocinas, servicios, despachos del restaurante y, finalmente, las salas privadas. El maestro de sala les hizo pasar a una de ellas. Raven recordó cual era: una estancia alargada, con capacidad para unos 20 comensales dispuestos a lo ancho de una mesa ovalada, con grandes ventanales al cielo, una terraza y unos servicios propios. Dos entradas: una al fondo de la sala, discreta, y la que acababan de traspasar. En la sala se encontraban tres personas: el Señor de Harmet y dos de sus guardaespaldas. El caza-recompensas percibió la mueca de disgusto de Garek al verle. Él se alertó más

por los blásters que portaban sus acompañantes colgados al cinto. Mal asunto.

–Esperaba encontrarme con el Conde Dooku, Señor de Harmet –espetó Garek saltándose los saludos protocolarios.

–Lamentándolo profundamente, el Conde no ha podido acudir. Asuntos inesperados le retienen en Serenno y, como comprenderá, dada la situación actual de la Galaxia, debe cuidar su seguridad –respondió el Señor de Harmet, un grueso y canoso noble colaborador de Dooku, con el que había tratado el señor Hightowers para tratar con el antiguo Maestro Jedi–. Le transmito sus más sinceras disculpas, mas me ha dado instrucciones precisas.

–Señor de Harmet, no se lo tome como algo personal, pero me desagrada profundamente no poder tratar directamente con el Conde, sobretodo teniendo en cuenta que fue él quien propuso el encuentro. Me irrita considerablemente que me hagan perder mi valioso tiempo.

–Por favor, mi excelentísimo señor, si tiene la bondad de escucharme descubrirá que su viaje no solo no ha sido en vano, sino todo lo contrario: sumamente provechoso.

–Usted sabe que el único provecho que deseo obtener del Conde es la localización de uno de los maestros de la Orden. Desde que es el líder de la Alianza Separatista no veo cómo puede favorecerme en este sentido.

–Si bien el desencanto de nuestro querido Conde con la Orden no se puede remediar, conserva lazos personales de amistad que difícilmente pueden romperse. El Conde nunca se ha olvidado ni de usted ni de sus intereses, y aunque su reciente nombramiento

dificulta el asunto que les traía entre manos, no es una causa perdida, y aún es posible conseguir la información que anhela obtener. Sin embargo, no es el momento apropiado para estas indagaciones. Mas como el Conde lo aprecia de veras, quiere proponerle una interesante alianza que beneficiará a ambos.

El uso de la palabra *alianza* captó la atención de Garek. Era mas propia de asuntos diplomáticos que de negocios, y revestía un carácter vinculante entre las partes que raramente buscaba. El Señor de Harmet supo que había dado en el blanco. Se sentó en el extremo de la mesa, invitándoles a hacer lo propio. Perkins ayudó a su jefe a sentarse, y luego le imitó a su izquierda. Raven permaneció discretamente de pié, por detrás y a la derecha de su cliente, de manera parecida a los guardaespaldas del Señor de Harmet, situados a dos pasos del obeso señor.

–Como usted bien sabe, la República Galáctica ya no es lo que era –continuó–. La corrupción se extiende como un virus en el seno del viejo y decadente régimen. Los burócratas miran por su propio beneficio, y retrasan o aceleran las leyes según les convenga, o según la cuantía del soborno. Las tasas aprobadas al transporte de mercancías intergaláctico, y a los desplazamiento intrasistemas, sin duda habrá decrementado su balance de beneficios de los últimos años. Todo para ir a parar a las manos de los mismos.

–Lo repercutimos sobre los clientes –observó Garek.

–Los que pudieron asumirlo, por supuesto –constató–. El canciller Palpatine, pese a sus esfuerzos de conciliación, está atado por el Senado. ¿Y cómo va a funcionar la democracia si incluso la Federación de Comercio y la Tecno Unión, consiguieron lo impensable? Cuentan con senadores propios que

votan las leyes que favorecen sus acuerdos comerciales. Al menos antes influían en el senado a través de favores y promesas, asegurándoles retiros de lujo en sus consejos de administración. Ahora intervienen directamente, perjudicando notablemente a todo conglomerado empresarial, como la Corporación Hightowers. Hasta tienen licencia para utilizar ejércitos privados, como bien sabemos desde la invasión de Naboo.

»Coruscant está demasiado lejos de los territorios del Borde Exterior; la burocracia se activa cuando el daño está causado, y la anquilosada justicia de la República actúa cuando su limitada jurisdicción se lo permite, protegiendo los intereses de los burócratas. ¿Cómo van a hacerlo si les deben sus cargos? Las sentencias las dictan de acorde a la voluntad de quien les ha nombrado magistrados.

–El mes pasado perdimos un convoy en el Sector Kathol cuando regresaba del hiperespacio –interrumpió Garek, aparentemente enojado–. Mis agentes me han informado que la Federación de Comercio cerró un trato de exclusividad en Kal-Shebool. Una semana más tarde ya estaban descargando cargamentos de *silyox* para sus factorías. Se tardan semanas en purificar el compuesto para que sea apto, y debe aplicarse de inmediato o no sirve para nada.

–¿Piratas?

–Al parecer apoyados por cazas droide Mark I; pudieron adquirirlos por su cuenta –respondió Garek sin convencimiento–. Esa es la hipótesis de los jedi que enviaron a investigar.

–Amigo mio, es evidente lo que ha pasado. Tan evidente como que no conseguirá reparación alguna.

–¿Y por qué debería de preocuparle al Conde Dooku?

–Tanto al Conde como a mí nos inquieta la decadencia de la República Galáctica, que de república solo le queda el nombre. Un Senado plagado de representantes de todo tipo de regímenes: monarquías, dictaduras, dinastías, oligarquías, clanes bancarios y organizaciones empresariales, por nombrar los más habituales. Y algunas democracias, sí, pero en inferioridad numérica. De tal vorágine de intereses, ¿cómo va a primar el interés común, el bien de la Galaxia? Con unas reglas del juego corruptas y corruptoras, no solo es que no haya democracia, es que es imposible que haya igualdad de oportunidades. Ya no existe el libre comercio, tan solo oligopolios, y las respetables compañías que aun quedan, y su Corporación es una de ellas, pierden contratos, clientes, y se verán abocadas al cierre si la situación no cambia. Están tan obsesionados por engordar sus bolsillos que no les importa la ruina económica de la Galaxia. Sinceramente, me extraña que la República haya durado miles de años.

–Tiene razón, Señor de Harmet, así lo veo desde hace tiempo –comentó Garek–. La ausencia de escrúpulos morales nos llevará al desastre. Si les quedara algo de decencia se suicidarían. Usted habló de una alianza. Sin duda sabemos con quienes quiere que nos unamos. En caso contrario no estaríamos reunidos.

–No somos los únicos que pensamos así, mi querido amigo –sonrió complacido–. Cada vez más sistemas muestran su disconformidad. He hablado con varios líderes planetarios, perjudicados por la desidia de Coruscant; con algunos senadores

cansados del juego de ambiciones con el que tratan diariamente; y con no pocos hombres de negocios, que ven como el trabajo de sus vidas se difumina ante sus ojos, asfixiados por la alta fiscalidad y avasallados por reglamentaciones redactadas expresamente en su contra. Como ve no está solo. La recién formada Confederación de Sistemas Independientes puede ser muy provechosa.

–Dudo mucho que las negociaciones entre la República y la Confederación impidan el declive del gobierno galáctico, incluso con el apoyo de los pocos senadores honrados que quedan, o contando con los recursos de algunos sistemas –objetó Garek.

–Nadie está hablando de salvar la República.

«De ahí los guardias armados», pensó Raven, procurando descubrir las intenciones de los colegas del bando contrario. El secretario Perkins ni pestañeó, acostumbrado a no mostrar ninguna emoción en su rostro en las negociaciones a las que asistía.

Garek apoyó la espalda por completo en el respaldo de la silla, alzando levemente el mentón y mirando fijamente a los ojos del Señor de Harmet, con severa expresión en su rostro.

–¿Está sugiriendo que…? –dejó la pregunta en el aire.

–No me malinterprete mal, señor Hightowers –respondió su interlocutor–. La República puede caer sola, no necesita que la ayudemos. Pero no tiene por qué arrastrar a miles de mundos con ella.

–Entonces me explicará en qué me beneficia la secesión. Cuando en un sistema estelar un planeta se independiza de los

demás, el comercio puede reducirse hasta en un ochenta por ciento. Tasas, impuestos, papeleos, burocracia y otros obstáculos que desaniman ampliar mercado. Si ya es complicado en esta galaxia, imagínese en una dividida.

–Una confederación de sistemas independiente de la República necesita barcazas espaciales, cargueros, naves de containers –replicó–, y un sistema organizado para llevar bienes a consumidores, tanto a nivel interno como externo. Una corporación especializada como la suya puede abarcarlo sin abandonar sus actuales rutas comerciales.

La sonrisa del Señor de Harmet había desaparecido. Lo que prometía ser un pacto breve y sencillo, una alianza de común acuerdo, se encontraba con una reticencia no prevista en el tanteo inicial.

–Por supuesto, un jugador aventajado conseguiría rápidamente la mejor posición –añadió.

–Me decepciona que el Conde Dooku haya enviado a un negociador tan torpe –la cara del Señor de Harmet enrojeció visiblemente–. Tenía entendido que era hábil juzgando a las personas.

–¡Señor Hightowers!

–Cállese –sentenció Garek.

«No lo hagas, no aquí ni ahora», pensó Raven, conociendo la soberbia de su cliente.

–No sólo me parece improductivo formar parte de una confederación de sistemas rebeldes, que sin duda entorpecen el comercio galáctico –prosiguió–, sino que además la considero una amenaza. ¿Durante cuanto tiempo negociarán con la

República antes de que decidan que la guerra es la única salida? Eso si no es ella quien inicia las hostilidades.

–No habrá ningún conflicto.

–¿No? ¿Ya hemos olvidado la guerra hiperespacial de Stark?

–¿El Conflicto Stark? No irá a comparar a una banda de piratas, mercenarios y contrabandistas con una coalición de sistemas gobernados legítimamente.

–Intereses comerciales, nada más –restó importancia con un gesto de su mano–. Además, acabo de alcanzar un acuerdo con el Senado Galáctico para fortalecer las principales vías hiperespaciales que puedan verse afectadas por la oposición de los mundos pertenecientes a la Confederación.

El rostro del Señor de Harmet se tornó del color de la rabia contenida.

–Le felicito, señor Hightowers. Si la noticia hubiera sido del dominio público no estaría hoy *disfrutando* de su compañía.

–¡Oh! Lanzaremos en breve el comunicado –comentó condescendiente.

–Podemos dar la reunión por finalizada –zanjó.

Hubo algo en la manera de levantarse del Señor de Harmet que llamó la atención del caza-recompensas. Una complicidad con sus guardaespaldas. Garek no se dignó a acercarse a su obeso interlocutor. Perkins se adelantó a sus intenciones y le retiró la silla para que se pusiera de pie, ayudándole a ajustarle la negra chaqueta de corte militar que su señor acostumbraba a llevar en las cenas de noche.

–Señor de Harmet –dijo a modo de despedida, dirigiéndose

hacia la puerta, a la que Perkins iba solícito para abrirla.

Raven no se movió de su posición. Observaba las intenciones de los guardaespaldas, que se mantenían al otro lado de la mesa, mientras el Señor de Harmet les daba la espalda, retirándose hacia la puerta situada al fondo. O iban a desenfundar los blásters, o simplemente eran tan desconfiados como él. El caza-recompensas cayó en la cuenta de la trampa cuando Perkins aproximó la mano al sensor de la puerta de salida, maldiciéndose por su falta de anticipación.

–¡Al suelo! –gritó, al tiempo que cogía algo escondido en la armadura.

La puerta se deslizó con su particular siseo, descubriendo a un hombre armado con un bláster apuntando a Perkins, el cual se arrodilló justo a tiempo para sentir un fino láser por encima de su cabeza que alcanzó el cuello del desconocido.

El certero disparo de Raven les otorgó unos segundos vitales, los suficientes para que Garek y el secretario se retiraran medio en cuclillas hacia los servicios. El blindaje de caza-recompensas absorbió uno de los disparos de los guardaespaldas. El otro alcanzó en el hombro derecho de Perkins, haciendo de escudo humano para que su señor entrara en los lavabos. Raven devolvió los disparos, acertando en el pecho de uno, tan sólo para aturdirle; un bláster de bolsillo no tenía la potencia que deseaba el caza-recompensas, pero menos daba una piedra. Del Señor de Harmet solamente vio su espalda abandonando apresuradamente la habitación. Se giró lanzándose de un salto a los lavabos, evitando varias ráfagas de bláster. Dentro de un pequeño descansillo se encontraban Garek y Perkins, este último apoyado contra la pared, dolorido. La obertura de la puerta se

mantenía abierta, no pudiendo cerrarse a causa de los daños ocasionados.

–¡Al fondo! –les gritó.

–No tiene sentido –dijo Garek, extrañado y exigiendo una explicación con la mirada.

–No es el momento –respondió Raven, que vigilaba más la entrada que a su cliente; oía voces en la sala, y gritos procedentes del restaurante.

–Tenga –dijo Perkins–, se lo quité al hombre de la puerta cuando le mató.

Perkins mostró un bláster que aferraba con fuerza con las dos manos. Raven no lo dudó y cogió el arma que le ofrecía, a cambio de su bláster de bolsillo.

–¿Puede disparar?

–Por fortuna mi señor contrató a un secretario que sirvió en el 53º Regimiento de Fusileros de Corellia. Aprendí a disparar con ambas manos.

–De poco nos va a servir –replicó Garek–. No hay salida.

Raven se asomó ofreciendo el menor blanco posible y disparando dos veces, sorprendiendo a los guardaespaldas. Se retiró antes de que respondieran al fuego.

–Ahora hay cuatro –explicó–. Puede que vengan más.

–Tenemos que aprovechar la confusión –sugirió Garek, que no se amilanaba ante la situación–. Estarán evacuando el restaurante, debe de ser un caos.

Raven negó con la cabeza.

–Yo, solo, podría pasar. Son cuatro, que sepamos, sin contar con el personal de seguridad del Oulest.

Raven sopesó la situación. El maestro de sala habría denunciado la pelea. Ignoraba si su cuerpo de seguridad se pondría del lado del Señor de Harmet, pero prefería ponerse en lo peor: probablemente el anfitrión del encuentro le estaría pidiendo ayuda «desesperadamente», haciéndose pasar por la víctima. Desalojar la última planta aún les llevaría unos minutos, y había que actuar con rapidez.

–Pasemos al plan B. Broggo, ¿cual es la situación? –preguntó Raven, a través del comunicador integrado en su casco.

–*A cada çegundo másç interreçante* –le respondió la voz del rodiano–. *Están l·lamando a la paçma*.

–Entonces no nos queda tiempo, ven a buscarnos –dijo Raven, volviéndose hacia Garek y Perkins–. Mi compañero va a hacer limpieza. Cuando yo os diga salimos y os dirigís hacia los ventanales. Sin dudas, sin preguntar. Haréis lo que yo ordene. ¿Estamos?

Ambos asintieron.

–Perkins, tú sales detrás de Garek.

Raven volvió a asomarse, esta vez a media altura y sin disparar, lo justo para echar una mirada. Una lluvia de lásers impactaron contra la pared del fondo. El tabique separador presentaba algunos orificios, demasiado pequeños aún. Cuando cesaron los impactos disparó con su bláster al azar, asomando sólo la mano, más o menos hacia el último lugar donde les había visto, recogiéndola rápido antes de que se la volaran. Siguieron disparando.

Las paredes comenzaron a temblar. Primero levemente. Después incrementando su intensidad, como si un pequeño terremoto sacudiera la estructura. Un ruido escandaloso se apoderó de la sala, ahogando el resto de sonidos. Raven, cubierto parcialmente, volvió a disparar sobre los guardaespaldas del Señor de Harmet, esta vez deteniéndose a apuntar a los sorprendidos hombres que miraban cómo los potentes motores Hoersch-Kessel de la *Perra Callejera* colmaban por completo los ventanales de la sala de reuniones. Uno de ellos cayó abatido por un disparo en la sién. El caza-recompensas se parapetó de nuevo y ordenó agacharse a sus protegidos con un gesto de la mano. Un estallido procedente de los impulsores sublumínicos propulsó la nave hacia adelante, alejándola del rascacielos y destrozando los gruesos ventanales exteriores con la onda explosiva. El escape de energía abrasó al hombre más próximo a los ventanales, derribando a los otros dos y derritiendo parte del mobiliario y de las paredes.

–¡Ahora! –gritó Raven.

El caza-recompensas corrió hacia el centro de la sala, buscando los cuerpos tendidos de los guardaespaldas. Los dos que habían caído intentaron levantarse torpemente, aturdidos por el impacto. El más pequeño disparando con su pistola bláster en su dirección, futilmente y sin apuntar. Raven los ejecutó sin contemplaciones; un disparo para cada uno.

Del techo surgieron varios chorros de polvo extintor, al menos en las zonas menos dañadas. Miró hacia atrás y vio a Garek bajo el dintel de los lavabos, dubitativo, resistiéndose a los pequeños empujones de Perkins.

–¿A qué espera? ¡A la terraza! –le gritó.

–¡El suelo está quemando! –respondió Garek.

Raven calzaba unas botas pesadas que le aislaban de la abrasadora superficie. Algunos de los muebles estaban ardiendo, y parte de los cristales se estaban fundiendo. Sentía calor a través de su blindaje, pero éste le protegía de lo peor.

–¿Prefiere que le quemen a disparos? ¡Muévase!

Los dos corrieron hacia la terraza, mientras el veloz carguero ligero volvía hacia ellos, situándose debajo del mirador y manteniéndose lo mas estable posible. La estructura aguantaba sólida, aunque la barandilla había desaparecido. El viento alivió el calor sofocante que sentían. En la parte superior de la nave, a escasos metros de distancia, se abrió una escotilla.

Raven comprobó que la puerta por la que había huido el Señor de Harmet había quedado totalmente bloqueada. Una preocupación menos. Se acercó a la entrada principal y oteó el salón central. La mayor parte de los comensales había sido evacuado y las mesas estaban vacías, a excepción de algunas personas que por alguna razón se encontraban desmayadas o noqueadas en el suelo o en los asientos, atendidas por el personal de seguridad. Un pequeño grupo de asustados ciudadanos se abría paso a empujones cada vez que uno de los elevadores retornaba y abría sus puertas. En una de las mesas lejanas descubrió al tahúr, con el esmoquin rasgado, atendiendo a la happano, que se encontraba tumbada en el sofá, medio inconsciente.

–*Çe acerrca un deslizadorr Mobquet a curriosear* –oyó por el comunicador–. *Darros prissa.*

Raven retrocedió justo cuando uno de los guardias de

seguridad daba la voz de alarma. Atravesó la sala a grandes zancadas. No llevaba su Jet-Pack, pero no era la primera vez que ejecutaban esta maniobra. Perkins saltó con pericia a la cubierta superior, y se apresuró a ayudar a su señor a descender por la escotilla, que al parecer se había dañado un tobillo al caer. Broggo había aproximado lateralmente la nave todo lo posible, con la ayuda de los repulsores. Dada la forma de media luna convexa de la popa de la nave, acercó la punta de estribor, manteniéndola a escasos centímetros del rascacielos. Por fortuna, la terraza hacía de trampolín improvisado. Sin dudarlo, en cuanto vio que sus protegidos estaban dentro de la nave, Raven saltó encima, se levantó, y se dejó caer por la escotilla. Una vez dentro la compuerta se cerró, y los tres avanzaron por un pasillo de mantenimiento hacia el corredor central del carguero.

–¡Vayámonos de aquí! –ordenó al rodiano.

La Perra Callejera se separó del rascacielos y Broggo aceleró la nave hacia el espacio exterior, evitando por escasos metros una colisión con el deslizador de combate, una patrullera aérea local.

Traspasaron la sala de descanso hacia la carlinga, separada de la misma por un compartimento estanco, y el rodiano dejó a Raven a los mandos del carguero.

–*Voy a ocuparrme de l·la navecita* –informó.

–No quiero incidentes con los Tepasi –exigió Garek al rodiano, reteniéndole con una mano en el hombro–. Mis abogados resolverán los temas legales y mi talonario lo demás, pero no quiero problemas con la autoridad.

–*Tu mano* –amenazó el rodiano, mirándolo a los ojos.

–Broggo, ve al pozo de artillero y prepara el cañón láser, pero no dispares a menos que te lo diga – ordenó Raven–. Perkins, siéntate ahí y contacta con *Torre I*. Señor Hightowers, ese tobillo precisa atención. Tenemos una sala médica con un droide Dos Unobé al lado de la bodega de carga.

Garek no estaba acostumbrado a que le dieran órdenes, pero entendía que la situación le sobrepasaba. Retiró la mano y se apartó a un lado para que el rodiano abandonara la carlinga. En vez de dirigirse a que le curaran el tobillo, se acomodó en uno de los asientos para acompañantes.

–El mobquet ya no nos sigue –comunicó Garek.

–Hemos abandonado la mesosfera. Sabe que en breve no podrá perseguirnos.

–O que nos esperan en el espacio exterior –replicó Perkins–. Estoy en línea con la *Torre I*. Dicen que hay una formación de cazacabezas Z-95 entre ellos y nosotros. Seis cazas.

–¿Tan pronto? –cuestionó Garek.

–Debe de ser una patrulla que andaba cerca, alertada desde el planeta –dedujo Raven–. Dile al capitán que acerque la corbeta, a ver si se sienten intimidados. Escudos delanteros al máximo.

–La *Torre I* es más una nave diplomática que una corbeta de combate –contravino reacio su dueño.

–¿Cuenta con turbolásers, no? Cuatro cañones nos vendrán bien; y aguantará mucho mas que *la Perra*. Si no tienen ningún crucero militar en órbita podremos resistir el tiempo suficiente para alcanzar el hiperespacio.

–Señor, el líder de la formación quiere comunicarse. Abro el audio –dijo Perkins.

–«Carguero ligero de clase Kazellis –se escuchó por el altavoz–, les habla el capitán Alan, del 2º escuadrón del ala de defensa planetaria. Su nave procede de una zona en conflicto. Procedan a seguirnos y les escoltaremos hasta la base aérea de Rindeli».

Un silencio se adueñó de la Carlinga durante unos segundos. Raven calculaba las probabilidades de salir airosos de un combate espacial, dependiendo de si los pilotos usarían el fuego acoplado de sus dos blásters triples, de baja potencia, o si emplearían los misiles de impacto, mucho más dañinos. Fue Garek quien finalmente respondió.

–Capitán Alan. Soy Garek Hightowers, líder de la Casa Hightowers de Corellia. He sido objeto de un atentado contra mi vida y me dirijo a la seguridad de mi nave. Enviaré representantes en mi nombre en cuanto me encuentre a salvo.

–«Señor Hightowers, tengo órdenes de escoltarles hasta la base aérea de Rindeli».

–Escúcheme atentamente, Capitán Alan –ordenó con la autoridad que le era propia–. Dígale a su comandante que contacte con la Baronesa Sanya. Estoy seguro de que no pondrán reparos a mis demandas.

–«Carguero ligero de clase Kazellis, proceda a…» –la comunicación se cortó.

–¿Qué significa la interrupción? ¿Nos van a atacar? –preguntó Garek pretendiendo mostrarse indiferente, como si estuviera solicitando el último balance de resultados de una de sus

cuentas.

–Broggo, no dispares a menos que lo hagan ellos –advirtió Raven–. La primera andanada será de advertencia; la segunda la aguantarán los escudos.

«Y si no, el casco de la nave», pensó el caza-recompensas.

–No lo sé –continuó Raven, respondiendo a la pregunta de Garek–. Puede que estén recibiendo nuevas instrucciones. Lo sabremos dentro de poco.

–*Loç tengo a tirro* –informó Broggo, ansioso.

La Perra Callejera abandonó la atmósfera de Tepasi, adentrándose en la órbita exterior. Los seis cazas Z-95 se distinguieron visualmente. Varios puntitos en la lejanía, acercándose a velocidad moderada. El carguero, por contra, iba al máximo de su velocidad. Detrás de los cazacabezas, a mayor distancia pero claramente visible, la reconocible silueta de la Corbeta Corelliana, preparándose para una probable batalla, con su puente de mando en forma de martillo, precediendo a los dos primeros cañones doble turboláser que disponía.

–*A diççtancia media*.

–Espera –ordenó Raven con gravedad, deseando que no iniciara las hostilidades.

–Los sensores detectan continuas comunicaciones entre los cazas y el planeta –informó Perkins.

Raven mantenía su línea recta entre el carguero y la corbeta, desviando parte de la energía de los motores a las pantallas deflectoras delanteras, aminorando ligeramente la velocidad de la nave. Los cazas hacían lo propio, pero en sentido contrario, en

formación de a dos y en V. Si la pareja central disparara, tendría que recalibrar los escudos para proteger las zonas traseras, pues los cuatro cazas restantes rodearían la nave por ambos lados, pegándose a la cola. Con un poco de suerte, Broggo se cargaría al capitán –presumiblemente el que venía mas adelantado de todos–, y un tiro hábil desde la Corbeta podría eliminar a su compañero de vuelo, lo que podría desmoralizar al resto. Demasiados «podrías», pensó Raven.

Repentinamente y poco antes de cruzarse, los cazas rompieron la formación, abriéndose en abanico: dos por encima del carguero y una pareja a cada lado, abandonando la línea de fuego.

–*¡Mioççç!* –gritó Broggo extasiado, fijando la mira de su cuádruple cañón láser en el primer objetivo que, al ver que quedaba al descubierto por encima de su posición, apretó el gatillo frenéticamente pretendiendo alcanzar los motores del cazacabezas.

Afortunadamente para el piloto del Z-95, Raven, conocedor del carácter sanguinario de su colega y reaccionando a tiempo, desactivó el cañón láser desde los controles de la carlinga, evitando el desastre. Por el intercomunicador oyó una retahíla de maldiciones que resonaron en el pozo del artillero. En ese momento hubiera preferido no haber aprendido el escaso rodiano que conocía.

Los cazas se reagruparon de nuevo, alejándose con un vector de dirección curvilíneo, permitiendo al carguero alcanzar la línea de defensa de la corbeta Corelliana. El caza-recompensas aprovechó el tiempo conseguido para introducir en el computador de astrogación la ruta precalculada al planeta

Corellia, obtenida en su viaje de exploración anterior y prevista, precisamente, para un caso como este.

–Recomiendo que saltemos ya al hiperespacio antes de que cambien de opinión, en vez de acoplarnos a la corbeta –sugirió Raven–. La Torre I puede seguirnos o quedarse, como usted prefiera.

Garek asintió, conforme.

–Perkins, comunícale al capitán Dexterios que volvemos a Corellia, y que intermedie con las autoridades de Tepasi hasta que lleguen los letrados –dijo Hightowers.

Breves instantes después, una vez enviadas las instrucciones, Raven accionó el estárter del hiperimpulsor. La nave giró quince grados sobre su propio eje, ajustando el ángulo de entrada al hiperespacio y los motores se encendieron, haciendo aparecer una miríada de luces gris-azuladas sobre la superficie de acero transparente de la carlinga.

De vez en cuando acudían a La Granja visitantes del mundo exterior, seres discretos y de confianza a los que se les invitaba al aislado centro de enseñanza. De no poseer estas cualidades la localización del lugar se vería comprometida, por lo que eran muy pocas las personas que, sin vivir allí, acudían a pasar un tiempo entre ellos, bien fuera unos pocos días, un par de semanas, o excepcionalmente un mes. Su llegada no era, por lo general, un evento anunciado. En ocasiones Kilian se enteraba de una visita a posteriori, después de su marcha, o quizás descubría una cara nueva de improviso en los pasillos. En ellos siempre había algo en común: el respeto que mostraban a los residentes, procurando no alterar su recogimiento en la medida de lo posible. Respeto que era correspondido por los últimos, sabedores del necesitado reposo que precisaban, turbados por las necesidades, deberes y responsabilidades de sus vidas.

El nuevo visitante era un hombre de edad avanzada, de poco mas de sesenta años, pero de porte vigoroso a pesar de su delgadez y el canoso pelo que le quedaba, en el bigote y en la cabeza rodeando una pronunciada calvicie superior. Se ayudaba para caminar de un bastón de noble tallo, cuya empuñadura estaba rematada con un adorno en forma de pico. Vestía una elegante túnica gris que acentuaba su natural apariencia respetable.

Había llegado mientras Kilian se entrenaba con Bronx y Gorka

en el combate valiéndose de la Fuerza, un capítulo de su entrenamiento que su instructor le había negado hasta haber demostrado habilidad y destreza en todas las técnicas de lucha militar que conocía. Durante las últimas semanas sus sesiones fueron supervisadas por Yemlin y la cereana Ki-Dacmu, los discípulos del Maestro Dalma que le habían acompañado desde el lejano Coruscant, la capital galáctica, y que por lo tanto habían aprendido a manejar un sable de luz. En el entrenamiento normal de un Jedi estaba, por supuesto, la enseñanza del combate con la espada láser, un arma de energía de plasma emitida desde la empuñadura, muy difícil de esgrimir sin la sensibilidad que otorga la Fuerza. El joven Hightowers se había rendido y no guardaba esperanzas de ver si quiera uno, convencido de que no habían en La Granja. Según le había explicado Ki-Dacmu, que no había superado las pruebas para convertirse en Caballero Jedi, los únicos que llegaron a poseer el noble arma fueron el Maestro Al Dalma y Yemlin, y ambos lo cedieron a la Orden como gesto simbólico de su retiro. Desde el punto de vista de Kilian, eso no impedía que al menos el Maestro no construyera nuevos sables de luz en Loome, seguro como estaba de que era una de sus numerosas habilidades. Sin embargo, al menos sí consideraron que era necesario que aprendiera a utilizar la Fuerza como guía y consejera en el combate. Acostumbrado como estaba al bastón y a la pica, y aconsejado por Bronx, la evolución apropiada en su estilo de lucha era adoptar la electrovara como arma personal; un arma fabricada con el metal Phrik, el cual, diestramente forjado, resultaba resistente a los sables de luz. Ajustando los controles de las empuñaduras emitía impulsos electromagnéticos en ambos extremos capaces de aturdir, infligir heridas e incluso

matar si fuera preciso, lo que requería una afinidad especial para evitar auto-lesionarse. En resumen, cumplía a su manera requisitos parecidos a los de un sable de luz, lo que le hacía apropiado para desarrollar una afinidad simbiótica con la Fuerza.

El señor Forte, que era el tratamiento que exigía por respeto a quienes no eran familiares ni amigos íntimos, debía de ser altamente estimado en La Granja, pues fue recibido por las personas que Kilian juzgaba como las más sabias de la comunidad, después del Maestro. Evidentemente, se refería al viejo Mirlo, a la lomest Vandia y al ithoriano Molow Habhor, los habituales profesores de las clases. Aquel singular personaje era senador por el sector Quess, donde se encontraba el planeta Loome, y conoció al Maestro Dalma en Coruscant cuando formó parte de una comitiva del Senado que visitó el Templo Jedi. Según le contó Ki-Dacmu, el senador Forte se interesó por la organización interna de la Orden Jedi, y más aún por la naturaleza de la Fuerza, de tal manera que el Maestro le pidió asistir, como invitado excepcional, a los *Diálogos sobre la Ciencia*, en los cuales debatía apasionadamente en sus escasas intervenciones. Fue Forte quien promovió en el Senado Galáctico la ampliación de una partida económica para realizar estudios científicos sobre la Fuerza, apoyado por el Al Dalma como consultor externo. A pesar de sus esfuerzos, la proposición de ley fue infructuosa pues el cuerpo político la rechazó de plano por haber «asuntos comerciales mucho más urgentes». Y, también hay que decirlo, tras algunas difamaciones de la Federación de Comercio de la infundada sospecha de ser una excusa para desviar fondos al Templo Jedi. Acusación del todo

falsa pues la partida presupuestaria estaría destinada a la creación de una comisión formada exclusivamente por científicos de las universidades más prestigiosas, y en la cual colaborarían voluntariamente maestros cuyos gastos los asumiría íntegramente la Orden.

Fruto de aquella relación surgió una sincera amistad entre el senador y el Maestro y, a pesar de su disconformidad en materia política –o quizás precisamente por ella–, el señor Forte tenía permiso para visitar La Granja a condición de guardar el máximo secreto en torno a su existencia. Exigencia que comprendía y aceptaba, pues él mismo conocía el valor de la discreción.

Aquella tarde, y como el senador no se quedaría mas que una noche, debiendo volver a Coruscant a la madrugada del día siguiente, acudieron todos los residentes al aula polivalente, a excepción de algunos de los labradores lomest que recogían la siembra, de uno de los operarios y de Ruufol, cuidador de los Tronadores Cracios. Después de un silencio inicial de cinco minutos, el Maestro Dalma, quien hacía días que Kilian no sabía nada de él, presentó al invitado:

–Queridos hermanos hermanados por la Fuerza, hoy contamos con el privilegio de tener con nosotros al senador de nuestro sector, don Jano –indicó cortésmente inclinando levemente la cabeza hacia él–, cabeza del linaje Forte, una antigua y respetada familia conocida por ser cuna de diplomáticos, políticos y juristas. El senador proviene de una visita oficial al planeta Old Mankoo, sumida en un desastre económico, trayendo noticias que podrían ser el germen de acontecimientos posteriores. No debemos olvidar que formamos parte de una Galaxia llena de

vida y, aunque hemos decidido retirarnos de las experiencias comunes para centrar nuestra mente en la Fuerza, no podemos descuidar a nuestros semejantes.

Muchos de los presentes se inclinaron a su vez, a modo de saludo.

–Muchas gracias, mi querido amigo –correspondió el senador, con una voz rebosante de energía y nervio, tanto que incluso podía resultar ligeramente incómoda–. Es un honor encontrarme entre filósofos y pensadores, donde podemos hablar con total libertad y sin miedo a la verdad, pues la verdad nos libra de la confusión igual que el agua limpia nuestro cuerpo.

«Menudo aburrimiento va a ser esto», pensó Kilian.

–Las noticias que traigo son desde luego preocupantes –continuó–. Durante los últimos años han surgido voces contrarias a la República Galáctica, sistemas con claros sentimientos disidentes, por motivos políticos o económicos. Desde la invasión de Naboo, algunos también creen que la República no será capaz de defenderlos contra una potencia beligerante. Aquella fue la segunda vez en poco tiempo que una fuerza militarizada amenazó la paz, a pesar de que tanto en el Conflicto Hiperespacial de Stark como en el de Naboo se restableciera el orden.

–Confiemos en la Orden Jedi. Han conseguido mantener la paz desde la desmilitarización de la Reforma de Ruusan –señaló Mirlo.

–Confío en la Orden Jedi; como *cuerpo policial* de la República saben hacer su trabajo –la clasificación que hizo no pareció ser del agrado de algunos de los presentes, salvo a

Yemlin, cuya sonrisa le delataba–. Pero la invasión puso de manifiesto lo que es obvio: la República no tiene fuerzas armadas para defenderse de un ejército enemigo.

–Si se produjo la desmantelación del Ejército y la Flota de la República fue porque la Galaxia padeció durante un milenio el horror de las Guerras Sith –dijo Bronx, sorprendiendo con su intervención–. Fue tal el impacto emocional y sus secuelas que tras la victoria de los Jedi nació un sentimiento comunitario de rechazo a la guerra.

–Una toma de conciencia de la sinrazón de la violencia –dijo el Maestro Dalma.

–La violencia es una condición de todos los seres, un instinto de supervivencia –respondió el senador.

–*Hum, humm, no en algunas especies* –apuntó el ithoriano Molow Habhor, cuya raza era pacifista dada su especial sensibilidad con la naturaleza.

–A los partidarios de volver a formar una armada no les costará mucho conseguir nuevos apoyos –añadió Bronx.

–¿Pero entonces va a haber guerra? –preguntó Ki-Dacmu.

Kilian empatizó con el interés de la cereana por las noticias del exterior. Algo parecido le sucedía a él. Las novedades de la Galaxia eran un soplo de aire fresco que le hacía olvidar los problemas de su instrucción. Sin embargo, seguía la actitud observadora que le había enseñado Coshar Teelk.

–La Orden Jedi la evitará mediante la diplomacia –contestó Tila, la joven estudiante lomest que tomaba apuntes de todo.

–Aún es prematuro para hacer ciertas afirmaciones –recondujo

Mirlo–. ¿Senador?

–En tiempos de crisis los acontecimientos se suceden vertiginosamente. Si queremos resolver los efectos, antes necesitamos conocer las causas para poder corregir los errores de origen. Si no, unos acontecimientos conducirán a otros y nos dejaremos arrastrar por ellos. El movimiento secesionista, agrupado y consolidado tras el discurso del Conde Dooku, amenaza con abandonar la República. Recién acaban de comenzar las negociaciones, pero algunos sistemas ya lo ven como inevitable. El miedo a que al separarse se conviertan en una amenaza militar ha abierto a su vez el debate sobre la necesidad de disponer de un ejército propio. Pero hay algo mucho más grave que está ocurriendo y que pocos senadores se han percatado de su importancia, y es la prolongación en el cargo del Canciller «mientras dure la crisis». El Canciller Supremo Palpatine, cuyo mandato acababa ahora y, según las leyes de la República debía abandonar, continúa en el puesto bajo el pretexto de continuar «el diálogo».

–¿Qué tiene eso de malo? –preguntó Ki-Dacmu–. Si es el que mejor conoce la situación mejor que continúe. Es una situación excepcional. Hay riesgo de ruptura de la República.

–El verdadero problema es que el Senado le permite continuar indefinidamente, supuestamente hasta que termine la crisis, pero realmente hasta que el propio Palpatine lo decida. ¡Ha conseguido anular la renovación de la Cancillería!

–No lo entiendo –admitió Tila–. Su deber es trabajar para la República. El Senado le ha confiado la resolución de la crisis y renunciará cuando finalice.

–Por favor, pensemos antes de hablar –la respuesta del senador enrojeció el rosado rostro de Tila–. ¿Por qué debemos poner nuestro destino en manos de una persona basándonos sólo en la confianza, sin control alguno? ¡Es de ingenuos! ¿Quién nos asegura que no lo utilizará para satisfacer su propia ambición? Incluso aunque fuera la persona mas bondadosa de la galaxia, que no lo es por muy bien que lo aparente, ¿cómo podremos obligarle a que deje el puesto si considerara que debe conservarlo «por nuestro bien»? Aunque tuviera a la mayoría del Senado en contra, ya no es posible revocarlo directamente de su cargo. Primero habría que derogar la nueva ley.

–En tiempos de necesidad –intervino Bronx–, la toma de decisiones es mucho más rápida y eficiente con un gobierno fuerte, no dependiente de los senadores. La cancillería era débil al depender del Senado Galáctico. Las asambleas se eternizaban con innumerables turnos de preguntas, requerimientos y explicaciones. Cuando hay que dar respuestas a los separatistas no se puede perder el tiempo votando. He oído que incluso ya hay atentados aislados.

–Es cierto que la cancillería era débil: tenemos un sistema que fomenta gobiernos débiles y lentos, pero eso no se soluciona dándole poderes al Canciller Supremo…

–Se demostró en la invasión de Naboo –interrumpió Bronx.

Kilian estaba interesado en la línea argumental del mercenario. En los meses pasados nunca había hecho mención alguna a la política, pero parecía saber del tema. Seguro que, como ex-capitán de una compañía de mercenarios, conocía bien los acontecimientos gracias a sus conocimientos bélicos. Cuando ocurrió la invasión Kilian tenía diez años y aquello era muy

lejano para él.

–El canciller predecesor, Finis Valorum –continuó Bronx–, fue destituido por una moción de censura ratificada por el Senado. Fue la Reina Amidala de Naboo quien la propuso, apenas una adolescente, pero valiente, que se arriesgó a eludir el bloqueo de la Federación de Comercio para rogar ayuda a la República. Allí pudo constatar la inutilidad del Senado y la corrupción de los burócratas. Una Reina leal a su pueblo, que en vez de quedarse a salvo en la Capital Galáctica, volvió a su planeta a liderar la resistencia y expulsar a los invasores.

–Así es –confirmó Forte–. Y me alegro que mencione el tema, porque reveló las intenciones de Palpatine. Para saber cómo se comportará una persona en el poder basta con observar cómo consigue acceder a él. ¿Quien salió elegido tras la moción de censura de Finis Valorum? *Curiosamente*, el mismo senador por Naboo de aquel entonces, el mismo Palpatine, quien prometió llevar a la Federación de Comercio a los tribunales y acabar con la corrupción. Cosa que no hizo.

–Eso no es malo, ¿no? –preguntó la joven Tila–. ¿No es justo que el senador por Naboo, la víctima de la Federación de Comercio, fuera el nuevo Canciller Supremo? ¿No demuestra eso que la República tiene una base sólida, que defiende los valores de justicia y paz?

–Si hay que revocar el voto de confianza de un Canciller, que sea porque no cumple con los intereses de la República, o porque demuestre incompetencia para mantenerse en el cargo. Si hay que nombrar uno nuevo, que sea quien pueda resolver los problemas que se le requieren, no por simpatía por la situación de su pueblo.

– Desde luego que no le guardáis confianza alguna a Palpatine –comentó Bronx.

–No soy partidario del mecanismo de elección del Canciller Supremo, que es diferente. Pero lleváis razón, nunca me fié de él. Desde los diecinueve años he dedicado mi vida a la política y la he estudiado con profundidad, y os puedo confesar a vosotros, mis amigos, que la moción de censura fue una idea que Palpatine metió en la cabeza de su ingenua Reina con el fin de hacerse con la Cancillería.

–No tengo interés alguno en defender a Palpatine, a Valorum, o a cualquier otro –a Bronx no le gustaban los políticos, y tampoco le importaba la opinión que el señor Forte pudiera tener de él–. ¿Pero no sería lógico que si su planeta fue invadido, Palpatine sugiriera la destitución de Valorum a la Reina Amidala? ¿No fue la incompetencia de Valorum la razón de que no pudiera resolver la invasión, y no las ambiciones personales del senador?

–Acabáis de decir que si alguien demuestra incompetencia se le puede revocar del cargo –le recordó Ki-Dacmu.

–Si la Reina decidió volver a Naboo –respondió el senador–, fue porque pudo comprobar con sus propios ojos que la República Galáctica no era, *ni es*, la democracia que creía –Ki-Dacmu se revolvió en su asiento–. Amidala suplicó ayuda a la Cámara, y a cambio fue acusada por la Federación de Comercio de mentir al Senado, apoyados por la delegación de Malastare. Con o sin la ayuda del entonces senador Palpatine, se percató de los defectos de la República: la lentitud en la toma de decisiones, la debilidad del gobierno y la corrupción. Su frustración debió ser tremenda. La pobre muchacha provenía de

un mundo pacífico donde sus habitantes pueden elegir a la Reina en elecciones directas, aunque sea absurdo llamar monarca a un Jefe de Estado elegido en las urnas. A continuación sorprende a todos los senadores con la moción de censura, y se inician los trámites para aprobar la destitución y elegir un nuevo Canciller, lo que aparca su petición de socorro a Naboo. Si quería rapidez obtiene todo lo contrario, no podía haber optado por un camino más lento. Podemos excusarla por su inocencia e inexperiencia; a fin de cuentas no conocía el funcionamiento de la política en Coruscant. Pero su delegado sí la dominaba. Palpatine sabía que una moción de censura paralizaría la Cancillería. Y qué casualidad: ¡al poco le proponen como candidato! Aprovechó una situación de conflicto y jugó bien sus cartas para satisfacer su ambición personal: convertirse en el nuevo Canciller.

–*Pero sus sospechas son terribles* –comentó el pacífico Molow Habhor–. *¡Era su propio planeta el que fue invadido! ¡Su pueblo!*

–Es terrible, en efecto. Fue una traición –respondió.

–Lo veo factible –afirmó Bronx, tras reflexionarlo–. He visto tejemanejes parecidos en mi etapa mercenaria; personajes de la misma calaña contrataron a mi compañía para provocar guerras locales, incluso me avergüenza confesar que colaboramos en alguna ocasión.

Era la primera vez que Kilian oía a su instructor hablar abiertamente de su vida pasada. Parecía que las palabras de Forte habían escarbado en un recóndito lugar que guardaba celosamente en su interior.

–¡Pero todo eso son conjeturas! –reprochó Ki-Dacmu al

senador.

–Conjeturas bien razonadas –defendió Bronx–. Es la ambición de poder.

–¡Exacto! –confirmó el senador–. Y lo confirma el hecho de que ahora se aferre a la cancillería, aprovechando un nuevo conflicto, la crisis separatista. No se puede entender la política si no comprendemos que es la ciencia del poder, de la lucha por el poder, del que quiere conservarlo y del que quiere arrebatarlo.

–¡No puedo admitirlo! –exclamó Ki-Dacmu alterada–. La República Galáctica se fundamenta en los valores de justicia, paz y democracia. ¡No en el deseo de poder!

–Conviene que no nos dejemos dominar por nuestras pasiones e ideologías porque nos pueden cegar –intervino el Maestro Dalma–. Si queremos alcanzar la verdad, tendremos que hacer un análisis paciente. Si descubrimos que aquello en lo que creíamos no se ajusta a nuestros valores, no debemos ni tener miedo ni sentirnos decepcionados, pues nos ha liberado de nuestra errónea visión. De no haberlo descubierto seguiríamos engañados como esclavos que se creen libres. Si nuestros valores son correctos, elijamos la vía justa. Y si lo que se revela como equivocado son los propios valores, o la comprensión que tenemos de ellos, recojámonos en nosotros mismos para meditar sobre ello, pues el sentimiento de vacío puede ser un golpe muy duro y hay que tener cuidado. Buscad la guía de quien ya ha cruzado ese abismo, porque incluso los más sabios Maestros Jedi cayeron en el Reverso Tenebroso, al ver derrumbados los pilares en los que se apoyaba su filosofía.

–No podría estar más de acuerdo –continuó el senador Forte–,

excepto en que es mi pasión por la libertad la que mueve mi lucha. Pero a la pasión la debe sujetar la razón, reconduciéndola para que la acción sea inteligente. Porque una pasión descontrolada nos empuja al desastre.

–Algunos piensan que quien no siente pasión no está vivo –dijo el Maestro–. Esa conclusión puede estar inducida por la falta de energía de los abúlicos, en contraposición a los apasionados, que la derrochan. Quien no le domina la pasión, pero tampoco ha caído en la apatía, vive plenamente y dirige su destino, pues ninguna pasión vive por él, utilizando la energía que es precisa para cada acción. La razón es útil para alcanzar el equilibrio, donde ya no hay lucha entre la razón y la pasión. Aquellos que siguen el camino de la Fuerza deben vigilar atentamente sus pasiones, pues es un sentimiento que, como la ira o el miedo, llevan a los extremos, y estos llevan al Reverso Tenebroso.

–Sí, Maestro –contestó Ki-Dacmu–. Perdonad, senador, por dejarme llevar por mi ímpetu. Aunque abandoné el Templo Jedi, siempre defenderé a la Orden, y la Orden sirve a la República.

Kilian sintió simpatía por la cereana. Hasta entonces no le prestaba atención porque le parecía una sabionda que le gustaba presumir de sí misma. Hoy descubrió su pequeña rebeldía ante el senador.

–No hay nada de qué disculparse, señorita –dijo Forte–. Comprendo que se indigne, pero la indignación no sirve a la acción. La prudencia sí. Quien se indigna y se queda en la protesta, solo pide justicia al poderoso que es causa de sus males. La mayor parte de las personas no quieren la libertad, tan sólo un amo bondadoso. El prudente sabe cuando esperar y

cuando actuar. Y cuando hay que actuar, *actúa*. Asunto diferente es que ustedes, que están aprendiendo a usar esa misteriosa energía que es la Fuerza, deban tener cuidado por los peligros que conlleva. Yo, como no sé manejarla ni tengo aptitud para ello, me puedo permitir tener pasiones. ¡Y las tengo!

Las risas llenaron la sala ante la rotundidad de la afirmación. Incluso la joven Tila, que se había quedado apartada en su rincón, se sumó a la distensión general.

–Entonces… –retomó el tema Ki-Dacmu más relajada–, usted no cree que la República Galáctica defienda los valores de paz y justicia, sino que tan solo es una lucha de poder.

–La paz, la justicia, la igualdad, la libertad, en suma, los valores, son defendidos por los seres que creen en ellos. Otros defienden los disvalores: la ambición, la mentira, faltar a la palabra dada, la riqueza y el privilegio. Son los del segundo tipo los que se mueren por gobernar planetas o, mejor aún, sistemas estelares, y a los que poco les importa, por ejemplo, que Naboo fuera ocupada. Desean controlar las leyes para su lucro personal. Los cargos los atraen a millares; a los más avariciosos, los más vanidosos y los más sinvergüenzas. Gente sin escrúpulo alguno, pero lo suficientemente astutos como para ocultarlo a su público.

–Por eso debemos elegir a los del primer tipo –saltó Tila, gesticulando con las manos lo que le parecía evidente–, y no ser tan irresponsables de encumbrar a los segundos.

–Sin control del poder no sirve para nada –contestó Forte–. Aceptemos el supuesto de que tenemos al más bondadoso de los seres e incluso que es competente en el cargo. ¿Quien nos

asegura que el siguiente lo hará bien, que no se corromperá, que no abusará del cargo? ¿O incluso que no lo ejercerá en contra de la voluntad de quienes lo han puesto ahí? La Galaxia no será libre de sus propios gobernantes si los que vivimos en ella no podemos controlarlos.

–Creo que sería mejor que nos explicará cómo funciona la República –solicitó Mirlo.

–De acuerdo. La República… –hizo una pausa para ordenar sus pensamientos–, nació como una alianza económica y de protección mutua de los mundos del núcleo, que se fue ampliando con centenares de nuevos sistemas estelares. En la Constitución Galáctica se firmaron las competencias que tendría la República, entre las cuales se destaca la regulación del comercio galáctico, las tasas a las rutas comerciales, el tratado de protección, etc. Todo lo que no esté explícitamente puesto en ella es competencia de cada planeta. Nada más. Los planetas y los sistemas mantienen su soberanía, y tienen las leyes que quieren siempre y cuando no se inmiscuyan en lo pactado. De ahí que las leyes medioambientales de Ithor –el senador miró a Molow Habhor– sean tan estrictas que no se permita la construcción en su superficie, para no dañarlo, mientras que Coruscant está completamente edificada y las leyes que «protegen» su medio ambiente son irrisorias. Por lo tanto, la República es una *confederación* de planetas y sistemas, y cada uno de ellos tiene sus propios intereses. Tened en cuenta que, como cada mundo es autónomo y soberano, hay monarquías, repúblicas, sistemas comunitarios e incluso dictaduras. No es de extrañar que en una confederación hayan sistemas que quieran marcharse; no quieren que su política la dirijan desde

Coruscant.

–Sin embargo –intervino Bronx–, no todo es economía. Existe la clausula de los derechos de los sintientes, que declara que todos los seres inteligentes son considerados iguales y deben ser tratados como tales, prohibiendo expresamente la esclavitud.

El mercenario Alec Brounsapier –alias Bronx–, estaba siendo una caja de sorpresas para Kilian. No se imaginaba que se hubiera leído la Carta Magna de la República.

–Es de las pocas restricciones que deben respetar todos los sistemas. Ningún ser de un mundo de la República podrá ser esclavizado, independientemente de la raza. La ley debe tratarlos a todos por igual, pero la ley de la República, porque si en un mundo gobierna la tiranía es imposible que a sus habitantes se les trate por igual en su propio planeta. Será así ante cualquier asunto que sea competencia de la República, da igual que provengan de Alderaan o de Naboo, que sean gamorreanos, mon calamari o humanos.

–Si hay prácticamente de todo, entonces cada uno solo se preocupará por lo suyo –dijo Mirlo–, y nadie defenderá el interés general. No me extraña la debilidad de la República; bastó un único planeta para tumbar al Canciller Supremo.

–Los gobiernos no son débiles porque cada senador defienda los intereses de su sector, sino porque el Canciller Supremo es elegido por el Senado. Basta con que haya un problema que divida al Senado en dos para que se voten mociones de censura cada vez que el bando minoritario se convierte en mayoritario. Y son varias las regulaciones que polarizan el Senado: las tasas sobre los territorios del borde exterior, el descubrimiento de una

nueva ruta hiperespacial, etc.. Cada coalición de senadores querrá que se apliquen las leyes en su propio beneficio: los corellianos que la regulación de las líneas de transporte favorezca a la Corporación Hightowers –Kilian alzó la cabeza al escuchar el apellido de su linaje–, o que se compren las naves consulares a la Ingeniera Corelliana; el planeta Rendilli promoverá la adquisición de sus motores estelares, etc. Si el Canciller Supremo es elegido por el Senado entonces les debe obediencia o, mejor dicho, es un títere de la coalición que logre mantenerle en la Cancillería. En el asunto de Naboo el Senado se dedicó a debatir si el bloqueo era legal o no. Era imposible que el Canciller actuara con celeridad porque cualquier respuesta debía consultarla con los senadores a menos que quisiera perder su puesto. ¿Y qué hace la Federación de Comercio mientras el Senado habla? Invadir el planeta. ¿Resultado? Gobiernos débiles, lentos e ineficaces.

–Pero esto no siempre ha sido así –replicó Ki-Dacmu–. En el pasado la República era fuerte.

–Sí, hasta hace mil años, antes de la Reforma de Ruusan –le respondió el senador–. Veréis, la República se fundó en los mundos del núcleo y a lo largo de su historia fue expandiéndose por las regiones que todos conocéis. Sin embargo, los miembros fundadores nunca quisieron perder representación según se ampliaba el Senado con las nuevas incorporaciones. Por eso las regiones de los Mundos del Núcleo y de las Colonias siempre tuvieron mayor influencia, incluso un senador por planeta, mientras que las regiones más alejadas del centro galáctico, como el Borde Medio o los Territorios del Borde Exterior, juntaban un senador por sector, que abarcaba a todos sus

sistemas estelares. Sin duda originaba gobiernos fuertes y estables totalmente decantados a las regiones internas. Después de las interminables guerras Sith, donde los Jedi cedieron voluntariamente su poder tras la victoria, el Canciller Supremo Tarsus planificó arreglar el histórico desajuste en la representación de los delegados. Pensó que con ello eliminaba la aplastante mayoría de los sectores centrales, y que también solucionaría la corrupción interna. La medida era necesaria, pero su implementación no se resolvió bien. Los Mundos del Núcleo y de las Colonias no estaban dispuestos a ceder, y aunque en el resto de la Galaxia se reagruparon los sistemas estelares en sectores de aproximadamente la misma población, con un senador por sector, algunos de los mundos del núcleo mantuvieron el suyo propio o se unieron. Perdieron fuerza, pero no mucha. Desde entonces, siglo tras siglo, se han ido incrementando las tensiones, sobretodo entre las regiones centrales y las exteriores, decantándose las intermedias a uno o a otro según el momento. Por si fuera poco, tenemos los intereses particulares de aquellos mundos que, por albergar una especie inteligente única, o una entidad cultural irrepetible, se les ha concedido un senador propio. O mucho más grave, al ser el capitalismo el eje central de la República, llegamos a la aberración de que las grandes corporaciones, como la Federación de Comercio o la Tecno-Unión, disponían de sus propios delegados. Afortunadamente ya no están, se han unido a los separatistas. Todos estos motivos explican la razón por la que las disputas son frecuentes, duraderas, y agotadoras. El Canciller Supremo y la «cohorte» de burócratas se pliegan a los intereses de las distintas facciones políticas, y todos presionan para que el órgano ejecutivo se subordine al legislativo. De

gobiernos fuertes pero injustos se pasaron a débiles e ineficientes. En el caso de Palpatine, lo lógico es que bastara con que perdiera un poco la confianza recibida para que cualquiera presentara *otra* moción. Algo que podría haber sucedido en cuanto se demostró que no podía acabar con la corrupción; o en cuanto se volvieran a polarizar los intereses del Senado. Lo sorprendente es que no sucedió. Sigue en el cargo más allá del límite permitido. Es un hombre con carácter que ha demostrado habilidad para satisfacer a muchos, bajo promesas y pactos.

–Si cuando hay gobiernos fuertes se priman unas regiones en detrimento de otras, y si tienen similar representatividad las desavenencias se eternizan y los gobiernos son débiles. ¿Qué solución hay? –preguntó Bronx–. Porque obviamente descarta la solución actual: conceder un poder temporal al Canciller.

–Es muy fácil: que el Canciller Supremo no sea elegido por el Senado –afirmó con tranquilidad el senador–, sino por los ciudadanos de la República. Separar la elección del órgano ejecutivo del legislativo. Así los delegados se centran en aprobar las leyes, y no en aplicarlas. Que se encargue el Canciller de eso. Eso le permitiría responder a los excesos de los separatistas sin consultar al Senado, relegando a éste el futuro de la República. Pero su puesto dependería de los ciudadanos. Si se sobrepasara lo echarían. Entonces el Canciller tendría fuerza para controlar a los burócratas, que estarán obligados a obedecerlo a él y no a las facciones políticas. Pero no, en cambio de eso, ¡el Senado cede su poder!

–Como hombre de acción no puedo estar más que conforme con su propuesta –dijo el mercenario.

–¿Pero quién controlaría al Canciller Supremo? –dijo Mirlo–.

Si es independiente del Senado, ¿qué le impide utilizar su poder? Si hoy en día el Senado elige al Canciller, es para tenerle controlado, aunque eso genere otra serie de problemas.

Kilian intentaba hilvanar todos los hilos. Nunca se había interesado por la política, pero había visto de cerca los intentos de su tío Garek de influenciar en el gobierno de Corellia; cuando no la de Coruscant. El senador Forte le había abierto un nuevo mundo de posibilidades, pero también recordaba las enseñanzas de Coshar Teelk:

«Kilian, como cónsul muchas veces debo acudir a solucionar disputas entre los miembros de la República. Cuando la diplomacia tiene éxito puede ser muy gratificante, tanto como decepcionante si no se avienen al acuerdo. Pero ten cuidado, la política puede absorber nuestras energías hasta el punto de obsesionarnos con ella. Proyectamos nuestros ideales de justicia en las instituciones y cuando estas no responden a nuestras expectativas nos sublevamos y queremos cambiarlas. Si buscas la justicia fuera de ti nunca podrás alcanzarla. Más bien concéntrate en ser justo, en actuar justamente».

–El Canciller sólo podrá aplicar las leyes que dicte el Senado –respondió el senador–, y la Corte Suprema, que no debe ser elegida por ninguno de los otros dos, vigilará el cumplimiento de las mismas. Si el Senado aprueba presupuestos para construir un nuevo espaciopuerto orbital en la vía Hydian, los burócratas buscarán el planeta idóneo, y los tribunales actuarán si se descubre que la Corporación Hightowers los ha sobornado para que beneficie a sus líneas hiperespaciales.

Kilian se extrañó, era la segunda vez que nombraba a la compañía de su familia, y todos los residentes de La Granja

sabían quien era. Miró fijamente al senador, buscando alguna señal en sus ojos que desvelaran el porqué. Como el señor Forte se concentraba en Mirlo y los que tenía alrededor, intentó sondearle para leer sus pensamientos. Era una habilidad que Mirlo no le había enseñado, pero tenía cierta soltura natural. Las defensas mentales del señor Forte eran considerables; sabía que era difícil con mentes disciplinadas, aunque no estuvieran entrenadas en la Fuerza. Las mentes inteligentes e instruidas eran especialmente resistentes. Relajó su respiración, cerró los ojos y enfocó su mente en el senador, percibiendo su gran capacidad de concentración. No era un hombre que se distrajera con otros pensamientos, perdiendo su línea argumentativa y saltando de tema en tema según relacionaba conceptos. El señor Forte mantenía la atención en su discurso, por lo que Kilian no era capaz de ahondar con mayor profundidad. Escuchaba en su mente las palabras que pronunciaba, al unísono, telepática y auditivamente. Al persistir en su intento, el senador dejó de hablar unos segundos, llevándose una mano a la cabeza como si tuviera un ligero dolor de cabeza. Kilian sintió que alguien le tomaba suavemente de la mano, rompiendo su concentración. Abrió los ojos y vio a Vandia, la cocinera lomest, quien le cogía cariñosamente la mano, como una madre con su hijo. La mirada furtiva que le dedicó Mirlo decía otra cosa: «hablaremos de esto después».

–Disculpad –prosiguió el senador, recuperándose sin percatarse de lo ocurrido–, decía que se vigilan mutuamente, y así todos podemos dormir tranquilos. Si se descubre que el Canciller se excede en sus funciones, los ciudadanos podrán convocar nuevas elecciones. Si se descubre que un senador

acepta un soborno se arriesga a ser juzgado en los tribunales y a que su sector le destituya de inmediato, remplazándole por un sustituto.

Kilian decidió intervenir, probando otra estrategia.

–Esta medida que usted propone no sólo favorece la fortaleza del gobierno. Si le he entendido bien, también acabaría con el problema de la corrupción.

Quería averiguar qué sabía Forte de la Corporación Hightowers y por qué la ponía como ejemplo. El senador interrumpió su disertación y se giró para prestarle atención. Ki-Dacmu miró a Kilian molesta, quizás por que le restaba protagonismo; Yemlin sonreía, en señal de apoyo; Vandia retiró discretamente su mano. Los demás escuchaban.

–Quiero decir –continuó Kilian–, que si los delegados ya no son los que nombran al Canciller, no podrán presionar a este para que instale ese espaciopuerto en Corellia. En la situación actual, si yo fuera senador por Corellia le diría al Canciller que quiero gastar el presupuesto en mi planeta, o si no no le votaré la próxima vez. Quizás la Corporación Hightowers lo sobornaría igualmente, pero ya sería una corrupción individual, no algo propio de las reglas del juego.

El senador se le quedó mirando unos segundos, sin que Kilian atisbara qué estaría pensando. Forte, sabedor de que le tocaba responder, respondió:

–Efectivamente, joven Hightowers.

«Duda resuelta, este sabe quien soy», pensó preocupado por las implicaciones futuras. Si el Maestro confiaba en la discreción del senador para no revelar la localización de La Granja,

tampoco desvelaría la identidad de sus habitantes. Pero la deducción no disminuía su inquietud. El brazo de su tío Garek era largo, y tenía recursos suficientes para hacer hablar a un viejo senador. Cuantas menos personas supieran de su paradero mejor. ¿Podría confiar en él? En el rostro de Bronx advirtió el mismo recelo. No así en el del Maestro y en Mirlo.

–¿Me conoce?

–Por supuesto, es la viva imagen de su madre –el corazón de Kilian se aceleró–. Para ser sinceros, ya supe de usted en Coruscant a través del caballero Coshar Teelk. Me ha sorprendido verle aquí, en Loome. No sabía que era estudiante de La Granja; le creía en el Templo.

–Después podrán hablar privadamente –intervino el Maestro–. Puede que el señor Hightowers quiera hacerle algunas preguntas, senador.

–¡Claro que quiero preguntar! –exclamó Kilian.

–Será un placer –dijo sonriendo–. La conclusión del señor Hightowers es acertada. Además, serían los ciudadanos los que podrían revocar al Canciller, *no el Senado*.

–Lo que no entiendo –siguió Kilian–, es como todo esto no ha estallado antes. Si la organización de la República es tan nefasta por qué ha tardado mil años en triunfar la codicia y la avidez.

–También he pensado mucho en eso –reconoció Forte–. Lo lógico es que en menos de un milenio el sistema cayera por su propio peso, pero eso no ha ocurrido. Lo atribuyo a dos factores: a nivel político porque existen muchos planetas democráticos o con un alto sentido ético, con una sociedad basada en valores de justicia, verdad, honor, lealtad, fraternidad, y, sobre todo,

destacaría libertad. Alderaan, Naboo, Chandrilla y, por supuesto, el vecino sistema Trevi, donde nací, son algunos ejemplos. A estos se suman sistemas que aunque tengan otras formas de gobierno, sus especies nativas son pacíficas y compasivas, como los ithorianos o los mon calamari. Podría chocar que en algunos gobiernan los aristócratas, lo que parece una contradicción, pero no tenemos tiempo para extendernos en cada caso. En definitiva, como los delegados del Senado son *verdaderos representantes* de su sistema, traen consigo los valores de los mismos.

–Pero en la Galaxia también hay oligarquías y corporativismo –replicó Bronx–. Ellos traerán los intereses de sus tiranos.

–Por supuesto, por eso hay tantos enfrentamientos, pero no siempre consiguen lo que quieren; los intereses de los déspotas no tienen por qué coincidir.

–¿Y el segundo motivo? –preguntó Ki-Dacmu.

–¡Ah, sí! El segundo factor seguro que les complacerá. Ya lo mencioné de soslayo –sonrió Forte–. La aptitud *diplomática y policial* de la Orden Jedi –la cereana apretó los labios, disgustada–. Sí, sí, ya sé que no les place la etiqueta, que prefieren hablar de ustedes mismos como *guardianes de la paz y la justicia*, pero a mi me gusta llamar a las cosas con la precisión de mi oficio.

–La Orden Jedi sirve a valores más altos que ellos mismos, sirve a la República. No ambicionan poder o riquezas –defendió Ki-Dacmu.

–Y por eso son excepcionales en su trabajo como embajadores –respondió el senador–, evitando disputas entre los planetas, descubriendo complots contra la República, o respondiendo con

el uso de la fuerza cuando la situación lo requiere. Normalmente me opondría a que una organización monástica se hiciera cargo del monopolio legal de la violencia, pero veinticinco mil años de eficacia demostrada son veinticinco mil razones de peso.

–¡¿Monopolio legal de la violencia?! –exclamaron al unísono Tila y Ki-Dacmu, la primera asustada; la segunda confusa.

–Es una definición acertada –apoyó Bronx–. Quien puede usar la fuerza física legalmente, sin ser perseguido por ello, tiene el control exclusivo. Por ello las fuerzas de seguridad planetarias juran lealtad y obediencia a sus mundos de origen, siendo severamente castigados si incumplen su juramento. Es un honor y una gran responsabilidad que la Orden Jedi sea la encargada de esta labor.

–Por favor, senador –dijo el Maestro–, tened en cuenta que para nosotros la Orden Jedi representa mucho más: *como Orden, su deber es salvaguardar la paz y la justicia en la Galaxia; como Academia, el estudio y la enseñanza; y como Templo, la unión con la Fuerza*.

–Lo comprendo, amigo Dalma. Hay algo necesariamente científico en la naturaleza de lo que llamáis Fuerza como para considerarla una mera religión, como piensan muchos en el universo. Ahora bien, como vos no tenéis una formación jurista, debo partir de la ciencia política. Siento si mis palabras hieren sensibilidades, pero mi manera de llamar a las cosas no son un reproche, si no una alabanza. La Orden utiliza la violencia solo si es estrictamente necesaria, para proteger al débil, sabiendo que es deleznable y no algo digno de admiración. El gran acierto de delegar el sostenimiento de la paz a los Jedi es porque consideráis estos valores como verdaderos, y no como simples

ideales caballerescos.

–Bueno, nosotros no somos jedi –aclaró Kilian–. O al menos eso es lo que me dicen siempre.

–De acuerdo –sonrió el senador–. Para concluir reiteraré que la política es la ciencia del poder. Por que su esencia es conquistarlo y conservarlo. Quien lo tiene intentará retenerlo por todos los medios a su disposición. De ahí que para que la galaxia sea libre, la galaxia debe controlar al poder.

La sala quedó en silencio unos instantes, mientras todos pensaban en las últimas palabras del senador, hasta que el Maestro sugirió meditar unos minutos antes de proseguir. Kilian no deseaba meditar ahora. Sabía que no sería mucho tiempo, en consideración con el senador, quien probablemente no estaba acostumbrado; quizás creyera que iban a reflexionar sobre la conferencia. Hubiera preferido dar por terminada la clase. Tenía muchas preguntas que hacerle al señor Forte.

–Podemos volver –dijo el Maestro, esperando a que todos los presentes salieran del trance.

Yemlin había desaparecido.

–Senador –continuó el Maestro–, le agradecemos mucho su presencia y que nos haya prestado su preciado tiempo para mostrarnos una valiosa síntesis de su pensamiento –el señor Forte asintió, en señal de agradecimiento–. He querido invitarle para que pudiéramos comprender la idiosincrasia de la República Galáctica. Quisiera corresponderle enseñándole la visión que se adquiere desde la Fuerza.

–Bien, perfecto, adelante –aceptó Forte, encantado con la idea.

–Antes comentó que hay algo científico en la naturaleza de la Fuerza. Diremos que la ciencia podría investigarla, estudiarla y llegar a conclusiones reveladoras. Bastaría con indagar en la dirección adecuada y cambiaría la concepción misma de la vida y del universo. El código Jedi dice: *No existe la muerte, existe la Fuerza.* Quien se une a la Fuerza entiende que la muerte es un cambio de estado; vive sin temor ni drama, y no deja que gobierne su vida.

–La muerte es el final, es una certeza –comentó el senador–. Sabiéndolo, ¿para qué angustiarse? Yo estoy tranquilo.

–Una serenidad de espíritu encomiable –añadió el Maestro Dalma–. Para el seguidor de la Fuerza la muerte da comienzo a una nueva etapa. No es una creencia que le sirva de consuelo, sino una realidad constatable. Quien muere renace uno con la Fuerza.

–¿Cómo se puede afirmar esto? –replicó Forte– Nadie ha vuelto de la muerte.

–¿Y por qué debería volver? –sonrió el Maestro.

–No volvería porque no existe nada después de la muerte –prosiguió el senador–. El corazón deja de latir y no le llega oxígeno al cerebro. El órgano muere y cesa la actividad mental.

–Permaneciendo la Fuerza, donde se reintegra.

–Pongamos que fuera así. Al no poder comunicarse con los vivos sólo se podría saber una vez muerto. Es decir, tendré que esperar a la muerte para verlo por mi mismo. Soy paciente, no tengo prisa –sonrió Forte–. Si no es como dice, ni siquiera podré saber si era cierto o falso porque no existiré.

–Se puede constatar alcanzando precisos estados vivenciales –

dijo el Maestro–, donde uno deja atrás sus sentidos, donde uno comprende la esencia de la Fuerza viva.

–Yo no lo he sentido, Maestro –dijo Kilian, sintiendo simpatía por el senador–, y creo que muchos de los presentes tampoco.

–Aún estás aprendiendo, *humm, humm* –respondió Molow Habhor–, se requiere una voluntad perseverante. Práctica. Una mente apaciguada, fijada en su centro.

–Estoy impaciente por ver a donde conduce este diálogo –el senador retomó la conversación.

–La Fuerza –continuó el Maestro–, está presente en todas las cosas, vivas y *no vivas*, coexistiendo en perfecta armonía con el universo. El Jedi percibe esta realidad, sentimos la Fuerza en nosotros, en los demás, en este momento; sentimos su presencia en los animales, en las plantas, en las montañas y en los mares; la sentimos en los planetas, en las estrellas, en el espacio. La Fuerza hace crecer la vida y se nutre de ella. Alimenta el sol y guía a los planetas. La mente busca a su alrededor y dice «tú eres diferente de mí, yo soy único». El Jedi, al percibir la Fuerza en todo, no puede considerar al otro como alguien diferente de él. Comprende que, en esencia, son iguales, aunque los cuerpos y las mentes sean distintas.

–¿Usted siente esa Fuerza en mí? –preguntó el senador, dirigiéndose a Kilian.

El aludido se sorprendió, se había convertido en el centro de atención, lo que en el fondo le complació. Buscó ayuda con la mirada: Mirlo se mantuvo serio, indiferente; Vandia, que estaba a su lado, no dijo nada; y Molow Habhor aguardaba. Finalmente miró al Maestro Dalma, quien asintió con la cabeza. Kilian cerró

los ojos y se olvidó del resto, centrándose en Forte. Le resulto más fácil que antes. Parecía como si, al solicitarlo, el senador le hubiera concedido permiso para entrar en su mente. Esta vez respetó su intimidad y no trató de leer sus pensamientos.

–Sí –contestó finalmente, abriendo los ojos–. La Fuerza está en ti aunque tú no la percibas.

El senador pasó por alto la familiaridad del trato, apreciando su sinceridad.

–Deberé fiarme –contestó serio–. Si esto fuera así, si hubiera una, digamos, «energía unificadora», cambiaría la concepción que tenemos de nosotros mismos. De ahí que los Jedi veáis a los seres como «hermanos».

–Reconociendo a todos los seres como iguales, ningún servidor de la Fuerza desea mal a nadie; sería como dañarse a uno mismo. No es, en definitiva, una mera norma moral. Cuando un jedi utiliza la violencia no se deja llevar por la sed de sangre. Actúa cumpliendo con su deber, para restablecer el orden universal. Cuando un jedi se ve obligado a matar lo hace para evitar la muerte de otros o que la tiranía triunfe, pero sabe que es un acto contranatura. La adquirida consciencia ve a todos los seres dignos de la vida, sin juicios de valor. Ninguno por encima del otro.

–La diferenciación –observó el senador Forte– es un hecho innegable: hay razas inteligentes y razas limitadas; hay especies con facultades únicas, como el sentido de la orientación de los sullustan; culturas prósperas y civilizaciones en decadencia; clases privilegiadas y castas marginadas; hay sistemas desarrollados y mundos primitivos, aunque la República acorte

las distancias.

–La naturaleza es variada y numerosa; la Fuerza es unidad –aclaró el Maestro–. Aquellos que conocen esta verdad tienen el deber de mostrarla a todo el que esté interesado.

–Es el mismo principio que me aplico a mi mismo en lo político –coincidió el senador–. Me considero obligado a transmitir mis conocimientos, igual que debería hacer todo experto de una materia, sea científica, cultural o artística. Siempre y cuando tengas aptitudes para la enseñanza y no quedes en ridículo.

–La Orden no debería centrarse únicamente en los seres sensibles a la Fuerza. Aquellos a los que llamamos *sensibles* simplemente nacieron con el don de la Fuerza, pero todos pueden percibirla en mayor o menor grado. Muchas personas *no* sensibles usan la Fuerza sin saberlo. Les acompaña en momentos de inspiración o de necesidad. Si los seres sintieran la Fuerza, la galaxia sería otra bien distinta, y *la política dejaría de ser la ciencia del poder*.

–La política es la conquista y conservación del poder –repitió el senador–. En todos los tiempos hubo luchas de poder. Los privilegiados oprimen o se aprovechan de los indefensos.

–Los que se creen superiores, los que se mueven por codicia, o los que se sienten amenazados, ansían el poder: los aristócratas piensan que las prebendas deben ser suyas por derecho de nacimiento y tradición; los militares por la fuerza; los empresarios por capacidad e inteligencia; y los obreros para evitar ser pisoteados. Cada clase quiere imponerse a las demás. Muchas revoluciones son iniciadas en nombre de la libertad y la

igualdad para que después los revolucionarios, al alcanzar el poder, se conviertan en los nuevos opresores y cometan otro tipo de injusticias. Quien ve la Fuerza en todas las cosas no hace distinciones. Respeta tanto la vida *inteligente*, en sus variadas manifestaciones, como la animal o la vegetal. No explota la naturaleza desmesuradamente.

–No solamente los jedi ven esta conexión –intervino Molow Habhor–. Mi especie, los ithorianos, sentimos la naturaleza como una extensión de nosotros mismos. La superficie de mi mundo natal, Ithor, permanece virgen. *Humm, humm*, nos negamos a dañarla igual que cualquiera evitaría cortarse una mano. Vivimos en las cimas de los árboles hasta que pudimos vivir en la órbita planetaria. Otras civilizaciones, incluso humanas, respetan sus ecosistemas decentemente, como Alderaan, Chandrilla y Naboo.

–En este universo –continuó el Maestro–, cada ser podría desarrollar libremente sus propias cualidades, aportando lo que mejor sabe hacer. Los mas aptos para gobernar ejercerían sus funciones como servicio a los demás: los empresarios aportarían la riqueza necesaria para el sostenimiento de la sociedad, no para la acumulación insaciable de bienes; y sin trabajadores ninguna empresa podría llevarse a cabo. Nadie representa una élite, ninguna clase se encuentra escindida. La sociedad sería otra. Donde el individuo ve competición, el Jedi ve cooperación. Actúa en armonía con el Universo y no por un interés propio. Su función, entonces, sería la de acercar la Fuerza a los seres.

–Utópico –comentó el señor Forte–. La prueba es que tras 25.000 años de historia nunca se ha alcanzado tal grado de convivencia en la Galaxia.

–Salvo en la Orden Jedi –señaló Ki-Dacmu–. Todos sus miembros se distribuyen según sus cualidades. En los Cuerpos de Servicio, todo aquél que no tiene las aptitudes para Caballero se le reasigna según sus aptitudes: al Cuerpo Médico, al de Exploradores, al de Educadores o al de Agricultores. A todos se les considera jedi. Algunos son más aptos para la diplomacia y otros para el combate. Los más sabios sirven en los Consejos. La Orden es un ejemplo vivo, ¿verdad?

–Algunos piensan que la Orden tiene una organización piramidal al estilo del ejército o de una secta –respondió Al Dalma–. Si bien es cierto que el Alto Consejo lidera la Orden, los Maestros ejercen las funciones que les competen por ser los más capaces, considerándose meros servidores de la República, de la Orden y de la Fuerza, reconociendo en la última el único poder verdadero en el Universo.

–Es cierto –comentó el senador– que la democracia no puede aplicarse siempre. Sería absurdo someter a votación, entre los pilotos de una escuadra de cazas espaciales, si quieren o no enfrentarse a un Crucero Pesado; o entre los alumnos de la Academia qué materias impartir.

–Todos querrían dedicarse exclusivamente al sable de luz –reconoció Kilian, riéndose de sí mismo.

–Sin embargo, el senador Forte tiene razón en considerar como utópica la convivencia entre las clases mientras la Orden no cumpla con la labor que le compete –continuó el Maestro–. Mientras los seres no perciban la Fuerza, aunque esté dentro de sí, seguirán viéndose como individuos separados y diferentes. Antiguamente la Orden fundaba academias repartidas por la Galaxia. Acercaban la Fuerza a todas las civilizaciones,

manteniéndola viva y sensible. Había una relación de proximidad entre los jedi y los seres «no sensibles». Hoy en día, con la *reclusión voluntaria* en Coruscant, nos hemos alejado de muchos. La Reforma de Ruusan no solo devolvió el poder a la República: preocupados por la caída de varios discípulos al reverso tenebroso, la Orden centralizó su organización en la Capital, con el propósito de que los maestros pudieran seguir de cerca la instrucción de los alumnos, con la esperanza de corregir a tiempo cualquier tentación al lado oscuro. Y con ello los Jedi abandonaron gradualmente los rincones de la Galaxia. En la actualidad la Orden mantiene una relativa influencia en los Mundos del Núcleo y sus proximidades, perdiendo presencia a medida que nos distanciamos de Coruscant, hasta el punto de que en muchos planetas del Borde Exterior consideran a los jedi como una reliquia del pasado. O, en el mejor de los casos, como una lejana institución religiosa que nada tiene que ver con ellos.

Eran las treinta horas de la noche, hora en la que los residentes se retiraban a sus habitaciones, cuando condujeron a Kilian al despacho del Maestro Dalma, quien hablaba privadamente con el senador Jano Forte. El joven corelliano estaba impaciente por la reunión, deseoso de saber de qué conocía a sus padres.

–¡Ah! El señor Hightowers –exclamó el senador, Kilian inclinó la cabeza, respetuosamente–. He solicitado pasar la noche en La Granja y partir mañana, por lo que hay tiempo para hablar.

–Es un honor para nosotros –respondió el Maestro, sus grandes ojos rojos durosianos transmitían calidez–, y una curiosa coincidencia para ambos.

–Gracias, Maestro –dijo Kilian.

–Si me disculpan, me retiro a mis habitaciones, se hace tarde –correspondió el Maestro con una suave inclinación de la cabeza.

Al Dalma se marchó por la puerta que daba paso a las instancias personales que nunca había visto Kilian. Mirlo, que era quien le había traído al despacho, se retiró discretamente por la puerta del pasillo, dejándolos a la luz del fuego, pues a pesar de la calefacción centralizada y automatizada de La Granja, al Maestro le gustaba encender la vieja chimenea.

–Un ambiente idóneo para hablar del pasado –comentó el senador, sonriendo al tiempo que encendía una tagarnina–. O para las conspiraciones.

Kilian se sentó nervioso en el otro sillón, donde antes había estado el Maestro, allí mismo, charlando con el senador.

–¿Le apetece algún licor? –preguntó Jano Forte.

–Hace mucho que no tomo bebidas tóxicas –contestó Kilian extrañado por la confianza con la que el senador disponía del despacho, como si fuera el suyo propio–, pero no le voy a decir que no.

–No creo que le riñan por una noche –observó el senador, apretando uno de los botones del panel lateral del reposabrazos izquierdo.

Del suelo emergió un mueble bar, entre ambos sillones, mostrando varias botellas.

–El Maestro es un hombre clásico –dijo el senador complacido–. Nada de surtidores y pantallas táctiles. Sírvase usted mismo.

Kilian cogió una copa de cristal de yimir y se sirvió una buena medida de licor gralish, una bebida que no probaba desde que abandonó Torre Augusta. Saboreó el cálido néctar, recordando viejas sensaciones que creía olvidadas. Apuró la copa y la rellenó de nuevo, percatándose que no había servido a su «anfitrión», quien le observaba con curiosidad, casi diría que estudiaba su comportamiento.

–Mis disculpas –se excusó Kilian–, ¿le parece bien el gralish o prefiere otro licor?

–El gralish está bien, gracias.

Después de servir al senador, esperó a que degustara el licor verdiazul. El señor Forte cerró brevemente los ojos, concentrado en el deleite que le producía. Al finalizar la pausa que se concedió a sí mismo, inició el tema de conversación por el cual se habían citado.

–Conocí a vuestra madre a través de su hermana Rosem Tevera, una mujer de gran cultura y exquisita sensibilidad para el arte –dijo.

–La tía Rosem –confirmó Kilian.

–La Belleza es una de mis debilidades –confesó el senador–, y el modernismo tardío Yzvequa, de la que vuestra tía es profundamente conocedora, una de mis pasiones. Hará unos… once años Rosem Tevera, que por aquél entonces aún era la directora del Centro Intergaláctico de Arte de Loronar, organizó la exposición de arte Izvequo en el Transespacial de Lujo

Miranor, que recorría la vía Hydian. Tenía tiempo suficiente como para reservar pasaje en el crucero, así que me trasladé a Brentaal para embarcar. La exposición que organizó la señora Tevera fue magnífica: una brillante elección del arte Izvequo desde sus orígenes en la dinastía Quon hasta su decadencia durante la reunificación Kingâi. Tuve la oportunidad de dialogar con muchos artistas y académicos de bellas artes, pero nada me satisfizo más que las veladas que disfruté con la directora de la exposición. Una mujer inteligente y distinguida, que me mostró secretos e historias de la cultura Izvequa que desconocía. Unas semanas después, pasado el ecuador del crucero, invitó a cenar a su hermana menor, Magda, bastante más joven, que la acompañaba en la exposición mientras su marido se encontraba absorto en su trabajo; optaba al Senado Galáctico por Corellia. Con lo poco que me contó vuestra madre adiviné que vuestro padre no tenía ninguna posibilidad ante Garm Bel Iblis, su oponente, a quien respeto. Y también que no tenía madera para ser político.

–Tengo algunos recuerdos de aquella época. Mi padre siempre estaba fuera de casa –añadió Kilian–. No era feliz con su trabajo.

–Intuyo que fue vuestra tía quien invitó a vuestra madre para ver si yo podía aconsejarla, pero no para que vuestro padre ganara la elección.

–¿Para zafarse de las garras de Garek? –preguntó Kilian.

–Así es. Rosem y yo nos hicimos rápidamente buenos amigos, íntimos amigos, gracias a nuestra pasión por el arte, y ya me había confiado que el matrimonio de sus padres fue concertado.

–La verdad es que no me extraña –admitió Kilian, acostumbrado al hacer y deshacer de su tío.

–Perdone si soy demasiado directo –se disculpó el senador–. Si se lo cuento es porque creo que merece saber la verdad. De aquella tendría usted cuatro o cinco años, e ignoro lo que conoce por sí mismo. Ahora bien, debieron enamorarse después. Su madre le quería mucho, pues buscaba la manera de librarse de los designios de la familia cuando podía haberse sometido a ellos, obteniendo riquezas y privilegios. Su integridad la honra. Magda y Rosem pretendían encontrar algún resquicio legal que impidiera a Arno ser candidato. Pero según las leyes de la República Galáctica, hay pocas incompatibilidades para ejercer el puesto, a parte de no haber sido condenado judicialmente, que no era el caso. El resto depende de la legislación Corelliana, que yo desconocía. De todas maneras, les reconfortó mi valoración del asunto. Garm Bel Iblis tenía una amplia experiencia política en Corellia, mientras que Arno era un recién llegado, y por mucho dinero que la Corporación empleara, no era rival. Garm Bel Iblis fue, como era de esperar, el vencedor. Dado que estoy en contra de cualquier injerencia corporativa en los asuntos del Senado, gracias a vuestra madre aproveché para informarme bien del carácter del señor Garek. Que vuestro padre no fuera elegido debió sentarle bastante mal a vuestro tío.

–¿Conoció a mi padre? –preguntó Kilian.

–Tiempo más tarde le vi una vez, de lejos –respondió–, y no tuve ocasión de hablar con él. Fue el año en que terminó mi cuarto mandato. En Trevi los senadores no podemos tener más dos mandatos seguidos, debemos esperar para volver a presentarnos. Visité Corellia por un asunto diplomático. Pude

asistir a un debate entre Iblis y su padre Arno, que se presentaba por segunda vez. Siento decirlo, pero fue fácilmente derrotado; no tenía paciencia para saber cuando utilizar sus cartas.

–No importa –recordó Kilian, haciendo memoria de aquellos años de su infancia–. ¿Y a mi madre? ¿La volvió a ver?

–Durante aquel crucero comimos en un par de ocasiones más. En la última le trajo a usted consigo.

–Recuerdo vagamente haber viajado en un transespacial, a solas con mi madre.

–Lo siento, apenas le presté atención. Era usted muy inquieto, como casi todos los niños. Y a mi me interesaba más la compañía de dos hermosas mujeres.

–Entonces mantuvo contacto con mi tía –dedujo Kilian, deseoso de saber más.

–Quien no querría mantenerlo –admitió el señor Forte–. Como le dije, soy admirador de la belleza en todas sus facetas. Era difícil reunirnos porque nuestras respectivas profesiones ocupaban gran parte de nuestro tiempo, pero ambos estábamos interesados en no perder la amistad. Por ella me enteré de su destitución como directora del Centro de Arte de Loronar, antes de que se hiciera público. Oficialmente dijeron que realizó una mala gestión económica de la institución, algo absurdo e imposible de creer para quien la conociera.

El senador interrogó con la mirada a Kilian, quien se sintió intimidado.

–Aquello fue a los pocos meses de que vuestro padre perdiera las elecciones en su segundo intento –añadió, relacionando los sucesos.

–¿Qué os dijo Rosem? –intentó desviar la implícita pregunta.

–No mucho. Fue la única vez que vi miedo en sus ojos. El mismo que ahora veo en los suyos.

Kilian tragó saliva. Quería contárselo, y aunque el senador era un desconocido, había sinceridad en sus palabras. Era un hombre honesto a quien rápidamente se le apreciaba, queriendo incluso hacerse merecedor de su amistad. Y si la tía Rosem había entablado íntima relación, sentía que podía confiar. Quien sabe si hasta podría ayudarlo. Pero no se atrevía. Había algo en su interior que se lo impedía. Algunos asuntos, sobre todo los de la familia, no son fáciles de hablar abiertamente.

–Vuestro tío puede ser un déspota –dijo el senador–, pero no creo que sea de los que hacen daño a su propia familia. No un daño físico.

Kilian bebió el resto de la copa de un trago, ignorando el ardor que le bajaba por la garganta.

–Perdonad –el senador volvió a disculparse–. Si Rosem no me lo reveló en su momento, guardemos su secreto. Si me he excedido es por sincera preocupación. Nunca me pidió ayuda, pero se la hubiera ofrecido gustoso, sin dudarlo. Vuestro tío no me da ningún miedo. Jamás he sentido miedo, y no por ser un temerario, sino porque el miedo no tiene nada que ofrecerle al hombre.

–Me gustaría tener vuestra entereza –respondió–. Era… apenas tenía trece años cuando se llevaron a mis padres.

Rellenó de nuevo la copa, bebiendo lentamente, con un intenso desazón en el pecho. Pero sus ojos no derramaban una sola lágrima, conteniendo la ira que sentía.

–No he vuelto a verlos desde entonces –continuó–. Solo sé que la tía Rosem podía hablar con ellos, ocasionalmente, hasta que eso también se acabó.

El silencio habló por ellos. Kilian absorto en sus pensamientos, apaciguaba sus sentimientos con cada sorbo de alcohol, sin prisa. El senador, respetuoso, aguardaba.

–Los encontraré –afirmó el joven–. Ahora no puede dominarme. Y si se interpone en mi camino… bueno, soy diestro en ciertas habilidades.

–La rabia no le ayudará a encontrarlos, ni mucho menos a liberarlos, si es que están recluidos –aconsejó Jano Forte–. ¿Acaso no os previenen contra la ira? Antes debéis aprender a manejar vuestras emociones. Necesitaréis completar vuestro entrenamiento para actuar con inteligencia, en el momento y lugar adecuados. No digo que vuestro deseo no sea justo, pero su tío dispone de recursos que usted no tiene: tecnología, hombres, astucia y todo lo que el dinero puede comprar, y sabe cómo utilizarlos. Tan solo para localizarlos necesitaríais un plan meticuloso, bien preparado. La Fuerza sería vuestra principal ventaja, eso es cierto, puede que la única, ¿pero la domináis como lo haría un caballero jedi? –Kilian negó con la cabeza, con su mirada fija en las llamas de la chimenea–. Entonces aprended la Fuerza. Yo no la entiendo, no tengo esa cualidad. Pero usted sí.

–Me llevaría años.

–Solo tendréis posibilidades si sabéis utilizarla.

–Habláis como un jedi –sonrió resignado.

–Hablo como un amigo que se preocupa.

Aquella frase enterneció al corelliano.

–No le digáis a tía Rosem que sabéis de mi –le pidió–. Vendría a buscarme.

–Ahora habláis con sensatez.

–Os estoy muy agradecido, señor Forte –se levantó y extendió el brazo.

El senador se apoyó en los reposabrazos para levantarse. Lo miró a los ojos mientras se estrechaban las manos. No hacía falta decir más. Kilian asintió con la cabeza y se retiró fuera de la sala. Forte volvió a sentarse en el cómodo sillón, ante el fuego de la chimenea, planificando una visita a cierta dama a la que hacía tiempo que no veía.

Volvió despacio, camino al ala residencial a través de los jardines que separaban la casa del Maestro del resto de dependencias. Era tarde, más allá de la medianoche. Kilian ponía sus pensamientos en orden. Un día muy instructivo y revelador, pero estaba cansado, física y emocionalmente, y su estómago protestaba discretamente por la falta de comida. El silencio y la soledad de los jardines le hacía sentirse misterioso, conspirador, conocedor de íntimos secretos e intrigantes confabulaciones. Sus ensoñaciones se interrumpieron cuando oyó unos pasos por delante suyo. Una luz descubrió a la afable Vandia que avanzaba con su lento caminar y su reconocible cojera, portando una bolsa con diversos comestibles, y una linterna en la otra mano. Ella le miraba sonriente, mientras se acercaba, a modo de saludo.

–Buenas noches –dijo Kilian, desconcertado.

–Buenas noches –contestó la mujer–, ¿quizás quiera

acompañarme a la cocina y tomarse algo caliente antes de acostarse?

–Ehh... me encantaría, claro.

–Bien, pues lléveme esto si no le importa –le pidió Vandia.

Kilian recogió la pesada bolsa que portaba la mujer, y la siguió hasta la cocina.

La llamada

El tahúr se entretenía con una partida de *sabbac sucio* en uno de los numerosos casinos del Sector Azul de Corona, la metrópolis capital de Corellia, unas de las zonas con menos glamour y poco recomendables de la bella ciudad. Se dejaba ganar, salvo por alguna mano ocasional que le venía bien y que no podía desaprovechar la oportunidad. *«¿Para qué jugar si no es para ganar?»* se decía a sí mismo, pero sabía que no debía llamar mucho la atención. Hacía años que se había marchado de Corellia. Cuando un jugador está en racha llega un momento en que nadie quiere arriesgar su dinero contra él, y el único lugar interesante para ser afortunado en el juego dentro del Sector Corelliano era el Sector Azul. El resto de Corellia, el mundo capital, se dedicaba a la explotación rural, con numerosas comunidades granjeras y pequeños pueblos que permitían el desarrollo sostenible del planeta. Las otras ciudades destacables prefería no pisarlas: Kor Vella era un lugar bastante aburrido y en Tyrena se la tenía jurada un galardonado almirante de la armada corelliana con cuya hija, la menor de las dos con las que había galanteado, se había fugado de joven. Cuando su futuro suegro los localizó prometió casarse con ella, jurando que estaban enamorados. Por fortuna para él logró convencer a la muchacha de que no la merecía e incluso, aún no sabe muy bien cómo lo consiguió, para que lo ayudará a escapar el día de la boda.

–Creo que el que buscabas acaba de llegar, Jackson –le dijo una de sus compañeros de mesa, una desaliñada joven con cazadora de piloto.

Efectivamente, acercándose a una de las mesas de azar estaba el hombre con el que había quedado, un oficial retirado de las Fuerzas de Seguridad CorSec, encargadas del orden público en Corellia. El hombre lo reconoció en una breve mirada y se encaminó a uno de los reservados que el casino ofrecía a sus clientes habituales. Poco después entró Jackson.

–No me imaginaba que regresarías –dijo el oficial.

–Ni yo que te retiraras –respondió Jackson, permaneciendo de pie ante la mesa–. ¿O «te retiraron»?

–Mas bien lo segundo. No consiguieron probar gran cosa, pero lo suficiente para un cuerpo como las CorSec. Ahora vivo modestamente, pero más relajado. Siéntate o empezaré a pensar que vienes a cobrarte alguna vieja deuda.

–Lástima, me hubiera venido bien alguien dentro –comentó Jackson, aceptando la invitación–. Eras un recurso inusual en Corellia, bien raro. Y caro.

–Por eso me largaron, por ser «diferente», pero no creo que estemos aquí para hablar de mi curriculum vitae. ¿Qué quieres?

El ex-oficial posó sobre la mesa un pequeño artefacto que activó de inmediato, un interferidor de frecuencias que les daba cierta intimidad.

–Estoy investigando el pasado de la Corporación Hightowers –a pesar del aparatito, Jackson bajó el tono de voz.

–¿Tu haciendo de detective?

–Le debo un favor a un amigo –explicó–, uno irrenunciable que quiero devolver cuanto antes. Cuanto más me retrase más suben los intereses de mis deudas. Él no es de aquí, no tiene las «credenciales» adecuadas. Así que he venido a cobrarme el que me debes.

El oficial retirado rellenó el vaso con el contenido de la botella que había comprado. Se lo tomó con calma, saboreando el primer trago.

–Tenía la esperanza de que no volvieras más.

–Ya ves. Soy un nostálgico. Ya puestos antes de marchar también podrías devolverme los mil ochocientos créditos que te presté.

–La Corporación es legal, y una de las importantes de Corellia –comentó para no tener que responder al asunto económico–. No encontrarás casos de corrupción. Además, están bien asesorados por Lia Hightowers, la mujer del propietario, que pertenece al Consejo Judicial de Corellia. Sí es cierto que están tomando medidas para prevenirse del nuevo escenario que se plantea con todo el lío de los secesionistas. Están armando muchas de sus naves comerciales, pero dentro de lo legal. También he oído que han contratado al teniente Retard, un viejo conocido de las CorSec, para la seguridad personal del mandamás.

–Estás siendo muy amable. ¿Qué hay de sus relaciones políticas? Según tengo entendido, intentaron conseguir algunos cargos, siendo el más destacado el de senador en Coruscant.

El ex-oficial calló otra vez. Volvió a beber, sopesando qué decir y qué callar.

–Bueno, ahí hubo algo, pero no se pudo demostrar nada. Como

sabes, la CorSec se encarga de la seguridad de los senadores de Corellia, tanto aquí como en Coruscant. Hace cinco años Garm Bel Iblis revalidó su cargo de senador. La familia Hightowers intentó poner un candidato, el hermano menor del «patriarca», Arno. Era la segunda vez que se presentaba, y esta vez gracias a la pasta que empleó la familia en promocionar su campaña, tenía posibilidades serias de conseguirlo. Y Arno ya no era el inexperto orador de la primera vez. Se lo había preparado bien, apareciendo en todas partes: en los astilleros orbitales, en las comunidades agrícolas, viajó de un planeta a otro del sector. Ya sabes lo pesados que se pueden poner los políticos en campaña. Gracias a la Corporación podía estar en decenas de sitios en muy poco tiempo, superando las intervenciones de Garm Bel Iblis, que además tenía que ocuparse de los asuntos de la República y andaba muy ocupado en el Senado criticando al Canciller Palpatine. Algo que sigue haciendo, por otra parte. Arno era una cara muy conocida. Pero el día decisivo, un debate abierto en la Holored para todo el sector, no estuvo a la altura. Su argumentación cayó al nivel de sus inicios. Pésimo, casi de principiante. Garm Bel Iblis le desautorizaba a placer. Todavía se andan preguntando qué le pasó, cómo pudo arruinarlo todo en el último momento. Las encuestas le destronaron y al final los corellianos optaron por la continuidad. Mejor, yo voté por Garm.

–¿Y qué pasó? –preguntó Jackson, intrigado por la información que el resto de corellianos no podían saber, pero alguien como su amigo sí.

–Es curioso, el día del debate ocurrió un hecho inusual. Al finalizar el programa Arno ofreció su transporte privado a Garm

Bel Iblis, en un acto que se interpretó de desesperada caballerosidad por intentar congraciarse con la opinión pública, haciendo el papel de buen perdedor. En la CorSec nos opusimos rotundamente; su deslizador no estaba comprobado y era toda una irregularidad en el protocolo, pero el senador aceptó, desoyendo nuestro consejo. Obviamente los acompañaron dos de nuestros hombres y fueron escoltados por moto-jets. No ocurrió absolutamente nada.

–Se dejó vencer porque sabía que iba a pasar algo –concluyó el tahúr.

–Y fuera lo que fuera, lo desarticuló con el cambio de planes –asintió el oficial.

–¿No se investigó el transporte de Garm Bel Iblis?

–Limpio. Ni explosivos ni sabotajes. La CorSec dio por cerrado el caso, pero uno de los investigadores, amigo mío, continuó por su cuenta. Creía que podrían haber intentado atentar contra la vida del senador en la ruta de vuelta a su residencia. Sin embargo, fue reasignado a la División Anti-Contrabando, donde curiosamente trabajaba el Teniente Icino Hightowers, sobrino de Arno.

–¿Y ahora donde está?

–Muerto, pero no de lo que piensas –se adelantó el oficial–. Una enfermedad pulmonar.

–¿Qué fue de Arno? –al tahúr le quedaba poco por preguntar.

–Desapareció de la vida pública. Su sonoro fracasó le apartó de la carrera política y ya no le seguimos más la pista. Supongo que volvería a trabajar para la Corporación.

Jackson bebió un sorbo, relacionando los hechos y las fechas que le había proporcionado Coshar Teelk. Su contacto le echaba miradas de reojo, intentando transmitirle que ya había dicho suficiente.

–¿Sabías que Arno tenía un hijo? –preguntó finalmente.

–Sí. Tenía un chaval de doce o trece años. Ahora que lo mencionas, ese muchacho tuvo problemas más tarde. Se metió en una banda de moto-jets, los nebulones azules. Les dio buenos quebraderos de cabeza porque tuvieron que pagar multas, fianzas y los gastos de las gamberradas de la banda. Todavía están en activo, por si te interesa. Están aquí, en el Sector Azul, el único lugar donde se tolera su presencia. De ahí lo del color. Lo de nebulones es por la marca de aceleradores que les gusta. En el resto de Corona sólo pueden circular individualmente. Si se les ocurre ir en grupo se les conmina a dispersarse o volverse para aquí.

–Creo que me acercaré a hacerles una visita, a ver qué me pueden decir.

Se oyeron unas voces al otro lado de la puerta y un golpe seco contra la misma. El oficial retirado se levantó de un salto, por instinto, sacando un bláster pesado de debajo de la mesa y apuntando a la puerta.

–¡Pero hombre! ¿No te fiabas de mí? –protestó Jackson–. Será mejor que guardes eso. Estos que vienen lo hacen por otro asunto que quería comentarte, pero llegan antes de tiempo.

La puerta se deslizó hacia arriba y aparecieron dos individuos altos, ataviados con blindaje corporal y un singular casco que cubría por completo rostro y cuello, con un característico visor

horizontal a la altura de los ojos del que ya había visto imágenes anteriormente. Portaba cada uno un rifle bláster. A saber cómo habían conseguido llegar hasta el casino con todo ese equipamiento sin que la CorSec les hubiera detenido. El sector Corelliano no era un lugar donde uno pudiera introducir armas ilegales fácilmente como en los Territorios del Borde Exterior, aunque quizás las habían comprado en el distrito en el que se encontraban, el único lugar de Corellia donde uno podía encontrar cualquier cosa que pudiera pagar.

Se coordinaron al unísono. El de la derecha apuntó a Jackson y su compañero al oficial retirado, que no bajaba el arma.

–¿Quienes sois vosotros y a qué maldita compañía pertenecéis? –exigió el ex-oficial, lejos de amedrentarse.

–Jackson –dijo uno de los dos.

–El que habla y suscribe, amigos –el tahúr levantó las manos en señal de paz–. Yo les he llamado. ¿Podemos sentarnos a hablar tranquilamente como seres civilizados? Tenemos pastelitos.

El tahúr seleccionó una opción de un panel de la mesa del reservado y enseguida apareció una bandeja de un compartimento de la pared. Los recién llegados continuaban de pie, apuntándolos con los rifles. Jackson se sentó tranquilamente, quitó el envoltorio de uno de los pasteles y comenzó a masticarlo.

–Están buenísimos, ¿seguro que no quieren uno? Bueno, con ese casco les será difícil, claro –continuó mientras se miraban los unos a los otros–. Capitán… –dijo susurrando al ex-oficial, animándolo a bajar su arma.

El aludido accedió a posar el bláster encima de la mesa, poco a poco, sin provocaciones y con el temple sereno. Finalmente se sentó, momento en el que los dos «invitados» bajaron a su vez los rifles, apuntando al suelo.

–Usted dijo que tenía información para nosotros –dijo el mismo de antes.

–Y así es –contestó Jackson–. Y estoy dispuesto a dársela gratis porque soy un alma generosa.

El retiro

El joven corelliano avanzó quinientos metros en apenas un minuto, a todo correr por el sendero montañoso de la ladera sur de los riscos que estaba explorando. No estaba mal considerando lo accidentado del terreno, los requiebros del camino y los continuos saltos para sortear rocas y troncos caídos. Claro que el furioso cuadrúpedo que le perseguía, de tonelada y media de peso, gruesa piel endurecida y con tres afilados cuernos, dos a la altura de las orejas y uno frontal, le animaba a batir su propio récord de velocidad. A pesar de su tamaño, el animal no se rezagaba; también estaba motivado. El flabento quería expulsar de su territorio a aquel molesto humano que instintivamente preveía que podría darle problemas, como a tantos otros de su especie cazados para obtener alimento. Mucho mejor si conseguía cornearle o pisotearle hasta la muerte, la ley natural de los bosques. Lo había olido a un kilómetro de distancia, en cuanto el viento sopló en su dirección, y desde entonces inició la persecución sin perder el tiempo con advertencias. El humano era más alto que los que había visto en su lóngeva vida, pero también más delgado.

Kilian no tenía miedo del flabento; en cuanto quisiera podía internarse en la espesura del bosque, donde avanzaría mucho más rápido que la bestia sorteando árboles. Aprovechó el casual encuentro para probarse a sí mismo en una carrera de resistencia, velocidad y coraje. Y no se le estaba dando mal.

Después del severo entrenamiento al que Bronx le había sometido era capaz de aguantar prolongados esfuerzos físicos, ayudado, eso sí, por el vigor que le proporcionaba la Fuerza. La única desventaja era que desconocía aquel territorio, y probablemente el flabento se lo sabía de memoria. Se parecía bastante a todos los grandes bosques montañosos del continente Norte de Loome: crestas montañosas cubiertas de nieve; valles glaciares esculpidos reiteradamente por millones de años de deslizamiento del hielo; cañones, simas y gargantas, formando numerosas cuencas fluviales; y centenarios bosques que cubren casi todo el terreno a excepción de las alturas más elevadas. Así fue que el sendero terminó en la amplia entrada de una cueva, rodeado por la escarpada pared de la montaña por dos de sus lados.

«Ahí dentro hay otra bestia durmiendo», presintió. Paró en seco y no lo dudó: el herbívoro que le perseguía no sería comida de un depredador. Una cosa era jugar con ella y otra causar su muerte. Giró 180 grados y corrió hacia la bestia, quien bajó la cabeza con intención de embestir. Calculó las zancadas precisas, saltó por encima del flabento –quien corneó al aire procurando alcanzar al humano–, y al descender se impulsó con las manos sobre la grupa de la bestia, dando una voltereta en el aire y aterrizando diestramente en el suelo. El flabento, que no sabía a donde había ido su presa, ladeó a ambos lados la cabeza, furioso por haber perdido su oportunidad, hasta dar media vuelta y mirar al humano. Kilian cambió de táctica: alzo la mano derecha a media altura, con la palma abierta en dirección a los ojos del animal. Respiró con normalidad, relajado, invitando al flabento a imitar su comportamiento. Le transmitía que no era una

amenaza, retirándose dos pasos atrás, aproximándose a la ladera. El flabento respiraba enérgicamente, pero permaneció en su sitio, respondiéndole con la mirada. Ladeó con fuerza la cabeza, mostrando los cuernos, orgulloso. Kilian bajó la mano un palmo, sabedor de que no había peligro. «Ve, vuelve al río», le dijo mentalmente. El flabento lo observó curioso, avanzando un paso precavido, dos, hasta ponerse en frente del corelliano. El olor del depredador les llegó a ambos. La bestia se giró hacia la entrada de la cueva, en posición defensiva, pero no pasó nada. «Vuelve al río, está dormido», pensó el corelliano, acariciándole la grupa, percibiendo su miedo. El animal retrocedió, casi se diría que protegiendo a Kilian como si fuera su cría, cuando unos minutos antes no le hubiera importando aplastarlo. «Estoy bien, ve». El flabento retrocedió poco a poco, hasta que se volvió y desandó el sendero por el que ambos habían venido. Se despidió como un amigo. «Molow Habhor tiene razón: no somos tan distintos», reflexionó Kilian. No queriendo tentar más la suerte, se internó en el bosque alejándose de la guarida del depredador.

Al anochecer llegó a la abandonada estación meteorológica que le servía de refugio, construida en la suave planicie del collado que atravesaba la sierra. Bizarro pastaba tranquilamente en las cercanías, sin inmutarse por la llegada de Kilian, con libertad de movimientos. Habían transcurrido seis semanas desde que Bronx, Gorka, Yemlin y Ank' Niwa le dejaron a unos mil kilómetros de distancia de su posición actual. El equipo que le permitieron portar era muy básico: traje térmico de montaña,

cantimplora, raciones para cuatro días, pastillas potabilizadoras, un saco de dormir, cuerda sintética y una mochila. En lo que se refiere a armas tan solo un vibrofilo y la electrovara. No tendría ni macrobinoculares, ni un generador energético ni, por supuesto, un bláster. Tan solo un geolocalizador que únicamente emitía, con el que podrían ir a buscarlo «cuando fuera el momento». El mercenario le aseguró que estaba preparado para una experiencia como esta: lo había entrenado a sobrevivir en las montañas boscosas de Loome, a construirse un refugio, encontrar comida –para Kilian fue un mundo nuevo descubrir todo lo que la naturaleza le ofrecía como alimento sin necesidad de cultivar: frutas, insectos, hojas, raíces y, por supuesto, la caza– evitar a los depredadores; a estudiar las condiciones climatológicas, los diferentes peligros como avalanchas de nieve, desprendimiento de rocas, temporales de nieve, granizo o lluvia, los vientos del norte, y un largo etcétera. Según Bronx, llegaba un momento en que uno debía defenderse solo, y le recordó, por última vez, que en su vida había dependido en exceso de otros. Yemlin se limitó a decirle que la Fuerza le acompañaría en todo momento «si le hacía caso». El resto de lo que necesitaba aprender lo haría en los bosques. Además, tenía a Bizarro. Le abandonaron a su suerte en un valle al que podía acceder el Trast A-A5, descargando al tronador de la parte trasera del camión deslizador. La lógica le dictaba aprovechar el día para construirse una sencilla choza cerca del valle a base de ramas, cañas y hojas; había un sólido promontorio rocoso, rodeado de árboles, donde podría apoyarla y ganarse una pared gratis. Sin embargo, su instinto le animó a cabalgar con Bizarro, explorando los alrededores, algo que el tronador cracio agradeció, deseoso de disfrutar de su hogar natural. Quien sabe,

igual Bizarro encontraba una cueva adecuada para los dos. Así que le dio rienda suelta y se dirigieron hacia el nordeste, subiendo y bajando montes, atravesando pasos de montaña hasta alcanzar el otro lado la cordillera Milaer –que recorría el continente de oeste a este y que frenaba en buena medida los fuertes vientos septentrionales–. De nuevo la mente le decía que se mantuviera al sur de la cordillera, donde el clima era más agradable; la intuición le conminaba a seguir adelante. Cuando inició el descenso por la ladera norte, lo que le llevó un día entero, quedó maravillado por el paraje que se encontró: una llanura aluvial formada por los sedimentos de un caudaloso río que transcurría entre la cordillera Milaer y otra homóloga, de menor altura, más al norte. Desde aquella altitud casi vislumbraba, al oeste, la desembocadura del río en el frío océano central. Los últimos rayos de sol del día se reflejaban en las aguas, confiriéndole un tono dorado que le hacía parecer un río de oro. No distinguía las fuentes del río, que se perdía en una garganta. A este lado de la cordillera los vientos castigaban duramente la montaña, derribando los árboles más longevos o los que no tenían tanta suerte de crecer al amparo del viento. Buscó algo que le ofreciera abrigo para pasar la noche: no encontró ninguna cueva y era demasiado tarde para construirse la choza que tenía en mente. Sin embargo encontraron refugio debajo del tronco de un inmenso árbol derribado que había quedado apoyado sobre un conjunto de rocas. Comprobando que el tronco no cedería, se procuró una improvisada tienda a base de abundantes ramas caídas a ambos lados del tronco, atándolas con la cuerda sintética que portaba y dejando una entrada lo suficiente ancha para que entrara el tronador. Aunque probablemente Bizarro podía dormir al aire libre, cubierto por su

grueso pelaje, prefería que le sirviera de fuente calor. Ambos se acurrucaron debajo del tronco, cerca de las rocas, y Kilian se introdujo en el confortable saco de dormir, apoyándose en el costado del tronador. Las medidas no fueron suficientes e incluso dentro del aislante saco, con la ropa térmica, pasó frío. El viento se colaba entre las ramas y hubo un momento en el que pensó que se llevaría por delante las improvisadas paredes, pero la construcción resistió.

Poco antes del alba se alimentó de las raciones y bebió un largo sorbo del agua de un riachuelo. El agua era tan limpia y cristalina en aquella altitud que no consideró necesario potabilizarla. Con las primeras luces descendieron al valle, donde animó a Bizarro a alcanzar su máxima velocidad, a grandes zancadas. Aunque era una cuarta o quinta parte de la velocidad que podía alcanzar con una motojet o un acelerador, los cien kilómetros por hora del potente tronador cracio le hacían recordar la excitación de las carreras, con el añadido de tener que contar con la orografía de la superficie, que dificultaba la marcha aumentando el riesgo y el placer. En una motojet como mucho podía volar a ras del suelo, pero volaba; no tenía que calcular las zancadas de un animal ni vigilar por donde llevarlo –aunque el tronador se encargara de saber donde pisar– tan sólo debía preocuparse de no chocar contra nada. Después de divertirse ambos –la complicidad con Bizarro era otra cualidad que no podía darte un vehículo– aminoró la marcha para no forzarlo. Continuaron remontando el río cerca de sus orillas, buscando vados cuando se cruzaban con algún afluente, hasta que a media tarde localizó en la distancia una cueva que podían utilizar para pasar la noche. Dedicaron lo que quedaba del día

para ascender hasta la cueva que, afortunadamente, estaba abandonada. La segunda noche, mejor resguardados, fue mas suave que la primera, pero se percató de que su cuerpo no se encontraba bien. Tenía escalofríos y se le taponaba la nariz, y probablemente tenía fiebre. No obstante algo en su interior le susurraba al oído que continuara su camino. El tercer día, y dado que el río provenía de una estrecha garganta, buscaron un punto donde cruzarlo y ascendieron monte arriba hasta alcanzar un collado por el que avanzaron hasta que, para su sorpresa, se encontró con una antena de estación meteorológica, solitaria e inactiva, apuntalada en una gran roca. Disponía de varios sensores, transmisores y receptores, y una placa identificativa. Exploró los alrededores hasta que encontró el final de un estrecho camino de tierra apisonada, sin vegetación alguna, quizás compactada o tratada químicamente. Rió tan fuerte que si hubiera algún depredador por la zona hubiera despertado su interés. Había hecho caso de su intuición, algo que Mirlo le repetía regularmente: «utiliza la mente para lo que sirve, es un buen instrumento, pero sigue lo que dicta tu corazón cuando sutilmente te susurre. Haciéndole caso conocerás la Fuerza, y la Fuerza acudirá en tu ayuda». Siguieron el camino, que serpenteaba descendiendo por el collado hacia una sierra de cimas picudas que nacían en esta parte de la cordillera, apuntando siempre hacia el norte. Avanzaron un buen trecho, ya sin obstáculos ni rodeos, dejándose llevar por Bizarro. Agradeció el sendero como una bendición caída del cielo, porque comenzó a encontrarse cada vez peor. La fiebre le había subido y le temblaban las manos, y una espesa nube se formaba en su cabeza. Consiguió mantenerse consciente controlando la fuerza que anidaba en su interior, a pesar del malestar y del

deseo de tumbarse. El tronador trotaba lo más rápido que podía vigilando que su jinete no se cayera. El vínculo que habían formado entre ellos se podía decir que era de sincera amistad. La sierra se ensanchaba, obligando a dirigirse hacia el noroeste, subiendo de altitud. Cuando Kilian estaba a punto de dejarse caer, ardiéndole la frente y empapado en sudor, Bizarro hizo un último esfuerzo y llegaron al collado de la sierra, descubriendo un edificio abandonado en la planicie, una antigua estación meteorológica. Frontalmente se veía una puerta a la derecha de unos enormes ventanales que permitían ver una sala deshabitada. El tronador se paró en la puerta del edificio, gruñendo a modo de aviso, pero no había nadie. Kilian descabalgó con dificultad –los huesos le dolían– y cuando fue a buscar un panel donde operar la apertura de la puerta, ésta se abrió sola al detectar su presencia. Quedaba energía en el edificio. Entró y ojeó a su alrededor: una sencilla sala de unos ocho metros cuadrados, con tres puertas en la pared norte, además de algunos computadores, paneles y monitores incrustados en la pared, con sillas giratorias donde sentarse para manipularlos. Al lado de los ventanales había algunos sillones, orientados para disfrutar del paisaje. Ahora que no se tenía que preocupar por su seguridad, con el tronador de guardia, Kilian se sentó en uno de ellos y cerró los ojos, centrado en su propio cuerpo. Al principio le costó regular la respiración, ralentizarla al ritmo que requería. En cuanto lo consiguió, absorto en la tarea, fue fijándose en cada uno de los síntomas que detectaba: la fiebre, el temblor, el sudor, los dolores óseos. Focalizó su energía en cada uno de ellos, dejando que la Fuerza hiciera el resto, disminuyendo la temperatura corporal y estabilizando su pulso. Veinte minutos mas tarde notó que la enfermedad

desaparecía, sabedor de que la Fuerza continuaría, de algún modo, el trabajo iniciado. Se quedó dormido. Al día siguiente sanó completamente. Concluyó que la primera noche del viaje, en aquel refugio improvisado, había minado sus fuerzas lo suficiente para que algún microbio afectara a su organismo, probablemente introducido al beber el agua de las montañas. «Seguir tus instintos está bien. Saber escuchar a la intuición maravilloso, pero si te dan unas pastillas potabilizadoras por algo será. Úsalas. La razón tiene su función».

Seis semanas desde que empezó la aventura. Seis semanas en las que Kilian vivía enfocándose cada hora en lo que tenía que hacer, y no en lo que le hubiera gustado. En aquellas condiciones adversas era fácil olvidarse del pasado, que en medio de la majestuosidad de las montañas de Loome no tenía lugar. Su vida anterior parecía un sueño del que uno acababa de despertar. Por otro lado, necesitando cada jornada de proveerse de víveres, el futuro se limitaba a los planes del presente inmediato. El espacio de tiempo más largo que podía permitirse era qué necesitaría para el día siguiente, a qué zona iría a cazar o a recolectar. Confeccionó un horario de tareas, parecida a la que ya estaba acostumbrado, que incluía la exploración de regiones circundantes y la obtención de alimentos, además de las cotidianas como la práctica en la Fuerza y cuidar de Bizarro. Estaba tan ocupado que ni siquiera pensaba cuando vendrían a recogerle. De hecho se sentía tan mentalmente descansado que albergaba el deseo subconsciente de que cuanto más tardaran mejor.

La estación meteorológica se construyó como edificio de autoconsumo energético, aprovechando las energías renovables.

Disponía de varios molinos de viento sin aspas que oscilaban según la dirección del viento, generando electricidad suficiente para abastecer la estación, y de unas baterías de almacenamiento para los insólitos momentos en los que no había viento. El sistema estaba automatizado para seguir funcionando sin necesidad de intervención humana. Seguramente vendrían a hacer reparaciones básicas, puesto que tenía un dormitorio y una despensa con cajas de víveres. Sin embargo, los alimentos estaban caducados y los computadores y los dispositivos electrónicos estaban apagados. En sus primeras investigaciones subió al tejado a comprobar el estado de las antenas y sensores climáticos y, a pesar de no ser un especialista técnico, parecía que simplemente habían dejado de registrar datos. Lo más seguro es que la estación fuera abandonada por falta de presupuesto o de interés y, afortunadamente para él, aún funcionaba el sistema de energía y el soporte vital. Tener luz, calefacción y una cama donde dormir era todo un lujo.

El cielo descargó su ira sobre la tierra, con el único preaviso de un solitario y estruendoso relámpago. El viento arremetía contra las montañas, la intensa y continua lluvia generó nuevos ríos y torrentes horadando la tierra y arrastrando consigo todo lo que estuviera en la superficie, acompañada por rachas de grueso granizo que blanqueaban la tierra. El techo de la estación retumbaba con la percusión de los elementos de la naturaleza, el ruido ensordecería cualquier conversación si no fuera porque no tenía a nadie con quien hablar. Bizarro golpeó la puerta

suplicante, y entró de inmediato cuando Kilian la abrió, dejando la entrada hecha un desastre. Estaba empapado, con el pelaje pegado sobre su cuerpo y la grupa y la cabeza cubiertos de granizo. Se quedó en una esquina temeroso del poder de los cielos de Loome; era la primera vez que lo veía asustado. Desde dentro, él disfrutaba del espectáculo que le ofrecía la naturaleza, a través de los anchos ventanales de la pared norte, desde el suelo hasta el techo, de acero transparente que no se amilanaba ante la fuerza del granizo. La orquesta de sonidos le acompañaba: el golpeteo constante del agua encauzada desde el tejado hacia los laterales, armonizado con el ruido de millones de gotas golpeando el suelo, como si quisieran matarlo; el choque contundente amenazador de los pedruscos de hielo, los contundentes truenos que cuando eran lejanos parecía que la tormenta aminoraba su fuerza para, a continuación, estallar uno cercano que anunciaba su intención de quedarse para largo. Impulsado por un instinto natural, salió al exterior a envolverse con la tormenta, extendiendo sus brazos lateralmente, en forma de cruz, con las piernas ancladas en el suelo, invitando a los elementos a abrazarlo. En apenas unos segundos se caló hasta los huesos. La lluvia acariciaba cada centímetro de su piel y el hielo magullaba cada músculo de su cuerpo, pero no sentía dolor. Tenía que entrecerrar los ojos para protegerlos, pero no quería perderse la magnificencia del ataque del cielo contra aquellas montañas que resistían orgullosas su embiste. Ignoraba el frío de su cuerpo, ni siquiera temblaba. El viento pretendía levantarlo sin éxito: sus piernas parecían ancladas a la tierra. Sus sentidos se fusionaron con la tempestad hasta el punto de que se sentía uno con ella. Absorto por el poder de los elementos se olvidó de sí mismo. No quedaba rastro del joven corelliano,

apartado de sus padres por sus propios parientes; ya no existía el impulsivo estudiante del Templo, deseoso de alcanzar el rango de padawan; había muerto el renovado Hightowers, discípulo de la Fuerza bajo la supervisión del Maestro Al Dalma. Era la ventisca, la lluvia y el pedrisco. Era la montaña y el bosque. Era el cielo y la tierra. Acarició la esencia de Loome.

En la Granja, muy lejos al sur, el Maestro Dalma sonrió alegre, mirando al cielo; y Molow Habhor, que se hallaba con él, se preguntó por qué.

La tormenta fue perdiendo fuerza lentamente; los truenos se oían cada vez mas lejos. Dejó de granizar y la lluvia, fina y reparadora, lo acompañó un rato hasta que finalmente las nubes agotaron sus reservas. El viento descansó sobre las laderas de las montañas y el sol discretamente apareció tras los cúmulos nubosos. Bizarro salió al exterior, oliendo el fresco ambiente, que traía el trinar de las aves que surgían de sus escondrijos. Kilian volvió a ser el que era, observando a su alrededor. Entonces vio en su mente una imagen nítida de Coshar Teelk en el asiento de artillero de un caza espacial, y supo que su tutor venía a visitarlos.

Un viejo amigo

Fue un reencuentro emotivo, de sincera amistad. Coshar abrazó a Kilian en el exterior de la estación meteorológica. Observando la inusual escena de un jedi mostrando gestos afectuosos, se encontraba el mercenario Bronx, el gamorreano Gorka y el twi'lek Ank'Niwa.

Observó a Kilian, apoyando sus manos en los hombros del otro, estudiando cómo había cambiado su pupilo durante los años de vida en La Granja.

–Te veo bien –concluyó con la mirada alegre, pareciendo que no hacía falta decir mas.

Continuaron el resto de saludos. Bronx bromeó sobre el hecho de que Kilian encontrara la estación meteorológica, comentando que era un tramposo –a lo que Gorka asintió orgulloso del joven corelliano– y que tenía que haberse construido una choza. Después confesó cómo se sorprendieron cuando la señal del localizador daba la posición de la estación. El mercenario aceptó que, a final de cuentas, cuando uno se vale de sí mismo debe utilizar todos los medios a su alcance, y si la intuición y sus habilidades le condujeron hasta allí, bienvenido sea.

–Por lo que a mi respecta –comentó el mercenario– tu entrenamiento ha finalizado. Poco más puedo enseñarte. Si fueras un soldado te faltaría el bautismo de fuego, pero dudo que sea lo que tengan reservado para ti. Tan solo continuaremos

practicando para que no pierdas tus aptitudes. Además, Gorka sigue necesitando un saco donde golpear sus puños –guiñó al joven Hightowers al tiempo que el gamorreano golpeaba bruscamente su espalda en señal de aprobación.

Descansaron unas horas en aquél lugar, aprovechando un soleado día que resaltaba la belleza del salvaje entorno. Ank'Niwa paseó por los alrededores, dando una vuelta con Bizarro –el tronador cracio accedió de mala gana a ser montado por otro que no fuera Kilian–. El gamorreano se fue a cortar leños, aunque no los necesitaran para nada. Bronx se entretuvo en revisar el estado de la estación meteorológica y a confirmar las suposiciones de Kilian, pero tendría que venir Ki-Dacmu para realizar las reparaciones y reemplazar algunos componentes si querían que volviera a enviar datos de manera automática. El jedi y su antiguo aprendiz intercambiaron noticias.

Coshar primero le explicó cómo había llegado hasta Loome: gracias a un ex-compañero de Bronx, piloto de cazas espaciales reconvertido al transporte privado de pasajeros mientras no saliera nada mejor; una manera discreta y precavida, necesaria para salvaguardar el secreto de La Granja. Luego le preguntó cómo había llevado el retiro de supervivencia, preocupándose por su relación con la Fuerza. Kilian le contestó explicando cada experiencia tal y como la había vivido. Después Kilian le preguntó por el viaje, por la Orden Jedi y por el motivo de su llegada. El jedi le contó que el Maestro Dalma le había solicitado al senador Jano Forte que le rogara que viniera lo antes posible. Le extrañó el carácter de urgencia y arregló rápidamente los asuntos que no podía postergar. Sobre los últimos acontecimientos de la Galaxia –que para ellos “últimos”

se podía referir a varios años atrás– Coshar quiso reservarlos para la reunión que tendrían con el Maestro, pero no tuvo reparos en contarle hechos menores del Templo. Acabaron por hablar de su amigo Válar, a quien el accidente en el viejo deslizador RGC-16 de su tutor le había dejado paralítico. Había rechazado el uso de prótesis, utilizando una silla repulsora para sus desplazamientos, posiblemente para recordarse así mismo cómo había llegado a esa situación. No por Kilian, a quien no guardaba rencor, sino por él mismo, que no había mantenido la calma y se había dejado llevar por sus miedos e inseguridades. El prometedor padawan dedicó sus esfuerzos a ingresar en el Cuerpo Médico de los jedi, donde ahora trabajaba felizmente. No obstante Kilian se apenó igualmente, hubiera podido ser una *gran jedi*, quizás un hábil diplomático como Coshar, resolviendo conflictos consulares.

–¿Sabes por qué no estoy de acuerdo con que la Orden sólo acepte niños?– le preguntó retóricamente, retomando la última conversación que habían tenido–. La Orden es excesivamente precavida con el peligro de la caída en el Lado Oscuro de la Fuerza. Las guerras Sith fueron terribles y, de la misma manera que centraron toda la enseñanza en Coruscant, decidieron que era más adecuado seguir la progresión de un discípulo desde la infancia. Para la Orden no es apropiado iniciar a un aprendiz si ha superado cierta edad. Los niños son inocentes, y aún son los suficientemente jóvenes como para no albergar odio, rencor o miedo, siempre que el ambiente familiar de sus primeros años de vida sea estable y sin traumas. Se les puede enseñar a manejar sus sentimientos y a que no sean dominados por las emociones. En un adulto es difícil, ya tiene una vivencia previa. Las

aflicciones que haya sufrido han hecho mella en él, le han marcado, y volverán a surgir. ¿Pero acaso no hay adultos que han sabido madurar, criados con amor, recibiendo una correcta educación de sus padres? ¿Por qué negarles a ellos la enseñanza de la Fuerza tan sólo porque no fueron descubiertos a tiempo? Y aunque tuvieran algún trauma, ¿no serían capaces de superarlo con la ayuda adecuada? Incluso sospecho, y esto es una opinión mía que te confieso, que los Maestros que instauraron la regla se dejaron llevar por el miedo al Reverso Tenebroso. Todos los seres podemos elegir entre el camino fácil, que consiste en dejarse arrastrar por las pasiones y dejar que te dominen, o por el arduo: descubrir tus propios obstáculos, comprenderlos y superarlos, lleve el tiempo que lleve. Esa diferencia es la que determinará el lado luminoso o el reverso tenebroso. ¿Existe algún riesgo de que algún padawan se pase al Reverso Tenebroso? Sí, pero eso también pasa actualmente aceptándolos desde niños, incluso con caballeros que reniegan de la Orden.

La conversación continuó por otros derroteros. Ante el interés de Kilian, el jedi acabó por explicarle varios de los episodios relacionados con su expulsión: las reuniones con el Consejo Jedi y la visita de su tío al Templo solicitando que le devolvieran la custodia. Cuando le contó que su familia había enviado a un caza-recompensas en su búsqueda, Kilian tuvo un intenso y corto flash. Se vio a sí mismo de niño –tendría unos doce o trece años– entre las piernas de su madre y la tía Rosem, que le protegían de un caza-recompensas ataviado con una armadura corporal cubierto de pies a cabeza. Si hubiera descrito la escena con una sola palabra hubiera sido miedo. Fue la ocasión en la que sus padres se lo llevaron de Torre Augusta. Su padre había

fracasado en conseguir el puesto de senador por Corellia, por segunda vez; hartos del férreo control familiar, decidieron huir de su tío. Mamá se lo llevaría a visitar a la tía Rosem, a su planeta, mientras que papá se quedaba «atendiendo los negocios» para reunirse con ellos más tarde. Debían de tener algún plan, pero aquel caza-recompensas les encontró, golpeó a su tía, dejándola tirada en el suelo, y se los llevó de nuevo a Corellia. No volvió a verles. Salió del repentino trance.

–Es la segunda vez que me pasa –aclaró Kilian, ante la mirada de Coshar.

–La Fuerza está despertando en ti –afirmó Coshar–. ¿Has visto el pasado?

–Sí –asintió frotándose los ojos, como si hubiera sido un sueño–, un episodio de cuando era un crío. El caza-recompensas del que hablas es «de la familia».

–Dame toda la información que tengas de ese individuo –le dijo Bronx a Coshar, que acababa de sumarse a la conversación–. Quizás pueda averiguar algo, aún tengo contactos entre mis viejos compañeros de armas.

–Así lo haré –comentó el jedi–. De todas maneras no hay que preocuparse. No sabe donde estás. Y vuestro tío tiene otros problemas. Diría que se ha granjeado la enemistad del Conde Dooku.

–¿Del Conde Dooku? –preguntó Kilian–. Ese es el que está liderando a los separatistas, según nos contó el senador Forte.

–Sí. El que fuera antiguo maestro de la Orden. Lo explicaré todo a su debido tiempo. Solo adelanto que tu tío Garek se reunió con el Señor de Harmet, un colaborador habitual de

Dooku, demasiadas coincidencias. El encuentro acabó violentamente.

–Espero que todo este asunto no te esté causando problemas –dijo Kilian.

–No, no, tranquilo. El caza-recompensas es un hombre con recursos, peligroso, pero mantengo ciertas precauciones. Tengo un amigo que me está devolviendo algunos favores –Coshar decidió no contarle nada más de momento–. Y por tu tío no te preocupes más. Hace más de un año que no sabe de ti. Tarde o temprano te darán por perdido y se olvidarán.

–Me hace gracia cómo vuelven las preocupaciones –reflexionó Kilian–. Llevo días sin pensar en todas estas cuestiones, y ya le estoy dando vueltas a lo de siempre: la familia, la Orden, el accidente de Válar… Me he liberado de toda esa confusión, ya no tengo que preocuparme por ello. Lo que tenga que ocurrir lo hará a su debido momento. Si soy libre, ¿por qué sigo cuestionándolo todo?

–Porque en tu interior no está resuelto –resolvió Coshar–. Y a la mente le encanta pensar, se deleita con ello. Poco le importa que lo que piense sea para bien o para mal. Pero basta de charla. Bronx dice que tu entrenamiento ha finalizado. Bien, no tenemos tiempo para enseñarte a manejar un sable de luz, pero sí para que sepas defenderte de él. Coge tu electro-vara.

Cuando Gorka y Ank'Niwa volvieron, acordaron recoger el equipo, meter a Bizarro en el camión deslizador e iniciar el viaje de vuelta a La Granja.

–Maestro, los Sith han vuelto –anunció Coshar Teelk.

Con estas intrigantes palabras iniciaba la conversación con Al Dalma, esperanzado de que su mentor le proporcionara alguna luz para cuando volviera a Coruscant. Eran pocas las personas que se encontraban reunidas en el despacho de Al Dalma, a parte del Maestro y el jedi: el viejo Mirlo, Yemlin y Kilian. Los demás residentes se encontraban en los campos de los alrededores, en una clase al aire libre dirigida por Vandia. La verdad es que a Kilian le hubiera gustado asistir, ya que la coordinadora de La Granja era una experta alterando el campo gravitatorio de las masas, y hoy sería la primera vez que alguien le enseñaría el poder de la Fuerza comúnmente llamado telequinesia. Aún así su curiosidad por los Sith era mayor, y el propio Maestro consideraba adecuado que estuviera presente. También Yemlin quería estar presente. Era amigo del Maestro desde que lo conoció en el Templo Jedi, y había estudiado bien la historia de la Orden y sus problemas con los servidores del Reverso Tenebroso.

–La Orden tuvo la primera noticia hace nueve años, con la invasión de Naboo –continuó el jedi omitiendo los detalles político-bélicos del asunto, pues el senador Jano Forte ya les había informado de ello–. Lo hemos mantenido en secreto dentro de la propia Orden, mientras investigábamos los acontecimientos e intentábamos averiguar su identidad, y he preferido esperar a que pudiera venir a Loome para contárselo en persona. Tampoco consideré adecuado hacerle llegar la noticia a través de Kilian, pues bastantes problemas tenía ya él. No hemos avanzado. Seguimos sin conocer quienes son, y ahora

la crisis secesionista distrae la atención del Consejo. Aunque no lo han dejado de lado, hay caballeros jedis siguiendo las pocas pistas que han dejado.

–Tarde o temprano tenía que ocurrir –comentó Dalma sin reflejar sorpresa–. Mientras el Universo exista, el Lado Oscuro de la Fuerza estará accesible para aquellos que quieran sucumbir a su poder. Tan solo es cuestión de tiempo que algún ser quiera aprender «sus artes».

–No se trata de un seguidor del Lado Oscuro, o de alguien que haya caído bajo su sombra – interrumpió Coshar–. El Consejo Jedi no tiene duda alguna de que son los Sith. No están extinguidos como se creía.

–Algún discípulo consiguió sobrevivir a la última guerra –evidenció el Maestro.

–*Ocultos se mantuvieron* –comentó Yemlin, por una vez con semblante preocupado–. *Hábiles son si de la vigilancia de la Orden escaparon.*

–Uno de los Sith acabó con la vida de Qui-Gon-Jinn –informó entristecido.

–Una lamentable noticia –comentó el Maestro–. Su sabiduría murió con él. Os confieso que me hubiera gustado que fuera mi padawan. El día en el que le vi superar las pruebas intuí en él una rebeldía tal ante cualquier forma de prejuicio que le avivaba un fuego interno siempre inquieto. Era un alma libre, perspicaz, no encorsetada por la rigidez a la que a veces nos tienta el Código. Sí, para él era más importante comprender la naturaleza de la Fuerza que servir a la Orden. Un auténtico buscador.

El Maestro Dalma inclinó levemente la cabeza, en señal de

aflicción. Los demás aguardaron, respetando su silencio. Parecía concentrado y, al momento, levantó la mirada un poco, por encima de ellos, como si quisiera recordar o descubrir algo crucial. Sus rojos ojos parecían buscar una respuesta, hasta que descendieron para observar a los presentes.

–Un auténtico buscador –afirmó con serenidad.

–Una pérdida lamentable, sin duda –acordó Coshar–. Afectó al Consejo y a muchos otros maestros. Incluso al Maestro Dooku, que abandonó la Orden contrario a la política del Senado y a las decisiones del Consejo. Quizás la muerte de quien fuera su discípulo fuera el desencadenante de algo que lo corroía por dentro.

–*Normal es que la Orden pierda a los mejores...* –comentó Yemlin, visiblemente molesto.

–Yemlin… –le tranquilizó Mirlo–. No es el momento de recordar viejas desavenencias.

–*El momento es* –respondió categórico–. *A lo que hemos llegado mira*.

–¿Pudieron apresar a su asesino? –preguntó el Maestro.

–No, el padawan de Qui-Gon lo mató para salvar su propia vida. Qui-Gon lo entrenó muy bien. Lo nombraron Caballero. Además, ahora es el tutor de un nuevo discípulo del que Qui-Gon dijo que era el «Elegido». Un niño de nueve años que ahora ha alcanzado la mayoría de edad y es una gran promesa. Obi-Wan habla muy bien de él.

–¿El elegido? –preguntó Kilian, curioso–. ¿Lo conocí?

–Es una antigua profecía de los jedi –contestó Coshar–. No lo

conoces, no estaba en tus grupos y era mejor no acomplejarlo, ni a él ni a los demás, con una etiqueta tan especial a los ojos de un niño. La profecía explica que nacerá un ser con tal sensibilidad con la Fuerza que restablecerá el equilibro, destruyendo a los Sith con sus acciones.

–*Y el consejo creído ha, ¿verdad?* –se burló Yemlin.

–Algunos, no todos –respondió haciendo caso omiso al tono de Yemlin–. De todas maneras habían mas maestros dispuestos a aceptar enseñarle el sendero del jedi que los que preferían devolverlo a su planeta.

–¿Pero cómo puede estar la Fuerza en desequilibrio? –se extrañó Kilian–. Eso no tiene sentido.

–Por la incorrecta utilización de los Sith –respondió el jedi–. Por el uso del Lado Oscuro. Debes comprender que los Sith más poderosos siempre han intentado desestabilizar el equilibro del Universo forzando su integridad con el poder del Reverso Tenebroso.

–Sin embargo el joven Hightowers atiende a su discernimiento –intervino el Maestro.

–¿Perdón? –exclamó Coshar.

–¿Cómo va a estar la Fuerza en desequilibro, si ella misma es equilibrio? –prosiguió el Maestro ante la extraña mirada del jedi–. Ella es la Vida, es el fundamento del Universo. Es armonía y como tal no puede dejar de serlo. Nosotros somos los «desequilibrados», somos la materia tosca, imperfecta, con nuestras fantasías e idealizaciones. El lado luminoso y el lado oscuro *«tan solo»* son dos de las varias facetas con las que la percibimos. Qui-Gon la veía como la Fuerza Viva, presente en

todas las cosas, constante e imperecedera; los más pragmáticos vislumbran su energía unificadora, conservadora de la integridad del espacio y la linealidad del tiempo, a nuestros ojos; algunos la distinguen como un campo de energía creado por todo lo que está vivo. El lado luminoso crea, crece, sana; el lado oscuro corrompe, enferma y destruye. Somos nosotros los que juzgamos, los que valoramos, los que no comprendemos.

–Pero matar es un crimen contra la vida. Lo que dice daría una justificación a los Sith para asesinar a su conveniencia –replicó Coshar confuso.

–Es la interpretación de los Sith. Creen que pueden matar y alterar la materia porque ven que el Universo otorga y arrebata, siguiendo su orden natural, y asumen que ellos tienen derecho a hacer lo mismo, tan solo para satisfacer su propia ambición, sus deseos personales, como si la Galaxia girara en torno a ellos. Buscan apropiarse de todo como un agujero negro se apropia de la materia a su alcance, porque no comprenden la naturaleza del Universo, ni les interesa más allá de su ansia de poder. Quien sirve al Lado Oscuro, quien sucumbe al Reverso Tenebroso, al final se descubre esclavizado por las mismas fuerzas que alimentó.

–Entonces la profecía no tiene sentido –concluyó Coshar.

–O fue malinterpretada por el vidente –respondió el Maestro–. Las visiones sobre el futuro son inciertas.

–¿Y el joven? –preguntó Coshar.

–El joven podrá elegir qué quiere ser y en quién quiere convertirse, como cada uno de nosotros. Quizás luche contra los Sith o quizás no, o puede que no complete su entrenamiento. La

Fuerza permanecerá en constante equilibrio. Nuestra labor, si así lo queremos, es descubrir el misterio de su naturaleza.

–¿Y quien no quiera hacerlo? –preguntó Kilian.

–No pasa nada. Como decíamos, la Fuerza está en todas las cosas, sea un jedi, un sith o alguien sin sensibilidad; sea un quarren, un humano o un wookie; una roca, un planeta o un sistema solar. Es nuestra naturaleza más profunda, e ignorarla no nos escinde de ella.

Los dos amigos se abrazaron, deseando volver a encontrarse en cuanto las circunstancias lo permitieran. Se encontraban frente a los hangares, donde Ank'Niwa estaba preparando el Trast A-A5, con ayuda de Ki-Dacmu, para llevarlo hasta la capital. Les acompañarían Yemlin, que aseguraba querer aprovechar el viaje para hablar con él en privado, y Gorka, a quien le venía bien cualquier escapadita fuera de La Granja que aliviara su aburrimiento. Además, tras dejar a Coshar en el espaciopuerto, la expedición viajaría a la ciudad minera de Dag Seher, en el continente norte, con el fin de obtener carbonita a buen precio. Kilian no podría acompañarlos, por mucho que le hubiera gustado. Dado su aislamiento en las montañas del norte se había saltado muchas de las enseñanzas de aquellos días, por lo que pasaría las siguientes semanas bajo la instrucción personal de Mirlo.

–Coshar, me gustaría que te quedaras en La Granja, pero ahora entiendo tu compromiso con la Orden. Me imagino que te lo

habrás planteado varias veces.

–Cada vez que vengo a Loome –le confirmó tomándoselo con buen humor–. No puedo abandonar mis responsabilidades. Tu por el contrario nunca adquiriste ningún compromiso; eres libre de aprender la Fuerza y aplicarla como creas conveniente. Aunque espero que sigas el código, que en el fondo es para todo aquel que vive con ella, no estás ligado a la Orden. Los jedis elegimos una vida de sacrificio, dura, irrenunciable, al servicio de la República, para conservar el orden de las cosas. El Maestro no lo ve suficiente. La República es algo temporal, transitorio. Aunque durara miles de años mas, algún día terminará. Hay que salvaguardar la sintonía con la Fuerza, y eso es algo que necesita toda la Galaxia, no una parte de ella. Claro que el Maestro no es el único que piensa así. Pero la República es demasiado vasta, requiere muchos esfuerzos, mucha dedicación…

–Tengo otra responsabilidad –interrumpió Kilian.

–Puedes quedarte en La Granja tanto tiempo como desees –se adelantó intuyendo sus pensamientos–, aunque te recomiendo que lo hagas como mínimo hasta que el Maestro considere que tu instrucción ha terminado. Esa es la responsabilidad que tienes contigo mismo. No te pienses que porque Bronx esté satisfecho con su parte ya es suficiente.

–No me refería a eso –replicó Kilian, sorprendiendo a su antiguo mentor–, sino a la que tengo con mis padres.

El jedi lo miró detenidamente.

–Ven, paseemos un rato. Hay tiempo –sugirió.

Ambos caminaron al este, alejándose de la pista del hangar y de la casa principal. Ki-Dacmu los siguió con la mirada, pero

Ank'Niwa le dijo algo que hizo volver su atención a los motores del camión deslizador, pasándole un cortador de fusión. Cruzaron entre el hangar y los establos, a orillas del riachuelo que separaba ambos edificios, adentrándose en el bosquecillo pegado a La Granja.

Coshar pensó que tarde o temprano tenía que surgir. Sería su verdadera prueba. Su familia ya no era un impedimento para su entrenamiento, pero sí un conflicto para convertirse en un «jedi». Desde que lo conoció, cuando se lo presentaron por primera vez en el Templo, pocas veces Kilian habló de su pasado, de lo ocurrido. Lo guardaba para sí y recelaba cada vez que preguntaba sobre su familia. No le quedaba otra que ser paciente y esperar ganarse su respeto, hasta que fuera Kilian quien tuviera la iniciativa de contárselo. Además, durante el primer año de su instrucción en el Templo, bastante tuvo con conseguir que no se metiera en excesivos problemas. Era un adolescente desconfiado, conflictivo, con una impulsiva oposición hacia la autoridad en general, y la suya en particular, fruto de los años bajo la tutela de Garek. Si no hubiera sido por su interés por la Fuerza seguramente no hubiera sido capaz de reprimir su rebeldía. La Orden era la única que podía enseñarle a entender sus potenciales e imprevisibles poderes, a descubrir y dar significado a unas habilidades que hasta el momento se habían manifestado de forma espontánea y la mayor parte de las veces inconscientemente. Hasta que no entró en el Templo, Kilian atribuía sus extraordinarios reflejos y sus útiles intuiciones a su propio talento como piloto. Seguramente mientras estuvo en Torre Augusta habría percibido emociones y sentimientos privados de sus allegados pero, no pudiendo

comprender lo que estaba experimentando, o bien creía los demás también podían hacerlo, o que simplemente era más listo. El propio interés del joven corelliano por saber qué era capaz de hacer lo obligó a querer aprender a ser paciente, saber escuchar y procurar no actuar sin reflexionar. Un nuevo mundo se le abría ante él, diferente a lo que había conocido hasta entonces. La empresa no era fácil: tenía que confiar en su tutor cuando la experiencia le había enseñado a hacerlo sólo en sí mismo; debía obedecer a sus maestros cuando el rencor lo había acostumbrado a hacer lo contrario de lo que se esperaba de él; ansiaba convertirse en un jedi sin apenas preparación y obnubilado por sus éxitos como prometedor piloto. Lo que guardaba dentro de sí fue más fuerte que la instrucción en el Templo Jedi, desembocando en el trágico accidente con Valar. No obstante, algo debió de haber hecho bien, pues después de un año sin verlo, y creyendo que no volverían a encontrarse, ahí estaba Kilian abriéndose sinceramente. O quizás precisamente por eso, por la distancia que les había alejado.

Seguían paseando por el bosque. Como no decía nada, su antiguo alumno quiso retomar su último comentario.

–Están retenidos. Ellos querían… abandonar la familia y no lo consiguieron. Sigo sin comprender todo lo que pasó, hay cosas que nunca me contaron, y necesito saberlo. La noche en que huimos… Cuando el caza-recompensas nos apresó, Garek consiguió de alguna manera mi tutela. Estando bajo su poder, no volverían a fugarse. No sin mí –Kilian apartó la mirada–. Aceptarían vivir en Torre Augusta o en cualquiera de sus propiedades con tal de que no me pasara nada.

–Si elegiste vivir en La Granja no tienes necesidad de

preocuparte por el pasado. Garek nunca te encontrará y, como dije, se olvidará de que una vez tuvo la oportunidad de dirigir tu vida. Si tus padres saben que te has escapado, por una parte se preocuparan por no saber donde estas, pero estoy seguro de que también se alegrarán por tu libertad. Eres libre.

–No puedo dejar de pensar qué ha hecho con ellos –confesó Killian–. Sería una canallada abandonarlos, por mucho que durante un tiempo pensara que eran ellos quienes me habían abandonado a mi. Era tan sólo un crío despechado y confuso. Sólo hay un culpable en esta historia, y no fui yo. Cuando acabe mi entrenamiento, puedo averiguar qué ha sido de ellos y rescatarlos.

–Un Jedi no aprende la Fuerza para satisfacer sus inquietudes personales –apuntó muy serio–. El código…

–Si el código te obliga a olvidarte de tus seres queridos me parece cruel, inhumano –interrumpió.

Llegaron al encuentro del riachuelo con uno de sus afluentes, aumentando ligeramente su caudal. Unos 70 metros más adelante el río acabaría formando una hermosa cascada cayendo por el barranco que flanqueaba La Granja en sus lados sur-suroeste, pero no tomaron esa dirección, sino que torcieron al sudoeste, abandonando el placentero sonido del agua que les había acompañado, sumiéndose en el silencio del bosque, donde los pájaros dejaron de trinar, atentos a los caminantes que atravesaban el bosque. La ausencia de sonidos subrayaba la importancia de la conversación.

–Nada te obliga a rechazar tus sentimientos –sostuvo Coshar–. Rechazarlos te llevaría a un conflicto mayor. Pero hazte esta

pregunta: ¿quieres liberarlos porque es lo mejor para ellos, o porque eso tranquilizará tu conciencia?

–Ambas –le respondió tras pensarlo un instante–. Sí, quizás… puede ser que tenga más peso mi propio deseo de salvarlos, de estar con ellos. Me fueron arrebatados, y ellos no pudieron hacer nada para evitarlo. Pero ahora sé luchar, me ha entrenado el mejor, y cuento con algo que no tiene Garek: la Fuerza. Puedo completar mi entrenamiento, conocer de lo que soy capaz. No tengo porque convertirme en un jedi, pero puedo usar la Fuerza.

–¿En tu propio beneficio? –le preguntó.

–Y en el de mis padres, claro está –afirmó–. ¿Por qué no se puede usar la Fuerza para algo bueno, aunque sea algo que quiero para mí? ¿Acaso es malo lo que pido? No le deseo mal a mi tío… no quiero matarlo, sé que no estaría bien. Tan sólo quiero lo mejor para mis padres, que estén a salvo, y que puedan vivir su vida. ¿Es mucho pedir?

–Hazlo –acordó Coshar, ante la sorpresa del joven corelliano–, ve a por tus padres. Y cuando tengas que enfrentarte con tu tío, asegúrate de que en el fondo no quieres acabar con él, no anhelas que él te ataque para tener la oportunidad de responder; asegúrate de que actuarás calmado, sereno, sin que tus sentimientos tomen sus propias decisiones; cerciórate de no causarte un daño mayor empleando toda tu energía en saciar la pasión que sientes por tus padres. Y una vez que lo hayas conseguido, ¿cuales serán las siguientes «buenas intenciones» que cumplirás en tu provecho? Usar la Fuerza para tu propia satisfacción es el camino que conduce al Reverso Tenebroso. ¿Es pedir demasiado? Es contrario a tu entrenamiento.

Kilian se quedó pensativo, sin saber qué responder. Este tipo de dudas eran frecuentes en los padawans que empiezan a pensar por sí mismos. Y requieren, como en toda educación, de la propia comprensión del discípulo. Coshar sabía que una persona nunca podría cambiar la consciencia de otra. Tan sólo podía exponer sus conocimientos, su sabiduría y su experiencia. Era capaz de influir en su antiguo alumno, pero en el fondo dependía de su atención, de su inteligencia y de su propia conciencia. Dejó a su antiguo tutelado, ahora más bien un buen amigo, sumido en sus pensamientos y continuaron su paseo hasta llegar al linde del bosque, alcanzando el aula exterior de La Granja.

El «aula exterior», como así la denominaban, era una suave depresión circular del terreno justo en la frontera entre los jardines que conducían a la casita del Maestro y el bosque. Rodeado de árboles por tres de sus partes, los fundadores de La Granja dispusieron varias rocas planas como asientos, distribuidas en forma de círculo, y una roca central para quien expusiera la charla o enseñanza del día. Alrededor de las rocas, como queriendo cerrar el círculo, plantaron arbustos y rosales para dar mayor intimidad a los asistentes, dejando una abertura en la zona oeste como punto de entrada desde los jardines. Cuando el tiempo lo permitía, muchas de las clases se daban en este lugar rodeado de vida y naturaleza. Se detuvieron en la entrada del lugar. Esta vez fue el jedi quien continuó la conversación.

–La Fuerza está en todos, incluso en tus padres; también en Garek. En el fondo, tu tío no es tu enemigo. Si viniera a por ti tendrías que detenerlo, porque él no retrocedería; él no es consciente de lo que tu sabes. Incluso si se diera el caso, y si

fuera estrictamente necesario, podrías verte obligado a acabar con su vida, si fuera imprescindible para salvar otras vidas o la tuya propia.

Kilian seguía sin contestar, dándole vueltas a lo que quería transmitirle, asintiendo no como conformidad a lo expuesto, sino como confirmación de haber escuchado el mensaje. Necesitaría tiempo para decidirse. Probablemente ganaría su deseo del reencuentro familiar, o el de darle una lección a Garek; o ambos. Y aún así tendría una oportunidad. Su esperanza residía en la acertada decisión de Kilian de completar antes su entrenamiento, lo que demostraba su madurez. Era la hora de partir.

–Cuando… –comenzó a decir el jedi, pero se corrigió a sí mismo al instante–. Si finalmente decides volver a tu planeta natal, búscame y te ayudaré a encontrar a tus padres. Pero has de saber que aunque me tengas a tu lado, estarás sólo. Cuando debas enfrentarte a lo que guardas celosamente en tu interior no podré ayudarte. En esos momentos siempre estamos sólos.

–Meditaré en ello –dijo el joven corelliano, volviendo a asentir con la cabeza –. Ojalá pudieras quedarte más tiempo, pero comprendo que debes volver a Coruscant.

–Que la Fuerza te acompañe –concluyó Coshar a modo de resumen.

–Que la Fuerza te acompañe –contestó Kilian.

Ambos se abrazaron una última vez. Luego, con toda la calma de quien no tiene prisa alguna, su antiguo alumno entró en el aula, buscó una roca adecuada y se sentó en ella, entrecruzando sus piernas y cerrando los ojos. Coshar observó satisfecho.

«Que gran potencial –pensó–. Si lo hubiéramos descubierto

antes…».

El jedi dirigió sus pasos de vuelta a la pista donde aguardaba el Trast A-A5, al norte, esta vez entre el lindero del bosque y el lado este de los jardines, hasta alcanzar el hangar/almacén y rodearlo por su otro extremo, en la zona ajardinada. En la asfaltada planicie frontal aguardaba el camión deslizador, ya preparado y a punto para el viaje hasta la capital Lomist, donde el jedi embarcaría en un transporte intersistema con destino Trevi IV, con el fin de cumplir un recado para el senador Forte. Luego contactaría con el piloto espacial que le había traído a Loome en su caza privado, un Ala-Y BTL-S3 de Koensayr. Desde allí, y realizando diversos saltos hiperespaciales, le dejaría en algún planeta escala de la Espina Comercial Corelliana, donde compraría pasaje a Coruscant. En cuanto sus deberes como diplomático de la Orden le permitieran tener un hueco libre, se dejaría caer por *Las delicias de Nubia* para encontrarse con su particular «espía», el tahúr Jackson, quien por su condición de corelliano tenía fácil la entrada en distritos donde un jedi no sería bien recibido. A estas alturas ya debería haberle dado tiempo suficiente como para averiguar algo sobre la familia Hightowers y, si la Fuerza le acompañara –o la suerte en su caso–, quizás incluso tendría noticias de los padres de Kilian.

–¿Todo bien? –preguntó Ank'Niwa, al ver que volvía solo.

–Perfectamente –respondió el jedi.

–Mejor será que al muchacho vaya a ver –apuntó Yemlin, abandonando el Trast A-A5.

Los demás se quedaron perplejos, intercambiándose miradas

entre ellos. Todos sabían cual era el verdadero motivo por el que el pequeño ser les acompañaba, soportando un largo viaje en condiciones atmosféricas poco agradables. Coshar había oído hablar de la ciudad de Dag Seher, a donde irían tras dejarlo en el espaciopuerto de Loormist, y sospechaba que a Yemlin le venía bien unirse a ellos, conocedor de sus particulares necesidades. El jedi fue testigo de los rumores sobre las aficiones de Yemlin cuando servía como Caballero Jedi en el Templo –él tan sólo era un padawan cuando su verde amigo abandonó la Orden junto con Dalma y Ki-Dacmu–, y los confirmó en visitas posteriores a La Granja.

–No podemos esperarte –señaló el twi'lek–. Quiero pasar el istmo de Grunienberg antes de que empeoren las tormentas.

Yemlin se paró en seco, girando la cabeza por encima del hombro y entrecerrando sus ojitos, como recriminando que permitieran al jedi dar su paseo con Kilian, pero que por él no retrasaran más la partida. Tras pensarlo no mucho tiempo, dejó caer los hombros en un gesto de resignación y volvió sobre sus pisadas. En la entrada del Trast A-A5 se paró y miró al twi'lek.

–*Sin mí marchad* –zanjó.

Asintieron conformes. La cereana era la más sorprendida, hasta el punto de ofrecerse rápidamente voluntaria para sustituir su plaza en el viaje intercontinental. Coshar también estaba asombrado. No tanto por la decisión de Yemlin sino más bien por el grado de vinculación que demostraba tener con su antiguo alumno. Ank'Niwa no le dio tanta importancia, despidiéndose del enano e invitando a los demás a subirse al Trast, aunque una mirada de complicidad entre ellos le hizo sospechar que el negocio de Yemlin seguiría su curso. Después de Ki-Dacmu y

de Gorka entró Coshar y, por último, el twi'lek, quien cerró la puerta tras de sí para dirigirse a la cabina. La cereana le ayudaría en el pilotaje, encargándose de interactuar con el computador de sensores y los transreceptores de espectro completo; controlaría la orografía, el mapa meteorológico y las comunicaciones vía satélite. El gamorreano se acostó en la parte trasera del camión deslizador; pronto escucharían sus ronquidos. Coshar se sentó en uno de los asientos adicionales de la cabina, arrebujado en su capa. Observó a Yemlim a un lado de la pista, aguardando su partida, hasta que el vehículo giró en dirección a la salida y aceleró, dejando atrás La Granja.

La circular PMI

El astillero A4 de Ciudad Hightowers rebosaba de actividad y bullicio. Centenares de técnicos, soldadores e ingenieros se afanaban en transformar la corbeta corelliana *Torre I* en una nave de combate. No era la primera adaptación que sufría. En sus inicios tan sólo fue una corbeta de transporte con algunas comodidades, con la que el padre de Garek cimentó sus negocios. Cuando éste transformó la pequeña empresa familiar en una Corporación de transporte de viajeros y mercancías, con miles de naves espaciales a su disposición entre cargueros ligeros, pesados, transespaciales, etc., Garek sugirió a su progenitor hacer una serie de modificaciones para que le sirviera de nave diplomática de lujo, al que accedió satisfecho. Las corbetas corellianas, siendo naves multifunción, pueden abarcar distintos tipos de misiones, y con algunos cambios no muy costosos, gracias a su diseño modular, se pueden focalizar sus características en una determinada dirección.

–En una semana terminará de estar lista –dijo Knei, la cuñada de Garek, ingeniera y consejera de la Corporación Corelliana de Ingeniería, sentada en su habitual silla repulsora–. El equipo de especialistas que te he traído trabaja espléndidamente y han adelantado una quincena sobre la fecha prevista.

–No tendrá la potencia de fuego de una fragata de escolta, pero se defenderá bien –continuó su hijo Ablon, capitán de una fragata de guerra–. Puede hacer mucho daño ahora que tiene

ocho cañones turboláser dobles y se han modernizado los computadores de control de fuego, el suficiente como para incomodar a una nave de tamaño superior, o librarse de un escuadrón de cazas. El casco y los escudos aguantarán el tiempo necesario para saltar al hiperespacio.

–Ya no habrán habitaciones consulares ni de lujo, salvo las suyas personales –explicó Knei–. En su lugar estarán los dormitorios para los nuevos marinos y las tropas. Podrá disponer de una guardia personal de cincuenta hombres, suficientes para proteger la nave de un asalto y vigilar las áreas cruciales con el fin de evitar sabotajes indeseados.

–Tía Knei, si me permite hablaré con Nieder para que proporcione soldados de élite que puedan servir para pequeñas incursiones. No creo que mi padre se dedique a asaltar posiciones en tierra o a abordar otras naves, pero quiero a los mejores. No se repetirá el episodio de Tepasi.

–Ven a cenar con nosotros esta noche y se lo podrás solicitar en persona.

–Gracias. Si no os importa, invitaré al teniente Retard –solicitó Ablon, mirando de soslayo a Garek–. Creo que se entenderá bien con Nieder y no habrá problemas en que colaboren en la selección de los hombres.

–Si os fijáis –consintió Knei con la mirada, volviendo al tema por el que la habían llamado– hemos reforzado el blindaje de la aleta estabilizadora y del área dorsal –señaló en el centro de la nave–. Será considerablemente difícil que puedan inutilizar la nave.

–Así compensamos uno de los puntos débiles de las corbetas,

padre –aclaró Ablon–. La aleta es fundamental para la maniobrabilidad atmosférica, vital para una huida rápida al espacio. Le aconsejo que siempre que pueda descienda a la superficie, lo que debería haberse procurado en Tepasi por muchas pegas que pusieran. Si no llega a ser por la sangre fría de su caza-recompensas no hubiera alcanzado la Torre I. Conviene disponer de su protección en el menor tiempo posible. Además, los daños a la aleta afectarían al reactor principal, que se encuentra debajo de la misma, y habría que apagar todos los sistemas para evitar una explosión del reactor, lo que nos dejaría indefensos.

–Veo que estás bien informado, sobrino –elogió Knei–. No ha sido necesario modificar el motor de hiperimpulsor –continuó–. La celeridad para entrar en el hiperespacio sigue superando al de muchas otras naves e iguala a la de los mejores cazas de combate. Es un requisito que siempre hemos mantenido para la Torre I, fuera cual fuera su propósito. Por lo que sí he optado es por incorporarle un hiperimpulsor de seguridad y potenciar los generadores de escudos, a costa de reducir la bodega de carga y eliminar los espacios de entretenimiento. La sala de juntas permanece sin cambios.

–¿Tripulación final? –preguntó Garek.

–Catorce oficiales y ciento treinta marinos. Aumentar el número y variedad de sistemas implica aumentar el número de especialistas. Podrían haber sido más, pero no la hemos transformado completamente en una nave militar.

–Gracias, Knei, un gran trabajo, responde a mis expectativas. Ablon, hijo, habla con el capitán Dexterios para que inicie la selección del nuevo personal. Espero que puedas ayudarle

eligiendo a los artilleros y al equipo de armamento.

–Sin problemas, padre.

Los Hightowers observaban la corbeta corelliana desde una plataforma repulsora, manejada por el propio Ablon, situada a la debida distancia para no interferir en las operaciones. Además de los mencionados, también se encontraba su primogénita Darlah, heredera y mano derecha de la Corporación y el siempre fiel y diligente secretario Perkins. El ruido del metal contra el metal era ensordecedor y requerían de comunicadores auditivos a pesar de mantenerse tan juntos, así como de gafas de visión especiales que les protegían de los continuos y cegadores fogonazos de las soldaduras energéticas. Un enjambre de droides mecánicos asistían a los operadores humanos, y un continuo ir y venir de plataformas de carga mantenían al piloto en alerta para evitar desagradables incidentes.

Garek estaba convencido de que la guerra civil era inevitable. Cuatro meses atrás se había reunido con el obeso Señor de Harmet en el planeta Tepasi, quien le propuso formar parte de una futura alianza de sistemas solares descontentos con la corrupción de la República. Alianza que rechazó, pensando más en sus intereses. Quizás hubiera sido mas conveniente trabajar a ambos lados, pero esa era una estrategia peligrosa que podría ser descubierta por un sabio maestro jedi como Dooku. El plan del Conde estaba teniendo éxito. De ser una coalición formada en la clandestinidad, que esperaban que la República Galáctica cayera por sí misma, se habían convertido en un sólido movimiento separatista que tenía la posición adecuada para negociar la secesión. Públicamente ambos bandos defendían solucionar el conflicto a través de la diplomacia, para guardar la compostura,

pero los temores de que se iniciara una guerra crecían cada mes. De hecho, el Senado Galáctico tomó la iniciativa de formar una comisión para valorar la creación de un ejército que protegiera la República. Se desconocían las fuerzas armadas con las que contaban, pero era evidente que la Orden Jedi se vería insuficiente. La senadora Amidala lideraba la oposición al acta de creación militar, junto con aquellos que aún creían que la República se podía salvar. Personalmente Garek creía que el Conde contaba desde el principio con la solución bélica, y que durante todos estos años únicamente había ganado tiempo para consolidar la coalición y preparar sus ejércitos. Dooku conocía bien la política de la República: su lentitud en la toma de decisiones, la corrupción de los burócratas y, sobre todo, la disparidad de intereses del Senado Galáctico, por lo que todo jugaba en su favor. Aún así, Garek no quiso formar parte. Su negocio dependía de la estabilidad de la República y el tratado comercial con la Corporación Corelliana de Ingeniera le proporcionaba una cierta influencia, aunque mínima, en el Senado. Sacarían todos los beneficios posibles antes de que estallara la guerra y se prepararían para la misma. Una guerra requiere transportar material de guerra, tropas y suministros, y mantener la distribución de materias primas a la industria militar. Y a pesar de las guerras, los seres siguen necesitando viajar de un rincón de la Galaxia a otro. Habrían pérdidas económicas, eso estaba claro, pero actuando con inteligencia y planificación podrían ser compensadas por suculentos contratos con el Senado. Durante los últimos años, junto con su primogénita, habían preparado la Corporación para dar el paso. Ordenó a su cuñada que estudiara las modificaciones necesarias en todas sus naves para salvar el cargamento que pudieran en

caso de ser atacados, y el mínimo armamento que requerirían para defenderse, hasta donde la legislación les permitiera llegar. Reservó a su hermano Nieder y a su hijo Ablon la elaboración de planes de emergencia que se retransmitirían a todos los capitanes de las naves, en colaboración con los directores generales de transporte de las rutas hiperespaciales. Estos últimos trazarían rutas alternativas en caso de que perdieran algún sistema donde no se pudiera hacer escala.

Por último, había encargado a si hija Mura, directora de medios de comunicación y relaciones públicas, que procurara concertar cuantas reuniones pudiera con los senadores accesibles y, sobretodo, con el Gabinete del Canciller Palpatine. Tenían que hacerse con los contratos de transporte y entablar relaciones políticas con la Cancillería. Palpatine era un líder fuerte que seguía en el cargo más tiempo que cualquiera de sus antecesores, sobreviviendo a las disputas intestinas del Senado para controlar su poder. Su predecesor tampoco pudo controlar a los burócratas, pero el canciller vigente disponía de una habilidad asombrosa para mantenerlos a raya. En el pasado, Garek se había reunido con Palpatine en un par de ocasiones cuando aparentaba ser un simple senador. No le engañó entonces y sabía que cualquier contacto futuro debía hacerse con sumo cuidado. En aquellos encuentros rechazó algunas propuestas, ventajosas y atractivas sin duda, que le hubieran colocado en la difícil posición de deberle un favor. Había empleado esa táctica demasiadas veces en su vida profesional como para no darse cuenta de cuando se la hacían a él. Hoy en día, el progreso de los Hightowers dependía de una alianza con el Canciller, bajo unas condiciones que beneficien a ambos y sin trampas de ninguna

clase.

–¿Señor Hightowers? –el secretario Perkins interrumpió los pensamientos de Garek, el cual se giró para atenderlo–. Me comunican que su cita de las 12:00 ha llegado.

Otra plataforma repulsora, del mismo modelo que la que ocupaban los Hightowers, se aproximaba desde el extremo norte del hangar, pilotada por uno de los operarios de la empresa. Detrás del operario distinguieron la silueta de un hombre de metro noventa que portaba una armadura de caza-recompensas con casco completo que ocultaba cualquier rasgo corporal distintivo, a excepción de la altura y la complexión. A medida que se acercaba reconocieron a Raven, que se mantenía en su habitual postura en guardia, pero sin tensión. Centraba su mirada en ellos echando ocasionales vistazos a las reformas de la *Torre I*. El operario y Ablon maniobraron para el enganche de ambas plataformas para que Garek y el secretario Perkins pudieran pasarse a la del caza-recompensas. Tras el desacoplamiento, el capitán de fragata dirigió su plataforma de vuelta a supervisar el trabajo de los ingenieros de la corbeta corelliana, sin alejarse demasiado. La ingeniera Knei continuó explicando a la directora general los pormenores de la transformación militar de la nave. Ablon permaneció expectante a la reunión que su padre mantenía con el caza-recompensas.

No le gustaba en absoluto aquella reunión que su cliente había insistido en realizar en los astilleros de Ciudad Hightowers;

hasta la fecha siempre se habían reunido en lugares apartados. Que la corbeta personal de su cliente estuviera en tierra, convirtiéndola en una nave prácticamente militar no era una razón de peso. Si bien es cierto que la mayoría de los encuentros los acordaron en el espacio exterior, acoplando la *Perra Callejera* a la *Torre I* –un lugar apropiado para ambos–, el señor Hightowers disponía de los recursos necesarios para proporcionar cualquier otra localización mas discreta. Lo habitual era que informara únicamente al secretario Perkins, y Garek Hightowers sólo se presentaba cuando quería tratar un asunto personalmente. Como medida de precaución se negó a entregar sus armas, comentándoles que si no confiaban en él podían escoltarle como consideraran necesario para asegurar la protección del señor Hightowers. El operario de la plataforma no portaba arma visible alguna, pero su destacada musculatura evidenciaba que no estaba ahí sólo para pilotar. También observó que el secretario Perkins iba con un bláster en el cinto, y sospechaba que Ablon, de quien sabía que era militar, también portaría algún arma de fuego. Ahora bien, no eran ellos los que le preocupaban, sino un pequeño triángulo naranja intermitente que aparecía en el visor interno del yelmo, indicando que su cabeza estaba siendo señalada por dos miras infrarrojas. Cualquier gesto amenazador por su parte le obligaría a confiar su suerte a sus rápidos reflejos o a la integridad del casco. Si la alerta pasaba del naranja intermitente al rojo constante actuaría inmediatamente. Gracias a los detectores y al computador interno de su armadura tenía la posible localización de los francotiradores. El ángulo le indicaba que tenía uno situado a sus tres y otro a las siete, en posiciones elevadas. Las maniobras del piloto hacían indicar que conocía donde se escondían,

evitando en todo momento que Perkins o Garek se interpusieran en la línea de tiro. Por si fuera poco, en esta ocasión no podía contar con la ayuda de Broggo. La Perra Callejera se encontraba retenida en uno de los espaciopuertos de Corellia en una inspección aduanera sorpresa, posiblemente una encerrona orquestada para evitar que le sirviera de apoyo. Todo aquello estaba muy bien preparado, casi diría que militarmente planificado, aunque respondía más bien a una táctica policial. Había oído rumores de que su cliente había contratado a un nuevo jefe de seguridad, un ex-teniente de las CorSec. Era la única razón que daba sentido a toda aquella comedia. Un nuevo encargado de seguridad impondría nuevas normas, nuevas reglas. Raven había demostrado que no era un peligro para ninguno de sus clientes, siempre que no le debieran sus honorarios, condición que no se daba con la Corporación. Pero para el nuevo jefe todo eso le sería indiferente. No conocía al caza-recompensas y se tomaría sus precauciones. Lógico. Raven no tenía razones para alarmarse, pero aún así, por las novedades en el protocolo, insistió en ir mínimamente armado. El misterioso ex-teniente no se encontraba en primera línea, pero seguramente estaba cerca, supervisando el encuentro. Quizás incluso fuera uno de los que le estaban apuntando a la cabeza, encargándose personalmente de la protección de Garek.

Para lo que no estaba preparado era para la primera frase que se dignó a pronunciar su cliente, sin mediar saludo alguno:

–Hemos procedido a rescindir su contrato de consultoría de seguridad, señor Raven.

Portar yelmo tenía otras ventajas adicionales, como ahorrarles disfrutar de la mirada de estupefacción que se le había quedado

en el rostro, manteniendo en su lugar la misma imagen de frialdad que supone hablarle a un casco. Al menos la cara de sorpresa no fue acompañada de ningún gesto corporal que pudiera mostrar su fugaz debilidad. Era evidente que su cliente estaba enojado por la desaparición de su sobrino, tras muchos meses sin nuevas pistas que pudieran conducir a su paradero, pero confiaba que el resto de servicios que le había proporcionado mantuvieran la relación contractual.

Prescindían de él. No había motivos para ello. «Consultoría de seguridad» era un eufemismo para designar las operaciones privadas, normalmente fuera del marco de la ley. Era compatible con los verdaderos encargados de la seguridad personal de Garek, incluso ejerciendo dicha labor en encuentros fuera del ámbito empresarial, como demostró con creces en la reunión con el Señor de Harmet. Seguramente el ex-teniente de las CorSec le habría aconsejado dejar de contar con el caza-recompensas. Un choque de intereses habitual en su profesión.

–Como desee –se limitó a contestar con una voz indiferente, como si tan solo le estuvieran matizando los detalles de una misión.

–Efectivamente, es lo que deseo –continuó Garek–. Le he concedido una paciencia que no reservo ni para mis socios mas cercanos, en consideración a su elevado porcentaje de fiabilidad. No puedo tolerar seguir confiando en su profesionalidad cuando debo dar por perdida la presa que le encomendé.

–Algunos objetivos llevan más tiempo que otros, más de lo que parece razonable –se justificó Raven, ligeramente molesto por la acusación.

–A estas alturas mi sobrino debe de estar lo suficientemente bien entrenado en las artes de los jedi. Podemos dar por seguro que vive con el maestro al que se le envió, maestro del que no tenemos ninguna idea de donde se esconde y que, sin lugar a dudas, lo habrá disciplinado hasta el punto de que ahora será un ridículo defensor de la paz y la justicia. A pesar de su tardío comienzo y de sus limitadas cualificaciones intelectuales, tras un año bajo la supervisión del desconocido, no cabe otra que asumir que está a punto de convertirse en un Caballero Jedi. Y aunque se pudiera presumir que haya fracasado en sus intentos, algo que podría ser perfectamente factible, ya no se lo podrá moldear a mi conveniencia.

–Aún le queda la baza del chantaje –indicó Raven.

–Eso deja de ser de su incumbencia –contestó fríamente–. Su exceso de «cautela» le aconsejó no capturar al jedi. Podría haberle obligado a revelar a donde lo envió.

No se dejaría provocar reaccionando de manera que le diera una oportunidad de eliminar un testigo que sabía demasiado. El triángulo naranja seguía parpadeando y, aunque al líder de la Corporación no le supondría ningún problema procurar acabar con él –si así se lo propusiera–, no le facilitaría las cosas. Estaba preparado para activar el Jet-Pack, esquivando los primeros tiros, y volar hacia la cubierta superior de la corbeta corelliana, donde ganaría protección contra los francotiradores y tiempo para huir.

–Le haremos llegar una de nuestras circulares PMI con los detalles del finiquito y compensaciones adicionales –intervino diplomáticamente Perkins–, según las condiciones negociadas, en consideración a sus logros en Tepasi.

«Donde os salvé la vida», pensó Raven, pero no lo mencionó.

–Entonces, si me disculpan, nuestra relación ha terminado –concluyó por fin.

El secretario alzó una mano, gesto que le indicó a Ablon que podía acoplar de nuevo las plataformas. Después de que ambos se reunieran con el resto de miembros de la familia Hightowers, sin mediar despedida de ningún tipo, el operario de su vehículo inició el desenganche y maniobró para transportarle fuera de los astilleros. El triangulito naranja intermitente se apagó tras alejarse a una distancia prudencial, pero Raven no respiraría tranquilo hasta que estuviera de nuevo a bordo de la Perra Callejera.

La Legión Alienígena de Lemax

La alarma que advertía del lanzamiento de un torpedo de protones hacia la Perra Callejera aumentó el nivel de adrenalina de sus ocupantes. Raven maniobró rápidamente en un giro de 120º internándose entre varios cargueros pesados que orbitaban alrededor de Corellia, que procuraban alejarse sin éxito de la zona de batalla. El torpedo acabó por estallar contra un carguero Aris Brace detrás del cual se escudó fugazmente la nave. Librados por los pelos. No durarían mucho en esta situación, quizás lo suficiente hasta que llegaran las autoridades a zanjar el combate, a costa de disparar contra todos y aclarar los culpables y las víctimas después. El hiperimpulsor de la Perra había quedado ligeramente dañado con el primer impacto de turboláser: un disparo certero y por sorpresa en los motores de hiperimpulsión que hubiera inutilizado la astrogación si no hubiera sido por la precaución del caza-recompensas de levantar los escudos al alejarse de la atmósfera de Corellia. La verdad es que Earl Ravenous no se sentiría seguro hasta alcanzar el hiperespacio, y su exceso de celo estaba fundado, pero aquella jugada no se la esperaba. Cuatro cazas de la Legión Alienígena de Lemax esperaban ocultos en la órbita de Corellia, acoplados en la plataforma de despegue externa de un crucero ligero de clase Carraca. A ningún planeta le hace gracia tener un crucero de combate en su órbita, a menos que esté fuertemente vigilado, pero la carraca mantenía una órbita alejada y saltó al

hiperespacio soltando previamente a los cazas, en una clara misión suicida: acabar con Earl Ravenous, único desertor vivo de la Legión de Lemax, una mancha que no podían tolerar. Sus pilotos tenían dos opciones: morir por el fuego de la Perra o morir alcanzados por las defensas planetarias de Corellia. Raven no distinguió la silueta en forma de “A” de los conocidos cazas –él mismo había pilotado uno hacía muchos años– hasta después de recibir el primer impacto. Los cazas habían aprovechado un convoy de cargueros pesados corellianos para aproximarse sin llamar su atención; unas cuantas naves más en el radar no iban a levantar sospechas en medio de la intensa actividad comercial corelliana. Precisamente a Raven le gustaba ocultarse entre los cientos de cargueros, barcazas y naves de transporte de la órbita de planetas intensamente industrializados, haciendo pasar a su eficiente nave de clase Kazellis por un carguero autónomo más. En esta ocasión había ido en su contra.

Los daños en el hiperimpulsor no eran importantes, pero se tardaría el doble de tiempo en hacer los cálculos para entrar en el hiperespacio. El droide astromecánico R2-K7, en cuanto analizó la gravedad del asunto, desapareció raudo por un pasillo de mantenimiento, casi se diría que molesto por que hubieran alcanzado *su* nave. Broggo, que se encontraba en la carlinga de la nave protestando por la irremplazable pérdida del contrato con los Hightowers, saltó como el rayo y corrió al pozo de artillero. Su frustración se vio instantáneamente sustituida por la excitación del combate. Operando los controles de fuego, identificó fácilmente a los atacantes: cuatro cazas que se aproximaban a gran velocidad en formación de a dos. Los malditos pilotaban bien, esquivando el continuo fuego del cañón

láser, que en alguna ocasión alcanzaba por error a alguna nave comercial cuyo día de fructíferos negocios se tornaba en desastre inesperado.

–*¡Çe dividen! ¡Doç por cada lado!* –gritó el rodiano.

–¡Dispara contra las lanzaderas! –ordenó Raven.

El caza-recompensas pilotó la Perra hacia una agrupación de containers dispuestos ordenadamente en una matriz tridimensional de cinco por cinco por diez, que estaban siendo cargados, por medio de pistas y elevadores, en un Super Transporte XI de Astilleros de Impulsores Kuat de mas de ochocientos metros de largo. Un par de lanzaderas de tamaño similar a la Perra acababan de depositar los últimos containers de la matriz. Se disponían a descender de nuevo al planeta cuando recibieron el impacto de los lásers de Broggo, al tiempo que Raven disparaba dos tandas de misiles de impacto –una mejora recientemente añadida a la nave– contra los motores iónicos del super transporte. Una de las lanzaderas quedó desintegrada, distrayendo a los pilotos de los cazas unos preciosos segundos. La otra recibió impactos en el generador principal, sobrecargándolo y sentenciando a los ocupantes a una muerte inmediata si no lograban desconectarlo, quedando a la deriva. Los motores del super transporte explosionaron ante los sucesivos alcances de misiles, propulsando la gigantesca nave hacia el medio de la matriz de containers, colisionando contra ellos y dispersándolos en varias direcciones. El improvisado «campo de asteroides» formado por containers, fragmentos de fuselaje y naves sin rumbo dificultó el pilotaje de toda nave cercana. La Perra se internó en medio de la nube de containers, esquivándolos a base de arriesgados giros y trombos,

procurando alcanzar el otro extremo y protegerse de los disparos de los cazas con el casco del super transporte. Ninguno de los pilotos enemigos se amedrantó, pero tan solo dos cazas surgieron intactos del campo. Uno de los desafortunados pilotos colisionó lateralmente contra un container, desviándose su trayectoria sin control hasta colisionar frontalmente con el Super Transporte XI. Desapareció del mapa. El otro recibió daños importantes en las aletas dorsales que anuló por completo su maniobrabilidad, haciendo un recto ante el cual solo podía reducir la velocidad si quería salir con vida de aquello. En su lugar, aceleró la nave al máximo hasta alcanzar a un carguero corelliano Acción VI. Prefirió la muerte a dejarse coger. Los cazas supervivientes dispararon a discreción sus cañones dobles de fuego acoplado, volando los escudos de la Perra Callejera e ionizando los controles de la nave. Raven soportó el dolor de las descargas, manteniendo el control aunque con dificultades.

–¡Sin escudos! –avisó por el intercomunicador de la carlinga.

Broggo rabiaba de desesperación. Concentró sus disparos en uno de los cazas, el cual recibió un impacto poco importante, desviándose lo suficiente para evitar por un lado la tormenta de lásers del rodiano, y por el otro a un carguero ligero YT-1300 que huía como podía y que disparaba contra todos con su humilde cañón láser, por aquello de no saber quien era el enemigo.

–¡Apaguen los motores de inmediato y dispónganse a ser abordados! –oyó Raven por el comunicador de la nave– ¡Es el único aviso!

Una nave artillera corelliana de ciento veinte metros de longitud se acercaba a la zona de conflicto. Diseñada

específicamente para combatir contra cazas espaciales, su tremenda capacidad de fuego a pesar de su pequeño tamaño –ocho cañones turbolásers dobles, seis cañones lásers cuádruples y cuatro tubos lanzadores de misiles de impacto– la hacían una máquina destructora de escuadrones, resistente, relativamente ágil y veloz. Un poco más lejos, emergiendo de la atmósfera del planeta, se vislumbraba la figura de una corbeta corelliana con las insignias de la flota de defensa del sistema. Todos los transportes cercanos a la nave artillera oyeron la comunicación emitida en un canal abierto, pues pararon de inmediato los motores, incluyendo el carguero YT-1300, a cuyo capitán le quedó claro a quien debía hacer caso.

–¡Estamos siendo atacados por piratas! –apresuró a responder Raven, para ganar tiempo.

No hubo respuesta. La reciente decisión contra la nave de containers le había puesto en el bando de «los malos». El caza de la Legión que se mantenía a la cola del carguero Kazellis continuaba disparando sin piedad ni consideración a las advertencias recibidas. A pesar del peligro, Raven se alejó de la órbita del planeta, abandonando la relativa protección del intenso tráfico espacial, en ruta al espacio exterior. Al computador de navegación le faltaba poco para terminar sus enrevesados cálculos matemáticos y poder saltar al hiperespacio –vía de escape habitual para eludir todos los combates– y convenía distanciarse de cualquier masa espacial, grande o pequeña, si quería efectuar un salto con seguridad, sobre todo con los motores levemente dañados. El otro caza, aquél que Broggo había obligado a escapar, tomó la decisión de dar tiempo a su compañero para que completara la misión. Efectuó un par

de disparos a la nave artillera tan solo para reclamar su interés –fuego absorbido por el potente sistema de pantallas de la nave anti-cazas–, fintando para alejarse de la zona de alcance efectivo de los corellianos, aprovechando su mayor aceleración. El giro lo realizó en dirección al desprotegido carguero YT-1300, enviándole un torpedo de protones que lo desintegró en el acto. La nave artillera no dudó de cual era la amenaza inmediata y a quienes debía proteger, ignorando a las dos naves que se alejaban de Corellia. Creó distintas barreras de fuego láser en las posibles trayectorias del caza enemigo, que saltaba y variaba continuamente su dirección, procurando acercarse a cuanto carguero pudiera para limitar los ataques enemigos.

Un disparo fortuito de Broggo alcanzó la góndola de expulsión de uno de los motores del caza enemigo, perdiendo velocidad y permitiendo que la Perra Callejera se alejara.

–*¡Vuel·lve! Rematémosslo* –sugirió el rodiano.

–¡R2-K7! –gritó Raven –¡Arregla el estimulador del hiperimpulsor de una vez por todas! Las coordenadas para el salto están calculadas. El computador está listo. ¡Espabílate!

Una serie de silbidos chirriantes contestaron desde el pasillo de mantenimiento. Al droide no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer.

La carlinga de la nave volvió a resonar con la alarma de lanzamiento de misiles. Dos nuevos torpedos de protones, lanzados a la par, se encaminaban hacia el carguero. El caza podía haber perdido aceleración, pero aún se mantenía lo suficientemente cerca como para lanzar torpedos; un minuto más y solo podría disparar con los cañones láser. Dos nuevos

torpedos siguieron a los primeros. Broggo se volvía loco disparando contra ellos, asistido por el computador táctico de blanco, ocupado en determinar las trayectorias de los objetivos. Una ráfaga ininterrumpida de disparos hacia la línea de impacto hizo explotar a uno de los dos primeros torpedos; la explosión consumió a su pareja. El otro par traspasó la bola de fuego generada, sin soltar la presa. Broggo rotaba el puesto de artillero, adaptándose a las cabriolas de la nave, accionando el botón de disparo tan rápido que parecía que nunca dejaba de pulsarlo. El droide R2-K7 emitió unos silbidos de excitación y el indicador de estado del estimulador del hiperimpulsor pasó del rojo al naranja, y del naranja al verde. El caza-recompensas accionó el starter de astrogación y la cabina de la carlinga se llenó de haces luminosos grisazulados. El computador de tiro perdió de vista a los torpedos de protones; los cazas, la nave artillera y la corbeta de defensa desaparecieron de las pantallas. La alarma de advertencia de misiles calló de inmediato.

–*¿Cómo nos ha encontrrado la l·legión?* –preguntó el rodiano poco después en el centro médico de la nave, tras sentirse seguros en la incertidumbre del hiperespacio.

El droide médico Dos Uno-bé atendía las pequeñas quemaduras de Raven, producto de la ionización de la carlinga. El viaje a través del hiperespacio era controlado por los computadores de astrogación, bajo la atenta supervisión de R2-K7.

–¿Cómo no nos iba a encontrar? –contestó Raven, claramente irritado–. Un hombre como Garek Hightowers tiene los recursos necesarios para averiguar fechas, lugares y eventos de mi

pasado, o no hubiera trabajado para él durante tanto tiempo. Él informó a la Legión de dónde estaríamos para deshacerse de nosotros. Muriendo por un viejo ajuste de cuentas nadie investigaría a la Corporación, o alguno de sus familiares colocados en la CorSec se aseguraría de ello. Un astuto plan.

–*Ya huelo el cadáverr de Garrek, perro anteç verrá morrir a sus parrienteçç* –comentó deseoso de venganza–. *Nadie intenta matarrme y sigue con pieç y manoç unidoç...*

–Un plan astuto y arriesgado, muy arriesgado.

–*[...], y orrejas. Y con loss ojoç en las cuencass...*

–Sabe que es difícil acabar con nosotros. No es inteligente que pasemos a ser sus enemigos.

–*[...], coraçón en su pecho e intesstinoss en las tripasss...*

–Pero ahora no podemos ir contra él.

–*[...], me comeré sus tes... ¡¿Cómo?! ¡Debemoss matarrle!*

–Cuando sea el momento –contradijo Raven–. Primero debemos huir de la Legión. Les habrá proporcionado toda la información que compartíamos: lugares de encuentro, la Perra Callejera, contactos, recursos, etc. Necesitamos identidades nuevas, un sitio donde escondernos, y un nuevo falso registro para el carguero. Sólo podemos acudir a los contrabandistas y falsificadores de mayor confianza. Necesitamos tiempo.

–*Y luego lo matarremos.*

–Y luego encontraremos a Kilian Hightowers –se adelantó a la mirada de sorpresa, inquisitiva, del rodiano–. Nunca he perdido a una presa. Puede que ya no trabajemos para la Corporación, pero lo atraparemos por nuestra cuenta.

–Y luego los matarremos a todos.

–Luego negociaremos con Garek. Si en tanta estima tiene a su sobrino, podremos sacar un buen provecho de él. Ahora vale el triple.

–Val·le, y despuéç loss matarmoss a todos.

–Entonces ya sí –confirmó Raven.

–¿Señor? –interrumpió el droide Dos Uno-Bé–. Si siguen ejerciendo esta profesión violenta y sin sentido, claramente perjudicial para su integridad física, me temo que mis esfuerzos sanitarios serán en vano. No entiendo cómo no pueden dedicarse al transporte de bantha, un negocio mucho más seguro y estable.

Raven, dejando al rodiano discutiendo con el droide médico sobre el futuro profesional de cada cual, se retiró a descansar al pequeño cuarto situado en la zona personal del carguero. Antes de encerrarse le comunicó a R2-K7 que revisara las cartas de astrogación, buscando estaciones espaciales mineras, alejadas del Núcleo, donde reparar a la Perra Callejera. Cuando salieran del hiperespacio quería una lista de ocho o diez candidatos.

Dag Seher

La ciudad minera de Dag Seher era un próspero asentamiento en el continente septentrional, bastante al noreste con respecto al valle de La Granja. Nadie hubiera levantado una urbe tan al norte si no fuera porque el interior de las gélidas montañas atesoraba grandes yacimientos de carbonita, una aleación de metal derivada del carbón con diversas aplicaciones industriales. Fueron descubiertos por las primeras compañías prospectoras galácticas que firmaron acuerdos con el apresurado Estado unificado de Loome. Antes de la llegada de la República Galáctica, los lomest desconocían el valor de la carbonita; tan solo le habían encontrado una peculiar utilidad para conservar grandes cantidades de carne animal durante las insólitas oleadas de calor que ocurrían una vez cada siglo. Dag Seher era una ciudad singular en todos sus aspectos. Dado que en esta región la temperatura exterior no subía de los veinte grados bajo cero durante tres cuartas partes del año, la ciudad se construyó dentro de las montañas. Según se agotaban las vetas, se reaprovechaban las galerías y las salas de distribución para construir calles, vías y alojamientos. Los turboascensores que conectaban los niveles de explotación seguían operativos, solo que en vez de servir de montacargas ahora trasportaban personas. Tan sólo las estancias cercanas a la superficie disfrutaban de luz exterior, aunque la mayor parte del año los días eran grises y tormentosos. No obstante, animaba más que vivir bajo tierra, lo que aumentaba su

valor en el mercado inmobiliario. Dado que las minas eran tanto una explotación a cielo abierto como interior –según se valoraran los costes de extracción–, las montañas apenas conservaban su relieve original. Una montaña podía acabar dividida en tres o cuatro grandes bloques rocosos, con la cima desaparecida, interconectados por pasarelas por todos sus lados. Visto desde fuera era una grotesca visión de roca desnuda y frío acero, con toda la vegetación desaparecida. Los barrios más poblados eran también los mas antiguos, donde ya no quedaba señal alguna de industrialización, salvo por las heridas infligidas a la roca. Algunos deslizadores y transportes aéreos volaban entre los mastodontes macizos, o aterrizaban en plataformas y hangares situados en los niveles superiores. La actividad minera continuaba al norte y al este, en incesantes jornadas de trabajo, donde los historiadores que quisieran estudiar cómo se había edificado Dag Seher solo tenían que observarla con sus propios ojos, en una ciudad que crecía como una lenta plaga.

–Parece una versión en miniatura de Coruscant –comentó Killian–. Deja que pasen unos cuantos miles de años y el planeta acabará devorado por el «progreso».

–Aquí no traeremos nunca a Molow Habhor –dijo Dona–. Se le rompería el corazón.

Dona, Bronx y Kilian montaban a Tempesta, Nebulosa y Bizarro respectivamente, tres de los tronadores cracios de La Granja. Kilian, por supuesto, había optado por su habitual montura, mientras que Bronx, poco dado a utilizar a los tronadores, aunque competente jinete, se dejó guiar por Dona, quien eligió para él a Nebulosa. La jefa de los domadores montaba a su tronadora preferida, la bella hembra de pelaje

blanco con vetas de un intenso azul claro. Los tronadores paseaban entre los comercios situados a la sombra permanente de las horadadas torres. Para la mayor parte de la población, los suburbios de las faldas montañosas eran la vía obligatoria de entrada a la ciudad, pues los transportes aéreos eran caros y poco asequibles. Casi todos los ciudadanos llegaban en deslizadores terrestres, en monturas o incluso a pié. Aunque de todas las opciones, la más generalizada era la del tronador cracio, por lo que habían numerosos establos a nivel del suelo. El contraste entre la alta tecnología de los niveles superiores y la pobreza de los inferiores era habitual en muchos planetas de la galaxia. En cuanto a urbe metropolitana no rivalizaba en dimensiones con Loormist, la capital, pero si la superaba en variedad de razas y especies. Además de la predominante, los lomest, y de los humanos, se veían numerosas razas provenientes de toda la galaxia: sullustanes, grans, quarrens, duros, twi'lecks, niktos y neimodianos.

–Había oído hablar de las minas, pero no me imaginaba que fueran tan deprimentes –continuó Kilian, que vestía un mono de trabajo azul, con chaleco, cinturón y botas negras, para pasar como un minero más.

–Qué diferencia con el resto del planeta, ¿verdad? –preguntó Dona.

–Desde luego, nada que ver con las comunidades rurales en las que hemos hecho escala –admitió.

–Aquí se reúne la peor calaña de Loome –explicó la domadora–. Los gremios de mineros y las empresas de perforación traen consigo a sus propios especialistas, y contratan a los lomest para los trabajos físicos, con sueldos bajísimos. Es

raro que los lomest aceptemos este tipo de vida, no forma parte de nuestra cultura, pero también entre nosotros hay marginados, delincuentes o simplemente desgraciados que no tuvieron mejor suerte; todos acaban aquí. La galaxia no está hecha para nosotros, pertenecemos a la tierra.

–Y detrás de los gremios vienen el resto de negocios: garitos, locales de juego, prostíbulos y toda clase de comercios –añadió Bronx–. Este es el único lugar del planeta donde se pueden comprar mercancías ilegales. Si sabes donde acudir.

–Supongo que no habremos venido por eso –bromeó Kilian, aunque él tenía un encargo particular de Yemlin.

–Con el twi'lek quien sabe, igual sí –contestó Bronx.

–Alec... –le recriminó Dona.

Bronx expresó una mueca de desconfianza, lo que motivó que Dona sintiera necesidad de darle explicaciones al corelliano:

–Alec recela de los twi'lek, pero Ank 'Niwa es de fiar; lleva años encargándose de las cuentas de La Granja.

–Siempre que tuve tratos con twi'leks acabaron mal –se justificó Bronx–. Por eso me aseguré que…

–¿Lo has investigado? –preguntó Dona, incrédula.

–Forma parte de mi trabajo.

–¿Te lo pidió el Maestro? –insistió la mujer.

–No, no creo que Al me solicitara algo así, pero es lo que hago. Velo por La Granja, para que permanezca oculta a ojos de curiosos.

–¿Y a mi me has investigado?

–Tu ya vivías en La Granja cuando yo llegué –respondió Bronx, a quien no parecía importarle el tono serio de sus preguntas.

–¿Eso es un no?

–No tenía sentido que escondieras nada turbio; junto con Vandia fuiste de las primeras residentes. Al te había contratado para iniciar la crianza de los tronadores.

–Entiendo, Bronx –dijo Dona.

Se produjo un silencio desagradable. El mercenario manejaba las riendas de Nebulosa indicándole que fuera despacio, entre el gentío, buscando su lugar de destino; Dona hacía lo mismo, pero su cabeza estaba en otra parte; Kilian aguardaba un par de metros más atrás, esperando que los ánimos se calmaran. Desde que habían entrado en Dag Seher, el contaminado y lóbrego aire de la ciudad minera le resultaba molesto, una excepción a la natural y saludable atmósfera de Loome. Lo más parecido que se había encontrado en el pasado fue el Sector Azul de Corona, en la capital corelliana, cuando fue miembro de los *nebulones azules*, pero Dag Seher tenía un ambiente mucho más siniestro. No obstante, todo aquello le recordaba a su metrópolis natal, por lo que se sentía extrañamente «familiarizado» con el entorno, como quien vuelve a casa tras un largo periodo de tiempo fuera.

Las revelaciones de Bronx sobre su investigación al twi'lek y a Dona –por lo que suponía dada la evasiva respuesta que proporcionó– le hizo preguntarse qué sabría de su propia vida. El mercenario ya había demostrado interés por su familia, al igual que anteriormente Coshar.

De pronto, Dona alzó la cabeza hacia la calle; algo le llamó la

atención.

–Continuad vosotros –ordenó Dona–. Yo iré por mi cuenta.

Con un brusco movimiento de las riendas, dirigió a Tempesta torciendo hacia una bulliciosa avenida, sorteando con soltura y agilidad a los viandantes, tan rápidamente que ni el mercenario ni él pudieron reaccionar. Kilian quisó seguirla, pero fue bloqueado por un deslizador terrestre que venía en sentido contrario, obligando a apartarse a otros jinetes y ciudadanos de a pie. Bronx ni siquiera hizo el amago de querer detenerla. Parecía que la domadora de tronadores se había disgustado porque el mercenario hubiera fisgoneado su pasado. Seguramente por la relación que ambos tenían. Aunque eran bastante discretos, a lo largo de su nueva vida en La Granja, Kilian había descubierto ciertas miradas cómplices entre los dos, además de sospechar que algunas noches se reunían discretamente, aunque nunca pudo verles entrar uno en la habitación del otro. Eso unido a que muy de vez en cuando se ausentaban a la vez por alguna «tarea» que cumplir, no le dejaba duda alguna de que eran amantes. Al menos ocasionalmente. Si hubiera sido un Jedi, quizás se hubiera visto obligado a comunicarlo a algún superior, pero ni estaban en el Templo, ni él pertenecía a la Orden, ni tenía derecho alguno a entrometerse. Desde su punto de vista, que aprovecharan mientras pudieran. Le extrañaba, eso sí, que fuera tolerado, pues las relaciones de este tipo no se permitían en la Orden, y lo normal sería que bajo la supervisión del Maestro Dalma pasara lo mismo. Sin embargo, ahí estaba el joven matrimonio de Mirlak y Mirleia, los operarios de La Granja a cargo de Ki-Dacmu, conocido por todos al dormir ambos, marido y mujer, en la misma habitación, una más grande de lo

habitual y además situada en uno de los extremos de la primera planta del área de residentes, para mayor intimidad de la pareja. Claro que ni los técnicos del hangar, ni Bronx ni Dona, habían demostrado excepcionales habilidades en la Fuerza: la domadora de tronadores, como acaba de decir Bronx hacía un instante, había sido contratada precisamente para eso, para encargarse de la cría y adiestramiento de las bestias; los operarios por sus habilidades técnicas; y Bronx, aunque oficiosamente era el responsable de seguridad y su instructor hasta hace poco, parecía llevar una vida de prematura jubilación. Sin embargo, todos acudían cada cierto tiempo, si sus obligaciones se lo permitían, a las enseñanzas de Molow, Vandia o Mirlo, y casi siempre a las del Maestro Dalma. A pesar de ser poco diestros en el uso de la Fuerza, cada uno de ellos había conseguido desarrollar alguna habilidad aplicable a su trabajo. Quizás por su escasa sensiblidad al misterioso campo de energía no había inconveniente en que se amaran.

–¿Pero no volverá a La Granja con nosotros? –preguntó al mercenario.

–Eso parece –contestó Bronx.

–No tiene sentido.

–Yo no se lo voy a impedir –le miró–. Me temo que tendré que explicarle muchas cosas de mi pasado.

–¿La investigaste?

–Os investigué a todos, Kilian –admitió–. A fondo. Como he dicho forma parte de mi trabajo. Dona es una mujer muy reservada. No comparte sus secretos con facilidad, al contrario que otros. Da igual que sean importantes o fruslerías. Son sus

secretos.

Como respetaba a los dos, y tampoco era un cotilla, no quiso aprovechar la oportunidad que se le brindaba para hablar de la relación que llevaban, pero sí para preguntar por el pasado del mercenario.

–¿Cómo acabaste en La Granja? –le preguntó–. No me parece que La Granja esté en un lugar demasiado peligroso como para requerir los servicios de un mercenario.

Su ex-instructor lo miró de soslayo, parecía decidir si seguir permitiendo el imprevisto «interrogatorio» en el que había caído, o reflexionar qué decir y qué callar. Finalmente, le explicó un resumen de su vida.

Alec Brounsapier le debía mucho al Maestro Dalma. Él le ofreció retirarse de su belicosa vida el mismo año en que abandonó el ejército, al decidir no reengancharse después del desastre de La Guerra Hiperespacial Stark, donde lo había conocido. Ojalá hubiera aceptado su propuesta en aquel momento; ya de aquella había apreciado la paz y el descanso que ofrecía La Granja, cuando seis meses después de haber abandonado el ejército, lo contrató para escoltarlo desde Coruscant hasta Loome, junto a Yemlin y Ki-Dacmu. Años más tarde dedujo que la escolta solo era una excusa para enseñarle el lugar y brindarle la oportunidad de abandonar la vida que conocía. Pero su espíritu guerrero reclamaba nuevas experiencias. Si bien el encargo fue un paseo espacial, aquella experiencia reorientó su vida profesional, animándolo a ingresar

en la compañía de mercenarios, de la que acabaría siendo su Capitán, con la esperanza de poder elegir qué contratos aceptar y cuales descartar. Quince años más tarde, tras veintitrés años de sangre derramada –porque siempre hay conflictos aunque la galaxia esté pacificada–, hastiado del dolor, infligido o recibido, y de la muerte, tanto de amigos como de enemigos, recordó el único lugar donde su alma había descansado. Sin estar seguro de si la invitación del Maestro continuaba abierta, terminó los últimos trabajos en curso y rechazó aquellos que aún no estaban legalmente aprobados. Después de dar las oportunas explicaciones, ratificó su compromiso de confidencialidad y legó la compañía a sus hombres, para que eligieran un nuevo líder. Para su sorpresa, Gorka preparó su macuto. A pesar de insistirle en continuar en la compañía, donde haría fortuna y satisfaría sus evidentes apetitos guerreros, el gamorreano le había jurado fidelidad a él, y no a los demás. Y el contrato que tenía firmado hacía tiempo que lo había usado para su higiene personal –aunque esas no fueron exactamente sus palabras–. Lo cual fue una suerte para Bronx: siempre venía bien que alguien te cubriera la espalda por si algún antiguo cliente, o incluso sus ex-compañeros, decidían que la confidencialidad de los encargos no se aseguraba de palabra o por escrito, sino con la vida.

Después de tomar las debidas precauciones, tanto para evitar ser encontrado como para salvaguardar la localización del Maestro, llegó a su destino. Al Dalma no solo le acogió, también le ofreció trabajo como responsable de seguridad de La Granja y como preparador físico de los residentes. El Maestro descartó instalar medidas tales como sensores de movimiento, infrarrojos, alarmas, radares, videovigilancia computerizada y cualquier

suerte de dispositivo electrónico. Lo consideraba innecesario porque La Granja estaba ubicada en un valle remotamente escondido entre las montañas del continente norte. La discreción era la mejor opción, y una granja de cría de tronadores cracios –combinada con la horticultura–, no destacaba en un planeta dedicado a la ganadería y la agronomía. Era una más entre miles de pequeñas cooperativas familiares o amistosas. Una forma de vida pacífica y sencilla.

Si el secreto estaba asegurado ante terceros, el peligro sólo podía venir de dentro. De aquella desconocía las habilidades de la Fuerza del Maestro Dalma, de Mirlo, Vandia o del ithoriano Molow Habhor, por citar a los más cualificados. De hecho, no sabía lo que era la Fuerza, mas que una mezcla de supersticiones, rumores y vaguedades. De haberlo sabido no se hubiera empleado tan a fondo. Poco a poco fue entrevistando a cada uno de los habitantes de La Granja, ausentándose semanas para indagar en sus planetas de origen, rebuscando en sus historiales y, a veces, acudiendo a viejos contactos expertos en descubrir cualquier mancha oculta en el pasado de un individuo. Quería asegurarse de que todos eran de fiar: por La Granja, por el Maestro y por él mismo.

Como entrenador, su trabajo tampoco era de los más absorbentes; la mayor parte de las labores de La Granja requerían de un esfuerzo físico regular, bien fuera en los establos, en los huertos o en el taller, por lo que bastaba con sesiones complementarias de corta duración. Aquellos residentes con trabajos más «intelectuales» cumplían con una tabla sencilla de ejercicios diarios. Yemlin, por su parte, se había negado a realizar cualquier esfuerzo físico, considerándolo ridículo dada

su fisionomía; además, se jactaba que de él no conseguiría «ni una sola cabriola». Los únicos que se mantenían en una forma impecable eran Gorka y él, al menos hasta la llegada de Kilian, momento en el que pasó a ser su instructor de combate. Debía de convertirle, más que en un soldado, en un guerrero. Le pareció una ironía del destino que, después de haber renunciado a la guerra, tuviera que enseñar *sus artes* a un joven confundido. Algo que le vino muy bien al gamorreano, pues el pobre Gorka solo servía como operario de carga y descarga y poco más, a parte de las escapadas en las que le acompañaba. Si no abandonaba La Granja en busca de contiendas era por su estricta lealtad a quien fuera su capitán.

Las labores de investigación de Bronx terminaron relativamente pronto, a pesar del número de vidas a escudriñar. Dado que el resto de sus responsabilidades llevaban poco trabajo pudo dedicarle casi todo su tiempo y, además, la vida de todos los lomest, lugareños del planeta, era muy sencilla. Casi todos habían sido ganaderos o agricultores, criados en familias de ganaderos o campesinos, siguiendo la línea de sus antepasados, entre los cuales se encontraba la mujer que les había abandonado en medio de la ciudad de Dag Seher.

–¿Donde está Dona?

Quien preguntaba era Ank'Niwa, el twi'lek. Finalmente Bronx y él habían dejado los tronadores cracios en unos establos próximos al alojamiento de sus compañeros, en las faldas de una

de las torres de la ciudad minera de Dag Seher. En la habitación se encontraban la cereana Ki-Dacmu y el twi'lek y, por supuesto, Gorka no se encontraba con ellos. Los tres habían acompañado a Coshar Teelk hasta el espaciopuerto de Loormist, en el continente meriodional, donde el jedi compró pasaje local para Trevi IV. Después de despedirse compraron provisiones en la capital y volvieron al continente septentrional para adquirir carbonita suficiente para los refrigeradores de La Granja. Para Ki-Dacmu era su primera visita a Dag Seher, y aprovechaba el viaje para adquirir piezas de repuesto para la maquinaria de los talleres. Después sería el twi'lek quien se encargaría de conseguir el mejor precio para todo. Ambos debían ser escoltados por Gorka, pero el gamorreano se metió en problemas él solito al forzar una pelea a los dos días de estar en la ciudad minera. Habían transcurrido más de dos semanas desde su partida cuando Bronx recibió la llamada de Ank'Niwa de que su compañero de armas se encontraba en prisión, y ya no disponían de créditos suficientes para pagar la multa. El twi'lek, por lo visto, había defendido que era mejor que Gorka permaneciera un tiempo en prisión, donde estaría más seguro, aunque luego Ki-Dacmu informó que, casualmente, había preferido aceptar una ventajosa oferta de carbonita a buen precio mientras las autoridades determinaban la cuantía de la sanción. Como no querían dejar a Gorka sólo, y dado que no tenían ningún otro vehículo que no fuera el Trast A-A5, Bronx tuvo que recurrir a los tronadores para poder desplazarse hasta la ciudad, lo que supuso un viaje de doce días buscando refugio en las escasas comunidades rurales del continente norte, y a través de las rutas más resguardadas de los inclementes temporales del norte. Dona asumió la organización de la expedición, por el bien de los

tronadores, y el viejo Mirlo insistió en que los acompañara Kilian. Aunque la domadora no quería poner en riesgo la vida de ninguna bestia más, a pesar de estar naturalmente preparadas para aquel severo clima, Bronx la convenció. Kilian ya había demostrado su habilidad con los tronadores, además de responsabilizarse de su cuidado en largas travesías.

–Dona tuvo que marcharse, eso ahora no importa –respondió Bronx, alertado por los preocupados rostros de sus compañeros–. ¿Cómo está Gorka?

–Espero que bien. Sigue en prisión –contestó Ank'Niwa–. Aún no lo han liberado.

–Bronx... –Ki-Dacmu solicitó la atención del mercenario, pero éste no la hizo caso.

–Repítenos lo que ocurrió –preguntó el mercenario.

–No hay mucho que contar. Le bastaron dos días para buscarse problemas con la banda *los hermanos caídos.* No sé cómo empezó la discusión, pero terminó con dos de sus miembros inconscientes, y uno con el brazo roto. Por suerte las autoridades llegaron a tiempo. De lo contrario se hubieran reagrupado e ido a por Gorka.

–¿Os han relacionado?

–No. Gorka entró en uno de sus clubs mientras nosotros negociábamos con un distribuidor de carbonita.

–¿Quienes son? –preguntó Kilian, intrigado por el nombre de la banda.

–Una banda de motos deslizadoras –contestó Bronx–. No son de las más violentas que he conocido, pero no conviene

enemistarse con ellos. Ofrecen protección y transporte rápido de mercancías ilegales. Es la única banda de sus características en Loome, igual que ésta es la única ciudad con serios problemas de delincuencia organizada. Tienen una filial en la capital, pero está bastante controlada por las autoridades. Sin embargo aquí se mueven con demasiada libertad, respaldados por las mafias locales, y algunos dicen que por la propia policía.

–Los lomest los deprecian –continuó Ank'Niwa–, como a casi todo el que vive en Dag Seher. Para ellos es una vergüenza, una nota discordante en su apacible mundo. El nombre de la banda viene de la denominación moral que los lomest asignan a todos los que se alejan de su estilo de vida. Y ellos se lo apropiaron orgullosos.

Obviamente, Kilian quería saber más de la banda de motos deslizadoras, pero Ki-Dacmu, visiblemente nerviosa, agarró a Bronx del brazo, adelantándose a él.

–¿Y a ti qué te ocurre? –accedió el mercenario–. ¿Por qué estas alterada?

–Lleva así desde ayer –comentó Ank'Niwa, enroscando los apéndices tentaculares en torno al cuello–. Aunque está rara desde que llegamos.

Kilian anotó mentalmente la opinión del twi'lek. Puede que a la cereana le pasara algo parecido a esa extraña sensación que sentía desde que entró en Dag Seher. Además, ella llevaba semanas en la ciudad minera, por lo que podría haber percibido más.

–He hecho algo horrible. Por mi culpa una mujer intentó… suicidarse –confesó Ki-Dacmu, pronunciando cada palabra con

cierto esfuerzo.

–¿Cómo es eso posible? –preguntó Bronx incrédulo–. No puede ser.

–Ayer fuimos a la central de seguridad, a ver cómo estaba Gorka –explicó–. Y en una de las celdas habían unas mujeres de… «mal vivir».

–Se refiere a las meretrices –aclaró Ank'Niwa.

–Hicieron comentarios sobre mi… supongo que nunca habían visto una cereana –prosiguió Ki-Dacmu, señalando la alargada cabeza propia de su raza.

–Tan solo insultos típicos de gente vulgar –volvió a comentar el twi'lek–, me sorprende que les prestes atención.

–Déjala hablar –pidió Kilian, acercándose a la cereana.

–No fue por lo que me dijeron… fue por quienes eran, por cómo se ganaban la vida. Me pareció repulsivo, denigrante –Ki-Dacmu gesticuló desaprobatoriamente, guardándose para sí el resto de sus opiniones.

–Continúa –la animó Kilian, evitando que fuera por ese camino.

–Entonces la sugerí que *reconociera qué era y reconsiderara su condición* –confesó bajando la mirada.

Bronx creía saber de qué se sentía culpable, sin comprender realmente todo lo qué había pasado. Kilian reflexionó las palabras elegidas por la joven discípula del Maestro Dalma; él estaba más cualificado para entender lo que había hecho.

–Mirlo dice que la Fuerza puede ser cruelmente persuasiva en las mentes débiles –susurró compasivamente, apoyándole una

mano en el hombro–. Nos advierte que debemos elegir bien nuestras palabras. Una persona voluble entrará en conflicto entre lo que *le propones* y lo que es.

La cereana levantó la mirada, sorprendida por sus palabras. Se lo hubiera esperado de Mirlo, del Maestro, de Vandia... pero no del joven corelliano.

–No le digas a nadie cómo vivir su vida –añadió Bronx tajante, al caer en la cuenta, gracias a la explicación de Kilian, que había usado la Fuerza para condicionar a la mujer.

–No –respondió arrepentida.

–Creo que sería mejor que hablaras con Mirlo cuando volvamos –sugirió Kilian–. Él entenderá mejor lo ocurrido, si es que realmente tiene algo que ver.

–Lo tendré en cuenta… Kilian –la cereana acarició la mano que el joven corelliano posaba cariñosamente en su hombro–. Gracias.

–Bueno, no podemos hacer nada más –concluyó Bronx–. Vayamos a sacar a Gorka de la cárcel.

La central de seguridad se encontraba en el interior del nivel IV del monte Virnax, en el centro de la ciudad, sin ningún ventanal al exterior. Las dependencias policiales eran oscuras y mal ventiladas, fruto de la dejadez presupuestaria, abarrotadas de personas reclamando atención, completando formularios o esperando a que les llegara el turno. Era obvio que no había

suficiente personal para el volumen de trabajo que demandaba la ciudad. La mayor parte de las solicitudes eran resueltas a través de terminales de atención al público que tenían una paciencia inagotable con los denunciantes. No así las de estos con ellas. Por fortuna para Bronx y Ank'Niwa, las tramitaciones para depositar fianzas o pagar multas se resolvían con inusitada rapidez; tan solo hubo que introducir el nombre del gamorreano y la identificación bancaria para la transferencia. Descontado el importe de la sanción, la pantalla les indicó el mostrador al que debían acudir para recoger las pertenencias de su amigo: una caja metálica con algunos objetos personales que les entregó, a través de un receptáculo de seguridad, un funcionario guarnecido en una cabina blindada. Sin embargo, el tiempo que tardaron en liberarlo les pareció excesivo.

El twi'lek preguntó al oficial por el motivo de la demora, recibiendo vagas explicaciones como respuesta: que hacían todo lo posible con el personal que disponían, que el módulo prisión estaba alejado de las oficinas, que igual había que preparar al preso, y otras excusas por el estilo.

–Creo que en cuanto salga deberíamos marcharnos lo antes posible de la ciudad –advirtió Kilian–. Presiento que algo va mal.

–Pienso lo mismo –contestó Bronx–. Ese oficial nos ha mirado varias veces, y se ausentó del puesto cuando os reconoció.

–Sí, ese hombre es un soplón de *los caídos* –afirmó el twi'lek.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Bronx.

–Porque desde que recogimos los objetos personales de Gorka han ido apareciendo hermanos de la banda. Fíjate en los

tatuados. Al principio eran dos. Han ido llegando más. He descubierto a cinco –sonrió burlonamente al mercenario.

–Seis –dijo Bronx, que oteó discretamente a su alrededor buscando lomest con tatuajes en cuello o brazos–. Y supongo que también habrán otros esperando afuera.

Se deslizó una puerta, apareciendo la corpulenta figura de Gorka, con algunas heridas de poca consideración, magulladuras y moratones en su verdosa piel, pero con cara de satisfacción. Bronx le puso al día de lo que ocurría, lo cual le motivó aún mas. Tuvo que convencerlo de que no iniciara la trifulca en la central, pues acabarían todos en prisión. Avisar a la policía parecía una pérdida de tiempo, si ellos mismos les habían puesto en peligro. El mercenario contaba con su pistola bláster, oculta debajo de la chaqueta y que, al tener licencia, no se la habían retirado en la entrada; Gorka había perdido casi todas sus armas, confiscadas por los cuerpos de seguridad, conservando un pequeño puñal desmontable cuya hoja estaba formada por láminas separables de plástico endurecido que no sabían donde había ocultado. Kilian tenía su electrovara camuflada como si fuera un bastón.

Salieron de la central a una de las galerías mineras, repleta de gentío y de deslizadores terrestres. Los túneles estaban débilmente iluminados, a pesar del tránsito de personas, lo que destacaba los faros de los transportes. Los seis individuos les siguieron cautelosamente. Entre tal muchedumbre podrían ser apuñalados fácilmente, sin tiempo de anticipación. Kilian pensó en encargarse personalmente de la protección de Ki-Dacmu y Ank'Niwa. Se apresuraron a subir a uno de los tranvías gravitacionales que circulaban por los extensos corredores. Con

ellos entraron tres de los seis matones. Los otros no pudo ver a donde iban. Las paradas fueron pasando, siguiendo el transporte su recorrido habitual; la línea atravesaba varias montañas conectadas entre sí por pasarelas, cargando y descargando pasajeros unas dos o tres veces por monte. Cuando circulaba por el exterior no había gran diferencia con respecto al interior; era noche cerrada y la tormenta daba a la ciudad un aspecto si cabe más siniestro.

Bronx quiso tranquilizarlos: igual la banda no se atrevería a nada y por el momento se contentarían con averiguar donde residían. Pero Kilian estaba pensando en otra posibilidad: que los tres hubieran ido a buscar sus motos deslizadoras. El Trast A-A5, que el twi'lek había aparcado en un hangar próximo a la residencia donde se alojaban, no era rival en velocidad, y mucho menos para los tronadores. Suponía que el mercenario ya estaba ideando un plan, pero si los *caídos* deseaban venganza, algo que para Kilian era lo más probable, si conocía bien a los moteros, el único desenlace que veía era el combate. No obstante no estaban asustados, tan solo expectantes: Ki-Dacmu parecía tener absoluta confianza en que no les supondrían un problema, mientras que el twi'lek –el más débil de todos–, sonreía tomándoselo a broma; Gorka era el único ansioso porque comenzara la acción.

Tan solo faltaba una parada más hasta su destino cuando en la penúltima se subieron ocho hombres más, tres para unirse a los que les vigilaban –los mismos que no habían subido anteriormente, pero parecían portar objetos en las manos que pasaron a sus amigos–, y cinco por la parte trasera del vagón. El tranvía reanudó la marcha, y el túnel donde se encontraban dio

paso a una de las pasarelas exteriores.

–Preparaos, va a ser ahora –anunció Bronx–. Si tienen problemas podrán ser recogidos por sus amigos. Y nosotros no tenemos escapatoria.

Advirtieron que en el exterior circulaban algunos aceleradores mobquet con techo de vuelo suficiente como para volar por encima de la línea.

–No se qué les hiciste, pero debiste de enfadarles bien –comentó Ank'Niwa al gamorreano.

–*Gurtar morguk* –respondió Gorka.

–Ya, la próxima vez que te apetezca humillar a su jefe hazlo cuando no estemos nosotros, ¿vale? –le indicó el twi'lek, que se le había borrado la sonrisa de la cara.

Los moteros, claramente reconocibles por sus negros ropajes y por los tatuajes, avanzaron por ambos flancos hacia el grupo, apartando al resto de pasajeros que empezaban a preguntarse de qué iba aquello y por qué les había tocado a ellos coger ese transporte. Sin ofrecer resistencia, aceptaron de buen grado apartarse procurando retirarse hacia los extremos. El centro quedó vacío, y el grupo se vio rodeado. Algunos mostraron sus vibrofilos, mientras que unos pocos portaban blásters en las cartucheras.

–Quizás podamos dialogar con ellos –sugirió Ank'Niwa con sarcasmo.

El mercenario y el gamorreano se encararon a los seis del frente, mientras que Kilian y Ki-Dacmu hicieron lo propio con los cinco de la cola. El twi'lek se mantuvo en el centro, y los asustados pasajeros se apelotonaban lo más lejos posible.

Algunos comenzaron a chillar, otros a sollozar y los mas cuerdos cogieron sus intercomunicadores.

–Déjame a mi –le susurró Kilian a la cereana–, les mantendré ocupados hasta que Bronx y Gorka acaben con los suyos. Mantente atrás con Ank.

El corelliano se adelantó dos pasos, cogiendo la electrovara de phrik que colgaba en su espalda. Son muchos, pensó, tengo que aplicar todo lo que me enseñaron en el combate contra grupos, hasta que puedan venir a ayudarme.

El mercenario se dirigió a quien reconoció como el líder de la banda, un gordo melenudo con barbita gris, que se encontraba en la parte trasera del vagón, en frente de Kilian. Se giró para poder hablarle, indicando al gamorreano que no perdiera de vista a los moteros de su lado:

–Quizás podamos llegar a un acuerdo satisfactorio para todos –dijo.

–El único acuerdo posible es que nos entreguéis a esa bestia –contestó el jefe señalando al gamorreano–. Tengo que devolverle sus atenciones.

–¿Y no valdría una disculpa por su parte? –preguntó el twi'lek, por ganar tiempo.

Gorka emitió un gruñido de clara negación, preparado para saltar sobre los que estaban de su lado.

–Ya le habéis oído –dijo el motero.

–Dejad salir a los pasajeros, esto no va con ellos –rogó Bronx.

–Que no se hubieran subido.

–Estáis en desventaja –anunció Bronx, sonriendo.

Las risas de los moteros fue, para ellos, la lógica respuesta.

–Sois muy graciosos –dijo uno de los que estaban delante del mercenario–. Igual crees que el bláster que llevas va a marcar alguna diferencia.

–No es por la pistola –le contestó el mercenario–. Sino porque un sable de luz, en un espacio cerrado, es mortífero.

Ki-Dacmu empuñó el sable de luz que escondía entre sus ropajes, adelantándose a Kilian y accionándolo en dirección a sus contrincantes. Un delgado láser de color verdiazul iluminó su cara.

Todos los que tenían pistolas desenfundaron lo más rápido que pudieron, pero dos de los que pretendían disparar a Gorka perdieron los bláster, que volaron por al aire hasta llegar a manos de Ank'Niwa. El gamorreano, no muy dado a preguntarse cómo pudo ocurrir, aprovechó la ventaja cargando contra los sorprendidos rivales, abarcando a ambos con sus poderosos brazos y utilizando su propio empuje para derribarlos. Cayeron aplastando a un tercero, más esmirriado, que se escondía detrás. Bronx, en un rápido giro para encararse de nuevo contra los suyos, desenfundó el primero, disparando sobre uno de los moteros que se libraron del gamorreano, antes de que pudiera siquiera sacar el arma, y esquivando el láser del segundo que, por mala fortuna, alcanzó al twi'lek, que cayó de rodillas.

Tres de los que se enfrentaban a Kilian y a la cereana, incluido el gordo melenudo, dispararon sobre Ki-Dacmu, que usó el sable de luz para desviar todos los disparos, devolviendo uno que alcanzó en el brazo a uno de sus agresores, que soltó el bláster del dolor. Los otros dos se abalanzaron sobre ellos, blandiendo

vibrofilos que fueron rechazados por la electrovara de Kilian. El joven corelliano estaba tan sorprendido por la aparición del sable de luz como los propios moteros, pero no tenía tiempo a preguntar de donde había sacado la espada láser ni cuando aprendió a utilizarla, ni por qué no le habían dicho nada. Bienvenida era la inesperada ayuda. Activó los impulsos electromagnéticos de los extremos, ajustando el nivel de potencia de los emisores para que las descargas sólo aturdieran, y atacó.

Gorka, al caer encima de sus rivales con sus ciento treinta kilos de peso, los dejó aturdidos el tiempo suficiente como para propinarles salvajes puñetazos, rompiendo dientes y destrozando caras; el delgaducho que había quedado debajo de todos no recibió ni un solo golpe, bastante tenía con intentar no morir asfixiado por el peso de todos aquellos cuerpos. Bronx volvió a disparar sobre el segundo tirador, hiriéndolo en el brazo. El motero disparó erráticamente, intentando mantener a raya al mercenario, quien no dudo en sujetar el bláster con ambas manos, afinar la puntería y dispararle dos veces más hasta matarlo. Detrás del caído, el sexto motero dejó caer el vibrofilo que portaba, corriendo hacia las puertas de salida y saltando a la pasarela.

Ante los disparos de sus rivales, Ki-Dacmu continuaba desviando los lásers hacia el techo, el suelo o los laterales, con el fin de no herir a ninguno de los asustados pasajeros. Pero uno de los disparos la hirió en el brazo, y el dolor del impacto le nubló los sentidos lo suficiente como para que el que estaba desarmado se abalanzara sobre ella: agarrándole el brazo magullado, presionando la herida, y con la otra mano sujetando el brazo del

sable de luz. Consiguió tumbarla del impulso, quedando aturdida al golpearse contra el suelo. La espada láser se apagó, rodando por la superficie. El motero comenzó a propinarle golpes.

El grito de aviso de Kilian, que veía que el asunto no pintaba bien por su lado, alertó a Bronx. El mercenario analizó la situación: el gamorreano era el único que mantenía la ventaja, aunque luchara contra tres, acuchillándolos con un pequeño filo; Ki-Dacmu tumbada en el suelo, procurando zafarse de su captor, tendría que esperar; el corelliano luchaba con armas cuerpo a cuerpo contra dos, llevando la ventaja. El peligro estaba en los dos moteros que aún portaban blásters, que podían acabar fácilmente con el maherido Ank'Niwa, que a pesar de haber capturado armas de fuego no era diestro en el combate. Recordando viejas escenas de batalla, tuvo miedo de perder a sus amigos, y el segundo tiro que impactó contra el twi'leck, derribándolo en el suelo, liberó en su interior una vieja compañera de tiempos pasados.

«¡A mi! ¡A mi!», gritó, apuntándoles con el bláster pesado. Los dos *hermanos* variaron su objetivo, disparando contra el mercenario, que evitó los tiros agachándose, y devolviéndolos contra el más cercano. Tres impactos directos en el pecho. El cercano olor a piel quemada, característico de las heridas de bláster, animó a su jefe y compañero, el gordo lomest de larga melena y barba gris, a saltar fuera del vehículo, disparando al azar para cubrir su huida. El mismo olor causó una reacción distinta en el mercenario. Agarró por el cuello al motero que golpeaba a Ki-Dacmu, levantándolo de imprevisto. Le disparó en las tripas, dos veces a bocajarro, observando la fúnebre mirada de incredulidad de quien se descubre muerto. Ki-Dacmu,

liberada, rodó sobre sí misma, alejándose. Bronx saltó fuera, en busca del jefe que había escapado con vida.

Con un extremo de la electrovara, Kilian desvió hacia abajo un nuevo ataque del vibrofilo de uno de sus atacantes. Siguiendo el movimiento, el otro extremo del bastón ascendió hasta alcanzar el rostro del motero. La descarga electromagnética lo dejó inconsciente de inmediato. El corelliano se dio la vuelta a tiempo para esquivar el ataque del otro contrincante, modificó el nivel de potencia de la electrovara para herir y propinó un golpe frontal, como si de una lanza se tratara, en el pecho del rival, quien cayó al suelo dolorido, con una quemadura eléctrica. Aprovechando que el motero no podía reaccionar, disminuyó de nuevo la potencia para aturdir y le golpeó en la cabeza dejándolo definitivamente inconsciente. Miró a su alrededor: Ki-Dacmu atendía las heridas del twi'lek, con cara de preocupación, y Gorka había matado a uno de los moteros, dejando a otro malherido. Aquél que había quedado aplastado por el peso de todos solicitó clemencia, y el gamorreano simplemente le soltó tal mamporro que lo dejó sin conocimiento. Como la situación parecía estar controlada buscó a Bronx en el exterior, saltando a la pasarela pero sin abandonar la protección del tranvía, donde soplaba un gélido viento acompañado de truenos y una fuerte lluvia. La temperatura descendía con rapidez. Vislumbró al gordo líder corriendo por la pasarela hacia el túnel, falto de respiración, y a Bronx persiguiéndolo al descubierto. Era incomprensible que el mercenario se expusiera de tal modo, parecía que le cegara la rabia; nunca lo había visto así. Kilian escuchó el característico zumbido de los aceleradores mobquet haciendo pasadas por los alrededores. Sus pilotos, miembros de

los *caídos*, dispararon contra Bronx, que en medio de la pasarela no podía guarecerse tras nada. El mercenario corría esquivando los lásers todo lo que pudo, hasta recibir un disparo en la pierna que lo derribó.

Kilian no lo pensó, y de ahí que se uniera al destino de su instructor. En el interior del tranvía aún estaba el sable de luz de Ki-Dacmu, quien no lo había recogido todavía. Se desprendió de la electro-vara y alzó la mano en dirección al sable de luz. A pesar de no haber practicado lo suficiente, sintió la Fuerza entre la espada láser y él. El arma vibró débilmente en el suelo hasta desafiar la gravedad y volar literalmente hasta la mano de Kilian. Con un sable de luz en su poder, abandonó el abrigo que le ofrecían los vagones del tranvía, resuelto a defender al mercenario. Ignoró las advertencias de la cereana.

A medio camino entre el mercenario y el tranvía activó la hoja de energía de plasma de la espada, llamando la atención de los pilotos, quienes cambiaron su objetivo. Eran dos aceleradores mobquet y una moto deslizadora Zoom II de Incom. Afortunadamente ninguno de los vehículos aéreos estaban armados, y sus pilotos debían usar sus pistolas bláster al tiempo que los conducían, lo que dificultaba el tiro. Uno de los mobquets se dirigió directamente hacia Kilian, mientras los demás maniobraban para dar la vuelta. El piloto disparó varias veces. El corelliano sentía la Fuerza guiándole, presintiendo la puntería de su rival, e intentó manejar el sable de luz para desviar los tiros, tal y como había hecho Ki-Dacmu. Pero Kilian nunca había manejado una espada láser. Conocía el equilibro de todas las armas cuerpo a cuerpo que Bronx le había enseñado, y en especial la electrovara, pero el peso de la espada láser residía

en la empuñadura; el resto era puro haz de energía. Sujetó el sable con las dos manos, deseando controlarlo, e hizo un par de movimientos defensivos buscando las trayectorias de los disparos. Por fortuna el piloto erró sus dos primeros disparos. Al tercer intento Kilian hizo un mal movimiento de muñeca y la letal hoja de energía le rozó el hombro izquierdo, causándole gran dolor y obligándose a sujetar el sable de luz únicamente con la mano derecha. El cuarto y último disparo alcanzó el propio sable y parcialmente la mano, en un desafortunado intento de bloqueo. Abrió involuntariamente los dedos, cayendo la dañada arma al suelo. El acelerador pasó volando a un metro de su cabeza, agachándose a tiempo, y se alejó del lugar. Kilian, arrodillado en el suelo, soportó el sufrimiento de las heridas. Se maldijo a sí mismo por su estupidez. «Voy a morir aquí», pensó, y un escalofrío recorrió desde la base de su espalda hasta la nuca.

Unos metros más allá, el líder de la banda, alertado por el cambio de los acontecimientos, descubrió al mercenario en el suelo. Cansado de correr, caminó de vuelta, apuntándolo con el bláster. No quería cometer mas errores, hizo varios disparos de advertencia que obligaron al mercenario a tirar su arma. Paso a paso, el gordo melenudo se acercó lo suficiente como para que volvieran a verse las caras, salvando la distancia, no fuera que ese maldecido guardara un arma oculta.

–Al menos vosotros dos moriréis –dijo el jefe, sin perderle de vista.

Bronx levantaba las manos en señal de rendición, afrontando la sentencia. Había matado a varios de sus compañeros y no habría misericordia.

Aquella noche no moriría. Un tronador cracio surgió del túnel, rápido y silencioso. Debería «tronar»: sus potentes zancadas deberían golpear el suelo, martilleándolo contundentemente, alertando a su verdugo del peligro que corría, dándole tiempo a reaccionar. *Debería*, pero no se escuchaba sonido alguno. Aquella bestia trotaba sin hacer ruido y, en escasos segundos, guiada por una jinete decidida, cubrió la distancia entre la salida del túnel y el gordo melenudo. El tronador lo embistió por la espalda sin aminorar el paso, pasando por encima de él y desgarrando carne con sus zarpas. El motero quedó inmóvil, boca abajo, desangrándose. La bestia no se detuvo hasta alcanzar al mercenario, girando sobre sí misma para ponerse de espaldas a él, descubriendo a la jinete: una amazónica lomest, alta y pelirroja.

–¡Sube! –dijo Dona, vigilando con la mirada la moto-jet, que maniobraba en su dirección.

El mercenario subió de un salto a la grupa del tronador, agarrándose con las manos a la cintura de la mujer, firme en la montura. No estaban muy lejos de Kilian, pero el piloto de la moto-jet los disparaba, evitando que pudieran acercarse para salvarlo. El corelliano se levantó, esperando que a pesar de todo vinieran a por él, pero vio determinación y frialdad en la mirada de Dona: no iba a arriesgar más a Tempesta, habiendo salvado a Bronx. «Te quedas sólo», parecía decir. La domadora emitió un sonido corto y la bestia se lanzó al trote, veloz hacia el túnel. La máquina era mucho más rápida que el animal, pero difícil de maniobrar en aquel furioso temporal, propio de las montañas de Loome, hábitat natural del tronador. Dona condujo a la bestia sorteando los disparos de la moto-jet, zigzagueando entre los

raíles magnéticos de la pasarela. La montaña los saludó, ofreciéndoles cobijo.

De los dos aceleradores, uno de ellos disparaba contra el tranvía, impidiendo que Ki-Dacmu y Gorka pudieran salir, aunque ellos intentaban devolver los disparos con los blásters que tenían. «Eso es lo que tenía que haber hecho», admitió Kilian, que era buen tirador. «Hubiera ayudado más a Bronx cubriéndole desde una posición guarecida, en vez de hacerme el héroe». El otro piloto volvía a arremeter, dispuesto a rematar el trabajo que había empezado. Sus compañeros le dieron tiempo para volver contra el desprotegido idiota. Disminuyó la velocidad para apuntar mejor. Kilian se percató de esto, y el miedo a la muerte le invadió. Era su primer combate real, con contrincantes sin piedad, dispuestos a matarle de verdad. Todo lo anterior no contaba. Ahora era el momento de saber si lo que había aprendido le había servido para algo. Y no tenía armas: el sable de luz estaba dañado; la electro-vara abandonada cerca del tranvía. Tan sólo quedaban las armas que habían en la pasarela: uno el bláster pesado de Bronx; el otro el del líder de la banda, que se encontraba gravemente herido tras las caricias del tronador cracio y aún así lo sujetaba fuertemente. Alargó el brazo intentando atraer telequinéticamente el bláster pesado, pero tan sólo consiguió hacerlo vibrar. Estaba dolorido y atemorizado, y no lograba concentrarse lo suficiente. El primer disparo del motero le impactó en la pierna derecha, cayendo al suelo. Estaba vez apuntaba bien, el cabrón. Se arrastró buscando una manera de salir, consiguiendo mantenerse consciente sólo gracias a la Fuerza. Quizás sería más fácil dejarse dormir, y no ver el final. Levantó la cabeza estudiando al motero dispuesto

para su segundo disparo. El tiempo parecía detenerse. Los segundos parecían minutos. La muerte se acercaba. Y entonces observó el ángulo del acelerador y, automáticamente, calculó su trayectoria, como si fuera él el piloto, de nuevo un adolescente compitiendo en las carreras del Sector Azul de Corellia. Era un acelerador de carreras Nebulon-Q de Mobquet, un modelo que él mismo había pilotado. Básicamente un motor de turboempuje con un asiento incorporado. Conocía los manillares, los controles de elevación y los de freno. Tan sólo tenía que concentrarse un segundo. A pesar del dolor, alzó débilmente la mano izquierda y percibió la Fuerza como una invisible e inocua corriente eléctrica entre sus dedos. Una imagen mental le vino a la cabeza: «disparará y luego pasará por encima de la pasarela». Giró la mano como si fuera él quien cogiera el puño del acelerador, que estaba suelto porque la mano del motero que debía sujetarlo apretaba el gatillo del bláster que portaba. El piloto, sorprendido por el brusco aceleramiento de su vehículo, erró el tiro. Soltó el bláster en un fútil intento de agarrar el puño y disminuir la velocidad del mobquet. Demasiado tarde. Emitió un alarido de horror antes de estrellarse contra la pasarela. Kilian se protegió la cabeza con los brazos, en un gesto instintivo, pero la explosión no lo alcanzó. Los otros dos moteros optaron por huir, ante la insistente barrera de disparos de Gorka y Ki-Dacmu, y mejor escapar con éxito antes de que llegaran las autoridades locales.

Con tantos testimonios favorables de testigos supervivientes, a

los pocos días fueron puestos en libertad. Las muertes de los *hermanos caídos* no los perjudicaron, al considerarse defensa propia. Los que continuaron con vida fueron encarcelados u hospitalizados, incluyendo el líder embestido por el tronador. El asunto salpicó considerablemente a la banda de moteros, viéndose envueltos en varios juicios que seguramente perjudicarían sus negocios actuales, a parte de meterlos en la cárcel. Además, Bronx, Kilian, Ank'Niwa y Ki-Dacmu aparecieron claramente como víctimas del ataque, requiriendo asistencia médica. Dona solucionó todos los papeleos formales y pudieron salir en poco tiempo, reuniéndose en el hangar donde habían aparcado el Trast A-A5.

A pesar de haber salido con vida y sin repercusiones legales, los ánimos estaban bajos: Bronx se sentía decaído, dándole vueltas a cómo la situación se le había ido de las manos, perdiendo el control de sí mismo; el twi'lek, tras las heridas sufridas, se había vuelto huraño y desconfiado; Gorka estaba frustrado porque solo había podido tumbar a tres enemigos, queriendo demostrar continuamente su valía; Ki-Dacmu se sentía de mal humor, especialmente susceptible a cuanto le acontecía. Tan solo Dona parecía tranquila, como si se hubiera quitado un peso de encima. Estuvo pendiente de todos durante los días que tuvieron que permanecer en Dag Seher. Bronx y ella hablaron muchas veces en privado.

Kilian recapacitaba sobre su estúpida actuación y, cuando se preocupó por si el sable de luz de la cereana tenía arreglo, recibió una dura reprimenda que aceptó en silencio. Hubiera preferido una bronca al estilo corelliano, pero delante de sí tenía una cereana y, aunque Ki-Dacmu era bastante emocional para

los parámetros de su raza, y en raras ocasiones temperamental, una vez pasada la reacción inicial no dejaba de ser un magnífico representante del análisis calmado propio de los cereanos. Así que el rapapolvo fue racional, lógico y minuciosamente detallado, sin subir el tono más de lo normal, exponiendo a la luz todas las vergüenzas y defectos de Kilian, tomándose su tiempo. Totalmente justificado: el cristal, el núcleo del sable luz, se había resquebrajado a causa de un fallo en la retroalimentación energética de la hoja, consecuencia de los daños en las lentes y el disco superior, así como en los controles superiores, que también estaban destrozados. La célula de energía no había sufrido daños aparentes, pero siendo un componente básico podría reemplazarse. La cereana decidió desecharlo todo y ver si se podía salvar únicamente el cristal. Quizás el Maestro sabría trabajarlo, o tallar uno más pequeño. Ki-Dacmu había construido su propio sable de luz.

«Si el Maestro pudiera reparar el cristal…». Kilian se entusiasmó con la idea de tener alguien con quien practicar, en cuanto pudiera hacer uno nuevo. Había asimilado que no tendría un sable de luz, pero no pudo resistir la tentación de usar el de Ki-Dacmu en cuanto pudo. Si pudiera construirlo de nuevo podrían practicar juntos. Ella con el sable y él a defenderse con la electrovara de phrik. Y si el Maestro lo permitiera, quizás acabarían enseñándole a manejar el sable. La cereana debió adivinar los pensamientos que cruzaban por su mente.

–No adelantes acontecimientos –anotó la cereana, estudiando detenidamente el dañado cristal–. No creo que se pueda hacer nada por la joya, y no tenemos ninguna otra.

–Ki-Dacmu –le dijo muy calmadamente–. Reconozco que me

equivoqué. Nunca recibí instrucción en el Templo, como tú, y lo primero que hice fue hacer caso a mi frustrado deseo. Soy experto en combate cuerpo a cuerpo con la electrovara, con la pica de fuerza y con casi cualquier arma personal que pongan en mi mano; soy buen tirador con todo tipo de blásters; domino algunas técnicas marciales; pero en vez de utilizar lo que Bronx me enseñó, puse en riesgo su vida cuando elegí un arma que no sé manejar y que es diferente a todo lo que había conocido. De no ser por la Fuerza no me encontraría aquí, hablando contigo. Las cicatrices que me he auto-infligido –posó la mano derecha en su hombro izquierdo para recalcarlo– serán un buen recordatorio de mi insensatez, y doy gracias de no haber perdido ninguna de las extremidades.

–Aún hay esperanza para ti –contestó la cereana.

–Venid los dos, Bronx nos espera –dijo Dona, que acababa de llegar a la habitación, habiendo escuchado la última parte de la conversación.

Los tres cambiaron de habitación y se reunieron con Bronx. Gorka y Ank'Niwa también estaban allí, sentados alrededor de una mesa. Tomaron asiento tras la invitación que el mercenario hizo con un gesto de la mano. Dona se sentó al lado de Bronx y de Ki-Dacmu.

–Quiero felicitaros a todos –comentó Bronx–. Os habéis portado bien, considerando lo sucedido. Hemos pasado por una prueba muy dura, con la que no contabais cuando llegasteis a Dag Seher.

Salvo Dona, los cuatro se le quedaron mirando, extrañados, sin saber a cuento de qué venían dichas reflexiones. El mercenario

tuvo que explicarse:

–Esta ciudad, estas minas, no son un lugar cualquiera, me atrevería a decir que son únicas en la galaxia. He conocido sitios parecidos, pero no con estas características.

–Es un lugar horripilante –afirmó Ki-Dacmu–. Desde que llegué me sentí confusa. Hay algo en esta ciudad...

Calló, mirando por encima suyo, como si buscara fantasmas.

–Para los que lleváis mas tiempo es peor, y especialmente tú, Ki, cuya sensibilidad con la Fuerza es notable –Dona respondió al comentario dejado en el aire–. Mirlo nos explicó, a Bronx y a mi, la peculiar singularidad de Dag Seher. Lo que presientes –le dijo a Ki-Dacmu, sujetando cariñosamente su mano–, es la influencia del Reverso Tenebroso. El Lado Oscuro es fuerte en estas montañas. Está arraigado en el corazón de la cordillera, y se expande por las minas como la sangre por las venas, hasta acariciar la ciudad entera y sus alrededores.

–Pero entonces, la gente que vive aquí, ¿cómo sobrevive? –preguntó Kilian, sorprendido por la revelación, comprendiendo esa sensación de inquietud que le acompañaba.

–Según lo que nos contó Mirlo, lo aceptan inconscientemente, algunos hasta libremente –contestó Bronx.

–El Lado Oscuro seduce con rapidez a los ambiciosos, los avariciosos, y a aquellos dominados por los instintos más bajos –continuó Dona–. La ira, el miedo, la frustración, el odio... son su caldo de cultivo. Muchos de los que vienen a Dag Seher abrazan con gusto lo que el Reverso Tenebroso les ofrece: rendirse a sus pasiones, satisfacer sus deseos más oscuros, sin esfuerzo; otros se resisten durante un tiempo, pero siendo de

carácter débil, y sin ayuda externa, acaban consumidos; los mas sensatos abandonan la ciudad, y la mayoría sobrevive como puede, porque igual no tienen otro lugar donde vivir. Para ellos, Dag Seher remueve lo peor de sí mismos.

–Creía que había superado mi ardor por el combate –confesó Bronx–. Hacía mucho tiempo que no me dominaba de esta manera. Esta era mi prueba personal. Cada uno de vosotros habéis tenido la vuestra. Unos con más intensidad que otros.

–Creo que sólo yo la he superado –se jactó Ank'Niwa, bajo la suspicaz mirada de Bronx.

–El Reverso Tenebroso alimenta las emociones negativas– comentó Kilian.

–Eso parece –contestó Dona–. Debemos permanecer atentos. Un lugar como Dag Seher nos las puede mostrar más claramente, pero únicamente germina lo que llevamos dentro, por lo que si no lo resolvemos, permanecerán latentes hasta que las condiciones apropiadas las activen. Y si se estas se dan, aparecerán, estemos o no en un lugar tocado por el Lado Oscuro. Son responsabilidad nuestra.

Kilian recordó la conversación que tuvo con Coshar Teelk, antes de que marchara. Dag Seher no había «sacado» los puntos de los que habló con el jedi. Curiosamente fueron otros.

–Es duro ver lo que uno tiene dentro –dijo Ki-Dacmu.

–Puede ser horrible si uno no está preparado –afirmó Bronx–. En cierta manera, es un privilegio poder visitar Dag Seher. Algunas cosas las guardamos profundamente. No esta mal cierta «ayuda externa», aunque provenga del Lado Oscuro –bromeó.

–¿No hubiera sido mejor que nos acompañara Vandia o

Yemlin? –preguntó Kilian, omitiendo a Mirlo dada su vejez.

–Tradicionalmente era Mirlo quien acompañaba a todo el que venia aquí –comentó Bronx–, pero la última vez que salió de La Granja fue para recogerte a ti, en el espaciopuerto. Sí, Vandia podría habernos acompañado. Yemlin iba a venir, pero finalmente se quedó. Pero esta vez el Maestro dijo que debíamos enfrentarnos solos. Tuvimos suerte. A pesar de estar advertidos, Dona y yo caímos igualmente.

–Nos sentiremos mucho mejor en cuanto nos hallamos distanciado de las minas –aseguró Dona–. Cuando me alejé unos kilómetros fui consciente de mi comportamiento. Por suerte me llevé el localizador que me dio Alec, volviendo a tiempo. Me alegra ver que Dag Seher no ha sacado de mi mas que un fútil rencor –se levantó, apoyando una mano en el hombro del mercenario–. Lo tuyo llevará mas tiempo.

Para sorpresa de Kilian, Bronx le pidió que volviera con los demás en el camión deslizador. Dona y el mercenario volverían a La Granja con los tronadores cracios, porque «tantas bestias no entran en el vehículo y para ellas será más natural volver campo a través». Tenían razón, el viaje sería más cómodo para todos, aunque estaba claro cual era el verdadero motivo. De todas maneras le parecía agradable coger los mandos del Trast-A-A5 y conducirlo con la ayuda de Ank'Niwa. Llegarían bastante antes y no le apetecía volver a atravesar valles y montañas con las condiciones climáticas adversas del continente norte. Fue un momento con Dona a los establos, donde guardaban los tronadores, y se despidió de Bizarro. El tronador pareció entender que no les acompañaría, porque se mostró huraño y esquivo, como si no le importara. Era curioso el afecto que uno

podía cogerles a unas «simples bestias», pero más le sorprendió que fuera recíproco. Casi le daba pena tener que abandonarlo. Lo dejó con la domadora, que todos los días iba a comprobar cómo se encontraban. Estaría en las mejores manos. Luego volvió al hangar donde estaba el Trast A-A5 e hizo una puesta en marcha previa, con la ayuda de Ki-Dacmu, que chequeaba el buen funcionamiento de los repulsores. Ank'Niwa revisaba, una vez más, todo el cargamento del camión deslizador, comprobando que no les faltara nada. Gorka ya se encontraba roncando en la parte trasera, entre varias cajas apiladas. Por último, se despidieron de Bronx, quien se encargaría de pagar los gastos de estacionamiento, residencia y el alquiler de los establos.

Cuando abandonaron los últimos macizos y se internaron en el valle que precedía a la ciudad minera, los ocupantes del Trast A-A5 se sintieron mas tranquilos. La cereana parecía menos molesta por el incidente del sable de luz, y menos culpable con el de la prostituta; el twi'lek estuvo más sociable que de costumbre; incluso Gorka dejó de roncar, sumido en sueños más apacibles. Había sido una experiencia fructífera, de descubrimiento tanto personal como grupal. Se sentía más unido, un espíritu de hermandad consolidado que sólo había sentido, en cierta manera, con los nebulones azules. Aunque aquello fue muy distinto. No deja de ser que la banda de moteros se unía por un interés común, pero cada uno, en el fondo, iba por su lado y, o bien competía por el liderazgo interno de la banda, o al menos por mejorar su posición. En aquella comunidad de estudiosos de la Fuerza nadie se disputaba nada. Podía haber roces y algunos problemas personales, fruto del carácter y las

experiencias de cada uno. Sin embargo, nadie tenía interés alguno por imponerse al otro. Más bien procuraban ayudarse entre sí, con mayor o menor acierto. O como mínimo, respetar el espacio de los demás, si estos no solicitaban la ayuda de nadie.

Decidió que algún día volvería, sólo, a Dag Seher.

La familia Tevera

La noche cayó sobre el Distrito Senatorial de Coruscant. La planetaria metrópolis bullía de actividad. Cientos de luces de todos los colores aparecían y desaparecían constantemente. El incesante tráfico aéreo del mundo-ciudad se distribuía a través de líneas paralelas, otras perpendiculares y algunas diagonales, a distintas alturas. Las dependencias de la delegación de Quess en Coruscant estaban localizadas en el ala oeste de la planta 370 del rascacielos Iana, donde también se alojaban burócratas, diplomáticos y otros senadores. El Edificio del Senado era la estructura más cercana y visible desde las dependencias de la delegación, una sólida cúpula de varios cientos de metros de alto y más de dos kilómetros de largo, con forma de escudo convexo mirando al espacio, sostenido por un estrecho cuerpo en forma de tambor. Las habitaciones miraban a la gran explanada alrededor del Edificio Senatorial, lo que permitía disfrutar de una amplia vista del centro del distrito. Próximo al edificio Iana, y más cerca aún de la Rotonda del Senado, se alzaba el impresionante República 500, la torre residencial más famosa de la capital, de más de mil pisos de altura, y donde se alojaban los personajes más distinguidos de la República. Sin embargo, desde la primera vez que fue elegido senador de Quess, Jano Forte fue reacio a pagar los desorbitantes precios de los alquileres del República 500, trasladando a la delegación al más asequible edificio Iana.

Coshar Teelk observaba la cúpula del Senado desde los ventanales de uno de los discretos salones privados de las dependencias del senador Forte, que ofrecían la intimidad que requerían ciertas conversaciones, normalmente de índole política. El senador se encontraba sentado en uno de los sillones entorno al mueble bar, sirviéndose una copa de gralish. El jedi prefirió que le prepararan un zumo de silda en las cocinas. Después de que se lo trajeran, Jano Forte indicó a los criados que se retiraran, dejando que los dos hombres conversaran en paz.

–¿Cómo está el joven Hightowers? –preguntó el senador.

El jedi se giró, abandonando la preciosa vista de los alrededores del Senado Galáctico.

–Está progresando mucho. Me alegro que se haya adaptado bien a la vida en Loome. El Templo era demasiado estricto para él.

–Me satisface. Vayamos a nuestros asuntos. ¿Qué ha podido averiguar?

Coshar Teelk se sentó en el sillón y cogió el vaso de zumo de silda que había en la mesita. Bebió un sorbo antes de contestar.

–El caza-recompensas Earl Ravenous, o Raven como mejor se le conoce, dejó de ser un problema. Hace dos meses fue despedido por Garek Hightowers, y no conozco a ninguno de su oficio que trabaje gratis. No me esperaba que el jerarca de la familia prescindiera de él. Si lo hubiera finiquitado unas semanas antes podría haber retirado a mi hombre. Pero creo que en el fondo es mejor que se resolviera así.

–Intuyo que el caza-recompensas no lo está pasando bien.

–Está en serios problemas. Mi contacto de los bajos fondos cumplió demasiado bien su cometido. Pudo investigarlo de cerca y estudiar su modo operativo. Gracias a los informes que le envié del pasado de Raven, filtró su paradero e identidad actual a la Legión Alienígena de Lemax, de la cual era un desertor. No podía haber salido «mejor». Justo cuando Garek lo despide, la Legión le ataca en la órbita de Corellia, desencadenándose una batalla espacial que involucró a naves civiles y a las autoridades locales. Raven consiguió saltar al hiperespacio, pero ahora está buscado por la Legión y por otros caza-recompensas contratados por el Consorcio de Seguros Corelliano. Por lo visto, durante la batalla se dañaron numerosos containers y naves comerciales, generando considerables pérdidas económicas que no fueron pasadas por alto.

–Debo confesar que me sorprende una jugada como esta de un jedi.

–La idea de filtrar su localización a la Legión fue una iniciativa personal de mi contacto. Sólo le había pedido que lo espiara y que reuniera información sobre sus antiguos camaradas. Se ve que quería cerrar el asunto cuanto antes. Es lo que pasa cuando le exiges a un tahúr que te devuelva un favor, que lo hace a su manera. Lamento las bajas civiles que mi erróneo juicio ocasionó. Espero que no se produzcan más.

El senador respetó el silencio de Coshar. Vivir con la culpa no era algo agradable.

–Los que mataron a los civiles fueron Raven y la Legión, no usted. Quizás su hombre subestimó el sentido del honor de la Legión, y puede que hubiera actuado de otra forma si intuyera que arriesgarían lo que fuera necesario con tal de acabar con el

desertor.

–Sea como fuere –hizo caso omiso a la valoración del senador–, Raven está demasiado ocupado como para pensar en retomar un negocio que no le reportará beneficios. Por si acaso tengo a un experto informático monitorizando canales de comunicaciones, buscando noticias relacionadas con la Legión que puedan dar pistas de la situación del caza-recompensas. Por lo que sabemos está moviéndose de aquí para allá, intentando que pierdan el rastro. Una nave de sus características escapó por muy poco de una emboscada en Tatooine, mientras estaban haciendo reparaciones de emergencia. Los asaltantes eran de la Legión.

El jedi terminó de beberse el zumo y se sirvió un nuevo vaso de la jarra que habían dejado. El senador, por su parte, continuaba degustando el gralish a pequeños sorbos. A su estilo.

–En cuanto al pasado de mi antiguo discípulo –continuó Coshar–, hubo sospechas de que la familia Hightowers planeaba algún tipo de accidente para Garm Bel Iblis. Después de perder el debate de la Holored, Arno ofreció a su rival desplazarse en su deslizador personal. Según una fuente fiable, gracias al cambio de vehículo y ruta evitó un fatal desenlace. El asunto quedó en meras sospechas, y el investigador fue trasladado a una unidad controlada por un Hightowers. Arno sabía algo, y la fuente cree que se dejó perder intencionadamente para que, tras el debate, el sector eligiera a Garm Bel Iblis. Elevó el riesgo de cometer un atentado.

–Increíble –opinó el senador Forte–. Si fuera así, esa familia es muy peligrosa. Y ambiciosa. Las CorSec no son una policía de tres al cuarto. Es uno de los mejores cuerpos de seguridad del

Núcleo y de Las Colonias.

–Es un motivo razonable para separar a los padres del hijo –concluyó el jedi–. Los padres intentaron escapar de una familia capaz de ordenar el asesinato de un candidato político. Incluso puede que una vez a salvo quisieran denunciarlos. Garek retuvo a Kilian para asegurarse el silencio de Arno y Magda.

–Efectivamente, pero la razón de la huida fue otra –contestó el senador–. Restablecí relaciones con Rosem Tevera y ella me contó todo lo que sabía. Empecemos por el principio.

Coshar se acomodó mejor en el sillón, prestando toda su atención. Su amigo Jano Forte era dado a los monólogos de larga duración, detallando minuciosamente todos los acontecimientos.

Previo al contacto con la tía de Kilian el senador investigó las acusaciones de mala gestión que pesaban sobre ella. Necesitaba una excusa para acceder a los archivos del Centro Intergaláctico de Arte de Loronar, y la obtuvo a través de la donación progresiva de su colección personal de esculturas del periodo Izvequa, comenzando con un adelanto como prueba de buena fe, la pieza *Sol de Quirstan* –una reliquia que le costó adquirir varios años antes– y continuando con la participación económica en el patrocinio del instituto. El dinero, en forma de moneda o de riquezas, abre muchas puertas. Poco a poco fue cumpliendo los requisitos para convertirse en uno de los principales valedores del Centro, hasta poder exigir acceder a la contabilidad. Argumentaba que quería asegurarse de que dejaba en buenas manos tan valiosos objetos, que constituían «su más valioso legado a las generaciones futuras». Los viejos adinerados y altruistas, emocionados por colaborar con el fin de

ganarse un reconocimiento que perpetúe su nombre tras la muerte, eran las presas fáciles del mundillo de la cultura subvencionada. Aparentó ser uno de ellos. Contrató a un experto en contabilidad y finanzas –que ya conocía de su experiencia profesional previa como letrado– para que revisara las cuentas del periodo más «oscuro», el de la dirección de la señora Rosem. El senador intentó resumir, sin ser un experto en la materia, el complicado plan de chantaje que orquestaron sobre la directora. A través de contrastar ficheros, órdenes de compra, albaranes, inventario y toda la información digitalizada que estaba a su disposición, el contable descubrió que los libros oficiales fueron manipulados para engordar las cifras de manera que pareciera una mala gestión, un exceso de gastos inútiles o sobredimensionados, suficientes para justificar el despido. Sin embargo, alguien que investigara más a fondo en los gastos de mantenimiento encontraría dos delitos: malversación de fondos y falsedad documental. Un desajuste de precios entre los costes reales y los anotados que la pondrían bajo la sospecha de haberse embolsado la diferencia. Era extraño que no saliera a la luz, y que todo terminara con una renuncia de la directora, sin que el asunto llegara a los tribunales. Lo cual indicaba que se servían de lo segundo para atar a Rosem Tevera bajo la amenaza de iniciar una acción legal si no colaboraba. Conociendo la íntegra honradez de Rosem –la señora era una de las pocas personas a las que el viejo senador tuteaba–, aquellas pruebas eran una trampa y el sobrecoste que supuestamente obtenía para beneficio personal debía de salir de algún lado. O si no las cuentas no cuadrarían. Y debían de hacerlo para conseguir el despido por incompetencia. Con la ayuda de aquel astuto contable, amplió el ámbito de estudio a otras partidas que no

tenían que ver con el mantenimiento del instituto, sino con la adquisición de obras de arte para los museos. En particular con las tasaciones de pequeñas piezas complementarias. Las obras menores se utilizan para ampliar las exposiciones principales con objetos mucho menos valiosos, pero que ayudan a situar el contexto del periodo histórico estudiado. La ventaja es que no conllevan el control minucioso de las grandes obras. No iban desencaminados. Las adquisiciones se falsificaron con pequeñas disminuciones del valor de compra inferiores a las tasaciones reales. Los gastos comunes se engordaban mientras que los de tasación adelgazaban. Los hechos delictivos requerían de la conveniencia del tasador, del tesorero y del agente de compra, por parte del centro, y de un par de burócratas, supervisores gubernamentales. Sospechosos y cómplices que murieron en oportunos accidentes años más tarde. Probablemente fueron sobornados por la familia Hightowers para fabricar las pruebas que servirían de base del chantaje a Rosem, así como amedrentarla con una pequeña demostración de poder. Como perla, Jano Forte localizó a un funcionario menor, ya jubilado, que detectó el desajuste en algunas tasaciones pero que fue acallado por su superior a cambio de favorecer su carrera profesional.

Con toda la información compilada y las hipótesis formuladas, el senador se presentó ante la ex-directora del instituto. Dada su afición al arte Yzvequa no resultó complicado buscar una excusa para concertar una cita. La tía materna de Kilian seguía siendo tan reservada y prudente como de costumbre. Le confesó sus pesquisas, ante la mirada de cautela de Rosem, incluyendo su teoría de que Garek Hightowers estaba detrás de todo. Al fin y al

cabo Magda y Rosem acudieron a él años antes y conocía la presión de la familia. Le reveló sus planes: acudir a la justicia y limpiar su nombre. Como no podían demostrar la implicación de la familia Hightowers, más que por el testimonio de Rosem, había que abordar una estrategia diferente: la ex-directora sería la inocente expiatoria de una trama de lucro en las tasaciones del centro, ocultadas por la manipulación de las cuentas globales. Al haber fallecido todos los implicados, gubernamentales o personal del instituto, no se les podría sentenciar a nada, pero Rosem Tevera quedaría libre de toda culpa y su honor sería restablecido. Lamentablemente Garek se libraría de su culpa, pero no tendría motivos para pensar que lo habían descubierto.

La idea de que Garek creyera que la iniciativa provenía de una investigación interna del instituto fue la que convenció a Rosem Tevera de aprobar el plan. A ojos de los Hightowers seguiría siendo una víctima sumisa. Quedó sorprendida, y muy agradecida, de la estrategia de Jano Forte. No todos los injustamente acusados vislumbran una salida, y el senador había cuidado todos los detalles. Aún así era una jugada arriesgada: la familia Tevera sería el centro de atención durante el tiempo que durara el juicio. Carne de HoloRed. Bastaba la sombra de la duda para arruinar la reputación de un apellido histórico. Rosem no se acobardó. Era una mujer decidida, fuerte, que presenta batalla cuando hay posibilidades de victoria, y se mantiene prudente cuando la mejor opción es la paciencia, aguardando hasta que la ocasión sea propicia. El senador no conocía la legislación del sistema Loronar, pues aquél asunto era local y no se podía resolver con las leyes de la República, pero hay delitos que son universales y los comprendía bien. Buscó al mejor

letrado, uno independiente, y acudió en representación del Centro de Arte, como principal perjudicado. Finalmente las denuncias dieron su fruto, la acusación obligó a testificar al funcionario –el cual acabó inculpado como cómplice menor por lo que sufriría una condena leve–, demostrando en el trascurso del juicio la culpabilidad de los fallecidos y, aparentemente de rebote, la inocencia de Rosem Tevera que, conmovida profundamente, declaró al senador estar en deuda con él.

–Yo también se lo agradezco sumamente –dijo Coshar Teelk–. Ha dedicado tiempo de su vida, recursos y dinero, sacrificando su propio patrimonio. Y sigue haciéndolo. No tengo palabras.

–Uno debe ser leal, por encima de todo, a sus principios. Y fiel a los que ama –respondió el senador–. Si con ello empeño mis posesiones, siempre que no arruine a aquellos que dependen de mí, lo haré. Además, no lo he perdido todo completamente. Ahora soy miembro del consejo directivo del Centro de Arte y eso conlleva privilegios. Visto desde cierto punto de vista, he ampliado mi colección, aunque no sea de mi propiedad. Pero volvamos a nuestra historia, que no acaba aquí. A propuesta mía, y como compensación a los perjuicios ocasionados, el Centro de Arte restituyó a Rosem como su directora. Y un director tiene que reunirse frecuentemente con los consejeros –Forte le guiñó un ojo a Coshar–. Quería conocer su historia, y usted sabe que estoy atado porque no puedo revelar a Rosem la localización de nuestro joven amigo. Así que, aprovechando nuestra amistad, le conté que le conocía a usted de cuando tenía a su cargo a Kilian en el Templo Jedi, lo cual no es ningún secreto. Y que recordaba el encuentro que tuvimos con Magda y con su hijo en el Transespacial de Lujo Miranor, más todas las

preguntas que me formularon para ayudar al marido a abandonar la carrera política. Por supuesto, ella estaba muy interesada en conocer la suerte de Kilian. No tenía noticias de él desde que impidieron que mantuviera el contacto. La alegro mucho saber que estaba fuera de las garras de su tío, y mucho mas que se fugó del Templo con éxito. Lógicamente también se preguntó qué sería de él. En el momento adecuado volví a preguntar por la implicación de los Hightowers. Por fin, Rosem accedió a contarme la historia de la familia.

El matrimonio de Magda Tevera y Arno Hightowers fue concertado por ambas familias. Los Tevera eran, y son, una familia destacada del mundo del arte y la cultura. Entre sus antepasados se encontraban poetas, músicos, escultores y diseñadores artísticos, reconocidos universalmente. Casi toda la familia está relacionada de una u otra manera con la cultura. Los Tevera ansiaban aliarse con una poderosa Corporación, mientras que los Hightowers sólo querían mejorar su prestigio público. Al principio Magda y Arno se aliaron como rebeldía al proceder de sus respectivas familias. Luego se enamoraron. El nacimiento de Kilian los unió definitivamente.

Magda fue la primera que sospechó de las «habilidades» del niño. Mostraba una afinidad especial por cualquier forma de arte. Por fortuna, el señor Garek lo atribuyó a los genes de los Tevera. Su madre temía con razón que el tío lo usara para sus

propios fines, procurando ocultarlo. Hasta los once años fue fácil dado que su desarrollo artístico escondía sus cualidades. Observó que tenía intuiciones sobre qué pintar o qué interpretar según las emociones del público presente o de sus instructores. Una mujer inteligente.

A partir de los once despertó la verdadera pasión de Kilian: los aceleradores aéreos, las moto-jets y las carreras de vainas, dejando de lado su vena artística, lo que disgustó a su madre y entusiasmó al padre. El muchacho presumía de su rapidez de reflejos, lo que evitó numerosos accidentes, hasta creerse invencible.

Después del segundo fracaso en las elecciones a senador, Garek planeó retirar a Arno de la vida pública y apartarlo de cualquier puesto de responsabilidad. Sin soportar más la esclavitud de su familia, pensando en el futuro de Kilian, el matrimonio ideó un plan para escapar de sus cadenas. Con la excusa de visitar a su hermana Rosem, Magda se llevó a Kilian mientras Arno cerraba los asuntos pendientes, «sumiso» a los dictados del jerarca familiar. Magda le reveló a su hermana las habilidades del niño, y que necesitaban su ayuda para desaparecer sin dejar rastro. Garek, desconfiado por naturaleza, envió a un caza-recompensas que respondía a la descripción de Raven: misma armadura, mismo casco, misma frialdad. Descubrió donde estaban y que planeaban fugarse. Primero noqueó al niño con un golpe preciso para que no viera nada, y luego vapuleó brutalmente a Rosem delante de su hermana. Los devolvió a ambos, madre y niño, al clan. En un principio Garek, al conocer las intenciones de los padres de Kilian, reaccionó con furia. Acabó recluyendo a los padres y reteniendo al crío para

evitar que volvieran a intentarlo. La amedrentada Rosem podía verlos de vez en cuando. Por separado. Luego ni eso. Raven volvió a «visitarla» para que *recordara* su posición. Al cabo de unos meses saltó la acusación de la pésima gestión del Centro de Arte y la chantajeó con ir a más. Rosem fue «desterrada» de la vida de todos los Hightowers. Humillada profesionalmente únicamente para demostrar cuanto daño eran capaz de hacer. No volvió a ver ni a saber de Magda, Arno y Kilian. Seguramente continuarán retenidos en cualquiera de las propiedades de los Hightowers.

–¿Garek no descubrió los poderes del niño cuando Raven encontró a las hermanas? –preguntó Coshar.

–Al parecer no. El caza-recompensas no debió de averiguarlo entonces. Y por supuesto en las iniciales visitas que Rosem pudo hacer no hablaron de ello.

–Entonces Garek tuvo que descubrir las habilidades de Kilian personalmente, viendo su destreza. Quizás en las carreras.

–¿Va a contarle la verdad a Kilian? –preguntó el senador interesado.

Coshar se inclinó apoyando los codos sobre las rodillas, formando un puño con sus manos donde reposar la mandíbula. Sostuvo su cabeza en posición reflexiva hasta que la separó ligeramente, frotando la mano izquierda sobre el puño de la derecha, a modo de masaje.

–No hasta que encontremos a sus padres y vea cual es su situación –determinó el jedi–. Entonces veré qué hacer.

–Sé de los deseos de Kilian de buscarlos –anotó Forte.

–Precisamente por eso debo esperar –aclaró Coshar–. Aún no

está preparado. Sus sentimientos lo traicionarán. Cuando abandone el resentimiento a la familia, que lo conduciría al deseo de venganza, podrá ir a por ellos. Primero tiene que perdonar a Garek Hightowers.

–¿Perdonarlo? ¡Perdonarlo! –se indignó el senador Forte–. ¿Cómo que perdonarlo? ¿Qué tiene que perdonar? ¡Nada!

–Amigo mío, el perdón no es una gracia que se haga a nuestros enemigos, sino a nosotros mismos. Mientras nos invada el rencor no seremos libres. Mientras no nos compadezcamos de quienes nos hieren, inevitablemente sufriremos.

–Mejor vence a tus enemigos.

–Un jedi no puede permitirse dejarse llevar por el odio. La primera victoria tiene que ser sobre uno mismo –afirmó Coshar, sereno–. Luego podrá cumplir con su deber.

–El joven no es un jedi. No tiene por qué seguir sus reglas.

–A Kilian le falta muy poco para convertirse en un *Jedi.* Sin rangos ni reconocimientos. Sin historia. No tiene necesidad de aprobación. No le hace falta servir en la Orden. *Un Jedi es aquel que sigue la vía de la Fuerza, obrando acorde al deber que le impone, sirviendo a una causa superior a sí mismo. Quien sirve a la Fuerza comprende la finalidad de su vida. Quien sirve a la Fuerza encuentra su dignidad.*

El senador se llevó la mano a la barbilla, estudiando el rostro de Coshar con una sonrisa cómplice.

–Y dicen que Palpatine es un embaucador. En el fondo usted quería convertir al muchacho en uno de ustedes. Desde siempre. Sus excusas eran mentira. Todo aquello de que fuera a Loome para que aprendiera a controlar la Fuerza se quedaba corto. Le

envió con el mejor Maestro que conocía, uno que estuviera dispuesto a instruirlo.

Coshar sonrió partícipe como a quien pillan en un farol.

–Me gustaría que así fuera –dijo encogiéndose de hombros, con los brazos abiertos y las palmas boca arriba–. Un Jedi que no es un jedi. Es un alma de buen corazón, generoso, que conoce, por experiencia propia, el valor de la discreción. El dolor le ha enseñado a ser cauto, prudente, a no mostrarse antes de tiempo.

–Estoy de acuerdo –coincidió el senador–. No le conozco mas que de un encuentro, pero unido a sus juiciosas apreciaciones me parece que el joven tiene un gran potencial por delante.

Jano Forte terminó su copa de gralish, pensando en las últimas palabras de Coshar Teelk. El jedi le conocía bien; demasiado tiempo tratando con políticos como para no saber que estaba buscando un hueco en su cerebro para situar correctamente toda la información que había averiguado hoy, relacionándola con la que él mismo tenía.

–Una última cuestión –se animó el senador–. ¿Cómo dice que se llama la persona que envió a Corellia? Un hombre de sus recursos me sería útil.

–Jackson –accedió Coshar, con una sonrisa cómplice–. Es un tahúr. Lo encontrará en Las delicias de Nubia, un distinguido club de Coruscant. Es de fiar, pero tenga cuidado con él. Ya ve que tiene sus propias ideas de cómo resolver los encargos.

–Lo tendré en cuenta. Bien, es tarde y mañana debo acudir al Senado –hizo ademán de que no hacía falta que el jedi se levantara–. Puede marcharse cuando quiera. El servicio tiene

constancia.

El veterano senador se levantó con ayuda de su bastón y abandonó la estancia en dirección a su dormitorio. Al cabo de un rato entró en el salón un hombre de mediana edad, de mirada inteligente y despierta, e incluso se podría decir juvenil, que guardaba un trato formal, educado y respetuoso.

–Disculpe, señor Teelk, si desea alguna cosa más no tiene más que pedirla y ordenaré que le atiendan. El senador me ha indicado que puede permanecer cuanto desee, e incluso si lo desea podemos prepararle una habitación, por si prefiere pasar la noche aquí.

–No hará falta –respondió Coshar–. No quiero abusar de su hospitalidad. Además, debo volver al Templo Jedi.

–Entonces yo mismo le llevaré en nuestro transporte oficial. Me llamo Bin Ramos, y soy el subdelegado del sector Quess, encargado de los asuntos del senador cuando él no está disponible. Acompáñeme, por favor.

Coshar Teelk abandonó las dependencias de la delegación, repasando la historia de los padres de Kilian que Forte le acababa de contar, encajando las piezas y pensando en sus próximos movimientos.

La decepción de Kilian no fue tan palpable como su sentimiento de culpabilidad. Salió el primero de la residencia del Maestro Dalma, seguido de cerca por Ki-Dacmu. La cereana se tomó su tiempo antes de acudir al Maestro a enseñarle el cristal, a pesar del interés del corelliano por ver si podía arreglarse. Lamentablemente, y después de una detenida observación de la joya, el Maestro dictaminó que no había nada que hacer. Cualquier intento de construir un nuevo sable de luz acabaría en una pérdida de tiempo y de energía. La cereana alcanzó a Kilian, apresurando el paso, mientras se adentraban en los jardines, en dirección al edificio principal, donde Mirlo daría una charla en el aula. Ki-Dacmu acabó por tranquilizarlo y convencerle de que no había de qué preocuparse. Cualquier signo de enojo por haber destruido el sable había desaparecido. De hecho, la cereana estuvo más accesible y habladora. Acabó por contarle su historia con el cristal, lo que captó el interés del corelliano, olvidando su disgusto el tiempo que duró su relato.

Su amiga tardó más de un mes en construir el sable de luz, y en la visita a Dag Seher fue la única vez que tuvo que manejarlo en una situación de combate. La joya se la había traído desde Coruscant cuando se vino con el Maestro Dalma y con Yemlin. Ki-Dacmu tan sólo contaba con dieciséis años –Kilian ni había nacido por entonces–, y acababa de fracasar en las pruebas para convertirse en jedi, habiéndose presentado prematuramente. Sin

embargo, le interesaron tanto los *Diálogos sobre la Ciencia* que se atrevió a rogarle al Maestro que la llevara consigo. Él aceptó con la condición de que lo ayudara con los aspectos técnicos que precisaría, lo que encantó a la cereana porque ya había demostrado gran interés por la tecnología. Gracias a su natural inteligencia se formó de manera autodidacta, convirtiéndose en ingeniero jefe de La Granja diez años después. La siguiente década la empleó mejorando los equipamientos del hangar, adiestrar al personal, planificar un nuevo sistema de comunicaciones, modernizar los generadores y, cuando «contrataron» a Bronx, revisar conjuntamente los sistemas básicos de seguridad. Curiosamente fue la llegada de Kilian la que despertó de nuevo su curiosidad por los sables de luz. La joya que le habían regalado en el Templo seguía guardada en el fondo del armario de su celda, en una cajita metálica. Mientras a Kilian le repetían que no aprendería a manejar una espada láser, Ki-Dacmu ideó en su taller la construcción de un sable de luz. El Maestro Dalma aceptó su solicitud: una raza con dos cerebros, especialmente dotada para cualquier materia intelectual, y un par de corazones, simbolismo de su predisposición hacia la Fuerza, no podía permanecer sin la inquietud de combinar la tecnología y la Fuerza para la hazaña que anhelaba. Ensamblar todas las piezas de un sable de luz requiere una sutil sintonía con la Fuerza, pues la fusión es a nivel molecular, siendo un reto adecuado como parte de su aprendizaje. El Maestro la enseñó a construirlo. En su caso no necesitaría aislarse en una cueva aislada y remota. Los cereanos son capaces de concentrarse profundamente en cualquier tarea, a pesar de las distracciones. Para ella bastaría la soledad de su taller. Precisamente para evitar la curiosidad de Kilian, Ki-Dacmu aprovechó su retiro en

la estación meteorológica para terminar su proyecto estrella. Luego retomó sus clases con el sable de luz acompañando a Coshar Teelk a Loormist, quien la ayudó a familiarizarse con el arma. En el Templo sólo había aprendido las formas básicas de combate: ataque, parada, los objetivos fundamentales del blanco y las series rápidas de movimientos. Coshar no sólo la asistió en su recuperación de las viejas habilidades, también le enseñó algunas técnicas defensivas como el desvío de disparos láser. Aún así, el combate con los moteros había demostrado su falta de práctica. Finalmente Ki-Dacmu descubrió que lo único que había deseado era construir un sable de luz, algo con lo que estaba satisfecha, y que no tenía interés en convertirse en una hábil espadachina. El reto tecnológico le había servido para demostrarse a sí misma su afinidad con la Fuerza, además de la alegría que supuso compatibilizarla con su vocación de ingeniera. Eso dio que pensar a Kilian.

–De todos los poderes que nos concede, quizás los más cautivadores son los relacionados con nuestra psique –introdujo Mirlo, en la clase de las 22:30–. La Fuerza es imprevisible cuando no se sabe utilizar. Por eso lo primero que debe aprender el neófito es a controlar la Fuerza. ¿De qué sirve sentirla si no sabes dominarla? Un aprendiz que pretenda mover una piedra porque «siente la Fuerza en la roca» lo más seguro es que consiga un chichón en la cabeza.

Los asistentes rieron, algunos reconociendo experiencias

pasadas. Durante los últimos meses el anciano enseñaba los poderes sutiles, con la ayuda de algunos voluntarios cualificados. Repetía los conceptos una y otra vez, casi se diría que testarudamente. Había que recalcar a los alumnos los puntos que consideraban poco importantes, o que los entendían superficialmente. El «pobre» Mirlo se apoyaba en dos bastones para sus desplazamientos; sus rodillas se encontraban deterioradas por el paso del tiempo y no podía caminar sin la ayuda de las preciadas muletas. Las arrugas de su rostro ensalzaban su avanzada edad. Su voz, no obstante, conservaba la serenidad habitual y la mirada no reflejaba preocupación alguna por el desgaste físico de su cuerpo. La vejez no le impedía continuar enseñando su «escaso saber».

–Cualquier poder o habilidad tienta a ser utilizado en provecho propio, y no siempre se puede adivinar las consecuencias que puede acarrear. Los maestros de Coruscant lo saben bien y estudian las motivaciones de los padawan. Como aquí no hay tantos tutores debemos observarnos, ser nuestro propio objeto de estudio, acechantes a las trampas en las que caemos complacientemente. ¡Oh! Somos muy hábiles poniéndonos excusas y pretextos. Decimos: *eso a mi no me va a pasar, yo estoy por encima de esas cosas*. Subestimamos nuestras motivaciones ocultas, el poder que ejercen sobre nosotros, tanto que incluso a veces descubrimos que más que vivir, *viven ellas por nosotros*. Somos marionetas en sus manos, la mayor parte de las veces sin ni siquiera darnos cuenta, o cuando ya es tarde. Por eso decimos: *no hay emoción, hay paz; no hay pasión, hay serenidad; no hay ignorancia, hay conocimiento.*

El viejo maestro hizo una pausa, con la mirada perdida en

algún punto del suelo, midiendo las palabras que pronunciaba.

–La visión que tenemos del universo condiciona nuestra realidad. Lo hemos comentado varias veces: los sentidos dan información relativa de la realidad, y la mente reúne los datos para hacerse una idea, mas o menos acertada, de lo que percibe. Podemos maravillarnos al ver las formaciones cálcicas de una profunda cueva, escuchar el susurro del agua de los ríos subterráneos que la recorren, sentir la humedad y el frío, y aunque varios humanos definan la cueva con la misma minuciosidad, ninguno de ellos abarcará la totalidad de la cueva, con sus grutas y pasadizos, vacíos o hundidos; ninguno intuirá el mapa tridimensional que abarcan tal y como lo hace el sentido de orientación de los sullustanes. Un sullustan te describirá la misma cueva de manera muy diferente. Su percepción es más amplia, por lo que su concepto de una cueva es distinto del nuestro. Y sin embargo, tanto el humano como el sullustan no conocen la cueva, a pesar de disponer de cierto grado de verdad sobre la misma. Bueno, no somos una cueva; somos seres vivos, con una mente, un corazón y un cuerpo, como partes evidentes y reconocibles de nuestro ser, y la Fuerza como lo invisible. Para quienes no la perciben –la mayor parte de los entes del Universo–, ¿qué noción tendrán de quienes son? Algunos dirán que solo el cuerpo, la materia bruta, sostenedor físico del cerebro y el corazón; otros se centrarán en las emociones, procurando experimentar las placenteras y huyendo de las dolorosas –algunos incluso aceptarán el sufrimiento como parte emocional de sus vidas–. Unos terceros encumbrarán a la mente por encima de todo, y centrarán su mundo en fortalecerla con todo tipo de estudios y conocimientos eruditos. Todos tienen una

parte de razón, una porción de verdad, pero como les ocurre a los humanos y a los sullustanes con la cueva, no alcanzan la totalidad de lo que son: la Fuerza.

El anciano interrumpió su monólogo, advirtiendo que se había desviado de la materia que quería impartir.

–Perdonad –sonrió–. Me hago mayor y al final acabo por volver al tema de siempre. Debo aplicarme lo que enseño.

A muchos de los presentes no le hubiera importado que continuara por donde iba.

–Decía que los poderes mentales, todos los poderes realmente, cautivan. Tientan al alumno a querer más. No por el conocimiento, no por perfeccionar sus habilidades, sino por acumular. Quien pretenda poseer a la Fuerza acabará poseído por ella, porque es incapaz de abandonar su deseo. En vez de acercarse, se ha alejado. Un potencial malogrado. Es el mayor peligro para quien aspira a comprender la Fuerza.

»Repetimos que el miedo, la ira, el odio, llevan al Lado Oscuro. Pero a mi modo de ver, la ambición de poder las supera a todas. Un alma bondadosa y caritativa, que no desea mal a nadie, puede acabar consumida por el Reverso Tenebroso cuando le obsesiona adquirir cuantas más habilidades mejor, aunque se excuse en utilizarlas para nobles fines. No todos los que sucumben al Lado Oscuro son en el fondo malvados.

»Los poderes son meras habilidades, instrumentos muy útiles para ayudarte en tu deber. Está bien pulirlos, pero que no os distraigan demasiado.

–¿Los poderes no pueden ayudar a comprender mejor la Fuerza? –preguntó Kilian–. En mi experiencia, la Fuerza me ha

ayudado a ser consciente de la abrumadora vida que nos rodea. Loome rebosa *vida*. En mi Corellia natal permanecía en una metrópolis donde todo eran infraestructuras, rascacielos, vidrio y acero. Aquí hay frondosos bosques que cubren prominentes cordilleras, pastos interminables, una diversidad de animales de todo tipo, grandes o diminutos. El planeta es vida, diría que hasta la roca desnuda está viva. La Fuerza deja una presencia sutil, casi imperceptible, en todas las cosas.

–En cierta manera sí –contestó Mirlo, después de meditar el comentario del corelliano–. Ser consciente de la profunda relación entre la Fuerza y la Vida elimina ciertas barreras... mentales, amplían nuestra esfera de conocimiento. Donde antes veíamos un espacio frío e inerte descubrimos un Universo pleno y vibrante. Lo que antes pasábamos por alto ahora forma parte de nuestra vida. Alzamos la mirada al cosmos abandonando los confortables límites de nuestro rudimentario mundo.

–Pero para la mayoría de los habitantes de la galaxia es lo máximo a lo que pueden aspirar –objetó Kilian.

–Incluso necesario –añadió Mirlo–. No hay intención de juzgar a nadie. Retomando el hilo de la conversación, es cierto que profundizando en determinados aspectos podemos llegar a atisbar la naturaleza de la Fuerza. Gracias por tu aportación.

Meses atrás se hubiera sentido orgulloso del reconocimiento público, pero hoy lo preguntaba con verdadero interés por indagar en cada matiz de la enseñanza. A su lado, la joven Tila anotaba discretas notas sobre el diálogo entre ambos. Al verse descubierta le miró de reojo y apagó el pequeño computador de bolsillo.

–Gracias a la Fuerza podemos percibir emociones, sentimientos e incluso pensamientos de los seres que nos rodean –continuó Mirlo–. Todos habéis tenido oportunidad de trabajar con los tronadores cracios y sabréis que perciben nuestras emociones. Son bestias muy inteligentes. De igual manera podéis notar las suyas y conocer sus instintos. En el caso de otros seres también podemos percibir sus pensamientos. «Oírles» mentalmente. En algunos casos incluso acceder a su memoria.

–Pero alcanzar tal grado de profundidad sólo se da con personas predispuestas, ¿verdad? –preguntó Ank 'Niwa, el Twi'lek.

–Es más fácil. No obstante, alguien que se oponga, e instintivamente nos resistimos a que violenten nuestra intimidad, puede ser igualmente «escaneado». Evidentemente, cuanto más personal sea la intromisión mas oposición habrá. Mientras que los pensamientos superficiales se leen hasta por descuido, algunos se dispersan tanto que se relajan hasta el punto de que «gritan» mentalmente, los más profundos permanecen en los recovecos de la misteriosa mente. Además, todos tenemos defensas mentales, escasas en personas poco agraciadas intelectualmente, y considerables en seres inteligentes. Podría ser realmente difícil percibir la mente de científicos, especialmente los que requieren de cálculos matemáticos en su trabajo, como los astrogadores, o en general con cualquier persona habituada a la concentración, al estudio, y a la disciplina. Y por supuesto, luego estamos los que conocemos la Fuerza.

–¿La persona se daría cuenta de que intentan leerle la mente?

–preguntó Kilian.

–Si fracasas en el intento, los seres poco sensibles puede que noten alguna molestia, un malestar, sin saber su causa. Aunque quizás, si estás cerca, tengan la sensación de que no eres de fiar; un instinto de protección. Quien está entrenado en la Fuerza podría descubrirte.

–¿Es más fácil con familiares o personas cercanas? –continuó Tila.

Mirlo sabía que todos los aprendices sentían curiosidad por la telepatía, de ahí que el número de preguntas fuera elevado. Por ese motivo insistía reiteradamente en los peligros que conllevaba. Conocía bien a los residentes de la Granja, y sabía que ninguno de ellos aprendería habilidades con el fin de violar, porque de hecho era una violación, la intimidad de una persona. Podía dar lugar a situaciones muy violentas para la pobre «víctima». Molow Habhor, Vandia, Mirlo y el Maestro Dalma recordaban a los alumnos que tan solo debían practicar con voluntarios. Además no servía cualquier voluntario. Una persona receptiva podía albergar recuerdos enterrados no apropiados para ser revelados. Aunque no todo el mundo desarrollaba poderes mentales, aquellos que estaban cualificados debían aprender a dominarlos.

–Es una excelente pregunta –respondió el anciano–. La diferencia está en tu mente. ¿Recordáis lo que os enseñó Vandia sobre la telequinesis?

–No importa cuanto pese la masa –contestó Tila con premura–. La Fuerza está en el guijarro y en el árbol caído, por lo que podemos elevar ambos. Somos nosotros quienes creemos

que con el guijarro será más fácil.

–Lo mismo ocurre con las personas. ¿Es diferente según quien sea la persona? ¿Te resultaría más sencillo con un completo desconocido?

–Claro que sí –respondió la chica.

–¿Y si fuera de otra especie? –Tila asintió con la cabeza, avergonzada.

–Calma. Solo son prejuicios, ignóralos. ¿Le leerías la mente a tu madre?

–¡No! ¡Por supuesto! –gritó preocupada por que pudieran pensar que sí.

–En nuestra cultura aceptamos con normalidad nuestras emociones –comentó Ki-Dacmu, la cereana–. No sentimos vergüenza por ello. Quizás sea porque biológicamente hay muy pocos varones, más dados a ocultar sus sentimientos. Yo no tendría problemas con mis madres o hermanas.

–¿Tienes más de una madre? –preguntó Tila asombrada.

–En Cerea hay un promedio de siete hembras por cada varón que nace; es lógico que usen el femenino como neutro –aclaró Mirlo, mientras Ki-Dacmu confirmaba con la cabeza y con las palmas de las manos hacia arriba, señalando la obviedad.

–Ki-Dacmu, vuestro caso es más interesante todavía. ¿Consideras a las otras esposas de tu padre como madres? –le preguntó Mirlo.

–Ummh..., algunas sí, pero pronto fui llevada al Templo. No tuve tiempo de encariñarme. Imagino que mis hermanas sí lo harán.

–Como veis, podemos tener todo tipo de prejuicios o valoraciones, según la educación recibida. Un simple rasgo biológico como el que ocurre en Cerea, donde nacen pocos varones, determina una cultura única en la Galaxia. Para que la especie no corra peligro de extinción, los hombres tienen que casarse con tres o cuatro mujeres y tienen numerosa descendencia para que nazcan suficientes niños. Algo asimilado de manera tan natural por las cereanas es interpretado de variadas maneras por el resto de especies.

El joven corelliano hizo memoria y recordó sus reflexiones, considerando a los hombres cereanos como seres nacidos bajo el signo de una estrella venturosa.

–Tila –prosiguió Mirlo–, ¿y si tuvieras que sanar a tu madre te resultaría más fácil usar la Fuerza en ella?

–Claro que sí, aunque lo haría con cualquiera que lo necesitara –objetó la joven, pero al poco quiso ampliar su punto de vista–. Admito que a mi madre le transferiría parte de mi fuerza vital, si fuera necesario, pero no estoy segura si haría lo mismo por un desconocido.

–Por lo tanto también depende de nuestros sentimientos, no de la Fuerza. Para la Fuerza no hay distinción entre un familiar, un amigo o un extraño. Somos nosotros los que diferenciamos.

–Maestro Mirlo –continuó Glisma, uno de los campesinos de la raza gran, que a Kilian le recordaba a Yoras Deem, el comerciante que le había traído desde Malastare–. ¿Y qué hay de la proyección de nuestros sentimientos, o de alterar los pensamientos de los demás?

–Sed mas respetuosos si cabe –recordó el anciano–. Son muy

pocas las ocasiones en las que deberías hacer uso de estos poderes, y generalmente para un buen uso que no perjudique a nadie. Los jedi, sin embargo, los necesitan para su tarea. Son guardianes de la Galaxia, y diplomáticos, y la probabilidad de encontrarse en situaciones que puedan ser resueltas por medio de estas facultades, *con muy poca intervención*, es elevada. En Loome no los necesitaréis.

El gran pareció un poco frustado. Kilian sabía que era una raza muy dada a la expresión de sus sentimientos, y Glisma consideraba a todos los habitantes de la Granja su familia. Seguramente, por el amor que les tenía, no le importaría que, además de expresarlo, lo *transmitiera*; algo que a Kilian, por contra, no le hacía ni remota gracia.

–Se puede proyectar algunas palabras en la mente de otra persona, nunca algo tan complicado como una conversación o una frase completa. Es más fácil comunicar sentimientos –explicó Mirlo–. Quiero que hoy hagamos algunas sencillas pruebas de todo lo que hemos hablado. Hemos pensado en algo para nada comprometedor. Como no estamos en Coruscant, y esto lo comento para Ki-Dacmu y Kilian, reitero que no le vamos a dar la importancia que le dan en el Templo.

Vandia y el ithoriano Molow Habhor distribuyeron a los aprendices por parejas, o con los voluntarios, con algunas indicaciones de Mirlo. Tila fue colocada junto a la pelirroja Dona, la domadora de los tronadores cracios, que serviría de voluntaria ya que sus aptitudes para la Fuerza eran más bien escasas. Ruufol, otro de los domadores, lo emparejaron con Ki-Dacmu. De Glisma, el gran, que se le notaba entusiasmado por la experiencia, se encargó la propia Vandia. Ank 'Niwa, el

twi'lek practicaría con Bronx, quien también se presentaba como voluntario. Los operarios del taller, que eran matrimonio –una excepción del todo inusual–, trabajarían entre ellos. Quizás precisamente porque podrían profundizar más que los demás al haber elegido compartir su vida. Gorka, el gamorreano, que nunca asistía a las clases y no estaba interesado en aprender la Fuerza, entró por primera vez en la sala y le indicaron que se sentara junto a los lomest que ayudaban a Vandia en las cocinas; al parecer Bronx le había convencido para participar en los ejercicios. A Kilian le tocó, como no, a Yemlin, que sonreía divertido. El *enano verde* se lo había hecho «pasar mal» los primeros meses de la Academia, descubriendo algunos secretillos que Kilian hubiera preferido guardar para sí mismo, y por los cuales acabó soportando una de las charlas de Mirlo. Se preguntó por qué le habrían emparejado con Yemlin. Quizás era una prueba para demostrar que no albergaba ningún rencor por lo sucedido.

–Por favor, Bronx, ve al centro del círculo –solicitó Mirlo al mercenario, quien obedeció de inmediato–. Como sabéis, el señor Alec Brounsapier fue soldado y mercenario en su vida pasada, alcanzando distinguidos rangos. Su profesión requiere de sangre fría para no dejarse llevar por los sentimientos al contemplar las atrocidades de la guerra; serenidad en situaciones de peligro donde está en juego la vida de sus hombres o la de civiles bajo su protección; rapidez de decisión y claridad de mente ante las cambiantes circunstancias del campo de batalla; liderazgo y fuerza de voluntad para alcanzar la victoria. Cualidades importantes sin las cuales hoy quizás no estaría con nosotros, y que forjaron una mente firme, fuerte y concentrada,

que no vacila. Ank 'Niwa procurará percibir sus emociones superficiales, y el mercenario procurará ocultarlas. Se ha ofrecido voluntario porque nunca le importó lo que los demás opinaran de él, y es todo un ejemplo de cómo una persona no sensible en la Fuerza puede resistirse a los poderes de la Fuerza. Quiero que observéis tanto a Alec como a Ank.

El twi'lek se sentó enfrente del mercenario, quien cruzó los brazos en actitud defensiva pero relajada, mirándolo fijamente, con una sonrisa que Kilian interpretaría como desafiante y burlona a la vez. Ank, por el contrario, optó por posar las manos sobre sus rodillas. Ambos estaban sentados en el suelo, con las piernas cruzadas.

–Ank –advirtió Mirlo antes de que empezará el juego–. No te fíes. Es un soldado. Quien sabe lo que guarda dentro.

–Tranquilo, Mirlo –respondió el twi'lek–. Sus secretos militares están a salvo, tan solo abordaré sus emociones superficiales.

–Si averiguaras algo importante tendría que matarte –advirtió Bronx guiñando un ojo.

Todos rieron la ocurrencia, incluido Ank 'Niwa, pero algo en la sonrisa del mercenario le puso nervioso. Respiró profundamente un par de veces y cerró los ojos, evitando la mirada de Alec Brounsapier. Durante unos minutos ambos permanecieron inmóviles, salvo algún leve reajuste de la posición, bajo la mirada atenta de todos los presentes.

–Sosiego –dijo escuetamente, sin añadir nada más hasta transcurrir un silencio más prolongado–. Este hombre ha calmado los fuegos de su pasado... mayoritariamente.

Las palabras de Ank'Niwa no causaron ningún efecto en el mercenario, que respiraba despacio con lentas inspiraciones y alargadas expiraciones, reteniendo el aire un par de segundos cuando sus cavidades pulmonares se llenaban por completo, y conservándolos vacíos el mismo tiempo al terminar cada expiración. Su ecuánime mirada seguía clavada en el rostro sereno de su compañero, quien enarcaba una ceja como quien descubre un pensamiento intrigante, que quiere saber más.

–No revela emoción alguna, casi diría que no tiene –comentó.

Kilian descubrió una sonrisa extraña en el rostro de la domadora Dona, que no supo interpretar si reflejaba una complicidad con la observación del twi'lek o un desacuerdo.

–Sus sentimientos aguardan en un nivel más profundo, tras una barrera construida con disciplina y severidad, diseñada por una mente recta.

El twi'lek podría haberlo dejado en este instante, pues tal era su propósito inicial, pero parecía querer ir un poco más allá.

–Atesora rescoldos de cólera que se resisten a extinguir la débil llama de un tiempo de gloriosa expresión. No hay de qué preocuparse –le hablaba directamente al mercenario, y no a los presentes–, Dag Seher fue su última oportunidad. Pronto el fuego se apagará y las cenizas volarán al viento.

Ank'Niwa parecía satisfecho, orgulloso de su destreza, lo que le animó a buscar más, hasta introducirse en la oscuridad del alma. El camino era tan fácil de recorrer...

Al poco, uno de los dos lóbulos craneales característicos de su raza, el que normalmente enroscaba alrededor del cuello por ser el más largo, se estremeció e hizo un insólito movimiento hacia

atrás, abandonando el cómodo sostén de los hombros y dejándose caer por la espalda, acompañando al otro. Un rictus de tremenda tristeza asoló el semblante del twi'lek y sus ojos se abrieron llenos de lágrimas.

–¡Oh, Alec! ¡Cuanto lo siento! –exclamó apesumbrado–. ¡Qué despiadados y crueles podemos llegar a ser! ¡Qué desalmados! ¿Donde están nuestros hermanos? ¿Por qué se han perdido a sí mismos?

El twi'lek se encorvó, llevando las manos a su rostro para ocultar su desolación. El mercenario le abrazó antes de que se dejara caer, acogiéndolo como quien recorrió antes ese sendero. La sorpresa sobrevino entre los más «jóvenes», como Kilian, Tila y Glisma, y entre los poco sensibles a la Fuerza, como Dona y Gorka. Los demás, aunque no indiferentes, sabían que, si se profundizaba lo suficiente, podrían emerger traumas del subconsciente, afectando a un indagador poco preparado.

Tras romper el lazo telepático, Ank'Niwa se recompuso con prontitud, distanciándose de lo que había experimentado y recuperando su habitual semblante de contable minucioso. «Las apariencias engañan», pensó Kilian, que si bien se esperaba algún tipo de as en la manga por parte de su intructor –aún lo consideraba de esa manera aunque su adiestramiento como guerrero había concluido–, no se imaginaba que el twi'lek fuera empático con el sufrimiento ajeno.

–El ejercicio tenía que ser sólo un sencillo ejemplo de exploración –recriminó Mirlo a ambos, preocupado por cómo había afectado a los aprendices.

El mercenario iba a decir algo, pero el twi'lek se le adelantó.

–Es culpa mía. Sus defensas mentales son asombrosas. Me venció la curiosidad de comprobar hasta donde –se justificó.

–¿Qué hiciste? –preguntó Kilian a Bronx, directo y sin reparos, como solía ser él.

–Me resistí, y cuando noté que iba a vencerla le dejé entrar –contestó como un capitán explicando el resultado de una misión–. Revivió mis recuerdos de la guerra. Parecía como si Ank hubiera servido bajo mis órdenes la tercera noche de la batalla de la luna de Elbender.

–Lo que ha ocurrido es muy poco habitual –tranquilizó Mirlo a los jóvenes–. Así no podemos empezar. Es peligroso jugar con la mente. Hubo un tiempo en el que a nuestro amigo le disgustaba que se metieran en su cabeza. Mejor que no se repita.

Continuaron los ejercicios por parejas. Tila percibió el amor que Dona sentía por los tronadores cracios, sumado a una natural entendimiento con las bestias. Un sentimiento que la llenó de júbilo, atisbando, a través de las emociones de Dona, la naturaleza noble y leal de dichos animales. Luego su rostro enrojeció, nadie supo por qué, pero Kilian lo atribuyó a su natural timidez. Los siguientes fueron Ruufol y Ki-Dacmu. La cereana se limitó a señalar los objetos o seres en los que Ruufol enfocaba su atención: nombró a algunos de los tronadores, un deslizador aéreo, un recuerdo corriendo por los campos de su infancia, etc. Los lomest que trabajaban en la cocina hablaron de las emociones básicas del gamorreano, al que le animaron a evocarlas con indicaciones sencillas de cómo hacerlo. Casi siempre estaba relacionado con el placer: por la lucha, por la bebida y por la comida. Los otros lomest, el matrimonio,

practicaron en silencio y prefirieron no revelar nada. Glisma procuró transmitirle a Vandia el amor que sentía por todos los habitantes de la Granja. A menudo le recordaban que, si bien era natural en su cultura, no a todos les entusiasmaba verse rodeado de tales muestras de afecto, e incluso a alguno les resultaba incómodo, por lo que era conveniente que respetara su espacio.

Finalmente le llegó el turno al corelliano y a Yemlin.

–Kilian, en vez de captar emociones o pensamientos, quiero que te defiendas –le ordenó Mirlo–. Has visto que las mentes entrenadas pueden protegerse usando la Fuerza, a fin y al cabo estamos compenetrados con ella. Tu entrenamiento te ha asentado en el presente, eliminando las distracciones y la inercia del hacer por hacer. Usa ahora la Fuerza y sigue mi voz.

El corelliano imitó la postura de Bronx, sentado relajadamente y con la mirada posada en los ojos de Yemlin, que le provocaba divertido. El enano de oscura piel verde y orejas puntiagudas, que movía sus pequeñas manos de tres dedos a modo de un prestidigitador callejero, podía aparentar ser una inofensiva e insignificante criatura. Algunos padawan de Coruscant bien podrían haberle considerado un jedi fracasado, adicto a las drogas, que no había sido capaz de superar sus demonios particulares, buscando voluntariamente el exilio. No podían imaginarse que, a pesar de sus debilidades y pequeños defectos de carácter, conservaba algunas buenas cualidades y, cuando se lo proponía, un considerable dominio de la Fuerza.

–Focaliza tus pensamientos en la Fuerza, percíbela a tu alrededor, como una manta que te envuelve y te mantiene cálido –sugirió el anciano–. Deja que ella guíe tu intención, que sea tu compañera. Nadie podrá ver a través del velo.

Kilian siguió las instrucciones del paciente instructor, apartando de su mente el resto de sensaciones que sus sentidos le atraían. Sabía donde estaban sentados y quienes eran gracias a la impronta particular que transmitían, estuvieran o no en su campo de visión, diferenciándolos por densidad, intensidad y forma energética. Hasta podía asociar en su imaginación a cada uno con un color distintivo.

Se aisló en sí mismo, usando la Fuerza como un caparazón protector que desviaba las *atenciones* de Yemlin. Sentía los intentos de éste de meterse en su cabeza. Años atrás no llegaba ni a percatarse hasta que el pequeño alienígena lo confesaba mediante una burla. Posteriormente aprendió a detectarlo, indignándose con sus cínicas afirmaciones de que lo hacía «por su bien». Hoy no le permitía captar nada, a pesar de que buscaba maneras de sortear las barreras. Sí le llegaban algunas palabras sueltas, como «Válar», quien fue su mejor amigo en el Templo y a quien causó la parálisis de las piernas; o sensaciones del embriagador olor del rixil gasificado, inexistente en el aire de la habitación pero «presente» mentalmente. El cabroncete proyectaba sus debilidades con el fin de romperle la concentración.

–*Inquieto está* –afirmó Yemlin.

«Estoy tranquilo», pensó Kilian.

–*Fuertes sentimientos por su amigo Válar tiene* –continuó el enano–, *culpable se siente de lo que pasó*.

«Lo superé hace tiempo, no importa lo que digas». Los demás no lo podían escuchar, pero Yemlin puede que lo «oyera» alto y claro.

–Por querer ser Caballero Jedi, como heroico guerrero se ve.

«¡Será farsante! ¡Se lo está inventado!», cayó en la cuenta. No estaba percibiendo ni sus sentimientos ni sus sueños. Sus defensas mentales permanecían firmes a los sondeos, y el descarado sinvergüenza sólo contaba lo que ya sabía, lo que averiguó cuando era un recién llegado. El muy presumido se colgaba medallas que no había ganado. Le hubiera gustado denunciarlo en voz alta, pero no se atrevía a dividir su atención en dos acciones simultaneas. Que pensaran lo que quisieran. Tiempo atrás hubiera interrumpido el ejercicio con tal de dejar claro que lo que decía Yemlin era mentira, y que no era capaz de percibir ni un dewack delante de sus narices. Quizás ésa era la intención del enano embaucador: enfurecerlo, distraerlo. O puede que le provocara para abandonar la posición defensiva y pasar al contraataque. En vez de caer en la trampa, se adentró más en sí mismo, aislándose. Comenzó por ignorar todo sonido de la habitación. Sus oídos funcionaban perfectamente, captaban las palabras de Yemlin, pero su cerebro las ignoraba. Abandonó la percepción de la posición del resto de presentes, olvidando conscientemente quienes estaban en la estancia, como si se estuviera completamente solo, sin nadie más. Alcanzó tal estado de ensimismamiento que ninguno de los cinco sentidos proporcionaba información sensorial alguna. Brevemente, el mundo exterior dejó de existir, atendiendo únicamente a aquello que espontáneamente le venía a la mente: recuerdos, pensamientos, sensaciones... observando cómo aparecían y desaparecían. En aquel mundo estaba él... y sólo él.

No me encuentro en La Granja, ni siquiera en Loome. Estoy en una estancia lejana y cercana a la vez, reconocible. Oigo voces familiares en el cuarto contiguo, preocupadas, hablando en voz baja para que no les oiga, como suelen hacer. Alguien se aproxima a la puerta. ¿Cómo puede ser que escuche sus pasos, si está fuera del apartamento? Sé quien es; no es un extraño. Voy a recibirlo, para ser el primero en recibirle. La puerta se abre sin necesidad de llamar antes. Él no es alguien acostumbrado a pedir permiso para entrar. Es él, como pensaba. Me reconoce y se agacha levemente, flexionando sus rodillas lo justo como para poder verme directamente a los ojos. Su mirada da miedo: está muy enfadado.

–No vengo a verte a ti –dice fríamente, invitándome a darme la vuelta y desaparecer.

Pero no puedo marcharme. No puedo moverme. Estoy paralizado. Sé a qué viene, y sé lo que quiere. Sus ojos me lo dicen. No puede hacerles daño. No se lo voy a permitir. Yo lo voy a impedir.

–¡NO! –grito con todas mis fuerzas.

El joven corelliano abrió los ojos, angustiado, sin saber donde se encontraba. Había gente extraña a su alrededor, que le miraban: algunos sorprendidos, otros preocupados y alguno hasta asustado. No los reconoció. Humanos y alienígenas, la mayor parte tumbados en el suelo o de rodillas. El corazón le sacudía el pecho, latiendo atormentado. Una joven muchacha lo

observaba con ojos atónitos, apoyada en una pared. Parecía lastimada. Otra, una con la cabeza alargada, le miraba muy extrañamente, con una mezcla de sorpresa y admiración. Habían varias sillas volcadas, esparcidas por la habitación; incluso un escritorio del revés. Un ithoriano atendía a una especie de duendecillo de orejas puntiagudas inerte en el fondo de la estancia, acompañado por un hombre fuerte y alto. Una mujer bajita y regordeta, con expresión serena y agradable, le hablaba. No entendía lo que decía, pero eran palabras reconfortantes que apaciguaban su ánimo.

–¿A donde fuiste, Kilian Hightowers? –le preguntó un anciano que se sostenía de pié con la ayuda de dos bastones.

Reconoció su nombre, y quien era el hombre que le preguntaba. Se llamaba… Mirlo. La neblina de su mente se dispersó, recuperando poco a poco la consciencia de donde estaba: la Granja.

–Muy… lejos –contestó–. Durante un momento he revivido algo… no sé… no lo recuerdo.

–No te preocupes, no es el momento –dijo Vandia, que estaba a su lado, con la mano cariñosamente apoyada en su hombro–. Necesitas descansar.

–¿Qué ha pasado? ¿Por que está todo tan… patas arriba? ¿Qué le pasa a Yemlin?

–¿No recuerdas nada? –preguntó Tila, que se había acercado con mucha curiosidad.

–¡Has sido tú! ¡Enséñame cómo lo has hecho! –le pidió Ki-Dacmu.

–Vamos, vamos, dejadle en paz –ordenó Mirlo–. Tila, ayuda a

los demás a ordenar esto. Ki, ve a la enfermería y prepara el equipo médico. Bronx y Molow llevarán a Yemlin para un reconocimiento.

–¿Está herido?

–Ven, vamos a tu cuarto. Necesitas descansar –repitió Vandia.

Kilian abandonó la sala, aún medio aturdido y con los sentidos embotados, acompañado por Mirlo y Vandia. El resto se quedaron trabajando en la habitación, murmurando sobre lo ocurrido. Ki-Dacmu iba adelantada, hacia la enfermería, echando alguna mirada ocasional hacia atrás. Finalmente llegó a su habitación, agotado. Se encontraba tan debilitado que sin más dilación se tumbó en la cama y cerró los ojos. Le pareció que Vandia se quedaba a su lado, sentada en la silla del escritorio. Oyó unos pasos que se alejaban, acompañados por el sonido regular y rítmico de las muletas. Se durmió enseguida.

Cuando volvió a despertar, boca abajo, levantando levemente la cabeza con los ojos entreabiertos, hacía tiempo que el sol se había alzado en el horizonte. Había dormido profundamente. Se sentía descansado, relajado y lleno de energía. Muy a gusto, estiró los brazos, se desperezó y colocó las manos detrás de la cabeza, a modo de almohada. Hacía tiempo que no se sentía tan bien. Pero poco a poco, gradualmente, los pensamientos volvieron a su cabeza, enturbiando tal estado de bienestar. Consultó la hora, alarmado por saltarse la rutina diaria. Eran más

de las 11:00 horas. Se había pasado el desayuno y debería estar yendo al entrenamiento físico. Descubrió que la alarma que tenía configurada en el pequeño panel de control de la pared había sido desprogramada. Tras pasar por la ducha, adecentarse y cambiar las sábanas, salió al pasillo en dirección al gimnasio, con la esperanza de encontrarse a Bronx o Gorka. En su lugar se hallaban algunos de los residentes que tan sólo mantenían su cuerpo en la debida forma física. Estaban Glisma, Ki-Dacmu y sus dos operarios del taller. Como no, quien se dirigió hacia él fue la cereana.

–¿Te encuentras bien? Nos avisaron que te dejáramos descansar, después de… lo de ayer.

–Sí, sí, estoy bien.

–Fue inusual que te desmayaras. Se rumorea que viste algo del futuro, o del pasado.

–¿Qué es lo que sabéis?

–No mucho. Todos vimos que entraste en una especie de trance. No respondías a los intentos de Mollow por despertarte. Te hablaba pero no estabas allí. Vandia y Mirlo estaban preocupados. Le preguntaron a Yemlin qué había pasado, pero dijo que él no había sido. Mirlo avisó que mejor que no te tocáramos, y que os dejáramos solos, pero entonces levantaste la mano con la palma abierta hacia Yemlin, como queriendo evitar que se acercara. Gritaste ¡NO!, y todos salimos despedidos hacia atrás. Tan solo Mirlo quedó en su sitio. Pero a Yemlin lo lanzaste contra la pared y quedó inconsciente. Dabas… dabas miedo. Con los ojos cerrados y la cara descompuesta por la rabia, en medio de la habitación. Entonces ladeaste la cabeza y

te desplomaste.

–Creo… creo que vi el pasado, cuando mis padres.... –empezaba a respirar agitado y las mejillas se le estaban poniendo rosadas, viniéndole las imágenes a la cabeza.

–Sin duda tuvo que ser algo muy dramático, ¿un trauma psicológico?

–Pobre –dijo Glisma, el gran, asumiendo la deducción de la cereana–. ¿Necesitas hablarlo?

Al corelliano no le hacía gracia que el gran se compadeciera de él, con sus tiernos ojitos –los tres– demandando afecto, ni responder a las preguntas de Ki en ese momento.

–Todo bien, gracias –interrumpió escueto, recomponiéndose–. ¿Yemlin está en la enfermería?

–No, despertó ayer al poco de trasladarlo –comentó Ki-Dacmu–. Lo lanzaste… nos lanzaste, mejor dicho, con mucha fuerza. Fue toda una demostración de poder, favorecido por tu falta de autodominio, claro, pero demostración al fin y al cabo.

–Ya, bueno. Voy a ver si lo encuentro para disculparme. Adiós.

Les volvió la espalda, presto a abandonar el gimnasio y de ser el centro de atención. Encontró al pequeño Yemlin con Mirlo en la sala común de la primera planta del edificio residencial, después de que uno de los lomest de la cocina mencionara haber visto a los dos subiendo por el turboascensor. Mirlo estaba sentado en un sillón individual, reposando todo su cuerpo en él. Sus muletas estaban apoyadas a un lado. La luz de la ventana lo destacaba; parecía cansado y mas viejo que de costumbre, con las arrugas más marcadas. Yemlin estaba delante de él, sobre un

puf con las piernas cruzadas. Al entrar el corelliano interrumpieron su conversación, que bien pudiera haber sido sobre él.

–Quiero volver a intentarlo –afirmó tajante–, pero esta vez conscientemente, pretendiéndolo. No como una imprevista manifestación de poderes. ¿Es posible?

Lo miraron interrogantes, como queriendo ver si estaba preparado.

–*Ayudarte yo no puedo* –declaró Yemlin–. *Pero animarte a hacerlo sí.*

–¿Qué es lo quieres saber? –preguntó Mirlo.

–Lo que ocurrió en la visión –dijo Kilian, que creía que los dos, y seguramente algunos más, habían percibido lo mismo que él–. La visión se interrumpió cuando… cuando os lancé a todos por los aires.

Iba a decir «cuando mi tío me habló», pero como no estaba seguro de si realmente habían participado de su visión, prefiero callarse y mantenerlo en privado. Mirlo pensó la petición, y no tardó mucho en acceder.

–Si estás preparado, es el momento. Elige un lugar donde puedas estar solo, sin que nadie te distraiga, ni siquiera nuestra supervisión. Ahora todos están en sus labores. No creo que corras peligro alguno; el episodio de ayer fue un sobresalto emocional. Ahora estás resuelto. Únicamente te aconsejo que seas testigo de los acontecimientos, sin inmiscuirte en ellos.

«Es verdad, es el momento, debo revivir el momento», pensó Kilian. Los miró de nuevo y comprendió que no hacía falta decir nada más. Es posible que supieran algo, o no. Sin embargo, de

saberlo no demostraban señal alguna. Ni gestos, ni miradas, ni curiosidad. Recordó que Bronx, en su día, había mencionado que Mirlo lo ayudó a enfrentarse a ciertos capítulos de su vida. Kilian no deseaba el mismo trato. Lo que tuviera que descubrir lo haría solo. Se despidió agradeciendo el consejo dado.

Bajó por las escaleras a la planta baja del área residencial y torció a la derecha saliendo por la puerta de conexión al corredor atechado que conectaba con el edificio principal, sin dirigirse a él. En su lugar, paseó por los jardines buscando el lugar idóneo. A su derecha veía el área residencial, un edificio en forma de "L", cuyo extremo sur comunicaba con el gimnasio. A su izquierda, más lejos, estaba el almacén/hangar. Continuó por el camino central hasta que a ambos lados sólo quedaban jardines. Habían algunos claros para sentarse, pero eran más propicios para tener una conversación privada. No encontrando un lugar apropiado llegó a la bifurcación que conducía, bien al suroeste hacia la casa del Maestro, bien al este hacia el aula exterior. Giró a su izquierda para abandonar los jardines y llegar a la pequeña depresión del terreno que conformaba el aula exterior, rodeada por el cercano bosque. Había sido un buen lugar para reflexionar sobre su última conversación con Coshar, pero era insuficiente. Aunque no habían clases a esas horas, cualquiera podría decidir ir a visitarlo buscando un poco de paz. Acabó por adentrarse en el bosque, deshaciendo parte del paseo con el jedi, alcanzando la unión del río que atravesaba La Granja con su afluente. Decidió entonces continuar el curso del río hasta salir del bosque, cerca del barranco sur, donde el caudal saltaba al vacío formando una bella cascada. Las vistas al sur eran espectaculares. Abajo, la cascada formaba un pequeño estanque, dirigiéndose el río hacía

el suroeste, donde se uniría a otro aún más grande tras haber recorrido una bella pradera. La vista se perdía en el horizonte, cuya línea la dibujaba un frondoso y gigantesco bosque salpicado ocasionalmente por algunos montes. Aunque sentándose allí hubiera disfrutado de una buena vista, prefirió la compañía de los árboles. Volvió sobre sus pasos hasta encontrar una roca donde sentarse, no muy lejos del agua. Cerró los ojos, corrigió su postura y esperó hasta silenciar sus pensamientos.

Reconozco el lugar. Es una de las estancias de Torre Augusta, en la planta residencial, en casa. Tengo trece años. Ha sido un día largo. He estado todo el día trabajando en el popular acelerador Nebulón-Q que mi tío me regaló meses atrás, comprobando que todos los sistemas funcionaran correctamente con los técnicos de la escudería Hightowers. Sabía que mamá estaría todo el día pendiente de los resultados del trabajo de padre. Llevaba meses preocupada. Creo que quería que no ganara. Seguro que porque padre no parece muy feliz con lo que hace. Pero da igual, es lo que quiere tío Garek, y eso es lo importante. Si el tío está contento todo va bien. Él lo soluciona todo. Cuando mamá quiso que continuara con el kloo horn, tío Garek la convenció de que me dedicara a las carreras. Él vio lo bueno que era. Compró mi primera vaina, y cuando vio que podía ganar creó la escudería, con muchos más vehículos para que yo los probara: moto-jets, aceleradores, e incluso deslizadores aéreos. Y todos aquellos mecánicos e ingenieros que estaban a mi alrededor para conseguir que fueran los más

rápidos. Muchos de ellos hacían lo que yo quería. Era maravilloso. Lo malo es que a padre no lo veía mucho. Cuando salí del taller camino del turboelevador todo el mundo estaba nervioso. Muchos me observaban y al fijarme yo en ellos desviaban la mirada para otro lado. Eso fue raro. Al entrar en casa intenté comentárselo a mamá, pero estaba hablando con padre de algo importante. En el cuarto contiguo pegué la oreja para ver si los oía, pero sólo conseguía captar palabras sueltas. Así que sigo esperando. Es serio, porque a veces gritan y después se ponen a susurrar. Lo intento de nuevo, a ver si esta vez los escucho mejor. Estoy a punto de entenderlos cuando siento que el tío Garek viene a vernos. No se cómo, pero es él, ahí viene. Corro hacia el recibidor, atravesando el salón. Quiero ser el primero en recibirlo. Él hablará con ellos y sea lo que sea lo solucionará. Siempre hace que los problemas se resuelvan, porque todos en la familia acaban aceptando lo que dice. Es muy listo. La puerta se desliza hacia arriba, y aparece él. Sabía que era él. Río contento, pero algo va mal, algo que no me gusta. Dejo de reír. Mi tío está muy serio. Me ve, se acerca y se agacha para hablar conmigo. Su mirada da miedo: está muy enfadado.

–No vengo a verte a ti – dice fríamente, invitándome a dar la vuelta y desaparecer.

Pero no puedo marcharme. No puedo moverme. Estoy paralizado. Sé a qué viene, y sé lo que quiere. Sus ojos me lo dicen. Está enfadado con papá. Ha hecho algo que no debía. Hoy era el día más importante de su trabajo y él lo ha hecho mal, aposta. Ha perdido porque quería perder. Esta muy enfadado. Viene a castigarlo. Tengo miedo de lo que va a hacer. ¿Qué le hará a papá? No puede hacerles daño. No se lo voy a permitir.

Yo lo voy a impedir.

–¡NO! –grito con todas mis fuerzas.

Pero no consigo pararlo. Me empuja y caigo al suelo, golpeándome la cabeza contra la pared. Él continua. Papá y mamá salen de su cuarto. Me han oído, pero yo quiero decirles que se marchen, o que se escondan. Tío Garek quiere hablar con papá en el cuarto, los dos solos. Mamá le responde algo, pero al verme a mi viene corriendo. «¿Qué le has hecho?» le reprocha. Papá y Garek se meten en el cuarto, y mamá me pregunta si estoy bien. Le digo que no, que vuelva con papá, que tío quiere hacerle daño. Ella intenta convencerme de que no va a pasar nada malo a papá, pero yo lo he visto. Le explico que tío Garek sabe que perdió adrede, que papá ha perdido queriendo, en contra de lo que querían todos. Entonces a mamá le cambia la cara y sé que me ha entendido.

–Escucha, cielo. Es mejor que no le digas a nadie lo que sabes de papá, ¿vale? Y menos a tu tío. No le digas nada a él. Nunca. A nadie ¿Me lo prometes? Promételo, Ki, prométemelo.

Se lo prometo, claro, y al conformarse con esto nos vamos los dos a mi cuarto, a esperar. Ella me abraza y yo creo que al final todo va a salir bien. Que pase lo que pase, tío Garek perdonará a papá, porque es su hermano y eso es lo que hace la familia. Y todo seguirá igual. Todos podemos equivocarnos.

Oímos que salen, y tío se marcha sin decirnos nada. Después papá viene al cuarto y nos abraza. Me pregunta si estoy bien y le digo que sí. Luego me dice que si puede hablar con mamá a solas.

–Tu hijo es el primero que ha sabido a qué venía tu hermano –

le dice mamá.

Cuando salió del trance había pasado la hora de comer y sentía un enorme agujero en el estómago. Debía de ser la hora del descanso, lo que le venía muy bien para ordenar pensamientos y sentimientos. Apenas recordaba aquel suceso, aunque le había marcado. Cuando era un niño no atribuía sus capacidades a la Fuerza o a poderes especiales. Simplemente creía que era más listo que los demás, más rápido que cualquiera. Tampoco recordaba que el motivo por el que sus padres trazaron un plan para huir fue que perdió deliberadamente las elecciones para ser senador, y no porque fuera un fracasado, un perdedor, que era lo que a partir de entonces insistieron una y otra vez, lo que se le quedó en la cabeza; algo repetido en Corellia con convicción, puesto que así lo creían todos. ¿Quienes, entre la familia, sabrían la verdad, además de Garek? Probablemente los demás hermanos, en especial Nieder y Sala, y quizás alguno de sus primos, como Darlah la favorita. ¿Pero por qué quiso su padre perder las elecciones? ¿Qué le llevó a ello? Fuera lo que fuera, poco tiempo después se despidió de su padre, a quien no volvió a ver nunca más, para marcharse con su madre a visitar a su hermana Rosem al Centro de Arte que dirigía en Loronar. Allí fueron descubiertos por el caza-recompensas y también dejó de ver a su madre. A partir de entonces su educación correría a cargo de Garek.

¿Qué habrían pensado sus padres de su espontánea

percepción? No era posible que lo atribuyeran a los poderes de la Fuerza. Ellos no sabían nada de la Fuerza, o al menos eso pensaba. La única que demostró conocer la Fuerza fue la tía Sala, que, meses más tarde, y gracias a sus extensos conocimientos sumó dos y dos, comunicando su descubrimiento a Garek. Esa fue la razón de que lo internaran en el Templo. ¿Llegarían sus padres a saberlo alguna vez? Ahora más que nunca sentía que debía volver a buscar a sus padres, pero también tenía que terminar su entrenamiento. Cuando el Maestro Dalma considerara que no necesitaba más aprendizaje, le comunicaría su intención de volver a Corellia.

Fue curioso pensar en el Maestro, porque en el camino de vuelta se lo encontró por los jardines. Volvía del edificio principal, hacia su residencia, lo cual era inusual porque últimamente se le veía muy poco.

–Me ha dicho Mirlo que necesitaba estar a solas para agudizar sus intuiciones –comentó, sin dar más detalles.

–Sí, Maestro –respondió Kilian–. Me gustaría pedir permiso para ausentarme del resto de las tareas. Necesito tiempo para asimilarlo todo.

–Por supuesto –aceptó el Maestro–. Sólo tiene que avisar a quien corresponda. Dígale a Vandia que le lleve algo de comer a su celda.

–Gracias, Maestro. Así lo haré. Estará bien quedarme en la celda. Mañana seguiré el horario habitual.

Kilian se sorprendió de la naturalidad con la que planteó su petición. Pocas palabras, escuetas, y todo resuelto. A parte de solicitar un refrigerio en las cocinas, sólo tuvo que comunicar su

permiso en los establos, donde Dona no puso ninguna objeción. Ruufol y Larsmik podían encargarse de sustituirle. Nadie le molestó ni llamó a su puerta durante el resto del día.

El turboascensor paró en la planta de la residencia de la senadora Padme Amidala, mostrando la antesala, donde aguardaba Gregar Thypo, Jefe de Seguridad de la delegación de Naboo. Las dependencias destacaban por las diferentes tonalidades gris-azuladas y lilas, iluminadas principalmente por la luz natural del exterior que entraba por amplios ventanales laterales. Coshar Teelk se presentó ante Thypo y le enseñó sus credenciales. Tras un breve intercambio de preguntas y respuestas, el jefe accedió a admitir al cónsul jedi. Lo condujo a la siguiente habitación, un amplio salón donde se encontraban dialogando los senadores de Trevi y Naboo, sentados en sencillos sillones amarillos alrededor de una mesa de cristal.

–Senadora, envían al caballero jedi Coshar Teelk para reunirse con el senador Forte –anunció Gregar Thypo.

El aludido puso cara de sorpresa al no esperarse la presencia del jedi. El senador había envejecido visiblemente. Su pelo había encanecido casi por completo, incluido el discreto bigote que conservaba finamente arreglado. Allí donde le quedaba pelo, pues la calvicie conquistaba su cabeza a excepción de la coronilla, la nuca y la parte lateral. Cualquier otro se hubiera retirado hace años, pero el senador conservaba su vigor a pesar de los achaques físicos, requiriendo únicamente del bastón con empuñadura en forma de pico para caminar.

–Cónsul Coshar, ¿a qué debemos esta visita? –comentó

después de que ambos senadores se levantaran de sus asientos.

–Mucho me temo que también le han asignado una escolta a su señoría, mi querido senador –intercedió Padme Amidala–. Sea bienvenido, señor Teelk.

–Muchas gracias, senadora –respondió el jedi–. Es un placer conocerla. Me alegro mucho de encontrarla sana y salva, después de lo ocurrido –la nave consular que la había traído a Coruscant había sido destruida en un intento de acabar con su vida–. Siento la interrupción.

–No se preocupe, el asunto que nos ocupa no es de carácter estrictamente privado –dijo la senadora–. Gracias, Gregar –Padme lanzó una mirada amable a su jefe de seguridad, invitándole a volver a su puesto.

–Ha adivinado mi misión, senadora –prosiguió Coshar, que dirigió su mirada a Forte–. El Consejo está asignando a jedis como escoltas de los senadores que pudieran estar en peligro.

–Qué absurdo –protestó el senador–. No hay motivo para ello.

–El Consejo estima lo contrario. Todos los senadores en contra del acta de creación de un ejército para la República están recibiendo protección tras el atentado fallido contra la senadora –explicó Coshar.

–Bien, yo estoy a favor del Acta de Creación Militar. No necesito escolta –matizó Forte.

–Aún así el Consejo cree que, dadas sus polémicas intervenciones, su vida podría correr peligro –insistió el jedi.

–Mis intervenciones son polémicas porque voy a la raíz del asunto. Suavizar la gravedad de los hechos le resta la

importancia que se merecen. Yo no trato a los adultos como a niños que necesitan que les dulcifiquen la realidad.

–Yo también lo considero innecesario –intervino la senadora–. Precisamente he recibido notificación de que mi escolta llegará en breve.

–Por lo que sé están recibiendo instrucciones, señoría. Me he adelantado para acompañar al senador Forte a su residencia.

–Aún hay tiempo. Por favor, coméntele a la senadora cual es su postura sobre el asunto –invitó el veterano senador.

–No forma parte de mi misión –contestó el cónsul.

–Pero tendrá un criterio al respecto. Usted es diplomático y ha participado en numerosas embajadas –insistió el senador, sabedor de la experiencia del jedi.

–Por favor, señor Teelk, me gustará oír su opinión –rogó la senadora Amidala.

–Bien, ya que insisten...

Los tres se sentaron en los cómodos sillones del salón. La asistente rellenó las copas de los presentes excepto la de Coshar, que rechazó el ofrecimiento con un respetuoso gesto de la mano.

–Creo que todo se reduce a responder a la pregunta, ¿es la Confederación de Sistemas Independientes una amenaza militar para la República? Si lo es debemos estar preparados para dar respuesta a una acción bélica.

–Si se aprueba el acta antes de confirmar con pruebas serias y concluyentes la veracidad de que están reuniendo un ejército propio con el cual atacarnos, nosotros mismos habremos provocado una guerra civil en la República –replicó Amidala.

–La República no se puede permitir esperar a que la ataquen por sorpresa, o que sea demasiado tarde, senadora –afirmó Forte–. No estamos hablando de usarlo para reprimir a la Confederación mediante la fuerza bruta; sólo para asegurar nuestra defensa.

–No hemos necesitado de un ejército desde hace un milenio, senador. Nuestros antepasados nos legaron la responsabilidad de salvaguardar la paz en la Galaxia, conocedores de las desastrosas consecuencias de la guerra, que casi estuvo a punto de acabar con la República. La única manera de hacerlo es evitando una provocación –contestó airada.

–Si disponen de un ejército de droides será demasiado tarde para la República, y el Conde Dooku lo sabe. ¿Para qué construirlo si no es para utilizarlo? La Confederación no tiene intenciones de negociar. Lo que propongo es una enmienda al Acta de Creación Militar que elimine por completo la concesión de nuevos poderes a la Cancillería, y mantenga solamente lo referente a la creación del Ejército, que estará bajo las órdenes de la Cancillería como poder ejecutivo que es, pero con el control económico del Senado.

–Mientras no tengamos evidencias debemos tener fe en nuestro sistema, senador. Esta crisis se resuelve diplomáticamente. Me opongo a degradar la República, aunque coincida en lo relativo a evitar aumentar el poder del Canciller. Me sorprende su beligerante postura sabiendo que su sector no tiene una postura definitiva –contraatacó Padme, pero se le notó, por la expresión de su mirada, que nada más pronunciarla se arrepentió de la última frase.

–Como representante de Quess acataré y defenderé la voluntad

de mi sector, senadora –respondió aludido–. Pero mientras no tomen una decisión de manera rotunda tengo autoridad para decidir por mi cuenta, si el tiempo lo apremiara. Tenga por seguro que informo debidamente de todas las ventajas e inconvenientes a los ciudadanos de los mundos que represento. Y si mi equivocara en la interpretación de la voluntad de Quess en un asunto tan grave, sería revocado por el sector y, automáticamente, me reemplazarían por mi sustituto. Ahora bien, todo esto no es de su incumbencia.

–Senador, le pido disculpas si lo he ofendido –se levantó Padme Admidala, con gestos reconciliadores–. No quería sugerir que estaba incumpliendo su deber.

–Disculpas aceptadas –se levantó igualmente el senador–. Creo que no es necesario continuar; ambos tenemos las ideas claras.

–Por favor, venga otro día a cenar.

El senador asintió, dando por supuesto que así sería, y se despidieron cortésmente. La senadora los acompañó hasta la salida, donde esperaba el jefe Thypo. El turboascensor se encontraba en este nivel. Ya dentro, descendiendo hacia el nivel del suelo, el senador recriminó burlonamente la escasa colaboración de Coshar.

–No puedo decantarme por ninguno de los dos. Es un asunto del Senado –respondió encogiéndose de hombros–. ¿Qué opina de ella?

–Ha madurado desde que fue «Reina» de Naboo, pero si bien es idealista, algo que respeto en una profesión donde lo normal es que cada uno sólo defiende su interés personal, lo es hasta tal

grado que vela su razón.

–Usted comparte sus ideales.

–Pero no a costa de la realidad. Me gustaría poder aconsejarla regularmente. Es una alentadora promesa política, y esta vieja y desgastada República necesita de delegados como ella. Tengo sesenta y tres años, viejo amigo, y el próximo año presentaré mi candidatura al senado por sexta vez, pudiendo estar cuatro años más. La ley de mi sector impide ocupar el cargo más de ocho años seguidos. No me podría volver a presentar hasta alcanzar los setenta y dos… si mi cuerpo lo permite. Necesitamos sangre nueva y honrada. La única consecuencia positiva de que Palpatine alcanzara la Cancillería es que dejó vacante el cargo que ahora ocupa Amidala.

–Sigue sin fiarse del Canciller –constató Coshar, de acuerdo con la idea.

–Es inteligente, hábil, y todo un manipulador. Recuerda que si no hubiera manejado a Amidala puede que no fuera Canciller. Este hombre sólo ambiciona el poder, pero aparenta que lo aborrece. De cada batalla extrae una victoria. Tan solo un detalle: dice avergonzarse de tener que estar rodeado de soldados para protegerse, pero no tiene reparos de que la Guardia Roja esté bajo su autoridad directa. ¿Y cómo los uniforma? Con un diseño que inspira miedo. Nadie quiere acercarse a las togas rojas. ¿Eso es propio de un hombre que dice que le repugna la violencia?

–La estabilidad que ha proporcionado, comparada con la de su predecesor, ha dado un respiro a la ingobernabilidad de la anterior cancillería.

–Eso es lo sospechoso, Coshar. El parlamentarismo obliga a que el Canciller dependa del Senado, y está consiguiendo, acta tras acta, que sea al revés. ¿Cómo consiguió que hace dos años se aprobara el Acta de Poderes de Emergencia?

–También me extrañó –dijo Coshar– que la crisis separatista sirviera como excusa para extender su mandato indefinidamente. Debería de haber supuesto su caída.

–¡Cuanto me alegro de que seáis capaz de verlo! Son pocos los senadores que comparten mi criterio –admitió el senador–. ¿Qué hizo para impedir que los sistemas descontentos retiraran su representación del Senado? Nada. ¿Qué hizo para evitar que se independizaran, abandonando la República? Nada. Se quedo inmóvil, hablando de las bondades de la unión, palabras rimbombantes y bonitas que caen en el vacío. A un poder solo le frena otro poder ¿Qué ocurre cuando tienes un gobierno que no hace nada para evitar la secesión? Que crece el número de sistemas independentistas, se hacen más fuertes, se envalentonan y continúan con su objetivo, hasta que se organizan y forman otra confederación paralela. Hasta que surge un líder entre ellos, el Conde Dooku, paciente, culto y sagaz. Palpatine no da estabilidad a la República, ¡la está debilitando! En el mismo momento en que se materializó la crisis separatista presenté una moción de censura para retirarle del cargo, por incompetencia manifiesta. ¿No se cambió de canciller durante la invasión de Naboo? O al menos pudieron dejar que finalizara su mandato, a punto de expirar, y que se eligiera a nuevo canciller capaz de afrontar la crisis con determinación ¿Qué hizo el Senado? Denegó la moción y aprobaron que el Canciller renovara su cargo más allá de lo que la ley permite, mientras dure la crisis.

¿El resultado? Los separatistas tuvieron tiempo para consolidarse como la Confederación de Sistemas Independientes que ahora es. Y como gracias al Acta de Poderes de Emergencia conservará el puesto hasta que él mismo decida, ¿cómo nos libramos de él ahora?

–¿Entonces por qué está a favor del Acta de Creación Militar? –preguntó Coshar.

–Porque la amenaza de la Confederación es real –respondió–. Hay indicios suficientes para deducir que el Conde Dooku puede estar construyendo un ejército de droides en secreto. La República necesita de su propio ejército. La Orden Jedi es insuficiente para su defensa. Ahora bien, tan sólo estoy a favor de la creación del ejército.

–El Canciller afirma que su máximo deseo es la resolución pacífica del conflicto, por encima de todas las cosas –dijo en voz alta el jedi–. Creo que su máximo deseo es que se apruebe el Acta, sin enmiendas, tal y como fue propuesta: otorgándole poderes adicionales que le equipararan a un dictador. No soy el único jedi que piensa así.

–Sin duda alguna. Es evidente –aprobó el senador Forte–. Siempre he dicho que este hombre ansía el poder. Y está aprovechando la crisis, la más grave desde hace mil años, para su propio beneficio. Obviamente en público defenderá los más altos valores de la República. ¿Qué político admitiría que su interés es el suyo propio? Aquí se nos escapa algo. Tienen que haber razones más poderosas para que el Canciller tenga tanta influencia en el Senado. Lo repito: el parlamentarismo hace depender la Cancillería del Senado. Por muchos contactos que tenga, por mucho pago de favores que pudiera exigir, o

senadores que sobornar, es el Senado quien elige o depone al Canciller, y es la opción mayoritaria la que impone su voluntad. No puede ser que Palpatine mantenga tanta autonomía y no le afecten sus errores. Hay alguna razón oculta, crucial, que no conocemos.

Volvieron al rascacielo Iana en el transporte personal del senador. Aunque el Distrito Senatorial era una de los más seguros de Coruscant, una vez dentro de la torre revisó la seguridad del lugar. El cuerpo de vigilancia del edificio conocía bien su trabajo y había dispuesto las adecuadas medidas para proteger a todos los inquilinos del edificio. Contaban además con el refuerzo de dos miembros de la Guardia Senatorial, incorporados a raíz del atentado contra Padme Amidala.

Jano Forte ordenó al personal que prepararan la habitación de invitados para Coshar Teelk, el tiempo que durara su escolta, mientras ellos se acercaban al mueble bar. Esta vez el jedi no deseó ninguna consumición, mientras que el senador se sirvió su habitual copa de gralish.

–Supongo que no le han asignado por casualidad –comentó Forte, bebiendo un sorbo del licor.

–No, claro –confirmó Coshar–. En cuanto supe que estaban asignando escolta a los senadores me presenté voluntario. Convencí al Consejo que debían incluir su nombre. A pesar de su postura creo que su sector se opondrá.

–Lo suponía. Así tenemos una justificación para que se nos vea reunidos.

El senador, junto con la ayuda del subdelegado Bin Ramos, le contó al jedi la agenda de los próximos días, revisando

conjuntamente las medidas preventivas que iban a adoptar. Dado que el jedi debía acudir con cierta frecuencia al Templo planificaron los encuentros de manera que, mayoritariamente, lo hiciera cuando Forte se encontrara en sus dependencias de la planta 370. Si tuviera que desplazarse mientras Coshar no estuviera presente tendría que llevarse al menos a uno de los escoltas de la Guardia Senatorial. No obstante, insistió en que le avisara de cualquier movimiento, destino e importancia de la tarea que tuviera que hacer, para evaluar si cancelarlo, acudir junto a él o confiarlo a sus escoltas.

–Se acercan tiempos de guerra –aseveró con semblante serio luego de que despidieran al subdelegado Ramos–. La corrupción y las conspiraciones se adueñan del Senado, la desconfianza crece, la República se fragmenta y la guerra civil amenaza la paz de los últimos mil años. La Orden está desorientada, ofuscada por el Reverso Tenebroso. El miedo oprime a la galaxia y los seres que la habitan ven enemigos por todas partes; la confusión los domina y ya no confían en que la República Galáctica, otrora sabia, justa y pacífica, sea capaz de superar la crisis. La Galaxia se sumerge en el caos. Siento tener una visión tan fatídica. El Lado Oscuro enturbia mi mente y no presiento un futuro esperanzador.

El senador sopesó la descripción de Coshar del estado de la situación, reconociendo buena parte de la verdad de sus pensamientos. Conclusiones a las que había llegado con su propio discernimiento, utilizando su método racional de análisis y síntesis. De hecho, ya había tomado ciertas decisiones que no iba a compartir con Coshar. Al menos no de momento, cuando se avecinaba el comienzo de una guerra. Midió las palabras que

iba a decir como respuesta.

–Siento que la Orden no esté en su mejor momento. Será su mayor prueba. Los necesitamos firmes como la roca. Pero nosotros no somos ilusos, debemos ser realistas –concluyó, no revelando más de lo necesario, algo que el jedi notó–. Quiero pedirle un favor importante. Si se diera el caso, y si el joven hightowers estuviera de acuerdo, me gustaría que me ayudara. Lo necesito. Alguien con sus habilidades me sería muy útil.

El desconcierto del diplomático fue evidente. Desde luego que no se esperaba una petición así, máxime cuando la conversación iba por otros derroteros. Considerando a quien tenía enfrente, todos los puntos estaban unidos por una línea. No habían hablado de Kilian desde la última vez que visitó las dependencias de la delegación de Quess. Jackson, el tahur, no había averiguado nada nuevo sobre el paradero de Arno Hightowers y Magda Tevera y había vuelto a Coruscant, no queriendo llamar demasiado la atención. Sabía además que había hecho un par de trabajitos para el senador, quien le estaba poniendo a prueba, aunque desconocía la naturaleza de sus misiones. ¿Qué es lo que estaría proyectando el senador, más allá de sus responsabilidades políticas?

–¿También quiere a Kilian? No sé nada de él –admitió el jedi–. Tal y como he descrito la situación de la República, no voy a viajar a Loome por ningún motivo, ni intentaré contactar con La Granja por ningún otro medio. Al menos mientras no se rebaje la tensión. La última vez que estuve fue porque el Maestro lo solicitó. Reconozco que su petición me ha descolocado.

–Cuando pusimos en orden nuestras averiguaciones –el

senador se refería al anterior encuentro que mantuvieron–, usted ofreció una descripción de Kilian que me llamó mucho la atención: «Un Jedi que no es un jedi». Alguien así podría ser muy útil, dado que, además, nadie lo conoce.

Coshar temía el plan que el senador estaba dilucidando en su cabeza. Este era uno de esos momentos en los que se veía tentado a utilizar la Fuerza para sondear los secretos de aquellos con los que estaba. La idea pasó fugazmente por su conciencia, descartándola con igual rapidez.

–No voy a preguntarte para qué, porque igualmente no me lo dirías –decidió tras una pausa, pasándose al tuteo para recalcar la confianza que depositaba en el senador–. Por mi parte puedes contar con él, si está dispuesto a abandonar su retiro. Con dos condiciones. La primera ya sabes que es su propósito: su entrenamiento. Tiene que finalizarlo por muy largo que sea, y eso es algo que sólo puede decidir el Maestro. Te avisaré cuando eso ocurra, y puede que tenga que pasar mucho tiempo antes de que suceda. La segunda que le reveles tus planes, sin ocultar nada. Que decida con total libertad de conciencia.

–Es lo justo –admitió el senador.

Finalmente estallaron las guerras clónicas, llevándose consigo la paz de los últimos mil años. La Orden Jedi, gracias a la labor de uno de sus más apreciados caballeros, confirmó las sospechas que muchos temían: la existencia de un ejército de la Confederación de Sistemas Independientes. La República Galáctica, que durante miles de generaciones se había mantenido unida a pesar de los numerosos conflictos propios de los intereses de cada planeta, sistema o sector que la integraban, se dividió en dos bandos enfrentados entre sí. Los secesionistas, cuyas intenciones de abandonar pacíficamente la República habían resultado ser una farsa para ganar tiempo, construyeron un ejército droide con el que pretendían derrotarla. Tan sólo la rápida intervención de la Orden, en el último momento, adueñándose de un ejército clon, creado también en secreto por un maestro de la Orden que había previsto su necesidad, permitió asaltar la base militar secesionista de Geonosis, poniendo a su ejército en fuga. Muchos de los senadores reticentes a firmar el Acta de Creación Militar, movidos por el miedo a la potencia de guerra de los secesionistas, se unieron a los pro-acta, aprobándose íntegramente el texto que concedía al Canciller poderes extraordinarios para hacer frente a la amenaza. Jano Forte se estremeció por ello. Su plan B pasaba a ser el plan A, descartando cualquier otra posibilidad.

No existe la muerte, existe la Fuerza

Varios guijarros levitaban por encima de las aguas, algunos dando vueltas; otros ascendiendo para a continuación volver suavemente a su sitio. El ejercicio consistía en fijarse en una piedra del fondo y extraerla del agua un palmo o dos. Luego mantenerla en el aire y empezar con una nueva hasta tener cinco de distintos tamaños, jugar un poco moviéndolas de diferentes formas y finalmente devolverlas a su lugar recordando la posición de cada una. Estaban en la orilla del cercano río a La Granja, no el delgado afluente que atravesaba sus terrenos para internarse en el bosque, sino el que descendía tras el barranco que rodeaba por los lados sur-suroeste. Existía un estrecho sendero que partía cerca de la casa del Maestro, descendiendo en zigzag por el barranco hasta llegar al linde del bosque inferior. A unos cuarenta metros adentro corría la fluida corriente, casi en línea recta, interrumpida por sendas lengüetas de roca y arena que servían de vado. En el medio de la que caía al norte Kilian se esforzaba por ejecutar los precisos movimientos. A su espalda, mirando en dirección contraría, la joven Tila repetía los mismos ejercicios. Entre ambos permanecía de pie Vandia, supervisando la improvisada enseñanza.

–Ahora la roca –solicitó.

Dejó caer sin más los guijarros en el agua, escuchándose las salpicaduras. Los dos aprendices estaban sentados en una gran roca tumbada sobre el lecho de arena, tierra de la menuda isla

fluvial. La roca debía de sumar unos trecientos kilos, sumando el peso de ambos. Tila se giró y apoyó una mano en el hombro. «Puedes hacerlo», le dijo al oído. Un chasquido de Vandia la conminó a apartar la mano de Kilian.

No importa cuanto pese ni cuanto ocupe, se dijo a sí mismo el joven corelliano. La diferencia está en tu cabeza. La fuerza de la gravedad se contrarresta con la Fuerza. «No hay oposición, hay equilibrio, hay armonía», se repetía mentalmente. Pero no era lo mismo unos guijarros que un pesado pedrusco con ellos dos encima. Había visto proezas mayores en La Granja, como el día que Vandia hizo levitar el averiado camión deslizador para que Ki-Dacmu pudiera operar los paneles inferiores. Verlo flotar con los repulsores apagados, con el vehículo «muerto», ayudaba a creer que era posible, desde luego. Aún así le seguía pareciendo algo sólo alcanzable por los mayores maestros.

La roca comenzó a vibrar suavemente, lo que lo desconcertó, perdiendo la concentración. Exhaló resignado. Las dos mujeres no comentaron nada, aunque el corelliano sentía la preocupación de Tila. Calmó su respiración y lo intentó de nuevo. Esta vez, en vez de temblar, la roca pareció querer alzarse, apenas unos milímetros. Algo era algo. Mantuvo los ojos cerrados, sintiendo la energía entre la tierra y la roca, como si no hubiera atracción de la una por la otra, anulándose durante unos segundos. Sin darse cuenta se elevaron perezosamente un centímetro, luego dos y finalmente un metro. Tila sonreía procurando no molestarlo. Incluso Vandia se permitió esbozar una débil mueca de aprobación en su rostro. Concentrado como estaba, absorto en sí mismo, creyó que no había pasado nada, que había fracasado de nuevo, abriendo los ojos con la intención de

excusarse ante la loomest. La impresión de verse flotando sin sujeción alguna le hizo dudar de su propia seguridad, creyendo que iba a caer. La desconfianza lo distrajo y la roca se movió, haciéndole perder el equilibro. Cayó de bruces hacia un lado, a la orilla de la isla, antes que la propia roca, que tan sólo descendió medio metro, sostenida ahora por Vandia, lo justo para no hacer caer a Tila, que se apoyaba para no seguir a Kilian. El corelliano sacó el rostro del barro y se sentó de culo. La joven loomest no pudo reprimir una carcajada, hundiéndolo en la miseria del orgullo herido. Vandia dejó caer entonces la roca de golpe, haciéndola caer de espaldas al otro lado.

–Lo siento –dijo en voz alta, aunque por dentro seguía riéndose, tumbada en el suelo.

Unas horas más tarde y después de haberse dado una ducha caliente, entró en la habitación de Mirlo. El viejo maestro dormía plácidamente, sin que su sueño se perturbara por la aparición de Kilian. La luz entraba directamente en la habitación, calentando su flaco cuerpo, falto de carnes por su avanzada edad. En la última semana había envejecido considerablemente; parecía haberse cargado con un lustro más de los años que realmente tenía. Desde entonces ya no salía de la habitación por iniciativa propia, y la única actividad física que realizaba era ir al baño, apoyándose en barras horizontales instaladas en las paredes por Mirlak y Mirleia, el matrimonio que ayudaba a Ki-Dacmu en los talleres. Las muletas habían

quedado relegadas a un armario. El anciano argumentó que era tiempo de prepararse para la muerte, y se mostraba extrañamente sereno y tranquilo, al menos desde la perspectiva de Kilian. No había momento del día –a excepción de la noche–, que no estuviera acompañado por alguien. Se habían organizado por turnos para asistirlo en cuanto fuera necesario y tan sólo la cereana se auto-excluía de la tarea. Quien más tiempo pasaba con él era el Maestro Dalma. Ambos dedicaban largas horas del día a conversar. Kilian se sentía intrigado por el tema de sus encuentros y se preguntaba cuan trascendentales serían, pero una vez que le tocó reemplazar al Maestro los descubrió charlando sobre las cosechas.

En aquella ocasión sustituyó a Dona, que se encontraba leyendo un anticuado libro –para Kilian todos los libros eran reliquias del pasado–, sentada tranquilamente en una silla. Al verlo entrar cerró el libro y se levantó dispuesta a seguir con su jornada de trabajo, seguramente con los tronadores. Al erguirse quedó un momento en pie, dubitativa, como quien intenta recordar algo importante que tenía que decir , para a continuación acariciar suavemente la mano del viejo Mirlo, afectuosamente, sin despertarlo. Pasó al lado de Kilian posando una mano sobre su hombro. El corelliano notó que sus ojos se humedecían y apartó la mirada, no queriendo compartir con ella ese momento. Dona lo aceptó y abandonó la habitación sin mayor dilación. Una vez solos se sentó en la misma silla en la que había estado la domadora y reprimió sus sentimientos.

Después de aproximadamente una hora oyó la voz del viejo mirlo, que despertaba de su reposo.

–¿Cómo te ha ido con Vandia? –fue lo primero que preguntó.

–Mal –respondió Kilian, .

–No te castigues por eso –lo consoló–. Ya te irá mejor.

–No consigo dominar la telequinesis, Mirlo –se olvidó de lo cansado que se sentía el anciano, aprovechando para contarle sus problemas–. ¡Es difícil!

–¡Ah, la roca! Vandia siempre elige la roca porque aprendemos desde niños que es pesada, que se necesita fuerza física para moverla. Eso está en tu cabeza, mi querido Kilian, sólo en tu cabeza. Tu que vislumbras los pensamientos de los demás, que sientes la Fuerza en ti, sigues sin creer que se puede levantar un peso en contra de la gravedad. No es un problema. En el fondo tan sólo sigues inconscientemente influido por tus sentidos. A pesar de haber experimentado la manifestación de la Fuerza de las formas más variadas, sutiles o evidentes, sigues creyendo en lo que te dicen tus limitados sentidos. La realidad en la que crees es una interpretación de lo que ven tus ojos, de lo que oyen tus oídos, de lo que tocan tus manos. Tu mente es un sentido más, un instrumento que recopila toda esa información y le da forma y significado, acorde a su propia naturaleza: separa lo percibido, analiza cada parte y las compara. Luego formula un concepto: si llegas a la conclusión de que no puedes mover un objeto, no podrás hacerlo. Debes sentir la Fuerza en todo, orgánico o inorgánico, «vivo» o «muerto». Tu cerebro ve una imagen de la roca. La Fuerza es la roca, tú eres la Fuerza, luego tú eres la roca. ¿Acaso no eres capaz de moverte por tu mismo? Pues eres capaz de mover la roca.

El anciano se tomó una pausa para respirar. El corelliano se lo quedó mirando, con una mueca de sonrisa en la boca y una mirada triste. Añoraba las enseñanzas de Mirlo, con quien

sintonizaba mucho más que con cualquiera de los demás, incluido el propio Maestro.

–Yo no me preocuparía demasiado, es cuestión de tiempo –continuó–. Sigue con lo pequeño y luego con algo un poco más grande. Cada vez que aumentes el tamaño, poco a poco se desvanecerán tus ideas sobre la realidad en la que vives, como la fresca brisa que disipa el denso y oscuro humo. Tan sólo necesitas constatarlo, experimentarlo, «verlo con tus propios ojos» –concluyó bromeando, riendo débilmente–. Bueno, basta ya de enseñanzas por hoy. Tráeme un poco de mandiagola.

El corelliano llenó un sencillo vaso de cerámica de una jarra rebosante del amargo zumo extraído de la fruta del Mandiago, un resistente árbol autóctono de Loome capaz de crecer en los ambientes más duros. Ayudó al anciano a bebérselo.

–Asqueroso –observó Mirlo–. A veces Yemlin me tienta con el rixil, he, he: «*Tarde nunca es para la vida disfrutar*» –imitó al pequeño enano verde con un tono que hizo reír al corelliano.

–Si no le gusta no lo tome –dijo Kilian.

–Umh, Ki me lo prepara todos los días. Es bueno para limpiar los pulmones, pero es repugnante. No la voy a hacer el feo de no tomármelo, ¿sabes? No acepta que mi tiempo se acabe.

Se produjo un silencio forzado por Kilian, que no quiso responder. Él tampoco lo aceptaba. El anciano observaba su reacción, sabedor que el suceso no era de su agrado.

–La materia tiene fecha límite –explicó–, todo lo que nace tiene que morir. Los animales lo saben, pero sólo los individuos se resisten a lo inevitable, obsesionados con conservar el cuerpo. Es una pena que la mayor parte de los seres no sean sensibles.

De lo contrario vivirían mansamente, sin quejas, sin lamentaciones, intuyendo lo que nosotros sabemos: que el tiempo que pasamos aquí es una etapa en el camino.

–Ki conoce la Fuerza –comentó el corelliano–, y a pesar de ello sufre.

Él también la conocía, claro está. Y, evidentemente, también se afligía.

–¿Y por qué sufre? Tan sólo muere el cuerpo; la Fuerza permanece.

–Porque ya no podrá verte, no podrá escucharte, no podrá estar contigo –replicó Kilian, disgustado por la frivolidad con la que trababa la muerte–. ¿A quién acudirá cuando tenga dudas?

–No estará sola, os tiene a los demás.

–Los demás no la entienden como la comprendes tú –contestó mirando al exterior por la ventana, donde observaba el bosque tras el barranco, y más allá las altas montañas–. Ella… te aprecia mucho.

–Entonces debo quedarme con ella, reteniendo la vida en este cuerpo agotado.

–No, Mirlo, yo…

Kilian observó el cuerpo del anciano, viejo y debilitado por el devenir de los años. La fina sábana que lo cubría dignificaba las desgastadas formas de lo que antaño fue un hombre vital, lleno de energía. Se lo imaginó luchando contra la muerte, agarrándose a la sábana como símbolo del delgado hilo de vida que lo sostenía, agonizando para permanecer con él unos días más, unas horas, unos minutos. Se sintió culpable.

–No creo que Ki quiera que haga ese esfuerzo –reconoció finalmente.

–Pertenecemos a la Fuerza, no como una propiedad, sino como una unidad –movió la mano en círculo, a un centímetro del pecho, palma hacia abajo, abarcando todo el espacio–. Es nuestra verdadera naturaleza. Este cuerpo es un tiempo prestado. Pronto lo dejaré, seré libre. Hice lo que tenía que hacer: aprendí y enseñé. Es el momento.

Picaron a la puerta y, sin esperar a que el corelliano dijera nada, los paneles se abrieron lateralmente, descubriendo a la cereana. Kilian miró a Mirlo, quien negó con la cabeza.

–Perdonad mi intrusión –se disculpó con el corelliano–. Me preguntaba si podía estar un rato a solas con Mirlo.

Kilian consultó con la mirada al anciano, quien levantó levemente las manos, dando gustoso su aprobación. Se levantó y espontáneamente le dio un beso en la frente, algo que nunca había hecho por nadie. Al pasar al lado de la cereana, ésta acarició brevemente su brazo a modo de agradecimiento. Notó la tensión de Ki-Dacmu, quien ocupó el asiento de acompañante.

–Una cosa más –dijo Mirlo antes de que cruzara la puerta–. Debes volver a Dag Seher.

El corelliano se dio la vuelta, un poco sorprendido de la solicitud. La cereana escuchaba atentamente, esperando una explicación del anciano.

–¿Irás? –preguntó Mirlo.

Kilian no sopesó mucho la respuesta. Sabía que el anciano consideraba la ciudad minera como «un campo de pruebas» donde los miedos y las dudas surgían a la superficie. Y en el

fondo él también quería enfrentarse a lo que el lugar le deparara. Asintió con la cabeza, sin mediar palabra. El anciano cerró los ojos complacido, y Kilian abandonó la celda, dejando intrigada a la cereana.

Mirlo murió dos días más tarde, apaciblemente, sin agonía ni estertores, mientras Yemlin dormía recostado en el respaldo de la silla. Fue el ithoriano Molow Habhor quien notó su partida y se encargó de despertar al pequeño ser y verificar juntos la muerte. Los residentes cesaron sus actividades para rendirle un último adios. Uno por uno se turnaron para estar con él, juntos o a solas. Bronx comentó, en un momento dado, que era el primer amigo que se le moría de forma natural. Kilian le contestó que era la primera vez que despedía a alguien a quien estimaba de verdad. Yemlin, que los escuchó a ambos, respondió fríamente que había pasado por esto muchas veces, y que aproximadamente cada siglo perdía a una «familia» que sería reemplazada por otros a los que volvería a suceder, pues ya no quedaban muchos de su longeva especie. Él enterraría a todos los residentes de La Granja, incluidos ellos mismos. Afortunadamente el Maestro Dalma lo distrajo, pidiéndole ayuda con los preparativos de la cremación y aliviando a los presentes de su amargura. «*Sí, a que vienes se yo, pero vamos igualmente*», fue lo último que le oyeron decir antes de salir. Algunos lloraron, otros lo recordaron y todos honraron su memoria de una manera u otra.

Por la noche asistieron a la incineración del cadáver en una pira situada a unos veinte metros por detrás de la casa del Maestro, al borde del barranco, con el río y las montañas como paisaje, reuniendo los cuatro elementos de la naturaleza. De todos ellos, el fuego simboliza la expresión de la Fuerza en el universo, explicó Vandia. El fuego acelerará la transición hacia la Fuerza, pues está preparado para el viaje y no necesita volver la mirada atrás hacia lo que fue. Las llamas envolvieron el cadáver del anciano, y se alzaron alto hacia el cielo, rectas y directas. Los residentes guardaban silencio, pero Kilian sintió la necesidad de decir algo que no procedía de él.

–Hermanos míos, no os aflijáis porque nada se ha perdido. Este cuerpo que vuestros ojos ven arrebatado por las llamas tan sólo fue el instrumento que necesité durante mi tiempo en la tierra.

Todos lo miraron fijamente, extrañados, pues en la voz del corelliano notaban un timbre distinto que no era el suyo, aún siéndolo. Kilian sentía notablemente la invisible presencia del anciano. El rostro del maestro no reflejó sorpresa alguna.

–Hermanos míos –dijo el Maestro Dalma, resonando la despedida del anciano–. Vivimos en profunda comunión, en verdadera fraternidad con la Fuerza. Eventos maravillosos están ocurriendo en el silencio del Universo, y las fronteras que parecían inquebrantables se difuminan a quienes están predispuestos.

Lágrimas sin dolor se deslizaron por las mejillas de algunos de los presentes, expresando un sentimiento que la razón no se atrevía a interrumpir. El silencio volvió a unirlos, interrumpido discretamente por el crepitar de las llamas. Así, absortos en la

contemplación, permanecieron un tiempo. Algunos, como Tila, Glisma, Gorka y Larsmik permanecieron atrás, abandonando el lugar poco después. La mayor parte esperaron a que los restos desaparecieran, impulsadas las cenizas por la brisa del norte, en dirección al río. Bronx, Ki-Dacmu y Kilian esperaron a que el fuego abarcara los últimos leños de la base de la pira, quedándose el corelliano solo cuando ya únicamente se extinguían las brasas finales, acuclillado en el silencio de la noche, con las estrellas recibiendo al cansado viajero. Finalmente, cuando en el suelo sólo quedaban unas pocas cenizas que la lluvia limpiaría al día siguiente, como si nunca hubiera existido aquel momento tan sólo recordado por la tierra quemada, se irguió respirando suave pero profundamente, y caminó hacia los jardines, sin volver la mirada atrás.

El trato

El último de los cargueros pesados saltó al hiperespacio, de vuelta a Coruscant, la capital galáctica. Decenas de naves de carga y descarga entraban en la atmósfera de Bestine IV, transportando cientos de contenedores con material diverso: materias primas, equipamiento médico, material técnico, etc. –Bestine era un planeta principalmente oceánico, con algunas islas rocosas esparcidas, por lo que sus exportaciones eran nulas–. Escoltaban la operación tres naves de asalto de clase *Acclamator,* fragatas de clase media con diseño de espada de 762 m. de longitud y hasta 460 m. de envergadura en la línea del puente de mando. Las fragatas de combate navegaban más alejadas, siendo las primeras con las que se encontraría una hipotética fuerza de asalto, mientras que la Corbeta Corelliana Torre I supervisaba el desarrollo de la misión de abastecimiento y, si fuera necesario, realizaría funciones de retaguardia. Aunque pertenecía a la Corporación Hightowers, y no a la República Galáctica, Garek participaría en el combate por dos razones: la primera y más importante porque del éxito de esta demostración de pericia logística dependía el futuro de la empresa. El segundo, menos relevante, porque su hijo Ablon comandaba una de las fragatas, denominada «Razia», y era una buena oportunidad para ganar méritos en la Armada. De hecho, esta oportunidad se la debía a su hijo, que medió ante sus superiores para sugerir la contratación de la corporación que llevaba su

apellido.

Garek Hightowers se encontraba de pie en el puente de mando de la Torre I, junto con el capitán Dexterios, satisfecho del resultado final de la operación. Indicó con un gesto de la mano que todo era de su agrado, a lo que el capitán Dexterios correspondió con un saludo militar que había ensayado para la ocasión, fruto de su formación acelerada para comandar naves capitales en situaciones de guerra. A pesar de que su experiencia se centraba en la comandancia de naves consulares –donde las probabilidades de entrar en una batalla espacial eran mas bien escasas, aunque no imposibles–, Dexterios siempre había estado interesado en estudiar tácticas navales, realizando simulacros sorpresas donde poner en práctica la teoría. Con los consejos de Ablon Hightowers –cuya formación era estrictamente militar–, su profundo conocimiento de la Torre I, y la perfecta sintonía entre su mando y la disciplinada tripulación, consiguió ponerse al día lo suficiente como para que no recibiera una circular PMI. A lo que Dexterios no se había acostumbrado era a la constante presencia de hombres armados tanto en el puente de mando como repartidos en los puntos claves de la corbeta corelliana, liderados por el jefe Retard, un ex-teniente de las CorSec al que no le gustaba servir bajo las órdenes de un capitán sin formación castrense. El jefe de seguridad Retard estaba al mando de un pequeño contingente de soldados de élite seleccionados personalmente por él con la ayuda de Nieder Hightowers, quien había vuelto al servicio activo tras iniciarse las guerras clon.

–Ocúpese de todo, capitán –ordenó Garek.

El director de la Corporación Hightowers abandonó el puente de mando, acompañado por uno de los soldados. Recorrieron los

pasillos de la corbeta hasta la sala de juntas, donde se encontraba, alrededor de la mesa ovalada central, el Señor Winks, director general de transporte de la Espina Comercial Corelliana, el secretario Perkins, y Mura Hightores, directora de Medios de Comunicación y Relaciones públicas de la Corporación, respondiendo a las preguntas del invitado de honor que presidía uno de los extremos. Encima de la mesa se proyectaba un holograma tridimensional con el mapa de la zona, con puntos luminosos representando la posición y desplazamiento de todas las naves implicadas. Garek había preferido permanecer en el puente de mando liderando las operaciones, en vez de tener que atender al ser enviado por el Senado –en sustitución del Vicepresidente, como había solicitado–, quien le causaba una especial repugnancia. Desdichadamente no le quedaba otra opción que cerrar el contrato. Se dirigió al otro extremo de la mesa de juntas, a la mayor distancia que el decoro le permitía.

El invitado era el senador de Ryloth, Orn Free Taa, un corpulento y obeso twi'lek de piel azulada cuyos prominentes tentáculos, o lekku, colgaban desde la cabeza hacia su cuerpo. Dos por delante que le llegaban hasta el pecho, y dos aún más grandes que salían por detrás. Según la cultura twi'leck era rasgo significativo de virilidad. Al senador le habían servido un ligero tentempié –era el cuarto–, que degustaba a pequeños bocados. Al ver entrar a Garek tuvo la decencia de apartar el plato y terminar de tragar lo que masticaba en la boca. Una hermosa twi'lek de piel verde esmeralda, vestida con ropas de tonalidades lilas y burdeos, que ocultaban muy poca superficie de su piel, retiró el plato discretamente, ignorando la afectuosa caricia

sobre su cintura de los regordetes dedos del senador.

–Espero que todo esté a su satisfacción –indicó Garek.

–Muy complacido, señor Hightowers –respondió el senador Orn–. Me sorprende gratamente la velocidad y coordinación de sus naves de transportes. Será muy útil para el abastecimiento de las zonas de guerra, especialmente para mi amado Ryloth.

–Tengo entendido que la situación de Ryloth empeora por momentos –comentó Garek.

–Si insistí en ser yo quien viniera a evaluar la viabilidad de la contratación de su Corporación–dijo Orn Free Taa–, fue porque quería ver en persona su capacidad de entrega en tiempo récord, que es lo que necesitamos para asegurar la supervivencia de mi pueblo. Ryloth se muere de hambre y enfermedades. La guerra se ceba en mi desgraciado mundo. Necesita comida, agua, medicamentos... los suministros más básicos.

–Bien, podemos proporcionar estas mercancías, además de las naves y el transporte, senador Orn –dijo Garek–, pero será más caro. El cierre de fronteras de Corellia retrasa el abastecimiento desde nuestro sector y convendría adquirir lo que nos pide en los sistemas vecinos.

–No se preocupe por los suministros. El senador Bail Organa de Alderaan está solicitando ayuda humanitaria de emergencia a Toydaria. Bastará con el transporte y su extraordinario conocimiento de las rutas hiperespaciales.

–¿Toydaria? Sería mucho más rápido utilizando el Corredor Corelliano, senador.

–Además de ser mucho más costoso, como me acaba de indicar –respondió el senador–, no es seguro que las naves estén

cargadas a tiempo. Sabemos que el Rey de Toydaria tiene los suministros preparados. Tan solo falta su aprobación final, algo en lo que confío conociendo la compasión de su pueblo. ¿Las naves llegarían a tiempo?

Garek miró al director general de la Espina Comercial Corelliana que, aunque su especialidad era dicha ruta hiperespacial, conocía bastante bien los destinos alternativos.

–Está en el Espacio Hutt, pero se puede hacer –afirmó el señor Winks.

–¡Perfecto! –exclamó Orn Free Taa–. Puedo asegurarles que si la misión humanitaria es un éxito, el Canciller Palpatine no tendrá ningún inconveniente en formalizar un contrato entre la Corporación y la Cancillería.

–Pensaba que esta demostración era más que suficiente, senador –protestó Garek.

–Y estoy muy satisfecho, pero ahora necesitamos un envío a mayor escala. La operación demostrará a los recelosos que su Corporación apuesta por la República. Por supuesto, será bien pagado.

Estaba claro que Orn Free Taa se aprovechaba de la autoridad que le habían conferido para su propio beneficio. Su arbitrario interés se enfocaba en solucionar las calamidades que sufría Ryloth, su planeta natal. Con los «recelosos» se refería a los senadores que desconfiaban de toda empresa relacionada con la Tecno-Unión, a la que pertenecía de manera indirecta gracias a su asociación con la Corporación de Ingeniería Corelliana. Muchos de los miembros de la Tecno-Unión proporcionaban armas, cazas espaciales y droides de batalla al enemigo,

mientras que otros –como BlasTech–, lo hacían a la República. Incluso alguno había que se declaraba neutral y vendía a ambos bandos. Dicha asociación se había vuelto en su contra, y reinando la desconfianza debía demostrar constantemente su fidelidad a la República.

–Proporcione los detalles de la operación a Winks y Perkins.

La manera en la que Garek lo solicitaba casi parecía una orden, como si fuera un subordinado. El twi'lek no se ofendió, sabía que tenía ventaja y mostró una sonrisa complaciente, un tanto peculiar por los típicos dientes afilados de su raza.

–No se preocupe –respondió Orn Free Taa–. Insisto en que el contrato está prácticamente asegurado. El Canciller ha recibido muy buenos informes de la eficiencia de la Corporación en el cálculo de rutas hiperespaciales.

–De esto depende nuestro negocio –intercedió Mura, la hija de Garek, desviando la conversación a un terreno más cómodo–. Miles de nuestras naves surcan la galaxia constantemente. Recogemos los datos obtenidos de cada viaje hiperespacial y los centralizamos en nuestros computadores centrales de astrogación para recalcularlos y contrastarlos entre sí en base a parámetros de tiempo, longitud de la ruta, y seguridad de la misma. Aunque todas nuestras naves estelares son capaces, por supuesto, de cálculos prácticamente ilimitados, cada una almacena las coordenadas y rutas optimizadas para cualquiera de los destinos que aparecen en sus itinerarios, más otros rumbos opcionales que pudieran necesitar. Sobretodo hoy en día en el que la guerra nos obliga a disponer de suficientes alternativas para llegar al mismo destino; un trayecto que ayer era fiable, hoy puede estar repleto de los restos de una explosión. Además,

nuestras rutas están personalizadas para cada modelo de computador con el que trabajamos.

–¿Cómo consiguen mantenerse operativos con la «genial» ocurrencia que tuvo el senador de su sector, de aplicar la *Contemplanys Hermi*? –Orn Free Taa pronunció las últimas palabras con un claro desprecio en la voz.

–Sin duda, este artículo de la Constitución nos ha hecho mas mal que bien, a la República y a Corellia –Mura respondió sabedora de la disconformidad del twi'lek con la medida política tomada por su sector–. A pesar de todo, nuestra Corporación puede operar con normalidad, entrando y saliendo del sistema libremente. Somos corellianos, y a ningún corelliano se le prohíbe la libre circulación, aunque tenga que sufrir algunos retrasos.

–Son problemas menores que sabemos solucionar –añadió el señor Winks–. Siendo miembros destacados del Gremio Mercantil Corelliano, podemos transportar directamente cualquier mercancía hasta los mundos de Corellia, sin la necesidad de hacer escala en los sistemas periféricos, como les ocurre a los extranjeros.

–Mi hermano Nieder ha vuelto al servicio activo como General en la armada corelliana –interrumpió Garek, vislumbrando una oportunidad–. La declaración lo obliga, el sector corelliano está más protegido que nunca.

–Naves de combate, cazas, generales, soldados, armas... destinados a la sobreprotección de Corellia, que servirían mejor a la República en la época de necesidad que nos ha tocado vivir. Una actitud egoísta y vergonzosa, indigna de la nobleza de los

corellianos –protestó Orn Free Taa.

El senador de Ryloth había picado, pensó Garek. Podía darle la vuelta a la situación.

–El General Nieder tiene mucha influencia en la Fuerza de Seguridad Corelliana –Garek lanzó el cebo–. Su palabra tiene peso en el Consejo Militar. Es evidente que Garm Bel Iblis es *indigno* de la confianza que le hemos otorgamos –pronunció la frase con cierto grado de irritación, lo que cambió el semblante del twi'lek, mostrando sorpresa por sus palabras–. Somos muchos los corellianos que no vemos incompatibilidad alguna entre la lealtad a la República y la de Corellia.

–¡Claro! ¡Claro! –afirmaba el Orn Free Taa, animado.

–Mi hermano Nieder –prosiguió Garek –, preferiría dirigir una flota contra la Confederación que perder su tiempo de «guardia» en nuestras fronteras; mi hijo Ablon, por contra, consiguió eludir la Contemplanys Hermi al encontrarse de servicio en la Armada de la República, y ahí lo tiene, capitaneando la Razia.

Garek señaló uno de los puntos luminosos del mapa tridimensional de la mesa de juntas, el que indicaba la posición de una de las naves de asalto Acclamator que protegía Bestine IV y escoltaba a la Torre I.

–Su hijo es un valiente –afirmó el senador de Ryloth.

–Puedo hablar con mi hermano. La Contemplanys Hermi no tuvo el objetivo deseado por Garm Bel Iblis. El aislamiento de Corellia se rompió cuando las naves de la Confederación entraron en el espacio corelliano, poco después de iniciarse la guerra, obligándonos a participar.

–Aún así, Garm Bel Iblis es la última autoridad en materias

militares. Es él quien decide cuantas naves aporta Corellia a la República, y en qué misiones participa y en cuales no. ¿Tanta influencia tiene el General Nieder como para cuestionar sus órdenes?

–Si damos los pasos adecuados… pero no será fácil, y sí peligroso. Nuestra familia podría caer en desgracia si jugamos mal las cartas –Garek mostraba un rostro de seriedad, frunciendo el ceño.

–Señor Garek, la reincorporación de Corellia a la Flota de la República, plena y sin restricciones, sería una esperanzadora noticia.

–Necesitaríamos alguna garantía –Garek inició su jugada final.

–Si el General habla con el Consejo Militar, el contrato está mas que garantizado.

–Es muy arriesgado. Estamos hablando de enfrentarnos al senador Garm Bel Iblis, con quien ya tuvimos nuestras discrepancias en el pasado. Pero quizás si pudiéramos tratar el tema directamente con el Canciller Palpatine, o con el Vicepresidente…

El senador Orn Free Tar entrecerró los ojos, reconociendo la habilidad de Garek para llevarlo al terreno que quería. Era uno de los senadores que más tiempo llevaba sirviendo en el Senado, y se sabía casi todos los trucos del oficio. Garek confiaba en su interés por salvar a Ryloth. Su planeta se enfrentaba a la peor crisis de su historia, sirviendo como campo de batalla entre la Confederación y la República, y llevaba las de perder. Puede que fuera un senador corrupto, acostumbrado a obrar en su

propio beneficio –o eso le habían informado–, pero la guerra le había despertado el sentimiento patriótico, anteponiendo la salvación de su pueblo a cualquier otro asunto.

–Es factible –claudicó–. La agenda del Canciller es muy apretada, pero quizás el Vicepresidente esté disponible. No le aseguro que sea pronto. Puede que tarde un tiempo en concertar una reunión.

–Es comprensible –respondió Garek–. Podemos esperar al encuentro. Mientras tanto, ¿Perkins?

El secretario atendió a su señor, levantándose de la mesa.

–Encárguese de concertar una reunión con mi hermano en cuanto sus obligaciones militares le dejen libre.

–Sí, señor –respondió Perkins –. Si me disculpan…

El secretario abandonó la sala de juntas en dirección a la sala de comunicaciones.

–Señor Winks –continuó Garek–, reúnase con la directora Marcial y comiencen los preparativos para enviar un convoy de cargueros a Toydaria. Senador Orn, si nos disculpa queremos comenzar cuanto antes para que lleguen las naves a tiempo. Si le place, mi hija Mura lo acompañará hasta la lanzadera. El capitán Dexterios ha proporcionado a su piloto las rutas hiperespaciales que tenemos hasta Coruscant, Ryloth o Toydaria, a donde usted prefiera ir.

Lo que no sabía el senador es que la Torre I guardaba una copia de todas las rutas que disponía la Corporación, que actualizaban cada vez que retornaban a Ciudad Hightowers. Combinados con los potentes navegadores de computación y los astrogadores mejor cualificados de la empresa, daba como

resultado una de las naves estelares más rápidas de la Galaxia, capaz de entrar, atravesar y salir del hiperespacio en muy poco tiempo.

–Le estoy muy agradecido –dijo Orn Free Taa, sintiendo que se le invitaba a abandonar la corbeta lo antes posible–. Señores, mantendremos el contacto. Debo informar a Bail Organa y al Rey de Toydaria lo antes posible –finalizó, dirigiéndose a todos.

Mura acompañó al senador hasta la escotilla de enganche con la lanzadera, seguido muy de cerca por la sensual twi'lek que le servía de asistente y por uno de los soldados. Cuando la nave se desacopló de la Torre I, Garek se dirigió a la sala de comunicaciones, donde Perkins terminaba de dar instrucciones al oficial de turno.

–Oficial –ordenó Garek–, abra un canal encriptado con la Razia. Quiero hablar en privado con Ablon. Después comuníquele al capitán Dexterios que ponga rumbo a Corellia.

–Sí, señor.

Partida y regreso

La semana previa a la partida de La Granja planificó todo lo que debería llevarse, guiándose por el consejo de Bronx de elegir sólo lo imprescindible. Aun así pudo rellenar las alforjas con una buena selección de equipo gracias a la resistencia de Bizarro, que ya le había demostrado ser muy capaz de portar cargas elevadas. Lo primero era pensar en la propia vida, así que primero introdujo una tienda de supervivencia individual, ideal para las condiciones climáticas más extremas, más un saco de dormir térmico. Como vestimenta llevaría su habitual ropa de trabajo en La Granja más un anorak «bajo-cero», que podría añadir o guardar según las circunstancias. Luego introdujo varios paquetes de raciones de viaje; inicialmente sólo para las jornadas más largas, dado que esperaba encontrarse con diversas comunidades rurales, granjas, y aldeas donde comer caliente por un módico precio. No obstante, ya estaba acostumbrado a la caza y a la recolección de todo lo que el bosque pudiera ofrecerle. El agua no sería problema, pues Loome era un planeta muy rico en ríos de todos los tamaños, con agua saludable y no contaminada. Tan sólo llevaría un frasco de pastillas potabilizadoras por si acaso debía atravesar pantanos, o por si sentía por la Fuerza que alguna fuente era poco deseable. Las alforjas también portarían una cuerda sintética de quince metros, bengalas, medpacs, unos macrobinoculares, un vibropico y una pequeña pala. Las últimas herramientas podrían ayudarle a

improvisar algunos refugios. De todo el equipo eligió algunas unidades individuales para la mochila, para portar siempre consigo, como la cantimplora, raciones, uno de los medpacs y un par de bengalas. En la cartuchera guardaría una diminuta baliza señalizadora para poder ser encontrado en caso de necesidad extrema, y una luz de trabajo. En cuanto a las armas, en principio no había peligro alguno salvo en la parada final. Loome era un planeta esencialmente pacífico y en su itinerario tan sólo cabía el encuentro casual con algún depredador natural, del que esperaba no tener que llegar al conflicto si le transmitía calma y serenidad. Bastaría con un rifle bláster para la caza, y su electrovara, la que desactivada podía disimular a modo de peculiar vara de caminante, dado que la mayor parte de los loomest no habría visto nunca una. Ambas armas podía transportarlas Bizarro. Por último se acordó de pensar en el dinero que necesitaría. En el último estante del armario de su celda guardaba una pequeña caja con los ahorros con los que había llegado al planeta. Después de los gastos del viaje desde Coruscant, de los cuales el mayor fue el del comerciante que le trajo en su carguero, le quedaban cinco mil trescientos créditos. Una minucia comparado con lo que solía gastar cuando vivía en Corellia, pero más que suficiente desde que su vida era modesta y humilde, hasta el punto de que ahora el dinero le parecía algo útil pero intrascendente. En los tres años que llevaba desde que pisó Loome nunca había necesitado efectivo. Concluyó que llevaría mil trescientos créditos para cuando visitara las poblaciones importantes; en las comunidades agrícolas cambiaría trabajo por comida y un rincón donde dormir, práctica habitual según le confirmaron Dona y Tila.

Mirlo le había convencido, poco antes de morir, de la idoneidad de acometer un peregrinaje por el planeta. Deambular por sus continentes le ayudaría a forjar su carácter y acostumbrarse a valerse por sí mismo, sin más ayuda que la que él mismo pudiera procurarse, además de olvidarse, durante un largo tiempo, de todos los que conocía, evitando guiarse por lo que pensaban y tan sólo haciéndolo bajo su propio criterio, errara o acertara. Los días que pasó en la estación meteorológica, hace ya bastante tiempo, no tenían semejanza alguna con esta «odisea»; un placentero preámbulo. Motivado por el último consejo de su querido maestro, quiso combinarlo con el propósito de volver a Dag Seher para enfrentarse a sus propias imperfecciones, marcando la ciudad minera como último destino del peregrinaje, antes de volver a La Granja.

Como la región más septentrional y habitable del continente norte de Loome la conocía bien –más allá del primer trópico el clima polar impedía el estilo de vida comunitario y tan sólo iban expediciones científicas y alguna empresa explotadora de los recursos naturales–, se decidió a conocer el ecuador y el hemisferio sur. Partió el primer día de primavera, viajando al sudoeste y siguiendo un camino forestal cercano a La Granja, sin ver a ningún alma durante el primer tramo del viaje, lo que le sirvió de adaptación al nuevo estilo de vida. Dividió el día en jornadas de desplazamiento, a pié o montado en el tronador, pausas para comer y tiempo de descanso. Reservaba siempre tres horas antes de la puesta de sol a encontrar un refugio apropiado para pasar la noche, y recoger frutos, raíces y otros comestibles. Algunas veces encontraba una cueva, una abertura en una montaña o un claro protegido del bosque. Otras veces le bastaba

preparar la tienda al abrigo de unas rocas o de árboles caídos. Al final se acostumbró a tener los macrobinoculares cerca; cuando sus sentidos, o bien un presentimiento, le advertían de algo sospechoso, acababa por descubrir algún animal, grande o pequeño, que cazaba si había tiempo. Aquello le ayudó a afinar su puntería, tanto con presas paradas como en movimiento, aunque sólo las mataba si le faltaba comida en las alforjas. Muchas veces aceptaba el reto, dejando el gatillo por apretar cuando estaba seguro de que hubiera acertado.

Bizarro se adaptó muy bien al ritmo establecido, mucho antes que él; la bestia se sentía feliz de estar en plena naturaleza. Aunque La Granja y las comarcas circundantes eran apropiadas para la vida de los tronadores, el carácter rebelde de Bizarro le animaba a disfrutar de aquello; de los domesticados por Dona era el que más había conservado su instinto salvaje.

Mas de una vez buscó una posición elevada sobre el terreno con la esperanza de descubrir a Bronx, a Ank'Niwa o a Ki-Dacmu, siguiéndole para vigilar que se encontraba bien. Nunca vio nada. Les echaba mucho de menos. De hecho a todos, pero sobretodo a Mirlo. Se preguntaba si el sentimiento sería propio.

Desde el inicio del viaje hasta Punta Lil sólo llovió la mitad del tiempo. En la lejanía pudo observar varias avalanchas de nieve y el deshielo de algunas cimas. La ruta que seguía le mantenía en el centro de un valle, entre la cordillera Milaer, que protegía La Granja de los temporales más agresivos del norte, y la cordillera meridional de las Montañas Gélidas, que empezaba en Punta Lil para terminar poco antes de llegar al oceano del este. Punta Lil era una península que se extendía hacía el suroeste, adentrándose en el Oceano Central, formando al sur la

gran bahía de Koizbeg, separando el continente norte del sur al oeste del istmo de Grunienberg. Su intención era llegar hasta la propia punta, donde había leído que allí se localizaba un pequeño pueblo costero. Cuando se adentró en la propia península, abandonando el valle que terminaba en la costa oeste, pudo ver por primera vez el océano central a pie de tierra. Durante toda su vida había observado el mar mayoritariamente desde el espacio en alguna nave espacial. Ni en Corellia, ni en su breve paso por Malastare, pudo acercarse a la orilla. En Loome sólo había visto el mar central desde el cielo, en el descenso del carguero que lo llevó al espaciopuerto, y cuando pasó las anteriores veces con el Trast A-A5 por el istmo que unía ambos continentes, pudo verlo de lejos. Lo primero que hizo fue bañarse los pies, no mucho porque el agua estaba fría como en los largos del norte, y observar durante unas horas ese fenómeno nuevo llamado oleaje, con las olas desapareciendo en la arenosa playa. Su concepto sobre el mar cambió completamente; no era lo mismo ver los mares desde el espacio que sentir su presencia a pie de playa. La unión del cielo y el mar en el interminable horizonte le daba una sensación de inmensidad parecida a la inconmensurabilidad del espacio, distinguida en cambio por la vibrante vida que percibía en el primero.

Pasó varios días en el pueblo costero de Punta Lil, descansando de la primera etapa del peregrinaje. Dado que la presencia de un corelliano era una novedad en aquel remoto lugar, muchas loomest venían a hablar con él, con natural confianza, para preguntarle con curiosidad y buena educación de donde venía, qué hacía por ahí y como era la galaxia exterior. Muchos niños pensaban que era un gran guerrero venido de las

estrellas, dada su altura en comparación con la baja estatura de los loomest. Aprovechó para preguntar por el continente oeste, el que estaba más allá del océano Central. Desde Punta Lil partían algunas embarcaciones en una ruta marítima bien definida aunque poco transitada. Le sorprendió descubrir naves que flotaban en el mar; le parecía una manera arcaica cuando podían disponer de deslizadores aéreos, pero luego recordó lo que le dijo Mirlo la primera vez que llegó: en Loome habían muy pocos vehículos aéreos, y menos en el norte. Más extraño fue descubrir otro tipo de embarcaciones, sin motores ni repulsores, que desplegaban grandes telas que, gracias a la acción del viento, impulsaban a la nave. Los simpáticos habitantes de Punta Lil le explicaron que mantenía viva la antigua maestría en la construcción de «veleros», siendo considerado un arte en sí mismo. Aquellos habitantes se aferraban a sus tradiciones y su viejo estilo de vida. Vivían realmente aislados de cuanto acontecía en el universo, y en cierta manera podía entenderlos al encontrarse él mismo con pocas noticias del exterior.

Decidió tirarse a la aventura y viajar al continente del oeste. Eso sí, no se arriesgaría a un transporte cuyo destino dependía de la suerte de los vientos, y prefirió embarcarse en una de las naves propulsadas por repulsores, principal tecnología importada de la República Galáctica. El viaje le pareció sumamente agradable, a pesar de la fría y persistente brisa que soplaba todos los días. La ruta marítima estaba en el ecuador del planeta, la zona más estable climáticamente hablando, y no acechó ningún sorpresivo temporal que hubiera podido retrasarles la llegada. Al contrario de lo que se esperaba la

tripulación, no sufrió el característico mareo de los principiantes, lo que acrecentó su fama de tipo duro, algo que le pareció gracioso. Lo que no podían saber era que se hacía valer de la Fuerza para contrarrestar los efectos del mareo hasta que su organismo se adaptó.

Según le explicaron en la nave, el continente Oeste era casi tan montañoso como el que acababa de abandonar, a excepción de dos grandes llanuras, una recorría de norte a sur y otra estaba en la costa oeste. La costa este, por contra, estaba franqueada por una importante cordillera haciendo parecer que se acercaban a un muro que nunca terminaba. Desembarcaron en otro puerto de características parecidas a Punta Lil. Allí le recomendaron atravesar uno de los pasos montañosos para alcanzar una ruta terrestre que cruzaba la llanura central, siguiendo su geografía. Esta vez fue en compañía, pues la ruta terrestre conectaba con el puerto para transportar todo tipo de mercancías. Habían varios vehículos terrestres que se movían con cadenas de orugas, en contacto con el suelo. Tampoco era el medio de transporte más utilizado. Tanto en el puerto como en el pase montañoso vio muchos ejemplares de flabentos domesticados, la bestia con la que había jugado al cazador y la presa en los bosques cercanos a la estación meteorológica. Eran mayoritariamente hembras, y los machos que habían eran jóvenes. Las bestias servían como animales de carga, pero también eran criados por su sabrosa carne. Los loomest de esta región eran menos habladores, más tímidos y más huraños que los que había conocido; mas cerrados y esquivos a los extranjeros. Aún así pudieron explicarle que el flabento era un animal domesticable mientras fuera una hembra o un macho joven. A los machos había que castrarlos pronto si

se quería que siguieran domesticados. En caso contrario, al llegar a la edad adulta, crecían bastante y se tornaban más bravos e independientes, acabando por escapar al no soportar el cautiverio. Las manadas tampoco tenían machos adultos. El flabento en estado salvaje vivía en grandes manadas dirigidas por una hembra líder. El macho que alcanzaba la edad adulta abandonaba las llanuras para internarse en las montañas, bajando únicamente en épocas de apareamiento. Las manadas tenían sus ciclos migratorios, según las estaciones, abandonando los pastos ya agotados, por lo que a veces, si el macho se despistaba, descendía de las montañas para encontrarse las praderas vacías. O bien seguía su instinto tras la pista de la manada, formándose incluso pequeños grupos de «solterones», o se volvía por donde había venido. La hembra pesaba por lo general media tonelada menos que el macho, tenía la misma piel endurecida y tan sólo un único cuerno frontal, careciendo de los dos laterales.

Una vez traspasadas las montañas, pudo contemplar la gran llanura central. Hermosa, verde y repleta de vida silvestre. La caravana se bifurcaba en tres direcciones en una gran encrucijada siguiendo casi los puntos cardinales. El sendero del norte-noreste conectaba con las últimas regiones habitables, pues rápidamente las cordilleras a este y oeste coincidían; era un punto sin salida. Hacia el oeste se accedía a la otra gran llanura, la costera, pero antes había que pasar de nuevo por una cordillera y ya no le quedaban ganas de perder más días ascendiendo y descendiendo. Resolvió seguir con la caravana que iba hacia el sur porque, además de poder visitar toda la parte central y meridional, la ruta terminaba en el puerto de Giarten,

que conectaba tanto con Punta Lil como con el continente Sur. Además de ver algunas manadas de flabento, también descubrió tronadores en estado salvaje. Eran bellos ejemplares. De estar más cerca de La Granja hubiera probado suerte a domesticar uno, pero aún quedaba mucho camino por delante. Sin embargo tuvo que controlar a Bizarro, que al verlos sentía envidia de su condición. Sólo se le escapó una vez, cuando olió una salvaje tronadora en los bosques. Pasó dos días buscándolo, alejándose de la caravana. Varias veces pensó que lo había perdido. Sin embargo, intuía que no lo abandonaría, por lo que no desistía de encontrarlo. Al final venció la fidelidad de la montura a su jinete. Apareció por su cuenta de madrugada, relajado y complacido. Unos días más tarde distinguió la caravana en la distancia.

Las semanas transcurridas fueron bastante menos coloquiales. Los lugareños más sociables se habían marchado a la llanura costera, quedándose con los tipos más silenciosos que había conocido. Caminaban mucho y paraban poco. Incluso se demoraban lo justo en las comunidades rurales con las que se encontraban. Hacían sus negocios, descansaban por la noche y partían muy temprano. Recordó que Tila procedía de alguna de estas comunidades. Seguramente había tenido pocas oportunidades de «conocer mundo», entendiendo la expresión por explorar el resto del planeta –de los loomest que conocía, tan sólo Dona había viajado por la galaxia–. Al principio había ninguneado a Tila, pensando prejuiciosamente que era una mojigata. Luego descubriría que su humildad era natural, no fingida, aunque eso no cambió mucho su actitud. La trataba poco, sin llegar a establecer una amistad, a pesar de los fútiles

intentos de ella por quedar bien. Eso debía cambiar, no iba a seguir comportándose como un tonto.

Finalmente alcanzaron el puerto de Giarten, la población más grande del continente Oeste. Al otro lado del océano estaba su homólogo, también llamado Giarten, de tal manera que los loomest lo diferenciaban como Oeste y Este, en una muestra más de su simplicidad. La conexión marítima entre ambos abarcaba el mayor tráfico de Loome, con todo tipo de embarcaciones y veleros. Compró pasaje para el puerto gemelo y una semana más tarde pisaba el continente sur, siguiendo el trópico meridional. Lo primero que le llamó la atención fue la alta industrialización del puerto del este. El continente sur era el menos accidentado, con tan sólo tres cordilleras destacables. El resto eran llanuras de hierba y suaves montes. Sus climas mas templados y menos agresivos favorecían el crecimiento demográfico, destacándolo por ser el más poblado de los tres.

Visitó la ciudad, pero pronto decidió marcharse; ya tendría bullicio suficiente cuando llegara a Loormist. Descartó seguir a las caravanas y se abandonó a los caminos secundarios que comunicaban las numerosas comunidades rurales de las llanuras, sin importarle alargar su peregrinaje. Su rutina diaria consistía en viajar durante el día, preguntando a los lugareños a cuanto estaba la siguiente comunidad antes de que acabara el día. Varias veces tuvo que acampar de noche pero, siendo el clima más suave que el del norte, lo hacía a la intemperie sin montar la tienda. El resto de las noches pudo dormir bajo techo aceptando la hospitalidad local, a cambio de trabajo. Su vigorosa juventud, fortalecida por el riguroso entrenamiento de Bronx y el trabajo con los tronadores cracios, le destacaba a la hora de hacer las

tareas más físicas, por lo que a menudo los granjeros se lo rifaban. Muchas veces pudo trabajar en los establos.

En una comunidad cercana a la costa este, la que daba al océano circundante, fue invitado a quedarse más tiempo. En general, los loomest del sur eran mucho más espontáneos y extrovertidos, más dados a la fiesta y al buen vivir, sin desmerecer su seriedad en el trabajo. Menos preocupados que los del norte, que siendo igualmente hospitalarios lo eran porque conocían lo difícil que era vivir en aquellas condiciones extremas –donde un huracán imprevisto podía arruinar cosechas, viviendas y ganado–, considerando crucial ayudarse los unos a los otros, como un beneficio tangible para todos. En cambio, los del sur, que no tenían estos problemas y lo suyo no pasaba de meras ventiscas ocasionales, eran acogedores y generosos por su carácter jovial, inocente y ausente de malicia. Accedió a la invitación de buen grado. Con ello pudo conocer mejor la cultura loomest, su forma de vivir solidaria, su despreocupación por las cuestiones del universo exterior. Los loomest habían conocido la existencia de la República hacía relativamente poco, tan sólo tres siglos atrás. La primera vez que vieron a unos extraterrestres hubo un gran revuelo social en la capital galáctica, en Loormist, donde sucedía todo lo político, y en las comunidades colindantes, que fueron las primeras en enterarse. La noticia fue poco a poco dándose a conocer al resto del continente sur y, gracias a las caravanas, posteriormente en el norte. Sin embargo, muchas comunidades del norte, y sobretodo las del oeste, tardaron meses en convencerse de que realmente una forma de vida extraterrestre había contactado con ellos, creyendo más bien que eran cuentos fantasiosos. La llegada de

los primeros visitantes convenció a los más reacios. Fueron los loormitienses los que se interesaron principalmente por la revolución tecnológica que suponía su incorporación a la República Galáctica. El resto del planeta tardó medio siglo en aceptar las innovaciones, desconfiados de tanta sofisticación y apegados a sus viejas costumbres. Aún seguían vigentes el respeto por las tradiciones y las antiguas usanzas. Sí se habían adaptado para todo aquello que fuera útil, práctico y les supusiera un ahorro. Así, según los científicos e ingenieros iban comprendiendo las nuevas ciencias y técnicas que aportaban los expertos de la República, y el gobierno del planeta destinaba recursos a modernizar su industria, se fueron introduciendo nueva maquinaria que facilitaban el trabajo en el campo, nuevos sistemas de comunicaciones y la introducción de la tecnología de repulsores en todos los vehículos, cambiando los antiguos motores de combustión por otros mas eficientes y menos contaminantes. En comparación con el resto de planetas industrializados de la galaxia, Loome era muy pobre, materialmente hablando, y aportaba poco de interés a la República, salvo por la carbonita de las Montañas Gélidas. La principal modernización se produjo en las áreas que previamente ya habían sido industrializadas. Los loomest de aquella comunidad rural le recordaron que la sociedad loomiense no tenía disputas entre sus clases sociales.

«Nosotros reconocemos a todos por igual –le dijo un día el jefe de la comunidad–. Cada uno tiene algo que aportar a la sociedad, algo que es imprescindible. Tan importante es el que cría flabentos en la gran llanura como el ingeniero que diseñó los primeros cohetes de combustión con los que pudimos

aventurarnos al espacio. Igual pasa con los mineros del norte o con los empresarios de Loormist. Todos son necesarios. Cada loomest tiene cualidades para hacer algo; lo mejor es que pueda dedicarse a ello, si quiere. Si uno nace inteligente va a estudiar a la capital: será médico, o científico o ingeniero. Si a otro le encanta el campo puede trabajar la tierra. Si tiene ganas de aventuras se embarcará en un transporte a ver la galaxia, aunque suelen volver. Aunque siempre hay los que no encajan en ninguna parte, pero nosotros no les expulsamos. Son ellos los que se acaban marchándose a Dag Seher. No sé que tiene ese lugar que los atrae».

Qué visión de la sociedad tan diferente a la que le mostró el senador Forte, pero coincidente con la descrita por el Maestro Dalma. Parecían ideas antagónicas. No obstante, quizás fuera posible integrarlas.

Pasadas tres semanas, una de las mujeres de la comunidad, con las que trabajaba habitualmente en los establos, empezó a interesarse por él. Los loomest del sur no parecían tener remilgos por mostrar abiertamente sus emociones, ni tampoco por juzgar los sentimientos o los deseos de los demás. Tanta franqueza le llegó a incomodar, no habituado a un trato tan abierto. Los roces, las miradas y los gestos contaban demasiado, y parecía que incluso el resto de la comunidad lo veía normal. «Un exótico extranjero», debían de pensar. La loomest, aún así, mantenía las distancias al percatarse de que no respondía del mismo modo, concediéndole tiempo para decidirse. Si fuera el que era antes de llegar a Loome, incluso cuando estaba en el Templo, o al poco de llegar a La Granja, hubiera aceptado la invitación con sumo gusto. Pero él ya no era aquel muchacho

lleno de deseos por satisfacer, o al menos ese en concreto ya no revolucionaba su interior. Y no porque la loomest no fuera interesante. Quizás en otras circunstancias lo hubiera aceptado, incluso puede que no le generara la imperiosa necesidad de revivirlo el gozo, tarde o temprano. «Así se ata uno a un deseo», pensó. Lo experimenta por curiosidad cuando es libre tanto de hacerlo como de no. Lo disfruta e irremediablemente quiere volver a experimentarlo. El acto en sí no es ni bueno ni malo. El problema es el sufrimiento posterior, cuando ya no puede vivir sin eso, en la misma proporción al ansía por experimentarlo. Pero si el deseo ya está ahí, negarlo va a ser peor. Mejor satisfacerlo que inhibirlo. Sin embargo, no era su situación. Sencillamente ya no quedaba deseo alguno. Era libre de nuevo, tanto de aceptar como de dejar pasar la ocasión. Se decantó por lo segundo, y se lo explicó a aquella atractiva mujer, de la mejor manera posible y sin pretender disgustarla. No se lo tomó a mal. Una semana más tarde se despidió de todos y emprendió de nuevo la marcha.

El largo viaje le estaba ayudando a conocerse a si mismo. Las largas jornadas sin ninguna compañía más que la de Bizarro le dejaba tiempo para pensar sin distracciones. No es que La Granja fuera, precisamente, un lugar que diera muchas oportunidades para entretenerse, pero, comparado con las largas travesías cruzando cordilleras, glaciares, caudalosos ríos, valles e incluso alguna llanura, la modesta finca del Maestro Dalma era un centro de recreo. Observó sus sentimientos mas arraigados y se sorprendió de aquellos que habían desaparecido sin más. Entre los primeros estaba, naturalmente, el deseo de venganza contra la familia Hightowers, particularmente contra Garek. Un

sentimiento profundamente desarrollado en los años de confusión y rebeldía bajo su tutela, como causante de todas sus desgracias. Él fue quien desencadenó que, de alguna manera, su feliz infancia se truncara. Claro que hubiera acabado por suceder algo que le hiciera ver la verdadera naturaleza de su tío, pero hubiera sido mucho mejor descubrirlo tarde. Aún no sabía qué fue lo que llevó a su padre a boicotear intencionadamente su candidatura; debió de ser algo importante, sin duda, decisión que compartiría con su madre, coincidiendo ambos en que era lo único que podían hacer. Debió ser una cuestión moral, una línea que no estaban dispuestos a cruzar. De lo contrario, hubiera hecho lo mismo la primera vez que se presentó. Gracias al senador Forte sabía que, aunque buscaban una forma de que no se presentara a la política, su primer fracaso fue por falta de experiencia.

La forzosa separación, el dolor y la férrea tutela germinaron en él el odio y el miedo. Sentimientos que, si bien no lo suficientemente fuertes como para ser rechazado en el Templo, sí aguardaron enterrados dentro de sí. La vida en el Templo los durmió, quedando en un estado de semi-latencia. La enseñanza en La Granja los puso de nuevo a la luz, sin forzarlo, sin dejar que se apoderaran de él mas que quizás de una manera indirecta. El miedo a Garek estaba superado, o eso creía al menos. Seguía siendo alguien capaz de ejercer mucho daño, sin duda alguna. Pero una vez que uno descubre las maravillas de una vida sencilla en comunión con La Fuerza, ahora ya sólo le parecía un pobre hombre. Aquello hacia disminuir su ira y aumentar su compasión, a pesar de reconocer que aún podía quedar un resquicio de rabia que pudiera desatarse.

Afortunadamente ya no necesitaba ser un jedi. Ese deseo había desaparecido por fin y con él sus derivados: la envidia por aquellos mejores que él; y su contrapartida, la soberbia por creerse más diestro que otros; su ansia por manejar un sable de luz; y otras pequeña miserias, buscando migajas de reconocimiento social. Sin embargo, era muy consciente de cierta necesidad de querer aprender nuevos poderes. Necesidad surgida, no sólo por la ilusión propia de un muchacho que llega al Templo Jedi y entiende por primera vez qué sucedía en su vida, sino también por mezclarse, inconscientemente, con la idea de usar lo aprendido para derrotar a los Hightowers, carentes de dichas habilidades. Afortunadamente, gracias a las enseñanzas explícitas de Mirlo, Vandia y Molow, y a la influencia indirecta del Maestro, discernía que cuanto más fuerte fuera su ansia por los poderes utilitarios de la Fuerza, más se distanciaba de ella, acercándose al Reverso Tenebroso.

La Fuerza otorga habilidades especiales, cierto, muy prácticas en la vida mundana. Acercarse a ellas es muy útil para conocer mejor la Fuerza, siempre que uno mantenga una justa relación, al servicio de los demás, no como fin para uno mismo. Mucho más elevado y realmente provechoso es comprender la verdadera naturaleza de la Fuerza, abarcándola en su totalidad, constatando su verdad, pues de lo que aquí se despierte para siempre es y será. El verdadero propósito de todo ser, y por ende de todo Jedi, es este.

Un mes después alcanzó la capital Loormist y sus alrededores, al nordeste de la principal cadena montañosa del continente sur. El contraste con el resto del planeta era evidente. En esta amplia región del ecuador, con el clima mas suave y estable de toda Loome, se ubicaba su industria: fábricas, centros de investigación, hangares, modestos astilleros –tanto espaciales como marítimos–, áreas sanitarias, laboratorios y complejos científicos. En comparación con Corellia, o cualquier mundo del Núcleo o las Colonias, era relativamente atrasado y austero, aunque lo suficientemente desarrollado como para haberse adaptado bien a las demandas de la República. Los loomest de esta parte del planeta eran mas cosmopolitas e integrados en la comunidad galáctica. Recibían la visita de extranjeros y estaban acostumbrados a ver otras razas alienígenas como los duro, gran, sullustanes, o algún que otro mon calamari. Igualmente respetuosos con las viejas tradiciones de sus antepasados, procuraban instruir al resto de sus compatriotas en las nuevas tecnologías.

Una vez en la capital buscó unos establos donde alojar a Bizarro –a pesar de todo, las monturas animales seguían siendo uno de los principales medios de transporte– mientras visitaba la ciudad. Volvieron a su memoria imágenes de Corona, la bulliciosa capital de Corellia. Era lo más parecido, dentro de Loome, a sus recuerdos de infancia. Le costó acostumbrarse al movimiento de masas y los cotidianos conflictos entre los habitantes de una pequeña metropoli. Tuvo que tirar de sus ahorros, pues aquí no tenía medios propios con los que apañarse.

La visita a Loormist tenía un propósito: prepararse para el día que volviera a Corellia. Después de tanto tiempo ya no le

buscarían, como le había dicho Coshar. Con los cuatro mil créditos reservados podría contratar un vuelo chárter y después pasaje en alguna línea comercial que no estuviera afectada por la guerra civil galáctica. Eso podía incrementar los costes considerablemente. Primero buscó novedades de la República galáctica, y el mejor lugar para ello era el espaciopuerto. Allí encontraría terminales de computadores con acceso a las últimas noticias y a las crónicas de guerra. Leyó sobre el inicio de la guerra en la batalla de Geonosis, con la primera victoria de la República sobre la Confederación de Sistemas Independientes. La Orden Jedi tenía un gran trabajo por delante, como alto mando militar. Coshar debía estar muy ocupado buscando aliados o convenciendo a cuantos sistemas pudiera de mantenerse en la República. Repasó algunos artículos sobre la invasión separatista a Kashyyk, sus ofensivas a gran escala en Rhen Var, Kamino, la conquista de Muunlinst, y una larga lista de nombres de batallas, sistemas y planetas: Dantooine, Ilum, Bothawui, demasiados lugares que estudiar y de poco interés para él. Compró una unidad básica de almacenamiento donde descargar la información para leerla con detenimiento cuando estuviera en La Granja. Luego prefirió centrarse en su mundo natal. Le sorprendió descubrir que el senador Garm Bel Iblis, que fue con quien se había enfrentado su padre, consiguió no inmiscuir a su sector en la guerra acudiendo a un extraña cláusula de la Constitución Galáctica que, sin perder su condición de miembro fundador de la República, permitía retirarse del Senado. Aunque aquello permitía cerrar sus fronteras, Corellia se vio igualmente afectada por la guerra. La grave situación de su vecino sector Duro, inmersa en continuas luchas, también la involucró, pues la relación entre Corellia y

Duro era muy estrecha. Quizás al Maestro no le gustaría saber de estas noticias de su sector de origen. Sin embargo, aquella situación podía beneficiarle en su misión. Si el sector corelliano mantenía sus fronteras fuertemente cerradas y fortificadas, la economía de la Corporación Hightowers debía de estar resintiéndose, y su familia estaría plenamente volcada en buscar soluciones, alternativas con las que salvaguardar su posición. La reclusión tenía otra ventaja adicional: sus padres no serían trasladados fuera del sector. Lo más seguro es que estuvieran en el planeta capital. Tendría que pensar, eso sí, como presentarse en los puestos fronterizos. Seguía manteniendo sus credenciales como corelliano, por lo que no le negarían la entrada. Debía buscar algún punto de acceso común, con largas colas de refugiados corellianos pretendiendo volver a la seguridad de su sector. Su otro tío, Nieder, era militar, y con alto rango militar. Era posible que las listas de refugiados pasaran por sus manos, y que la aparición de un apellido Hightowers bastara para que uno de sus subordinados quisiera ganarse su confianza presentándole tal descubrimiento. Podía ser un obstáculo que ya resolvería en su momento. Antes debía planificar su salida de Loome.

Para ello buscó, entre los listados de mercaderes que se anunciaban en los boletines del espaciopuerto, al comerciante que le trajo por primera vez: Yoras Deem, el sociable gran que, si bien había obtenido un ventajoso beneficio con el transporte, le había servido para su discreto propósito de alcanzar el planeta sin que nadie pudiera rastrearlo. Recordó que el comerciante solía trabajar entre el sector Quess y el sistema Malastare. Estaba de suerte. Según la ficha de contacto que encontró en la terminal se hallaba en Loome, aunque no precisaba donde.

Podría hablar con él y tantear un precio y un rango de fechas para su partida. Sin embargo, por mucho que buscó no lo encontró. No parecía hallarse en Loormist, ¿pero donde podría estar más que allí? Al final, un funcionario de aduanas sugirió que igual se encontraba en Dag Seher. Si bien era cierto que todas las naves espaciales se veían obligadas a aterrizar en el espaciopuerto, por los tempestuosos vientos de las capas atmosféricas superiores, una vez en la capital y tras los debidos trámites, podían emprender vuelo a Dag Seher a través de la troposfera, la capa atmosférica más cercana a la superficie terrestre. En fin, todo era probar suerte y no retrasarse más: emprender el viaje hasta la ciudad minera, no fuera que para cuando él llegara, el gran hubiera vuelto al espaciopuerto. Otra posibilidad era esperar, ¿pero durante cuanto tiempo? No, mejor era marcharse ahora; presentía que llegaría a tiempo. Volvió a los establos a recoger a Bizarro. El tronador estaba descansado y resistiría unas marchas a buena velocidad.

Sin embargo, lo que ocurrió en el viaje no lo previó. Estuvo tan centrado en cubrir la máxima distancia que pudiera que, cuando se encontró con una caravana en el istmo de Grunienberg, la lentitud del avance le animó a asumir ciertos riesgos. Una numerosa manada de flabentos, liderados por una prominente hembra –que había decidido que era tiempo de volver a las montañas del norte–, cruzaba el estrecho en aquel momento, coincidiendo con una caravana comercial que volvía hacia el sur. El tráfico habitual, que normalmente era fluido, se volvió pesadamente lento. Los loomest respetaban los ciclos migratorios de las bestias y se adaptaban a sus necesidades. La manada, acostumbrada a la pacífica presencia de la especie

pensante, imponía el ritmo. Los loomest paraban la caravana y dejaban que pasaran, vigilando que sus propias bestias no se mezclaran entre ellos. Los pocos dueños de deslizadores terrestres se veían obligados a parar continuamente y esperar a que se redujera el número de animales. Algunas veces los deslizadores eran un obstáculo en sí mismos, pero no podían moverse hasta que las bestias decidieran reemprender la marcha. En toda esta marabunta internó a Bizarro. Lo normal, si no hubiera tenido prisa, hubiera sido seguir la franja del istmo que concentraba la caravana y los deslizadores. Aunque aquello hubiera implicado ir contracorriente, tratar con humanos era más fácil a la hora de acordar quien pasaba primero. Sin embargo, se desplazaba con Bizarro en el mismo sentido de la marcha de las flabentos. En sus viajes por el continente oeste había observado la calmada actitud de estas bestias cuando iban en grupo, así que se integró en la manada. Las bestias aceptaron su presencia, y Bizarro la de ellas. Aunque al principio estaba incómodo por la cercanía de los mastodontes, lo calmaba con suaves susurros. La mayor agilidad del tronador permitía colarse entre las desordenadas filas de la manada, adelantándolos poco a poco y con mayor rapidez que si se hubiera decantado por la otra opción. Los loomest que le observaban desde lejos se quedaban maravillados con la táctica del corelliano. Ninguno se hubiera atrevido a ser uno más de la manada. Por la noche, cuando las bestias se amontonaban unas junto a otras, todas muy próximas, dirigía diestramente a Bizarro sorteando a los dormidos animales, sin hacer ruido gracias a la natural habilidad del tronador. Luego descansaba en algún claro, recostado sobre la grupa de Bizarro, quien se tumbaba en el suelo.

El segundo día ocurrió la desgracia. El día estaba avanzado y la marcha era lenta. La cola de la manada se había retrasado y se estaba reagrupando tras ellos, recuperando terreno. La hembra líder llamaba a sus compañeras de viaje, como protestando por la holgazanería del día anterior. Desde la cabeza de la manada, que se extendía varios kilómetros, emitió un característico sonido gutural que ellas entendían. Otras hembras lo replicaron para que todas las bestias entendieran el mensaje. Se quedaron caminando en paralelo, como uno más. Ya no podía filtrarse entre los espacios porque no había espacios. Aún así, como un ejército bien disciplinado, marchaban a buen ritmo. Los primeros sonidos de alarma llegaron de «retaguardia». Algunos bramidos de peligro y miedo; algo las alteraba. A unos doscientos metros al este, unos loomest se erguían en su deslizador para otear en busca de la causa de aquel jaleo. Algo vieron, porque le empezaron a hacer señas para que abandonara la manada y se uniera a la caravana. Era imposible, estaban muy agrupadas. Notó la respiración nerviosa de la flabento que estaba a su izquierda. Las bestias de su alrededor estaban inquietas, algo pasaba con sus congéneres y no sabían lo que era, pero la señal de peligro era inconfundible. Aún así, mantenían la formación confiando en su líder. No duro mucho tiempo. Las que iban detrás empezaron a empujar a las que las precedían. Ante la sensación de amenaza, Bizarro mantenía la calma sólo por que él le transmitía una enérgica presencia. Manejó las riendas para moverse junto con la marea de flabentos. Pronto oyó el motivo real del peligro, el agudo sonido de una moto-jet. Algún desaprensivo provocaba la excitación de las bestias pilotando su vehículo demasiado cerca. El primero pasó a unos diez metros a la izquierda, a escasos centímetros de las cabezas

de los flabentos. Reconoció al instante las insignias de los *hermanos caídos*. Las bestias de alrededor bramaron asustadas por el paso del motorista, sumándose al desasosiego general. Otra moto-jet pasó a continuación, alterando aún más los ánimos. Tuvo que dominar al tronador crazio. Aquellos egoístas habían decidido que no iban a esperar con la caravana, teniendo por «carretera» los lomos de la manada. Podían haber evitado aquello elevando su techo de vuelo. Las moto-jets podían alcanzar entre diez y veinticinco metros de altura, distancia suficiente para no causar el pánico en la manada. Incluso podían haber volado por encima de la caravana y de todos los deslizadores de tierra. Pero esos animales de especie humana decidieron hacer vuelos rasantes por encima de las flabentos. Un tercer motorista siguió al segundo. Por detrás reinaba el desorden; las flabentos se empujaban y avanzaban por donde podían. Agarró la electrovara con una mano y activó los disruptores energéticos. A baja potencia podía mantener alejadas a las bestias cercanas sin llegar a enfurecerlas más, a modo de advertencia, pero la agitación llegó al punto de descontrol. Una de las flabentos pisó la gran cola de Bizarro, quien se revolvió atacando con sus zarpas delanteras a la flabenta de la izquierda, mordiéndola posteriormente. No pudo evitar que el tronador hiriera a la bestia. La flabenta bramió de dolor y el olor de la sangre agitó a todas las demás, creyendo instintivamente estar siendo atacadas por depredadores. Un cuarto motorista cruzó la zona, pudiéndose oír sus carcajadas. Estalló la estampida general desde la cola hasta la cabeza de la marcha. Varias hembras los empujaron a ambos. Bizarro se defendía; era fuerte a pesar de la diferencia de peso, y sus garras y cola podían dañar a un flabento, pero su agilidad se veía imposibilitada frente a la masa.

Una flabento los embistió por la derecha. Al girarse su montura para enfrentarse al enemigo, Kilian cayó al suelo. Pudo caer de pie, rodeado de bestias medio enloquecidas. El tronador se enzarzó con la flabento, desgarrándole los costados. Era imposible calmarlo, y se veía venir lo peor, pero poco podía hacer. Mantuvo a raya a las bestias de alrededor, girando la electrovara por encima de su cabeza, a modo de barrera, creando una pequeña zona para Bizarro y para él. Parecía una buena idea hasta que una flabento de la retaguardia, que avanzaba a grandes zancadas, quiso embestirlo a él aprovechando el espacio conseguido. Poco tiempo tuvo para saltar por encima y, apoyándose con una mano en la cabeza del mastodonte, impulsarse hacia su grupa. La hembra saltó sobre sus traseras con el fin de sacarlo de allí, lo que le desequilibró hasta caer en medio de las patas de las otras bestias, viendo únicamente extremidades, pechos y vientres por todos lados. Tuvo que esquivar a varias impetuosas flabentos rodando por el suelo. Si se quedaba allí acabaría pisoteado y aplastado. Una de las bestias ladeó ligeramente la cabeza, como queriendo imponer su espacio a otra mas grande. Aprovechó el giro de la cabeza, agarrándose a uno de sus cuernos con una sola mano. La flabento, al erguir de nuevo la cabeza, lo llevó consigo, librándolo de permanecer en el peligroso terreno. Kilian consiguió escalarla hasta alcanzar la grupa. Una vez arriba, miró a su alrededor buscando a Bizarro. Estaba a unos veinte metros, en medio de las bestias, corneado, ensangrentado y furioso, considerado un enemigo de la manada. Se puso en cuclillas preparado para saltar cuando la cabeza de Bizarro desapareció entre los lomos de los flabentos. «¡NO!». Saltó de grupa en grupa, manteniendo el equilibro como cuando lo hacía entre los

troncos de los ríos, manteniendo con la mirada el lugar donde había caído. Percibió el dolor de la criatura, pisoteada continuamente por cada asustada bestia que, obligadas por la estampida, pasaban por encima de él: su desesperación por intentar salir; su impotencia por no tener fuerzas para conseguirlo; su resignación cuando comprendió que no podía hacer nada más, que era tiempo de morir. «¡Lucha!, ¡ya llego!», gritaba Kilian.

Lo sintió.

Un débil hilo de vida y, de un segundo a otro, nada. Había muerto. El joven corelliano se sentó sobre la grupa de la última flabenta con la que había intentado llegar hasta el lugar donde había desaparecido Bizarro, alejándose de la zona, con la cara desencajada.

Cerraba la noche cuando pisó de nuevo las calles del barrio bajo de Dag Seher. Le habían traído dos comerciantes loormitienses en un deslizador urbano clase Seraph, que venían a cerrar un acuerdo en la ciudad minera. Ambos habían sido espectadores de la desdichada aventura de Kilian en el istmo de Grunienberg. Comprensivos con la dolorosa pérdida del joven corelliano, se apiadaron ofreciéndole llevarlo en su deslizador. Cualquiera de los otros loomest presentes lo hubiera hecho. Los dos loormitienses lo animaron a presentar una denuncia en la capital, mejor que en la ciudad minera. La leyes de Loome protegían especialmente a los animales en estado salvaje.

Además, la desbandada de la manada también había generado perjuicios en la caravana de mercaderes. Se perdieron bienes y algunos vehículos resultaron dañados. Los damnificados denunciarían los hechos, pero a Kilian no le interesaba participar porque no quería entrometerse con los *hermanos caídos*, al menos no legalmente, con tal de ocultar su relación con La Granja. Esquivó la insistencia de los loormitienses, muy comprometidos con la colaboración ciudadana, argumentando que él no debería de haberse internado en la manada, y que la pérdida del tronador cracio era culpa suya, lo que no pareció convencerlos. Si el resto de los testigos tuvieran la misma ética cívica que los dos hombres de negocios que había conocido, y por lo que había aprendido de la cultura loomest seguramente sería así, probablemente se acabaría mencionando su nombre, como víctima principal del suceso.

Se despidió de los loormitienses, agradeciendo de nuevo que le trajeran. Alzó la vista observando los inmensos macizos mineros horadados por la actividad industrial y reconvertidos en «edificios» civiles, conectados unos con otros a través de pasarelas. Kilian se adentró entre la muchedumbre de los barrios bajos, a nivel de superficie, en medio de carteles luminosos, tenderos locales y todo tipo de hombres y bestias. Distrajo la mirada en un establo de tronadores cracios. Antes de marchar tendría que comprar una buena montura que le llevara de vuelta a La Granja. Observó a las bestias. No se había imaginado que hubiera podido desarrollar tanto afecto por un simple animal. Echaba de menos su compañía, su lealtad, su carácter y un montón de pequeños detalles a los que anteriormente no había dado importancia. El Maestro Dalma les había desaconsejado

encariñarse con los tronadores, aún sabedor de que pedía algo difícil. Kilian notaba como su apego a Bizarro distorsionaba su juicio: deseaba enfrentarse a los *hermanos caídos*, movido por un sentido de justicia, pero a su vez sin dejarse llevar por el resentimiento. Era inevitable formarse un juicio de valor; lo que habían hecho esos insensatos no debería de quedar impune. Sabía que si se guiaba por sus deseos acabaría por utilizar la Fuerza para satisfacer sus sentimientos. ¡Cuan difícil era hacer lo correcto! ¿Cual podría ser el modo adecuado de proceder? Podría colaborar con la justicia local, denunciando los hechos junto con el resto de víctimas; pensando en los flabentos, animales que no podían defenderse más que por la fuerza; relatando los hechos tal y como sucedieron; dejando que actuara la justicia. Sin embargo, era más complicado. Tenía que reprimirse para evitar que la banda recordara los altercados de la anterior vez. Ya de aquella Bronx hubiera preferido no tener nada que ver con los *hermanos caídos*. Aunque dudaba que unos pobres desgraciados como los moteros conocieran la Fuerza o la Orden Jedi, ni el propósito real de La Granja, cuantos menos conocieran su existencia mejor. Otra disputa llamaría mucho su atención. Las bandas solían ser vengativas, requisito imprescindible para mantener una reputación de peligrosos. Mejor olvidar el asunto.

Alquiló una habitación en el mismo macizo que la otra vez. Era la región que conocía y sería una «base de operaciones» decente. Estaba bien comunicada y ofrecía los mínimos servicios que precisaba. En la misma torre en la que se hospedaba había una sala de terminales donde repasar los boletines de anunciantes locales. Si Yoras Deem se encontraba

en la ciudad habría actualizado su perfil, publicitándose en las listas de comerciantes exteriores. Encontró su reseña, pero permanecía sin modificar desde hacía un año, algo extraño para quien se supone que debía estar allí en estos momentos. Era posible que estuviera en calidad de contrabandista, en cuyo caso lo que menos le interesaba era hacerse notar. No conocía la ciudad lo suficiente como para frecuentar los tugurios donde el gran pudiera vender mercancías fuera del control aduanero, y si empezaba a hacer preguntas levantaría sospechas. Aquello no era el sector Azul de Corona, donde sí sabía desenvolverse. Ahora bien, no veía al gran contratando vehículos de transporte –reducción innecesaria de beneficios– cuando tenía un carguero ligero propio. Un tipo astuto como él seguro que tenía compartimentos secretos donde esconder sus ventajosas mercancías, y en un planeta como Loome, no acostumbrado a los embaucadores como Yoras Deem, no tendrían controles muy rigurosos. Por otra parte, en una ciudad como Dag Seher no debían de haber muchos lugares donde atracar un carguero espacial, como no fuera en la explanada de la entrada. Buscando hangares que cumplieran los requisitos encontró sólo una posibilidad disponible para civiles; el resto eran hangares privados de las compañías mineras locales o extranjeras. El lugar estaba cerca del distrito industrial, en la zona de expansión entre la ciudad y las minas, recientemente enlazada con el transporte público de la ciudad. Kilian usó la red de tranvías repulsores para acercarse al hangar.

Sin ser un espaciopuerto propiamente dicho, una de las empresas locales había reconvertido sus instalaciones en «hangares» comerciales. A la antigua montaña no le quedaba

más carbonita que extraer. Dividida en tres montículos no quedaba rastro de su relieve original. Cada uno de los montículos tenía en su parte superior una zona de aterrizaje, con antiguas casetas de trabajo que servían de alojamiento para quienes alquilaban el hangar. La cumbre no estaba protegida contra la intemperie, pero una nave espacial podía aguantar las colisiones de pequeños pedruscos lanzados por el viento. Tan sólo contaba, opcionalmente, con un sistema de anclaje. En lo que había sido el corazón de la montaña, ahora vacío, se encontraban las oficinas y las antiguas instalaciones mineras, rodeadas de almacenes conectados con modernos turboelevadores hasta los hangares superiores. Antes de dirigirse a las oficinas subió a la pasarela más alta del monte adyacente. Oteó con los nuevos macrobinoculares que tuvo que comprarse con créditos que le prestaron los comerciantes loormitienses –además de a Bizarro, también había perdido gran parte de su equipo: la tienda de supervivencia, el anorak «bajo-cero», el rifle bláster y buena parte del material básico, incluido casi todo el efectivo–. Repartidas entre las tres cumbres construidas por la compañía habían dos naves, dejando uno de los hangares vacíos. Distinguió la nave de Yoras Deem de inmediato –la otra era una carguero que no conocía–, por su línea poco cuidada: un óvalo con los motores en la parte trasera y una estrecha ala pegada por la izquierda hasta adelantarse en una gran carlinga. «Bien, aún no se ha marchado», pensó.

En la sobria oficina de la compañía le atendió un loomest que parecía un tanto aburrido, con cara de pocos amigos, un hombre barbudo y pobremente vestido que debía de pasar largas horas sentado tras el mostrador. Kilian se hizo pasar por un joven

criador de tronadores que quería vender sus ejemplares en Malastare. Notó una mirada de extrañeza en el recepcionista, al ver que no era un loomest. Sin embargo, los tronadores cracios no sólo los criaban los lomest. Era una especie bastante extendida en la galaxia y, de hecho, habían sido importados a Loome al poco de entrar en la República. Preguntó por los comerciantes independientes que pudieran haber en esos momentos. El empleado mencionó entonces a Ragial Alabak, propietario del carguero mon calamari *el Oro de Alabak*, y a Yoras Deem, del *Augurio*, un carguero de la corporación SoroSuub. Solicitó sus datos de contacto, mencionando que ya había tratado anteriormente con Yoras Deem y que le había resultado provechoso. De nuevo el empleado puso cara de extrañeza. Su tapadera podía no estar teniendo el resultado que esperaba. El loomest le comentó que el gran ya tenía un contrato actual y que no podría atenderle, pero que sin embargo Ragial Alabak acababa de hacer una entrega y probablemente se marcharía en breve. Respondió que no pensaba enviar un cargamento de inmediato, y que prefería esperar, sin necesidad de molestar al tal Alabak. Ofreció sus señas y el nombre de Claren Luckewood, el mismo que le había dicho a Yoras Deem cuando le trajo a Loome. El empleado las anotó y se despidió, deseando que abandonara rápidamente las oficinas. Algo iba mal. Puede que él no supiera interpretar correctamente un personaje, pero sí adivinaba que aquel tipo sospechaba de su historia y pretendía aprovechar esa información. No se fue muy lejos. Una vez fuera se retiró a la parte trasera de la oficina, escondiéndose tras unos conductos de energía. Agudizó sus sentidos, en especial el oído, aislando todo sonido que no proviniera de la recepción. Era como si estuviera dentro. El

hombre estaba hablando a través de su comunicador con otro interlocutor. Le revelaba el encuentro que habían tenido, respondiendo a las preguntas que le hacían al otro lado de la línea, incluyendo una completa descripción física de él. ¿Por qué tantas molestias? Estaba claro, eso sí, que tenía que ver con haberse interesado por Yoras Deem. ¿Qué tendría de especial el gran? Fuera lo que fuera, debía explotarlo. El recepcionista estaba dando las señas de donde se hospedaba.

Sin duda recibiría una visita, por lo que se apresuró a volver y alquilar una segunda habitación cercana a la suya, ofreciendo una pequeña suma de créditos al propietario para que si preguntaban por él, únicamente diera el número de la primera. Dejo únicamente la mochila con algunos bienes, y se llevó el resto a la otra habitación. Luego apagó las luces y aguardó en silencio, concentrándose en todos los ruidos que provinieran del pasillo. Tres horas más tarde dos hombres llamaban al interfono de la habitación señuelo. No recibiendo respuesta entraron, aparentemente sin forzar la puerta, por lo que cogió la electrovara por si el propietario le había traicionado. Por los ruidos poco cautelosos debían de estar registrando la estancia. Al no haberles dejado nada de utilidad, se marcharon. No le había traicionado, pero el propietario debió de pensar que podía ganarse unos créditos extra facilitando la tarjeta-llave. Intentó captar los pensamientos superficiales de los visitantes, obteniendo una vaga imagen, memorizando las sensaciones que recibía como quien memoriza el timbre de una voz para recordarla más tarde. Salió al pasillo con la capucha puesta y los siguió discretamente.

Eran dos loomest miembros de los hermanos caídos. Otra vez

ellos. No era de extrañar teniendo en cuenta que estaban mezclados en todos los asuntos turbios de Dag Seher. Uno de ellos le resultaba familiar. Los siguió hasta la calle, donde los esperaba otro amigo que vigilaba los aceleradores con los que habían venido. Hablaron de volver «al club». Se montaron en los aceleradores y rápidamente ascendieron al cielo de Dag Seher. Con un techo de vuelo de cientos de kilómetros podían volar por encima de las cumbres de los horadados montes, y él no tenía ningún vehículo aéreo. Lo cual no quería decir que no pudiera averiguar donde estaba el club de la banda. El propietario de las habitaciones no tuvo reparos en informarle de la dirección del club «social» de los hermanos caídos, a cambio de otro pequeño suplemento, advirtiéndole gratuitamente de no presentarse.

Kilian volvió antes a la habitación registrada. Cerró la puerta, se sentó en el suelo con algunos de los objetos que los visitantes echaron por el suelo. No se habían llevado nada, pero habían vaciado la mochila con la cantimplora, las raciones, el medpac y las bengalas. Eligió la propia mochila y cerró los ojos. Centrándose en el objeto pudo ver en su mente los rostros que antes había vislumbrado, registrando su contenido. De nuevo uno de los dos le pareció conocerlo del pasado. Se centró en sus propios recuerdos, buscando la respuesta en algún recóndito lugar de su mente. Primero pensó en los moteros del istmo de Grunienberg, los responsables de la muerte de Bizarro. La lógica le decía que no podían ser ellos. Aquellos volaban en moto-jets, y estos se habían marchado en aceleradores de carrera; y un motero era fiel a su vehículo. Vació la mente de conjeturas, de opiniones, hasta que por fin apareció la escena donde lo había visto. Era el motero que había escapado del asalto en el tranvía.

Gorka había acabado con sus rivales a base de caer encima de ellos y golpearles brutalmente mientras que Bronx disparaba a los suyos. El delgaducho y con el pelo cano huyó. Entonces interrumpieron otras imágenes, una visión de una intensidad tal que toda su conciencia se centro en ella, sin poder escapar ni evitarlo, olvidándose de lo demás.

Es un cuarto oscuro, mal ventilado, sin ninguna luz del exterior. Tan sólo una débil iluminación artificial indirecta, de focos ocultos en la parte superior de las paredes, en aberturas longitudinales de extremo a extremo. Pequeños indicadores luminosos en los paneles y en la única puerta de acceso me ayudan a delimitar las dimensiones de la estancia; una habitación de unos dos metros cuadrados sin más mobiliario que la mesa hidráulica de operaciones en la que estoy maniatado de muñecas y tobillos por unas abrazaderas metálicas reforzadas con una ligadura energética. Intento disipar la energía de las abrazadoras sin éxito. Un generador suministra continuamente una corriente electromagnética que impide la dispersión de la ligadura; una celda de retención diseñada para alguien como yo. El panel cercano a la puerta indica mi estado de salud: pulsaciones por minuto, actividad cerebral, sudoración, riesgo de desmayo y otras cosas. Si alguno de los parámetros permanece estable durante un tiempo determinado, la mesa me administrará pequeñas descargas eléctricas, dolorosas, que me mantendrán despierto, agotado y sin vitalidad. Lo mismo ocurre en cuanto uso la telequinesis para zafarme de las ataduras: los sensores

detectan las vibraciones y me aplican las mismas descargas, redobladas, que rompen mi concentración, dejándome exhausto y abatido.

La Fuerza es lo único que me mantiene consciente y con vida, en una lucha incesante por sanar mi cuerpo, dominar el dolor y recuperarme de las heridas. Todo cuerpo tiene sus límites, y el mío se encontrará pronto al borde del colapso. Es difícil mantenerse lúcido en estas condiciones. El programa de retención del panel se ocupa de evitarlo, con los escrúpulos propios de un software: prolonga la agonía, sin tolerar desvanecimientos, durante las horas que haga falta. En cuanto me siento desfallecer, todas las luces se encienden, y un ruido espantoso me despierta otra vez. Todo mi entrenamiento, toda mi experiencia, no sirven más que para pequeños éxitos de corta duración. ¿Sabrá alguien que he desaparecido? ¿Estarán buscándome? ¿Sospecharán quien es mi captor? Preguntas que mas merece la pena no hacerse. Oigo pasos en el pasillo. Alguien viene. Dentro de nada la puerta se abrirá y volverán a torturarme. ¿Quién será esta vez? Da igual. No pienso revelar nada. Es inútil. Mi determinación es superior a su paciencia. No sacaran nada de mí, como no sea mi vida.

El club de los hermanos caídos se encontraba en el nivel superior de un promontorio de Dag Seher resultado de la división de un monte en cinco prominentes masas de tierra y roca, en la zona más contaminada del planeta, en las fábricas cercanas a las minas de carbonita. Una permanente nube tóxica flotaba en el cielo, obstaculizando los rayos del sol. Enormes chimeneas escupían regulares llamaradas de fuego u oscuras columnas de humo que ascendían a reunirse arriba. Los niveles inferiores eran la residencia de pobres que no tenían otro lugar donde vivir, la clase media baja de la ciudad. Posiblemente muchos de los hermanos caídos tenían su residencia allí. El ajetreo era casi continuo, con las idas y venidas de los moteros con sus aceleradores y moto-jets.

Kilian llevaba unas horas observando la actividad del lugar desde una roca de uno de los promontorios hermanos, sin pensar en buscar el significado a la inquietante visión que había tenido. Ahora debía ocuparse de esto. Estaba un poco más elevado que el macizo del club, en un promontorio picudo y, por lo tanto, inservible como área de aterrizaje, utilizado como «torre» residencial. La aplanada cumbre del club servía de estacionamiento para los aceleradores, que podían descender al club a través de unas escaleras o de un turbo-ascensor. La plataforma admitía, por su extensión, hasta la llegada de una pequeña lanzadera. Era, obviamente, una mas que aceptable ruta de huida en caso de tener que ir por libre. Para los que preferían una moto-jet como vehículo no les quedaba otra que aparcarla a nivel de calle, enfrente de un local de mas bajo rango donde los novatos, los marginados y los más débiles de la banda pasaban su tiempo, posiblemente visitados de vez en cuando por un

motero de mayor «prestigio» que venía a hacerles algún encargo o simplemente a pasar el rato. El local inferior podría estar conectado con el club superior mediante un turbo-ascensor directo. También habrían otras rutas de escape. Puede que en el interior hubieran pasillos, pasarelas de conexión, pasadizos y lugares donde esconderse. Todo eso lo ignoraba.

Un vehículo volador inició la maniobra de aproximación a la plataforma. De una única cápsula, con asientos para piloto y pasajero y un motor iónico minituarizado, más propio de cazas espaciales pero adaptado para vuelo atmosférico. «Un modelo de coche de las nubes, probablemente de Bespin», pensó Kilian. Una vez aterrizado, del vehículo salieron dos mujeres: una rubia esbelta, sofisticadamente vestida y de piel azul grisácea –no reconoció la raza–, acompañada por una humana, un poco baja, de destacados pechos y armada hasta los dientes. No disimulaba su bien dotado equipo: dos blásters pesados colgados en la cintura –a ambos lados–, un vibrofilo en la parte trasera, y una bandolera repleta de bolsillos donde quizás escondiera granadas. Su moreno pelo lo recogía con una goma partiendo de dos trenzas de raíz, en una coleta ligeramente ondulada con algunos mechones sueltos; sospechaba que podía ocultar algo de pequeñas dimensiones, quizás algún diminuto objeto punzante o una ganzúa pequeña. Pudo estudiarlas de lejos con los macrobinoculares. Al poco salieron a recibirles cuatro miembros de la banda motera, entre ellos y destacando sobre los demás el gordo melenudo de barbita gris que se suponía que debía de estar en prisión tras el incidente del tranvía. La cosa se ponía interesante. También se encontraba el delgado y canoso loomest superviviente de la pelea. El gordo abrió los brazos en señal de

recibimiento, con una sonrisa en el rostro, gesto que fue correspondido por la rubia mujer, las mas alta de los presentes, con una leve inclinación de cabeza. Su airosa figura no cuadraba en aquel escenario, muy por encima de las burdas maneras de sus homólogos. Ambos se dirigieron hacia el turboascensor, seguidos por la guardaespaldas y cerrando la comitiva los tres moteros restantes que aprovecharon para ver los traseros de ambas. La morena volvió un poco la cabeza y el cuerpo, mirándolos de reojo, gesto suficiente para exigirles un mínimo de decoro hacia su señora, por lo que centraron su atención en el de ella, sin que pareciera importarle mucho. Antes de volver la cabeza al frente, la guardaespaldas ojeó en su dirección. A través de los macrobinoculares pudo distinguir sus aguileños ojos amarillos y pupila negra, una inquietante y cautivadora mirada.

«¡Imposible! ¡Me ha visto!», se asombró. Se deslizó hacia atrás sobre el plano pedrusco en el que se encontraba estirado, hasta poder esconderse detrás de unas rocas, erguirse, y correr hasta la entrada al túnel de mantenimiento por el que había venido. Recorrió los laberínticos pasadizos que años antes habían sido galerías de extracción de carbonita, siempre en descenso, siguiendo varias indicaciones luminosas aún operativas, más unas pocas señales improvisadas hechas a la ida por él. No utilizó los corredores y las vías de acceso principales –evitando ser visto por testigos que pudieran mencionarle– hasta alcanzar el nivel inferior, momento en el que no le quedó más remedio que acceder a una antigua área de distribución de mineral aprovechada como zona de paso y zoco comercial, repleto de gente. Subió la capucha de la parka que compró para reemplazar el anorak «bajo-cero», mezclándose entre la

muchedumbre de mineros, mercaderes, prospectores y gente corriente, vigilando la entrada a la galería longitudinal que conducía al exterior del resquebrajado monte, en una salida opuesta al promontorio donde se ubicaba el club de los hermanos caídos. Estaba llegando a la galería cuando descubrió varios moteros entrar en el zoco, tomando posiciones en puntos estratégicos, preguntando y avisando a los contactos y colaboradores que tenían en la zona. ¿Lo reconocerían? Debían de estar advertidos por aquella mujer y ciertamente estaba en desventaja. Como corelliano era más alto que la mayor parte de los loomest, y en esta zona no había mucho extranjero. Giró sobre sus pasos buscando alternativas: la salida norte ya estaba ocupada por otros moteros y la sureste aún permanecía vacía; quizás algún simpatizante ya estaba alertado. Decidió que era mejor retornar a uno de los túneles de mantenimiento, mientras sólo se dedicaran a situarse en los mejores puestos y vigilar. ¡Maldita sea! Se suponía que sólo debía hacer un trabajo preliminar de observación, sin meterse en problemas, antes de tomar una decisión definitiva. Ahora no quedaba otra que esconderse y esperar a que se olvidaran del «misterioso espía». Ya vería si abandonaría la ciudad o se quedaría unos días más para averiguar el destino de Yoras Deem. Caminó encorvado, disimulando su estatura en medio del bullicio, pacientemente, todo lo rápido que podía permitirse sin levantar sospechas, valiéndose de los puestos callejeros y de la gente para ocultarse, hasta alcanzar, detrás de un tenderete de comida rápida, un amontonamiento de cajas de diversos tamaños cerca del túnel. Fue entonces cuando sintió un pinchazo en la base del cuello, llevándose instintivamente la mano allí, y notando que una especie de aguja había penetrado casi por completo, dejando

únicamente fuera la cola del proyectil. Notó pérdida de sensibilidad en la zona, extendiéndose rápidamente por su columna vertebral, en ambas direcciones. Su organismo combatió rápidamente la sustancia tóxica. La espalda se le ponía rígida, y la cabeza comenzó a darle vueltas, pero mantenía la consciencia. La Fuerza guiaba las defensas naturales de su cuerpo, dispuestas a combatir la amenaza. Se agachó, hincando la rodilla para no perder el equilibro, concentrándose en despejar la mente y eliminar el peligro. Necesitaba un minuto para recuperarse. No lo tuvo.

–¡Notable! –apreció una voz femenina, antes de sentir un duro golpe en la sien.

Cobró la consciencia sin saber cuanto tiempo había estado sin ella, al oír una voz mencionar el falso nombre de Claren Luckewood, entre otras que seguían haciéndose preguntas. Decidió permanecer con los ojos cerrados, manteniéndose inerte, hasta averiguar más información y recuperarse del todo.

–Sí, sí, lo reconozco –admitió Yoras Deem–, ha crecido desde que lo dejé en Loormist.

«Maldición», pensó Kilian, reconociendo al gran que le había traído desde Malastare.

–¿Fue tu pasajero? –preguntó una voz grave.

–Sí, sí, mi pasajero. Pero nada más, ¿eh? –aclaraba el gran–. No esperaba volver a verlo en mi vida porque apenas me ayudó

en el viaje. Holgazaneó todo el rato cuando habíamos quedado en que pagaría un coste reducido si se pagaba parte del viaje trabajando como mozo. Soy un gran comprensible con los problemas económicos de cada cual, se aprovechó de mi generosidad, y…

–¿Y de eso cuanto hace? –interrumpió el mismo individuo.

–Pues… como cosa de tres años. Me acuerdo muy bien porque fue nuestra primera relación comercial. Me pedisteis un pedido con tres de los nuevos motores de Ikas-Ando, y tuve que traerlos desde Malastare, un buen lugar donde hay carreras de todo tipo. Seguro que ganaríais unas cuantas…

–Eso fue hace dos años –comentó otra voz.

–No, no, tres años, lo recuerdo bien –protestó educadamente.

–Dos –dijo tajante–. El motor M80R salió hace dos años de las fábricas de Ikas-Ando.

–¡¿De verás?! –exclamó Yoras Deem–. Hubiera jurado que fue hace tres años. Entonces me confundí con la primera vez que os hice una oferta, yo ya había oído hablar de la excelente reputación de los hermanos caídos, que creo que eran para unos reguladores de…

–¡Basta! –cortó el de la voz grave–. ¿Seguro que no lo has vuelto a ver?

El gran negó con la cabeza, con sus tres sobresalientes ojos parpadeando nerviosamente.

–Entonces no sabes que hace algo más de un año tuvimos una pelea con él, y con unos amigos suyos, en el que casi pierdo la vida.

–¡Oh! ¡Qué malvado! –exclamó el gran–. No sabía nada de eso. Yo… yo… lo prometo. Si llego a saber que era vuestro enemigo nunca lo hubiera aceptado en la nave. Creedme.

–Este está despierto –dijo una voz de mujer, pisando la mano de Kilian, quien reaccionó apartándola deprisa.

Kilian se levantó, observando a su alrededor. Debía guardar la calma o todo podría acabar muy mal. Esto era mucho más peligroso que todo lo que había vivido anteriormente, incluido el propio combate con los moteros. Allí al menos estaba junto a sus amigos; aquí en una posición claramente desfavorable. No saldría de esta peleando, tenía que usar su inteligencia y combinarla con la poca diplomacia que le había enseñado Coshar Teelk, mas un poco de ayuda de la Fuerza. Era el momento de poner en práctica todas sus habilidades. Le pareció extraño la oportuna entereza con la que alcanzó esta determinación.

Estaba en una sala grande y poco lujosa, con algunos pobres intentos de darle un toque de distinción. Los colores que predominaban eran rojos, marrones y negros Una barra dominaba una de las paredes laterales tras la cual dos jóvenes camareras atendían las peticiones de los presentes. Tres moteros estaban sentados allí. El centro de la sala lo dominaba un escenario circular donde una atractiva bailarina ligera de ropa practicaba su número estrella, observada únicamente por un par de miembros del club sentados en una de las numerosas mesas redondas que rodeaban el escenario. En su mesa estaban las pocas pertenencias que había llevado en su fallida misión de exploración: la electrovara –que uno de ellos agarraba con la mano–, los macrobinoculares, la cartuchera y unos pocos

créditos. El resto de las mesas estaban vacías, excepto la más cercana a la puerta de salida, en la pared opuesta a la barra, donde otro par de moteros jugaban una partida de dejarik, moviendo por turnos los hologramas tridimensionales del tablero. Finalmente, en una de las esquinas con buenas vistas al escenario central se alzaba una plataforma de no más de un metro, con escalones de acceso, donde se encontraban. El gordo melenudo de barba gris estaba sentado en un confortable sofá de media luna, pegado a la pared, de unos tres metros. En la otra punta había otro motero, silencioso y musculoso, con gafas oscuras y un bláster colgado en una funda sobaquera, con ropajes oscuros de buena calidad. A su izquierda, y a metro y medio de distancia, estaba sentada la mujer rubia de piel azulada, con un vestido de color índigo a juego, cruzando sus largas piernas. A un lado y adelantada tan sólo un paso su guardaespaldas, que retiraba el pie con el que lo había pisado. De pié en frente de la mesita de vidrio que lo separaba del gordo motero, el gran, Yoras Deem. Detrás de estos, también de pié y apoyados en las barandillas dos moteros más, uno de ellos el delgaducho canoso. Tras levantarse dio dos pasos hasta situarse al lado de Yoras Deem, quien retrocedió uno sin saber muy bien qué hacer. Su piel de color pardo tenía algunas manchas negras en brazos, cuello y rostro. Parecía haber sido golpeado no hace muchos días.

–No me creo al gran –dijo el gordo de la melena, dirigiéndose a Kilian, haciendo un gesto con la mano al aludido para que no protestara–. Nos estabas espiando. De no ser por la eficiente compañera de nuestra invitada puede que hubieras conseguido tu propósito.

«Compañera y guardaespaldas, pero no subordinada», dedujo el corelliano. Una idea asomó por su mente.

–Soy su socio –afirmó.

–¡¿Qué?! –estalló el pasmado gran– ¡No!

Debía hablar como si supiera quienes eran. No conocía sus nombres, pero si debía hacerse pasar por el socio de Yoras, no podían descubrir que no tenía ni idea de cómo referirse a ellos.

–*Déjalo ya, Yoras* –le confesó con naturalidad, mirando al gran fijamente – *Somos amigos, ¿verdad?*

Jugaba con la natural predisposición de su raza de considerar amigos a aquellos con los que habían tratado, aunque fuera poco tiempo, algo que había comprendido muy bien tras convivir en La Granja con Glisma, quien lo consideraba su familia. Era arriesgado porque hacía tres años del viaje hiperespacial con Yoras Deem. Sin embargo era cierto que el emocional gran lo trató como un amigo, un amigo del que aprovecharse, pero amigo. Eso, y un poco de *sugestión* sutilmente empleada podía dar resultado.

–Sí, claro, *amigos* –confirmó un poco confuso.

–Yoras, Yoras, Yoras –dijo el delgaducho por detrás–. No dices ni una sola cosa que sea medianamente cierta.

–Whiteluck, silencio –ordenó el melenudo.

Anotó mentalmente el nombre del cano motero.

«*¡Sal de ahí, Kilian!*», oyó débilmente el corelliano en su cabeza, sorprendiéndose del pensamiento. No supo adivinar cómo le vino esa idea a la mente. Pero estaba tranquilo, tenía a la Fuerza de su lado. No se acobardaría fácilmente.

–Tan sólo quería defenderme –aclaró antes de que el gran pudiera responder a la acusación–. Y yo quería saber qué habíais hecho con él. Por eso observaba vuestra sede, nada más.

Revelarse como el socio de Yoras Deem, quien por las visibles magulladuras había sido apaleado, y por su evidente nerviosismo tenía algún tipo de deuda con el club, no era, evidentemente, nada halagüeño. Desviar la atención de La Granja, por contra, era lo prioritario. ¿Por qué tenía que haberse entrometido? Podría haber huido después de que asaltaran su habitación, no haber buscado a Yoras Deem, y dejarlo a su suerte. Ahora tenía que hilvanar una historia creíble.

–Ya, socio… –reflexionó el gordo no del todo convencido.

–Desde el día que nos conocimos, en ese viaje espacial que les ha contado –prosiguió Kilian no queriendo perder la iniciativa y apoyando una mano en el hombro del gran–. Eso es cierto, nos conocimos allí. Un carguero de clase Nella no se pilota muy bien con un único piloto, y me ofrecí voluntario. Buscaba trabajo y Loome es un buen lugar para hacer negocios. Siguen necesitando material a buen precio, y en la capital son demasiado tontos como para reconocer un buen trato… para nosotros.

Whiteluck y su compañero se rieron de la ocurrencia.

–Entonces como socio también eres responsable de lo perdido y le debes a Liul-Shi 11.500 créditos.

Quien habló fue el loomest musculoso de gafas oscuras, que hasta el momento había guardado silencio. Hacía referencia a la silenciosa mujer de piel gris-azulada.

–¿Pérdida del cargamento? Tenía entendido… –preguntó

Kilian queriendo ganar tiempo, la cifra era considerable y no tenía tanto, ni reuniendo sus ahorros–.Tenía entendido que se había entregado todo –miró inquisitivamente a su «socio», como si estuviera reprochándoselo.

–Falta una tercera parte del rixil –señaló el gordo melenudo–, al parecer arruinada por un escape de líquido hidráulico.

–Fue un accidente, Volka, lo compensaré, logré salvar la mayor parte –se excusó Yoras.

–¡Eso ya lo has dicho antes! –gritó Whiteluck, golpeando al gran en la base del cuello, quien casi cayó de rodillas.

–¡Ya te dije que había que arreglar el retroalimentador del refrigerador, Yoras! –gritó a su vez Kilian, esperando que en una nave espacial funcionara como en un acelerador–. Ahora tendremos que abonar un interés del 25% y perderemos el año.

Apoyó su mano en la base del cuello, apretando un poco para que el gran gimiera, pero en realidad hizo fluir la Fuerza en Yoras para evitar que se desmayara. El gran se sintió aliviado y, a pesar del desorbitado porcentaje escuchado, parecía decidido a confiar su destino a la habilidad del corelliano.

–¿Del 25%? –preguntó Volka –. Tenía entendido que sería el 15%.

–Es nuestro porcentaje de compensación en caso de pérdida, deterioro o robo de la mercancía, lo que hace 14.375 créditos, redondeando lo dejamos en quince, por las molestias extras –tentó Kilian–. Sin duda Yoras no ha tenido en cuenta el «plus» por cliente destacado.

El gran asentía con la cabeza, aceptando la generosa oferta si con ello salvaba la vida.

–Me parece más que suficiente –intervino el hombre de las gafas oscuras–, si Liul-Shi está conforme.

–Si el pago es en el acto me doy por satisfecha –accedió la rubia de piel azul.

–No tenemos el dinero aquí, mi señora –explicó el corelliano–. Ni siquiera en el Augurio. Debemos ir a Malastare. No viajamos con tanto efectivo. Podemos darle… –presionó los dedos ligeramente en el cuello de Yoras.

–¡Cuatro mil! –respondió rápido.

–Cuatro mil ahora, el cargamento, y once mil a nuestra vuelta –finalizó Kilian, preparando las respuestas lógicas que vendrían a continuación.

A su pesar, estaba aprovechando las habilidades negociadoras de su tío Garek, aprendidas por observación directa mientras estuvo bajo su tutela, mezclándolas en una extraña combinación con la cautelosa oratoria de Coshar y una pizca de la determinación de Bronx. Desde luego, la necesidad obraba milagros.

–No pensará que somos tan estúpidos como para dejarlos marchar por menos de la tercera parte de lo acordado –anotó Volka.

–Por supuesto que no, por eso iba a sugerirles que Yoras les hiciera compañía hasta mi vuelta.

–Pero, pero… –murmuró el gran, quien se veía abandonado.

–Se largará dejando a su socio a su suerte –murmuró Whiteluck detrás suyo.

–*Podéis confiar en que volveré* –aseveró Kilian, centrándose

en Volka.

–*Confío en que volverá* –repitió el gordo melenudo, a pesar de la discrepancia de Whiteluck, el canoso motero que creía tenerlo calado.

El corpulento loomest se quitó las gafas oscuras, descubriendo unos ojos de intenso color verde, sorprendido por la firme seguridad con la que Volka había respondido. Kilian se veía victorioso. Aunque algunos no lo creyeran, tenía pensado regresar. Tan sólo debía volver a La Granja por el camino más discreto posible, recoger sus ahorros y pedir prestado lo restante a Bronx, quien seguro que podría proporcionarle la suma, obtenida de sus años como soldado de fortuna. Sólo debía convencerlos de que la palabra dada sería respetada.

«*¡Sal de aquí, insensato!*», volvió a escuchar Kilian en su mente, esta vez un poco más fuerte. No sentía que fuera una idea propia, surgida de él, aunque sí había algo familiar. ¿Pero qué estaba pasando?

Unas reprobatorias palabras procedieron de Liul-Shi, centrándolo en el presente.

–No es de mi agrado –posando la copa con grácil soltura en la mesita de cristal–. En nuestro oficio, es innoble recurrir a esa vil manipulación.

Sus palabras extrañaron a los presentes de diferentes maneras, bien por la falta de honradez del «oficio», bien porque cualquier artimaña valía en estas lides o, como era el caso de Kilian, porque la esbelta mujer era consciente de lo que había ocurrido. El corelliano, sin notar una especial sensibilidad en Liul-Shi, sí percibió una notable fortaleza psíquica. Su mejor arte se veía

neutralizado por aquella extraña mujer, quien no dudaría en recurrir a su compañera si lo repetía con ella.

–Inténtelo de nuevo, si lo desea –lo invitó para esclarecer el asunto, sin asomo de arrogancia.

–Usted no se va a marchar del planeta –aseguró el grandullón de los ojos verdes–. Tiene una cuenta pendiente con el club por las bajas sufridas.

Volka abrió los ojos reconociendo el error que creía haber cometido, recordando el episodio al que se refería. Se levantó de golpe, encarándose con Kilian.

–¡Por supuesto, jefe! No vamos a olvidar a los *hermanos caídos* ni nuestra reputación –enfatizó las últimas palabras, asociando el nombre de la banda con los compañeros muertos en la pasarela del tranvía elevado.

–¡Fuisteis vosotros quienes me atacasteis! Yo no tenía nada contra ti –se defendió.

–Eso es mentira. Fue el gamorreano quien nos provocó, y tus amigos quienes lo ayudaron.

–¡Así es! –apoyó Whiteluck a Volka.

–No conocí al gamorreano hasta ese día –mintió Kilian–, ni vuestras diferencias. Eran extranjeros que no conocían Dag Seher; querían rixil gasificado y un par de consejos. Les estaba conduciendo hasta Yoras cuando atacasteis. Sólo me defendí. Por eso no me conocías de antes. Cualquier negocio sería infructuoso si no lo llevaba mi socio. ¿Qué culpa tengo yo de vuestras disputas con ese gamorreano. ¿Os provocó? ¿Os atacó? No delante mío.

–Antes de que lo metieran en la cárcel –dijo Whiteluck–, no en la pasarela.

–¿Estaba yo allí? –preguntó Killian, sin perder la iniciativa, al ver que Volka negaba con la cabeza, dubitativo–. ¿Pues qué me estáis contando? ¿Cómo iba a saber que erais enemigos?

Por supuesto, Kilian sabía lo ocurrido por boca del propio Gorka. Él no estuvo en la primera pelea, habiendo sido visto por los moteros tan sólo en la liberación de Gorka. Estaba improvisando, dándole una lógica razonable a toda su historia, lo que no le salvaba del odio que sentirían Volka y Whiteluck. Para una banda de moteros la defensa propia les importaba más bien poco, y la venganza por la derrota sufrida era un estimulante incentivo. Toda aquella farsa sólo conducía a evitar ser asesinados allí mismo sin la posibilidad de presentar otra salida, después de que la misteriosa Liul-Shi desbaratara con una frase lo que había conseguido con la Fuerza. ¿Por qué se mantenía tan callada? ¿Conocía la Fuerza o simplemente no era una pueblerina con un negocio de mala muerte en un recóndito planeta? Quizás era alguien con cultura suficiente como para sumar dos y dos. La perjudicada por el accidente de Yoras Deem con el cargamento de rixil aceptaba la ventajosa propuesta, pero retenía a Kilian en Loome. Ojalá no hubiera buscado al gran.

–Señor Darren, sugiero que diriman su rivalidad después de recuperar lo mío –intervino Liul-Shi.

–Por supuesto, madame –afirmó el jefe de los hermanos–. Lo suyo está asegurado.

–Hay una manera de resolver esto de manera satisfactoria para todos –no le quedaba otra a Kilian que jugar su última baza–. Os

reto a una carrera de aceleradores. Vuestro mejor piloto contra mí. Si gano yo, mantenemos las condiciones actuales, pues es lo justo. Si gana vuestro piloto, os quedáis con el Augurio, cuyo valor es bastante superior a la deuda. Ganar restaura vuestra reputación. Sigo perteneciendo a los nebulones azules, la banda más rápida del Sector Corelliano. Competir contra uno de sus miembros os otorgaría fama y reconocimiento desde el Núcleo hasta el Anillo Exterior. No digamos triunfar, pero no ganaréis. Aún no ha nacido nadie que pueda vencer a un nebulón azul.

Conocía las reglas, unas reglas que si bien no eran universales ni tenían por qué respetarse, se aceptaban en casi todas las bandas. ¿Qué diferencia podía haber entre los *nebulones* y los *hermanos*?

–No sólo ganaré, morirás en la carrera –amenazó Volka–. He oído hablar de los nebulones azules. No sois más que críos. No sobrevivirás a Dag Seher.

–¡Morirás! –repitió Whiteluck a sus espaldas.

–Sería una buena muerte –Kilian se encogió de hombros.

El reto había llamado la atención del resto de moteros presentes; no parecían dispuestos a negarse. Obviamente había exagerado la importancia de los nebulones en la Galaxia, pero para aquellos aldeanos confinados a un recóndito y casi desconocido planeta del sistema Trevi era suficiente. Y si se negaban podía provocarlos aún más sugiriendo un cambio de líder, si el actual no estaba dispuesto a aceptarlo por temor a perder. Eso no podría quedar sin respuesta.

–Sus ofertas son sumamente generosas –respondió Darren con total tranquilidad–. Gane o pierda saco provecho. Entiendo que

se juega mucho, aunque… ¿tan poco estima su nave, su medio de vida, que la pone en juego sin más? Cualquier otro contrabandista hubiera esperado a que la hubiéramos exigido nosotros. Su sumiso «socio» calla inexplicablemente, pero sus expresiones me dicen lo que necesito saber. Es loable su terquedad e ingenio para desviar la atención del asunto principal que me preocupa: quién es usted y quienes son sus amigos. Deben de ser realmente importantes como para que lo arriesgue todo. No lo sé. No son diplomáticos ni dignatarios; no creo que pertenezcan ni a la República Galáctica ni a la Confederación de Sistemas Independientes, pues lo que hagan en Loome no tiene mucha importancia ni para un bando ni para el otro. Teníais un sable de luz pero demostrasteis no saber manejar el arma, por lo que tampoco sois esos jedi de los que hablan las noticias de la guerra. La verdad es que vuestra pinta es más de mercenarios, renegados o forajidos, ¿pero para qué arriesgarse por esos desgraciados? ¿Qué es tan importante cómo para proteger a tan variopinto grupo de razas alienígenas: un twi'lek, una cereana, un gamorreano, un humano y tú –Darren miró a Yoras Deem– .Y este gran que no sé qué relación tiene. Añadamos también una mujer oriunda de Loome, que os ayuda en el último segundo.

El jefe de la banda se levantó finalmente, revelando su estatura: un loomest inusualmente alto, fornido, sagaz y al que Kilian, sin pretenderlo, había despertado una peligrosa curiosidad. Había puesto en duda toda su historia, quizás no se había creído nada desde el principio, y su intento de ocultar La Granja tan sólo había servido para aumentar su interés. Liul-Shi también se había levantado a la par que Darren, intrigada por la

argumentación del jefe de la banda y pasando por delante de su guardaespaldas.

–Hay una manera de averiguarlo –sonrió amenazadoramente.

El jefe de la banda ocultaba en su puño izquierdo algo que hasta el momento no se había fijado, un objeto pequeño con forma de cápsula. Entreabrió la mano, mostrando la baliza señalizadora que normalmente Kilian guardaba en uno de los bolsillos de la cartuchera. Al instante, Darren presionó el botón superior, activándola. Eso atraería a Bronx y a Gorka, como mínimo, hasta el club de los hermanos caídos.

–Veamos si vienen tus amigos –no apartaba su mirada de los ojos de Kilian, dispuesto a leer cualquier emoción que no pudiera contener.

«*Confía en tu entrenamiento*» –reconoció la voz de Mirlo en su mente–. «*¡Lucha!*».

Instintivamente respondió al deseo de su difunto mentor, como si estuviera recibiendo sus enseñanzas en La Granja, sin pararse a pensar por qué había oído «hablar» a un muerto. Con la mano derecha agarró la muñeca izquierda de Darren, retorciéndosela de dolor para que soltara el localizador, y soltándolo en cuanto notó la fuerte resistencia del jefe, hacia atrás, lo que lo desequilibró unos segundos. Alzó la mano izquierda hacia la cabeza de la guardaespaldas, enfocándose en el único arma que intuyó que no estaba sujeto por una mano o enfundado en una cartuchera: una afilada punta escondida entre el recogido pelo de la morena. El tirón telequinético la desconcertó el tiempo suficiente para que el arma volara a su mano izquierda, mientras Kilian saltaba hacia madame Liul-Shi. Darren llegó a cogerlo

del brazo derecho demasiado tarde. Su mano presionaba la punta de hueso en la principal vena del bello cuello gris-azulado, dejando bien claro lo que ocurriría si alguien pretendiera dañarlo. El jefe de la banda lo soltó entendiéndolo al instante.

–Assa, no –dijo Liul-Shi, adelantándose a las intenciones de su socia.

La morena guardaespaldas había desenfundado ambas pistolas blásters, pero no lo suficiente rápido como para evitar que cogiera a su compañera como rehén. Que su cuello estuviera amenazado con su propia arma le daba un toque especial al asunto. Kilian descubrió una mirada de odio y frustración, resaltado por sus mejillas enrojecidas. Era hábil haciéndose enemigos. El corelliano aprovechó para agarrar mejor a su presa, situándose a su espalda. Llevó uno de sus brazos hacia atrás, en una postura incómoda y ligeramente dolorosa para ella, para obligarla a quedarse quieta o moverse según sus deseos. La rubia mujer era más alta que él, por lo que miraba la situación por encima de su hombro derecho. Whiteluck, Volka y el otro motero habían desenfundado sus blásters, sin apuntarlo gracias a una leve indicación de su jefe. En el resto de la sala los demás moteros también se habían levantado. La bailarina de la pista corrió detrás de la barra, escondiéndose con las otras chicas sabedoras que la situación podía acabar mal. Yoras Deem miraba atónito a su alrededor, con los brazos levantados.

–Dile a tu socia que deje de apuntarme –susurró Kilian al oído de Liul-Shi.

No hizo falta que lo repitiera. La mencionada bajó los blásters, aunque no los soltaba.

–Me llamo Assa Hira –replicó–. Recuérdalo.

–Encantado –respondió vigilándolos–, ahora si nos disculpan. ¡Yoras! Coge la baliza, la electrovara y un bláster. Los demás tírenlos al suelo.

Assa, que seguía cada movimiento de Kilian, sólo los dejó caer; Darren, que mantenía su bláster en la sobaquera, se mantenía erguido haciendo señas a los demás para que los lanzaran lejos. El gran, esperanzado por el giro de acontecimientos, recogió la baliza, fue hasta la mesa donde tenían la electrovara y, pidiendo disculpas a los moteros que la tenían, se la llevó consigo, junto con una de las armas del suelo. Ambos se dirigieron hacia la salida, llevándose a la mujer con ellos, donde los moteros cercanos tuvieron que apartarse.

–Es usted un hombre peculiar –susurró Liul-Shi a Kilian, a quien le sacaba media cabeza–. Conoce la Fuerza, pero no es un jedi. No sigue sus reglas, pero sé que no me va a hacer daño. Podría apartarme y mi socia dispondría de usted.

El corelliano aumentó la presión sobre su brazo medio torcido en la espalda, arrancándole un contenido gemido –que no fue pasado por alto por Assa Hira–, para procurar convencerla de su error. Sin embargo tenía razón, no la mataría. A pesar de no ser una persona inocente, tampoco era justo acabar con su vida. Sólo era un medio para escapar de la indeseable tesitura en la que había caído. Era mejor deshacerse de ella antes de que perdiera la iniciativa. Yoras Deem avanzaba por el pasillo, habiendo dejado la electrovara apoyada en la pared. Hubiera preferido el bláster, pero dudaba que el gran supiera manejarse en combate cuerpo a cuerpo. Kilian permaneció en el umbral de la sala, con Liul-Shi como escudo. Observó a los presentes

calculando distancias y posibles movimientos, agradeciendo el entrenamiento de Bronx. Había un claro plan de huida. Empujó a la mujer hacia el motero más cercano, se echó para atrás de un salto, agarró el arma e inutilizó los controles de la puerta con la fuerza electromagnética de la electrovara, activada a máxima potencia. Oyó el impacto de los disparos lásers contra la puerta abruptamente cerrada.

–¡Hacia arriba, Yoras! –le ordenó.

El gran subió por las escaleras de acceso a la azotea, adivinando cómo iban a escapar. Yoras Deem no iba a ser de mucha ayuda en un combate, pero al menos se espabilaba bien si de lo que se trataba era de salvar su grueso pellejo. Poco antes de llegar a la obertura exterior se paró en seco, esperando a Kilian, quién recuperó rápidamente el terreno perdido.

–Ahí fuera seguro que hay alguien, amigo –dijo Yoras.

–¿Podrás alcanzar al menos a uno si te doy tiempo para apuntar? –preguntó.

–Creo… que sí –respondió no muy convencido.

El corelliano se resignó a hacer de blanco. No disponían de tiempo para algo mejor, así que salió corriendo a la azotea. En el exterior habían varios aceleradores custodiados por dos descuidados moteros que charlaban amistosamente. Al principio lo miraron confundidos, preguntándose qué hacía aquel tipo corriendo hacia ellos. Al darse cuenta de sus intenciones desenfundaron los blásters, disparando con celeridad sin pararse a apuntar. Kilian se tiró al suelo en el momento preciso, esquivando los rojos rayos que surcaban el aire por encima suyo. Les siguió uno azul en sentido contrario que alcanzó a uno de

los dos loomest. «Bien por Yoras», pensó Kilian. Se alzó, cogió la electrovara a modo de lanza y la arrojó al que quedaba en pie. El extremo frontal golpeó la cabeza del motero, haciéndole trastabillar hacia atrás. Kilian corrió rápido, aprovechando el impulso para saltar y derribarlo de una patada. Recuperó la electrovara telequinéticamente y le golpeó en el pecho con una descarga energética que lo dejó inconsciente.

Yoras Deem, lanzado a la carrera, había aprovechado la distracción de Kilian para subirse al coche de las nubes de Liul-Shi, el único vehículo que podía llevar a dos personas. El corelliano hubiera preferido un acelerador, pero no eran apropiados para llevar pasajeros y ambos sabían que debían confiar el uno en el otro para escapar con vida. Mientras Yoras encendía el motor iónico, Kilian recogió uno de los blásters del suelo y, caminando lentamente hacia el coche de las nubes, apuntaba por turnos a las escaleras y al turboascensor, próximos entre sí, dispuesto a disparar a quien se asomara.

El primero en aparecer por las escaleras fue Whiteluck, al que se le terminó la suerte. Un certero disparo de Kilian le alcanzó en el corazón, matándolo al instante. Era la segunda víctima mortal de Kilian. La primera vez tuvo el incentivo de una muerte segura, la mera supervivencia en el último momento. Esta vez fue diferente. Más profesional, con menos sentimiento. Eran enemigos. Y por mucho que Mirlo le había insistido que, si debía acabar con la vida de alguien, lo hiciera sin odio, sin satisfacer deseos de venganza, Bronx le había advertido de la necesidad de matar a los contrincantes rápido y sin piedad, y del alivio de saber que al hacerlo el que seguía con vida era él.

El inerte cuerpo de Whiteluck rodó escaleras abajo,

advirtiendo a quienes lo siguieran del destino que les esperaba. Las puertas del ascensor se deslizaron lateralmente, revelando a Volka y a otro de los moteros de la sala. Esquivó sus disparos, siempre acercándose al coche de las nubes, cuya carlinga permanecía abierta esperando su llegada. Permitió que los dos rivales adelantaran un paso para buscar protección y forzó el cierre del turboascensor. Con un gesto de la manó en el aire, apuntando hacia ellos, las puertas se cerraron violentamente, aprisionándolos sin estar ni dentro ni fuera. Seguramente la gruesa capa de sebo de Volka amortiguaría el choque; no así para su compañero, quien recibió un fuerte golpe.

Kilian saltó dentro del coche de las nubes, pulsando el botón de cierre de la carlinga. La cúpula acristalada se cerró a tiempo de recibir el impacto de un bláster. Assa Hira repitió el disparo.

–¡Elévate! ¡Elévate! –gritó Kilian.

Yoras avanzó la palanca del acelerador y los controles de altura. El coche de las nube ascendió, mostrando su panza a los tiradores. De haber continuado los disparos de la cazadora puede que la carlinga hubiera reventado. El deslizador aéreo se alejó del promontorio, descendiendo hacia los edificios para ocultarse. Kilian estudió los mandos del coche de las nubes, analizando todos los indicadores, luces, palancas y accionadores, presionando algunos de ellos.

–¿Qué haces? ¡Dejame pilotar! –rogó Yoras Deem–. Esto no es un juguete.

–Mandos duplicados para piloto y copiloto. Este deslizador está modificado.

–Mi amigo, te agradezco que me salvaras la vida, pero no es

momento para maravillarte. ¡Tienen los aceleradores!

–Sí, lo sé –respondió al nervioso gran, presionando un botón que activó las luces exteriores, destacando el vehículo entre el tráfico aéreo de Dag Seher–. Oups.

Apresuró a accionar el mismo botón para apagarlas, aunque era demasiado tarde; dos aceleradores se habían situado a ambos lados, buscando el momento para disparar con sus blásters.

–No es tan fácil disparar y manejar un acelerador al mismo tiempo –intentó tranquilizar a su «socio».

–¡Llegarán antes que nosotros! ¡Son muchos! ¡Son más rápidos! Y, y, y más maniobrables.

El gran movía lateralmente el coche de las nubes, intentando chocar contra los aceleradores. La integridad estructural del coche de las nubes era su única ventaja, mientras que un acelerador era básicamente un motor de alta potencia con un par de estabilizadores y un minúsculo asiento al aire libre. Un choque lateral podría romper uno de los estabilizadores, golpear la pierna del piloto o desviarlo de su trayectoria, siempre que lograra alcanzarlo, cosa que era incapaz de conseguir. Otros dos aceleradores se pusieron detrás; sus pilotos, uno de ellos reconocible por su obesa figura, comenzaron a disparar con los blásters en la mano.

–Son pésimos. No tendrían ninguna oportunidad en Corellia –observó Kilian indiferente, que seguía probando algunos botones–. Este modelo es muy curioso. ¿Se te da bien disparar?

–No irás a subir la carlinga –respondió incrédulo–. Nos destrozarían.

–No vamos a disparar con las pistolas –miró hacia el soporte

central superior, en la separación entre la carlinga izquierda de la derecha–, sino con esto.

Deslizó una tapa que descubría un panel oculto y presionó uno de los botones. En la parte superior trasera del pequeño vehículo se abrió un compartimento de donde emergió un bláster medio de repetición. El pequeño monitor enfrente de Yoras renderizó los alrededores de la nave, buscando objetivos.

–Sospecho que estás sentado en el puesto de Assa Hira, y que si activo esta palanca conmutamos tus mandos del modo piloto al de artillero –afirmó agarrando los controles del copiloto–. Anda, déjame pilotar a mi.

Kilian hizo girar repentinamente el coche de las nubes, noventa grados a la izquierda, obligando a uno de los moteros a ascender rápidamente para evitar una colisión. Internó el deslizador entre las pasarelas que comunicaban entre sí y a distintas alturas dos montes cercanos, dando tiempo a Yoras a adaptarse a su nuevo puesto. El bláster medio de repetición fijó su blanco en uno de los Nebulon-Q que les perseguía por detrás. Durante un instante se interpuso una pasarela entre ellos. El coche por debajo y el piloto por encima. Yoras empezó a disparar antes de tener línea directa, creando una barrera de rayos lásers que primero impactaron contra la parte inferior de la pasarela para a continuación hacerlo contra el mismo acelerador, haciéndolo explotar en el aire. El cadáver de su ocupante se perdió en el vacío. Los demás pilotos se alejaron temporalmente y buscaron los puntos ciegos del coche de las nubes. Yoras Deem disparaba repetidamente al que se aproximara más. Se acercaban desde distintas direcciones para que al menos dos pudieran tirotear, fallando gracias a los diestros tirabuzones de

Kilian. Era obvio que por velocidad no lograrían quitárselos de encima, y que por maniobrabilidad sería difícil que el gran pudiera acertar de nuevo, habiendo perdido la sorpresa inicial. El corelliano descubrió uno de los tranvías elevados internándose en uno de los túneles superiores. No lo dudó ni un instante: maniobró para internarse en el mismo túnel, reduciendo significativamente la velocidad para adecuarse a la del transporte. Uno de los moteros cayó estúpidamente en la trampa, persiguiéndolos dentro del túnel. Yoras se limitó a disparar ráfagas en una única dirección, sin darle espacio para escapar. A pesar de zafarse de los primeros rayos, las maniobras de evasión lo obligaron a arrinconarlo al techo del túnel, donde no tuvo escapatoria.

–¡Apunta a la salida del túnel! –sugirió Kilian–. Voy a pegarme al tranvía. Nos estarán esperando en 45.8.

–¡¿Cómo lo sabes?!

–¡Salimos!, ¡salimos!

La torreta superior giró 180º, en dirección al lateral izquierdo del tranvía. El coche de las nubes estaba a un metro del tranvía. Kilian ajustaba la velocidad casi a la par que el conductor del transporte, con muy poco margen de maniobra. Los moteros no se imaginarían que saldrían tan justos. En cuando la boca del túnel se abrió al exterior, dos moteros aparecieron en la posición que Kilian indicó, disparando un poco más atrás de donde estaban ellos. El gran contraatacó alcanzando el estabilizador de uno de los dos aceleradores, que comenzó a descender en caóticas espirales, girando sobre sí mismo hasta chocar contra el monte que acababan de atravesar. Tan sólo quedaba Volka, que optó por alejarse.

–¡Huye! ¡Huye! –gritaba eufórico Yoras Deem.

–Nos estarán esperando en el Augurio –dijo Kilian, cortando su entusiasmo.

–¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a entrar? –preguntó desilusionado.

–Haremos una pasada para desanimar a todo aquél que nos espere en tierra –apuntó el corelliano–. Procura alcanzar a todos cuantos puedas. Entonces te dejo en la cubierta superior, ¿tienes escotilla de entrada?

–Sí, sí, ¡pero seremos vulnerables!

–Yo te cubro. Tu ocúpate de encender los motores del Augurio y ya me encargaré de entrar después. Coge ese comunicador.

–¡Eres magnífico!

«Si me parara a pensar en lo que estoy haciendo no me lo creería», se le pasó por la mente.

El coche de las nubes voló sin mayores altercados entre los promontorios de Dag Seher, a máxima velocidad, todo lo que podía dar el vehículo. Este asunto tenía que terminar antes de que aparecieran las autoridades locales, si es que aparecían. Dado que estaba seguro de que los hermanos caídos ya se encontraban en el humilde «espaciopuerto» de la ciudad minera, en vez de volar en línea recta y por encima de las montañas optó por zigzaguear entre los montes y edificios, buscando una vía de aproximación distinta de la esperada. Como mínimo no sabrían por qué lado llegarían. Reconoció los montes próximos al lugar del reconocimiento previo.

–Prepárate para la primera pasada –ordenó Kilian.

El deslizador aprovechó la última pasarela para ocultarse, antes de descubrirse en dirección a los tres montículos de la horadada montaña de los hangares, aproximándose primero hacia el Oro de Alabak, el carguero mon calamari que estaba en la colina adyacente. Kilian observó varias personas cerca del Augurio, y tres aceleradores sobrevolando la zona. El coche de las nubes surgió de entre la contaminada niebla del distrito industrial. Poco antes de sobrepasar el carguero de Alabak, redujo la velocidad para darle más oportunidades de apuntar bien. El gran sintió el fuerte tirón de la desaceleración, sujetado firmemente por los cinturones de seguridad. Durante unos segundos el vehículo aéreo aminoró la marcha considerablemente, segundos en los que el gran disparó varias ráfagas a todos los moteros de a pié. No alcanzó a ninguno, pero los asustó lo suficiente como para que corrieran a guarecerse en las casetas. Kilian aceleró maldiciendo la mala puntería de su socio, directo a uno de los aceleradores que sobrevolaba la zona. Volka, que por supuesto era su objetivo, reaccionó a tiempo para elevar su vehículo, totalmente sorprendido por la osadía del corelliano. Los otros dos compañeros del gordo se alejaron buscando el mejor ángulo de evasión, creyendo que Kilian iría a por ellos. En vez de eso, el corelliano efectuó un picado medio para iniciar un rizo, subiendo a fondo en la vertical, y al alcanzar el vuelo invertido, volviendo en descenso de 45º hacia el Augurio, rotando sobre su propio eje para recuperar la línea del horizonte.

–¡Eso se avisa! –se quejó Yoras.

–Ahora paramos en seco –contestó queriendo espabilarlo.

Accionó los repulsores inversos para ayudarse en la frenada,

reduciendo totalmente la velocidad hasta situarse encima del augurio. El gran sintió de nuevo el brusco tirón de los cinturones, sin conmocionarse. Puede que sólo fuera un mero contrabandista, pero uno con las agallas suficientes. En cuanto Kilian abrió la carlinga, el gran se desabrochó y saltó de inmediato al techo del carguero, un poco mareado, pero cerca de la escotilla superior. El corelliano también se deshizo de su cinturón. Los hermanos refugiados en las casetas no tenían ángulo de disparo; el propio augurio los protegía. Para evitar que lo liquidaran desde arriba, Kilian cerró la carlinga y situó el coche encima del gran, a modo de escudo. Los pilotos dispararon a placer contra el vehículo. El corelliano lo movía constantemente, sin eliminar la protección de Yoras, que estaba abriendo la escotilla, consiguiendo que cada impacto diera en una zona distinta. Dado que sólo disponían de sus blásters de mano el daño era menor, pero aquel fuego continuado acabaría por destrozar la luna o por dañar una parte vital del motor.

–¡Estoy dentro! –oyó por el comunicador.

Aprovechando que sus atacantes daban la vuelta, accionó las pequeñas cargas explosivas para eliminar la cubierta superior, quedando expuesto a los tiradores. Enderezó la palanca y aceleró hacia una de las casetas que servían de refugio, saltando antes de la colisión. El coche de las nubes atravesó la caseta, destrozando el techo, el frontal y la parte trasera, cayendo por el barranco sin control alguno. Al menos uno de los hermanos escapó a tiempo; de los otros no supo si estaban vivos o muertos. Kilian rodó sobre la pista, incorporándose rápido. Los repulsores de vuelo atmosférico se encendieron en ese momento. De un rápido vistazo localizó la escotilla inferior, con unas asas alrededor para

sujetarse. Se acercó al anclaje del tren de aterrizaje, estudiando cómo manipularlo para activar la liberación manual. Por fortuna para ellos era un mecanismo bien sencillo. Accionar una palanca, levantar una tapa y presionar un botón. Operó los controles del anclaje y éste se liberó, expulsando unas pequeñas nubes de vapor. Corrió al segundo tren de aterrizaje y repitió los pasos. Pequeños fogonazos surgían de los propulsores inferiores, indicando que la nave estaba lista para el despegue vertical. Ahora era el carguero Nella-342 quien le ofrecía protección de los motoristas. Kilian liberó el tercer pistón. Ya sólo quedaba uno de los traseros, pero delante del mismo se había situado la amazónica Assa Hira, con sendos blásters en sus manos y una mirada de satisfacción en su rostro. Kilian se emplazó frente a ella, activando los impulsos electromagnéticos en los extremos de la electrovara. Bloqueó los dos primeros disparos mediante giros rápidos que interceptaban los impactos. Había practicado esa maniobra muchas veces con Bronx, a corta y media distancia. Pero la electrovara no era un sable de luz, no podía soportar ese castigo durante mucho tiempo. Mientras lograra bloquearlos, con las descargas magnéticas a máxima potencia, podría reducir el daño del láser, pero cuantos más impactos recibiera en la metálica vara, más probabilidad existía de romperse en dos. La Fuerza le ayudaba a guiar la electrovara, mientras, metro a metro, se acercaba a Assa Hira. La mujer se deshizo de los bláster y desenvainó el largo vibrofilo que portaba en su cintura. Por mera longitud de las armas, ahora era ella quien estaba en desventaja. La sonrisa se le borró del rostro, tornándose en rabia e indignación. Contraatacó ante el primer intento de Kilian de golpearla en la cabeza. La mujer se agachó a tiempo y alargó todo su cuerpo, rodilla delantera flexionada,

pierna izquierda alargada, estirando el brazo hasta alcanzar el gemelo derecho del corelliano. Basicamente por instinto, Kilian lo apartó justo a tiempo para evitar ser ensartado, aunque notó el pinchazo inicial y el pequeño desgarre producido por la vibración de la punta. Un centímetro más y habría perdido la movilidad de la pierna. El dolor era intenso, pero la herida no lo había inutilizado. Ignoró la sensación en su mente, a pesar de las quejas de su cuerpo. Sin duda Assa Hira contaba con aturdirlo lo suficiente como para recuperar una posición defensiva. En aquella postura era vulnerable. Se había arriesgado en el ataque, con éxito relativo. De no ser por sus reflejos y habilidades paliativas, al corelliano le hubiera fallado la pierna, cayendo a merced de la guardaespaldas. Por fortuna, ella nunca se había enfrentado a alguien como él. Con la electrovara firmemente sujeta con las dos manos, giró el extremo adelantado media vuelta hacia atrás, como en una maniobra de remo, alcanzando la cabeza de la mujer por la sien derecha, descargando impulsos electromagnéticos en su cerebro. Cayó tumbada al suelo, en una fea postura con la pierna derecha flexionada. Podía rematarla fácilmente, pero el Augurio temblaba, queriendo zafarse del último anclaje. El corelliano se adelantó y bajo la palanca de aprisionamiento, levantó la tapa y pulsó el botón que reintroducía el anclaje en el suelo. Como si de una bestia voladora recién liberada de su trampa se tratara, el carguero sullustan se alzó al cielo. No había mucho tiempo que perder. Guardó la electrovara en los fijadores de su espalda y corrió hacia la escotilla inferior, impulsándose con la Fuerza a pesar del dolor de su gemelo. Consiguió agarrarse con las dos manos cuando la nave ascendió los primeros metros, colgando de ella.

–¡Abre la escotilla inferior! –ordenó por el comunicador.

El gran no tardó mucho en reaccionar, deslizándose dos gruesos paneles lateralmente. Un rayo láser alcanzó a Kilian en el hombro izquierdo, obligándolo a sujetarse con una sola mano. Assa Hira había recuperado la suficiente consciencia como para efectuar un disparo a distancia. El Augurio abandonó la pista superior, apareciendo el precipicio bajo los pies de Kilian, alejándose de la excelente tiradora que, de haber tenido un rifle bláster a su alcance, hubiera podido repetir el tiro, quizás con fatales consecuencias.

–¿Entras o no? –oyó al gran por el comunicador.

Resistiendo a la creciente aceleración del carguero, volvió a agarrarse con ambas manos a las asas, balanceó su cuerpo suspendido en el aire y flexionó los brazos en el momento oportuno para introducirse en un solo movimiento.

–¡Cierra! –rogó a Yoras.

La escotilla se cerró de inmediato y Kilian respiró aliviado. Poco después subió por la escalerilla del pozo hasta el almacén de carga. Yoras Deem fue guiándolo por el interior del carguero hasta encontrar la cabina de mando. El gran estaba en el asiento del piloto principal, a la derecha del panel de control.

–¡¿Qué?! ¿Ahora no nos perseguís, eh? –alardeaba por el intercomunicador –, ¿con el Augurio no os atrevéis, verdad? A ver si tenéis valor de seguirme hasta el espacio en vuestros aceleradores, ¡gordo!

A través de la cúpula de acero transparente de la carlinga vio a Volka en su vehículo aéreo, acompañado por otros dos. Aunque el techo de vuelo de los aceleradores podían llegar a varios

cientos de kilómetros de la atmósfera, no podían abandonar Loome. Cuando la nave superó los límites de Dag Seher, dieron la vuelta y se alejaron.

A la izquierda del gran estaba el asiento del copiloto, pero detrás de ellos, a ambos lados y dispuestos en dos filas, habían cuatro asientos de pasajeros. Se dejó caer en uno de ellos.

–¿Pero qué haces ahí sentado? ¡Este es tu sitio!–se extrañó el Gran, señalando el asiento del copiloto.

–¿Tu me has visto pilotar una nave espacial? –contestó sarcástico, mientras buscaba un medpac por la carlinga.

–¿Pero no fue lo que le dijiste a Darren?

–Casi todo una sarta de mentiras, Yoras –admitió, tomándose la libertad de pasarse al tuteo.

–Bueno, bueno, no pasa nada –se encogió de hombros–. ¡De nuevo juntos en el espacio! ¿Qué emocionante, verdad? ¡Me salvaste la vida! ¿Donde puedo dejarte? Este viaje te saldrá gratis.

Que caradura, pensó Kilian. Podía haberle contestado de varias maneras. Que bueno estaba él para hablar después de escuchar cómo le echaba la culpa de todo mientras él simulaba estar inconsciente; o que mejor hubiera sido no haberlo ido a buscar, ni mucho menos salvarlo. En vez de encontrarse en el Augurio, en ruta hacia el ecuador de Loome, donde podrían ascender hacia el espacio de modo seguro, ahora se encontraría de vuelta a La Granja, listo para afrontar la última etapa de su entrenamiento. Pero ya no podía volver. No con los hermanos caídos buscándolo. Mejor era asegurarse de que lo vieran marcharse del planeta y que lo dejaran en paz. Eso los alejaría

de La Granja. Las cosas no salieron como él esperaba, pero al menos sus amigos estarían a salvo. Le inquietaba pensar que el localizador que activó Darren pudiera atraerlos hacia una trampa. Sin embargo, no creía que Bronx actuara tan improvisadamente como él. De alguna manera acabaría averiguando lo sucedido. ¿Qué sería de ellos? ¿Qué pensaría el Maestro Dalma al enterarse de su indeseada escapada? ¿Otra vez más huyendo, Kilian? ¿No hay ningún lugar en la Galaxia donde puedas quedarte? No. No era el mismo caso –se dijo a sí mismo–. No quería marcharse de La Granja, no pensaba huir como lo hizo del Templo, o mucho antes de Ciudad Hightowers. Estaba pagando por las consecuencias de sus actos. Dag Seher le había vencido, había fallado la prueba de Mirlo. Ahora debía asumir sus errores y aprender de ellos. Con el viaje espacial que se avecinaba tendría tiempo de repasar lo sucedido y reconocer dónde había fallado. La próxima vez estaría más atento.

El Augurio alcanzó el ecuador de Loome y Yoras Deem cambió el rumbo de la nave hacia el espacio exterior, sin entretenerse en pasar por el espaciopuerto de Loormist. Rápidamente abandonaron las capas superiores de la atmósfera, internándose en el espacio profundo. A lo lejos una minúscula nave descendía hacia el continente sur, dejándolos a solas más allá de la órbita del planeta. A lo lejos veían la nebulosa que durante tantos milenios había ocultado la existencia de Loome a la República Galáctica.

–¿Kilian?

–A Corellia, Yoras, pero busquemos una vía indirecta, haciendo escalas comerciales –respondió triste–. Regreso a casa. Es hora de ver a la familia.

–¿A Corellia? Pero si media galaxia está en guerra. Tendremos que dar mucho rodeo si queremos que no nos pille en medio. En fin, si es por la familia lo entiendo. Los echaras de menos. Ya te dije la otra vez lo importantes que son los seres queridos, ¿recuerdas?

–Sí, eso, vamos a ver a los *seres queridos* –contestó en un tono que el gran no supo interpretar.

La Luna de Klaton

La Perra Callejera se encontraba acoplada al puerto de atraque 16-B de la estación esclavista *Luna de Klaton*, situada en el Espacio Hutt, entre el Borde Medio y los Territorios del Borde Exterior; una región de la Galaxia dominada por los Hutts y no perteneciente a la República Galáctica. La estación espacial era usada por los distintos clanes en sus negocios con cualquier planeta, organización criminal o gremio de mercaderes para el lucrativo comercio de esclavos. La sección principal de la estación tenía forma de lanza cilíndrica, que unía tres grandes módulos esféricos situados en cada tercio de sección. Las esferas contenían en su interior la lonja donde los mercaderes vendían al por mayor, siguiendo un sistema organizado de venta que consistía en iniciar la cuenta con un precio elevado que iba disminuyendo a cada segundo. Cada comprador veía la cuenta atrás en un gran monitor central con imágenes de la raza del esclavo y la cantidad que se ponía a la venta. Los detalles del lote se exponían en un pequeño monitor que cada potencial comprador tenía a su disposición en un atril. El primero que pulsara el botón se llevaba la venta al precio marcado en el panel. Las ventas de los esclavos mas cotizados –intérpretes y artistas, acompañantes de lujo o instructores– se resolvían muy rápido y a buen precio, mientras que por la carne de obra –vendida en grandes cantidades–, se esperaba, por acuerdo no escrito, a que el contador descendiera a los rangos inferiores. En

estos casos cualquiera que pulsara antes de tiempo era fuertemente criticado por el resto de la lonja, por haber aumentado innecesariamente el valor del lote. El resto de módulos contenían numerosos puertos de atraque, instalaciones de mantenimiento, soporte vital, servicios, laboratorios y áreas para el personal permanente.

La estación que orbitaba alrededor del árido e inhóspito Klatón, próximo al sistema Circumtore, debía su nombre al hecho de ser el único satélite del planeta. Energéticamente se alimentaba de unos enormes paneles solares situados en los extremos de la lanza. No contaba con defensa propia alguna, ni escudos ni armamento. Tan solo un blindaje estándar pensado más para la protección ante colisiones fortuitas que ante naves enemigas. No obstante, contaba con cuatro cazas Z-95 en el pequeño hangar de la tercera esfera –destinado únicamente a alojar a la mínima dotación, aunque en caso de emergencia podía albergar un carguero ligero o una lanzadera–, con el fin de poner orden si se diera un combate espacial entre dos facciones rivales. No era muy sensato asaltar la estación; la *Luna de Klaton* estaba bajo la protección de los Hutt y, a parte de que a todos les beneficiaba su existencia, a nadie le interesaba soliviantar a los clanes. Las bandas de forajidos, corsarios y demás piratas espaciales sabían con quien no debían meterse. De todas maneras, ocasionalmente acudía alguna corbeta o fragata armada para proteger a algún importante señor del crimen que quería cerrar personalmente un acuerdo de negocios.

Al lado de la Perra Callejera habían otras naves atracadas: un carguero ligero de serie y una lanzadera TH-20. Pero la nave que a Raven le interesaba era otro carguero ligero de clase Kazellis,

del mismo modelo que el suyo, la última en el módulo de atraque de la estación espacial. Pertenecía a un discreto contrabandista por nombre Lüb Carl, conocido por su compañero Broggo, al que había servido de artillero cuando era muy joven. Llevaban dos meses detrás de su pista, hasta que por fin supieron de él a través de un antiguo cliente suyo. Lüb Carl era un devaroniano de aspecto siniestro y sin escrúpulos, al que la vida ajena le importaba bien poco, por no decir nada. Fácilmente identificables, los devaronianos varones no tenían pelo en ninguna parte de su cuerpo, su piel era rojiza y tenían un par de cuernos en la cabeza. A Lüb le faltaba uno de los dos cuernos, partido en dos en un combate con un wookie, permaneciendo sólo la base. El devaroniano se encontraba en la esfera exterior interesado en vender una pareja de gemelas twi'leks, bailarinas especializadas en las danzas exóticas del Borde Exterior. Varios oligarcas hutts habían acudido interesados en adquirirlas para sus palacios. Las gemelas eran tan cotizadas que serían subastadas excepcionalmente en la plataforma central, en vivo y en directo bailando para los presentes, mediante un puja clásica, es decir, al alza. Tiempo suficiente para tener ocupado a Lüb Carl.

Raven se quitó las placas del torso, las hombreras y las rodilleras, y se enfundó el traje espacial, por encima de la ropa acolchada. Los cascos de la Legión Alienígena de Lemax portaban cierres estándar que permitían cerrarlos por completo, filtrando humo y toxinas del aire, y acoplarlo como elemento final de un traje espacial. En esta última modalidad, el casco disponía además de una reserva de aire de 30 minutos. Una vez vestido para un paseo por el vacío exterior, Broggo le ayudó a

colocarse el Jet-Pack, configurado para viaje espacial en vez de vuelo atmosférico.

–*Todoç eçtán en la subassta* –comentó el rodiano.

–Nadie mirará al espacio, y si atracara alguna nave pensará que soy del equipo de mantenimiento de la estación –afirmó el caza-recompensas–. Dame el señuelo.

Raven extendió la mano para recibir un dispositivo circular que el rodiano cogió de la estación de ingeniería. El caza-recompensas lo introdujo en un bolsillo exterior del traje situado en la cintura.

–Procure que el traje espacial no se rasgue, señor –indicó el droide médico Dos Uno-bé, que revisaba que estuviera completamente hermético–. Su raza no está preparada para la vida en el espacio.

El caza-recompensas ignoró la trivialidad del droide, atravesando el área de descanso y pasando al lado del pozo de artillero. Se dirigía avanzando hacia el pasillo de mantenimiento en la media punta de estribor del Kazellis. La puerta de mantenimiento se abrió, apareciendo la unidad astromecánica R2-K7, que venía de comprobar la escotilla exterior. Raven entró en el pasillo, seguido por el droide, que cerró tras de sí la puerta estanca. A un par de metros Raven se introdujo en un habitáculo cilíndrico para una sola persona. Comprobó el transmisor del casco y los indicadores de soporte vital del traje, mostrados internamente en el visor del casco.

–Recuerde que tiene 30 minutos de oxígeno –oyó la voz del droide Dos Uno-bé por los auriculares internos.

Raven cerró el habitáculo por dentro, dejando a R2-K7 en el

pasillo de mantenimiento. El droide extendió uno de sus brazos retráctiles en una ranura de control del Kazellis, conectándose al computador de la nave para cerrar la compuerta. El caza-recompensas escuchó la despresurización del habitáculo, y a continuación se abrió la escotilla exterior. La gravedad artificial generada por la nave desapareció, dejando paso a la ingravidez del espacio. Mediante un leve impulso salió al vacío. Enfrente suyo vio toda la parte superior de la Perra Callejera, con su forma de media luna en la zona trasera. En el centro de la nave, el cañón láser sobresalía de la estructura y, en el mismo eje, en el centro del lado cóncavo de la parte delantera, surgía el «cuello» en cuyo extremo estaba la carlinga. Broggo estaba sentado en la cabina, observando su paseo espacial.

El caza-recompensas rodeó el carguero valiéndose de brazos y piernas. En la parte inferior de la nave estaba la escotilla de atraque, conectada con la estación espacial a través de un pasillo de gusano y dos apéndices de anclaje. El corredor provenía del cuerpo principal de la estación, en el módulo de atraque de naves. Saltó en dirección al cuerpo principal, con muy poca fuerza, dejando que la inercia llevara su vuelo. Sólo al final redujo velocidad activando el jet-pack durante un segundo, y agarrándose con las manos a una de las antenas sobresalientes de la estructura. Una vez allí caminó por la superficie exterior de la estación espacial. Gracias a la magnetización de las botas podía caminar casi como si estuviera en tierra, aunque a un ritmo más lento. El carguero Kazellis de Lüb Carl se encontraba el vigésimo tercero en el segmento contrario a la Perra Callejera. Cada muelle de atraque contaba con cincuenta metros de anchura para alojar una nave, más diez metros de seguridad con

la siguiente. En la parte exterior de la estación había una escalerilla de mantenimiento que recorría longitudinalmente el módulo de atraque. Los días previos a la llegada del devaroniano tuvieron a R2-K7 de guardia, anotando las salidas exteriores del personal de la estación. Una tarea inapropiada desde el punto de vista del droide. Comprobaron que apenas había actividad exterior, quizás una salida cada dos o tres días, enviando ocasionalmente a algún droide técnico. La primera ventaja de la escalerilla de mantenimiento era su rectitud: la distancia que debía recorrer era bastante superior a un kilómetro pero, haciendo uso del jet-pack, en línea recta llegaría en menos de un minuto. La segunda ventaja era la ausencia de ventanales en el recorrido por el que pudieran verlo «pasear». Activó los repulsores de la mochila, lanzándose como una bala con los brazos extendidos por delante. A izquierda y derecha se sucedían otras naves, cargueros y lanzaderas. Calculó el momento en el que debía accionar los repulsores frontales. Pulsó el botón cuando lo estimo oportuno, desacelerando paulatinamente hasta disminuir lo suficiente como para extender el brazo hacia la escalerilla y asir una de las barras. Aguantó firme el tirón final, hasta quedar suspendido en el espacio, pudiendo doblar la cintura y flexionar las rodillas para apoyarse con los pies, magnetizando de nuevo las botas a la superficie de la estación. Al haberse girado 180º en la maniobra, el carguero de Lüb Carl le quedaba a la derecha. Observó su silueta: muy parecida a la Perra, se diferenciaba únicamente en la pintura de la carlinga y en la forma del radar. Su plan iba a funcionar; eran naves casi clavadas. Encaminó sus pasos hacia el pasillo de enlace con la nave, que era el último del módulo de atraque. Al caminar por la superficie exterior del pasillo, a su derecha

quedaba la primera esfera correspondiente a una de las salas de lonja. La esfera contaba con unos ventanales al exterior por el que Raven veía el movimiento de las personas que asistían a la subasta del devaroniano. Correspondía con una galería de conexión con la sala. Procuró ocultarse caminando por el lateral izquierdo, de manera que el propio corredor de atraque lo ocultara. Quedaría expuesto a los dueños de la nave que quedaba a la izquierda: una exploradora A-24 con capacidad para dos personas y que se veía desierta. Con un pequeño saltito llegó hasta el suelo del carguero, coordinando la desmagnetización y magnetización de las botas. Caminó hasta el cuello de la nave, poco antes de la carlinga. En una nave de clase Kazellis, era allí donde estaban situados los sensores; no había motivo alguno para pensar que los habían cambiado de lugar. Extrajo el señuelo del bolsillo del traje y lo colocó en la chapa, adhiriéndose automáticamente. Después lo activó. El dispositivo emitiría señales idénticas a las de la Perra Callejera. Tenía autonomía para un día, luego se apagaría. Era más que suficiente. Calculaba que la Legión llegaría en unas horas, si les habían llegado los rumores que había propagado muy cuidadosamente, procurando que ni fueran demasiado evidentes como para sospechar del engaño, ni tan difíciles que ni siquiera llegara a sus oídos. Lüb Carl, por su parte, podría descubrir que su nave estaba emitiendo señales equivocadas gracias a los propios sensores del carguero, pero dudaba que se molestara en hacerlo, al menos hasta estar solo en el espacio. Mientras permaneciera en la estación esclavista podría creer que provendrían de cualquiera de las naves cercanas. Conociendo a sus ex-compañeros de armas, destruirían la nave en cuanto se desacoplara de la estación espacial, antes de que pudiera entrar al hiperespacio. Una

lástima destruir innecesariamente un hermoso carguero Kazellis, quedando tan pocos, pero así es la vida. Unos pierden para que otros puedan vivir.

Iniciaba el camino de vuelta, saltando de nuevo al corredor de conexión, cuando le llamaron la atención unas figuras en el ventanal de la esfera. Reconoció fácilmente al devaroniano, quien parecía discutir con cinco seres de aspecto amenazador: tres weequay –humanoides de piel gruesa, coriácea y calvos salvo por unas trenzas recogidas–, y dos klatooinianos –especie también humanoide, con piel de tonalidades rojiza-rosada, con protuberancias bastante feas en rostro y cuerpo–. Todos empuñando diferentes tipos de armas: vibrohachas, picas de fuerza, pistolas y carabina blásters. Portaban chaquetas protectoras y ropas acolchadas. Lüb Carl señaló a su nave por la ventana. Algunos de los individuos miraron a la nave y otros no apartaron los ojos del devaroniano. Por poco no le vieron; tuvo el tiempo justo de esconderse detrás del corredor.

–Broggo, problemas –anunció por el comunicador del casco, mientras avanzaba sigiloso hacia el módulo central–. Un comité de despedida está buscando la Perra.

–*Perrfecto, me eçtaba aburrriendo* –contestó el rodiano, con su característico acento.

–Escucha, son cinco fuertemente armados. Parecen cazadores. Quizás sean del gremio, pero me da que son esbirros de algún hutt que sepa de la recompensa del consorcio corelliano.

–Señor Ravenous, para evitar lesiones innecesarias –aconsejó el droide médico, que consultaba las constantes vitales de Raven y estaba al tanto de las comunicaciones–, sugiero que se cierre la

escotilla de atraque, evitando la entrada de dichos individuos.

–Dos-Unobé, enciérrate en la enfermería y no abras a no ser que nosotros te lo digamos –ordenó Raven.

–No sé para qué quieren mis servicios si no siguen mis consejos profesionales –protestó el droide.

–Broggo, embóscalos en el pasillo central –continuó el caza-recompensas, sabiendo que el droide le obedecería–. Intenta herir o matar a uno, y te vuelves a la Perra, pero deja la escotilla abierta. Prefiero un combate dentro de la nave a que utilicen explosivos.

Esta vez el que protestó fue R2-K7, con una serie de silbidos agudos y chirriantes.

–K7, prepara la nave para el despegue –respondió Raven a las quejas del droide astromecánico–. Ruta de escape número cinco.

–*Ssabrrán que es una trampa* –también Broggo desaprobaba el plan.

–Sí, y serán mas cautelosos, lo que me dará tiempo a llegar. Quiero que los atraigas a la bodega.

–*¡¿A la bodega?! La duda ofende* –gruñó el rodiano.

–¡No es momento para jugar con ellos! La Legión puede llegar de un momento a otro. Tenemos que acabar cuanto antes y largarnos. Tardaré cinco minutos. ¡Ve!

Raven echó un último vistazo a la primera esfera. No veía ni al devaroniano ni a los esbirros. El plan se podía ir al traste si Lüb Carl decidía abandonar la estación espacial antes de la llegada de la Legión; era un ser cobarde y codicioso. No. La avaricia

podría más que el miedo. Debía recoger las ganancias de la subasta. El caza-recompensas se puso en posición sobre la escalerilla de mantenimiento, listo para realizar la maniobra de vuelo con el jet-pack, pero en sentido contrario. Por debajo suyo, en algún punto del módulo de atraque, podrían estar corriendo los cazadores, hacia la Perra, ahora que ya sabían cual de los dos cargueros Kazellis era el que buscaban.

Casi al final del vuelo espacial, y gracias a que el comunicador seguía abierto, escuchó los primeros disparos láser. Broggo les estaría dando lo suyo. Por las carcajadas del rodiano, debía haber alcanzado a uno de seriedad, y por el cese de disparos dedujo que la primera parte de la emboscada era un éxito. Con el rodiano siempre cabía una mínima probabilidad de que el frenesí del combate lo invadiera, olvidándose de las instrucciones recibidas.

–*Un weequay menoç* –anunció–. *O lo he matado, o necessitarrá ojos nuevos.*

Las risitas del rodiano delataban que preparaba la siguiente emboscada. Aquello le parecía sumamente divertido. Caminaba ya en dirección a la Perra Callejera cuando oyó un par de disparos más. Por el distinto zumbido debía de ser un intercambio rápido, lo justo para atraerlos en la dirección correcta. Sólo dejaba al azar que los cazadores no se les ocurriera la estúpida idea de lanzar granadas para asegurarse el camino. La nave podría resultar dañada, pero como la explosión afectara a la escotilla la vida de todos dependería de la rapidez de K7 en cerrar compuertas. Por fin alcanzó la escotilla exterior, después de rodear el Kazellis de la parte inferior a la superior.

–K7, ábrela –distinguía al droide dentro de la carlinga de la

nave.

La escotilla de acceso se abrió, introduciéndose lo más rápido que pudo. Mientras se cerraba de nuevo, presurizando el habitáculo, desabrochó el arnés de soporte del jet-pack, dejándolo caer en el suelo.

–*¡Grranadass!* –gritó el rodiano.

El pulso se le aceleró. ¿Cómo podían ser tan imbéciles? Sin embargo, la explosión no llegó. En su lugar oyó dos pequeños estallidos secos característicos de las granadas de humo. Al fin y al cabo, no eran tan tontos. Con la escasa visibilidad ganarían el tiempo suficiente para acercarse al rodiano y forzar el cuerpo a cuerpo. Claro que lo que no sabían era que, además del rodiano, se encontrarían con otra oposición a la que el humo le era indiferente. Si no quizás se hubieran repensado eso de lanzar las granadas. Se sucedieron intercambios de disparos y gritos de los esbirros. La puerta del habitáculo se abrió, mostrando el pasillo de mantenimiento que conducía al corredor principal del carguero, iluminado únicamente por las luces de emergencia.

–¡Dale! ¡Dale! –oía voces desconocidas por el comunicador.

– ¡A tu izquierda! –decía otra.

–*No veo una mierrrda* –se lamentaba el rodiano, disparando a donde creía que había algún cazador.

–Déjale hacer, no vayas a alcanzarlo por accidente –susurró Raven–. Evita que escapen.

El golpe contra la cabeza de alguien fue de tal contundencia que se oyó el crujir de los huesos. El impacto contra una de las paredes indicaba que el cuerpo había volado por los aires. Raven terminó de quitarse el traje de vacío, que le dificultaría los

movimientos durante la pelea, quedándose con la ropa acolchada. Estiró de una anilla del cinturón, extrayendo un hilo de dos milímetros de grosor, de acero flexible, muy cortante. Agarrándolo por ambos extremos, se dirigió a la puerta de mantenimiento.

–¡IIIAAAAHHHH! –un grito de agonía espeluznante estremeció a cuantos lo escucharon, seguido de unos lastimeros sollozos.

Como los ruidos le venían duplicados, unos más claros por el comunicador del casco, y los otros amortiguados por la puerta, apagó el transmisor. Abrió la puerta. A su izquierda estaba la entrada abierta de la bodega de carga, de la cual salía el humo que ocultaba lo que acontecía dentro, además de uno de los weequays, que retrocedía de espaldas, paso a paso, disparando su carabina bláster al azar. Tan absorto estaba vigilando la bodega que no descubrió a Raven, acechándole por detrás, hasta que fue demasiado tarde. El caza-recompensas se lanzó hacia él, rodeando el hilo de acero en torno a su cuello y apretándolo con sus puños. El weequay dejó caer la carabina, llevándose las manos al cuello, intentando inútilmente encontrar un hueco por el que agarrar el finísimo y letal cable. Raven, al tiempo que acercaba el hilo hacía sí, lo deslizaba de izquierda a derecha, y de derecha a izquierda, «serrando» la endurecida piel de su víctima, similar al cuero. El weequay sintió la muerte cerca y, en un intento de salvar la vida, se lanzó hacia atrás, cayendo ambos al suelo. Cogió un cuchillo de la pernera derecha y rasgó la pierna de Raven, quien reprimió el dolor, ciñendo el hilo al cuello hasta que comenzó a sangrar. El peso del weequay lo presionaba contra el suelo del carguero, la sangre de su enemigo

corría desde su cuello hasta las manos de Raven, y de estas se deslizaba por muñecas y brazos. El weequay soltó el cuchillo. Su traquea emitía el gorgoteo de la sangre inundando el conducto. Ya sólo le quedaba morir.

Desde la bodega saltó un klatooiniano, de rostro aterrorizado, esquivando un rayo láser y corriendo a la escotilla de atraque con el fin de lanzarse de cabeza y abandonar el lugar con vida.

–¡Se escapa uno! –gritó Raven, apartando el cuerpo del fallecido weequay, de quien seguía brotando sangre por el cuello y por la boca.

Broggo apareció en el área de descanso, al otro lado de la escotilla de atraque, con línea directa de tiro. El klatooiniano, en un último alarde de valor –o de desesperación–, se tiró a la escotilla, recibiendo dos disparos de bláster pesado a quemarropa. Se desplomó bruscamente, sobresaliendo los brazos por la escotilla del suelo.

–*Soam peeta-lay* –se jactó Broggo, en su idioma natal.

–Al pozo de artillero, Broggo –dijo Raven, reincorporándose con dificultad y sin dar descanso a nadie–. K7, cierra la escotilla de atraque e inicia la secuencia de desacoplamiento. Voy en breve.

Raven presionó la herida del muslo con la espesa trenza que adornaba la calvicie del weequay, habiéndosela arrancado de cuajo. Cojeando de la pierna derecha, se adentró en la bodega de carga con las manos en alto. El humo envolvió su figura. En vez de subir al pozo de artillero, el rodiano se quedó observando lo que ocurría.

–¡Soy Earl Ravenous! –exclamó el caza-recompensas.

Vislumbró una lucecita blanca en el interior de la bodega, a unos dos metros de altura. El humo se desvanecía poco a poco. La diminuta luz desapareció, entreviendo una sombra que se alejaba, que volvía al fondo de la bodega, de donde había surgido. A sus pies, Raven descubrió los cuerpos inertes de otros dos esbirros, el weequay y el klatooiniano que faltaban. El primero tendido en el suelo de la bodega, a su izquierda, con tres agujeros en triángulo que atravesaban el pecho hasta la espalda, seguramente empalado. Al lado había una pica de fuerza rota por la mitad . «Este es el del grito», pensó Raven. El segundo a su derecha, con medio cuerpo apoyado en la pared. La cabeza ladeada hacia un lado, medio destrozada. Aún sujetaba un vibrohacha con las manos; ni le había dado tiempo a activarla. Los droides de carga limpiarían este estropicio. A su izquierda se abrió la puerta de la enfermería, de donde apareció el droide Dos Uno-bé. Otro que no le hacía ni caso.

–Fea herida, señor Ravenous. Necesita cuidados.

–Después –contestó.

El caza-recompensas se volvió, camino de la carlinga. Broggo aún permanecía de pie, observando los restos de la bodega de carga como si de una obra de arte se tratara.

–Al pozo –repitió Raven.

El rodiano se encogió de hombros y subió por la escalerilla hacia la torreta superior. Encendió el cañón láser, aguardando posibles blancos. Raven entró en la carlinga, acomodándose en el asiento del piloto. El droide Dos Uno-bé hizo lo mismo en uno de los asientos de acompañantes, con un medpac en la mano, dispuesto a una cura de emergencia en cuanto su dueño se

lo permitiera, y reprimiéndose de soltar un comentario cada vez que una gota de sangre golpeaba contra la cubierta de la carlinga. Los sistemas de navegación y pilotaje ya estaban dispuestos por R2-K7, y los motores de repulsión se encontraban listos para el despegue. La escotilla de atraque estaba cerrada y la Perra Callejera estaba dispuesta para un nuevo viaje.

–Desacoplamiento –ordenó Raven.

El droide astromecánico giró el apéndice mecánico que le servía de conector con el computador central de la nave, iluminándose varios indicadores del panel de control que indicaban la ejecución de la secuencia de desacoplamiento. El corredor de gusano quedó herméticamente cerrado por su lado, y ambas estructuras se separaron. El carguero quedó suspendido en el espacio. Raven accionó la palanca de los repulsores progresivamente, aumentando la potencia de los motores inferiores para que la nave se alejara de la estación espacial. Desde la carlinga podía observar la actividad cercana: tanto el carguero como la lanzadera TH-20 de los atraques contiguos permanecían en su sitio, al igual que el carguero Kazellis de Lüb Carls. Afortunadamente, el devaroniano sumaría dos y dos, percatándose de que no lo buscaban a él. No se apreciaba ningún estado de alarma en la estación que indicara que fueran a tomar alguna acción contra la Perra Callejera, a pesar del muerto en el corredor del módulo de atraque. El resto estaban en la bodega de carga de la Perra: todo quedaba en casa. A fin de cuentas, era una estación esclavista, no una central del Núcleo, y un cadáver más o menos tampoco importaba mucho.

Una vez conseguida la distancia prudencial, Raven encendió los motores sublumínicos, apagando los de repulsión. La Perra

Callejera se alejó de la estación a gran velocidad.

–K7, introduce las coordenadas del primer microsalto en el computador de astrogación.

El droide astromecánico seleccionó el primer conjunto de coordenadas que los llevaría al límite de la región conocida como Espacio Hutt. Tras salir brevemente del hipespacio le tocaría el turno al segundo microsalto, con destino a un punto desierto del Borde Medio, y así hasta completar una secuencia de cinco micro-saltos antes de realizar el salto definitivo, con el objetivo de despistar a cualquier perseguidor que intentara adivinar su destino. En caso de que los siguieran se quedarían perdidos en el Espacio Hutt. R2-K7 pitó dos veces. Raven verificó los cálculos con la computadora de navegación. Conforme con los resultados, accionó el estárter.

Del hiperespacio surgió un crucero ligero clase *carraca*, de Manufacturas Damorias, a larga distancia de la estación esclavista *Luna de Klaton*. Lucía insignias de la Legión Alienígena de Lemax. Sus 350 metros de longitud la hacían pequeña en comparación con los cuatro kilómetros y medio de la estación espacial. Sin embargo, la *Luna de Klaton* era estrecha como una lanza, por lo que tampoco era tan imponente. Tres cazas de clase Legión, con forma de A, despegaron de la plataforma externa, en formación de ala de asalto, escoltando al crucero y sin alejarse mucho. Los sensores de la carraca barrieron la *Luna de Klaton* de emisiones de energía, detectando

todas las fluctuaciones energéticas que emitía. Analizaba las transmisiones individuales, las balizas, luces láser, calor, y todo lo que los sensores eran capaces de captar. Fueron los transreceptores de espectro completo, en modo búsqueda, las que localizaron su objetivo. Esta vez no se les escaparía de las manos, costara el precio que costara. La carraca, que hasta el momento se encontraba demasiado lejos, comenzó su aproximación. Un par de desconfiadas naves se desacoplaron de la estación espacial, intuyendo que algo iba mal: una nave de exploración A-24 y un carguero ligero de transporte. En cuanto se alejaron lo suficiente, pusieron rumbo en sentido contrario, huyendo por detrás de la estación espacial. Incluso la nave de exploración, muy previsora, saltó al hiperespacio. Los intentos de comunicación de la *Luna de Klaton* con la carraca, exigiendo que revelaran sus intenciones y anunciando que estaban bajo la protección de los clanes Hutts, no obtuvieron respuesta. Los cuatro cazacabezas Z-95 despegaron del hangar, en formación de a dos, en dirección a la carraca, como precaución. Los tres cazas de la Legión se dirigieron hacia ellos, entablando combate sin más, sin comunicaciones previas. El más adelantado, el líder, se abalanzó disparando varias veces sobre uno de los dos primeros Z-95, al que alcanzó de pleno, pero sin daños graves. El resistente casco del Z-95 aguantó el primer embite, aunque la nave quedó ionizada. El caza de la Legión líder giró bruscamente noventa grados, esquivando los disparos de respuesta, sirviendo de cebo. A excepción de la nave ionizada, los tres Z-95 siguieron al líder, deseosos de venganza. Cayeron ingénuamente en la trampa. Los dos cazas de la legión restantes se situaron a sus espaldas, disparando a placer a la última pareja de cazacabezas, destruyendo sus pantallas y ocasionándoles

considerables daños. En vez de perseguir al caza líder no les quedó otra que dedicar toda su atención a desprenderse de los cazas de cola, que los perseguían sin cuartel. El piloto del Z-95 que había quedado ionizado recuperó el control de la nave demasiado tarde. Su trayectoria lo había aproximado demasiado a la carraca, que lo pulverizó con cuatro disparos combinados de sus cañones. El potencial de fuego del crucero era inmensamente superior. Tan sólo con los 20 cañones lásers podían poner en jaque a un escuadrón de cazas que intentara presentar batalla.

Varias naves más quisieron desacoplarse de la estación esclavista. En su interior debía de reinar el pánico, ante la evidencia de una catástrofe, con capitanes y pilotos procurando alcanzar su medio de huida lo antes posible, y rechazando a cualquier polizonte que quisiera entrar en una nave que lo salvara. Uno de ellos era un carguero de clase Kazellis, que encendía los motores sublumínicos, sin potencia pero listos para largarse en cuanto pudiera librarse de los anclajes al puerto de atraque. Sobre este carguero se concentraron los disparos de los devastadores turbolásers pesados de la carraca, utilizados habitualmente para combatir contra otras naves capitales, y no contra naves de tipo carguero. Ahora bien, dado el tamaño de la estructura a la que el Kazellis estaba acoplado, bastaba apuntar al módulo de atraque. Una columna de lásers impactó contra el carguero, el atraque y la parte de inferior de la primera esfera. Las pantallas del Kazellis volaron, amortiguando los impactos lo suficiente como para no explotar a la primera, pero sí sufriendo daños pesados en la estructura y los motores. Quedaba inutilizado para el vuelo. La segunda tanda de disparos acabó por destruirlo, alcanzando adicionalmente y por segunda vez el

módulo de atraque, el cual, tras unos instantes de incertidumbre, explosionó desprendiéndose de la esfera y abriendo un boquete en la estructura de la misma. Decenas de cuerpos fueron expulsados al vacío, moviendo sus extremidades como señal de dolor y angustia, aunque la muerte les encontró pronto. El aire se escapaba de la estación desestabilizando su órbita. El extremo inferior de la estación, que representaba poco menos de un tercio de la estructura, comenzó su gradual caída al planeta Klatón. Tan sólo un trío de naves supervivientes consiguieron desacoplarse a tiempo para evitar la suerte del módulo de atraque. El resto permanecieron ancladas a su fatal destino, arrastradas por el peso del conjunto. Quizás sufrieron daños que impedía la puesta en marcha de sus motores, o quizás sus pilotos estaban muertos.

Los cazas de la Legión retornaron a la carraca, mediante maniobras de evasión, cubiertos por los cañones lásers del crucero. Los cazacabezas, dos de ellos con serias dificultades, optaron por no suicidarse, volviendo a la tercera esfera. Desesperadamente, la *Luna de Klaton* consiguió sellar la primera esfera, aislándola del resto de la estación y salvando a los demás habitantes. Dado que la carraca no mostraba intenciones de seguir con el fuego, volviendo a su punto de origen, pudieron centrarse en estabilizar de nuevo su órbita. El crucero de la Legión Alienígena de Lemax, impertérrita al destino de la estación esclavista, aguardó el aterrizaje de sus cazas en su pista exterior. Una vez a salvo, saltó al hiperespacio satisfecha de su misión. El honor de la Legión quedaba restablecido.

La soledad del sabio

El bastón con empuñadura de pico repiqueteaba el suelo en el silencio de la noche, acompañando rítmicamente los pasos del viejo senador, que se volvía cada cierto tiempo para comprobar que nadie lo seguía. Su última intervención en el Senado Galáctico fue directa y acusatoria. Sabía que varios senadores estaban de acuerdo con él, aunque muy pocos se atrevían a desafiar abiertamente al Canciller con palabras tan duras. Por contra, el abucheo general que recibió, que no afectó a su ánimo, determinó la línea de acción que daba vueltas en su cabeza. Lo que había sucedido era mucho más grave que la guerra en sí. Tenía la esperanza de que los senadores del Comité Leal, o al menos la mitad de ellos, aceptaran su plan. Tantearlos, saber hasta dónde estaban dispuestos a llegar para reconquistar la libertad perdida. Ladeó la cabeza, en señal de negación. La República gozaba de amplias libertades individuales, pero no la colectiva, como ocurría en el sistema Trevi. Aún así había sido un sistema prometedor, la antesala de algo mejor, una antesala que había sido derruida y no cabía la esperanza de recuperarla pacíficamente.

Unos pasos por delante lo precedía Jackson, el discreto contacto en los bajos fondos que Coshar Teelk le facilitó y que, hasta el momento, había cumplido bien su trabajo. El tahúr conocía los suburbios de Coruscant, los niveles inferiores del planeta que él nunca había pisado, hasta hoy. Comprobaba que

el camino estaba despejado. Llegaron al callejón que buscaba, 122 Norte, en uno de los distritos residenciales más pobres de Coruscant. Era casi imposible ver el cielo del planeta, ocultado por las decenas de pasarelas, estructuras y plataformas superiores; más profundo que esta zona sólo quedaba el submundo. Sacó del bolsillo, una vez más, un detector de movimientos. Activó la pantalla del dispositivo, que mostraba la posición de los individuos cercanos a su posición, en un mapa bidimensional de la zona. Siendo portátil era de poco alcance, mostrando únicamente los más cercanos dentro de un radio de 30 metros y sin posibilidad de localizar a aquellos que estuvieran totalmente aislados de su posición, por estar dentro de alguna infraestructura cerrada. Su potente microprocesador permitía marcar los puntos detectados y hacer un seguimiento de los mismos, diferenciándolos por colores y numeración, siempre y cuando no estuvieran pegados, en cuyo caso podía llegar a confundirlos e intercambiarlos. No había nadie más aparte de ellos, a no ser que estuvieran muy «quietos». El tahúr lo miró burlón; creía que el viejo senador estaba un tanto paranoico. Anotó mentalmente que si había una próxima vez necesitaría además un visor calorífico. Jackson encontró la puerta lateral que buscaba, bloqueada por un sencillo lector de tarjetas. Echó un último vistazo a ambos lados para comprobar que no hubiera ningún viandante ocasional. Su guía extrajo una tarjeta electromagnética de uno de los bolsillos internos de su traje y la introdujo en la ranura del lector. Unas luces amarillas rebotaban horizontalmente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. El tahúr aguardó hasta que se estabilizó la línea y se encendió una luz verde. La puerta se abrió hacia arriba mostrando un pasillo débilmente iluminado por luces de emergencia. Después

de que ambos traspasaran el umbral, la puerta se deslizó nuevamente detrás suyo cerrando el acceso. Avanzaron unos veinte metros por el pasillo hasta llegar al final, donde aguardaba un turboascensor. Jackson introdujo de nuevo la tarjeta en la ranura del panel de control.

–Último nivel –dijo en voz alta.

Las puertas se cerraron y el elevador ascendió rápidamente. Pasados unos minutos de paciente espera se detuvo en el nivel deseado. Jano Forte calculó que había subido varios cientos de metros. Las puertas se abrieron mostrando otro estrecho pasillo de unos cincuenta metros, con varias puertas laterales.

–Bueno, senador –dijo Jackson–. A partir de ahora sigue usted. Este lugar es el mejor que he encontrado para salvaguardar su discreción. La tercera puerta a la derecha. Le espero aquí.

El tahúr le entregó la tarjeta. Jano Forte se dirigió a la puerta indicada sin mediar palabra, e introdujo la tarjeta proporcionada, que inició la conocida secuencia. Accedió a una pequeña sala con una mesa central y varios asientos. Había otra puerta situada al fondo. Dos personas esperaban al senador. Un hombre y una mujer.

–Bienvenido –saludaron al mismo tiempo Bail Organa, senador de Alderaan, y Mon Mothma, representante del sector Bormea.

–Me alegra verles aquí –comentó Forte, a modo de saludo.

–Me gustaría que nos explicara el porqué de tanto secretismo, senador Forte –espetó Bail Organa, directo.

–Muy fácil –respondió mientras tomaba asiento–, por su propia seguridad. Después de mi enfurecido ataque verbal al

Canciller Palpatine estoy seguro de que me espían.

–No creo que nadie se atreva a seguirlo por ello –comentó Organa.

–Estamos en guerra –señaló como algo evidente.

–Agradezco su prudencia, senador –dijo Mon Mothma–. Me gustaría proponer que, si volvemos a reunimos, invitemos a la senadora Padme Admidala de Naboo.

El senador Forte carraspeó como si tuviera que aclararse la voz antes de seguir. No estaba muy de acuerdo con la sugerencia.

–Sé que le tienen mucho aprecio –dijo–, pero la senadora Amidala, pese a su indiscutible valor y su íntegra moralidad, yerra repetidamente. Me equivoqué con ella. Fue Naboo quien propuso la moción de censura del anterior Canciller Supremo, Finis Valorum, y fue Naboo quien propuso dar poderes dictatoriales al actual.

–Creo que Padme no hubiera propuesto lo segundo de haber estado en el Senado –justificó Mon Mothma.

–No tiene excusa, y prefiero no hablar de ello –replicó Forte–. Pero admitiría con gusto al senador Garm Bel Iblis, que lamentablemente no sale del sector corelliano desde poco antes de la guerra. Es quien mejor comparte mi postura. Advirtió en su momento que el Canciller nunca renunciaría a su cargo. Y no le faltaba razón, ni ahora ni entonces.

–Bien, usted nos ha reunido –medió Bail Organa, evitando continuar con una discusión embarazosa.

–De entre todos los que se oponen al Canciller, visible o

moderadamente –accedió Forte–, creo que ustedes dos son los más justos, prudentes y honestos. Saben que desde los últimos años me enfrento al Canciller Palpatine, cada vez con mayor vehemencia, pero he fracasado en mi intento.

–Todos hemos fracasado –comentó Mothma–. La corrupción está tan generalizada que los pocos que nos mantenemos leales a los valores de la República no tenemos peso suficiente.

–El asunto es muy serio –añadió Bail Organa–. La guerra lo ha empeorado todo.

–O mejorado para Palpatine –corrigió Mothma.

–Amigos, no quiero repetir los detalles de cómo hemos llegado hasta aquí. Hemos hablado mucho y conocen mi análisis. Estamos de acuerdo en que el Senado, que en el pasado controlaba las leyes y a la Cancillería, ha cometido un suicidio político en favor del Canciller. Palpatine ya no puede ser controlado.

–Presionaremos para que los devuelva en cuanto se acabe la guerra –afirmó Organa–. Ha prometido renunciar a la autoridad otorgada, y tendrá que cumplir su palabra.

–Confiemos en que eso sea posible –continuó la senadora por Chandrilla–. Ahora bien, tengo mis dudas. A ese hombre lo mueve una insaciable sed de poder, como nunca lo he visto antes.

–¡Claro! ¡Claro! –Jano Forte se animaba, al menos Mothma parecía compartir su punto de vista–. Lo sospeché cuando accedió a la Cancillería, y lo confirmé cuando renovó su legislatura más allá del periodo máximo permitido. Pocos fueron los que me hicieron caso, a parte del mencionado corelliano. Me

alegra que ustedes se encuentren en ese grupo. Es el momento de dar un paso más.

Bail Organa miró con desconfianza al viejo senador, reticente a la propuesta que pudiera anunciar. Sinceramente, prefería no escucharla. La mirada de la senadora reflejaba curiosidad. Estaba intrigada. Su compañero de Alderaan quiso encauzar la conversación.

–Primero debemos vencer a la Confederación –dijo–. La guerra nos exige toda nuestra atención.

–Sin duda alguna, la precipitación de los acontecimientos nos obliga a responder con la misma celeridad. Todos prefieren olvidar como empezó la guerra. ¿Cómo es posible que aparezca un ejercito de la nada? La hipótesis de un previsor maestro jedi asesinado posteriormente es cuanto menos dudosa. Sí, nos ha servido a las mil maravillas. De no tener a los clones puede que ni siquiera estuviéramos aquí hablando; la Confederación ya habría ganado la guerra. Pero, ¿podemos confiar en este ejército del que nada sabemos? La crisis separatista, todo lo que afecta gravemente a la República, acaba por beneficiar a Palpatine. Aprovecha cada acontecimiento para aumentar su poder, mientras pronuncia discursos idealistas que sólo los tontos se creen. No podemos permitirnos el lujo de dedicar nuestro tiempo y energía únicamente a alcanzar la victoria. Debemos prepararnos para de… revocar al Canciller.

Jano Forte quiso decir «derrocar», pero antes debía asegurarse si no sería un verbo demasiado escandaloso para ellos.

–Utilizaremos todos los medios legales a nuestra disposición para obligarlo a devolver sus privilegios o deponerlo del cargo –

respondió Organa–. La libertad de la galaxia depende de ello.

El viejo senador evitó revolverse en su asiento. La leal respuesta a la legalidad de la República del honorable Bail Organa era un serio impedimento.

–Ya no existe libertad en la República –afirmó Forte categórico–. El Senado se ocupó de liquidarla cuando traspasó al Canciller competencias que no tenía.

–Es una situación temporal que terminará al alcanzar la victoria –insistió Organa.

–Palpatine no devolverá sus privilegios. ¿Por qué iba a hacerlo? Nadie puede obligarlo. El control del poder no puede depender de confiar en la conciencia de quienes lo ostentan.

Los leales delegados miraron a los ojos a Forte, inquietos por sus palabras. Quizás Organa se resistía a creer que no había vuelta posible, a pesar de que las evidencias estaban ahí para un hombre inteligente como él. Los políticos veteranos solían conformarse con conservar el sistema lo mejor posible, promoviendo las reformas que consideraban factibles, u oponiéndose a aquellas que empeoraran la situación. En contraste, si conocía a Mon Mothma, su juventud alentaría la ruptura en cuanto se cerciorara de que el viejo sistema no funcionaba. Nunca en la historia de la Galaxia una reforma cambió las estructuras políticas de un planeta, puesto que toda reforma, por su propia naturaleza, mantiene la esencia del régimen modificando únicamente lo periférico. En contraste, los poderes de excepción de la cancillería se vendían como si fueran reformas temporales, cuando en realidad eran un cambio de régimen por fases. Un Senado débil, corrupto y fragmentado que

rindió el poder a la Cancillería.

–La situación nos desagrada tanto como a usted –decidió concluir Mon Mothma–. Creo que cuando llegue el momento Palpatine se negará a ceder su poder, pero debemos intentarlo. No podemos ignorar siglos de estricto cumplimiento de las leyes de la República. Denunciemos todo abuso de poder. Mantengámonos vigilantes. Defendamos la verdad y la justicia con nuestro ejemplo. Y si al concluir la guerra salimos victoriosos, y el Canciller no devuelve sus poderes, entonces me sumaré a lo que usted tenga que decirme.

Forte contuvo la respiración, sosteniendo la significativa mirada de la senadora. Ella había entendido sus palabras, sin compartirlas por el momento, pero ofreciendo una salida que, para Forte, la comprometía demasiado tarde. De haberse atrevido a ser más directo, de explicar su idea, es posible que Organa lo hubiese denunciado ante el Senado. O quizás no. Quizás el carácter clandestino de la reunión permitía ignorar ciertas iniciativas como si nunca hubieran sido expuestas.

–Soy demasiado mayor… –«y no puedo permitirme esperar», hubiera añadido–. Les agradezco que hayan acudido –se despidió de los senadores–. Quizás en el futuro nos podamos reunir de nuevo, cuando el tiempo me de la razón. Volveremos a pronunciar y escuchar las mismas palabras de hoy.

Sus colegas intercambiaron unas miradas de complicidad. Después se despidieron de él y abandonaron la sala por la puerta del fondo. «Maldita sea, estos ya han hablado entre sí, pero no aceptan dar el paso», pensó Forte. ¿Hasta dónde habrían llegado en sus deliberaciones? ¿Serían tan ingenuos como para realmente esperar al término de la guerra para solicitarle al

Canciller la devolución de los poderes? No. Tienen que haber otros motivos. Quizás aún no confiaban lo suficiente en él. Habiendo sido el Canciller el promotor del Comité, no se sabía cuales de sus miembros serían fieles a Palpatine y cuales leales a los valores de la República. Si ese era el caso toda demostración de lealtad quedaría resuelta en cuanto culminara su plan. Deshizo el camino de ida, decepcionado. No tendría ayuda, al menos por el momento. Tenía que continuar sólo, con sus limitados recursos. No abandonaría su plan. El canciller Palpatine era un dictador con plena autoridad para conducir la guerra. Comandante supremo en última instancia tanto de la Armada como del Ejército. Era de ilusos pensar que accedía a utilizar su posición únicamente mientras durara el conflicto, porque «amaba la República». La historia demostraba que quien accede al poder no quiere abandonarlo a menos que otro poder se lo arrebate. Era necesario, mejor dicho imprescindible, lograrlo. Tan sólo las armas podrían evitar que la República se convirtiera, definitivamente, en una dictadura galáctica. Para prepararse tenía el tiempo que durara la guerra. No sería posible resistirse al Canciller Palpatine sin contar con la ayuda de otros sistemas. Pero no se podía quedar de brazos cruzados mientras su enemigo consolidaba su poder. Volvería a su sistema, a obtener los recursos necesarios, organizarse, liderar una oposición clandestina. Llevaría su tiempo. Debía compaginarlo con el final de su último mandato como senador de la ya inevitable caída de la República. Afortunadamente, el subdelegado Bin Ramos podría cubrirle la mayor parte de las veces. La guerra actual serviría como excusa para consolidar una industria armamentística, desviar fondos, naves y equipamiento. Y para seleccionar a los líderes de la resistencia de Trevi.

Cuando Palpatine se quite su máscara muchos sistemas se le opondrán. Su sistema estaría preparado para sumarse a ellos. Luego la oposición se extendería por el sector Quess, con la esperanza de aguantar la inevitable represión del tirano, contundente y sin piedad, hasta que más mundos se rebelaran y sumaran fuerzas.

Él era viejo; probablemente no vería terminar su obra. De las cenizas de la República debía surgir una nueva que corrigiera los errores del pasado. Conocía a un hombre lo suficientemente joven, conocedor del arte de la lucha, y lo suficientemente instruido como para continuar su labor: Kilian Hightowers.

Salió al callejón acompañado del tahúr, encaminándose hacia la avenida principal. Los planes que le rondaban por la cabeza le impidieron recordar sus habituales medidas de precaución, olvidándose del detector de presencia. Fue Jackson quien descubrió a las figuras que los esperaban al final del callejón, ya alejados varios metros de la puerta. El primero era un humanoide de aspecto reptil, de piel coriácea y pequeños cuernos en la cara, corpulento, vestido con un chaleco protector y ropajes pardos; aguardaba en el centro del callejón. «Un nikto», pensó el senador. El segundo, más bajo, un humano con una casaca negra, botas altas y vestimenta oscura, tan sólo adornados con motivos plateados; portaba un bláster en la cartuchera. Jackson miró atrás, maldiciendo su suerte. Tres individuos más se acercaban por la espalda. Dos simples matones, y un tercero, por detrás de ellos, que por la silueta del rostro parecía un quarren, por los cuatro tentáculos de la «barbilla» y la cabeza con forma de calamar, vestido con una túnica marrón oscuro. «Demasiados para un viejo como yo,

seguro que esperaban que me acompañaran Organa y Mothma. Se tendrán que conformar con nosotros», pensó Jano Forte.

–No tenemos por donde huir –susurró el tahúr–, y no creo que admitan el diálogo como una posibilidad.

–¿Sabes quienes son? –preguntó el senador.

–No son amigos míos. Más bien diría que vienen a por usted, por cómo le miran. No me avisó de que conocía a gente tan interesante.

–Siento haberle metido en esto –dijo Jano Forte, como si fuera una premonición.

El nikto, en el centro del callejón, habló con el humano en un idioma que no entendía. Igual le estaría comentando que se bastaba él para acabar con ellos. El humano se encogió de hombros, indiferente, y el nikto avanzó sacando un vibrocuchillo del cinto. Los dos matones de atrás no se movieron, impasibles. Parecían comprender el deseo del nikto.

El tahúr se llevó la mano al interior de la chaqueta, buscando el bláster de bolsillo que siempre portaba consigo, aunque dudaba de qué le iba a servir contra aquella mole. Un tímido disparo a quemarropa absorbido por la chaqueta protectora y resistido por la propia corpulencia del nikto, que sólo consiguió enfurecerlo. Jackson tragó saliva, preparándose para esquivar el contraataque, cuando un disparo bláster del quarren lo alcanzó por la espalda, derribándolo en el suelo. Los acompañantes del agresor se rieron del fútil intento del tahúr.

El senador se agachó rápido a atenderlo. Estaba aturdido y herido, pero vivo. Los asaltantes parecían divertirse con la caída de la «escolta» del senador, esperando que el viejo se pusiera a

sollozar. Pero no lo hizo. Aprovechando el apoyo del bastón, giró 180 grados la empuñadura del bastón, mostrando una discreta línea azulada en la punta del bastón. Después rebuscó algo en sus bolsillos y se llevó un pequeño auricular a la oreja izquierda; los otros estaban más pendientes de evitar que recogiera el bláster de bolsillo que había quedado en el suelo, y lo suficientemente relajados como para creer que pudiera ser un peligro. «Sólo tengo una oportunidad. Dejaré que se acerquen». El corpulento nikto se acercó hasta encontrarse a tres metros, momento en el que se paró para sonreír despreciativamente, como si aquello no fuera digno de él. Llevó el filo del vibrocuchillo cerca del pecho, a modo de saludo, protocolario, activando la vibración del arma. Forte agarró su bastón con las dos manos, sabedor que se desvanecía su oportunidad por venir sólo uno, y no todos a la vez. En ese momento algo cayó de arriba: una pesada túnica marrón que hubiera tapado la cabeza del nikto si éste no la hubiera apartado a tiempo con el brazo izquierdo, desviándola de su trayectoria. Sorprendido miró el lugar del que provenía la túnica, retrocediendo un paso atrás en posición defensiva. Un individuó saltó desde una pasarela superior, a quince metros de altura, aterrizando rápida y controladamente, como si la gravedad no lo afectara. El característico zumbido de un sable de luz rasgó el aire, cortando el brazo que empuñaba el vibrocuchillo, dejando a su portador arrodillado de dolor, llevándose la mano buena al hombro donde antes había una extremidad.

El humano de la casaca se incorporó desenfundando el bláster pesado, encarándose al jedi que aparecía de la nada. El primer disparo fue desviado por el sable de luz, acabando su trayectoria

contra la pared izquierda. El jedi, manejando hábilmente su arma y previniendo un segundo rayo energético, en vez de desviarlo lo retornó hacia su atacante, alcanzándolo de pleno y tumbándolo al suelo. Los dos matones, que portaban sendos vibrofilos, corrían hacia el senador con la esperanza de ensartarlo por la espalda. Forte reaccionó a tiempo buscando refugio tras una columna de metal que servía de soporte a las estructuras superiores. El jedi se encaró a los asaltantes y, en un único movimiento semicircular de la espada láser, seccionó los dos vibrofilos por la mitad, obligando a detenerse a los matones a menos que quisieran ser alcanzados. Con cara de tontos y sosteniendo empuñaduras inútiles, retrocedieron temerosos, corriendo a la protección del quarren, que inició una tanda rápida de disparos, guarecido tras unos containers abandonados. Los disparos fueron desviados por el jedi, y algunos devueltos a su atacante sin llegar a alcanzarlo. Paso a paso, el jedi avanzaba hacia la posición del quarren, a quien no le quedaba otra que decidir si esperaba su llegada, o abandonaba su protección a la carrera.

El senador, sintiéndose renacer tras lo que parecía una muerte segura, observaba la hábil pericia del amigo jedi, sin prestar atención a su propia seguridad. Una mano fuerte lo agarró por el cuello, apretando con fuerza y levantándolo del suelo. El nikto, soportando el dolor de la extremidad amputada, se había acercado por la espalda, estrangulando al senador con la mano que le quedaba. Los vigorosos dedos del nikto presionaban su traquea, cortando la respiración. Forte maldijo su descuido; era el segundo de la noche. La falta de oxígeno le impedía pensar con claridad, pataleando torpemente en el aire, sostenido por el

nikto, que mantenía su presa a la espera de que se asfixiara. Sintió el tacto de su bastón, que aún sostenía con la mano derecha. En un último intento de sobrevivir, agarró la empuñadura con forma de pico y la presionó hacía abajo. El bastón emitió un sonido agudo, insoportable, que penetró en los oídos del nikto, soltando su presa y llevándose la mano a una oreja. Nada podía tapar el otro oído, que empezó a sangrarle. Al senador, por contra, parecía no afectarlo. Boqueaba aspirando todo el aire que pudiera, proporcionando el preciado oxígeno a sus pulmones. Expiró e inspiró de nuevo, volviendo a la vida y, sin querer arriesgarse más, soltó el bastón y buscó el vibrocuchillo que aún se agitaba en el suelo. Lo agarró con las dos manos y empezó a propinar sucesivas puñaladas en la espalda del nikto, atravesando el chaleco protector del corpulento bicho hasta que cayó al suelo.

Cerca, el pobre tahúr se retorcía de dolor en el suelo, tapándose las orejas como podía. El jedi, con visible cara de dolor por el estridente sonido del bastón, lo soportaba bastante bien a pesar de que, según los estándares humanos, debería comportarse como Jackson. Agarró el bastón y estiró la empuñadura para apagar el horrible ruido. Sus contrincantes habían huido a toda marcha, desapareciendo de la escena. Luego se acercó al senador, que se apoyaba en la pared recuperando las fuerzas, mientras se masajeaba el cuello. El jedi apoyó su mano en el hombro del senador.

–Respire con normalidad –dijo Coshar.

El senador notó como disminuía el dolor en el cuello, saliendo del aturdimiento y pudiendo levantarse con problemas.

–Necesitará que le miren eso –comentó señalando al cuello.

Después se acercó a Jackson, que estaba medio inconsciente. Apoyó su mano en el pecho, y el tahúr pareció despertar de su dolor, con las ideas más claras.

–Dile al viejo que tendrá que pagarme un extra por esto –se quejó.

–Se encuentra bien –informó a Forte, mientras ayudaba a Jackson a levantarse.

–Le agradezco su ayuda –respondió el senador obligado.

Coshar lo miró con cara de resignación.

–¿Cómo quiere que lo proteja si no me comunica a donde va? –le reprochó.

–¿Cómo puedo fiarme de usted si espía mis movimientos? –replicó el senador.

Ambos se miraron seriamente hasta que el jedi rió, contagiando al senador.

–Me alegro que se lo pasen tan bien, pero creo que deberíamos marcharnos antes de que vuelvan con amigos –sugirió Jackson, que se apoyaba en Coshar con una mano, mientras con la otra presionaba suavemente sobre su herida.

Los tres abandonaron el callejón, dejando el cadáver del nikto y al hombre de la casaca. Coshar los miró de reojo.

–Luego informaré a las autoridades para que los recojan. Diremos que atacaron a Jackson, seguramente por deudas de juego.

–Lo que quieras, pero sácame de aquí –balbuceó el tahúr, que seguía caminando apoyándose en el jedi.

–Por lo que a mí respecta, usted nunca ha estado aquí –aclaró

Coshar dirigiéndose al senador–. Y ahora, señor Forte, ¿me confiará sus planes o seguiré cumpliendo mi deber sin conocer sus intenciones?

El senador pensó qué respuesta darle.

Corellia

Su antigua compañera de carreras seguía como siempre, sin cambiar un ápice de sí, fiel a sí misma. Lucía su habitual indumentaria militar, estilo urbano bien conjuntado: botas guerreras negras, pantalón militar caqui, cinturón multiusos, camiseta blanca por debajo de su vieja cazadora de vuelo masculina –que le quedaba de vicio–, y su característico casco de comando personalizado para el pilotaje; mantenía la visera bajada. Aguardaba sentada en la novedosa Zoom; las motos de Incom eran sus preferidas. La última vez que la había visto tenían quince años y se despedía de ella pensando que al día siguiente ejecutarían la maniobra «nube loca» en el centro de Corona; horas mas tarde entraría en Torre Augusta para no salir más hasta abandonar Corellia. La conoció en el campeonato juvenil de vainas patrocinado por Garek. Era la piloto principal del equipo hasta que su tío cambió su estatus a golpe de talonario. A favor, claro está, de su sobrino, lo que enturbió su primer encuentro. El «niño rico» cortó las posibilidades de la mujer de competir en igualdad de condiciones, y el primer mes fue una relación arisca. A pesar de todo, Kilian aprendió mucho de ella, sobretodo de la parte relativa a la mecánica, de la que el recién llegado renegaba argumentando que ya tenían técnicos para eso. Poco a poco el resentimiento inicial se convirtió en amistad, a medida que ella constataba el duro trato que le dispensaba su tío y la palpable aversión que sentía por él. Fue

Lieslvez quien le habló por primera vez de los nebulones azules, la banda de jóvenes moteros en la que ella quería ingresar, y que le parecía extraordinaria y emocionante. Lieslvez le contaba las pruebas que tenía que superar y sus aventuras posteriores. A razón de su incorporación a la banda, Garek dio orden de despedirla del equipo de Kilian, para evitar la publicidad negativa, lo que lo alejó aún más de su sobrino quien, finalmente, un par de meses después optó por seguir el camino de su colega. La motera era la única persona en la que confiaba en Corellia.

–Menuda sorpresa, «niño rico» en Corona –comentó Lieslvez, conservando el apodo con el que lo bautizó la primera vez que supo de él–. No pensaba que fueras a volver por aquí.

Los dos se saludaron con los puños, a la usanza de los nebulones, mostrando respeto y amistad. Se encontraban en un canal seco del Sector Azul, ocultos por varios puentes superiores. El lugar formaba parte de una amplia y extensa red de canales en los suburbios de Corona, a donde iban a parar las cloacas de la capital, idónea para disputar carreras ilegales.

–Vengo a por mis padres –fue directo al grano.

–Entonces vienes a que te recluyan otra vez.

–Esta vez es diferente. No soy el mismo que conociste.

–Eso es cierto, estás distinto. ¿Qué te han hecho en Coruscant? ¿Te has convertido en uno de esos jedi que luchan contra la Confederación?

–No exactamente, mas bien me expulsaron.

–Eso ya me cuadra más –rió Lieslvez.

–¿Quién manda ahora en los nebulones? –cambió de tema.

–Hama, no lo conoces. Es nuevo. De tu época quedan pocos, la CorSec los ha encarcelado a casi todos. Cortesía de tu primo Icino. Nunca nos dedicamos al tráfico ilegal, pero nos ha metido en la lista de los contrabandistas. La persecución empezó al poco de que te enviaran a Coruscant. Demasiadas coincidencias. ¿Sabes quien llevó todo el juicio contra la banda?

–Me imagino que Lia Hightowers –respondió Kilian resignado.

–La misma, tu tía. Mientras estuviste con nosotros nos protegían, al menos de lo peor. Una vez que nos dejaste dejaron de hacerlo y acabaron con nosotros. Ahora no somos nada.

Eso explicaba por qué para Volka, de los hermanos caídos, no eran más que unos críos. La banda había perdido fama y reputación.

–Tenía que habérmelo imaginado –apuntó–. Simplemente creí que dejarían de prestaros atención.

–Es peor que eso, Kilian –lo miró fijamente–. Aquí creen que eres un delator, que fuiste tú quien se chivó.

–Eso es imposible –exclamó–. Yo nunca os perjudicaría.

–Es como lo ha vendido tu familia. Dijeron que participaste a la familia de tus sospechas sobre los nebulones, y que nos abandonaste porque no estabas conforme con algunas de las cosas que habías visto. Luego tu tía y tu primo iniciaron una investigación, cuando ya estabas con los jedi, y así descubrieron «toda la mierda». ¿Quien iba a dudar de la versión? ¡Si entraste con los jedi! Formalmente nunca fuiste testigo, pero aquí te ven como un traidor.

Qué inteligente había sido Garek, y con qué crueldad destrozaba todo lo que le había importado en la vida. Si hubiera vuelto del Templo no tendría amigos ni nadie en quien confiar, viéndose obligado a vivir en Ciudad Hightowers, a valerse de la protección familiar para evitar que los nebulones lo lincharan. Aquella jugada no se la esperaba.

–¿Y tú? ¿Te lo creíste? –preguntó.

La chica apoyó las manos las manos en el asiento trasero de la moto-jet, inclinándose ligeramente hacia atrás, destacándose su figura. La inexpresiva cara, ocultada parcialmente por la visera, no le transmitía ninguna sensación. Por un momento pensó que aquello era un encerrona, y que a una señal suya aparecerían el resto de los nebulones para ajustar cuentas. Pero la mandíbula de Lieslvez no estaba tensa y la única encerrona que había era la que le tendían sus dudas.

–No –dijo la mujer.

Sonrió, llevándose una mano a la visera y pulsando un botón para que se deslizara hacia arriba, mostrando sus ojos pardos, a juego con su piel. Su peculiar flequillo apareció cayendo a la derecha.

–Les dije que era imposible que fueras un soplón. Tuve que contarles lo de tus padres, de como odiabas a Garek, pero no me creyeron.

Calló conmovido por la fidelidad de su amiga, a pesar de las dificultades por las que habría pasado, probablemente jugándose su pertenencia a la banda. Se preguntaba si Coshar Teelk sabría algo de todo esto.

–Ojala fueras tú la líder de los nebulones.

–No me va el liderazgo –sonrió burlona–. Los jefes vienen y van, pero yo permanezco donde estoy; prefiero dormir a pierna suelta. Ya que hablamos de los que te buscan, que parece ser todo el mundo, también pasó por el club un tahúr interesado por ti, pero hace ya más de dos años, quizás tres. Intentábamos recuperarnos del golpe judicial, y poco a poco empezábamos a tener una organización decente. Teníamos muchos problemas y por poco no lo liquidamos ahí mismo. Creíamos que lo enviaba tu familia, pero el tipo nos aseguró que venía de Coruscant, aunque era corelliano. Y bueno, al final no interesaba un cadáver con la CorSec husmeando de vez en cuando. Se llamaba… Jackson. ¿Te suena?

–Para nada –dijo Kilian–. Probablemente sería lo primero. Desaparecí de la esfera de control de mi tío, y estaría tanteando si habría intentado contactar con vosotros.

–Así que escapaste y ahora pretendes recuperar a tus padres, tú sólo.

–Sólo no –aclaró–. Tengo un amigo que prometió ayudarme.

–Me encantaría echarte una mano –se ofreció–. La vida se ha vuelto aburrida.

–Lo que estoy planeando es peligroso. ¿Tienes algún acelerador que puedas dejarme?

–No sin que se enteren los nebulones que lo he cogido –la mujer aceptó la implícita negativa, por el momento–. ¿No te vale una moto deslizadora?

–Necesito un techo de vuelo alto.

–Entonces un T-24, o un T-47. Te lo puedo conseguir.

–No quiero nada de Incom & Subpro; nada de tu padre.

–¿No te has enterado? Incom y Subpro rompieron sus acuerdos colaborativos. ¡Hace dos años! ¡¿Donde demonios has estado?!

–Si te he pedido un acelerador, no quiero ningún deslizador terrestre ni una moto-jet –eludió la pregunta–. Necesito vuelo atmosférico.

–¿No prefieres una nave espacial, mejor?

–Muy graciosa. ¿Qué hay de aquél deslizador de Mobquet que reparaste?

–¿El errante 191? ¿Estás de broma? Ese tubérculo volador carece de estilo. Sería una vergüenza que todavía me vieran con él. Lo abandoné en uno de los hangares de la empresa, pero puede que aún pueda despegar si los motores comet no se han dañado por el desuso.

–Me vendría perfecto. No levantaría sospechas, es muy popular. Casi el doble de rápido que un acelerador, resistente.

–¿Para qué lo quieres?

–Es mejor que no lo sepas. ¿Puedes recuperarlo sin levantar sospechas?

–Claro, pero no lo usarás sin mí. Sólo lo piloto yo.

Días más tarde, el viejo deslizador de Mobquet surcaba los cielos de Corona, más concretamente los de Ciudad Hightowers, tras una puesta a punto de sus motores iónicos. Habían planificado una serie de visitas espaciadas en el tiempo,

coincidiendo con el caudaloso tráfico de naves de entrada y salida del trabajo, siempre durante la jornada laboral y utilizando las líneas aéreas habituales. Dedicaron varios días a observar los cambios en el distrito controlado por la familia. Dado que Corellia estaba en guerra y las fronteras estaban cerradas, la presencia militar era continuada. Aunque la flota Corelliana estaba desplegada por todo el sector, muchas corbetas y fragatas descendían a la atmósfera transportando tropas, vehículos y equipamiento. Tanto en la atmósfera como en tierra habían muchos vehículos militares dispuestos para dar respuesta a cualquier incursión de la Confederación. Sin embargo y por fortuna, dado que los controles fronterizos eran exhaustivos y se negaba la entrada a todo aquel que no fuera corelliano –Kilian había tenido que despedirse de Yoras Deem poco antes de entrar en el Sector, en una de las estaciones espaciales que servían de control aduanero–, la capital se veía casi libre de inspecciones sorpresa, lo que evitaba retrasos para que todo el mundo pudiera acudir a sus puestos de trabajo; gran parte de la actividad industrial había sido reorientada, de una forma u otra, a satisfacer a la flota.

Su amiga Lieslvez se encargaba de pilotar la aeronave según la ruta planificada previamente, mezclándose siempre entre el tráfico y volando de manera indiferente, como uno más entre tantos. Eludió, no obstante, un control aleatorio de la CorSec, y su mente siempre estaba alerta localizando las vías de escape que podrían usar si fuera necesario. Aunque Kilian había insistido que actuaran con normalidad y que, si se diera el caso, colaborarían con las autoridades. A pesar de su apellido, sería realmente extraño que los informes de patrulla acabaran

llegando a manos de su primo Icino.

En uno de los asientos de pasajeros, Kilian observaba hasta el último detalle de Ciudad Hightowers, anotándolo en un computador de bolsillo, y grabando en holovídeo lo que le parecía mas interesante. Advirtió mucha actividad en los hangares corporativos. Los transporte espaciales de la compañía esperaban turno para ser modificados. Una vez vio un carguero pesado elevarse hacia el espacio, fijándose que tenía incorporado un cañón espacial en una torreta superior. La zona residencial también había aumentado en tamaño y altura. Ciudad Hightowers ya era uno de los distritos más poblados de Corona; pronto podría convertirse en el de mayor población. Finalmente, y en distintos vuelos, examinó Torre Augusta. El rascacielos familiar medía kilómetro y medio de altura, destacando en la línea del cielo de Corona. El resto de edificaciones del distrito no superaban la tercera parte, para resaltar la importancia de Torre Augusta. Además, los antepasados de la familia habían adquirido aquellos terrenos, a través del paso de los siglos, que conformaban un área circular en torno al punto central, Torre Augusta, construyendo parques y jardines en los límites de manera que dibujaran una circunferencia que destacaba Ciudad Hightowers desde el aire, a la vez que servía de separación con el resto de distritos de la metrópolis.

El acceso a Torre Augusta sería complicado. Existían varias plataformas de aterrizaje a distintas alturas, además de los pasos elevados de las plantas inferiores. Había descartado la entrada a nivel de superficie –demasiada vigilancia–, al igual que por la plataforma de los niveles superiores, donde residía Garek y el resto de miembros de la familia que preferían vivir en Torre

Augusta. Una opción consistía en utilizar algunas de las plataformas intermedias, en los niveles residenciales del cuerpo administrativo de la Corporación. Tenían menos vigilancia electrónica, aunque mayor ocupación; podían reconocerlo aunque, sinceramente, ¿quién se acordaría? La mejor opción podía ser a través de los pasadizos subterráneos que conocía de sus escapadas nocturnas. Pasajes solitarios frecuentados únicamente por técnicos de mantenimiento. Probablemente habrían incrementado la seguridad instalando diversos dispositivos tecnológicos. Bronx le había enseñado cómo contrarrestarlos, pero la adquisición de contramedidas era cara y no disponía del efectivo necesario. Yoras Deem le había prestado una buena suma para poder continuar sus planes, después de haber perdido o dejado casi todo el líquido y su equipo en Loome. Aún así, era insuficiente salvo para algunos pequeños aparatos. Desde fuera no parecían haber muchos cambios. La observación del interior del edificio con los macrobinoculares revelaba el mismo uso que ya conocía para la mayor parte de los niveles.

El tercer día de observación sintió una inocente emoción de alegría que identificó con su infancia. Sus padres estaban en la Torre. Era la señal que esperaba. Eso suponía que Garek los había traído de vuelta a donde estarían mejor vigilados. Aunque había algo extraño, esquivo, una sensación incómoda, algo que no lograba esclarecer. ¿Sería una trampa? ¿Qué era lo que no cuadraba? No era adecuado tomar una decisión sobre cómo abordar el rescate basándose en percepciones imprecisas. Necesitaba la ayuda de Coshar. Él tenía mayor experiencia en estos temas. Entre los dos podrían diseñar un plan, ahora que

había acumulado la suficiente información.

–Marchémonos, ya he visto suficiente –le dijo a Lieslvez–. Es hora de que vaya a Coruscant.

–¿No hay nada más que quieres que haga?

–Por el momento no, ya has hecho bastante. Te lo agradezco. Contactaré de nuevo contigo cuando regrese.

Ahora tocaba volver a la comunidad agrícola donde había residido el último mes, de jornalero temporal. Terminaría su trabajo para no levantar sospechas. Luego se ocuparía de los preparativos para abandonar el Sector Corelliano: elección de compañías, rutas, puesto fronterizo, etc. y transporte hasta Brentaal IV, a reencontrarse con Yoras antes de dirigirse a la Capital Galáctica. La vida sencilla en el campo le ayudaría a ordenar sus pensamientos y a meditar sobre el incómodo presentimiento. O eso esperaba, porque las visiones que la Fuerza le revelaba eran confusas. Recibir pequeños fragmentos de información, sin tener un contexto global, añadía incógnitas que dificultaba la toma de decisiones. La misma sensación de inquietud tenía con la visión en la que era torturado, la que había tenido en Dag Seher. Empezaba a creer que era mejor desechar las precogniciones si no estaban del todo claras. Su sensibilidad con la Fuerza siempre le había proporcionado intuiciones espontáneas; ahora además obtenía retazos del pasado, del presente o del futuro, siendo estas últimas las más confusas e inexactas. De haber continuado su entrenamiento, el Maestro Dalma o el ithoriano Molow Habhor le hubieran podido enseñar a clarificarlas, o al menos a neutralizarlas antes de que impactaran en su mente, dejando más preguntas que respuestas. Su estrategia, mientras no aprendiera a dominarlas, consistía en

dejarlas pasar como si fuera una película, sin identificarse con ellas, y dejarlas «aparcadas» en la memoria hasta que pudiera encajarlas en el rompecabezas.

Solía pensar en Mirlo. Le echaba de menos. Y lo más extraño es que, de alguna extraña manera, seguía sintiéndolo a través de la Fuerza. ¿Acaso era posible traspasar las fronteras de la muerte? *No existe la muerte, está la Fuerza*, afirmaba el código. Pero una cosa es estudiarlo y otra diferente vivenciarlo. Debía admitir que esta máxima del código nunca la había creído por completo. La muerte era un hecho indiscutible. El cuerpo deja de vivir, sus funciones vitales se apagan y la actividad mental del cerebro cesa. Son hechos irrefutables. Tan irrefutables como que había sentido la presencia de Mirlo en la cremación de su cuerpo, y tan indiscutibles como que le había «escuchado» en Dag Seher: «*Confía en tu entrenamiento*». Estando en peligro de muerte lo animó a luchar. ¿Contactaría de nuevo con él siempre que necesitara su consejo? Se rió. Si esto le hubiera pasado cuando vivía en Torre Augusta los médicos le hubieran drogado; alguien que escucha voces en su cabeza no suele considerarse una persona cuerda.

Esta no es mi lucha

Los escudos de la corbeta corelliana resistieron el impacto de los lásers de los cazas droides de la Confederación. La nave Torre I se interpuso a tiempo entre el escuadrón de cazas y el Destructor Estelar clase Victoria al que protegía. Su improvisada misión consistía en proteger la retaguardia del ala de ataque constituida por dos destructores Victoria, uno de ellos el que estaba protegiendo, y el Destructor Estelar clase Venator que lideraba la formación.

Un dañado crucero pesado clase Acorazado lo ayudaba en la escolta. La nave acompañante había sobrevivido en solitario a la primera oleada de ataque contra la flota defensiva de Coruscant, aunque con graves daños estructurales. Por suerte su reforzado casco había aguantado lo peor, pero el fallo de varios de sus sistemas lo habían dejado prácticamente incapacitado para el combate, buscando refugio en la atmósfera superior del planeta. El capitán Dexterios, que había recibido órdenes del alto mando de sumarse a la batalla por Coruscant, órdenes que Garek aceptó a regañadientes, se lo encontró en su ascenso hacia el espacio. El valiente capitán del Acorazado había ganado tiempo para recuperar algunos sistemas y redirigir la energía a los escudos, viendo su oportunidad de regresar a la acción acompañado por la corbeta. El Acorazado aún conservaba la mitad de sus cañones láser cuádruples y ocho cañones lásers. En potencia de fuego seguía siendo superior a Torre I, aunque su lentitud y los daños

sufridos no la permitían actuar como nave de combate de primera línea. En cuanto entraron en la zona de batalla, dos destructores ligeros de la Confederación encargados de reprimir las naves estelares que provinieran de los muelles se dirigieron hacía ellos. La guerra hubiera acabado pronto para la corbeta si en ese momento no hubieran salido del hiperespacio los refuerzos de la República. Tres de los destructores de la flota se desviaron del grueso a por las naves enemigas. Viéndose atacados por dos flancos, los destructores Recusante de la Confederación de Sistemas Independientes centraron sus esfuerzos en responder al Venator y a los Victoria, lo que permitió a la corbeta causar algunos disparos bien dirigidos con sus escasos cañones, mientras el acorazado procuraba destruir el armamento del enemigo. Finalmente, la superior potencia de fuego de los destructores de la República acabó con los Recusantes sin que la corbeta corelliana sufriera daños. El comandante del Venator ordenó entonces incorporarse como escoltas de su formación al comandante del Acorazado y al capitán Dexterios. Su misión sería proteger sus puntos más vulnerables, es decir, la retaguardia y la parte inferior o, lo que es lo mismo, evitar ataques a los generadores de escudos y a los motores. Sin mayor dilación, el capitán Dexterios viró la corbeta a su nueva posición de retaguardia, desde donde repelió los ataques de los cazas droides.

Un malhumorado Garek Hightowers observaba con impotencia la batalla en un sillón del puente de mando. Los cañones láser de la corbeta devolvían el fuego al escuadrón de cazas droide, causando estragos entre la columna central de los *buitre*. Los pocos que quedaron se dividieron en dos: los más

avanzados insistieron en su ataque contra la corbeta, flaqueando la energía de los escudos, mientras que los últimos erraron su ruta de escape al adentrarse en la zona de protección del acorazado, que acabó con ellos sin dejar ni uno intacto. La corbeta giró sobre su propio eje para proteger la aleta dorsal que, a pesar haber reforzado su blindaje, no convenía exponerla demasiado. Las torretas laterales devolvieron los disparos, terminando con los últimos cazas. Los tres destructores de la flota de respaldo prosiguieron su ataque contra un destructor clase Providencia de la Confederación, centrando toda su potencia de fuego, sabedores de que estaban protegidos.

Al menos el combate demostraba que Dexterios se manejaba bien en su nuevo rol de capitán de guerra, tras las enseñanzas de su hijo Ablon y la experiencia adquirida durante las guerras clónicas. Seguramente también se encontraría su segundo hijo en algún lugar de aquella batalla, capitaneando la Razia, una de las tantas naves de asalto Aclamator que participaban en el contraataque al asalto por sorpresa de la Confederación. Garek hubiera preferido no haberse visto inmiscuido –la Corporación se dedicaba a enriquecerse, no a pelear por la República–, pero no tuvo alternativa. Llevaba un mes intentando reunirse sin éxito con el Canciller Palpatine; la guerra lo mantenía ocupado. La Corporación necesitaba mantener vigente el contrato que tanto le había costado conseguir. La guerra acabaría pronto, o eso se suponía. Los informes daban ventaja a la República Galáctica, y los Hightowers tenían que salir desde una posición ventajosa en el nuevo orden político. Con la paz recuperaría todas las rutas hiperespaciales que dominaba, pero existía la oportunidad de ampliarlas y convertirse en uno de los principales transportistas

de la Galaxia. Su ambición era bien entendida por el Canciller, y él comprendía a su vez la de Palpatine, mucho mayor que la suya, debía reconocer. Ahora no trataba con el taimado senador Orn Free Taa, ni con el sibilino Mas Amedda, el Vicepresidente del Senado Galáctico. Debía andarse con mucho cuidado y permanecer bien atento, haciendo uso de toda su inteligencia cuando tratara con el Canciller. Ese hombre podía arruinar a la Corporación si se lo planteaba. Prácticamente ya controlaba al Senado, a pesar de los reticentes; tenía a la burocracia a sus pies. A los primeros los ataba con favores, y a los segundos con cargos y prebendas. El poder atrae a los corruptos como la violencia cautiva a los rodianos, y él no se iba a quedar sin su parte del botín. Año tras año se reducía el número de senadores que permanecían leales a los retrógados valores de la República. Y él había fallado en su cometido; el fracaso era algo que el Canciller, al igual que él, despreciaba.

Por ese motivo cuando se le ordenó aportar la corbeta a la defensa de Coruscant no tuvo más remedio que obedecer, si quería recuperar la confianza del Canciller. El asalto de la Confederación los había pillado por sorpresa, teniendo en cuenta que las naves de la República vencían en el Anillo Exterior y se creía que la victoria final estaba cerca. Le parecía asombroso que la Capital Galáctica no estuviera mejor defendida ante un ataque relámpago como el que había sufrido. E increíble que el Canciller hubiera sido apresado por el enemigo. La Torre I no era rival para los cruceros y destructores que participaban, y estaba en desventaja contra cualquiera de las fragatas, a pesar de haber aumentado su potencia de fuego y reforzado el casco en los puntos mas vulnerables. Pero era rauda y maniobrable, y

había demostrado su utilidad como nave de escolta y protección. Participar en la defensa de Coruscant era la forma más rápida de congraciarse con el Canciller, y la única opción en cuanto se enteró que había sido capturado por el enemigo. Debía aportar lo que pudiera, aunque fuera poco. En el peor de los casos, si se encontraran en peligro de verse destruidos, el capitán Dexterios los sacaría del combate espacial de inmediato. Los astrogadores de la Torre I estaban bien entrenados, y la corbeta era una de las naves capitales más rápidas en saltar al hiperespacio.

Los motores sublumínicos del destructor de la Confederación explotaron, ocasionando una reacción en cadena que alcanzó a los generadores principales, determinando la fatal suerte de su tripulación. No tuvieron tiempo ni a lanzar las cápsulas de escape. Uno de los destructores de clase Victoria había sufrido impactos serios, pero aún podía continuar adelante, a pesar de su reducida potencia de fuego.

–Señor, nos ordenan acercarnos al destructor para proteger mejor su flanco dañado –anunció Dexterios–. Nos retrasaría la entrada en el hiperespacio, si fuera necesario. No obstante, nos apoyarán tres cazas Ala-V del victoria.

El director de la Corporación Hightowers asintió con la cabeza, autorizando el riesgo que suponía la maniobra. El pequeño grupo de combate prosiguió su caza, a por los siguientes objetivos; su misión consistía en neutralizar todos los apoyos posibles a las naves comandante de la Confederación, mientras que las naves insignia de la República se enfrentaban directamente contra ellas, en el corazón del conflicto. La corbeta, por contra, se mantendría por los alrededores. Esta no era su lucha.

Horas más tarde,una lanzadera procedente de la Razia se acoplaba a la escotilla exterior de la corbeta corelliana, permitiendo a sus ocupantes trasladarse a la Torre I. El secretario Perkins acompañó al capitán Ablon a la sala de reuniones, donde se encontraba su padre, sentado cerca del ex-teniente Retard y del capitán Dexterios.

–¡Victoria! –anunció marcialmente Ablon–. La Armada de la República ha derrotado a la Confederación. Su desesperado ataque ha sido neutralizado. Algunas naves han conseguido saltar al hiperespacio, llevándose al General Grievous, pero nos confirman que el Conde Dooku ha muerto. Sin el alma de la secesión, la Confederación sólo puede batirse en retirada; muchos de sus aliados los abandonaran y puede que algunos de sus miembros se rindan.

–¿Y el Canciller? –preguntó Garek.

–A salvo en el Edificio Ejecutivo. Los jedi lo rescataron; los mismos que acabaron con el Conde Dooku, según me han informado. Una hazaña, debo reconocer. Aunque esto no hubiera sido necesario si la defensa de Coruscant estuviera bajo mando estrictamente militar –al capitán no le agradaban los jedi, ni que llevaran las riendas de la guerra, pero reconocía su coraje.

–¿Atribuyes la captura del Canciller a la negligencia del Consejo Jedi?

–Indudablemente, señor. No están capacitados para la estrategia. Relajaron las defensas por culpa de las recientes victorias.

–¿Pero cómo han conseguido llegar hasta Coruscant sorteando

Corellia? Las rutas hiperespaciales pasan forzosamente por nuestro Sector.

–Los Jedi también se lo están preguntando, señor. No obstante, mejor para Corellia.

–Por supuesto –afirmó Garek–. ¿De cuanto tiempo disponemos?

–Hasta dentro de cuatro horas no tengo que reunirme con el Alto Mando de la Flota, mientras evalúan daños y atienden a los heridos. Me alegro ver que no se encuentra entre las bajas civiles, señor.

–Debemos agradecérselo al jefe Retard y a su equipo de seguridad –señaló Garek, girándose levemente hacia el ex-teniente–. Consiguió trasladarme del Distrito Senatorial hasta el espaciopuerto en un tiempo récord, eludiendo la incursión separatista.

–Perdimos a un par de hombres, Capitán –informó el aludido.

–Por la información de la que dispongo, podría haber sido mucho peor –respondió Ablon–. Le felicito.

–Tan sólo hago mi trabajo, Capitán –respondió formalmente–. Indirectamente usted ha defendido la Corbeta en la batalla orbital, venciendo a la Confederación. De nada hubiera servido la escapada si la Torre I se hubiera encontrado sola, en el espacio, ante las naves enemigas.

–Déjense los cumplidos, caballeros –interrumpió la charla castrense–. Sus respectivos planes de librarnos del senador Forte fracasaron.

–No tengo excusa, señor –se irguió Ablon, que permanecía de

pie sin tomar asiento.

Una diminuta mueca de burla apareció en la comisura de los labios del ex-Teniente Retard, que no pasó inadvertida por el militar.

–Siéntate de una vez, no estás ante tu General –ordenó su padre, ignorando la rivalidad profesional de ambos.

Su hijo se sentó a la derecha del secretario Perkins, con disciplinados movimientos, rutinarios para él.

–¿Puedo preguntar cómo fue la reunión con el Canciller? –preguntó en cuanto tomó asiento.

–No hubo tal reunión –respondió Garek molesto–, no quiso atendernos. Lo que, irónicamente, nos salvó. De haber tenido el encuentro hubiéramos estado en el ojo del huracán. No obstante, debemos acercarnos a la Cancillería. Todo gira en torno a Palpatine. Sería de ciegos no reconocer que, políticamente, es el mayor beneficiado de la guerra. Nuestras maniobras pasadas sirvieron para que lleguemos a sus oídos. Falta una reunión personal.

–Es bastante probable que me asciendan de rango, y que me concedan el mando de una nave superior, un destructor Venator o un Victoria. Mi intervención ha sido decisiva. Al menos el Vicepresidente de la Cancillería recibirá el parte militar. Y la Torre I participó en la defensa siendo una nave civil. Sin duda será mencionada como anécdota, sirviendo de ejemplo del apoyo y la colaboración que el Canciller recibe de la ciudadanía. Puede que incluso quieran entrevistarlo, padre.

–Dejaremos eso a tu hermana –respondió Garek–. Perkins, encárgate de que Mura venga a Coruscant.

El secretario anotó la tarea en su computador.

–¿Qué falló? –preguntó Garek a su hijo, retomando el tema que les había reunido.

–El intento de sabotaje de la nave del senador fue descubierto por la Guardia del Senado. Desde la emboscada le han asignado un escolta personal permanente, y cuenta con la protección adicional de un jedi.

–De Coshar Teelk. Otra vez él –apuntó Garek–. ¿Perkins?

El secretario abrió uno de los archivos del computador, mostrando a continuación dos reproducciones holográficas sobre la mesa de reuniones, una del jedi y la otra del senador. Carraspeó preparándose para su intervención, una exposición que ya había dado personalmente a su jefe, pero que el resto de los presentes desconocía.

–Es muy probable que se conozcan desde hace tiempo, y no es de extrañar. Según investigó su hermana Sala, el senador Forte hizo campaña en su primer mandato para aprobar una partida presupuestaria para estudiar la Fuerza, desde un punto de vista estrictamente científico. Sala contactó con algunos de los científicos que se hubieran encargado del proyecto. La propuesta fue rechazada en el Senado. Sin embargo, por lo que pude averiguar de las actas senatoriales, Jano Forte visitó varias veces el Templo Jedi por aquella época. Dato curioso: su contacto en tales visitas fue Al Dalma, quien aparece como consultor jedi propuesto en el estudio.

–¡El maestro en quien confió Coshar para enviar a Kilian! –exclamó Ablon, asombrado.

–¿Vuestro sobrino, de quien no conocéis su paradero? –

preguntó Retard, quien hacía poco que conocía los secretos de la familia.

–No sólo Coshar Teelk sabe donde está Kilian –indicó Garek, respondiendo implícitamente a su jefe de seguridad–. Puede que el senador sepa donde se esconde.

–Lo dudo, señor –objetó Perkins, quien ocasionalmente se atrevía a contradecir a su jefe si su pensamiento estaba bien fundado–. Los asuntos de los jedi son confidenciales. No compartiría dicha información con un político. Es algo que vuestra hermana recalcó en conversaciones anteriores.

–Recuerde, padre, que el tutor de Kilian mintió incluso a sus superiores, a quienes debe obediencia –corroboró el capitán.

Garek se levantó, pensativo, caminando lentamente alrededor de la mesa, hacia el lado opuesto. El secretario, que lo conocía bien, prosiguió con sus conclusiones.

–No obstante, en aquella época Coshar era muy joven, tan sólo un aprendiz, mientras que el senador ya era un hombre maduro, lo que no quiere decir que luego no se volvieran a encontrar. El jedi se formó como diplomático, y mantuvo, y mantiene, frecuentes contactos con los senadores. En estos tiempos de guerra son bastantes los jedi que dedican su tiempo a proteger a senadores, y es lógico pensar que sean asignados a aquellos que ya conocen.

El líder de la Corporación se detuvo en la otra punta, de espaldas a ellos. Pensaba que igual no tenía que haberse deshecho del caza-recompensa. Seguramente Raven no hubiera fallado y el senador estaría muerto. Se giró, volviéndose hacia los presentes, apoyando ambas manos en la mesa.

–Jano Forte sigue siendo miembro del consejo directivo del Centro de Arte de Loronar –afirmó con contundencia–, y sus intromisiones en la gestión de la institución dio como resultado la restitución de Rosem Tevera como directora del centro. Entonces pensé que era un golpe de mala suerte, un extraño que removía viejas historias por algún interés personal. Con lo que sabemos ahora, no puede ser casual. El senador y el jedi tienen una relación más allá del contacto entre el Senado y el Templo. O son amigos, o comparten intereses comunes. Jano Forte desmanteló nuestra baza oculta, ¿estamos seguro que fue por iniciativa propia, o se lo pidió Coshar? Sala asegura que Rosem y Forte mantienen contacto regular. Podemos atacar por ahí. El senador es una molestia para nuestra familia, y debemos terminar con él. ¿Algo que nos relacione con los atentados?

Tanto el capitán Ablon como el jefe Retard negaron con la cabeza. El jefe de seguridad añadió algo más:

–En los últimos meses son varios los senadores que han estado, de una u otra forma, en peligro. Normalmente se achacan a intentos de asesinato de la Confederación. Las pistas que hemos colocado van en esa dirección.

–¿Por qué el senador y el canciller no se llevan bien? –preguntó Ablon.

–Jano Forte se opuso a todas las cesiones de poder del Senado a la Cancillería –respondió el secretario Perkins–. Se comenta que mañana le concederán nuevos poderes ejecutivos, y casualmente el senador se encuentra ausente. Su delegado votará en contra, pero Forte no se encontrará para hacer uno de sus inspirados discursos.

El comunicador zumbó, mostrando en una pantalla una llamada procedente del puente de mando. El rostro del capitán Dexterios apareció en la pantalla.

–Señor, siento interrumpir. Las comunicaciones inter-sectores han sido restablecidas. Tenemos un mensaje prioritario del general Nieder desde Corellia.

El secretario Perkins operó la terminal para establecer el enlace entre el centro de comunicaciones y la sala de reuniones, anticipándose a los deseos de su jefe. El rostro del capitán Dexterios desapareció para ser reemplazado por el adusto semblante del hermano de Garek.

–Garek, Ablon, –saludó rápidamente sin hacer introducciones, yendo a la cuestión–, me he enterado de que Kilian Hightowers pisó Corellia hace unos meses. El bloqueo ha impedido que os avisara antes.

–¡¿Qué?! –exclamaron padre e hijo al unísono.

–¿Cuando estuvo exactamente? –insistió Garek.

–Entró hace tres meses y permaneció dos antes de abandonar el sistema –el enfado de Nieder era palpable–. Un oficial militar de inmigración, buscando posibles entradas de espías de alguno de los dos bandos en guerra, dio con el nombre de casualidad. Su acreditación era auténtica, y siendo corelliano, y sin antecedentes registrados en la CorSerc, antecedentes que nosotros mismos nos encargamos de eliminar, no saltó ninguna alerta. Me informó ayer en una reunión extra-oficial, y hasta que no cerré o delegué mis responsabilidades no pude avisaros. Luego el bloqueo de comunicaciones con Coruscant me impidió contactar.

Garek operó el panel de comunicaciones para comunicarse paralelamente con el puente de mando. La pantalla se dividió en dos, mostrando de nuevo al capitán Dexterios.

–Capitán –ordenó–, contacte con la directora Marcial para que se encargue del transporte del jefe Retard en el primer vuelo disponible a Corellia. Avise al piloto de la lanzadera; en breve tendrá que devolver a mi hijo a la Razia. Nosotros permaneceremos aquí y descenderemos al espaciopuerto.

Dexterios saludó militarmente, con un «Sí, señor» que apenas se pudo escuchar en la sala, pues el cabeza de familia cortó la comunicación de inmediato.

–He hablado con Icino –se adelantó Nieder antes de que su hermano pudiera ordenarle nada–. La CorSec iniciará una nueva investigación sobre los *nebulones azules*, por si Kilian acudió a ellos. Nuestro infiltrado en la banda nos dirá más.

–Bien, hazme *el favor* de avisar a Darlah y a Lia –aprobó Garek, antes de dirigirse a su jefe de seguridad–. Retard, vuelva a Corellia y dedíquese a este asunto personalmente.

–Os dije que volvería, padre –presumió Ablon–. No sabe valerse por sí mismo, necesita a la familia.

–O vuelve por otro motivo –opinó el general Nieder.

–Si es por lo que piensas, se va a llevar una sorpresa –respondió Garek–. Si aparece de nuevo, ¿podrían retenerlo en las fronteras?

–No sin cargos criminales, y aún contando con Lia e Icino no podemos inventárnoslos.

–Pensaremos en algo. Mientras tanto, Ablon, si tus órdenes

son permanecer en Coruscant, quiero que estés con los ojos bien abiertos. Es posible que Kilian acuda a su antiguo tutor.

–Excelente, padre. ¿Puedo contar con sus hombres? –Ablon se dirigió a Retard.

–Los que siguen vivos sí, por supuesto –respondió con una cínica sonrisa.

–¿El corsario? –preguntó.

El jefe Retard negó con la cabeza, sin borrársele la sonrisa.

–El quarren y los que iban con él.

Ablon no parecía conforme con los supervivientes con los que podía contar. Se despidió con un simple «padre», y el saludo militar al que estaba acostumbrado. Luego salió al pasillo. En cuanto la lanzadera se desacopló de la corbeta, rumbo a la Razia, Dexterios inició los procedimientos para descender al planeta. La fortuna volvía a sonreír a Garek; se le había ocurrido cómo aprovechar la situación.

Dakoya Diner

El Augurio esperó a que le dieran permiso para descender, en la órbita más lejana de Coruscant. La guerra entre la República y la Confederación de Sistemas Independientes había llegado a la Capital Galáctica, y el día anterior había acontecido una batalla espacial allí mismo. Numerosos remolcadores espaciales liberaban el espacio circundante de los restos de naves destruidas. Finalmente, les concedieron autorización al hangar F10 del espaciopuerto del Distrito Oruna, en el hemisferio sur y en la longitud opuesta a los principales distritos de la capital. Así lo había solicitado Kilian para evitar encuentros casuales con jedis que pudieran reconocerlo o presentirlo. No quería llamar la atención ni ser descubierto, aunque posiblemente todos los jedis estarían ocupados con la guerra. Un planeta en el que toda la superficie era un inmensa metrópolis tenía numerosos espaciopuertos, tanto públicos como privados, y ofrecía innumerables lugares donde pasar desapercibido. Había acordado con Yoras Deem dormir en el carguero, dentro del espaciopuerto, en las cabinas destinadas a la tripulación. Era algo a lo que el gran, por ahorrarse unos créditos, estaba acostumbrado. A veces los viajes hiperespaciales llevaban días, en lugar de horas, habitualmente en rutas poco frecuentadas, lejos de los grandes transportistas de la Galaxia –como la Corporación Hightowers–, obligando a mercaderes y contrabandistas a dormir en literas dentro de su propia nave. En

otras ocasiones, los planetas donde tenían que hacer escala no disponían de instalaciones espacioportuarias adecuadas. De esta manera no tendría que registrarse y, siendo algo habitual entre pilotos, nadie haría preguntas. Por otra parte, a su «socio» también le convenía. Una cosa era ayudar al corelliano que le salvó la vida, y otra perder dinero innecesariamente. Desde el episodio en Dag Seher se sentía en deuda con Kilian lo que, unido a su sentido de familia, lo obligaba a servirlo en cuanto necesitara. El corelliano no quería aprovecharse de la situación más de lo conveniente, por lo que ya le parecía suficiente con que le pudiera transportar de un sistema a otro. Además, su tapadera como socio de un honrado mercader le permitía viajar por la galaxia sin levantar sospechas, aunque también era cierto que le hacía perder demasiado tiempo atendiendo los asuntos estrictamente comerciales, ajustándose al calendario de recogidas y entregas del gran. Lo mejor de estos viajes era que aprendía a servir de copiloto en el Augurio, lo justo para aportar un par de manos que manejaran las comunicaciones, manipulara los escudos y a veces hasta los repulsores en vuelo atmosférico, aquél que dominaba mejor. No obstante, Yoras Deem se mostraba comprensiblemente reacio a enseñarle a volar en el espacio. Pilotar naves espaciales requería un talento especial, decía el gran, aunque al corelliano le parecía que seguía principios parecidos, y que los sistemas de pilotaje guiado se llevaban desarrollando durante tantos siglos que a él le bastarían unas pocas lecciones para ser apañadito en vuelos rutinarios. Tampoco pedía ser piloto de cazas espaciales, pero dudaba mucho que cediera.

En esta ocasión, después de su estancia en Corellia, había

tenido que ir a buscar a Yoras hasta el conocido sistema Brentaal IV, eludiendo las líneas propiedad de la corporación familiar. Por si fuera poco el gran no apareció hasta varias semanas después de lo acordado porque Yoras vio «una oportunidad fantástica» transportando toneladas de fertilizante hecho a base de excrementos de bantha desde Kilia IV –un planeta que no conoce nadie– hasta Cirrus. No era algo que molestara a Kilian. Su estancia en La Granja le había enseñado a ser paciente y, siempre precavido con quien pudiera ir en su busca, bien fuera su familia, los *hermanos caídos* o incluso Liul-Shi, convenía viajar por distintos medios y «desaparecer» en cualquier planeta durante una temporada. Después del reencuentro, y de una limpieza a fondo del Augurio, formalizaron un envío de diversos artículos comerciales desde la capital Cormond hasta Coruscant.

El carguero de serie de Sorosuub atravesó la atmósfera rumbo al hangar F10. El espaciopuerto consistía en un inmenso rascacielos de ochocientos metros de altura con cuarenta niveles de hangares de distinta altura y tamaño, adecuados para todo tipo de cargueros, cazas, lanzaderas, deslizadores y otras naves de transporte personal, descartando toda nave nodriza de tipo corbeta o superior. Estaba destinado al pequeño viajero, naves que no superaran los cien metros de longitud. El edificio tenía forma cónica, excepto en su parte superior, más achatada. Cada nivel tenía una cubierta de disco a modo de tejado para el nivel inferior y de pista para el superior, con los hangares abiertos al vacío, pudiendo albergar entre cuatro y diez naves. Siguiendo las indicaciones de control de tráfico, el Augurio encendió los repulsores laterales, apagando los motores sublumínicos para la

aproximación final, descendiendo oblicuamente hacia el hangar.

Alquilaron unos droides de transporte para la descarga del material. En lo que quedaba del día ayudaría a Yoras Deem a cerrar los negocios. A partir del siguiente se ocuparía de sus propios asuntos, dejando que el gran buscara un nuevo cliente. Primero se ocuparía de contactar con Válar, su antiguo amigo en el Templo, dado que no quería presentarse ante la Orden. Le harían preguntas, se interesarían por él y cualquiera de los maestros podría percibir su avanzada afinidad con La Fuerza. Por eso acudiría primero a su viejo amigo, a través de un buzón externo de mensajería que habían compartido juntos, durante su época en el Templo, para planificar las escapadas que intentaban de vez en cuando. Si obtenía respuesta podría acercarse hasta algún lugar acordado por ambos. En caso contrario podría acercarse hasta el Templo subiéndose al tren maglev que atravesaba transversalmente el hemisferio sur finalizando en el Distrito del Senado, un tren magnético elevado a varios kilómetros de distancia y que recorría diferentes anillos polarizados, soportados por pilares. La línea hacía un último requiebro en el Distrito Wicko, adyacente al Distrito del Templo, cuyos sectores conocía porque era donde había retado a Valar a superar su miedo a las alturas. Desde allí bastaría con pagar una carrera en un hover-taxi que le acercaría a los bloques residenciales, donde podría continuar a pié hasta alcanzar la explanada del Templo. Allí encontraría un lugar donde vigilar las entradas y salidas de los jedi.

–Eres el último ser de la galaxia que esperaba volver a ver –comentó Válar–, y menos con esas pintas.

Estaba anocheciendo. Al final no había hecho falta espiar el Templo. Afortunadamente su viejo amigo conservaba el buzón de mensajería para otros asuntos personales, sugiriendo él mismo el lugar de encuentro. Eso sí, tendría que esperarse hasta tan tardía hora, único momento del día en el que quedaría libre. Los dos estaban en una mesa del Dakoya Diner, un local de comidas del poblado CoCo, en el distrito Garlab, una zona de comercios, restaurantes y tiendas frecuentemente visitada por obreros. Un edificio de planta baja situado en la cima de una avenida con carriles para deslizadores terrestres y rodeado de zonas peatonales. A su alrededor se erigían otros bloques de edificios de varios pisos de alturas, y otros locales parecidos al que se encontraban. La indumentaria a la que se refería Válar era el traje de piloto de Kilian, sin el casco, típico de los transportistas.

–Trabajo como copiloto y operador en un carguero –respondió Kilian, siguiendo con su tapadera–. Estoy intentando asociarme con el propietario.

–Me alegro de que te vaya bien, habrás visto mucha galaxia.

Parecía que Válar no sabía nada de dónde había estado, ni que sospechara algo. Su mentor había guardado muy bien el secreto, sin contárselo a quien fuera su mejor amigo en el Templo Jedi. Sin embargo, había cierto tono de recelo en su voz. No parecía tan contento de verle como afirmaba estarlo. Kilian tenía entendido, por Coshar, que no le guardaba rencor alguno por el accidente que provocó y por el que perdió el uso de las piernas –negándose a llevar prótesis cibernéticas–. Estaba sentado en una

silla repulsora con un panel de control a su derecha, y un computador de diagnóstico y comunicaciones en el reposabrazos izquierdo, con pantalla retráctil, además de numerosos botones e indicadores en los laterales del vehículo, todo diseñado para estar a mano. La parte del asiento estaba acolchada de la cabeza a los pies, sentado desde la cintura, con las piernas hacia adelante ligeramente inclinadas y la espalda recta. Para poder hablar tranquilamente, habían ocultado enteramente uno de los asientos en el suelo, mientras que al otro lado de la mesa se sentaba Kilian. Obviando la grave invalidez que había sufrido, por lo demás no había cambiado mucho: seguía con el mismo cabello corto y moreno, con una barba fina muy cuidada, que oscurecía su ya de por sí tostada piel. El segundo cambio destacable era la vestimenta que portaba. Ya no llevaba el clásico atuendo de padawan. En su lugar llevaba puesto ropa de médico verde, con un fino chaleco blanco encima con numerosos bolsillos. La indumentaria habitual del cuerpo en el que había ingresado, a excepción del chaleco.

–Un poco de aquí y un poco de allá –contestó el corelliano–. También quería ver a Coshar, aprovechando mi parada en Coruscant –cambió de tema–. ¿Sabes donde está?

–No con exactitud. Creo que está en una misión protegiendo a un senador, pero a veces también se reúne con un tahúr que le pasa información. Ayer el Consejo se reunió en varias ocasiones, los maestros están muy atareados. He oído que Yoda no está en Coruscant, y que Ki-Adi-Mundi se encuentra en Mygeeto. Casi todos los caballeros están en misiones. Hoy mismo partió un importante contingente de la Armada de la República. En el Cuerpo Médico nos enteramos de las misiones

cuando vuelven, por boca de los propios heridos.

–¿Sabes si es con el senador Jano Forte?

Se «mordió la lengua» demasiado tarde. Válar calcó una mirada interrogadora, entrecerrando sus rasgados ojos, sorprendido porque un copiloto de un carguero espacial conociera a alguno de los senadores.

–Recuerdo que era uno de los senadores con los que se reunía –continuó Kilian, justificándose.

–Sí, creo que es con él –dijo Válar, al que le parecía una explicación necesaria, pero no suficiente.

–¿Podrías dejarle un mensaje de que estoy en Coruscant? Creo que permaneceré un tiempo por aquí.

–¿Por qué no vas al Templo y preguntas por él?

No quería contestar a esa pregunta con sinceridad. En la medida de lo posible quería evitar a los maestros. No necesitaban saber con quién había aprendido los caminos de La Fuerza. Antes de contestar, bebió un poco de la pinta de roima que le habían servido.

–Mejor no, no quiero ir al Templo. Esa etapa de mi vida terminó –en realidad no mentía, su vida como aspirante a jedi, en el sentido «clásico» del término, hacía tiempo que no tenía nada que ver con él, pero ocultaba la verdad–. Me recordaría… lo que podría haber sido.

–Lo que podrías haber sido si no hubieras provocado un desastre. Dilo todo.

«Ahí estamos, tenía que salir», pensó Kilian.

–Siento oír eso. No tuve tiempo de pedirte disculpas, te las

pido ahora. Interrumpí tus posibilidades de ser un jedi. Me imagino que te habrás sentido muy frustrado –esta vez no iba revelar que, según Coshar, Válar no le guardaba rencor, aunque parecía que se había guardado la ira para sí.

–Soy un jedi. Todos los que ingresamos en los Cuerpos de Servicio lo somos. No nos consideran de otra manera.

–Bueno, yo…

–No lo puedes asimilar porque siempre le diste demasiada importancia a convertirte en un Caballero Jedi, en manejar un sable de luz como si fuera un primitivo hacha de carnicero. Considerabas a los miembros de los Cuerpos como jedis de segunda.

–Eso no es así –afirmó contundente, ligeramente molesto, precisamente porque tenía razón, así era él en su adolescencia.

–Por favor, si incluso engatusaste a unos críos para que te prestaran su sable de entrenamiento.

–Creía que habías aceptado tu invalidez –no pudo evitar acusarle a él también de inmadurez–, que habías comenzado una nueva vida sin pensar en los errores del pasado. Que por eso aceptabas estar en una silla, para recordártelo a ti mismo, en vez de procurarte unas prótesis.

–¡Claro que es así! ¿Pero qué derecho tienes tu a valorar cómo madurar, tu que fuiste el culpable de que perdiera mis piernas? ¿Me rompes las piernas y después me dices cómo tengo que asumirlo?

–No, no es eso lo que quiero decir.

–No, no lo es, como casi todo lo que dices, o haces. No querías

que perdiera las piernas, pero me retaste a volar con el deslizador, sin pensar en las consecuencias. Nunca pensabas en ellas, actuabas creyendo lo que era mejor para ti.

–Espera, tienes razón en que no pensaba mucho en las consecuencias.

–Ni pensabas, ni piensas –matizó con el dedo índice.

Realmente se estaba ganando la bronca a pulso. Válar tenía derecho a recriminarle su fracaso, y a avergonzarlo.

–Bien… vale…, –intentaba no enfurecerse–, pero lo hice por ti, para que superaras tu miedo a la alturas. Con trágicas consecuencias, pero no lo hacía por mi.

Sabía que era mentira. Esta conversación ya la había tenido antes con Coshar la noche del accidente, pero no quería admitirlo delante de Válar.

–¿No? ¿Estás seguro? Por que yo creo que el que tenía miedo eras tú, miedo a que superara el torneo. Tenías envidia de que me convirtiera en jedi, mientras que tu seguías a prueba de ver si merecía la pena tenerte –como Kilian no era capaz de confesarlo, ya se ocupaba Válar de sacarlo a la luz–. ¿Sabes que hablé con Kôrina para que te admitiera como padawan?

–Sí, lo sé –respondió rápido, mirando hacia abajo, cansado de que le sacaran las vergüenzas–. Bueno, no. Coshar me dijo que habrías presentado una solicitud para que terminara mi periodo de pruebas.

–Así es. No te lo merecías.

Sus palabras dolían, removían el poso estancado en el fondo del estanque, enturbiando el agua que dejaba de ser cristalina.

–Vale, tienes razón –lo paró un momento, concediéndole la victoria–, ninguno de los dos podíamos ser jedi.

–¡¿Ninguno de los dos?! –el objetivo había sido alcanzado–. ¡Habla por ti! Yo hubiera pasado las pruebas.

–Te reconozco que hice mal, que te tenía envidia, pero creo que tu miedo podía más.

–¿Pero cómo te atreves? ¿Tú que sabes de mi? ¿Miedo dices? ¿Sabes que ahora piloto mi propia nave personal? –el gesto de sorna de Kilian, restando importancia a su logro, lo enfureció más– ¡Si hay algo de lo que me arrepiento es de haberte hecho caso! Mi error fue confiar en ti. Me provocaste, tenía que haberlo visto venir. ¡Tendría piernas, y no estos apéndices muertos!

Estaban llamando la atención del resto de comensales, que miraban alternativamente a unas imágenes procedentes de un monitor y el espectáculo que ofrecían. Las mesas más cercanas miraban sólo para ellos. Ellos seguían discutiendo, sin percatarse de nada.

–Desde que llegamos no has hecho otra cosa más que volcar tu rabia hacia mí, merecida, cierto –quiso matizar–, pero… ¿es así como se comportan los jedi? ¿Superaste tu miedo? Me alegro por ti –dijo con cierto sarcasmo–. ¿Pero qué hay de tu rabia? Te conozco bien, estuvimos juntos dos años, y sé que te indignaba que yo, un adolescente recién llegado, tuviera una sensibilidad con la Fuerza que tú habías tardado años en potenciar. ¿Que yo tenía envidia de ti? ¡Claro! No más que la que tú tenías de mi. Tu tenías entrenamiento, ¡yo talento! Igual hasta te he hecho un favor, porque de haber continuado como caballero te habrías

pasado al lado oscuro.

Válar se revolvió en la silla, hasta levantarse torpemente y quedarse de pie, tambaleante, pero de pié, señalando con el dedo a un atónito corelliano, que no concebía como la rabia también obraba milagros.

–¿Eso es lo que crees? Ojalá no me hubiera apiadado de ti –deseó el sanador–. Los maestros nos conminaron a tener paciencia contigo, a integrarte con nosotros. Yo te ayude por que teníamos la misma edad, y porque Kôrina me lo pidió como parte de mi aprendizaje padawan.

–Caminas… –balbuceó.

Válar no tuvo tiempo de responder, pues una botella de sirake negra pasó a escasos centímetros de su cabeza, rompiéndose contra el cristal de la ventana que daba a la plaza, sin agrietarlo siquiera. Instintamente, Kilian se puso delante de él. Dos obreros con aspecto un tanto palurdo se encaraban hacia ellos, mientras que otros clientes se amontonaban por detrás; al parecer habían seguido la discusión o se acababan de incorporar. Kilian observó rápidamente, formándose una precisa panorámica de la situación: detrás de los obreros habían dos pilotos de cargueros y uno de cazas, un nautolano, dos chatarreros y tres sullustanes delante de ellos; por detrás de todo el conjunto asomaba la cabeza de un wookie, con cara de preocupación; en la mesa cercana a la puerta se sentaban dos duros, uno de ellos medio girado para poder observar la situación; en la siguiente, más lejana, tres aqualish parecían estar esperando a meterse en una pelea; en la barra, el barman, un humano escuálido, repiqueteaba los dedos en el borde denotando su nerviosismo; su droide de servicio WA-7, más sereno que el dueño, instaba a los presentes

a seguir bebiendo y terminar sus comidas. Pero lo que más le llamaba la atención era un monitor en la pared del fondo, con imágenes en directo del Templo Jedi con una gruesa columna de negro humo emergiendo de él; los subtítulos de texto indicaban que llevaba horas así, con variados rumores no confirmados sobre lo que estaba ocurriendo. Válar, que no podía creerse lo que estaba viendo, había vuelto a sentarse en su silla repulsora, con los puños aferrados a los reposabrazos.

–Dicen que los jedi intentan acabar con la República –acusó uno de los dos obreros, que empuñaba una llave hidráulica en la mano derecha.

–¡Imposible! –dijo uno de los pilotos a su espalda, aunque uno de sus amigos intentaba que se mantuviera al margen–. Son héroes, luchan contra la confederación.

–¡Son traidores! Nunca me cayeron bien –respondió el compañero del obrero, que se volvía hacia los pilotos.

Los sullustanes se miraron los unos a los otros, hablando en su idioma, apartándose de los dos grupos a pasitos discretos; los aqualish se levantaron de la mesa, preparados para meterse en el fregado; el wookie se quejaba de algo en su idioma; y el droide WA-7 intentaba calmar a los presentes, mientras que el delgado barman llamaba a emergencias.

Un hombre canoso, pero corpulento, de unos cincuenta años, que se debía de encontrar en las últimas mesas del diner, se acercó, colocándose por delante de los chatarreros. Llevaba un uniforme azulado con banda gris de las fuerzas de seguridad de Coruscant. Algún tipo de oficial. Envió una señal inalámbrica al monitor de la pared con un puntero electrónico. Su identificador

policial apareció en la pantalla para que todos lo vieran: inspector de segunda Klauss Bifort, con una foto de él mismo, un poco más joven, con el uniforme de gala.

–¡Tranquilícense todos! –anunció con autoridad.

–¡Al fin, un agente del orden! –exclamó el droide WA-7.

El piloto que defendía a los jedi se alegró de verlo, sus dos compañeros respiraron de alivio; los aqualish, por contra, no parecían muy contentos con la presencia de la autoridad; los sullustanes ya estaban cerca de la puerta, preparados para largarse de allí; los chatarreros aguardaban con actitud de espectadores sin iniciativa propia, cogidos por la sorpresa de una situación que no se esperaban; el wookie recelaba de todos.

–Le estamos haciendo el trabajo, oficial –dijo el obrero con la llave hidráulica, que no la había soltado de la mano–, acabaremos con estos traidores.

–Aquí nadie va a acabar con nadie –le advirtió el inspector.

–Si los soldados clon han asaltado el Templo, ¡es porque son peligrosos! –dijo el segundo obrero.

–Mi amigo es sólo un médico –explicó Kilian al oficial–. No es un jedi.

Válar se contuvo de responder que sí lo era, al ver que Kilian pretendía ayudarlo.

–¡Él dijo que era un jedi! Yo se lo oí decir, y tú eres un amigo de los jedi –acusó el primer obrero.

–¡Es un honor ser amigo de los jedi! –replicó el piloto– ¡Me salvaron la vida en Raxus Prime!

–Tengo órdenes de llevarlos a la jefatura –intentaba imponerse

el inspector, sabiendo que la situación se le escapaba de las manos–. ¡Y vosotros dos no interferiréis! –ordenó a los obreros.

Aquello no convenía a Kilian para nada; ni a él ni a Válar. Algo trágico estaba ocurriendo en la República si sus tropas invadían el Templo Jedi, el santuario de la Orden que había jurado defender el orden y la justicia en la Galaxia, en vez de luchar contra la Confederación. No se podía imaginar a los maestros cayendo ante el ejército de la República, a los caballeros luchando contra los propios clones con los que habían combatido juntos, codo con codo, contra los droides de la Confederación. Un terrible presentimiento azotaba su corazón.

Muy lejos de allí, en el aislado planeta de Loome, algunos de sus añorados amigos sentían la misma desazón, dejando muy preocupados a los demás. Los rojos ojos del Maestro Dalma reflejaban la aflicción de una época imperfecta que llegaba a su fin.

La llave hidráulica voló hacia la cabeza de Válar, pero Kilian la agarró en el aire con un veloz giro del brazo, de delante hacia atrás. El inspector agarró fuertemente del brazo al obrero, reteniéndolo apenas, para solo gritar de dolor, rabiosamente, cuando uno de los aqualish le clavó un vibrofilo en la espalda, a la altura del riñón derecho. El wookie, que había visto la maniobra sin tener la suficiente agilidad para evitarlo, estiró su

largo brazo, agarrando al atacante de la cabeza y arrastrándolo de un tirón hacia atrás –apartando al nautolano de un empujón–, rompiéndole el cráneo contra el borde del tabique separador de mesas. Los otros dos aqualish se lanzaron a por él. Los chatarreros intentaron sin mucho éxito zafarse de aquella melé, chocando contra los pilotos, que habían agarrado a uno de los obreros, sin conseguir atrapar al lanzador de la llave. Los sullustanes consiguieron espacio para marcharse por la puerta exterior, mientras que los duros se apretaban contra la ventana, evitando mezclarse. El barman se tiró al suelo tras la barra, sin ayudar al droide WA-7, que estrelló una botella de garlish sobre la cabeza de uno de los pilotos, sin hacer distinciones de buenos y malos.

–¡A la cocina! –ordenó a Válar, en el momento en el que contenía al musculoso obrero, que se lanzaba a por el sanador jedi.

Su viejo amigo operó los paneles de control de la silla repulsora, haciéndola retroceder camino de la puerta de la cocina, la cual se abrió de inmediato al detectar la presencia de un objeto aproximándose. Fuera de la línea de visión de Válar, Kilian movió la mano unos 20º a la izquierda, fijando su mirada en los dos obreros, quienes creyeron oír una explosión exterior. Aprovechó la confusión mental para retroceder hacia la cocina. Los obreros salieron de su asombro, preguntándose dónde había ocurrido; al ver marchar a Kilian el primero se lanzó a por él. El corelliano aprovechó el espacio de separación logrado para fintar un ataque por la izquierda, y a continuación golpearlo en la sien derecha con la llave hidráulica, aturdiéndolo el tiempo suficiente para agarrarlo del cuello y voltearlo contra el suelo,

dejándolo inconsciente. Los chatarreros optaron, finalmente, por ayudar a los pilotos a acabar con el obrero restante, agarrándolo entre todos de brazos y piernas. El wookie no tardaría mucho en acabar con los aqualish, así que Kilian pudo extraer un parche de bacta del medpac y aplicarlo sobre la herida del inspector, cuyo vibrofilo seguía agarrado de la mano del inerte aqualish. El parche, al taponar la herida, se impregnó rápidamente de sangre. A continuación reforzó la curación aplicación un spray de bacta para que desinfectara toda la zona, estabilizando el corte. Dejó el medpac a un lado y sostuvo la cabeza del inspector. Sintió un suave calor en las palmas de sus manos; mediante la Fuerza guiaba su cuerpo en la aceleración del cierre de la herida.

–Está estable, vigílenlo ustedes.

Los dos duros que se habían quedado al margen se aproximaron a atender al herido, recogiendo el medpac y haciendo espacio. Los pilotos y chatarreros, junto con el wookie, retuvieron a los causantes del embrollo. El droide WA-7 llamaba de nuevo a emergencias, mientras que ya se oían las primeras sirenas de un deslizador policial que estaba por la zona. Se fijó que uno de los durosianos llevaba una capa azul oscuro.

–Te doy el doble de lo que valga –ofreció, señalando la capa.

El durosiano se la quitó sin discutirlo, mencionando tan sólo los doscientos créditos que pedía por ella. Los oportunistas siempre al acecho de una buena ocasión. Le entregó el dinero, recogió la capa, y se escabulló por las cocinas, saliendo al poco por la puerta de servicio. Afortunadamente, el sanador no se había largado dejándolo solo. Válar había acercado el turbo-deslizador con el que había venido, un modelo de deslizador aéreo usado por la Orden con un amplio frontal convexo, como

el filo de un hacha en horizontal, y una sección central alargada rematada con dos aletas traseras ligeramente ladeadas hacia el exterior, en cuyos extremos residían los motores repulsores. En la sección central estaban los asientos. El vehículo estaba adaptado para la conducción de Válar, con el asiento del piloto eliminado para poder encajar la silla repulsora. El corelliano subió a la sección central de un rápido salto, rebotando con el impulso al asiento del copiloto. La maniobra sorprendió al sanador, quién, sin distraerse, pilotó el deslizador alejándolo del diner por calles secundarias, e incorporándose más tarde a un fluido tráfico aéreo. Kilian le pasó la capa que había comprado, para que con ella tapara sus reconocibles vestimentas. El corelliano manejó temporalmente los controles mientras se ceñía la capa.

–Suerte que la noche es cerrada –comentó Kilian–. Si fuera de día el deslizador llamaría la atención con los logotipos de la Orden Jedi.

El corelliano disminuyó la intensidad de las luces del deslizador, oscureciendo sobretodo la parte de los asientos, donde sus caras sólo se vislumbraban ligeramente por la escasa luminosidad de los indicadores del panel de control.

–No me puedo creer que eso ahora sea un problema –suspiró–. ¡Tengo que saber qué está pasando! Me pueden necesitar.

–Ya viste las imágenes –intentó convencerlo–. El Templo debe estar ocupado por tropas militares.

De los ojos del sanador caían lágrimas pardas como su piel, apenas distinguible por la oscuridad. No gemía, no gimoteaba, pero no podía ocultar su dolor. El corelliano se arrepintió de

haberlo provocado antes. ¿Cómo pudo caer de nuevo en un enfrentamiento con él? La agresividad de sus acusaciones no eran motivo suficiente para que respondiera con las mismas armas. Ambos escondían sus resentimientos sin darles solución. Si así se comportaba con Válar, ¿cómo lo haría cuando se enfrentara a su familia? Quien tenía posibilidades de caer en el Reverso Tenebroso era él, no su viejo compañero. Recordó los consejos del difunto Mirlo: «atención, observa siempre tus reacciones; esos son tus obstáculos. No puedes escapar de ellos, por mucho que te escondas fuiste tú quién los alimentó, y contigo permanecerán hasta que decidas extinguirlos. Nadie en La Granja puede hacerlo por ti».

–Siento todo lo que te he dicho –decidió remediar la situación–. Como dijiste, no tenía derecho. Desde que entré en el Templo vi una posibilidad de librarme de mi familia, controlando algo que ellos no podían ni entender. Quería hacerme con ello cuanto antes, y mis ansias por conseguirlo motivaban mis celos, celos de alcanzar en poco tiempo lo que los demás habíais tardado años.

Válar no le contestó de inmediato. Guardó silencio unos minutos.

–Ahora no puedo contestar a eso, Kilian –dijo finalmente.

–Lo entiendo.

Continuaron el vuelo en medio del tráfico de Coruscant, sin un destino concreto. Estaba claro que Válar había aceptado, internamente, no ir al Templo, donde sería capturado o incluso asesinado por los soldados que lo ocupaban. El resto del planeta no parecía estar en guerra, a pesar de que los jedi se enfrentaban

a un ataque decidido y contundente.

–Puedes venirte con nosotros, si lo deseas –sugirió Kilian–. Hay espacio de sobra en el Augurio. Yoras es un poco charlatán, pero de buen corazón.

Válar lo miró con cierto orgullo en su semblante, mezclado con el pesar que lo asolaba. Debía costarle aceptar su ayuda en estas bruscas circunstancias.

–¿Dónde tienes tu carguero?

Kilian respiró aliviado, podía al menos salvarlo. Era un gran esfuerzo para su amigo.

–Antes debemos encontrar a Coshar. Sobretodo ahora.

–No sé donde está, Kilian, ya te lo he dicho. Y no podemos esperar en el Templo a que vuelva, ni pedir ayuda a otros para encontrarlo.

–Podemos preguntar a ese tahúr del que hablaste. Quizás él sepa más.

–Lo dudo, y no sé ni cómo se llama. Pero tienes razón, debemos probar.

–¿Sabes dónde encontrarlo?

–A Coshar le gusta visitar los niveles inferiores del Distrito Entretenimiento. Creo que mencionó en alguna ocasión el nombre de un club: Los placeres de Nub, o algo parecido.

–¿Las delicias de Nubia? –preguntó Kilian.

–Sí, correcto.

–Me llevó una vez, pero no me dejaron entrar. Sé donde está. Al Distrito Entretenimiento, entonces.

Válar descendió a los niveles inferiores. Tardarían un poco más en llegar a través de las avenidas y pasadizos de superficie, en vez de por las vías aéreas. Sin embargo, era una opción más discreta. Aunque según en qué lugares los jedi no eran nunca bien recibidos, sobretodo en los últimos tiempos, eso no quería decir que el planeta entero estuviera en su contra.

La emboscada

El transporte *Libertad* orbitaba alrededor del planeta Iridium. Estaban preparados para descender a la superficie en cuanto Coshar Teelk diera su aprobación. El senador Forte estaba terminando su tour por el Sector Atrivis, habiéndose llevado consigo al jedi y a un miembro de la Guardia del Senado que ejercía de escolta personal, tras los últimos intentos de asesinatos hacia su persona. El primero de ellos en Coruscant, que casi acabó con la vida del tahúr Jackson, de no haber sido por la intervención de Coshar. Y el segundo un sabotaje de la nave en la que ahora se encontraba, justo antes de partir de Coruscant hacia el primer planeta a visitar –Fest–, que hubiera acabado no sólo con su vida, sino también con la de su tripulación y sus «invitados». Fue la exhaustiva revisión de su escolta senatorial la que descubrió las cargas explosivas en el pasillo de mantenimiento de los motores de hiperimpulsión.

El GX1 era una nave de placer que no alcanzaba los treinta metros de longitud, diseñada para acaudalados con tiempo y dinero para viajar por la Galaxia, pero lo suficientemente barata para quienes no podían permitirse una nave estelar. Cumplía casi todas las necesidades que Jano Forte requería para alguien de su estatus social, necesitando de muy pocas adaptaciones para ejercer como senador de Quess: disponía de amplias cabinas –de las cuales y como propietario se quedó con la destinada a la capitana de la nave, relegándola a la del copiloto, y a esta última

a una de las cabinas estándar–, una cocina de diseño, una amplia estancia común para el disfrute de la tripulación y un centro médico. La primera reforma que ordenó cuando compró la nave a la Naviera Lantillia fue la eliminación de la zona de relajación Zero-G y del holoteatro, tirando algunos tabiques y creando un espacio diáfano en el centro de la nave que le servía de despacho consular, sirviendo la nave como una extensión de sus oficinas. Una nave pequeña y asequible a la que bastaba una mínima tripulación de cuatro personas y, opcionalmente, un artillero naval.

Mientras esperaba a que la misión de Coshar Teelk concluyera –había insistido en que lo acompañara su escolta de la Guardia del Senado–, mantenía comunicación con el subdelegado Bin Ramos con el fin de mantenerse al día de las noticias de Coruscant. El amplio monitor del despacho consular del transporte de lujo GX1 mostraba a su subordinado en las dependencias de la delegación de Quess, en el edificio Iana. Según los informes que les habían proporcionado, la Armada de la República había derrotado al General Grievous, quien había fallecido en la batalla. Sin su general, y habiendo perdido escasos días atrás al Conde Dooku, la cúpula de la Confederación estaba seriamente tocada y, aunque no se sabía donde estaban el resto de sus líderes, se estaban ganando la mayoría de los combates en otros puntos de la galaxia. El enemigo estaba en retirada, y el fin de la guerra era inminente.

–La petición de los 2.000 fue recibida por el Canciller –anunció el subdelegado–. Varios senadores fueron a reclamarle que devolviera al Senado los poderes de emergencia.

–Y por supuesto el Canciller habrá rechazado cortésmente la

propuesta –aseguró el senador Forte sin ningún tipo de duda.

–Así es, senador.

–¿Estuvieron presentes Bail Organa o Mon Montha?

–Ninguno de los dos, pero sí Padme Amidala, Nee Alavar y Fang Zar, entre otros.

–Por supuesto, como no iba a estar la ingenua idealista de Amidala.

–Hay una cosa que me gustaría que me explicara, senador. Si sabía que iba a fracasar, ¿por qué firmamos la petición? Usted no es partidario de iniciar acciones si no tiene claro que exista la posibilidad de vencer. Y yo, desde luego, que tampoco.

–Por supuesto, yo no hago el ridículo –afirmó Jano–. Pero debe pensar a largo plazo, Ramos. Si el canciller cree que seguimos la corriente de la delegación encabezada por Amidala, y él la tiene anulada, dedicará menos tiempo a espiarnos.

–Si queríamos evitar llamar la atención, ¿por qué sus contundentes y reiteradas denuncias ante el Senado?

–Porque es nuestra obligación moral abrir los ojos de cuantos más senadores, mejor. Y eso sí merece la pena el riesgo. De todas maneras, no le dé tantas vueltas. Hace tiempo que estamos en el punto de mira del Canciller, sin necesidad de haber firmado la petición. Bien, es crucial que vuelva a Coruscant. Finalmente ha quedado demostrado que yo tenía razón.

–Aún hay más, el canciller está estableciendo gobernadores militares de sector por la Galaxia –notificó con un ligero tono de nerviosismo en su voz–. La delegación ha protestado por la medida como una interferencia en las competencias de los

senadores. Me he tomado la libertad de oponerme a dicha medida mientras usted estaba ausente, por formalizarlo.

–Es increíble –respondió la vigorosa voz del senador–. Y aún así los más ciegos todavía necesitarán ver como termina la guerra y seguirá sin restituir los poderes del Senado. De verdad que no sé quien ocupa más cápsulas senatoriales de la Gran Cámara, si los corruptos que apoyan al Canciller o los retrasados mentales que piensan que la guerra finalizará dialogando. No lo digo por usted, Bin –se adelantó a decir, al ver cómo reaccionaba el subdelegado Ramos–. Siendo coherentes, debía oponerse.

–No pasa nada –comentó el subdelegado–. Preferiría que se dirigiera a Trevi, senador. La capital es demasiado peligrosa para usted.

–Si Palpatine ha rechazado la petición de los 2000, y la guerra está apunto de terminar, debemos contactar con los senadores más inteligentes.

–Jano, son más importantes los contactos que está consiguiendo –se permitió tutear por el nombre.

–¡No! –se opuso categóricamente–. De nada servirá que se alcen los sistemas si no hay una cúpula que organice la oposición armada. Sí, casi todo el Sector Quess se rebelará, y aquí en Atrivis también se opondrán al totalitarismo de manera natural, a pesar de sus rivalidades. Descubriremos a muchos más que lo harán por su cuenta; surgirán de donde menos lo esperemos, dispuestos a combatir, reacios a vivir de rodillas. Es crucial demostrar a la moribunda República que habrá lucha, que billones de seres se alzarán para gritar «¡no!» a la

esclavitud, «¡no!» al sometimiento, «¡no!» a la tiranía. Muchos morirán, aplastados por la Armada del Canciller, otros aguantarán. De la victoria de Palpatine emergerá una espontánea resistencia, de las cenizas del cadáver de la República, quemada por el fuego de los destructores. Al principio fragmentada, apenas unos núcleos aislados, individualistas, independientes, amotinados; una sublevación dispersa cuyo única causa común será el anhelo de libertad. Sí, incluso se unirán los sistemas de la Confederación que mejor soporten la vergüenza de la derrota, los que se unieron porque no podían soportar la corrupción de la putrefacta República; los codiciosos, los ambiciosos, los oportunistas correrán a los brazos del Canciller, dispuestos a humillarse si con ello salvan la vida o medran bajo su despótico gobierno.

–¡Por eso debe ir a Quess! –insistió Bin Ramos.

–¡Que no! –el senador parecía estallar, enfurecido porque su análisis había sido certero, y si los senadores hubieran compartido sus reflexiones, ahora podría estar organizando algo más contundente–. Soy viejo. No viviré más allá de las primeras batallas, unos años quizás. Tú deberás encargarte de Quess, pero no te ofendas si te digo que no estás preparado para algo de mayor envergadura. Alguien surgirá, ya se descubrirá quien. Nuestra misión es dar un ejemplo que puedan seguir otros.

–Ya he observado cuales son sus preferidos…

El comentario de Bin Ramos fue interrumpido por el oficial de comunicaciones:

–¡Senador! Hemos recibido una comunicación prioritaria de Coshar Teelk, la reproduzco directamente.

En la sala de comunicaciones del transporte se oyó la voz del jedi.

–Forte, ¡los clones se han sublevado! Es una emboscada –se oyeron ruidos de blásters y el zumbido del sable de luz respondiendo–. ¡No descienda al planeta! Repito, ¡no descienda! ¡Huya!

La grabación se cortó en ese punto.

–Senador, al habla la capitana –la piloto de la *Libertad* continuó con la comunicación–. Se acercan los dos ARC-170 que nos dieron escolta. Ascienden desde la superficie del planeta a máxima velocidad. Recomiendo saltar ya al hiperespacio. No me gusta nada de esto.

–¿Y abandonar a nuestro amigo a su suerte? –protestó Jano Forte.

–Si esos cazas vienen a por nosotros no nos dará tiempo para astrogar como no lo hagamos ya, y huelga decir que no somos rivales.

Efectivamente, el GX1 era un nave de lujo que contaba únicamente con un modelo civil de cañón láser, unos modestos escudos y un casco decente. Ni la velocidad, ni el armamento, ni las protecciones iban a parar a los dos cazas. Iba a preguntar al delegado Ramos si podía averiguar algo sobre la sublevación clon cuando se interrumpió la señal con Coruscant, hecho inquietante que determinó la decisión del senador.

–Capitana Bazán, salte de inmediato.

–Mi hermana está con los cálculos desde que recibimos el aviso, senador.

Las pilotos plegaron los estabilizadores atmosféricos que estaban listos para el hipotético descenso y alejaron la nave del planeta. Los dos cazas terminaron su ascenso a tiempo para ver alejarse a la GX1. El transporte aumentó su distancia vertiginosamente, saliendo del supuesto peligro; habían entrado en el hiperespacio. Volverían al espacio normal en unos minutos, cerca de Fedje, según el salto de emergencia preparado de antemano por las hermanas Bazán, pilotos de la *Libertad*. En Fedje abandonarían el Sector Atrivis por el corredor Braxan, y a través de una serie de saltos cortos y medios, que despistarían a sus perseguidores, alcanzarían la Capital Galáctica lo más pronto posible. Para alegría de la astrogadora, la segunda mejora del GX1 sobre las especificaciones de fábrica fue el motor del hiperimpulsor. El senador consideraba crucial tardar el menor tiempo posible en viajar por el hiperespacio. A la mañana del día siguiente llegarían a Coruscant descansados, habiendo dormido en cómodas camas. Los que pudieran dormir.

Coshar desvió otro rayo bláster dirigido hacia él. Varios soldados clon disparaban desde el final del pasillo. Dos de ellos con rifles bláster. Se encontraban, irónicamente, en el centro médico de la base pirata que estaban investigando. Su compañero, el miembro de la Guardia del Senado con su característico uniforme azul, que respondía al nombre de Yossua, se estaba desembarazando de la túnica que revestía la armadura. Había recibido dos impactos, pero la armadura resistía. De no ser porque el senador Forte insistió en que lo

acompañara, ahora probablemente estaría muerto. ¿Qué es lo que había ocurrido? ¿Por qué se habían rebelado los soldados clon? ¿Habrían averiguado algo sobre el propósito del senador? No, no lo creía. Los dos escuadrones de apoyo se habían unido para la última escala antes de abandonar el sector, no antes: inspeccionar las ruinas de la base de Iridium, una banda de piratas que había apoyado a la Confederación en los inicios de la guerra, y de la cual no quedaba ya rastro alguno. Sin embargo, la inteligencia de la República habían informado de actividades sospechosas en el sector, notificándolo al Consejo Jedi. Aprovechando que se encontraba con el senador Forte en el Sector Atrivis, el maestro Windu contactó con él para dirigir una misión de reconocimiento a las ruinas de la desolada base pirata. Los únicos enemigos encontrados eran los soldados clon amotinados, vueltos en su contra. Fue Yossua quien reaccionó a tiempo, salvándole la vida. Fue él quien dio la advertencia, dándole unos segundos vitales para activar el sable de luz y desviar el disparo a corta distancia del sargento mayor. El escolta senatorial desenfundó su carabina bláster, acabando con la vida del sargento de un tiro lateral a quemarropa. Entre los dos acabaron con medio escuadrón en poco tiempo, obligando al resto a retroceder hasta el final del pasillo.

–¿Qué opinas? –le preguntó al guardia del senado.

–Que pronto se les sumará el segundo escuadrón y tomarán el centro médico al asalto.

El segundo escuadrón estaba de misión de exploración en el exterior, buscando otras entradas al complejo subterráneo pirata. Dependiendo de cuánto se hubieran alejado o dispersado dispondrían de más o menos tiempo.

–Por mucho que nos beneficie el sable de luz en las distancias cortas, el excesivo número bastará para neutralizarnos. Quizás si me entrego…

–Si se entrega le matarán –afirmó rotundo–. Le disparaban a usted. Yo sólo soy un testigo incómodo.

–¿Quiere decir que no es otra emboscada al senador Forte? Me parecería más lógico teniendo en cuenta los últimos intentos de asesinato.

–Créame, conozco bien este tipo de situaciones, quieren matarlo a usted.

–Pues enviaron los dos cazas a por su transporte.

–Como dije, testigos incómodos –recordó–. O quizás nos consideran parte de su equipo.

–Yo no soy un objetivo de interés para nadie.

–Usted puede ser un objetivo para muchas personas, y no haberse enterado.

El tono en el que hizo el comentario le causó un escalofrío incómodo por la espalda.

–El pasillo es demasiado estrecho para los dos –prefirió buscar una solución–. Yo podría avanzar a por ellos. Deben de quedar cinco soldados. Puedo protegerme y darles alcance, pero usted no podrá cubrirme o me daría a mi.

–Coincido –contestó Yossua–. Deme tiempo y prepararé una contra-emboscada. Tenemos aquí las granadas de los cuatro cadáveres, más las mías propias. Le dejo una por si la necesita.

–¿A donde piensa ir? –preguntó extrañado–. En la otra dirección podría perderse por la zona aún no explorada de la

base. Tardaría mucho en encontrar una vía alternativa, si es que la hay.

–Por ahí –señaló con la mirada una rejilla de mantenimiento–. Tuve tiempo de estudiar el escaneo del LAAT. Hay algún tipo de sala espaciosa en esa dirección, y seguro que hay un conducto de mantenimiento que me lleve. Puedo acabar con el segundo escuadrón con una trampa explosiva.

–Tendrá que quitarse la armadura.

–Correcto –admitió Yossua, quitándose el casco que cubría por completo su cara, con visera negra en forma de T, y acabado en una inapropiada cresta para lo que se proponía.

Le alivió comprobar que el guardia senatorial era un humano normal, en la cuarentena. Una de las incógnitas que rodeaban a la misteriosa Guardia Azul era si serían clones, aunque ya lo había descartado porque si no él también le habría atacado. Sin embargo, delante suyo tenía un hombre alto, rubio, de ojos azules, con un afeitado bien apurado y con dos cicatrices visibles: una en el tabique nasal y otra recorriendo la mejilla derecha, desde la sien hasta la mandíbula. Nada que ver con los clones.

Mientras Yossua continuaba quitándose las piezas de la armadura, analizó su plan. No quedaba otro remedio, tenía razón. Ambos corrían un grave riesgo. Él debía ejecutar el ataque frontal de distracción: un excesivo número de disparos paralelos y podría caer abatido. Por la otra parte, el guardia podía toparse con el segundo escuadrón sin estar aún preparado. Había bastante probabilidad de que saliera mal. Sin embargo, no quedaba otra opción.

Yossua terminó quedándose con un sencillo mono negro de los pies al cuello. Volvió a ceñirse el cinturón multiusos en la cintura, y otro a modo de bandolera, con todas las granadas que pudo recoger. Le pasó al jedi un comunicador de corto alcance.

–A mi señal –dijo.

Después disparó a la rejilla para reventarla, colgó el bláster del cinturón y se introdujo dentro. El hombre desapareció arrastrándose por el estrecho conducto.

–¡Suerte! –le deseó Coshar.

El jedi echó un vistazo al pasillo de refilón. Los soldados aguardaban en la esquina final, a unos quince metros, donde doblaba a la izquierda en dirección a los hangares. Uno de ellos había montado el rifle DC-15A con su trípode, arrodillado con una pierna doblada y la otra en el suelo; su compañero estaba completamente tumbado, con el arma apoyada en su brazo izquierdo. Debían haber al menos otros tres más a la vuelta de la esquina. Sin duda, estaban esperando al segundo escuadrón. Se echó rápidamente hacia atrás no fuera que fijaran el blanco. Espero unos segundos y volvió a asomarse un momento, mirando en la dirección contraria. El pasillo continuaba, con más puertas y un cruce, sin atisbarse movimiento. Puede que el segundo escuadrón, o parte de él, estuviera buscando la manera de llegar a esa intersección para tomar posiciones, si es que había forma física de hacerlo. Escuchó por el conducto de mantenimiento: nada nuevo. Esperó un poco más, para darle tiempo al guardia a preparar su emboscada, con el comunicador abierto. Controlaba las intenciones de sus asaltantes agudizando los sentidos. Se mantenían profesionalmente a la espera. No le quedaba ninguna duda de que los supervivientes del primer

escuadrón esperaban reunirse con el segundo, y coordinar el asalto.

Tras una larga espera, finalmente escuchó «adelante» por el comunicador. Tenía dos opciones: cargar rápidamente, impulsándose en un gran salto inicial con el que avanzara unos siete o nueve metros antes del primer disparo, correr y alcanzarlos –algo propio de los jedis más atléticos–, o bien ir paso a paso, usando su habilidad con el sable de luz. Él no era un guerrero. Hizo un par de respiraciones y se plantó en el pasillo, con la espada láser como escudo, concentrado en los rayos dispuestos a matarlo.

Los soldados clon dispararon a discreción. Los primeros lásers rojos los desvió con la hoja-luz de color índigo, en dirección al techo, al suelo o a los paneles laterales, salpicando el oscuro pasillo de fulgurosas chispas, con movimientos en cruz formando una barrera, o específicos que interceptaba disparo a disparo. Avanzó cinco metros, poco a poco, con la máxima atención, previendo la trayectoria de cada rayo. Agarraba la empuñadura con las dos manos, para aumentar la precisión de la respuesta, sin florituras, sin giros de muñeca innecesarios. En las cortas pausas entre tiro y disparo fluía en sintonía con la Fuerza, escuchándola, dejando que lo guiará, permitiendo que su cuerpo siguiera su instinto. El siguiente disparo lo retornó al propio soldado clon, quien cayó de espaldas al suelo. De repente, uno de los soldados escondidos tras la esquina lanzó un objeto en su dirección. «Desesperados», pensó, lanzar una granada a un jedi. Levantó la mano en dirección al objeto, el cual rebotó «contra un muro de aire» proyectado por su puño, volviendo en la misma dirección de la que provenía, a los pies del soldado. La

granada explotó prematuramente –debía de haber programado muy poco tiempo de detonación–, sin darle espacio para tirarse al suelo. El grueso de la explosión afectó a todo el grupo, alcanzándole la onda expansiva también a él. Se tiró hacia atrás, dejando que la potencia del estallido lo lanzara, controlando la caída, minimizando los daños. Quedó aturdido unos segundos. Evocó la Fuerza para salir de la turbación antes del siguiente asalto. Se incorporó de un salto, sintiendo un agudo dolor en el hombro izquierdo: un fragmento de la armadura de un soldado se le había incrustado, cortando ligamentos. Soportó el dolor. La Fuerza era como un bálsamo aplicado en la herida. Sujetando el sable de luz con la diestra, corrió hasta la esquina del pasillo, donde encontró los cuerpos inertes de cuatro soldados, uno de ellos languideciendo. El quinto soldado, herido y consciente, alzó el brazo del bláster con demasiada lentitud; Coshar seccionó el arma en dos con el sable de luz, inutilizándola. Luego empujó al soldado telequinéticamente contra el suelo, golpeando el casco fuertemente y dejándolo inconsciente. Levantó la mirada: el pasillo continuaba en dirección a los hangares. Escuchó voces y pasos. Si tenía que jugar su papel, debía atraer al segundo escuadrón hacía sí. Si Yossua había hecho su trabajo, caerían en la trampa. Desactivó el sable de luz y volvió sobre sus pasos a la enfermería. Una vez dentro encontró un armario con medpacs, retiró el fragmento de un tirón, manteniéndose consciente a pesar del dolor, y se aplicó un vendaje bacta en el brazo, algo temporal hasta tener tiempo para curarse en serio; su compañero le necesitaría pronto. Entonces redescubrió el cadáver del sargento mayor, el primero que intentó asesinarlo. ¿Por qué un soldado de la República querría matarlo? Algo había visto Yossua para destapar la emboscada, y

el escuadrón había tenido mejores oportunidades para acabar con ellos; como por ejemplo cuando descendían a la base con el LAAT, con los dos escuadrones listos para desembarcar. Tuvieron que recibir órdenes posteriores. Debería ir a buscar a Yossua. Debería. También tenía que averiguar qué estaba ocurriendo. Retiró el casco del sargento mayor, quedando a la vista el reconocible rostro del clon; retiró algunas de sus piezas exteriores y placas menores. Manipuló los controles internos del casco procurando encontrar grabaciones de comunicaciones recibidas. No encontró ninguna reciente. Cualquier mensaje enviado no debió de quedar registrado.

–Jossua, he terminado con los míos, me dirijo hacia el hangar –dijo por el comunicador, sin obtener respuesta.

Una fuerte explosión hizo temblar el complejo entero. El guardia debió de usar todas las granadas que tenía para su trampa. Debía estar bastante entretenido como para responder a su llamada. Posó el casco en una mesa de operaciones y salió al pasillo. Avanzó sigilosamente hasta doblar la esquina. Antes de que se le olvidara, recogió unas esposas magnéticas del cuerpo de uno de los soldados y se las puso al soldado superviviente, no fuera que despertara e intentara huir. Continuó en dirección a los hangares, buscando captar alguna señal de vida. La entrada al hangar estaba cubierta de una densa columna de humo. Seguramente Jossua montó la trampa dentro, colocando las cargas en un área por el que sabía que pasaría el segundo escuadrón, y esperando el momento oportuno para accionarla. Habían restos de fuselaje desparramados por el suelo. El jedi agudizó sus sentidos. Notaba el hedor de la muerte. Un disparo de bláster atravesó la neblina a unos veinte metros, acabando

con la vida de algún pobre desgraciado, quizás el único superviviente del segundo escuadrón, alguien que estaba tumbado. Era una muerte innecesaria, impropia de un cuerpo de honor; y una acción estúpida, pues podrían interrogarle para saber por qué les habían atacado. Por suerte, él sí había dejado un prisionero con vida. Afinó sus sentidos, había alguien más en aquel hangar.

–¿Jossua? –preguntó en voz alta.

Nadie respondió verbalmente, pero distinguió una forma humana que llegaba desde la pista de despegue del hangar, caminando hacia su posición. Una figura con algunos de los componentes de la armadura blanca de un soldado clon, pero sin el casco y sin otras protecciones, envuelta en el espeso humo de la explosión, que dificultaba esclarecer sus rasgos. ¿Un soldado clon? Quizás, pero podía ser el escolta del senador, que se había agenciado la protección de uno de ellos. Portaba un bláster, de un tamaño parecido al que se había llevado el guardia senatorial. Caminó hacia él. Distinguió una mancha rubia en la cabeza, el cabello de quien se acercaba. Le recordó el momento en el que Yossua se quitó el casco de su armadura azul, un detalle que quería recuperar de la memoria. Había visto ese rostro, más joven y sin cicatrices, en algún sitio. Centró sus pensamientos en él: un hombre paciente, silencioso, huraño; un hombre en alerta, dispuesto para cualquier contingencia. «*Usted puede ser un objetivo para muchas personas, y no haberse enterado*», le había confesado. Le hubiera reconocido antes si no fuera porque creía que estaba muerto.

Avanzó entre la humareda de los restos del LAAT que había hecho explotar cerca de la salida exterior del hangar. Los cadáveres del segundo escuadrón y de la tripulación del transporte de asalto se esparcían por la superficie de la pista, algunos de ellos desmembrados, otros irreconocibles. No recibiendo ninguna señal más del casco, sin comunicaciones de ningún superviviente, se lo quitó. La armadura que había adquirido cuando acabó con la vida de la pareja de guardias que dejaron vigilando la cañonera le había servido muy bien, pero si el jedi le veía podría atacarle por equivocación, a pesar de haberse ajustado tan sólo las protecciones que encajaban con su talla. Una lástima, con el casco podía filtrar el humo y ver claramente, pero no se arriesgaría a una reacción instintiva de Coshar. Lo tiró al suelo. Recordó entonces el comunicador que le había dejado. Sería mejor avisarle. Se disponía a abrir uno de los compartimentos del cinturón cuando escuchó un gemido en el suelo. Uno de los clones estaba vivo, con la armadura destrozada. No iba a dejar testigos ahora que estaba tan cerca de su objetivo. Se acercó al clon y disparó sin piedad. Revisó el estado de los demás, no fuera que quedaran más con vida. Luego tendría que revisar los supervivientes del primer escuadrón. Los jedi no eran muy dados a quitar la vida si no era estrictamente necesario.

–¿Jossua? –escuchó al otro lado del hangar, cerca de la entrada a las instalaciones piratas.

Era el nombre que le había dado al jedi cuando le preguntó cómo llamarle. Ignoraba si los miembros de la Guardia Azul tenían nombres personales o códigos de unidad, ni tuvo tiempo

de preguntárselo al pobre infeliz al que asesinó para obtener su armadura, así que se inventó un nombre cualquiera. Fuera lo que fuera, el jedi tampoco debía de saberlo pues no descubrió su tapadera. Distinguió la figura de Coshar entre la neblina. Poco a poco comenzaba a despejarse, el humo se disipaba por la salida del hangar. Era el momento adecuado, sin testigos, sin molestias. La nave del senador había saltado al hiperespacio, alertado por el mensaje de Coshar Teelk, y los clones estaban muertos. Pudo observar que el jedi estaba herido en el hombro izquierdo, una ventaja a aprovechar. Como respuesta a su pregunta, levantó el brazo saludando con el bláster en posición horizontal, en una actitud abierta y pasiva. El jedi saludó a su vez con la palma levantada. Se reuniría con él y aparentaría buscar juntos la manera de salir del planeta, hasta encontrar el momento adecuado para sorprenderle por la espalda. No era fácil pillar desprevenido a un jedi. Siguió caminando hacia Coshar, y Coshar hacia él. Ya podía ver la expresión de su cara, de sus ojos… algo iba mal. No sonreía como solía hacerlo cuando sobrevivía a un peligro, como cuando descubrió las cargas explosivas en el transporte del senador. Estaba serio, preparado, aunque simulaba estar relajado. *Lo sabe*. Maldición, de alguna manera se ha dado cuenta. Malditos jedis. Tendrá que ser a lo sucio.

Saludó de nuevo con la mano del bláster, medio agachando la cabeza como quien está intentando decir algo, para distraerlo. Llevó discretamente la mano izquierda a su espalda, recogiendo un tubo cilíndrico que había adquirido en el transporte de asalto, cuando la cañonera estaba intacta. Palpó el extremo correcto por el que tenía que agarrarlo y, en un súbito movimiento, apuntó al

jedi, disparando el dispositivo a menos de tres metros. Una red de acero flexible surgió desde el otro extremo del cilindro, expandiéndose alrededor del objetivo, propulsada por unos pequeños repulsores en cada esquina, tan rápido que apenas le dio tiempo a reaccionar. Coshar activó el sable de luz justo a tiempo para cortar la red lateralmente, pero el resto se adhirió a él enredándolo parcialmente, obligándolo a agacharse. *Raven* le apuntó con el bláster sujetándolo con ambas manos, disparando a quemarropa y alcanzando el hombro herido. Con un brazo inutilizado sería más fácil capturarlo, pues no lo quería matar. El gesto de dolor del jedi le supo a gloria. Le iba a propinar una patada en la cara, aprovechando que estaba arrodillado, cuando Coshar alzo la mano del brazo herido como si fuera a parar el golpe. Esa acción le hubiera dolido horrores de haber servido de escudo, pero en su lugar lo empujó telequinéticamente varios metros. Si tuviera su jetpack podría haber aprovechado para adquirir altura, pero no disponía de sus habituales recursos. Estaba improvisando. Rodó por el suelo, sin perder el arma y, efectuando una voltereta un poco chapucera, hizo lo justo para quedar de rodillas, apuntando al jedi. Coshar había aprovechado los segundos conseguidos para desembarazarse de los restos de la red, desactivando el sable –para no herirse a sí mismo–, y usando ambas manos. Se desprendía de la trampa-red cuando disparó dos rayos bláster hacia el jedi. Coshar activó el sable de nuevo para desviarlos. De no haberlo conseguido a tiempo, uno hubiera acertado en el pecho y el otro en la pierna. Era veloz, y se recuperaba pronto de sus heridas, o al menos parecía ignorarlas. Un enemigo digno de superar. Emprendió varias ráfagas para tenerlo bien ocupado: mientras tuviera que reflectar los disparos no se acercaría hacia él. No quería llegar al cuerpo a

cuerpo. Sin embargo, el último tiro lo desvió hacia él, alcanzándolo en el pecho. Aguantó el dolor del quemazón del láser. La armadura pectoral había absorbido la mayor parte de la energía del rayo. Increíble, a pesar de estar usando sólo una mano era capaz de devolvérselos. Dedujo que lo siguiente que haría Coshar sería, precisamente, avanzar paso a paso hasta conseguir el combate físico. Cogió una granada de humo del cinturón y la hizo estallar contra el suelo, creando una pantalla que lo ocultaría un tiempo. Rápidamente colocó otra de las granadas, una de las «joyas» que encontró entre el armamento de los clones, en el suelo, sin activarla, y se alejó varios metros atrás. En esa situación, y con los sentidos aumentados del jedi, perdería la ventaja en seguida. Salió de la zona de humo justo a tiempo para encontrar el casco que había posado en el suelo. Se lo colocó enseguida, activó el visor y el sistema de imagen multiespectral le permitió localizar al jedi al otro lado de la nube, quien avanzaba cautelosamente, escuchando todo ruido por pequeño que fuera. Disparó a placer, teniéndolo a la vista. Sin embargo, el condenado jedi conseguía desviarlos de nuevo. ¿Cómo podía hacerlo sin visibilidad? El jedi no atendía a su visión, pero en el momento de disparar parecía saber, de alguna manera, de donde provenía, girando el sable de luz hasta interceptar el láser en el momento justo. Empezaba a odiar ese detestable campo de energía del que presumían ser conocedores. No obstante, el cauto avance de Coshar le beneficiaba. Siguió disparando para que cayera en la trampa. El humo empezaba a despejarse, y el jedi podía ver la dirección de la que provenían los disparos. Comenzó a avanzar hacia él, poco a poco, paso a paso, prudente, tal y como el caza-recompensas deseaba. Descubrió su figura, ya sin necesidad de las mejoras visuales del

casco de soldado, en el punto donde había posado la granada iónica. Activó el detonador a distancia y un haz de rayos azulados recorrieron el cuerpo del jedi. No podía desaprovechar el aturdimiento de su rival, que por una vez parecía no recuperarse. Fijó la carabina bláster DC-15 en posición de aturdimiento y disparó. El primero lo bloqueó torpemente, a pesar del sufrimiento por el que tenía que estar pasando. El segundo apuntó a la pierna, para obligarle a hacer descender la hoja de energía con el fin de proteger la extremidad. Había observado los movimientos de bloqueo con el sable de luz. Eran más lentos. El tercero, el de la victoria, fue hacia el brazo derecho. No pudo levantar la empuñadura a tiempo y el láser pasó a un par de centímetros de la hoja de plasma, obligándole a soltar el sable de luz. Gesticuló con los dedos, como si intentara que volviera del suelo a su mano. Disparó un último tiro a la cabeza, alcanzándolo de pleno. El jedi se derrumbó. ¡Al fin! Corrió hasta Coshar, dispuesto al quemarropa si fuera necesario. No hacía falta, había caído inconsciente. Recogió el sable de luz y lo enganchó en su cinturón. Luego desabrochó la parte de la armadura medio inservible por el disparo impactado, dejándola caer. Necesitaría aplicarse un medpac en el pecho, para sanar la herida. Ya se encargaría de ello. Estaba cansado. Reprogramó el comunicador para una transmisión a larga distancia:

–FA-4, aquí Raven, ven a recogerme a las coordenadas de mi localizador.

–Sí, señor –escuchó una voz metalizada en el comunicador.

El droide piloto que había comprado para la *Perra Callejera* los estaba siguiendo allí donde fueran. Cada vez que el GX1 del senador Forte salía del hiperespacio, enviaba la nueva posición

al droide, quien, asistido por R2-K7, calculaban con tiempo y sin riesgos las nuevas coordenadas de astrogación. No servirían para mucho en un combate espacial, pero sí para tener la nave lo suficientemente cerca hasta que la necesitara. Miró el cuerpo inerte del jedi, estudiando sus heridas.

–Droide –volvió a decir–. Dile al Dos Uno-bé que prepare el centro médico. Tiene un nuevo paciente. Lo quiero fuera de peligro, pero drogado hasta que pueda interrogarlo. Le mandaré una lista de los medicamentos que tenemos por aquí, a ver cual es el más adecuado hasta que lleguéis.

Dos horas más tarde, los droides de carga del carguero de clase Kazellis introducían en la nave a un inconsciente Coshar Teelk.

El encuentro

El tahúr extrajo los fajos de billetes de uno en uno, colocándolos encima de la mesa del despacho del Barón de Moulan, que se encontraba al otro lado, sentado en su cómodo sillón. Un gamorreano esperaba en la puerta, y uno de sus hombres de confianza, con un bláster pesado en el cinto, supervisaba la operación. Según iba ordenándolos, Jackson actualizaba la suma total de la deuda. Cada fajo que posaba valía cinco mil créditos.

–[…]cinco mil, diez mil, quince mil –anunció.

Sacó el último fajo de la caja de seguridad, más pequeño que los anteriores, contando los billetes de uno en uno y para sí, aunque a la vista de todos los presentes. Cuando terminó la cuenta, se guardó los quinientos sobrantes en el bolsillo interno del esmoquin.

–Y dos mil quinientos créditos más, suman diecisiete mil quinientos –suspiró, consciente de la fortuna de la que se estaba desprendiendo, la mayor parte adquirida en el juego, en este mismo club o en otros del mismo distrito–. Más lo ya devuelto con anterioridad deja un total de cincuenta y dos mil quinientos créditos.

–Y como testaferro y defensor de los intereses de Madame Corbieer, atestiguo que la deuda ha sido saldada, con todos los intereses satisfechos –confirmó el Barón de Moulan.

El testaferro apagó el fino cigarrillo azulado, dejándolo a menos de la mitad –nunca se los fumaba por completo, prefiriendo apagarlo y encender uno nuevo–, y sirvió dos vasos de sirake rojo, uno para Jackson y otro para él. El tahúr aceptó la invitación, brindaron a la vieja costumbre de los de su oficio, y se bebieron el vaso de un trago. Jackson se tomó la iniciativa de coger la botella y llenar de nuevo los vasos. El barón rechazó cortésmente el brindis con un delicado gesto de la mano, dejando su vaso relleno.

–Entonces por los cincuenta y dos mil quinientos –brindó al aire, en dirección al barón, como gesto de respeto, y bebió de nuevo de un trago.

–Es un placer haber intermediado en la transacción –dijo el barón–. En el futuro le recomiendo no inmiscuirse en los asuntos de Madame, o en los de cualquier otro aristócrata, y menos si son bellas mujeres. No le conviene, señor Jackson. No comprende nuestro estilo de vida. Es usted afortunado. Sinceramente no albergaba esperanzas de que fuera a cumplir con su obligación.

El tahúr no veía el momento de abandonar el despacho del petulante barón, no fuera que la tentación de recuperar el dinero fuera mayor que su sentido común. Se levantaron los dos para estrecharse la mano, requisito formal del trato, pues el barón no apreciaba estos gestos con gente de baja alcurnia, lo que supuso el único placer de la noche. Con un «hasta la próxima», que bien pudiera haber sido un «anda y que te den», salió de la habitación acompañado por el gamorreano. Pasó al recibidor de las estancias personales del barón, donde un amplio ventanal ahumado permitía observar la actividad de la sala de juego de la

planta inferior. Unos cómodos asientos, detrás de una mesa con monitores de las actividades del local, ofrecían al barón, o a sus acompañantes, enfocar cualquier partida que estuviera teniendo lugar en las mesas de la sala principal. Se detuvo en el ventanal observando las distintas mesas de sabbac, el escenario a su izquierda con los músicos habituales, con dos pantallas a ambos lados donde proyectaban todo tipo de paisajes, partidas o el propio escenario. Debajo suyo estaba una de las barras de bar. Quería fisgonear quienes habían en los reservados del fondo cuando el gamorreano le dio un empujón con el hombro, conminándolo a salir. Se dirigió al turboascensor, pero las puertas del mismo no se deslizaron. El brusco gamorreano señaló las escaleras laterales. En fin, sólo el barón o aquellos a los que él designara podían usar el turboascensor, y él era un mero deudor que acababa de finiquitar la histórica deuda con Madame Corbier, la cual había sido considerablemente paciente como para permitirle reunir la inmensa cantidad perdida, en atención a los servicios prestados o, lo que es lo mismo, a que le guardaba cierto cariño tras haber satisfecho algunos de sus caprichos más extravagantes. De lo contrario no hubiera durado mucho con las manos intactas.

Ahora podía empezar de cero o, mejor dicho, con quinientos créditos en el bolsillo. Se le abría un nuevo mundo de posibilidades, libre de la pesada carga que había llevado durante los últimos siete años de su vida, pagando básicamente intereses acumulados año tras año. Se había librado de una buena parte en su magnífica partida contra aquellos tramposos aficionados, el día que ganó veinticuatro mil créditos, el mismo en el que reapareció Coshar Teelk para reclamar los favores que le debía,

haciéndole perder más tiempo y, por lo tanto, más dinero. Entre eso, lo que recuperó de su amigo de las CorSec, y lo que ganó sirviendo al senador Forte, pudo satisfacer parcialmente su deuda, lo bastante como conseguir una prórroga para el resto, el que acababa de liquidar hoy mismo con las ganancias obtenidas durante los últimos meses.

«Mal negocio el de la madame, a ver si conseguimos recuperarlo», se animó una vez descendió las escaleras. En frente suyo tenía la puerta que daba al pasillo «VIP», el de las salas privadas, donde se apostaban ingentes cantidades de dinero, y que conocía de su existencia de la vez que pagó por una noche en una de las suites, habitaciones donde esconderse durante un tiempo, y que estaban enfrente de las timbas privadas. El gamorreano volvió a empujarlo; no tenía suficiente dinero como para participar esa noche. Empezaba a cansarse de los toques de atención del guardia, pero ¿quien iba a discutírselo? Giró a la derecha, hacia la gran sala. A su izquierda, la barra de las salas, y más al fondo el escenario. En frente suyo varias mesas de sabbac, la barra central en forma de cuadrado atendiendo todos los lados, y más mesas alrededor. Al final del todo los reservados. Allí raramente se jugaba: se hacían negocios, se pasaba un buen rato con algunas damiselas o simplemente se dedicaba uno a beber. A su derecha, la salida del turboascensor en la planta baja, más reservados, y al fondo otra de las barras y los escalones que iban al recibidor. Después de deshacerse de una gran cantidad de efectivo, lo más sensato sería marcharse de las *Delicias*, pero el azar no era un juego sensato, y él no iba a ser menos. Deambuló entre las mesas, sin saber en qué partida meterse. Dio varias vueltas, se sentó en la

barra, observó algunas manos a escasos metros y, finalmente, se animó a entrar en una mesa de cuatro, aprovechando que un fracasado acababa de dar la noche por perdida.

–¿Les importa si me uno a ustedes, caballeros? No se arrepentirán de que me incorpore a la partida –dijo con su mejor sonrisa, entusiasmado con la idea de llevarse mil o dos mil créditos de unos pardillos.

Sus rivales no se arrepintieron. Dos horas más tarde se levantó con veinte créditos en el bolsillo y un semblante de incredulidad en el rostro. Pensando donde dormiría esa noche, se fue directo a sentarse a la barra central. «¡Qué demonios! Beber no cuesta tanto, y es menos arriesgado».

–¿Una mala racha? –preguntó la camarera, una twi'lek ya madurita, con uno de los apéndices extirpados, una vieja conocida del *Delicias*.

–Un mal comienzo –apuntó Jackson.

–¿Dhrax?

–Frío y con unas gotas de gralish, si no te importa –matizó.

Se lo bebió de un trago, para quitar el mal sabor de boca; luego pidió otro, ya para saborearlo. Desahogó sus penas con la twi'lek, acostumbrada a escuchar las lamentaciones de los clientes, hasta que se desembarazó de él para atender a otros clientes. «Nunca funciona con las camareras, y menos en plan agonías», recordó. Se dedicó a observar las mesas desde la

barra, a los que entraban, a los que salían, a los de los reservados, y a cualquiera que pudiera distraerlo, sin darse cuenta de que a su espalda tenía el escenario, donde la banda de los Randaleros, su grupo favorito del club, entraba en acción. Entonces vio a alguien que no se esperaba ver, la última persona que pensaba que podría pisar las *Delicias de Nubia*: un joven compatriota de pelo alborotado, no demasiado largo, de apellido Hightowers. Estaba sentado en uno de los reservados junto a otro hombre de tez tostada, de similar edad, y al parecer paralítico por la silla repulsora que mantenía en la punta de la mesa. ¿Qué hacían en Coruscant? Se suponía que estaba escondido en algún remoto planeta que Coshar no quiso confesarle. Se cambió de lugar, moviéndose discretamente un poco más a la izquierda, donde la columna central, la cual, rodeada por la barra cuadrangular, lo ocultaba parcialmente. Tenía buena línea de visión, y si ellos miraban en su dirección le bastaba con girar la cabeza o mirar al frente. Total, Kilian no sabía quien era. Parecía que esperaban a alguien, o a algo, pues renovaban sus bebidas y se las tomaban con mucha calma. Aquél no parecía el muchacho del que le había hablado Coshar. Su rostro era joven, pero con expresión madura. No el impaciente y desobediente aspirante a padawan, ni el rebelde motero de los *nebulones azules*. Le recordaba más, en cierta manera, a Coshar. El amigo minusválido también tenía ese aspecto a jedi. Llevaba una capa azul que no le pegaba para nada, e intuyó que ocultaba vestimentas propias de los jedi.

Bueno, ya no le debía nada al jedi, así que con menos de veinte créditos en el bolsillo, en cuanto pagara los dhrax que se tomara, seguro que la familia de Kilian pagaría una buena suma

de dinero por su localización. O mucho más por su captura, aunque no se imaginaba cómo iba a conseguirlo. Quizás emborrachándolos. Tampoco tenía crédito suficiente para tantas bebidas, pero seguro que ellos sí. Se levantó del taburete de la barra, dispuesto a presentarse, cuando vio otra cara conocida. Y bien conocida.

–¿Te has enterado de lo del Templo? –le dijo la camarera, que había vuelto con él para charlar un rato.

–Ahora no, Jazzi'l –contestó bruscamente, atento al otro individuo que estaba apoyado en la barra cercana al vestíbulo.

Entonces reaccionó ante el comentario de la twi'lek.

–¿El Templo? ¿Te refieres al Templo Jedi? ¿Qué le pasa?

–Lo han asaltado las tropas clon –se rumorea que han traicionado la República.

–¿Ah sí? –ahora encajaba la presencia de Kilian.

No estaba esperando a alguien, estaba escondiendo a su amigo. ¿Por qué si no se ocultaría en los niveles inferiores del Distrito Entretenimiento? Un lugar a donde raramente iba el ejército o la policía, y donde nadie hacía preguntas. Quizás también ofrecían una recompensa por su amigo. Claro que eso de ser un soplón de los polizontes no iba con él. Uno tenía que mantener una reputación. Podría encontrarles refugio en los niveles inferiores, y una vez ganada su confianza sería más fácil. Sin embargo quedaba el asunto del caza-recompensas, el rodiano compañero de Earl Ravenous, alias Raven, llamado Broggo, que buscaba a su presa pacientemente apoyado en la barra. De alguna manera sabían de Kilian y le estaba buscando. Era una suerte que él lo hubiera visto primero, y que el rodiano no hubiera

inspeccionado los reservados. ¿Cómo podía deshacerse de él?

Caminó discretamente hacia su derecha, hacia el turboascensor privado del Barón de Moulan, donde hacía guardia uno de sus hombres. Procuró moverse entre las mesas, mezclándose entre los corrillos de curiosos que se entretenían viendo las jugadas de otros, agachando la cabeza.

–Hola, Max –saludó de espaldas al rodiano y de frente al guardia.

–El barón no quiere verte, Jackson –respondió el hombre.

–Al barón le gustaría saber que hay un peligroso caza-recompensas en las *Delicias* –sabía como manejarlo–. Seguro que el rodiano que está en la barra del vestíbulo viene en busca de pelea. Y los dos sabemos que el barón es un amante de la paz.

El hombre alzó la mirada para comprobar la denuncia de Jackson. La mirada que echó al rodiano confirmó al tahur que lo había convencido.

–Grax, tenemos un problema en la barra sur –anunció por el comunicador interno–. Rodiano. Caza-recompensas.

A Jackson le encantaba ver a los hombres del club en acción. La corpulenta figura de uno de los gamorreanos del vestíbulo apareció en los escalones de bajada a la gran sala, con buena visión del rodiano. Casi pudo ver la cara de satisfacción de Grax. Un rodiano era una presa difícil de abatir, y sabía que Broggo le complacería en ese aspecto. Luego retrocedió y golpeó dos veces cortas y una larga en la puerta del cuarto de seguridad del vestíbulo. No es que fuera un medio de comunicación moderno, pero qué se podía esperar de un puerco gamorreano. Otro de su especie salió del cuarto de seguridad

para apoyar a Grax. Seguro que habían más dentro. La historia estaba resuelta. Invitarían al rodiano a marcharse del club y él tendría vía libre para abordar a Kilian.

–El jefe quiere que ayudes a convencer al rodiano de que se marche por las buenas, sin provocar un alboroto –le dijo Max, que recibía instrucciones por el comunicador de la oreja–. A cambio tendrás crédito en las mesas por esta noche.

No le apetecía mucho arriesgarse, aunque la oferta era buena. Era rara la ocasión en la que el barón admitía una cuenta a saldar en las mesas. Y aquello parecía fácil. Los dos avanzaron hacia la barra del vestíbulo, discretamente entre los clientes. Los gamorreanos se acercaron al rodiano. Le sacaban unos veinte centímetros cada uno. El rodiano no era rival para las dos moles que se le aproximaban con sus hachas de combate. En cuanto los vio llegar, se plantó delante de ellos sin amilanarse. Grax le ordenó directamente que se marchara, a lo que el rodiano contestó algo que no oyó. El gamorreano sonreía, dejando caer las babas de su boca. Aquella noche prometía. Entonces Broggo, que estudiaba la situación, se percató de Max y de él.

–¡*Jacksssson!* –gritó.

–¿Jackson? –exclamó asombrado el aludido.

El rodiano sacó algún tipo de filo oculto en el cinturón y rasgó la frente del compañero de Grax, que se acercaba para prenderle por el brazo. El gamorreano se llevó las manos a la cabeza. Quizás el corte no había sido muy profundo, gracias a la gruesa capa de piel, pero lo suficiente para que su verde sangre se derramara por las cuencas oculares, cegándolo. Aprovechando los torpones pasos del gamorreano, que obstaculizaban a Grax,

lanzó el cuchillo a Max, clavándose en el brazo del bláster que desenfundaba. Los jugadores de las primeras mesas se levantaron alertados por los gritos del gamorreano herido, echándose hacia atrás.

El tahúr, que no había que ser un lumbreras para deducir que Broggo venía a por él y no a por Kilian, se tambaleó retrocediendo entre la muchedumbre que intentaba alejarse del combate, buscando refugio detrás de una de las columnas. El rodiano agarró el hacha de combate del gamorreano cegado y lo volteó un par de giros hasta lanzarlo a Grax, incrustándoselo en el pecho. Grax cayó hacia atrás, herido de muerte. Broggo se lanzó encima de él, no con intención de rematarlo, sino de conseguir el bláster que llevaba en el cinto y que no le había dado tiempo a sacar. Una vez conseguido, usó el cuerpo del herido para refugiarse y disparó a Jackson. El tahúr se salvó porque alcanzó a varias personas que corrían delante suyo. El segundo disparo del rodiano impactó contra Max, para asegurarse de que no lo dispararía aunque fuera con la siniestra. El susodicho quedó inconsciente. Muchos de los clientes, asustados por los disparos, corrieron de un lado para otro, buscando refugio, tumbando las mesas y, en general, entorpeciéndose los unos a los otros. Los más sensatos y próximos al vestíbulo corrieron hacia la salida del club, obstaculizando la llegada de los guardias de la sala de seguridad. Los Randaleros siguieron tocando en el escenario, animados por el ambiente. Jackson calculó si convenía arriesgarse a ir a por el bláster de Max, o si era mejor seguir retrocediendo. Al ver que Broggo no tenía ningún miramiento en acabar con cuanto individuo se interpusiera entre su presa y él, despejando una

línea de tiro en su dirección a base de personas que caían al suelo, muertas o heridas, aprovechó las pocas personas que aún se intercalaban para saltar tras la barra central. Allí se escondían las camareras, entre ellas Jazzi'l, asustada como las demás, aunque con más redaños que sus colegas.

–Dime que tienes un bláster por aquí –rogó Jackson.

La twi'lek asintió con la cabeza, señalando una puertecita oculta en la columna central. El tahúr echó un vistazo detrás del panel: habían unas escaleras que descendían. Se giró para preguntar a Jazzi'l.

–No bajes, no hay salida –advirtió la twi'lek–. Detrás de las botellas de roima.

Jackson encontró el estante de las botellas. Las apartó, cayendo más de una al suelo, hasta ver un bláster escondido al fondo. Lo agarró y volvió a echarse al suelo, apoyándose en la barra, sujetando el arma con las dos manos. Los tiros de Broggo comenzaron a centrarse en la barra central, pasando por encima de sus cabezas y destruyendo varias botellas cuyos líquidos caían encima de ellos. Una de las camareras, aterrada por los disparos y los cortes de cristales que caían, se levantó, queriendo saltar por encima de la barra. Un rayo láser la alcanzó por la espalda, cayendo derrumbada encima de la barra. Jazzi'l gritó horrorizada. Jackson intentó sujetarla, pero la twi'lek, medio agachada, quiso sacar a su compañera de la barra, recibiendo un disparo en el hombro, aunque consiguiendo su objetivo. Sostuvo en sus brazos a su amiga, que la miró por última vez antes de expirar. Jazzi'l tenía lágrimas en los ojos, de dolor por la herida y de sufrimiento por la pérdida.

–No te muevas –le dijo Jackson–. Parece una herida seria.

La twi’lek lo miró con una expresión de indiferencia. No le importaba su herida, sino su amiga. Los disparos dejaron de impactar contra la barra, aunque se seguían escuchando. El resto de los guardias debían de haber llegado. Asomó la cabeza, para comprobar su teoría. Efectivamente, el rodiano era el objetivo de varios guardias. A su derecha, desde el turboascensor, uno de los hombres del barón disparaba contra Broggo; enfrente suyo, otro gamorreano hacía lo propio; y desde otra puerta a la izquierda, un último gamorreano también intentaba alcanzar al rodiano. Éste se había guarecido detrás de la barra del sur, respondiendo al fuego de todos; ora a unos, ora a otros. Apoyó a los guardias desde su propio frente, disparando un par de veces al rodiano sin demasiado éxito. Quizás era hora de largarse de ahí, aprovechando que Broggo tenía demasiados enemigos. Se desplazó, siempre agachado, hasta la zona norte de la barra donde, oculto por la columna central, podría saltarla sin riesgo de ser alcanzado.

–No nos abandones –suplicó la twi’lek, que acariciaba la frente de su compañera muerta.

–Me quiere a mi, no a ti –respondió–. No a vosotras –rectificó al ver cómo Jazzi’l contaba aún con su compañera.

–No nos dejes aquí –imploró–. No me dejes a solas… con ella.

Jackson tragó saliva. Quedarse era un riesgo innecesario. Por otro lado, la camarera siempre le había caído bien. No le gustaban este tipo de decisiones, entre su pellejo y el de alguien a quien apreciaba.

–Es a mí a quien busca –insistió–. Quédate agachada y no te pasará nada.

Apretando los dientes continuó hasta el otro lado de la columna central, irguiéndose contra ella, protegiendo su espalda. El intercambio de disparos continuaba, pero no parecía venir ninguno en su dirección.

–Por favor… –escuchó una última vez, una voz débil.

«Mierda», pensó. Se agachó de nuevo y desanduvo el camino, hasta volver con Jazzi'l.

–Está bien, te vienes conmigo, pero haz lo que yo te diga –le rogó–. Tienes que dejarla.

La twi'lek lo miró, recobrando la razón. Reposó delicadamente el cadáver de su amiga en el suelo, y agarró la mano que le ofrecía Jackson. Juntos se arrastraron a gatas por el suelo de la barra, volviendo detrás de la columna central.

–Ahora te levantas lentamente, apoyando tu espalda contra la columna, y cuando estés de pié, saltas al otro lado y directa al suelo, ¿entendido?

Jazzi'l asintió con la cabeza, asustada pero resuelta. Jackson asomó parcialmente la cabeza, en dirección al rodiano, que no sólo seguía asombrosamente vivo, sino que además había acabado con el gamorreano del vestíbulo. Había menos personas en la gran sala. Muchos seguían tumbados en el suelo, sin moverse o arrastrándose como los reptiles, buscando un lugar mejor donde esconderse. Otros seguían en los reservados, bien protegidos, sin atreverse a salir de allí. Broggo lo descubrió y disparó contra él. Los músicos randaleros, tras constatar que los lásers comenzaban a llegar al escenario, optaron por terminar la

función y retirarse. El tahúr se agachó, espero un par de segundos, y devolvió los disparos para cubrir a la twi'lek, quien saltaba en esos momentos al otro lado, con éxito.

–Espera a que vaya yo –le dijo.

Entonces se levantó, protegiéndose con la columna, y descubrió a Broggo saliendo de su defensa. O era un temerario o los tenía bien puestos. Su presa estaba escapando, y eso era algo que al rodiano no le debía de agradar. Jackson notó una fría gota de sudor resbalando por la sien, y un escalofrío en los huesos; aquel alienígena daba auténtico pavor. Broggo devolvió los disparos del guardia del turboascensor, obligándolo a resguardarse en el pasillo de acceso a las escaleras, y avanzó hasta la primera mesa tumbada, rematando a dos desgraciados que gritaron de horror. Jackson le disparó dos veces más: una alcanzó la mesa, haciendo un agujero, y la otra falló. El gamorreano de la puerta corrió tras el rodiano, disparando con su bláster reiteradamente. El rodiano sólo le devolvió el disparo una vez, hiriéndolo en el pecho, lo que no supuso un impedimento para que el gamorreano saltara encima de Broggo. Esa era su oportunidad. Jackson saltó al otro lado de la barra, recogiendo a Jazzi'l, quien lo esperaba obediente. Ella señaló en una dirección y el tahúr accedió. Ambos corrieron hacia la esquina noreste de la sala, donde se abría un pasadizo que comunicaba con las habitaciones privadas del club, en la parte trasera, y que la twi'lek conocía bien.

Se ocultaron temporalmente detrás de la columna noreste, a escasos metros del pasadizo, y en frente del último reservado de la pared este. Allí de pie se encontraba un quarren vestido con una túnica de marrón oscuro, con una pistola bláster en la mano.

Los cuatro tentáculos de la barbilla vibraban excitados. A ambos lados lo acompañaban los dos matones que ya había conocido anteriormente, también con armas de fuego. No se podía creer su suerte. El quarren reía al ver la atónita cara del tahúr.

–Toda la noche vigilando tus pasos, aquí escondidos, y sólo hemos tenido que esperar a que huyeras en esta dirección. El rodiano, sin pretenderlo, nos ha hecho un gran favor.

–¡Ya no tengo tratos con el senador! –aquellos seres eran los que le habían emboscado en el estrecho callejón, a Forte y a él, cuando estuvo a punto de morir si Coshar no los hubiera seguido.

–Pero tu sabes cómo contactar con él, Jackson, y con el jedi –respondió el quarren–. Os queremos a los tres. Suelta el bláster o morirá la camarera. He visto cómo la mirabas.

Jazzi'l se agarró al brazo del tahúr. Si no soltaba el bláster puede que alcanzara al quarren, pero los otros dos esbirros acabarían con ellos. Al menos que ella viviera. Dejó caer el arma al suelo. El quarren, sin pensarlo, disparó a quemarropa contra la twi'lek, en el estómago, matándola al instante. Las risas del quarren helaron a Jackson, arrodillándose para sostener a Jazzi'l, ya sin vida.

–¡No! –gritó una voz.

La cabeza del quarren se vio fuertemente golpeada por una barra metálica lanzada a corta distancia, aturdiéndolo. Una figura se abalanzó contra uno de los matones, derribándolo en el salto de un rodillazo en la mandíbula. El esbirro atacado trastabilló hacia atrás, tropezando con la mesa del reservado. Su atacante cayó de pié, con ambas piernas. Giró 180 grados,

lanzando una patada alta contra el segundo matón. Algo crujió en el cuello del sorprendido esbirro, que se llevó la mano izquierda, intentando respirar. Lo agarró un momento del brazo del arma, cogiendo el bláster que portaba, y luego lo dejó caer. Giró la cabeza para vigilar al primer derribado, que intentaba apuntarlo con el bláster. Le golpeó en la sien con la empuñadura del bláster, dejándolo inconsciente. El quarren salió del aturdimiento sólo para verse apuntado con un bláster.

–Ahora eres tú quien tiene que tirar su arma, miserable –dijo el joven atacante.

Jackson no podía creer lo que estaba viendo. Kilian Hightowers, el hombre al que había investigado en Corellia, el amigo de Coshar Teelk, le estaba salvando la vida. Le quitó el bláster al quarren y le apuntó en la cabeza. Estaba furioso. Lo de Jazzi'l había sido innecesario.

–No lo haga, es innecesario quitar la vida de un enemigo derrotado –pidió Kilian.

–Es muy fácil decirlo cuando no es a tu amiga a quien han matado –respondió Jackson.

–No tenemos tiempo para discutirlo, señor Jackson. Tenemos un deslizador con el que huir.

El tahúr quiso apretar el gatillo, zanjando la discusión de la manera más expeditiva posible. Sin embargo, el gatillo no se movía, parecía atascado.

–Que suerte tienes –le dijo al quarren, y le propinó un golpe con la culata en su cabeza de calamar–. Detrás tuyo hay una salida. Es a donde me llevaba Jazzi'l.

–Usted primero –dijo Kilian–. Y déjeme el arma. No se

ofenda, pero viendo como dispara mejor me encargo yo de los tiros.

–El arma se queda conmigo –afirmó, pasando al lado de Kilian.

Corrió una cortina y se introdujo en el pasadizo. El joven corellliano lo siguió. No recorrieron mucho tramo. El tahúr abrió una puerta a la derecha. El pasadizo continuaba hacia adelante, torciendo a la izquierda.

–Por ahí se va a la parte trasera del escenario –dijo Jackson–. Por aquí damos a una puerta trasera.

Entraron en una habitación semioscura. Una especie de almacén con otra puerta al otro extremo. Desde fuera no podía ser abierta, pero desde el almacén bastaba con apretar el botón lateral. La puerta dio paso a un callejón exterior, paralelo al club. Podía continuarse hacia el norte por el callejón, o hacia el sur, hacía el bulevar principal. También podían meterse por otras callejuelas que partían hacia el este.

–Mi amigo nos espera en el bulevar –dijo Kilian.

Ambos se encaminaron hacia el sur. Tras correr unos metros, el callejón hizo un requiebro antes de salir al bulevar. Fue en ese momento cuando Kilian empujó a Jackson a la esquina, salvándolo de un rayo láser por la espalda. Estaban a unos treinta metros de la puerta trasera cuando salió Broggo por ella, disparando contra el tahúr. No se había fijado que tenía una presa mayor a su alcance. Lo descubrió cuando Kilian se volvió hacia él para devolver el disparo. El rodiano abrió los ojos incrédulo, tan excitado por el hallazgo que no reparó que su objetivo principal sabía cómo usar un bláster. El disparo fue

rápido y certero, alcanzando el pecho del rodiano, en el chaleco protector. Cayó de rodillas riéndose, algo inexplicable para Kilian, que no sabía quien era. Sin perder tiempo, siguió tras Jackson, saliendo al bulevar. En cuanto salieron, Válar descendió de los niveles superiores, parando el turbo-deslizador enfrente de ellos. Jackson recordó al minusválido de piel tostada que lo acompañó. Subieron de un salto y, sin mayor dilación, el sanador jedi elevó el deslizador aéreo, al tiempo que varias personas salían por la entrada principal de las *Delicias de Nubia*, huyendo en cualquier dirección.

–Se acabó este club para mí –dijo Jackson resignado.

El interrogatorio

Era un cuarto oscuro, mal ventilado, sin ninguna luz del exterior. Tan sólo una débil iluminación artificial indirecta, de focos ocultos en la parte superior de las paredes, en aberturas longitudinales de extremo a extremo. La estancia era de unos dos metros cuadrados, con pequeños indicadores luminosos en los paneles y en la única puerta de acceso. Coshar estaba maniatado de muñecas y tobillos en una mesa de operaciones hidráulica, inclinada unos treinta grados respecto a la vertical, boca abajo. Las ataduras consistían en unas abrazaderas metálicas reforzadas con una ligadura energética. Cualquier intento de disipar su energía culminaba en fracaso: un generador suministraba una corriente electromagnética continua; una celda de retención diseñada para un jedi como él. El panel cercano a la puerta indicaba su estado de salud: pulsaciones por minuto, actividad cerebral, sudoración, riesgo de desmayo, etc.. Si alguno de los parámetros permanecía estable durante cierto tiempo, la mesa le administraba pequeñas descargas eléctricas, dolorosas, manteniéndolo despierto, agotado y sin vitalidad. Lo mismo pasaba si pretendía usar la telequinesis para zafarse de las ataduras: unos sensores instalados en la mesa, al detectar las vibraciones, aplicaban las descargas con el doble de potencia, rompiendo la concentración de Coshar, el cual quedaba postrado y exhausto.

La Fuerza era lo único que lo mantenía consciente y vivo, en

una lucha incesante por sanar su cuerpo, dominar el dolor y recuperarse lentamente de las heridas. Todo cuerpo tiene sus límites, y el del jedi podía colapsar en cualquier momento. Era difícil mantenerse lúcido en esas condiciones, pero necesitaba de todo su ingenio. El programa de retención del panel se ocupaba de evitarlo, impidiendo que durmiera. En cuanto parecía que iba a poder descansar, todas las luces se encendían y un ruido espantoso evitaba que cayera en el sueño. Coshar se preguntaba si alguien le estaría buscando, quizás el senador Forte, y si sabría algo de su captor. Aunque lo dudaba; al igual que él, Jano Forte también pensaba que estaba muerto, y aún así saltó al hiperespacio siguiendo sus instrucciones, por lo que fue imposible avisarle. Lo que sí podía haber ocurrido era que hubiese vuelto a Cosruscant y hubiera informado al Consejo Jedi de la emboscada de los soldados clones. Eso sí era factible, y puede que ahora algún jedi estuviera investigando su paradero. Debía aguantar todo lo que pudiera.

Coshar oyó pasos en el pasillo exterior. Alguien venía. La puerta se deslizó hacia arriba y apareció Earl Ravenous, también conocido por Raven. Esta vez llevaba su armadura habitual de caza-recompensas, rematada con el casco de la Legión Alienígena de Lemax, y no el traje de la Guardia del Senado con el que le había engañado. Ahora Coshar conocía su rostro, lo había visto, y eso no auguraba nada bueno. No dijo nada de inmediato; se limitó a leer los indicadores del estado de salud del jedi y la configuración del «potro de tortura» tecnológico. Luego pulsó varios botones, cambiándose de color algunas luces, de rojas a azules, y tecleó algunos comandos en una terminal integrada en el panel. Súbitamente, Coshar sintió un

pinchazo en la zona lumbar, la sensación propia de una aguja hipodérmica inyectando alguna sustancia en el cuerpo, probablemente en el espacio epidural. Se podía imaginar qué era: algún tipo de suero hipnótico o agente semi-anestésico para facilitar el interrogatorio. En el momento en el que entró en su organismo, su cuerpo comenzó a neutralizarlo, en la medida de lo posible, colapsado por el considerable esfuerzo al que estaba sometido.

–Su Orden está próxima a su fin –comentó Raven–. El ejército clon está acabando con los jedi; el Templo ha sido invadido por tropas de la República.

La noticia impactó en Coshar. Ni se lo podía creer, ni tenía sentido. ¿Cómo iba la República a acabar con los jedi, siendo la Orden su defensora y comandando sus tropas? Sin embargo, conocía a Raven. No tenía necesidad de mentirle ni era propio de su carácter. Era un hombre justo, a su manera. El embuste no era propio de él.

–Miente –contestó dubitativo, a pesar de todo.

El caza-recompensas no contestó de inmediato. Esperó un poco, aguardando a los efectos del fármaco inyectado. La paciencia era otra de sus cualidades.

–Ya vio lo que ocurrió en Iridium.

No le faltaba razón. De hecho, quizás hubiera sido mejor morir allí, en la emboscada de los clones, en vez de ser salvado por su enemigo. Sentía que decía la verdad, que la Orden había sido traicionada, y que los jedis estaban siendo exterminados por toda la Galaxia.

–¿Le suena de algo la orden 66? –preguntó el caza-

recompensas.

–No –contestó Coshar.

–Es lo que decía la transmisión que intercepté, dirigida al Sargento Mayor.

–Es usted una caja de sorpresas, Yossua –reconoció el jedi–. ¿Se llamaba así el escolta del Senador?

Se refería sin duda a su «disfraz» de Guardia del Senado. Procuraba distraerlo para tener tiempo para asimilar la noticia.

–No se lo pregunté –comentó Raven, con su característica voz distorsionada por el modulador integrado en el casco.

Asesinar a un miembro de la Guardia del Senado no era algo sencillo. Eran tropas bien entrenadas, de los mejores hombres que la República podía adiestrar. Tomar su identidad era algo más difícil aún. ¿Desde cuando les estaría escoltando Raven el caza-recompensas en lugar del desventurado desconocido? Como mínimo durante todo el viaje por el Sector Atrivis.

El caza-recompensas no apartaba los ojos del jedi más que para consultar ocasionalmente las lecturas del panel; tras el visor del casco que ocultaba su rostro, sus ojos estudiaban las expresiones de Coshar, analizaba su mirada y calculaba cuanto podía aguantar un jedi antes de revelar lo que quería, conscientemente o por error. La tortura física no tenía mayor fin que debilitarlo, minar sus fuerzas, obligar a emplear a fondo sus «habilidades especiales». El resto de recursos empleados servirían para romper su concentración. Un jedi debía permanecer muy atento para controlar el dolor, sanar sus heridas, y conseguir mantenerse lúcido durante un interrogatorio. Y, por supuesto, evitar que escapara. Para Raven

habría sido un golpe de fortuna el advenimiento de la caída de los jedi. Que la Orden se derrumbara era un extra adicional para el interrogatorio. El sufrimiento emocional era más efectivo que el físico. ¿Quién habría logrado escapar? ¿Cuantos habrían muerto? ¿Donde estaría el Alto Consejo? ¿Qué ocurriría con la Academia Jedi? Demasiadas preguntas cuyas respuestas serían poco alentadoras. No podía permitirse caer en el abatimiento. Aunque la Orden hubiera sucumbido, él seguía siendo un jedi. Cumpliría con su deber. Había otro lugar que debía ser protegido, y su enemigo pretendía saber donde estaba.

–¿Y la guerra? –preguntó.

–Por lo que sé próxima a su fin –respondió Raven–. La Confederación está derrotada.

–¿A dónde vamos? Estamos en el hiperespacio –afirmó el jedi–. ¿Esta es su nave?

Raven asintió con la cabeza, complacido por la habilidad de Coshar.

–A Coruscant, a recoger a mi socio –informó–. A estas alturas habrá apresado a su amigo, el tahúr.

Coshar no pudo reprimir una breve expresión de sorpresa, aunque pronto la ocultó. ¿Cómo conocía a Jackson? ¿Sabría que fue él quien dio el soplo de su paradero a la Legión Alienígena de Lemax? De ser así Jackson sufriría una lenta muerte. Ojalá haya escapado. A pesar de no ser un hombre de acción como el rodiano al que Raven hacía referencia, tenía sus recursos. El caza-recompensas no obvió la estupefacción de Coshar.

–Jackson –reveló su nombre para enfatizar que lo conocía bien– es alguien conocido en Coruscant. Tiene una reputación

en sus círculos, por los que suelo moverme. Me extrañó su presencia en Tepasi. De aquella trabajaba para Garek Hightowers –era la primera vez que mencionaba el apellido de su pupilo–, y había sido meticuloso con el encuentro con el Señor de Harmet. O lo espiaba a él, o nos espiaba a nosotros. Luego tuve problemas y no pude investigarlo.

»Llevo tiempo preparando este encuentro. Pensaba aprovechar su visita al Sector Atrivis para capturarlo lejos de Coruscant; las circunstancias me obligaron a intervenir antes de lo que pensaba. Fue una suerte, ahora su desaparición es fácilmente justificable. No obstante, no creo que quede nadie que le eche en falta, salvo el senador Forte. Un senador, un tahúr y un jedi forman un trío interesante, ¿verdad?

Coshar miró de reojo a Raven, indiferente. Luego dejó colgar la cabeza, en la posición inclinaba en la que se encontraba. Notaba los efectos de la sustancia: relajaba su mente, impidiéndole pensar con claridad. La Fuerza aminoraba las sensaciones, sentía la energía recorrer su cuerpo como un efecto balsámico. Retomó su concentración. Salvo lo de Tepasi, el resto de lo explicado no tenía por qué significar nada. Mientras el caza-recompensas dedicaba su vida a huir de la Legión no podía haberlos investigado. Tan sólo después de su simulada muerte. Había oído rumores de que la Legión lo había encontrado finalmente en Klaton, acabando su misión con éxito. No tenía por qué saber nada del senador más allá de la relación pública que tenía como escolta. Si Raven hubiera sabido que Forte había estado en La Granja y que conocía a Kilian Hightowers, lo habría apresado antes que a él, siendo un blanco más fácil para alguien de su oficio. Que el senador le había

servido como excusa para acercarse a él tenía más sentido. Lo que ignoraba era como había relacionado a Jackson, cuando las actividades del tahúr siempre habían sido extra-oficiales y en la clandestinidad. Claro que esa era la especialidad de Raven. Podría haberlos seguido en alguno de los encuentros secretos.

–Es un lástima que escapara el senador –continuó Raven, escudriñando las reacciones de Coshar–. Ahora estaría en su lugar. Parecían tener una buena relación.

Aquello le confirmó que no sospechaba lo que Forte sabía. Tan sólo pretendía usarlo para torturarlo, con el fin de que el jedi hablara, rogando que terminara su sufrimiento. También ese sería el destino que le tenía reservado a Jackson. Era irónico que los esfuerzos de Raven se centraran en Coshar, cuando le sería mucho más provechoso dedicarse a sus amigos. Si se imaginara por un momento que ellos sabían algo, todo estaría perdido. Lamentaba haberlos involucrado. Creía que había jugado bien sus cartas. Durante toda su vida había pensado que era una buena estrategia mantener a todos sus contactos separados unos de otros, que no tuvieran relación entre ellos. Tan sólo él era el punto central de unión, la conexión. Y había funcionado, menos con Forte y Jackson. El senador ya estaba involucrado por su cuenta desde el principio, ahí no podría haber hecho nada. Pero no tenía que haberle mencionado nunca a Jackson. Puede que igualmente fuera un objetivo, o igual se hubiera quedado con la duda de por qué el tahúr estaba en Tepasi. A veces el universo brindaba casualidades. Ahora debía asumir las consecuencias de sus errores y soportar por todos la pena. Era el único preparado para ello. Sólo había un último deber que cumplir: centrar la atención de Raven en él, hacerle creer que era su única opción

para apresar a Kilian Hightowers.

El caza-recompensas operó los mandos del panel. Varias agujas emergieron de distintos puntos de la mesa de operaciones, por pequeños orificios. Algunas por la espalda, otras a la altura de pies y manos. Unas pocas, bien elegidas, a lo largo de donde se apoyaba la columna vertebral, hasta llegar al cuello. Eran agujas muy finas, que avanzaban lentamente, penetrando en la piel a distintas profundidades, localizando nervios cuidadosamente elegidos. Un fuerte dolor le recorrió la columna vertebral. Parecía como si las vértebras le oprimieran la médula espinal, pinchando en las raíces nerviosas. Algunas agujas se mantenían en su sitio, mientras que otras entraban y salían, a veces lentamente y otras repentinamente. Seguían un patrón programado, una secuencia estudiada para causar un dolor inaguantable, sin tiempo para respirar, combinando distintas localizaciones para que no pudiera centrarse en una única zona. Cuando intentaba aliviar el sufrimiento del cuello, las agujas atacaban la zona lumbar; cuando extendía el alivio a las lumbares, incidían en muñecas y tobillos. Y vuelta a empezar. No pudo aguantar los gritos. El caza-recompensas aguardaba de pie, mirando la escena impertérrito, esperando a que terminaran los veinticinco minutos que había establecido.

–Enviaste a Kilian con el Maestro Al Dalma –afirmó Raven, una vez terminado el suplicio.

El jedi levantó levemente la cabeza, exhausto de gritar, con el cuerpo agotado por el daño infligido. Pero su voluntad seguía siendo suya. Debía mostrar asombro; él sabía que el caza-recompensas tenía conocimiento del Maestro porque descubrió

que lo había estado espiando gracias a los micros que el sullustan Siim Sor instaló en la habitación de Kilian. Le concedería esa victoria.

–¿Cómo lo sabes? –negarlo era innecesario, y podía servirle para que Raven creyera que iba por el buen camino.

–Eso no importa –si no llevara casco seguro que le habría visto esbozar una sonrisa–. Tiene que estar en el Borde Central, uno de los sectores cercanos a Malastare,o en el propio sector Dustig. Por un lado tenemos los sectores Var Hagen y Ado, pero los descartaría porque son atravesados por la Ruta Comercial Rimma, además de otras menores. En el otro lado tenemos Tyus, Vish, Mulgard y… Quess. Cualquiera de ellos podría servir, aunque llama la atención Quess. ¿No es el señor Forte senador de este Sector, oriundo del sistema Trevi?

–Lo es –contestó Coshar.

–¿Es una coincidencia que enviaras a Kilian con un Maestro que reside en algún sector del Borde Central, y que tu amigo sea el senador de Quess?

–El universo está lleno de posibilidades –dijo Coshar, sabedor de que el silencio sería delatador.

El caza-recompensas se acercó, agarrándole del pelo y tirando de él para alzar su cabeza. Quería verle los ojos.

–Old Mankoo o Trevi IV serían planetas idóneos para que un Maestro Jedi se retirara –le espetó en la cara.

–Quizás esté allí –dijo Coshar.

–Claro que todo esto podría ser un truco para alejarme del verdadero lugar. O no. El senador podría aclarármelo.

–Tendrá que preguntárselo –respondió desafiante.

Raven abrió la mano, dejando caer la cabeza del jedi, que no podía sostenerla por sí sólo. Parecía molesto consigo mismo. A pesar del daño causado y de la tristeza por el exterminio de los jedi, aún mantenía fuerzas para replicarle.

–Quizás Broggo tendría más éxito con el interrogatorio –habló en voz alta–, aunque probablemente se habría limitado a amputar partes de tu cuerpo.

El caza-recompensas se daba por vencido. No era fácil torturar a un jedi. Causar dolor era sencillo, obligarlo a revelar la localización de La Granja no. Seguramente ya lo tenía en cuenta.

–¿Por qué? –preguntó Coshar Teelk.

–¿Por qué? –respondió a su vez Raven.

–¿Por qué un caza-recompensas trabaja gratis? Ya nada le vincula a los Hightowers –hizo una pausa para coger aire y que su crítica sonara con más fuerza – Te despidieron.

Raven lo miró, sin responder de inmediato. Quizás sopesando que no importaba otorgarle esa concesión.

–Honor –respondió.

–¡Honor! –exclamó Coshar despreciando la respuesta– ¿Qué clase de honor puede tener…?

Calló, entendiendo a qué se refería. El honor de Raven era muy diferente al que Coshar respetaba, pero ambos se basaban en ciertos principios morales. El del jedi respondía a algo más grande que sí mismo, mientras que para el caza-recompensas era una cuestión personal y profesional, una deuda consigo mismo.

–Lo has comprendido –dijo Raven.

El jedi hizo un esfuerzo para levantar la cabeza y devolverle la mirada.

–Si tuvieras esa clase de honor no habrías desertado de la Legión, Earl Ravenous.

El caza-recompensas parecía sorprendido de haber escuchado su nombre real, por el ligero movimiento de cabeza que hizo. Pronto llegaría la paz. Lamentaba los problemas que podría ocasionar a Jackson y a Jano Forte. Deseaba que el primero usara sus artimañas para zafarse del rodiano. Temía más por el segundo. Raven podía hacerle una visita simplemente para descartar que no estuviera involucrado. Y como sí lo estaba, podría descubrir La Granja. Claro que, aún así, no era un lugar indefenso. No temía por la vida de sus buenos amigos. Bronx, Gorka, el Maestro y el propio Kilian, ahora debidamente entrenado, podían hacerles frente. Ese no era el problema. La Granja debía seguir oculta, más ahora si cabe que, tal y como le había informado Raven, y como sentía dentro de sí, la Orden desaparecía, diluida en el tiempo. ¿Quien protegería la República sin los jedi? Si la Orden se extinguía, ¿quien enseñaría la Fuerza a las próximas generaciones? Ahora más que nunca no debía hacerse público la localización del Maestro Al Dalma.

«No te preocupes por el Maestro, ahora es tiempo de descansar» –oyó una voz en su mente. No podía dar crédito, era asombroso. ¿Cómo era posible que sintiera a su viejo amigo a su lado, una presencia invisible y reconfortante?

–¿Mirlo? –murmuró sin fuerzas.

–¿Qué has dicho? –preguntó Raven, curioso, sin obtener

respuesta del jedi.

Sí, era el momento de dejar de preocuparse por el futuro. La vida continuaría su ciclo. Las alegrías y las penas seguirían sucediéndose en un universo en constante movimiento. Y él estaba extenuado, cansado de sufrir. Quizás se lo estaba imaginando en su cabeza. Puede que los fármacos anestésicos le hacían creer que Mirlo le había hablado. Fuera como fuera, era un buen consejo. Muy lejos de ahí, su cruel enemigo decía algo que sonaba como una alabanza, seguida de una despedida. No le importaba. Sentía la calidez de la Fuerza arropándolo, aliviando su dolor.

El caza-recompensas desenfundó el bláster, apuntando a la abatida cabeza del desgraciado jedi, quien parecía haberse sumido en el delirio. No había conseguido su objetivo, aunque tampoco se lo reprochaba en exceso. Admiraba la fortaleza de Coshar Teelk. Dejarle descansar para reanimarlo más tarde carecía de sentido. No sacaría nada de él, salvo su vida. Lo observó una última vez antes de disparar su arma.

La debilidad de Kilian

Su mente comenzó a despejarse, después del fuerte impacto emocional que había sufrido; no todo lo que proporcionaba la Fuerza era agradable. Fue Vandia quien le advirtió una vez que podía percibir el sufrimiento de los seres queridos, aquellos a los que estaba más unido. No era algo que uno buscara, y no ocurría siempre. Notó su muerte como si una parte de sí mismo desapareciera, teniendo que sentarse en la butaca, aturdido por la impresión.

–¡Coshar ha muerto! –exclamó.

–No puedes saberlo –contestó firme el senador Forte, que se encontraba de pie, apoyado en su bastón, observando el padecimiento de Kilian.

–Lo sé, lo he percibido. Era él el de mi visión. Y yo creyendo que se trataba de mi propio futuro.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Jackson, quien los había estado observando hasta entonces sin mediar palabra, cerca de los ventanales, bebiéndose el gralish del senador.

–¿Tienes premoniciones? ¿De Coshar? ¿Donde has estado todo este tiempo, Kilian? –interrogó Válar, sentado en su silla repulsora a la derecha de Kilian.

Se encontraban en el mismo salón en el que senador había recibido anteriormente a Coshar Teelk. Después de deshacerse del deslizador aéreo, Jackson los había traído a las dependencias

de la delegación de Quess, el único lugar al que se le ocurrió que podían esconderse, en el propio Distrito Senatorial. Por fortuna para ellos, el subdelegado Bin Ramos permitió su acceso. Lo encontraron organizando junto a los criados el embalaje de algunas de las pertenencias del senador. Los atendió hasta que Jano Forte regresó a la capital, apenas unas horas después, volviendo a sus asuntos. Fue por él por el que conocieron la emboscada al jedi y cómo tuvo que escapar, obligado por las circunstancias. El senador, sorprendido por la aparición de Kilian, comenzó a preguntarle qué hacía en Coruscant, y porque había vuelto. Válar, por contra, sospechaba que su antiguo amigo no había abandonado el camino de la Fuerza, ligeramente molesto por las mentiras que le había contado en el Dakoya Diner. Que además el senador le hablará con franca amistad, no como alguien del que, según él, había oído hablar cuando vivía en el Templo, empeoraba las cosas. El joven corelliano intentaba evitar tener que dar más explicaciones, sin mencionar ni a Loome ni a la Granja, juego al que le seguía Jano Forte, lo que dificultaba que hablaran abiertamente. Fue entonces cuando Kilian sintió el impacto por la muerte de Coshar.

–Tuve una premonición, pero creía que se trataba de mí –repitió Kilian–. No es fácil interpretar lo que va a ocurrir.

–Tu sensibilidad no estaba tan afinada; dudo que eso lo hayas aprendido como copiloto de un carguero –dijo Válar–, y al parecer os conocéis bien –señaló al senador–. Te sigue gustando mentir, eso es evidente.

–Mentir te puede salvar el pellejo, o el de tus amigos –comentó Jackson, defendiendo su forma de vida sin importarle la recriminación del sanador.

–No es reprobable si con ello salvaguarda un secreto que le han confiado –replicó el senador–. No juzgue a la ligera.

Kilian observó el viejo rencor de su amigo. No había desaparecido con el tiempo, tan sólo se había aletargado ante la ausencia de su fuente. A él le pasaba igual con determinados sentimientos a los que se enfrentaría a su debido tiempo. También Válar guardaba sus secretos. Pero estaba cansado de discutir con él. Habían cosas más importantes: Coshar había muerto y el Templo había sido asaltado. Las viejas disputas no tenían sentido. Era hora de acabar con ello.

–Tras el accidente que irreflexivamente provoqué, Coshar meditó cómo continuar mi entrenamiento –confesó Kilian–. Pero no podía, ni puedo, revelarte de qué manera, porque no depende de mi. No traicionaré el inmenso presente que me concedió. Tan sólo puedo decirte que mi aprendizaje prosiguió bajo un enfoque diferente, distinto al del sendero del jedi, aunque, por supuesto, en concordancia con sus enseñanzas.

Su amigo calló, pensativo, sosteniéndole la mirada. El senador aprovechó el momento para sentarse en el sillón enfrente de Kilian. Al lado había una mesita con las bebidas habituales que ofrecía, pero a ninguno, salvo al tahúr, le apetecía tomarse algo. Esperó lo justo para continuar con la conversación en el punto en el que había sido interrumpida. Dirigir este tipo de encuentros estaba tan arraigado en su carácter que a veces ni se daba cuenta de que monopolizaba el diálogo.

–Centrémonos en los hechos, y no en tus dudosas intuiciones –continuó–. No sabemos cómo terminó la emboscada de Iridium. Es un jedi, puede seguir vivo, ocultándose de los soldados. Puede que se mantenga lejos de Coruscant porque sepa más que

nosotros.

No convenció a Kilian.

–No es lo único de lo que debemos preocuparnos –dijo Jackson–. A mi también me atacaron. Si no llega a ser por mi afortunada huida, y el encuentro con Kilian, puede que estuviera muerto.

–Broggo, el rodiano –mencionó Jano Forte–. Coshar también me habló de él. El socio de Raven, el caza-recompensas, ¿no?

–El mismo que ayudó a escapar al tío de Kilian en Tepasi –confirmó el tahúr.

–Raven –repitió Kilian, pensativo–. No era propio de él tener un compañero, al menos cuando yo le conocí, y os puedo asegurar que lo conocía bien. Frustró varias veces mis fugas, y siempre estaba sólo.

–Por lo que sabemos, debió de asociarse después de que entraras en el Templo –dijo Forte–. Realmente creíamos que ambos estarían muertos. Pero si Broggo está vivo, ¿lo estará también Raven?

–Le alcancé bien, puede que él sí esté muerto –comentó Kilian–. Puedo enfrentarme a Raven, no le tengo miedo.

–¿Tú matando caza-recompensas? –cuestionó Válar.

–Ya vio lo que hizo con el rodiano –se reía Jackson–. Kilian, te han entrenado bien; Broggo tiene mala reputación. Contigo tenemos posibilidades de escapar de las tropas clon, ahora que buscan a todo jedi –se giró hacia el sanador–. Incluido usted.

–Las tropas clon –repitió Válar conmocionado por la pérdida del Templo–. ¿Por qué se sublevarían, por qué atacarían a la

Orden?

–Es evidente –contestó Jano Forte–, no se han sublevado al Canciller Palpatine, sino que siguen sus órdenes. Habiendo derrotado a la Confederación, la guerra está ganada. Los jedi son los siguientes.

–¡Eso no tiene sentido! –protestó Válar, contrariado–. La Orden defiende la República, y él forma parte de la República.

–¡Él es «la República»! –corrigió el senador, irritado por su ceguera.

–Jano cree que la meta del Canciller es hacerse con el poder –aclaró Kilian, que ya lo había escuchado anteriormente–. La Orden nunca lo hubiera permitido.

–No es que lo crea, es que es un hecho que se hizo con la República en cuanto comenzaron las guerras clon. Y con la destrucción de la Orden ha terminado con los únicos que podían hacerle frente. Por el momento.

–A mi me contaron que los jedi traicionaron a la República –Jackson se dirigió a Válar, mientras se rellenaba de nuevo el vaso, recordando lo que le había dicho su difunta amiga Jazii'l,–. Ahora todo el mundo estará en vuestra contra.

–¡Falacias! –comentó el sanador.

–Da igual que lo sean –aclaró el tahúr–. Toda la propaganda gubernamental dará esta versión, y pocos se atreverán a llevarles la contraria.

–Acuérdate del Dakota Diner –apuntilló Kilian.

–Por supuesto habrá una campaña de calumnias y difamaciones –aseguró Forte–. Este golpe es el definitivo, ha

salido victorioso.

–Todavía no sabemos si detrás de todo esto está el Canciller –el sanador se negaba a admitirlo.

–Dentro de unas horas amanecerá, y Palpatine ha convocado una sesión extraordinaria del Senado –prosiguió el senador ignorándolo–. Será su diatriba triunfal.

–¿Por eso os marcháis a Quess? –preguntó Kilian, que había visto los preparativos de Bin Ramos.

–Después. Dejaré al subdelegado aquí, para guardar las apariencias.

–¿No sería mejor hacerlo ahora?

–Quiero ver el acto final –dijo Forte–. Pero después puedes venirte conmigo en mi transporte.

El senador lo miró suponiendo lo que iba a contestarle porque ya hablaron del tema en La Granja.

–Antes debo ir a Corellia –confirmó su criterio.

–¿No quieres volver a ver a tus amigos? –insistió, refiriéndose a los residentes de La Granja.

–No debo volver a verlos. Ocurrió un incidente, un problema que podría perjudicarlos. Tuve que marcharme para evitarlo. No es que quisiera hacerlo… –dijo Kilian, preguntándose de nuevo si el anhelo de ir a por sus padres había sido mayor que el deseo de quedarse.

–¿Tan grave era?

«¿Tan grave era?» Se repitió Kilian a sí mismo. ¿Acaso había sido necesario marcharse de Loome? ¿No podía haber vuelto mas adelante en otro transporte, para discretamente volver a La

Granja sin que la banda de los hermanos caídos supiera de él?

–Quizás no –admitió Kilian–. Quizás era la excusa que me ponía a mi mismo para satisfacer mi verdadero deseo.

Tanto Válar como el tahúr estaban atentos tanto a sus palabras como a su juego de miradas, sabiendo que hablaban sin concretar nada.

–Si queréis, si os incomoda nuestra presencia, nos marchamos –acabó por decir Jackson–. Puedo entretenerme con su gralish, que está delicioso, por cierto. Le felicito.

El senador lo miró, más molesto porque estaba agotando sus reservas, soportando extraordinariamente bien sus efectos, que porque su presencia lo importunara.

–En un momento necesitaremos de su testimonio –respondió el senador–, aunque quizás podría usted dejar algo de gralish para los demás.

–Ah, disculpe –dijo Jackson, rellenando una copa para el senador y dejando el frasco en la mesa.

Encontró una botella de dhrax y cambió de bebida, provocando el disgusto de Jano Forte.

–¿Ya domináis la Fuerza como mencionamos la última vez que nos vimos? –el senador retomó la conversación–. ¿Ya controláis vuestras pasiones para que no os traicionen cuando más lo necesitéis?

–A pesar de mis errores, creo que lo suficiente –opinó Kilian, bajo la atenta mirada de Válar.

–No se trata de creer –dijo su amigo–, sino de saber.

–No podría haberlo dicho mejor –apoyó Forte.

–Entonces, vuelves a Corellia para reunirte con tus padres –afirmó Válar con contundencia.

–Vuestro amigo también os conoce –comentó de nuevo Forte.

–Ya he pasado por Corellia, para inspeccionar el terreno. Vine aquí para buscar a Coshar. Prometió que me ayudaría si finalmente me decidía –también le había advertido de las dificultades, antes de su ofrecimiento, pero ese detalle se lo callaba.

–Si tan decidido estás entonces debes saber qué averiguamos Coshar, Jackson y yo mismo, sobre tu familia.

Así supo que él era el motivo por el que sus padres intentaron huir, para alejarlo de Garek antes de que descubriera su sensibilidad con la Fuerza. Magda sabía que lo usaría para el beneficio de la familia. No querían que la vida de su hijo se convirtiera en un recurso más de la Corporación, uno muy útil. Comprendió todas las veces en las que su madre lo alentó a no alardear de su talento, creyendo que tan sólo era por una razón moral. Su madre debía de sospechar de la verdadera causa de sus precoces habilidades. Encajaba las piezas del puzzle. La noche en que percibió la ira de Garek por la ruina electoral provocada por su propio hermano fue, para Magda, la última confirmación que necesitaba ver. Tenía sentido. Aquel niño no era capaz de ver que aquello no era normal, ni siquiera se lo planteaba, únicamente se preocupaba por lo que le podía ocurrir a sus padres, amenazados por quien hasta entonces admiraba. Su madre sí sabía lo que implicaba. No debió de resultarle difícil convencer a su padre de la necesidad de escapar, lamentablemente sin éxito, empeorando la situación, forzando su separación. Conocer las verdaderas razones de sus padres,

gracias a la amistad del senador con Rosem Tevera, reforzaba el anhelo de rescatarlos. ¿Cómo no hacerlo cuando ellos habían intentado salvarlo a él?

Le alegró al menos saber que su tía se había salvado, al menos temporalmente. Garek no toleraba el fracaso, y aunque Forte asegurara que no había razón para que pensara que la exculpación de Rosem había sido meticulosamente planeada y ejecutada, su tío esperaría al momento oportuno para asegurarse el silencio de su tía, conocedora del complot político de la familia. Kilian le pidió al senador que diera un rodeo antes de volver a Quess, y que se llevara consigo a Rosem. La primera acción que Garek haría tras descubrir el rescate sería utilizar a Rosem como baza de cambio. El senador accedió conforme.

–¿Cómo te sientes? –preguntó Válar.

Kilian observó a su antiguo compañero, antes de contestar. Sabía en qué dirección iba.

–Ansioso por ir a Torre Augusta –prefería ser sincero, no había nada que ocultarles.

–Yo te acompañaré –anunció Jackson, ligeramente bebido–. Aquí soy fácilmente localizable. Lo último que se esperarán es que me una a ti. Contraje una deuda con Coshar y la pagué. Y ahora la tengo contigo –comentó con cierta ironía.

–Un jedi no se deja llevar por el ansia –comentó Válar–. Debes ir sereno si quieres tener éxito.

–Es un orgullo que te mueva la fidelidad a tus padres –replicó el senador Forte–. El deseo de liberarlos es legítimo, solo que debe ser conducido por la razón. Tu pasión es tu fuerza. Coshar y yo discrepábamos a menudo de esto. Él quería revelarte lo que

habíamos averiguado cuando estuviera seguro de que no te lanzarías de cabeza a buscarlos, que no albergaras resentimiento. Lo que tienes que hacer, si es que quieres hacerlo, y es evidente que es así, es salvarlos, pero sin que te domine la ira. Hubiera sido más beneficioso para mi si no te hubiera dicho nada, me gustaría que vinieras conmigo, pero no puedo pedirte que abandones a tus progenitores. Yo haría lo mismo, por amor y lealtad; tengo los mismos principios que tú. ¿Quién no lo haría sin tener el corazón podrido? En su día te aconsejé paciencia, hoy opino que ya estás preparado. Veo en tus ojos, en tus gestos, que ahora controlas tus sentimientos. Ahora te digo: ¡actúa! Con la debida prudencia, con la adecuada planificación, pero ¡actúa! Y si tienes la oportunidad de vencer a tus enemigos, ¡hazlo! Tu tío y el resto de tu familia han demostrado que no son dignos ni de ti, ni de tus padres. No merecen compasión. Son tus enemigos porque aunque tú no quisieras que lo fueran, tú sí lo eres para ellos. Y no tendrán piedad.

Su amigo no respondió al senador. Quizás por que no veía cómo responder a la dialéctica del Forte, o porque estaba, en cierta manera, de acuerdo con él.

–No sé cómo voy a reaccionar, espero no perder la cabeza –contestó Kilian–. Mi objetivo es liberarlos. Eso es lo único que me importa. El destino de Garek me es indiferente, no deseo su muerte. Si tuviera que acabar con su vida le sustituiría Darlah, igualmente ambiciosa, o Ablon, más vengativo que su padre. Y si les mato a ellos también tendría que terminar con Nieder, mi otro tío. ¿Y luego a quien? ¿A mis tías, a todos mis primos? ¿Cuando pararía? Cuando todos ellos estén muertos, o muera yo. Sí, ellos son mis enemigos, lo quiera yo o no, pero ese camino

me llevaría a una espiral de violencia y a mi propia destrucción. Si se interponen en mi camino, y no me dejan otra elección, haré lo que deba. Pero prefiero que la misión de rescate no se descubra hasta que sea demasiado tarde. Tengo mis propios recursos en Corellia, y estoy seguro de que la aportación que Jackson pueda ofrecer –dijo señalando al mencionado–, será una ayuda inestimable. Luego volveré a La Granja –esta vez miró a Válar, quien prestaba toda su atención–, y allí informaremos al Maestro de la destrucción de la Orden. Él sabrá qué hacer. No olvido mis obligaciones con la Fuerza. He estado meditándolo y he cambiado de opinión. Tienen que haber supervivientes, no pueden haber asesinado a todos. Podríamos reunir a los que queden.

–Eso sería magnífico –comentó el senador–. Debemos mantener el contacto.

–Por eso me gustaría que te llevaras a Válar contigo y, cuando puedas, lo presentes al Maestro. Allí estarás bien –volvió a decirle a su amigo–. Confía en mí. Primero iré a Corellia. Después me reuniré contigo. Para entonces ya sabrás donde he estado durante este tiempo.

–Tampoco podría acompañarte –consintió el sanador–. A pesar de haber remplazado la carne por prótesis, aún no camino bien. Y, además, no soy corelliano. Te agradezco que hayas pensado en mí. Puede que hayas aprendido algo en ese lugar que has mencionado. Me gustaría conocerlo, y hacer lo posible por ayudar.

–Y si descubre que no es su sitio, véngase conmigo, necesitaremos médicos. –comentó Jano–. Bien, la reunión ha terminado. Me encantaría proseguir con los planes, pero debo

presentarme en el Senado.

Se despidieron los unos de los otros. Jano Forte se marcharía con el subdelegado Ramos, mientras Válar acompañaría a los sirvientes a la nave personal del senador, como si fuera uno más de ellos. Kilian y Jackson se reunirían con Yoras Deem en el espaciopuerto del distrito Oruna y, esperando que el gran hubiera terminado sus negocios, abandonarían el planeta, rumbo a Corellia.

El Imperio

El Senado Galáctico estaba al completo. Las cápsulas repulsoras permanecían en su sitio, y todos los senadores atendían al discurso que pronunciaba el Canciller Palpatine, flanqueado por el vicepresidente del senado Mas Amedda y la Jefe de Estado Mayor Sly Moore. Sus palabras estaban cargadas de triunfalismo, gloria y exaltación. La mayoría de los presentes, sobretodo los incondicionales, aquellos que Palpatine se había ganado a base de favores, sobornos o promesas, aplaudían rabiosamente en cada pausa que el Canciller Supremo hacía. El anuncio previo de la derrota definitiva de la Confederación a manos de la Armada de la República alzaba la figura de Palpatine a las máximas cotas de popularidad. La confianza que el Senado había depositado en la Cancillería, otorgándole los máximos poderes, aparentaba haber sido acertada. Los defensores de esta medida habían argumentado que así se reducía el tiempo en la toma de decisiones, se respondía con presteza y se evitaban innumerables debates. Los detractores, de los que el senador Forte era el más crítico, temían el aumento de poder del canciller. El fin de las guerras clon zanjaba toda discusión, concediendo el triunfo a los primeros, muy a pesar de que los segundos veían con horror como sus temores se estaban haciendo realidad en aquel preciso instante, siendo, para algunos, una sorpresa, mientras que para otros era causa de indignación, aunque se mordían los labios y callaban. Para el

senador, que comprendía las causas y los efectos a los que conducía; que sabía cómo se comportan los seres y su manera de pensar –sean de la raza que sean, no habían tantas diferencias como se creía–; y, sobretodo, habiendo estudiado y entendido la vasta historia de la República Galáctica, aquella tragedia no le sorprendía. La República había sido derrotada, al igual que la Orden Jedi. Él también. Su fracaso personal ocurrió años atrás, tras dos hechos significativos: la prolongación del mandato de Palpatine y la concesión de los poderes de emergencia en el Acta de Creación Militar, cuando estalló la guerra. En la primera perdió la votación, mientras que en la segunda su iniciativa de enmienda no prosperó. A partir de entonces la vía política quedó descartada.

–La rebelión jedi afortunadamente ha sido frustrada –anunciaba Palpatine, envuelto en una túnica negra, ocultando bajo una capucha heridas sufridas en un aparente atentado jedi–. ¡A partir de hoy todo jedi será perseguido, apresado y defenestrado! Los que pretendían acabar conmigo han sembrado mi cuerpo de cicatrices y deformidades. Pero que esto quede claro, ¡mi determinación no ha sido jamás tan enérgica!

Palpatine remataba su pobre pero efectivo discurso sobre el inventado complot jedi. El senador observaba los rostros de aquellos senadores que se habían enfrentado a la cancillería: al menos no se creían su sarta de mentiras. La tristeza asolaba en las caras de los más, la resignación en los menos, y unos pocos mantenían una fría serenidad, la compostura del que mantiene la dignidad ante la inminente muerte –no física, pero sí moral. «¡Idiotas! Si me hubierais escuchado», pensaba, pero se lo callaba. Del resto de senadores no merecía la pena perder el

tiempo. Los que ambicionaban el poder, los cargos y las prebendas, o bien se sumaban a las acusaciones contra los jedi, o habían colaborado en su desprestigio. Y aquellos que, si bien habiendo apoyado al Canciller en su ascenso, no podían admitir que la Orden hubiera intentado el golpe de estado, guardaban silencio por simple temor a Palpatine.

–A fin de poder garantizar la seguridad y mantener la estabilidad –continuó Palpatine–, la República, de forma inmediata, se convierte en el primer Imperio Galáctico, para preservar el orden y la seguridad de la sociedad.

El Senado prorrumpió en aplausos, una esplendorosa ovación dedicada a Palpatine.

–«Seguridad» –murmuró el subdelegado Bin Ramos, mirando a los fervorosos senadores–, me río yo de vuestra «seguridad». Perdisteis la libertad cuando aprobasteis el Acta Militar, y ahora no tenéis ni libertad ni seguridad. ¿Quién os defenderá del propio Canciller?

Jano Forte miró a su colega. Previendo los tenebrosos tiempos que se avecinaban, había revelado a su rival político, aquél que le sustituiría si el Sector Quess revocaba su mandato, todos sus temores. El subdelegado podría haber aprovechado la oportunidad para hacerse con su puesto, pero optó por apoyarlo, demostrando su lealtad a la libertad, renegando de sus ambiciones personales, y ganándose con ello la fidelidad y la amistad del senador Forte.

–Emperador –matizó a Bin Ramos, que lo observaba horrorizado–. Ahora se le debe llamar Emperador, no Canciller. Ya he visto suficiente, no es necesario quedarnos a su baño de

masas.

Mientras la mayoría de los senadores se levantaban para aclamar al Emperador, la pequeña delegación de Quess lo hizo para retirarse, lo que no pasó desapercibido para uno de los que aplaudían.

Jano Forte se apoyó en su bastón para salir, cuando, para sorpresa suya, un miembro de la Guardia del Senado lo esperaba en la entrada.

–Senador, me presento para continuar con mis servicios –informó–. Siento no haber podido llegar antes.

–¡Usted! –Jano Forte supuso que el Guardia no podía ser sino Jossua, a pesar de que el azulado uniforme era el mismo que el de los demás guardias–. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Cómo sobrevivisteis a la traición de Iridium? ¿Qué pasó con Coshar? –aquello sí que era una sorpresa, y no la proclamación del Imperio.

–Senador, está claro que os referís al intento de captura del traidor Coshar Teelk –precisó el guardia, lo que puso en alerta a Forte, extrañado por su peculiar consideración al corregirlo.

–Por supuesto, todos hemos sido informados del frustrado golpe de la Orden –le siguió el juego–. ¿Y bien? ¿Qué ocurrió?

–Se resistió a la captura en cuanto fue informado de su detención, e intentó escapar. Los soldados le persiguieron, y, según me informaron, se vieron obligados a acabar con su vida, en defensa propia.

–¿Y usted no pudo evitarlo?

–Aunque hubiera preferido otro desenlace, no era mi misión –

aclaró el guardia–. Yo debía protegerlo a usted, aunque parece ser que abandonó el sistema de inmediato.

Efectivamente, alertado por el propio Coshar, había decidido saltar al hiperespacio, antes de tener que descubrir la intención de los cazas que iban al encuentro de la GX1. No hubo posibilidad alguna de recoger al guardia. Lo que no cuadraba era que si, como recomendaron sus pilotos, era mejor astrogar para evitar un fatídico resultado, ¿por qué dejar con vida al guardia? Forte sabía que había sido una emboscada de los clones y, por cómo le había salvado su escolta de que oídos ajenos le acusaran de colaboracionismo jedi, parecía que Yossua también sabía la verdad. ¿Había tenido que huir de los soldados clon? ¿Su condición de Guardia del Senado lo protegía? No tenía tiempo para obtener respuestas. Debía volver a Quess sin la compañía de aquel hombre.

–¡Senador Forte! –escuchó decir por el pasillo.

No sabía quien le había llamado, pero Yossua sí lo había visto bien, pues pareció ponerse en guardia al instante, bien atento. Aunque no parecía amenazador, se le notaba preparado. Se giró para ver quien lo llamaba. Por segunda vez, y en apenas unos minutos, descubría a alguien con quien no se esperaba encontrar. Podría haber sido cualquiera de sus rivales en el Senado, incluso alguno de los esbirros del Emperador, pero a quien descubrió fue a Garek Hightowers paseando por los corredores del Senado como si fuera algo habitual en él.

–Perdón, ¿nos conocemos? –preguntó sabiendo quien era.

–Usted no me conoce a mí, pero yo a usted sí. Es uno de los benefactores del Centro de Arte de Loronar, y miembro del

consejo directivo.

–Así es –reconoció Forte–, me halaga que se me conozca por este cargo, más que por el que me autoriza a estar en este edificio.

–En mi caso no lo conozco por su importante aportación al Senado, sino porque su intervención en los asuntos del Centro permitió restaurar a Rosem Tevera en su cargo de directora. Verá, estoy emparentado políticamente con ella, y es para mi un placer poder agradecerle en persona que la exculpara de las falsas acusaciones de incompetente gestión. Obviamente la conozco y sé que es una persona incapaz de haber errado en su oficio. Nunca me creí que fuera culpa suya. Me alegro que demostrara que los culpables fueran otros. Y me gustaría, como muestra de agradecimiento…

–Señor, siento interrumpir, pero, ¿cómo es que, no siendo senador, le han autorizado el acceso? –preguntó Yossua, saltándose el protocolo diplomático, hecho que no pasó desapercibido por el senador.

–He venido con el senador por Ryloth, Orn Free Taa –respondió Garek molesto–, quien amablemente me ha invitado a asistir a tan importante acontecimiento en la historia de nuestra Galaxia. Desde la cápsula de Ryloth, vi al senador Forte marcharse y aproveché la oportunidad que se me brindaba para venir a su encuentro.

–Desde luego Orn Free Taa es excepcionalmente atento con aquellos a los que estima –comentó Jano Forte, cuyas neuronas trabajaban vertiginósamente, excitado por sus sospechas–, y usted debe de serlo considerablemente como para que le haya

invitado precisamente hoy. Disculpe el celo de mi escolta, sólo hace su trabajo.

Garek Hightowers restó importancia al asunto.

–Como decía, quisiera agradecerle personalmente invitándolo a comer a uno de los mejores restaurantes del distrito.

–Es usted muy generoso, aunque debo declinar su generoso ofrecimiento. Como acaba de ver, ahora somos un Imperio, y eso conlleva grandes cambios estructurales. Hoy me será imposible, pero si contacta con la delegación de Quess, me encargaré de dar instrucciones para que podamos reunirnos mañana mismo al mediodía. Quisiera, para compensarle y si me lo permite, ser yo quien le invite a acudir a mis dependencias. ¿Será para usted algún inconveniente? Siento de veras no poder prolongar este agradable encuentro.

–Hablaré con mi secretario para que se encargue del asunto. No quisiera apartarlo por más tiempo de sus deberes –accedió Garek conforme, aunque disimulando su disgusto.

El senador hizo ademán de continuar cuando se percató que Yossua pretendía seguirlo, por lo que se detuvo al caminar tan sólo dos pasos.

–Lo que sí puedo hacer es que mi escolta se encargue de su seguridad mientras continúe dentro del Edificio del Senado.

–Señor, mis órdenes son protegerlo a usted –protestó Yossua.

–Las cuales ya no son necesarias –replicó Forte–. ¿No se ha enterado? ¡La guerra ha terminado! Mi vida ya no corre ningún peligro. Sin embargo, según la normativa de seguridad 87.1, cualquier invitado debe estar acompañado en todo momento de un miembro de la Guardia del Senado, y el señor Hightowers no

dispone de escolta, habiéndose ausentado de la compañía del senador Orn Free Taa.

–Tiene usted razón –accedió el guardia, ligeramente molesto por el tono en que lo expresó.

–Bien, todo aclarado, las dependencias del senador de Ryloth se encuentra en esa dirección – señaló Forte–. Encantado de conocerle, señor Hightowers. Podremos hablar con total distensión mañana en el edificio Iana.

Jano Forte dio media vuelta y huyó en sentido contrario, acompañado de cerca por el subdelegado Ramos, sorprendido por el desenlace del encuentro e intentado seguir el ritmo de un viejo anciano que caminaba más rápido que él, apoyándose como podía en el bastón, y procurando disimular que tenían prisa, pero no la suficiente como para descubrir que ambos personajes eran el motivo de su premura.

–¡Jano! –rogó Bin Ramos–. ¿Ocurre algo? ¿Quién es Garek Hightowers? ¿Es pariente del hombre al que acogiste?

–¡Psche! –chistó el senador–. ¡Silencio, no digas su nombre en estos pasillos! Pregunta más bien quien es realmente nuestro escolta –dijo Forte, que sudaba por el esfuerzo.

–¿Quién? ¿Yossua?

–Ese es el nombre que nos ha dado, pero no es el suyo real.

Se introdujeron en el turboelevador, permitiendo descansar al anciano, y alejados de oídos indiscretos.

–Escúchame bien, Ramos –advirtió Forte, posando una mano sobre el hombro del sudelegado–. No existe ninguna normativa 87.1. Me la he inventado. Un miembro de la Guardia lo hubiera

sabido de inmediato, pero él accedió a cumplirla para no descubrir su tapadera, cayendo en la trampa que le había preparado.

–¿Entonces quien es?

–Eso es precisamente lo que me preocupa, ¿sobrevive a la emboscada de los soldados y le da tiempo a volver a Coruscant? Desde luego, no pudo ser en un transporte de los propios soldados que querían matarlos. ¿Pero y si tenía su propia nave? ¿Por qué se ha demostrado tan solícito a protegerme ahora, y cuando le ordené descender a Iridium con Coshar ni siquiera protestó? Jackson nos contó a todos que Broggo reapareció, dispuesto a capturarlo. Se suponía que estaba muerto, ¿y si él no lo está, porque debemos suponer que su socio sí lo está?

–No te sigo, Jano, no sé ni quien es Broggo.

–¡No importa! ¡No hay tiempo para explicártelo todo! Tienes que acudir a la planta de Seguridad y denunciar la suplantación de Yossua. Con un poco de suerte lo apresarán y por fin nos libraremos de él. Además, seguro que entretendrán a Garek hasta que se aclare todo y… ¡si los he dejado juntos! Y Garek no sabe quien tiene delante suyo, ¡pero Raven sí sabe con quien habla! ¡Vamos, si le vence la ira con un poco de suerte lo mata ahí mismo!

El subdelegado no entendía gran cosa, pero estaba dispuesto a ir a Seguridad al percibir el peligro.

–¿Y usted? –preguntó al senador.

–Yo me voy de inmediato al espaciopuerto. La nave está lista, y debo alejarme de ellos. Es tarde para advertir a Kilian. A estas alturas su carguero habrá abandonado el sistema.

–¿Entonces no va a reunirse mañana con el señor Hightowers?

–¡No! ¡Eso lo dije para darle tiempo a Kilian! Cuanto mas retengamos a Garek en Coruscant mejor. Si mañana acude, dependiendo de lo que pase hoy, busca un pretexto y presenta mis excusas, e intenta concertar una nueva fecha para el día siguiente. Merece la pena intentarlo. Igual su afán por vengarse de cómo le quité de las manos a Rosem Tevera le convence de quedarse más tiempo. ¡Rosem! Tengo que ir a buscar a Rosem, recoger antes a Válar, luego a Quess, donde dimitiré. Tú serás el nuevo senador por Quess. Deprisa, no hay tiempo que perder, tu corres más rápido que yo! ¡Adiós!

El turboelevador se paró en la planta de seguridad, donde Bin Ramos salió, todo lo rápido que pudo, abordando al primer guardia senatorial que encontró. Jano Forte pulsó el botón para cerrar el turboascensor, ansioso por llevar a cabo sus planes. De las cenizas de la República surgiría la resistencia.

Medidas desesperadas

Como de costumbre, Siim Sor salió del elevador y torció por el pasillo E, caminando desde la puerta número 100 hasta llegar a la 78, arrastrando los pies. Ahora trabajaba arreglando refrigeradores de containers, un trabajo mal pagado en los muelles de los hangares del Distrito del Templo. Por fortuna, y gracias a la consideración del jedi Coshar Teelk, que se había apiadado de él por las heridas sufridas, no tuvo que pasar mucho tiempo en prisión, y además le había conseguido un empleo, aunque vaya empleo. Nunca más volvió a pisar el Templo Jedi, ni ninguna de las instalaciones cercanas a él, pero al menos le destinaron a los hangares subterráneos del distrito, de uso público para los bloques de viviendas de la zona. En el fondo, aquello le había salvado la vida, ya que ahora el Templo Jedi era el lugar menos deseable para cualquier ciudadano de Coruscant. De no haber sido por los trabajos de espionaje que hizo para aquel maldito caza-recompensas, aún trabajaría allí, y probablemente ahora sería un cadáver más de los cientos que podían estar dispersos por las distintas plantas del edificio. Hoy, al menos, seguía con vida, y podía disfrutar del resto del día, pues debido al asalto al Templo todo el distrito estaba bajo fuertes medidas de seguridad, y le habían obligado a abandonar su puesto de trabajo. Por fin iba a poder dormir más de seis horas seguidas, y descansar durante dos o tres días hasta que le avisaran de que podía volver al trabajo. Incluso podría adelantar

muchas de las series programadas que se acumulaban en sus unidades de almacenamiento, que mantenía medio olvidadas. Estaba tan aliviado que los rumores de que la guerra había terminado le daban igual. Volvió directo para su casa, sin irse al Distrito Entretenimiento como solía hacer cuando podía salir del trabajo mas temprano de lo habitual.

Introdujo la tarjeta óptica de su apartamento en una ranura iluminada, deslizándose la puerta lateralmente.

–Apartamento: estado e incidencias –ordenó en voz alta, acordándose de que no lo había solicitado antes.

La voz metalizada no contestó. En su lugar, oyó otra bien distinta a la de su asistente domótico.

–Tu nuevo sistema de seguridad deja mucho que desear.

Oyó un silbido y al acto sintió un pinchazo en el cuello. Se llevó la mano a la herida y extrajo un pequeño dardo de la piel. Aquello ya lo había vivido antes.

–¡Oh, no, otra vez no! –pudo decir el sullustan antes de caer paralizado al suelo.

Raven se levantó del mismo sillón en el que se había sentado años atrás, disparándole con el mismo tirador sólido de aquella noche, sólo que en vez de tener un dardo cargado del letal surit había disparado un proyectil con una sustancia paralizante. Lo único que el sullustan era capaz de mover eran, como no, sus grandes orejas, intentando captar todos los sonidos posibles,

dado que su visión sólo abarcaba el suelo sobre el que estaba tendido. El caza-recompensas transportó su inmóvil cuerpo hasta el sillón, donde lo acomodó sin bruscos movimientos. Después lo ató fuertemente al sillón con cuerda sintética. El pequeño humanoide lo miraba con sus almendrados ojos negros, siguiéndolo con la mirada, sin creer posible estar reviviendo la misma situación. Después se fijó en los hologramas que Raven estaba estudiando; había usado su sistema de reproducción para recrear una región del Borde Central, centrado en los sectores Dustig y Quess, a lo largo de la Vía Hydian, «relativamente» cerca de Sullust, su planeta natal. El caza-recompensas se quedó observando el mapa galáctico durante mucho tiempo, deteniéndose en muchos de los nombres de los sistemas conocidos: Nuvar, Old Mankoo, Alui, Trevi, Umgul, Kath y Haruun Kal. De vez en cuando volvía sobre alguno, otras veces negaba con la cabeza, analizando uno a a uno cada planeta, pero casi siempre volviendo sobre el Sector Quess. Finalmente, el sullustan comenzó a recuperar la movilidad de su cuerpo, empezando por los músculos de la cara, moviendo sus mofletudas mejillas, luego la nariz y la boca, y posteriormente parte de los miembros superiores, aunque no podía librarse de las ataduras de Raven.

–Creía que estabas muerto –afirmó aterrorizado.

–¿Cómo te enteraste de que había muerto? –preguntó Raven, interesado.

¿Qué recursos tenía el sullustan para que le llegara la noticia de lo sucedido en la luna de Klaton?

–Me lo dijo el jedi.

–Claro, los jedi. Así que tuvieron la deferencia de avisarte de que ya no corrías peligro porque estaba muerto, y que podías continuar con tu vida, más o menos.

El sullustan asintió con la cabeza

–Realmente pensaba que no tendría que volver a ti –prosiguió–, pero mi primer plan resultó ser un poco frustrante.

–Yo no te puedo servir de ayuda, ¡no sé nada de nada!

–Te equivocas.

–¡No he dicho nada!

–¿Acaso los jedi no te interrogaron? Sobreviviste de milagro. Y les habrás hablado de nuestra relación comercial.

El sullustan tragó saliva. No podía negarlo. Si lo hacía le haría sufrir, y no aguantaría mucho. No era un ser especialmente valeroso, ni soportaba el dolor. Conocía lo suficiente a Raven como para saber que estaba perdido. Comenzó a sollozar.

–No te voy a torturar, puedes serme de ayuda –lo tranquilizó–. Y lo que les hayas dicho a los jedi es agua pasada, al igual que la Orden misma.

–¿Cómo… cómo puedo salir de esta? –suplicó.

–Conoces el Templo Jedi, quiero que me lleves hasta los archivos de los Maestros. Estoy buscando a uno en particular. Quiero saber dónde se retiró.

–¡Eso es imposible! ¿Cómo vamos a entrar en el Templo?

–Ya no hay jedis. Ayer los mataron a todos.

–¡Pero están los soldados! Puede que esté incluso más vigilado que nunca.

–Habrá… –un gesto de dolor dobló a Raven, que evitó caer al suelo al sujetarse al reposabrazos izquierdo.

El sullustan, al ver al caza-recompensas acercarse de golpe, se asustó aún más. Su blindaje de placas no se veía dañado, pero quizás ocultaba heridas internas.

–Tengo un medpac en la habitación –intentaba ser amable, caerle simpático, serle de utilidad.

–Habrá alguna puerta trasera –continuó Raven, reincorporándose.

–Igualmente vigilada, y los hangares también.

Lo cierto era que Raven ya había estado observando, desde lejos, la explanada del Templo. Varios escuadrones de clones patrullaban el exterior y, por las idas y venidas en los principales puntos de acceso, obviamente debían de haber efectivos dentro. En las afueras de la entrada trasera una patrulla especial recogía los cadáveres de varios de sus compañeros, al parecer muertos por jedis; hacía pensar que habían tenido problemas recientemente, y que los refuerzos habían llegado demasiado tarde.

En su estado, iba a necesitar más tiempo para recuperarse de las heridas. Apenas había escapado con vida del Senado. Se le había presentado una oportunidad única para acabar con Garek Hightowers. Tan sólo por eso merecía la pena dejar de lado al senador Forte; ya habría tiempo de apresarlo, aunque hubiera renunciado a sus servicios de escolta. Lo importante, en aquél momento, era no levantar sospechas dentro del Senado. Así que les siguió el juego y «escoltó» al invitado por donde había venido. El senador Orn Free Taa, con el que había venido,

estaba ocupado debatiendo con sus colegas acerca de la reciente proclamación del Imperio –todos los senadores estaban excitados, de una manera u otra–, así que sugirió a Garek conducirlo al área de descanso. Él prefirió que lo escoltara fuera del Senado, tenía otros asuntos de los que ocuparse. Aquella resolución era apropiada para sus intenciones, pero al final fue lo que le salvó la vida. Cuando estaban saliendo por la entrada principal llegaron los verdaderos Guardias del Senado. Querían que los acompañaran a la planta de seguridad, para una inspección rutinaria. Era evidente que su tapadera había sido descubierta. Quizás faltaba algún código de autorización en algún control, u observaron sus idas y venidas a través del circuito de monitorización, o escucharon sus conversaciones, pero el caso es que no podía continuar más con la farsa. Lo único bueno de aquella situación es que ocurrió a las puertas del Senado; si hubiera sucedido en el interior lo más seguro es que no hubiera sobrevivido. Asesinar a un guardia del senado, tras una emboscada minuciosamente preparada, era una cosa; escapar de aquel pelotón de detención era otra. Pero al final lo consiguió, luchando como nunca había peleado en su vida, con toda la crudeza que pudo desatar, y con toda la inteligencia que pudo reunir para saber cuando aprovechar un instante de ventaja para huir unos metros más. Evidentemente su presa escapó de sus manos para caer en las de la guardia. Pudo volver a la Perra Callejera y ser atendido de urgencia por el droide Dos-Unobé. De haber tenido a Broggo consigo hubiera sido más fácil, pero el maldito rodiano no daba señales de vida. Desde que había aterrizado en Coruscant, debían de acabar por encontrarse en uno de los tugurios que solían frecuentar, con el tahúr prisionero. Pero ninguno de los dos estaba allí. Y no había

tiempo que perder. No podía entretenerse localizando a Broggo. Era más importante capturar a Jano Forte. Nada estaba saliendo como había planeado. Y sin el rodiano para cubrirle las espaldas, la incursión en el ocupado Templo sería un fracaso de antemano. Pero no le quedaba ninguna otra opción. Era el último hilo de donde tirar.

–Entonces no me sirves de nada –le confesó a Siim Sor.

–¡¿Qué necesitas del Templo?! –preguntó el sullustan angustiado.

–Ya te lo he dicho, la localización de uno de los Maestros, uno que se «jubiló» de la Orden antes de que trabajaras para mí. Seguro que en los archivos del Templo hay un historial suyo –Raven tenía paciencia; los seres desesperados podían tener información útil que ni ellos mismos sabían que lo era.

–¡Imposible! Ese tipo de archivos son clasificados, están encriptados, cifrados, y no hay ningún jedi vivo que pueda dar la autorización necesaria.

El caza-recompensas extrajo su bláster de la cartuchera, poco a poco, bajando la vista en un acto rutinario.

–¡Espera! ¡Espera! –gritó el sullustan, sudando la gota.

–¿Sí?

Siim Sor miró a izquierda y derecha, buscando alguna salida, intentando encontrar una manera de salir de aquella. Miró a Raven, luego al bláster. Ante la falta de respuesta, el caza-recompensas alzó el brazo, apuntando a la frente del sullustan. De repente, atinó a ver una mirada de claridad en su presa, un instante de claridad, un recuerdo que afloraba en sus ojos, lo suficiente como para retrasar la ejecución un segundo .

–¡Man-Vi-Era! ¡Man-Vi-Era! –exclamó como quien pide clemencia.

–¿Quién es ese? –no había oído mención alguna de un tal Man-Vi-Era en ninguna de sus pesquisas.

–Es el hombre de Coshar, ¡el hombre de Coshar!

–Sigue –dijo, bajando levemente el arma.

Escuchar el nombre de a quien había matado la noche anterior era prometedor. Como pensaba, a algunas presas había que llevarlas hasta el extremo para ayudarles a encontrar una salida. La mente del sullustan intentaba encontrar sentido a la información que el instinto de supervivencia le proporcionaba.

–Es un ingeniero de seguridad informática –comenzó a relacionar–, trabaja para el Templo. Fue Coshar quien lo recomendó. Hizo la auditoría de seguridad, estuvo aquí, en este mismo salón, accediendo a todos mis sistemas, desencriptando mis archivos –repitió–. Buscaba copias de lo que grabé para ti. Y Coshar era el tutor de Kilian, a quien espiábamos. Y el mismo que vino a interrogarme al hospital. El jedi que vino a interrogarme y quiso saber de ti. ¡Ese jedi es importante!

Era lógico. Coshar habría llevado la investigación del atentado contra Siim Sor, por interés propio, para tapar los agujeros que su ayuda a Kilian habría puesto al descubierto. Había descubierto su espionaje por culpa de haber dejado con vida al sullustan. Y a partir de ahí habría investigado quien era él. Su presa siempre fue Kilian, pero su verdadero rival había sido Coshar Teelk, el jedi en la sombra.

–El ingeniero sabrá como acceder al historial que buscas –continuó Siim Sor, intentando convencerlo–. Encontraré la

manera de entrar en el Templo.

El caza-recompensas enfundó el bláster en la cartuchera, aliviando al sullustan, cuyo cuerpo comenzó a temblar como una válvula de escape liberando la tensión acumulada, jadeando en busca de aire.

–Te has ganado un día más de vida –dijo Raven–. Ahora encontremos a ese tal Man-Vi-Era.

El rescate

El vestíbulo de Torre Augusta era esplendoroso y enorme, una recepción digna de un palacio. Una entrada abierta por un arco de unos veinte metros de radio permitía el acceso libre. El techo era una bóveda transparente anexa al edificio principal, al cual estaba acoplado, y en cuyo punto de conexión partían hasta cuatro turboascensores hacia los niveles superiores, delante de una sala con escaleras mecánicas, pasarelas y zonas de esparcimiento. Previo a los turboascensores había un sencillo control de atención al público: un alargado mostrador de recepción con varios droides atendiendo las solicitudes de los presentes, y personal de seguridad discretamente situado. Jackson se acercó a uno de los droides.

–Buenos días, señor, ¿en qué puedo atenderle?

–Quisiera ver a algún miembro de la familia Hightowers.

–¿Tiene cita concertada?

–Eso no es necesario –afirmó el tahúr.

–Me temo que sin una cita no puede usted ver a ningún miembro de la familia –aclaró el droide recepcionista–. Pero puede rellanar una solicitud A2 para concertarla.

Del mostrador emergió a la derecha un monitor táctil, mostrando un listado de fotos y nombres de la familia Hightowers, con buscador centrado en la parte superior.

–Indique el nombre de la persona con la que desea contactar.

Sintió curiosidad y no pudo reprimir introducir el nombre de Kilian Hightowers. El buscador devolvió una imagen de un joven muchacho, con varios años menos, y un texto en negrita indicando que su paradero era desconocido.

–El señor Kilian no reside actualmente en Ciudad Hightowers.

El tahúr ignoró al droide y pulsó en el teclado gráfico los caracteres correspondientes a Arno Hightowers. Apareció un hombre mayor, de rasgos parecidos a los de Kilian, aunque un poco más feo, a su juicio. Idéntico mensaje. No podía ser tan fácil. No obstante, a continuación repitió la operación con Magda, a la que el buscador completó la búsqueda con un «Tevera», mostrando una hermosa mujer que, de ser un poco más joven, no hubiera tenido reparos en galantear. Aunque, bien pensado, tampoco parecía muy mayor.

–Señor, las personas que busca no viven en Torre Augusta, ni en Ciudad Hightowers –continuó el droide con cortesía–. ¿Me permite preguntar por qué desea verlas?

–No se lo permito –contestó burlón, tecleando el nombre que realmente quería escribir.

La pantalla mostró al maduro Garek Hightowers, con el cargo de líder de la Corporación, y una nota prohibiendo concertar citas con tal personaje.

–El señor Garek no puede ser contactado por el procedimiento estándar, señor. Es un hombre muy ocupado.

Jackson continuó con Lía Hightowers, descubriendo, para su sorpresa, que sí se encontraba en la Torre, pero que no atendía visitas. El droide seguía esperando pacientemente a que el humano terminara cuando éste se fijó de soslayo en un droide de

protocolo 3PO, de color plateado, que se aproximaba pasito a pasito proveniente de una de las puertas más cercanas de la sala contigua. Dejó de teclear el nombre de Darlah al constatar que el droide se dirigió a un miembro del personal de seguridad, mencionando unas breves palabras. Levantó la cabeza para mirarlo directamente, confirmando lo que pensaba al ver acercarse al droide protocolario. «No ha sido necesario esperar mucho», pensó. El modelo 3PO se paró a las espaldas del droide recepcionista quien se giró un tanto molesto, si se pudiera esperar dicho sentimiento de una simple máquina.

–Ya me encargo yo, R45. Por favor, señor, acompáñeme a uno de los recibidores –le conminó a acompañarlo, indicando con una mano su invitación a rodear el mostrador.

Jackson aceptó el gesto, caminando alrededor del mostrador hasta reunirse con el droide en uno de los extremos, acompañándolo hasta una zona abierta, un poco alejada, con unas confortables butacas y una mesita de cristal. El tahúr se sentó cómodo, hundiéndose en la butaca, a indicación del droide.

–Disculpe que no me siente con usted –se excusó–. No nos han diseñado muy bien para este tipo de mobiliario; luego me costaría levantarme. Me llamo ARJ-3PO, y me han activado para ser su droide de protocolo para esta consulta. Quisiera preguntarle por qué, si no es mucha molestia, está interesado en la familia directa de Kilian Hightowers. Hace tiempo que no se encuentran entre nosotros.

–¿Quiere decir que están muertos? –preguntó Jackson.

–No. Quiero decir que no viven en la Torre, ni siquiera en

Ciudad Hightowers. Ni en Corellia, me atrevería a decir –el droide se mantenía a tres pasos del tahúr, la distancia suficiente para que el corelliano pudiera mirarlo sin levantar la cabeza en exceso.

–¿Y por qué envían a un droide de protocolo para atenderme?

–La Corporación es una familia, y la familia es la Corporación. Nos interesan todos sus miembros. No quisiera parecer descortés, pero no ha respondido a mi pregunta.

–Quisiera ver a quien tenga autoridad como para recompensar mis servicios –anunció.

–¿Qué servicios?

–La localización de Kilian Hightowers. Estoy seguro de que podrán pagarme muy bien por esa información.

El droide movió las manos primero a la derecha, luego a la izquierda, decidiendo qué hacer, y cambiando de opinión un par de veces. Finalmente, le indicó que esperara un momento, mientras él consultaba a un superior, e indicó a un guardia que acudiera, sin apenas disimularlo –tampoco es que tuviera esa habilidad–. Un hombre se acercó y se mantuvo a tres metros de Jackson, a su izquierda. «Vamos por buen camino». Cinco minutos más tarde el mismo guardia le indicó que lo acompañara, que lo recibirían en el nivel residencial. Lo condujo a uno de los turboascensores, y ascendieron hasta la planta cien. Luego caminaron por unos pasillos y tomaron otro elevador que partía de ese mismo nivel hacia los superiores. Finalmente accedieron a la planta ciento cincuenta siete, y caminaron por otros pasillos con una elegante ornamentación. Lo hicieron esperar en una amplia sala de reuniones, liderada por una

alargada mesa de negociaciones, de color rojo burdeos, con unos treinta asientos. La sala se encontraba vacía, pero parecía ser el lugar donde la Corporación mantenía sus reuniones directivas. «Apropiado, en cierta manera», pensó. Desde los ventanales pudo observar las vistas de los alrededores. El distrito se extendía radialmente hasta sus límites, con el rascacielos en el que se encontraba como centro del círculo. Podía observar los hangares, las naves industriales, los edificios administrativos y el resto de la ciudad..

Mientras observaba los deslizadores de las líneas aéreas, se abrió una puerta lateral y aparecieron dos mujeres: una bastante guapa y de edad parecida a la suya, con un vestido formal apropiado para un encuentro de negocios; la otra mas mayor, rondando la cincuentena, con un traje negro, a la que reconoció como Lía Hightowers por la foto del monitor de recepción. Detrás de ambas permaneció, cercano a la puerta, un guardia de seguridad con un uniforme distinto a los que había visto en recepción; quizás un rango superior. La mujer joven se sentó en una silla que, por la familiaridad con que lo hizo, parecía ser la que normalmente tenía asignada, cerca de la cabecera de la mesa. Lía hizo lo propio, un par de sillas a su derecha. Jackson se sentó al otro lado.

–¿Así que tiene noticias de mi primo Kilian? ¿Cómo es eso posible, señor Jackson? –preguntó la primera.

–Me lo he encontrado en Coruscant –respondió–. ¿Puedo preguntar el nombre de tan encantadora dama? El droide les habrá dicho el mío, pero no sé con quién hablo, aunque sí la reconozco a usted –señaló a la mujer de negro–. Es Lía Hightowers.

–Soy su hija Darlah, heredera de la Corporación –se presentó–. Como ve, trata directamente con la familia.

–Es un placer, y un halago –agradeció–. Como no quiero hacerles perder su valioso tiempo, y como he dicho, contacté recientemente con Kilian, o debo decir, para ser más exactos, que él contacto conmigo.

–¿Dónde ha estado mi sobrino todo este tiempo? –preguntó Lía, impaciente.

–Huyendo de ustedes. No parece recordar con cariño a la familia.

–¿Donde está ahora? –recondujo Darlah.

–No pretenderá que lo diga sin llegar a algún tipo de acuerdo.

Darlah se giró brevemente e hizo una señal al guardia, quien abrió la puerta a sus órdenes. Dos empleados de la compañía aparecieron portando una caja de seguridad cada uno. El primero se dirigió hacia el extremo de la mesa, a la izquierda de la heredera de la Corporación, y abrió la caja. Dentro había una considerable suma de créditos, en efectivo y en moneda.

–Cinco mil créditos si nos dice aquí y ahora dónde está Kilian –reveló Darlah–. Se los puede llevar consigo.

El otro empleado se situó a la derecha de Lía Hightowers, abriendo a su vez la caja que él portaba. Luego los dos se retiraron.

–Y otros cinco mil si su información es fiable y lo localizamos con prontitud –añadió la tía de Kilian.

–Siempre y cuando sea fiable, por supuesto –anotó Darlah, posando una mano encima de la caja–. En caso de que nos esté

timando, no sólo perderá todo el dinero, sino que sufrirá las consecuencias de manera proporcional a la gravedad de la mentira.

El tahúr se quedó dubitativo. ¿Cómo era posible tal suma de manera tan sencilla y directa? ¿Por qué confiar en un extraño que afirmaba tener lo que deseaban? Quizás porque no era un anónimo personaje, porque ya sabían quien era y lo que podía ofrecer. No sabría decir si eso era favorable. Desde luego que para ellos agilizaba los trámites y evitaba perder el tiempo en propuestas y negociaciones, ¿pero hasta qué punto conocerían su relación con Kilian o, mejor dicho, con Coshar Teelk? Si habían oído de él le habrían investigado, y si así era entonces podrían haber contactado con algún conocido de Corellia, o incluso con el Barón de Moulan. Cualquiera de ellos hablaría de su fama de jugador, de embaucador y de sinvergüenza, aunque también les contaría su preferencia por ganar, ante todo, dinero. Aquella era su apuesta.

–Por supuesto, sólo me interesa una más que justa remuneración por mis servicios, máxime si lo recibo de tan bellas manos.

Darlah levantó la mirada, seria, ignorando el falso halago, poco acostumbrada a tratar con gente de su nivel social. Al contrario que su madre, abocada por su profesión, quien levantó la mano derecha, con el dedo índice ligeramente destacado. Jackson observó cómo el guardia habló con alguien a través de un comunicador interno. Al instante se abrió la puerta y entrevió la silueta de un quarren envuelto en una túnica oscura que al entrar en la luminosa sala se tornó parda. Se situó a la izquierda de Darlah.

–Ahora hable –dijo la magistrada.

El tahúr enmudeció. Pensaba que el quarren era un esbirro de algún enemigo de Jano Forte, y tanto Coshar como el senador creían lo mismo. Eso cambiaba todo. Los hightowers conocerían por su boca que Kilian le había salvado la vida. Tenía que improvisar.

–Está aquí, en Corellia. Llegamos juntos. –les dijo.

Las dos mujeres se giraron hacia el quarren, quien asintió con la cabeza, mirando con odio al tahúr, sentimiento correspondido por el segundo.

–¿Por qué? –preguntó Darlah.

–¿Por qué está en Corellia, o por qué vinimos juntos?

–No se burle, Jackson. No le conviene –advirtió el guardia, que hasta el momento no le había hablado a él, y lo hacía directamente, sin tapujos.

El gesto que le hizo Darlah con la mano indicó al presunto guardia que no pasaba nada, retomando el interrogatorio.

–¿Por qué ha vuelto?

–¿No es evidente? Está buscando pistas de dónde pueden estar sus padres. Hasta el momento ha tanteado sus residencias de descanso en Bela Vistal y en las Playas de Oro. Lo siguiente será visitar Nashal, en Talus. Ya se pueden imaginar por qué.

–Conoce bien nuestras propiedades familiares –comentó Lía–. Kilian debe confiar mucho en usted para que se lo haya revelado.

–Es un muchacho un tanto ingenuo –dijo Jackson–. Cree que los amigos de sus amigos son, ya sabe, los suyos propios.

–Usted le ha seguido el juego con el fin de obtener una recompensa –dijo Darlah.

–Señora, no tiene ni un crédito en la cartera –aclaró el quarren.

–Por tres mil euros más olvidaré las atenciones pasadas de su esbirro – bravuconeó Jackson–. No alcanzo a ver por qué querían ver muerto al senador de Quess, pero ese será un generoso precio por mi silencio.

Los tentáculos del quarren vibraron agitados. Se acercó para darle una bofetada del revés, pero fue detenido por el guardia, quien le agarró el brazo a tiempo.

–No tiente su suerte –dijo el guardia–. Existen otras maneras de asegurarse su silencio.

–Tengo un amigo, un ex-CorSec, que sabe que he venido aquí –respondió Jackson–. Ya sé que usted es juez, señora, y que su otro sobrino, Icino, es Teniente del mismo cuerpo, pero les aseguro que éste es muy bueno en lo que hace. No pensarán que vendría aquí sin guardarme un as en la manga, por si algo saliera mal.

–No tendremos que tomar esas medidas si nos es de utilidad, Retard –intervino Darlah–. Si nuestro invitado accede a tenderle una trampa a Kilian, claro está, y continúa «ayudándolo».

–En este instante, y por mucho que me aflija, no creo que Kilian apreciara mucho mi ayuda –se rió Jackson–. ¿Qué quiere que haga?

–Dígale que sus padres están aquí en Torre Augusta.

–¿Y de qué manera le digo que lo he averiguado?

–¿Es usted jugador de sabbac? –preguntó Lía.

–¿Ganan los wookies al dejarik?

–Dígale entonces que se coló en una partida de sabbac con un piloto de la Corporación, en el casino *Atmósfera C*, aquí, en Ciudad Hightowers. Mi sobrino frecuentaba el lugar, por otros motivos. Un piloto que fue enviado a Bela Vistal, despertándolo de noche, urgentemente, para trasladar a un matrimonio de la familia directa, hasta Torre Augusta. Que estaba un poco bebido y que usted sumó dos y dos. Estará diciendo la verdad.

Jackson accedió apretando los labios. El quarren seguía observándolo con cara de pocos amigos, y el tal Retard, que debía de ser un jefe de seguridad o algo por el estilo, lo miraba desconfiado.

–Un último punto –dijo Retard–. Puede que Kilian sea un ingenuo, o puede que no le crea. Prefiero tenerlo todo bien atado, y sería mejor saber dónde se aloja, por si tenemos que ir a buscarlo nosotros.

Le extrañaba que no hubieran preguntando primero por eso. Quizás porque les interesaba más la idea de prepararle una trampa, de cogerlo in fraganti, cuando pensaba que la victoria estaba a su alcance. Había preparado esa respuesta de antemano. La jugada lógica, para el Kilian que ellos conocían, era volver con su antigua banda, como ellos presuponían.

–Está con sus antiguos compañeros, los nebulones azules. Usted hizo un buen trabajo –dijo dirigiéndose a Lía–, consiguiendo su enemistad a base de llevar a prisión a varios de los moteros. Yo ya había tanteado el terreno antes, pero al final una amiga consiguió convencerlos de que él no había tenido

nada que ver. Y la prueba era que volvía voluntariamente.

–Lieslvez –apuntó la juez.

–La misma –respondió Jackson.

–Es extraño que Hama, el líder de los nebulones, no nos haya llamado para avisarnos de la inesperada reaparición –afirmó el jefe de seguridad Retard–. He participado en demasiados interrogatorios como para no ver que es una maniobra de distracción. Kilian ya se encuentra aquí, en el edificio. Ahora, en este momento.

Darlah cerró la tapa de la caja, desapareciendo el brillo de los créditos. El tahúr tragó saliva.

El joven corelliano se paró en la esquina que daba al pasillo del nivel residencial familiar, donde había crecido. Era irónico, y en cierto sentido lógico, que sus padres volvieran a las mismas dependencias. Descubrió a tiempo la cámara del final del pasillo. Esperó a que variara la rotación, después de estudiar los segundos. El intervalo era suficientemente amplio como para llegar hasta la puerta dónde notaba la presencia de, al menos, uno de sus padres. Sería un inconveniente que no estuvieran juntos. Si no tendrían que esperar a que se reunieran, pero eso malograría las posibilidades de una huida exitosa. Cuanto más tiempo perdiera peor. Jackson tenía que entretenerles todo lo que pudiera, intentar alargar la falsa delación, la comedia de traición que habían elaborado. Varias plantas más abajo, el tahúr se encontraría con cuantos miembros de la familia estuvieran en

ese momento en Torre Augusta, vaciando el nivel residencial. Salvo, claro está, sus padres.

Su incursión desde los pasadizos subterráneos había sido todo un éxito. Era el único que podía hacerlo. Ni Lieslvez ni Jackson estaban cualificados para acompañarlo. La Fuerza guiaría a Kilian en la incursión, intuyendo qué pasadizos tomar y cuales no, ampliando sus sentidos para escuchar cualquier ruido –por pequeño que fuera–, que le ayudara a descubrir las medidas de seguridad de la torre –infrarrojos, detectores de sonido, personal de seguridad, etc.–, o ralentizando el giro de las cámaras para darle tiempo a atravesar una zona vigilada. En los niveles más poblados, incluyendo turboascensores, podía permitirse mezclarse entre técnicos, personal administrativo y empleados en general, nublando parcialmente los sentidos de aquellos que podrían reconocerlo, consiguiendo que miraran para otro lado o no se fijaran en sus rasgos. Aunque muchas personas eran nuevas y no las conocía. En una taquilla del nivel de maquinaría encontró ropa formal de técnico de mantenimiento, que aprovechó para disfrazarse como uno más de la Corporación y poder pasearse por las diferentes plantas, pasillos y elevadores. Se conocía bien las rutinas, los horarios y los protocolos, así como el edificio en sí, que no había cambiado mucho, de su época de joven rebelde que se fugaba del control de Garek. Puede que Raven le encontrara una vez lograba escapar de Torre Augusta, pero nunca descubrieron sus intentos de fuga en el propio rascacielos, fuera para reunirse con los nebulones o para escapar del planeta. Mientras él recorría el edificio, desde los subterráneos hasta los niveles residenciales, el tahúr entraría por la entrada principal, les contaría la historia que se había

preparado, y para cuando terminaran las «negociaciones», Kilian habría rescatado a sus padres. La huida no sería volviendo sobre sus pasos. Sus padres no pasarían inadvertidos. Para ello accedería, si fuera necesario por la fuerza, a la plataforma de aterrizaje del área residencial. A su señal, Lieslvez acudiría con el Mobquet Errante 191 en una maniobra de aproximación rápida y directa –aunque no quería involucrarla, ningún plan tendría éxito sin ella–, subirían sus padres mientras él defendía la huida y luego se largarían de allí. Para entonces el tahúr tendría que haber conseguido salir de Torre Augusta. No obstante, y por si no eran capaces de coordinar los tiempos, Jackson había contactado con el ex-capitán de las CorSec amigo suyo. Si tardaba más de la cuenta su amigo se presentaría exigiendo la liberación de Jackson, si es necesario con las CorSec encima, pues aunque el Teniente Icino, su primo, podía intervenir, aún conocía a demasiados compañeros de las fuerzas como para denunciar una retención ilegal y que acudieran, por lo menos, para aclarar los hechos. Retenerlo sería mala publicidad para la Corporación. Una vez fuera, Jackson sabría como desaparecer. Se reunirían con Yoras Deem, cada uno por su cuenta, en uno de los espaciopuertos aduaneros del Sector Corelliano, fronterizos con el Sector Duro. Se rumoreaba que con el fin de la guerra, Corellia abriría de inmediato las fronteras, pero habían preferido no esperar y seguir con el plan original. La estación aduanera era un buen escondite para el Augurio, a simple vista entre los cientos de pequeñas naves que hacían tiempo mientras esperaban a que los cargueros inter-sistema se llevaran o trajeran sus mercancías. Probablemente Coshar Teelk hubiera optado por el mismo plan, perfeccionándolo, y quizás Bronx lo hubiera enfocado de una

manera totalmente distinta. Daba igual. Ellos jugaban las cartas que tenían, y era lo mejor que se les había ocurrido.

Corrió en el momento en que la cámara retornaba a vigilar uno de los pasillos perpendiculares, impulsándose con la Fuerza en un largo salto longitudinal hasta parar delante de la puerta de la habitación. Había un lector de iris a una altura baja, un sistema que ya conocía, pero que no se arriesgaría a poner su propio ojo. Debía suponer que habían desprogramado su huella ocular o, peor aún, que daría una alerta especial. Tampoco quería forzar la puerta telequinéticamente, ni violar la seguridad informática; no tenía ningún droide R2 ni era experto en la materia. Por lo tanto, optó por lo más sensato y simplemente pico con los nudillos: tres golpes suaves, uno corto y dos suaves. Un código sencillo que había usado en su infancia a modo de juego. Los segundos pasaban y la cámara volvía a hacer su giro de vuelta al pasillo. Alzó una mano hacia ella, ralentizando su movimiento, sin llegar a pararla para no levantar sospechas. Los segundos seguían pasando, y sentía un ser vivo al otro lado, que no se decidía a abrir. El ojo de la cámara pronto lo enfocaría. Lo paró, forzando el pequeño rotor de giro, que intentaba infructuosamente seguir hacia adelante, «atascado» en la misma posición. Al fin, la puerta se deslizó hacia arriba y apareció su madre, bella como siempre, con cara de asombro, sorprendida de ver a quien no esperaba encontrarse nunca más en su vida. Entró de golpe, cogiéndola suavemente del brazo para evitar que saliera, y liberando la cámara, la cual recuperó el terreno perdido para descubrir únicamente una abertura abierta, y una puerta que volvía a cerrarse.

–¡Kilian! –dijo por fin, observándolo minuciosamente.

–¡Madre! No tenemos tiempo que perder… –no pudo completar la frase, su corazón retumbaba en su pecho, henchido de emoción.

Sin poder contenerse, la abrazó fuertemente, cerrando los ojos. Ella le correspondió. Tuvo que deshacer el abrazo al poco, y la miró de nuevo a los ojos.

–Madre –dijo con una voz calmada–. Luego vendrán las explicaciones, ahora debemos irnos.

–¿Pero qué haces aquí? ¿Por qué has venido? –preguntaba aturdida.

–¿Te acuerdas de Lieslvez? Nos espera, ella nos sacará de aquí. Pero tengo un amigo que se está jugando el cuello para darnos tiempo. No podemos esperar más, ¿donde está padre?

Su madre intentaba asimilar la brusca emoción de ver a su hijo ya adulto. Hacía una década que se habían visto por última vez, cuando sólo contaba con trece años. De aquella era un niño que no comprendía por qué los separaban las personas que se suponía que tenían que protegerlos. Hoy era mucho más alto, con cuerpo de hombre, barba de tres días y una mirada madura. Ella, por el contrario, apenas había cambiado, salvo por algunas mechas canosas que asomaban por su ondulado cabello.

–Madre –repitió, apoyando cariñosamente sus manos en sus brazos–, ¿donde está padre?

Ella lo miró, apenada. Sus profundos ojos revelaban el secreto que no había llegado a comprender. El presentimiento que no acababa de encajar tomó forma y consistencia. Su padre había fallecido.

–Muerto –apenas susurró Kilian–, ahora entiendo.

Se apartó de ella, buscando el apoyo de la pared, bajando la mirada al suelo, con la vista perdida, llevado por sentimientos contradictorios: la felicidad del reencuentro se truncaba con la desgracia de la sorpresa. ¿Qué calma puede quedar en aquél que en un minuto experimenta la alegría y la pena?

–Kilian, ¿por qué has venido? ¡Supimos de tu fuga! –esta vez fue ella quien lo agarró por los hombros–. Habíamos asumido nuestro destino, siendo felices sabiendo que tú te labrarías tu propia vida. Ahora temo que todo haya sido en vano.

Su hijo apenas reaccionaba. La miró un momento buscando consuelo, y ella percibió su necesidad. Tuvo que serenarse, no dejándose dominar por los reproches que, en otra situación, hubiera continuado como era sus costumbre.

–No importa –le agarró fuerte–. Me alegro que estés aquí, me alegro de verte. Ya habrá tiempo para llorar a tu padre. Ahora, Lieslvez nos espera. Has pensado en una manera de salir de aquí, ¿no? ¡Muéstramela!

Él la miro, saliendo de su aturdimiento, recobrando la compostura, asumiendo que la misión tenía que cumplirse, y que sus amigos dependían de ellos. Pero algo había cambiado.

–*Hay emoción, no hay paz* –afirmó motivado por renovados resentimientos–. Pues que tampoco haya paz para nuestros parientes.

Sacó el bláster de bolsillo que le había prestado Jackson. No podía llevar la electro-vara disfrazado de técnico, pero no iría totalmente desarmado, y el tahúr no hubiera pasado los escáneres de seguridad. Su madre pensó que no parecía muy peligroso con ese blastercillo, a pesar de estar preocupada por

sus palabras.

–Sígueme, estamos muy cerca de la plataforma exterior. Ahora no hay tiempo para sutilezas.

–Kilian…

Magda quiso decir unas últimas palabras, pero su hijo abrió la puerta, saliendo al pasillo. Lo primero que hizo fue forzar de nuevo la cámara del pasillo perpendicular, fijándola en posición lateral. Magda salió y avanzó por el pasillo en dirección a la cámara. También conocía dónde estaba la plataforma sur. Los dos corrieron sin esprintar, vigilando por donde iban. Cuando torcieron hacia la derecha, Kilian rompió el eje de la cámara. Se encendería alguna lucecita de mantenimiento en algún panel. Esperaba que tardaran en darse cuenta, aunque pronto añadiría mas luces. Estaba plenamente atento, un par de pasos por delante de su madre. Al girar a la izquierda, descubrió una nueva cámara al fondo, enfocándolos directamente. Instintivamente movió la mano lateralmente, y arrancó la cámara de su soporte, tirándola al suelo. Escuchó pasos que se aproximaban con rapidez: dos hombres, cadencia regular, profesionales. Alzó la palma de la mano frente a una puerta lateral y, sin haberla tocado, la puerta se vio lanzada hacia dentro, saliendo de sus guías, descubriendo el recibidor de una habitación. Recordaba de quién eran esas habitaciones: eran de la tía Sala, la rectora, quien pocas veces visitaba la capital corelliana. Magda, maravillada por la mágica proeza, entró para refugiarse, a indicación de Kilian, quien se mantuvo en medio del pasillo, sin protección.

El primer guardia cayó de un certero disparo en la sien, aturdido. El bláster de bolsillo sólo era letal a distancias muy

cortas, y aún así le había alcanzado en un punto vital como para casi dejarlo cadáver. El segundo guardia, asustado, se paró en medio y disparó su bláster sin apuntar, precipitadamente, fallando por varios centímetros. Kilian alzó la mano izquierda hacia él, y le arrebató el arma, que se le escapó de las manos, volando en dirección al joven corelliano. Giró el arma en el aire para tener la empuñadura a su favor, tomándola en su mano y, en un segundo, apretar el gatillo con el índice. El tiro con la zurda fue casi tan bueno como el de la diestra; el mercenario le había enseñado bien. El rayo alcanzó al guardia en el pecho, dejándolo inconsciente. Era un bláster moderno, modelo DH-17. Su tío se gastaba lo mejor para su seguridad.

–¡Vamos!

Se adelantó hasta la encrucijada en forma de T donde estaban los cuerpos de los guardias. Observó el inerte cuerpo del último alcanzado; aún vivía. «Debo contenerme, los hombres de mi tío sólo hacen su trabajo», pensó poco convencido. Miró al primer guardia, que salía mareado del aturdimiento. Le propinó un golpe en la cabeza que lo durmió para un buen rato. Magda lo siguió de cerca, decidida y a la vez atónita por las desconocidas habilidades de Kilian, ¿se había hecho militar? ¿Y esos poderes que tenía? Quizás el Templo no había sido el mejor lugar al que podía haber ido. Al alcanzarlo en la encrucijada, Kilian le entregó el bláster de bolsillo.

–Dispara sólo si te ves acorralada, yo me encargaré de todo.

Siguieron el ramal de la izquierda, que conducía directamente a la pista de deslizadores del nivel residencial. Echó un rápido vistazo, no descubriendo a ningún guardia. Estaba claro que los dos con los que había acabado provenían de aquí. Salió a la

pista, al aire exterior. La plataforma ocupaba unos cincuenta metros cuadrados, con caída libre por tres de sus lados. El cuarto lado continuaba la fachada hacia los niveles superiores, encima de los cuales, en el tejado, ciento veinte metros más arriba, había otra plataforma de aterrizaje. Se paró en el centro de la pista, localizando las cámaras de vigilancia y destruyéndolas con certeros disparos. Disparó dos veces más al aire, muy seguido, formando una especie de «V» en el aire, cuyo vértice era él mismo, buscando a continuación la ruta de aproximación del Mobquet Errante de Lieslvez, oculto entre las líneas aéreas más próximas. Vislumbró un punto que abandonaba vertiginosamente el tráfico regular, cada vez más cerca, distinguiendo la tosca silueta del deslizador, hasta que se detuvo al borde de la pista, en una audaz maniobra, tras sufrir una asombrosa deceleración. «Es una piloto extraordinaria, mejor que yo», pensó el corelliano. La carlinga se abrió descubriendo a Lieslvez, con su casco de comando, lanzando la electrovara. Kilian la recogió al vuelo con la mano izquierda. Era la maniobra que habían ensayado en el caso de que hubieran enemigos en la pista y él necesitara un arma.

–¡Sube! ¡Rápido! –indicó a su madre.

Magda no esperó, sobrepasando a su hijo. Del fuselaje emergió una escalerilla que, junto a asideras fijas, la permitirían subir a los asientos de los pasajeros. En cuanto posó el pie en el primer peldaño, Kilian oyó ruidos a su espalda. Apuntó con el bláster a la abertura de salida a la plataforma. El primero que asomó de cuerpo recibió el impacto de un rayo, cayendo al suelo. Los segundos se lo pensaron mejor y dispararon a Kilian desde el pasillo, con mal ángulo, fallando los primeros disparos.

Cubrió la retirada de Magda disparando al interior, obligando a sus rivales a guarecerse mejor. Aunque tenían mala puntería, un tiro errático podía alcanzar a su madre, a la piloto, o dañar el acelerador. Mejor contenerlos dentro.

–¡Kilian, tu turno! –gritó Lieslvez.

Magda había conseguido subir a uno de los tres asientos de pasajeros, dejando el más cercano a su hijo. Kilian disparó varias veces más al interior del edificio, amedrentando a los guardias, para acto seguido correr hacia el mobquet. Saltó impulsándose con la Fuerza justo en el momento en que fue alcanzado por un rayo láser, en el omóplato derecho, besando el suelo.

–¡Kilian! –gritaron las dos mujeres.

El corelliano se giró boca arriba, atisbando al tirador en la plataforma superior; le había alcanzado a buena distancia, probablemente con un rifle bláster, en pleno salto. Un experto francotirador. Lo siguiente sería rematarlo o acabar con la piloto. No lo dudó. Instintivamente, rodó sobre sí mismo tres veces, esquivando los dos siguientes disparos, y volviendo a quedar boca abajo. Miró a Lieslvez, procurando no cruzar ninguna mirada con su madre. Pero lo que descubrió a lo lejos, muy por detrás del mobquet, le llenó de miedo.

–¡Cierra la carlinga! ¡Márchate! –dijo a su amiga.

–¡No nos iremos sin ti! –gritó su madre.

–¡Lieslvez! –ordenó Kilian.

Habían acordado que lo primero era rescatar a su madre, a pesar de las protestas de la motera. La seguridad de Torre Augusta era excesiva, y Kilian tendría que hacer uso de todas

sus habilidades para lograr huir por su cuenta. Él tenía posibilidades; ellas sólo una, las capaces manos de su amiga. La piloto no espero más. Apretó un botón cerrando inmediatamente la carlinga, salvando su cabeza por un segundo. Un disparo del francotirador alcanzó la cabina, ennegreciendo el cristal. Otros dos disparos de los guardias, que habían salido a la plataforma, impactaron contra el Errante. El casco aguantaba los daños, pero era cuestión de tiempo que alcanzaran algún sistema serio. Los repulsores aumentaron la potencia, elevando el deslizador diagonalmente, girando noventa grados sobre su propio eje, volando al aire libre, fuera de la plataforma. El mobquet hizo un picado paralelo al edificio, una de las maniobras favoritas de la piloto, desapareciendo de la vista del corelliano. Sabía que lo lograrían.

Agarró la electrovara con ambas manos; el bláster lo había perdido en el fallido salto. Se impulsó con las piernas, ignorando el dolor de la herida, dando una voltereta hacia atrás, enfrentándose a los primeros guardias que llegaban, con sus porras aturdidoras. Tenían a quien querían. Estaba claro qué órdenes les habían dado. De lo contrario, seguiría esquivando al francotirador. A base de esfuerzo y a su debida preparación, pudo zafarse de los tres primeros guardias, noqueándolos, electrocutándolos con la vara, y esquivando sus golpes. Los siguientes cuatro fueron más difíciles, le estaba llevando más tiempo, aunque se acercaba, metro a metro, a la entrada al edificio, único punto de escape. Si conseguía entrar tendría la oportunidad de jugar al cazador y la presa, siendo él el evidente objetivo, a pesar de estar en campo enemigo. Entonces vio otra posibilidad. Oyó un ruido característico. Tuvo primero que

deshacerse de una patada de un enemigo que intentaba inmovilizar su pierna. Luego miró hacia arriba, confirmando el origen del sonido. El francotirador descendía con la ayuda de un jet-pack. No era Raven, en quien primero pensó, sino un hombre con uniforme de oficial, más distinguido que los mediocres guardias a los que golpeaba. Si luchaba contra él, podría arrebatarle el jet-pack y volar al edificio más cercano, cuya azotea se encontraba lejos, y a una altura considerablemente menor. El hombre, que descendía poco a poco, lo apuntaba con un arma diferente, que no atinaba a saber de qué tipo. Dio un fuerte codazo en la mandíbula de un guardia, desequilibró a otro con un extremo de la electrovara, y golpeó con el otro al de su espalda, activando el impulso electromagnético para noquearlo. El oficial disparó su arma cuando estaba dos metros arriba. El espacio conseguido no le sirvió para esquivarlo. Una amplia red se extendió súbitamente por encima suyo, atrapándolo junto a los guardias. La electrovara dejó de ser un arma útil. Dio, como pudo, un par de puñetazos y un flojo rodillazo. Cada movimiento le enredaba más, y los hombres con los que había quedado atrapado lo agarraban y magullaban, rompiendo su concentración. Tenía que haberlo previsto; de haberlo hecho podría haber reaccionado a tiempo para parar la red antes de que le cayera. Incluso volverla contra el francotirador. Poco a poco fue quedando liado en la enmarañada red de cuerdas y hombres, hasta quedar inmovilizado. Forcejeó inútilmente. El oficial, ya en el suelo, descartó el lanzaproyectiles y desenfundó su bláster pesado.

–Más le vale rendirse –dijo.

Otros guardias llegaron, trayendo consigo a Jackson,

agarrándolo por los brazos, que estaban atados a la espalda. Tenía algunas contusiones en el rostro, y posiblemente alguna mas en el cuerpo. Un quarren que venía con ellos lo empujó de mala manera entre él y el oficial. Detrás de ellos aparecieron Darlah y Lía Hightowers, a quienes no veía desde hacía mucho tiempo, y que se situaron a la izquierda para observarle detenidamente. Percibió una mueca de desaprobación y rechazo en el rostro de su tía, y una sonrisa triunfadora en el de su prima.

–Aquí lo tiene, Retard –dijo el quarren, aludiendo a Jackson.

El jefe de seguridad apuntó a la cabeza del tahúr, dejando bien claras sus intenciones, sin mediar palabra. No había escapatoria, pero al menos había salvado a su madre. Había merecido la pena.

–Me rindo, familia –admitió Kilian, con la cara entre las cuerdas de la red.

–No te preocupes –intervino Jackson–, mi amigo ya está abajo pidiendo explicaciones, pronto nos sacará de aquí.

–Lo dudo mucho –advirtió Darlah, complaciente–. Tendrán que buscaros en el espacio.

Un ruido cada vez mayor anunciaba la llegada de una nave estelar. Era lo que Kilian había visto venir, y el motivo por el que ordenó a Lieslvez que huyera, cuando aún tenía tiempo para perderse entre los edificios bajos de Ciudad Higtowers. La corbeta corelliana Torre I, nave insignia de la compañía, apareció en el cielo, cada vez más grande. Unos operarios aparecieron para acceder a un panel de control y extender una pasarela de unos tres metros, en el límite de la plataforma. La

corbeta maniobró lentamente, sin prisa, para mantenerse a la altura de la plataforma. Era una operación que Kilian había visto varias veces en su juventud. La pericia del Capitán Dexterios, si es que seguía trabajando para su tío, suspendía la corbeta al mismo nivel de la plataforma, situando la compuerta exterior lateral del lado de la pasarela. Los estabilizadores de la nave la mantendrían en posición fija, a pesar del viento que pudiera haber. Los operarios extendieron unas barandillas mecánicas a ambos lados de la pasarela, para asegurar el paso. Una vez completada la maniobra, se abrió la compuerta exterior de la nave, permitiendo salir por la misma a Garek Hightowers, a su otra hija Mura, y al fiel secretario Perkins.

Un trabajo profesional

El caza-recompensas llevaba varias horas observando la actividad del lugar, tumbado desde su posición de francotirador. La mira telescópica computerizada le proporcionaba mayor alcance y precisión que los macrobinoculares. No obstante, de vez en cuando apartaba a un lado el rifle bláster y los utilizaba para obtener una visión más amplia, aunque mas alejada. Cuando había un detalle destacable activaba el registro de voz del casco y susurraba en el interior de la cavidad; no porque tuviera miedo de ser escuchado, al encontrarse a un kilómetro de distancia, sino por mantener en todo momento la actitud de silencio, cuidado y acecho. Era el tercer y último punto de observación, esta vez desde el bosque al norte de la zona. Previamente se había situado en el del sureste, y antes que eso en el más extenso del oeste, al otro lado del barranco que rodeaba las instalaciones por sus flancos sur y oeste, encaramado a uno de los enormes y elevados árboles locales. Con esta forzada triangulación había obtenido un mapa mental de todos los edificios. Todos ellos de planta baja, a excepción de uno de ellos. Una casa principal, centro neurálgico de las instalaciones, enfrente de unos cultivos; un edificio secundario muy cercano, de uso residencial; otro próximo al último, en dirección sur, del que desconocía sus funciones; un pequeño hangar y almacén, del que sólo había visto un deslizador Trast A-A5; un recinto con establos tras cruzar un pequeño puente

sobre un estrecho riachuelo, donde alojaban a esos extraños bípedos que no había visto en su vida, que debían de ser los tronadores cracios de los que le habían hablado; y una última casa, un poco más alejada y cercana al barranco, tras unos jardines. ¿Aquí había estado viviendo Kilian Hightowers durante los últimos años? ¿Una granja comunitaria? No era, desde luego, el lugar de retiro para un maestro jedi, hasta el punto de que dudaba de que estuviera en el sitio correcto. Sin embargo, según la información que le habían proporcionado el lugar era ese. Su persistencia había dado resultados, ahorrándose una larga y probablemente inútil búsqueda por los sistemas próximos.

Días antes de comenzar a espiar las actividades de la instalación, después de que, de una manera u otra, se le habían escapado de las manos, sucesivamente, Coshar Teelk, Jano Forte y el tahúr, Earl Ravenous había reconducido su misión de una forma inesperada. Todo gracias al ya difunto Siim Sor, a quien había acudido con intención de forzar su ayuda para introducirse en el Templo Jedi, el único lugar donde pensaba que podría encontrar la localización del maestro Dalma. Se equivocaba de camino. Un corriente ingeniero informático, oficialmente empleado por la Orden, y extraoficialmente al servicio de Coshar, le había revelado por fin el planeta en el que Kilian Hightowers se había establecido tras su exitosa fuga. Aunque el endiablado sistema diseñado por Man-Vi-Era para la comunicación entre Coshar y Al Dalma imposibilitaba la interceptación de los mensajes, falló en un componente: el factor

humano. No fue difícil conseguir el nombre de Loome. La moral del ingeniero promovió una débil resistencia; no sólo una lealtad contractual, el secreto profesional entre cliente y empresario, sino también su fidelidad al jedi, un hombre del que además era amigo. El sufrimiento psicológico de haber fallado a su amigo fue superior al dolor físico que le causó. En cuanto consiguió lo que quería terminó pronto con su vida, ahorrándole mayores padecimientos.

Loome era un planeta del que no había oído hablar antes, muy apropiado para esconderse. Pertenecía al Sector Quess, lo cual encajaba con sus sospechas, dado que el senador Forte era originario del sistema Trevi. De difícil acceso, gracias al cúmulo de nebulosas oscuras que lo rodeaban, y de reciente incorporación a la extinta República –tan sólo hacía tres siglos de ello–, era la recomendación perfecta que Jano Forte podría haber dado al maestro Dalmau para su retiro. O puede que fuera al revés, que el maestro conociera al senador en su sector. A estas alturas, los detalles ya no eran importantes. La investigación por Loormist no ayudó en nada, salvo en conocer la existencia de Dag Seher, una ciudad minera más de su estilo y donde podría hacerse entender mejor que con los insobornables loomest de la capital. Los burócratas le respondieron con mucha amabilidad que era imposible ceder datos personales de los habitantes del planeta. Descartó probar suerte con la amenaza al intuir que aquellas «buenas gentes» harían todo lo posible por respetar la ley, más allá de su propio interés personal. Recurrir a la violencia llamaría mucho la atención en aquella pacífica ciudad. El miedo no acallaría la boca de a quien dejara con vida, y era demasiado pronto para que empezaran a aparecer

cadáveres.

Después de un día visitando Dag Seher, comprobó que, aunque las minas eran controladas por diversas compañías especializadas en la extracción de la carbonita, existía un peculiar submundo dominado por una banda de moteros a quien nadie osaba enfrentarse salvo, en ocasiones, un cuerpo policial negligente y poco interesado. La administración de la ciudad parecía un poco caótica, salvo en lo referente a la actividad minera, y contrastaba con lo visto en la capital. Daba la sensación de que todo lo peor del planeta se reunía allí. En su opinión, la «bondadosa» sociedad loomiense enviaba a los despojos, los indeseados, los que no cumplían con los requisitos sociales exigidos, a trabajar a las minas. La Galaxia estaba plagada de planetas así. Cultura de hipócritas.

La autoridad local de Dag Seher sí era sobornable. En concreto, un corrupto sargento de guardia le proporcionó la anhelada información. Había en curso una investigación policial contra la banda de moteros «los hermanos caídos», a razón de una denuncia efectuada por el propio Al Dalma, propietario de una granja de tronadores cracios en el continente norte, a varios días de allí en transporte local. El sargento mostró su incredulidad por la continuidad de las pesquisas. El denunciante debía de ser una persona de cierta importancia, con contactos en Loormist o en las compañías mineras, pues lo normal hubiera sido que, tras un par de actuaciones para cumplir con el procedimiento, se hubiera dejado correr el asunto, para evitar un enfrentamiento abierto con la banda. Según la denuncia, un reducido número de miembros de la banda habían intentado asaltar su propiedad, retirándose a tiempo al observar una

inesperada defensa. Adicionalmente habían denuncias previas presentadas por otro residente de la granja, un tal Alec Brounsapier, con el que la banda tuvo diversos encontronazos en la ciudad, junto a un gamorreano llamado Gorka. No obstante, la información más jugosa vino al comprobar que la banda había contra-denunciado a su vez acusando a otro de los residentes de asesinato: un tal Claren Luckewood, de paradero desconocido, cuya descripción física se asemejaba bastante a la de Kilian Hightowers. Una noticia asombrosa. El siguiente punto fue concertar una cita con los hermanos caídos. Después de haber llegado a un pre-acuerdo inicial, planificó la misión de reconocimiento.

La rutina de la granja no descubría ningún tipo de medida defensiva que pudiera detener una incursión de la banda a gran escala. Según los moteros, la seguridad del lugar corría únicamente a cargo de un par de personas: los mencionados Alec Brounsapier y el gamorreano. El primero de ellos, según la banda, un experimentado soldado. A Raven, basándose en su experiencia, le parecía mas bien un mercenario, o quizás ambas cosas. Del resto no parecía que ninguno tuviera una especial predisposición al combate. Quizás una cereana que frecuentaba los hangares, un twil'lek –con esos nunca se sabía–, y un par de humanos. Los demás no sabrían ni cómo quitarle el seguro a un bláster.

La banda había enviado diferentes grupos de cinco personas,

en sus moto-jets, a la búsqueda de la residencia de sus odiados rivales, los únicos que se habían enfrentado a ellos en su propio terreno, Dag Seher, minando su reputación y dando inesperadas esperanzas a los habitantes de la ciudad de que podían librarse de ellos. Incluso puede que una rebelión así diera ánimos a las fuerzas de seguridad para que hicieran su trabajo. Después de visitar sin miramientos varias granjas, irrumpiendo en ellas con sus moto-jets, encontraron su objetivo. Reconocieron al gamorreano de inmediato, envalentonándose rápidamente, haciendo varias pasadas y disparando aleatoriamente. Sin embargó, y haciendo caso a lo que los moteros confesaron, les hicieron frente todos los residentes a la vez, liderados por el mercenario. Aunque sólo unos pocos tuvieran una mínima destreza con los blásters, el número fue suficiente como para obligarlos a huir. Incluso disponiendo de la ventaja aérea.

Una banda bastante ridícula, unos matones con blásters, sin experiencia de combate más allá de los abusos cometidos en Dag Seher. Pero era lo único que tenía a mano. Fue una suerte haber llegado antes de que organizaran un asalto masivo, con el total de los miembros de la banda. Una vez convencidos de que Raven podía ayudarles a dirigir el ataque, los cuarenta moteros de la banda podrían tomar la posición en muy poco tiempo, acabando con cualquier medida que pudiera planear el mercenario. Más difícil fue conseguir que retrasaran el asalto. Estaban ansiosos por reparar su dañada reputación. No obstante, la oportuna aparición de Liul-Shi, una inteligente mujer de negocios, a quien la banda le debía dinero, ayudó a apaciguarlos. Raven le habló de los beneficios económicos que podrían obtener con la experimentada guía del caza-recompensas. El

dinero siempre amansa a las fieras.

Dos horas más tarde Raven volvió a la Perra Callejera, escondida en una hondonada a cinco kilómetros de las instalaciones. Después de introducir el código de seguridad, la compuerta de la nave se abrió, descendiendo la pasarela situada por debajo del cuello que conducía a la carlinga, a la que se dirigió tras subir por la pasarela. A los mandos se encontraba el droide piloto que había adquirido tras el incidente de la luna de Klaton, que utilizaba para darle descanso en las maniobras rutinarias del carguero de clase Kazellis. A su lado se encontraba el droide astromecánico R2-K7.

–Inicia los preparativos para el despegue –ordenó al primero–. K7, si ya tienes las coordenadas de astrogación, prográmalas en el computador de navegación.

Mientras los droides cumplían con las órdenes de su dueño, Raven fue al pequeño centro médico dirigido por otra de sus propiedades, el droide Dos Uno-bé, quien atendía al sufrido convaleciente recostado sobre una de las camillas. Al fin había salido del tanque bacta que tenía instalado.

–¿Cómo se encuentra? –preguntó al droide médico.

–Recuperado de su herida –respondió Dos Uno-bé–. El bacta ha regenerado la piel alrededor de la quemadura. En breve podrá reincorporarse para que le disparen de nuevo. Me encanta tenerlo bajo mi cuidado–, añadió no exento de sarcasmo.

El rodiano despertó al oír que hablaban de él.

–El próssimo que tendrráss en la camilla serrá Kilian Hightowers –dijo disconforme–. *Le mantendrráss con vida parra que pueda torrturarlo una y otrra vez.*

–No fui programado para prolongar innecesariamente la agonía de mis pacientes –protestó.

–Lo haráss o te converrtiré en chatarra.

–Me alegro que estés mejor, Broggo –intervino Raven–. Pensaba que no sobrevivirías.

–El odio me mantiene máss vivo que los cuidadoss del droide. ¿Por qué perrdemos el tiempo en este cochambroso planeta cuando Kilian está en Corruscant?

Raven recordó como había reaparecido Brogoo. Después de deshacerse de Man-Vi-Era, el caza-recompensas lo encontró moribundo en el hangar donde atracaba la Perra Callejera, tumbado bajo la nave, apoyado en uno de los trenes de aterrizaje. Antes de caer inconsciente, le susurró que había visto a Kilian en las Delicias de Nubia, y que fue el corelliano quien le había dejado medio muerto en el callejón. Sólo su rápida reacción, llevándolo de inmediato dentro del carguero, le salvó la vida. El droide médico realizó una cura de emergencia y lo introdujo sin demora en el tanque de bacta, donde pasaría una prolongada estancia antes de que pudiera contarle los detalles de lo sucedido. La mención de Kilian dejó al caza-recompensas en un mar de dudas sobre sus próximos movimientos. Podía dirigirse a Loome o permanecer en Coruscant, esperando a que Broggo pudiera hablar. Buscó pistas del corelliano infructuosamente. Puede que siguiera en la capital, o puede que

se hubiera marchado. Si había abandonado Loome sería para encontrarse con Coshar, de quien era imposible que lo localizara. Por otra parte, la destrucción del Templo Jedi lo habría dejado estupefacto, sin recursos a dónde dirigirse, si es que pretendía volver con la Orden. Lo lógico, dadas las inesperadas circunstancias, sería que volviera a Loome. Dado que no podía obtener más información de Broggo hasta que despertara, resolvió poner rumbo al recóndito planeta. El rodiano por fin despertó de su estado semi-comatoso justo cuando se disponía a realizar el primer reconocimiento de la granja. Fue entonces cuando le contó cómo apareció Kilian, cubriendo la huida de Jackson, su presa, hábilmente emboscado. El certero disparo del joven corelliano lo dejó fuera de combate, en aquel callejón adyacente al club. Podría haber muerto, pero la ira por haberse dejado sorprender le dio fuerzas para levantarse, torpemente, y alejarse del lugar. Habían demasiados muertos en las Delicias de Nubia como para quedarse a esperar que se lo agradecieran. Encontró un improvisado refugio en unas cloacas, donde pudo aplicarse un medpac que lo mantuvo con vida, y dormir las horas que su cuerpo lo obligaba. Cuando tuvo las mínimas fuerzas para recuperarse, sin saber cuanto tiempo había pasado, inició su vuelta al hangar. Aunque tumbado en la camilla del centro, intentó levantarse e imponer su voluntad de volver a la capital, a por el corelliano. Su débil estado y un calmante suministrado por Dos Uno-bé lo impidió. De todas maneras, Raven no tenía pensado volver a Coruscant. Había que esperar y vigilar la granja. Los días de observación le concedieron tiempo para pensar cuales serían sus siguientes pasos. Kilian no había vuelto a su lugar de retiro, pero tarde o temprano lo haría. No había prisa. Podía ser paciente. Contaba

de nuevo con Broggo y con una base de operaciones en Dag Seher. Disponía de los hermanos caídos y del trato con Liul-Shi, alguien que sabía cómo manejarlos. Y tenía un plan.

La silueta de media luna de la nave fue empequeñeciéndose a medida que se alejaba, hasta que desapareció en las negras nubes que anunciaban la próxima tormenta. Las dos figuras que descubrieron su partida reflexionaron preocupados por el peligro que auguraba. Estaban ocultos tras matorrales y árboles. El primero, un hombre alto, de rasgos maduros, vestía ropas de camuflaje y portaba una pistola bláster. El segundo apenas necesitaba esconderse dada su escasa estatura y el mimetismo natural de su verdinegra piel con el entorno boscoso.

–*¿Él es?* –pregunto el pequeño ser.

–No puede ser otro –contestó el hombre–. Se ajusta con exactitud a la descripción que me proporcionó Coshar. Earl Ravenous busca a Kilian.

–*Visto habrá que el muchacho con nosotros no se encuentra.*

–Es posible que pase de largo y no vuelva más. No sabemos cuanto tiempo lleva espiándonos. Si son muchos días, puede que prosiga su caza en otra parte, pero quizás no esté satisfecho. En cualquier caso, es un peligro para La Granja. Debemos avisar al Maestro y prepararnos para lo que venga.

Los dos seres desandaron sus pasos hacia al sur, sin preocuparse más porque fueran vistos, de vuelta hacia los huertos próximos a la mansión principal.

El reencuentro

La celda en la que se encontraba Kilian carecía de mobiliario, a parte de una manta en el suelo. Las paredes eran metálicas y frías, y el espacio no era mayor a dos metros cuadrados. Oía las voces de los dos guardias que se encontraban al otro lado de la puerta, y presentía que habían cámaras de vigilancia en el techo, camufladas, que lo observaban. Mientras esperaba a que pasara algo, dedicaba su tiempo a percibir cualquier sonido, cualquier presencia, amplificando sus sentidos al máximo que sus habilidades permitían. Percibía las superficiales emociones y pensamientos de cualquiera que se acercara, abandonando tal camino al constatar que tan sólo eran meros vigilantes, o algún técnico de la nave. Luego optó por la meditación y el revisionado mental de los acontecimientos, esforzándose por mantener la calma, por apaciguar la actividad mental que se arremolinaba dentro de su cabeza. Su entrenamiento se ponía a prueba con la ardua tarea de recordar las breves pero intensas palabras que intercambió con su madre. Este era el enfrentamiento para el que se había mentalizado, con mejor o peor suerte. Las batallas que uno libra consigo mismo son las primeras a las que uno debe, oportunamente, encararse.

Al menos, a pesar haber sido capturado –algo que quizás podría haber evitado si la noticia de la muerte de su padre no le hubiera nublado el juicio–, su misión había sido un éxito. Su madre era libre del largo cautiverio al que Garek la había

sometido, y aceptaba de buena gana el intercambio de papeles. A estas alturas, y no tenía dudas de la pericia y los recursos de su amiga Lieslvez, se habrían encontrado con Yoras Deem en el espaciopuerto fronterizo acordado, y probablemente ya no estarían en el Sector Corelliano. El plan original era que el gran los acercara a todos hasta el planeta Trevi IV, encontrándose con el senador Forte, y con quien mejor consolaría a su madre, Rosem Tevera; por fin las dos hermanas se reunirían de nuevo. Luego, si todo hubiera concluido como a él le hubiera gustado, habría vuelto a La Granja a informar al Maestro de la desaparición de la Orden. Pero eso ya no sería así. Quizás Yoras Deem reconsiderara sus opciones al no verlo aparecer, pero confiaba ciegamente en Lieslvez; ella lo convencería de llevarlos al Sector Quess. Además, Yoras siempre estaba necesitado de un copiloto, y su antigua compañera de los nebulones servía perfectamente para el puesto, si así lo deseara.

No sabía qué había sido de Jackson, pero supuestamente permanecía con vida; si escapaba, matarían al tahúr. ¿Escapar? Difícil sería dentro de una corbeta corelliana en el espacio, a saber en qué sistema del sector. Por lo poco que había podido distinguir, la Torre I había sido alterada sustancialmente. Él la recordaba como una nave comercial, y ahora era mas bien una corbeta de guerra. El casco parecía reforzado, habían añadido turbolásers y era evidente el aumento en personal de seguridad, contando con tropas profesionales. Por donde lo habían conducido, suponía que la bodega trasera de la cubierta superior había sido remodelada para añadir un área de prisioneros.

Alcanzar una cápsula de salvamento sin estar cerca de algún planeta conocido era una locura.

Después de estar bastante tiempo incomunicado, la puerta se abrió, dejando entrever una sala contigua prácticamente vacía, a excepción de una mesa y un par de sillas, colocadas en lados opuestos. Salió de la celda, paralela a una a la izquierda y otra a la derecha. Al fondo había una compuerta. Los dos guardias le invitaron a sentarse, cosa que aceptó. Se fijó que ninguno de ellos estaba armado, pero era evidente que sabían pelear. Una vez en la silla se abrió la compuerta, entrando tres guardias más –todos desarmados–, seguidos de un oficial, el mismo que le había derribado en la plataforma. No le interesaba mucho saber quien era porque estaba más pendiente de Garek, que entró el último y ocupó la otra silla. Sin embargo fue el oficial quien habló primero.

–Me llamo Retard. Supongo que no será necesario recurrir a la violencia. Está en inferioridad numérica y le puedo asegurar que mis hombres son capaces de reducirlo. Sólo tiene que ponernos a prueba.

Kilian asintió con la cabeza, descartando la idea. Olvidándose del oficial, clavó los ojos en su tío, quien correspondió al silencioso saludo manteniendo una fría mirada, estudiándose mutuamente. El joven corelliano lo recordaba igual, obviando que era unos años mayor y tenía el pelo más cano. Se habían visto por última vez siete años antes, antes de entrar en el Templo Jedi. La primera reacción al encontrarse de nuevo fue de temor. Reconoció en sus ojos la misma dureza de siempre, una voluntad acostumbrada a hacer cumplir sus intereses de una manera u otra, inflexive con los deseos de su propia familia, a

quien dominaba por derecho de sangre.

–Has cambiado –observó Garek–. Te envié a Coruscant siendo un adolescente, y ahora estás hecho un hombre.

No respondió de inmediato; prefería que Garek llevara la conversación. Quería evitar alterar su ánimo. Se recordaba a sí mismo que el miedo sólo era un sentimiento antiguo, casi un acto reflejo, un instinto de protección. Era el momento de superarlo.

–Todos están interesados en ti –continuó Garek–. El espectáculo que organizaste demuestra cierta madurez que antes no tenías, como en tus efímeras escapadas. ¿Cuantas veces te fugaste? Como ves, al final siempre vuelves con nosotros. Pero esta vez es diferente. Lo repito: ya no eres un chico rebelde y asustado. Veo la entereza de tu madre y la terquedad de tu padre, el único Hightowers que rechazó a la familia. Arno se obstinó en no asumir el lugar que le correspondía, después de todo lo que la familia hizo por él.

–No el único Hightowers –afirmó Kilian.

–No, tienes razón, tú también y, en tu favor diré que al menos lograste tu objetivo. Te tengo de nuevo, pero sólo físicamente. A tus padres les tenía mejor atados.

–Ahora ya no –continuó el juego–. Son libres. Uno porque la muerte lo ha separado de ti, pero mi madre sigue viva, y mas allá de tu alcance.

–¡Ah, Arno! ¡Cuánto lamento su muerte! –exclamó Garek.

–No finjas tristeza. Siempre has sido sincero. Es inusual que recurras a la hipocresía –la recriminación pareció molestar a su tío.

–Yo no finjo, Kilian. Nunca lo he hecho. Quería a mi hermano, a pesar del perjuicio que ocasionó a la familia.

–¿Perjuicio? Él tan sólo quería ser libre. No le debía nada a la familia, y no le pedía nada a cambio.

–Como vas a entender tú lo que significa la familia, la fidelidad a la sangre, a quien te labra un futuro, a quien se ocupa de que nada te falte. Todos los Hightowers, desde mis hermanos hasta el último de los primos, desde mis hijos hasta los hijos de mis primos, son miembros destacados de la sociedad corelliana. Tienen cargos importantes, acordes a su posición y posibilidades, y si demuestran no servir para nada, vivirán con igual lujo y comodidades. He protegido a los nuestros por encima incluso de la autoridad, cuando algunos de ellos se dedicaban a satisfacer sus más vergonzosos vicios, obligándome a arreglar el desastre que ocasionaban. Incluido tú, por supuesto.

–Sí, todo nos lo dabas, salvo la posibilidad de conducir nuestra propia vida, más allá de los intereses de la Corporación. Todos cumplen con tus deseos, cuando tú quieres y para el beneficio de la familia, que no es sino tu propio beneficio. Una tiranía familiar de la que ni mis padres, ni yo, en cuanto tuve edad para ser consciente de quien eras en realidad, hemos querido formar parte.

–Arno arruinó su futuro político, y con ello nuestra influencia en el Senado Galáctico.

–Difícilmente uno puede serle fiel a la familia cuando ello implica traicionar sus propios principios.

–Tan sólo debía de ser los ojos y los oídos de los Hightowers,

y favorecer los tratados con Corellia.

–No a costa de que otro perdiera su vida –afirmó Kilian con rotundidad–. Estás dispuesto a todo con tal de beneficiar a la Corporación, que es lo mismo que la familia. Tu familia, no la mía. Afortunadamente, mis padres no pensaban igual. Fueron leales a sus ideales, a su bondad, y por eso, cuando supieron de tus intenciones, no sólo no quisieron participar en tus inmorales acciones; tomaron partido: entorpecer tus planes.

Garek guardó silencio, clavando una grave mirada en Kilian. Su tío no confesaría descuidadamente el intento de asesinato contra Garm Bel Iblis. Él la sostuvo lo más calmadamente que pudo. Estaba excitado, se había encarado a él, de frente, con franqueza, dejando claras las posiciones y los sentimientos. Decía exactamente lo que deseaba expresar. El rencor, enterrado durante tantos años, pretendía liberarse, salir airoso a la luz, ahora que lo tenía delante. Pero Kilian no podía permitírselo. Esta vez acudía a la serenidad. Al evocar la paz, un molesto dolor atravesó su costado derecho. Emergía de dentro hacia afuera, desapareciendo para no volver. Le temblaban ligeramente las manos, hecho que ocultó hasta que se le pasó, apoyando los codos en la mesa, cerrándolas en un puño sobre el que sostener su mentón. La mente se le despejó, iluminando sus pensamientos, liberándose de una dolorosa carga guardada tiempo atrás, aquél día que Garek los visitó, la noche en la que Arno Hightowers perdió las elecciones. La expresión de su tío revelaba que no era la primera vez que le hablaban con tal lucidez, en abierta oposición a la subordinación consanguínea. Unos por ambición, los otros por temor o acomodamiento, servían al jerarca incondicionalmente o con escasa resistencia.

Tan sólo Arno y Magda –y ahora Kilian–, se habían atrevido a tanto, asumiendo el peligro que conllevaba.

–Supongo que tu madre te habrá dicho demasiado –comentó finalmente, sin saber que Kilian sospechaba lo ocurrido gracias a Jackson, quien le había contado sus averiguaciones en las dependencias del senador Forte, pero no le pondría en mayor peligro revelando el hecho–. No importa, en cierta manera cumplió su propósito, cuando ya no me servía para nada más.

–¿Su propósito? –preguntó extrañado, desapareciendo la sensación triunfal de la que internamente disfrutaba.

–Arno y Magda eran mis rehenes –admitió Garek–. Mientras los retuviera, no harías nada contra mí, a pesar de los poderes que aprendieras con los jedi, poderes que utilizarías para mí. Y mientras te controlara a ti, tampoco ellos se atreverían a nada. Les costó aprenderlo. Y a pesar de tu indisciplinada actitud, Raven siempre arruinaba tus escapadas. Ingresarte en el Templo era un riesgo, pero Sala me convenció de hacerlo. Todo lo que ahora eres se lo debes a tu tía. Sin ella no hubieras recorrido el camino que te has marcado. Descubrió tu potencial, y sólo tuvo que enseñármelo para que trazara un futuro para ti. A tu edad era imposible que te convirtieras en jedi. Tu tía tenía razón. Ninguno de los dos nos imaginamos que pudieras llegar a tanto, pero al fin y al cabo la semilla de tu propia expulsión estaba en ti. Una vez aprendido lo básico, teníamos planeado ponerte bajo otra tutela. Todo hubiera ido bien si no hubiera subestimado a Coshar Teelk. De no ser por él, después del incidente de Válar, el Consejo te hubiera devuelto a la familia. Debo admitir que incluso yo me negaba a creer que algún jedi pudiera actuar a espaldas de la Orden. Un error que pagamos caro. Tantos

esfuerzos perdidos. En fin, poco sabíamos de los jedi, de la Fuerza y de cómo cambiarías. Cuando tus padres se enteraron de tu fuga, ya no disponía de su voluntaria sumisión. Era cuestión de tiempo que intentaran algo. Debía retenerlos mas firmemente porque guardaba esperanzas de que vinieras a por ellos, expectativas difuminadas con el paso de los años. Raven fracasó. Nadie sabía donde estabas. Y, mira por donde, al final regresaste. Por lo que sí, tu madre cumplió su propósito. Me es indiferente que consiguieras liberarla. Tengo a tu amigo Jackson, y si es cierto que no tienes el mismo aprecio por él que por ella, tampoco querrás que lo mate, ¿no? A Magda no podía matarla, pero no tengo ningún miramiento por tu amigo.

–No utilizaré mis poderes para tu provecho.

–No necesito tus poderes, me basta con que me reveles dónde vive Al Dalma, quizás el último maestro vivo de la Orden.

–¿Cómo? –preguntó Kilian, asustado de los planes de Garek.

–Dime donde se esconde y te dejaré marchar, a ti y a tu amigo. Podrás reunirte con tu madre. Te dejaré en paz. Si no quieres ser un Hightowers, renuncia al apellido y coge el de Tevera. Nadie de la familia te buscará más. Podrás vivir la vida que desees. Tienes mi palabra, y sabes que no la doy en vano.

Era cierto. Pocas veces la ofrecía porque no solía necesitarla. En la Corporación, su palabra era ley; en la familia, era decreto. Lo que prometía lo cumplía, y si no le interesaba satisfacer ciertas concesiones, no se molestaba en comprometerla. Lo lograría mediante otros medios.

Lo que le pedía era peor que usar sus poderes en su provecho. Controlar la Fuerza para los propósitos de la familia le

convertiría en una marioneta frustrada que, tarde o temprano, caería en el Reverso Tenebroso. Sin embargo, traicionar al Maestro, y con ello la esperanza del resurgimiento de la Orden, atormentaría su alma, constreñida por la culpa. Sería un camino mucho más directo y corto. Antes se quitaría la vida; la Fuerza no podía caer en el olvido.

–No –respondió el joven Hightowers.

–Entonces te llevaré ante el Emperador, quien no tendrá reparos en extraer esa información. El resultado será lo mismo, pero lo perderás todo. Piénsalo en tu celda.

Garek se levantó al pronunciar la última palabra. El oficial lo imitó, pero en vez de dirigirse hacia la puerta, como hacía el jerarca de la familia, conminó a Kilian a volver a la celda. Ya en el umbral, oyó la voz de su tío una última vez; baja pero firme.

–Arno murió en un accidente, huyendo de los hombres de Retard. No supo controlar el deslizador.

Abandonó la sala, dejando a Kilian acompañado por los guardias. Entró rápido, esperando a que cerraran la puerta y se marcharan, incluido Retard, quedando sólo los mismos hombres que custodiaban habitualmente la puerta. Estaba seguro de que las cámaras le observaban, y que en algún monitor cercano Garek estudiaría su reacción. Cada frase que su tío pronunciaba estaba pensada de antemano, situada en el momento preciso para lograr su propósito. Sin embargo, como había admitido Garek, había cambiado. En cualquier otro lugar no hubiera tenido reparos en manifestar su tristeza, pero ahora no podía permitirse llorar aunque fuera en la «soledad» de la celda. Se sentó con las piernas cruzadas y cerró los ojos, atendiendo a su respiración,

armonizándola. La pena se iba con cada espiración, lentamente. Repitió la práctica durante media hora: inspirando, reteniendo el aire, espirando, contemplando la emoción. Una vez pasada la ola, pudo atender sus pensamientos.

Con la última frase, Garek quería recalcar que su padre no murió ejecutado, y le creía. Nadie en la familia había matado antes a alguien de su misma sangre. Esa regla era sagrada. Al menos hasta hoy, ya que ser entregado al Emperador para morir en sus manos sería como ser asesinado por el propio Garek. Y no le cabía la menor duda de que el Emperador no le mantendría con vida, después de ver el destino de los jedi del Templo. Claro que, para el jerarca del clan familiar, ya no era considerado un Hightowers. Su propuesta exigía un cambio de apellido, aunque viniera en forma de sugerencia. El trato implicaba tomar el de su madre, dado que él mismo había dejado muy claro su disconformidad con el «estilo de vida» de los Hightowers. Ahora ya poco le significaba tener uno u otro apellido. El odio a su propio apellido era humo dispersado por el viento. Lo importante era que su madre estaba a salvo, que su padre había vivido acorde a sus principios, y que él no iba a ser menos.

Garek había anhelado durante mucho tiempo tener influencia en el Senado Galáctico. Ahora buscaba el favor del Emperador. El Maestro era su regalo, su ofrenda para que Palpatine le beneficiara. Por Al Dalma, por los hermanos de La Granja y, lo más importante, porque la enseñanza no se perdiera, no aceptaría el trato. Tristemente, el pobre Jackson, que se había unido a su causa para saldar una deuda de honor –la nobleza de aquél busca-problemas superaba el de muchos senadores de la extinta República–, pagaría con su vida. Lamentaba que tuviera

que ser así, pero él no era el responsable de su muerte, sino Garek. Su decisión, su vil chantaje.

Como mínimo mantendrían con vida al tahúr hasta ser entregado al Emperador. Si lo asesinaban nada más escuchar su negativa, quedaría libre para intentar escapar, o al menos morir luchando, antes que tener que comprobar si tenía el valor necesario para resistirse a Palpatine. Una vez que Garek comprendiera que no iba a conducirlos hasta Loome, Jackson sería la única baza para retener dócilmente a Kilian. ¿Y luego? Si su destino final sería igualmente la muerte, ¿por qué no intentar algo ahora? Sí, si debían morir, mejor hacerlo juntos, antes que ser interrogado por el Emperador, antes de llegar a Coruscant. Seguramente ése era el destino de la corbeta corelliana; estaban viajando a la capital de la extinta República, del nuevo Imperio. La Granja debía seguir en pie, cumpliendo su misión.

No hay nada que no sea para siempre, excepto la Fuerza –oyó en su mente.

–¿Mirlo? –preguntó en voz alta, en la vacía celda, sin encontrar respuesta.

Era la tercera vez que escuchaba la voz de su amigo, o lo sentía cerca de sí, claramente, aunque breve. Fue tan intensa que olvidó de inmediato el dilema de su propia supervivencia. ¿Cómo podía ser que su amigo y mentor le estuviera hablando si estaba muerto? Una cosa era aprender a comunicarse con la mente, como le habían enseñado en Loome, de una forma básica, elemental y rudimentaria. Y otra bien distinta desde la muerte. Claro que «*No existe la muerte, existe la Fuerza*». ¿Podría tener la directriz del código Jedi un significado más

profundo? Nunca había oído hablar de experiencias como esta, ni en el Templo ni en La Granja. ¿Pero cómo podía él, un simple alumno, tener esta capacidad? A menos, claro está, que la habilidad no fuera suya, sino de Mirlo, lo cual venía a implicar que seguía «vivo», sin un cuerpo. ¿Se puede vivir sin un cuerpo, sin algo material a lo que aferrarse? Se imaginaba lo que diría el senador Forte: «imposible, es de ilusos». O algo parecido. A saber lo que dirían los científicos si tuvieran una impresión mental tan palpable como la que acababa de tener. Probablemente lo tildarían de loco, como de loco deberían de estar considerándolo los que estuvieran al otro lado de la pequeña cámara que sabía que estaba instalada en su celda. Vigilaría de no hablar de nuevo.

«*¿Mirlo?*», pensó intencionadamente, sin siquiera murmurar.

De nuevo, no hubo contestación. ¿Lo habría imaginado de verdad? Se preguntaba a qué podía referirse la «llamada» mental recibida. Podía aludir a su propia muerte. Quizás Mirlo le alentaba a no tener miedo a la muerte, sin duda alguna lo que le preocupaba en ese momento. Su sacrificio. Para él voluntario, y para Jackson indeseable, aunque asumible, pues había decidido acompañarlo y compartir la misma suerte.

«¿Es así, anciano? ¿Es lo quieres decirme? ¿Que no tema a la muerte?», dijo mentalmente.

Otra vez el silencio como respuesta. A pesar de su profunda concentración y de procurar retener sus pensamientos para que no entorpecieran cualquier intento de comunicación del viejo mentor. De alguna extraña manera, desde el averno de la Fuerza, Mirlo le había hablado.

La ausencia de cualquier tipo de sonido en la celda, incluida su contenida respiración, destacó las voces que provenían del otro lado de la puerta. Garek venía a buscar una respuesta. Esta vez plantearía batalla. Los cogería por sorpresa. Primero acabaría con Retard, el que parecía el más peligroso, con rapidez y sin contemplaciones. Y mientras los demás guardias reaccionaban, se abalanzaría sobre Garek para tomarlo como rehén. Gorka le había enseñado cómo inmovilizar a un hombre utilizando diferentes presas. Algunas pensadas para causar dolor; otras para matar en caso de necesidad. Una vez en su poder, exigiría la liberación de Jackson, y luego… luego improvisarían sobre la marcha.

La puerta se abrió, dejando ver a los primeros guardias. Relajó los músculos, pero dispuestos para el asalto. No convenía que notaran la menor señal de resistencia. Salió fuera en busca de Retard, frustrándose sus planes al descubrir quien más le acompañaba. A su derecha estaba Earl Ravenous, claramente distinguible por su armadura de caza-recompensas, y a su izquierda el rodiano al que había abatido en el callejón adyacente a las Delicias de Nubia, con claros deseos de encontrar problemas. Después de quedarse estupefacto por la inesperada visita, pues por lo que le habían dicho Raven ya no trabajaba para la Corporación –e incluso se preguntaban si estaría vivo o muerto–, apareció Garek por detrás de ellos, acompañado por la guardia de la corbeta. La sorpresa se la habían dado a él, y era evidente que era el efecto que Garek pretendía.

–Enhorabuena, ya no necesitas tomar la decisión de sacrificar a tu amigo –anunció su tío–. A final de cuentas, si no hubieras

venido tú a nosotros, Raven te hubiera encontrado igualmente.

–¿Encontrado? –preguntó temiéndose lo peor.

–En Loome –matizó el caza-recompensas.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Se confirmaba el peor de sus temores.

–El señor Ravenous ha localizado el planeta donde te escondiste todo este tiempo –comentó Garek–, y está dispuesto a compartirlo con nosotros por un generoso precio. Mejor dicho, un elevado precio –puntualizó–. Así son los negocios. Quien tiene la mejor posición la aprovecha.

–¡No! –saltó Kilian incapaz de contenerse.

Varios hombres lo sujetaron por brazos y piernas. De algunos se zafó por unos instantes, pero entre todos consiguieron retenerlo. El rodiano, en cuanto tuvo un hueco, le propinó un puñetazo en las tripas que lo dejó arrodillado de dolor. Los hombres lo obligaron a levantarse. Retard los rodeó y sujetó su cabeza por los pelos, tirándola hacia atrás para que alzara la mirada. Kilian no tuvo más remedio que contemplar la cara de satisfacción de Garek que, aunque contenida y calmada, no podía evitar reprimir una sonrisa de venganza cumplida. Ya no tenía poder sobre Kilian, pero seguía sabiendo cómo derrotarlo.

Entonces lo percibió, súbitamente y en cada uno de los presentes en la sala. La Fuerza, una sola e indivisible, dentro de cada ser, como el aire en sus pulmones, que sigue siendo de la misma naturaleza fuera y dentro del cuerpo. Tal y como en su día la había percibido en Jano Forte cuando éste se lo pidió. En Garek, velada por la ambición de poder, que lo empujaba hacia sus propias metas; en Raven, tras una capa de soledad y orgullo;

en el rodiano, olvidada muy profundamente, enterrada por la rabia y la frustración; en el resto de los presentes, ignorada por sus propias condiciones personales. ¿Cómo podía entonces considerarlos distintos de sí mismo, tras sentir aquel lazo común, aunque ellos continuaran viéndose como únicos y diferentes? *Ser uno con la Fuerza* –repetían a menudo tanto los maestros del Templo como los de la Granja–, debía de significar aquello. Ser uno debía implicar no considerarse más como distintos. Pero si el mismo Mirlo parecía comunicarse con él, mas allá de la muerte, como un ser concreto, incluso cuando a él le convenía, y no cuando Kilian lo llamara o necesitara de él, no tenía sentido.

No pretendas comprender con la mente lo que corresponde a la Fuerza –escuchó a modo de respuesta, como un eco que proviniera de un lugar a la vez lejano y cercano–. *Ten confianza.*

La confianza la perdió en cuanto los guardias lo arrojaron de nuevo a la celda, cerrando la puerta tras de sí.

La batalla

La corbeta corelliana Torre I descendió a la atmósfera del planeta Loome. Desde el espacio se podían apreciar notablemente las violentas tormentas que recorrían el polo sur, cubriendo buena parte del continente meridional. Fuertes vientos gemelos, aunque de menor intensidad, hacían lo propio en el continente septentrional, hasta llegar a las grandes cordilleras que, una tras otra, servían de barreras naturales que protegían a los habitantes de Loome de las peores condiciones climatológicas. En la cubierta dos del puente de mando, en la pasarela central desde la cual se dominaba las operaciones de los oficiales de la cubierta inferior, el capitán Dexterios supervisaba el descenso al planeta, analizando los informes que su tripulación le enviaban a su terminal de mando. El ángulo de descenso más apropiado, como ya le había informado el caza-recompensas, era el del ecuador del planeta, donde las corrientes huracanadas perdían su fuerza durante la mayor parte del año, por encima del mar central y en dirección a la capital del planeta, Loormist. Sin embargo, ese no era su destino. Tan sólo lo utilizaban para la aproximación a las capas inferiores de la atmósfera, por ser lo más sensato y seguro.

–Inicie las comunicaciones con el espaciopuerto –ordenó el capitán a uno de sus oficiales, mientras la Perra Callejera desaparecía por el horizonte, rumbo a la costa del continente Norte. Desde el puente de mando tenían una amplia visión

delante suyo. Un amable loomest apareció en una de las pantallas del puente, interesado en saber si habían tenido problemas durante el descenso, al no haber contactado previamente al llegar a la órbita. El capitán entretuvo al funcionario con una sucesión de excusas y mentiras sobre la misión de la nave, avisando que no utilizarían el espaciopuerto de Loormist, a parte de que no tenía capacidad para una nave estelar, y que se dirigirían a Dag Seher para adquirir un cargamento de carbonita. Todo el papeleo burocrático se encontraba en regla, preparado en colaboración con Liul-Shi y en atención a sus negocios legítimos. El confiado loomest validó los trámites y autorizó que continuarán hacia el supuesto destino de la ciudad minera.

–Todo ha ido perfecto, Raven –comentó Dexterios–. Su contacto nos ha proporcionado una excusa para no llamar la atención en el planeta.

–La mera presencia de la corbeta debe de ser todo un acontecimiento para este primitivo planeta –comentó Garek

El dueño de la nave se encontraba sentado detrás de la silla del Capitán, a su derecha, mientras que a la izquierda estaba el jefe Retard. Un poco más atrás el secretario Perkins, atendiendo los asuntos menores de su señor, mientras que Raven permanecía de pie, entre Retard y Garek.

–He cumplido la primera parte del trato –observó Raven.

–Así es –contestó el aludido–. Perkins, realiza el ingreso de los treinta mil créditos.

El secretario operó en la consola de comandos que los técnicos de la nave habían instalado para su trabajo, autorizando la

transferencia solicitada.

–Completado –anunció Perkins–. Puede comprobarlo en cualquier terminal de la sala de Sensores y Comunicaciones.

–Me fío de usted –comentó Raven.

Una lucecita verde se activó en el visor interno del casco del caza-recompensas, mostrando a su derecha el nuevo saldo de la cuenta. Una de las primeras medidas que tomó en Loome, durante su visita previa, fue contratar los servicios de red de la única operadora intergaláctica de telecomunicaciones, incorporando al sistema operativo del casco una extensión programada por él mismo para visualizar el estado de sus cuentas. Treinta mil créditos eran suficientes para compensar los gastos de los últimos años, más un margen de ganancias lo suficiente holgado como para cubrir los próximos doce meses. El segundo pago, por la misma cantidad, sabía de antemano que no lo iba a cobrar.

–Señor, con su permiso reuniré a los hombres en la sala táctica para repasar el plan de ataque –anunció Retard–. Tenemos suficientes días para disponerlo todo, hasta que Broggo, Darren y Liul-Shi den la señal.

El jefe de seguridad se ausentó del puente de mando. Su puesto fue rápidamente ocupado por Perkins. El plan al que hacía referencia Retard había sido diseñado por el jefe de seguridad con la ayuda del capitán Dexterios y de él mismo. Garek no tenía formación militar alguna y en esto sabía que debía de apartarse y dejarles hacer, aunque, evidentemente, no toleraría ser un mero espectador. En última instancia, los objetivos de la misión los marcaba él, y se limitarían a buscar la

mejor manera de ejecutarlos. El jefe Retard parecía satisfecho con las sugerencias que les había dado. No tenían ninguna duda del éxito de la misión. La superioridad numérica era aplastante. Tan sólo con la corbeta era imposible que La Granja pudiera rivalizar. No disponían de defensas aéreas, ni de una mísera torreta turboláser. La mera presencia de la nave espacial sería suficiente para amedrentar cualquier fútil intento de resistencia. Con un par de disparos de las baterías turbolásers destruirían el hangar de tierra y los establos –acabando con su medio de huida, los tronadores–. Luego avanzarían los hermanos caídos –Raven había enviado previamente a Broggo con la *Perra Callejera* para que conocieran su papel–, que se aproximarían desde el camino principal, al noreste. Si tenían alguna defensa, lo más lógico es que el mercenario las hubiera instalado allí, y era mejor que las utilizaran contra la banda de moteros, perfectamente prescindibles. No obstante, serían apoyados por el carguero de tipo Kazellis. Finalmente la Torre I desembarcaría a sus hombres para rodearlos por el sur, dispuestos a neutralizar y capturar a los residentes. Todos tenían orden de localizar al maestro jedi, quien sería trasladado a la nave tan pronto como se confirmara su identidad. El destino de los demás habitantes le era indiferente, aunque sospechaba que Garek pretendía hacer prisioneros para entregárselos al Emperador, como gesto de buena voluntad. Cualquiera con sensibilidad en la Fuerza sería una interesante presa para Palpatine. De oponerse, o de ser un peligro, simplemente los matarían.

Una vez encima del mar central evitaron la capital y continuaron en ruta al istmo de Grunienberg, sobrevolándolo para pasar a la bahía de Koizbeg, donde siguieron la línea

costera hasta traspasar una de las cordilleras montañosas que recorrían el continente norte de oeste a este. Pasadas unas horas desde que descendieran al planeta, llegaron al valle donde se encontraba La Granja. La operación había sido calculada detenidamente por el capitán Dexterios para llegar en el mínimo tiempo posible, y al mismo tiempo que la banda de moteros, quienes habían partido de Dag Seher un día antes. La corbeta sobrevoló el curso del río que atravesaba el valle, entre diversos bosques y montes, remontándolo en dirección a su nacimiento. La Granja se encontraba varios kilómetros antes de sus fuentes, alzándose sobre una meseta al borde de los riscos de baja altura que la separaban del valle. Poco a poco empezaron a distinguir algunos edificios cerca de los barrancos del sur y oeste. Al norte y al este habían varios bosques. Su aproximación por el sur los descubriría pronto, pero no serían capaces de defenderse. Seguramente se rendirían en cuanto vieran aparecer la nave capital.

–Señor, veinte motos deslizadoras se aproximan por el camino principal –anunció el Oficial de Sensores.

–¿Qué? –se extrañó el capitán Dexterios–. ¡Aún no es su momento!

Efectivamente, la banda de moteros había iniciado su marcha contra La Granja, seguida muy de cerca por la inconfundible silueta en forma de ave de la Perra Callejera. Procedían del noreste, siguiendo el camino que partía de la Granja en esa dirección. Su localización y vector de aproximación era correctos, pero no en el tiempo que le correspondía. Se habían adelantado.

–¿Qué es lo que está ocurriendo, Raven? –preguntó Garek,

incómodo.

–Os dije que utilizar a los hermanos caídos aumentaba las fuerzas, pero también advertí que podían tener motivaciones personales. Y no son una fuerza militar disciplinada.

En realidad, esa no era la razón. Liul-Shi era inteligente y astuta, y sabía cómo manejar a Darren, pero Garek no había tratado ni con ella ni con el jefe de los moteros.

–¡Adelante el ataque de Retard! –ordenó Garek.

–¿Señor, no deberíamos esperar a aproximarnos? –sugirió Dexterios, con más cabeza.

–Lo adecuado es atacar ya, capitán –mintió Raven–. Seguimos teniendo un mayor número de fuerzas y es importante atraparlos en un movimiento de pinza.

–¡Hágalo ya! –repitió Garek, confiando en el caza-recompensas.

–Abran la rampa de desembarco para los esquifes. Comuniquen a Retard que parta de inmediato –exigió Dexterios.

El oficial táctico repitió la orden a los suboficiales, que procedieron con la operación ensayada. En el puente cuatro de la corbeta, en el lado inferior de babor, se abrió la rampa de desembarco. Dos esquifes cargados con un total de treinta hombres volaron en dirección norte. El resto de la guardia permanecería en la reserva.

–Señor, aparecen dos naves más en los sensores –informó sensores–. Un carguero Nella 342 y un transporte GX1 llantilliano. Surgen del bosque. Debían de tener los motores

apagados y por eso no los localizamos antes.

–No son rivales para nosotros –comentó Garek.

–No van a por la corbeta, señor.

A través del proyector holográfico observaron su objetivo. El carguero Nella se dirigió directamente a por el grupo de deslizadores, en un ataque frontal que lo dejaba a merced de la Perra Callejera. El transporte GX1, sin embargo, que inicialmente parecía poner rumbo hacia la corbeta, viró en persecución de los esquifes, indefensos ante él.

–¡Protejan los esquifes! –ordenó el capitán.

La torreta turboláser inferior abrió fuego contra el transporte llantiniano, que eludió hábilmente los disparos para, a continuación, efectuar los suyos propios contra uno de los esquifes, el cual recibió el impacto de pleno, barriendo la cubierta de soldados y alcanzando al piloto. Ningún tripulante del esquife pudo evitar que se estrellaran contra la pared sur del barranco. El otro esquife se pegó al barranco oeste buscando a la vez protección y un lugar donde desembarcar sus hombres, donde fuera con tal de no ser destruidos. La arriesgada y heroica maniobra del transporte lo dejó a merced de los artilleros de Torre I. Dos rayos turboláser impactaron oblicuamente en él, destruyendo una de las aletas estabilizadoras y dañando seriamente un casco claramente en desventaja contra la potencia de fuego de una nave estelar. Los pilotos del transporte, no obstante, pudieron evitar un trágico desenlace aprovechando el giro inesperado a estribor, causado por la pérdida de la aleta estabilizadora, para torcer noventa grados, pasando justo por debajo de la corbeta y huyendo en dirección opuesta al rumbo de

Torre I. Bastante habían conseguido reduciendo las tropas de desembarco a la mitad.

En el otro enfrentamiento aéreo, el carguero Nella efectuó varios disparos a la banda de moteros, dispersando su formación y creando el caos entre sus miembros, donde la mayor parte optaron por actuar individualmente, buscando cada uno la ruta que mejor le pareciera. Por contra, recibió de pleno los disparos de la Perra Callejera, sin llegar a verse seriamente dañada gracias a los escudos energéticos delanteros. Ambos cargueros se cruzaron en el aire.

–¡Acabemos con esto de una vez! –anunció Dexterios, enojado porque el brillante plan que le habían presentado no empezaba con buen pie–. Que las torretas superiores alcancen a los transportes enemigos. Busquen sus posiciones defensivas y destruyan el hangar de tierra.

La torreta turboláser inferior, la que tenía mejor ángulo de disparo contra la superficie, rotó buscando su objetivo. La corbeta, sin embargo, detuvo violentamente su aproximación, no pudiendo avanzar apenas unos metros más de donde se encontraba.

–¿Qué está ocurriendo? –exigió Garek.

–Señor, los motores funcionan correctamente, pero… hemos dejado de movermos –anunció el oficial de navegación.

–¡¿Cómo que no nos movemos?! –cuestionó Dexterios–. Eso es imposible.

–Tampoco podemos girar, capitán –comunicó el piloto principal–. ¡Somos un peso muerto flotando!

–¿Nos han capturado con un rayo de tracción? –preguntó

Dexterios dubitativo.

–No hay ninguna otra nave capital en los alrededores –informó el oficial de sensores–. Y tampoco detectamos emisiones de energía desde un puesto terrestre.

Toda la nave temblaba, sacudida por la presión de desconocidas fuerzas que la atrapaban e impedían su desplazamiento. Los potentes motores corellianos rugían furiosamente, intentando vanamente romper la inmovilidad que sufría. En el puente de mando la adiestrada tripulación aseguraban sus cinturones de seguridad, temiéndose cualquier impacto. Tan sólo Raven y los guardias de seguridad permanecían de pie, manteniendo el equilibrio.

–Motores al 80% de su potencia y aumentando para vencer presión –informó el ingeniero del puente de mando.

–¡Apáguelos y mantenga únicamente los repulsores de empuje vectorial! –ordenó Dexterios.

–¡Señor! –protestó el oficial de navegación.

–Como desaparezca repentinamente la fuerza de tracción, sea cual sea, a plena potencia vamos a vernos impulsados sin control. Podríamos chocar contra esas montañas –señaló la cordillera del norte que protegía la meseta de los vientos septentrionales.

Los oficiales, comprendiendo el mensaje, se apresuraron a dar las órdenes adecuadas para cumplir la voluntad de su capitán.

–Capitán, mire allí, en la colina –indicó Perkins, que observaba el barranco próximo a La Granja directamente a través de la carlinga frontal del puente de mando.

De pie sobre una roca plana, una figura humanoide alzaba sus brazos, con las palmas de las manos dirigidas hacia la corbeta, como si la estuviera parando allí mismo, cien metros por delante. Se encontraba casi al borde del barranco.

–Sólo es un hombre –respondió Dexterios.

–Es un durosiano –añadió uno de los técnicos de monitores, que ampliaba en su pantalla la imagen que recibían las cámaras exteriores.

–Apunte y dispare al suelo cercano, sólo para derribarlo; eso romperá su concentración –ordenó Garek–. No puede ser otro más que el maestro de Kilian –añadió al ver que Dexterios no comprendía por qué ese interés.

–Torreta inferior, ¿tiene un tiro limpio al promontorio? No queremos matarlo –informó Dexterios.

–Será difícil no hacerlo, capitán –escuchó por el transmisor.

–¡Oficial táctico! Averigüe qué fue de Retard y transmítale la posición del objetivo.

«No voy a encontrar mejor momento», pensó Raven. La que iba ser una fácil conquista se había convertido en una peculiar resistencia, un golpe de suerte inesperado, más allá de las instrucciones que le había dado a Broggo respecto a la hora del ataque, que el caza-recompensas no iba a desaprovechar. Era el momento oportuno para generar una confusión total. Dobló el brazo izquierdo, extendiendo el antebrazo discretamente a la altura del ombligo y, con la mano derecha, deslizó un panel protector que cubría una pequeña consola de control remoto. Presionó una combinación preprogramada de botones.

Jackson se desperezaba en la rudimentaria camilla de la celda en la que se encontraba. Desde que había sido capturado en Ciudad Hightowers no había salido de ella. Lo alimentaban dos veces al día y esas eran las únicas visitas que recibía. Al menos le habían dejado un mazo de cartas de sabbac, pero después de entretenerse con varias modalidades de solitarios, de inventarse tres nuevas trampas, y una variante del juego a la que decidió llamar «el ahorcado», se aburría mas que un piloto de carga matando las horas en el hiperespacio. Los únicos momentos de interés fueron aquellos en los que oyó voces al otro lado de la puerta, voces que juraría que eran las de Kilian y Garek hablando, pero que apenas entendió qué dijeron. Había perdido la noción del tiempo, sin saber cuando debía de dormir y cuando no, pues no tenía referencia externa alguna. Así que dormía cuando le entraba el sueño, pasaran muchas o pocas horas.

La novedad vino cuando, por las vibraciones del casco, supo que estaban descendiendo a la atmósfera de un planeta –ignoraba cual–. A partir de entonces, y de vez en cuando, notaba bruscos movimientos, como si la corbeta se resistiera a una fuerte oposición que podrían ser corrientes, vientos o incluso tempestades. Mas de una vez escuchaba el eco del repiqueteo de lluvia o granizo sobre el casco. Debían de ser unos buenos pedruscos para que le llegara un sonido amortiguado.

Un tiempo después, que no supo precisar, la puerta se abrió, y varios guardias le sacaron de malas formas. Se adecentó lo más

que pudo, estirando el traje para eliminar las arrugas, y peinándose con las manos, adoptando la postura más digna que podía permitirse. El rostro se le agrió al ver que detrás de los guardias aguardaba el quarren al que, desde la emboscada en aquel callejón de Coruscant, le tenía ganas. La gracioso es que ni siquiera sabía su nombre. Llevaba la misma túnica marrón oscura. Uno de los dos guardias se le aproximó, señalando a sus manos. Jackson las alzó a media altura, juntando las muñecas, resignado a que le pusieran los grilletes. Una vez indefenso, se puso en pie.

–Desean que des testimonio –dijo el quarren–. El jedi es demasiado peligroso como para dejarle salir de la celda, pero en tu caso no hay de qué preocuparse.

–¿Garek quiere que de mi opinión sobre su nuevo club?

–¿Club? ¿Qué club?

–El de los alienígenas más feos de la galaxia que inaugura contigo.

El quarren le propinó un puñetazo en la cabeza que lo aturdió unos segundos. «Fácil de provocar», pensó el tahúr, mientras recuperaba el aliento del tremendo derechazo. Los dos guardias lo agarraron cada uno de un brazo. Jackson miró a los ojos del quarren, quien parecía incitarle a volver a bromear. Agachó la cabeza, mostrándose sumiso.

–Bien –concluyó el quarren–. Démonos prisa antes de que utilicen los turbolásers y se termine la fiesta.

«¿Contra quien los usarán?», se preguntó Jackson. Si me quieren de testigo me mantendrán con vida hasta presentarme a alguien para que cuente lo ocurrido. Es decir, que no dispararán

a matar si intento escapar. Lo sacaron de la zona de celdas, accediendo a un pasillo que daba lugar a dos puertas opuestas a ambos lados, otra al final, y a un pozo de acceso en el centro. La entrada por la que habían salido se cerró tras de sí. Se encaminaron hacia el pozo, por el que sólo se podía bajar. El pozo daba paso, a través de una escalera adosada a la curvada pared, a distintos niveles inferiores. «Quizás aquí no tuvieron presupuesto para un turboascensor», pensó. Primero descendió el quarren, posando el pie en cada uno de los peldaños que le sirvieron, a su vez, de agarraderas para las manos. Esperaron a que estuviera en la siguiente cubierta antes de que el primero de los guardias pusiera el pie izquierdo en el primer peldaño. Luego siguió el derecho, comenzó su descenso y, cuando se iba a agarrar con una de las manos, la nave sufrió una repentina sacudida, como si hubiera colisionado de golpe contra una masa inamovible. Al guardia se le escapó el pie, perdió el punto de apoyo y cayó por el pozo, atravesando los distintos puentes hasta estrellarse en la cubierta inferior.

Jackson conservó el equilibrio, al igual que el otro guardia, aunque los siguientes temblores de la nave podían contradecir sus intenciones. El tahúr no desaprovechó el momento y lanzó una patada contra la rodilla del guardia, la cual se dobló, haciéndole caer al suelo. Rápidamente se tiró encima de él, rompiéndole un par de costillas al presionar con todo el peso de su cuerpo. El aturdido hombre no puedo evitar que lo cogiera por el cuello, ahogándolo hasta que, poco a poco, sus fútiles intentos de resistencia perdieron fuerza, quedando inconsciente. El tahúr oyó ruidos por el pozo. No podía perder mucho tiempo. Con las manos aún atadas por las muñecas, extrajo el bláster del

guardia, se movió dos pasos hacia el pozo y disparó un par de veces, sin apuntar, para amedrentar a cualquiera que subiera por ahí. Acto seguido localizó las llaves de los grilletes y se deshizo de ellos.

«La Fuerza retiene la nave», percibió Kilian. Tan sólo el Maestro podía tener un poder tal capaz de detener el movimiento de la corbeta. Ni siquiera Vandia o Molow Habhor intentarían semejante proeza, por mucho que la primera le recordara una y otra vez que no era una cuestión de masa. El combate había empezado. Supo que habían llegado a Loome en cuanto la Torre I descendió por la inconfundible atmósfera del planeta, y que se dirigían hacia La Granja. Su sentido de la orientación seguía intacto. Había recuperado la confianza en cuanto presintió que sus amigos estaban preparados. Lo había sopesado bien. A fin de cuentas, fue el habilidoso caza-recompensas quien dio con el planeta. Era una estupidez culparse por ello. Raven, no se sabe muy bien cómo, otra vez lo había logrado. Aquí era donde debía estar, luchando junto a Bronx, Gorka, Dorna, Ki-Dacmu, y los demás. El Maestro estaba demostrando que toda la potencia de fuego de una corbeta de guerra era insuficiente comparado con el poder de la Fuerza. Y él podía hacer más. Debía crear caos y confusión en la propia nave, pero para ello antes había que salir de la celda. Quizás podría abrirla telequinéticamente, pero también corría el riesgo de atascarla. Se aproximó a la puerta y palpó con la mano. Fría al contacto. Sin embargo, detrás había alguien, posiblemente el guardia. Era fácil confirmarlo.

–¡Sacadme de aquí! ¡La nave está cayendo! –gritó simulando un estado de pánico.

Oyó una voz de hombre al otro lado.

–¡La nave no cae! Los temblores son por la atmósfera del planeta –contestó el guardia, titubeando, no muy seguro de lo que acababa de decir.

Estaba claro que aquel hombre no podía imaginarse qué le ocurría a la corbeta. No importaba. Podía intentar influenciarlo a través de la Fuerza.

–Abre la puerta y déjame salir –ordenó.

–¡Cállate y no molestes!

No debía de ser tan directo. Era una orden en contra de su deber de retenerlo en la celda. Sería más fácil si le incitaba a hacer algo que no fuera del todo un choque frontal contra su conciencia.

–Déjame salir, o moriré dentro cuando colisione la nave –lo intentó de nuevo.

En vez de una impertinente contestación, oyó algún tipo de ruido sordo. La puerta comenzó a deslizarse hacia la izquierda. Kilian sonrió ante su éxito aunque, al abrirse por completo, quien apareció en el umbral fue Jackson, con un bláster en la mano y la otra manipulando la consola de acceso. Detrás de él, en el suelo, estaba el guardia inerte.

–Gracias por distraerlo. No me oyó venir –dijo–. ¿Cómo sabías que estaba al otro lado? ¿Por la Fuerza?

–Ehhh, sí… más o menos –respondió Kilian.

Salió de la celda e inmediatamente registró al guardia, pero

éste no portaba ningún arma. Se quedó mirando el bláster que llevaba el tahúr.

–Ni se te ocurra preguntarlo –advirtió Jackson.

–Ya conseguiremos otra.

En ese momento la corbeta volvió a sacudirse, mas violentamente, acompañada del ruido de una gran explosión. Jackson tuvo que sujetarse a la pared para no caer. Las luces se apagaron brevemente y al cabo de unos segundos se encendió la iluminación roja de emergencia.

–¡Alguien ataca la nave! Salgamos antes de que estalle –dijo Jackson.

–No –contradijo Kilian–. La Granja no tiene defensas de esta magnitud, ni el gobierno local. Creo que la explosión ha sido interna.

Las explosiones estremecieron la corbeta corelliana. Las cargas explosivas las había colocado de manera que no desencadenaran una reacción en cadena, pues deseaba seguir vivo. De esta manera las situó escondidas en los paneles del control auxiliar preferente, cerca de los mandos de distribución de energía, para minar la potencia de los motores sin llegar a afectar al reactor. La corbeta sólo sería maniobrable con los repulsores atmosféricos, lo justo para hacerla aterrizar. Sin embargo, voló sin contemplaciones los generadores de energía de los turbolásers principales. Por último, había colocado pequeñas cargas en diversas instalaciones, como en los sistemas de pantallas y escudos o una de las salas de reparaciones. Estas

últimas sólo para generar caos y confusión. Hubiera deseado colocarlas en algunos puntos estratégicos más. Sin embargo, había sido todo un logro conseguir poner las cargas sin ser descubierto por el equipo de Retard, quien no había previsto una traición. En el puente de mando, cada miembro de la tripulación intentaba averiguar qué había pasado y cómo continuar adelante con la misión: el oficial de control de daños revisaba las áreas afectadas; el de sensores intentaba averiguar quien les había alcanzado; y el capitán Dexterios ordenaba estabilizar la nave, aunque la corbeta realmente seguía inmóvil en el aire, y no gracias a sus motores. Raven observó como su próximo objetivo se mantenía frío y sereno, asumiendo el inesperado giro de los acontecimientos. Puede que se estuviera preguntando por qué se iba al traste la estrategia que habían planeado; por qué la banda de moteros de los *hermanos caídos* habían adelantado su ataque, aquellos mismo moteros escoltados por Broggo; por qué habían subestimado a los habitantes de la Granja; por qué su preciada corbeta sufría daños de consideración. Y, sobre todo, quien era el principal responsable de aquel desastre. Alguien que tuviera motivos para sabotear toda la operación. Alguien en quién había confiado por la sencilla razón de que le ofrecía en bandeja el preciado tesoro de un maestro jedi, y no precisamente regalado, sino a su manera, según la costumbre de su profesión: a cambio de una insolente suma de dinero. Alguien quién, realmente, sí tenía buenos motivos para vengarse. Lo extraño era haber llegado tan lejos. Raven se esperaba cierta desconfianza por parte de Garek, la suficiente como para que hubiera tomado sus precauciones. No dejaba de ser que él había informado a la Legión de su paradero el mismo día que clausuró su contrato. Debía de prever un posible intento de represalia. De haber visto

algún indicio, hubiera cancelado su vendetta personal y cobrado la segunda parte. A fin de cuentas, la venganza estaba bien, pero no tanto como para dejarse matar por ella. Mucho empeño tenía Garek en el maestro Dalma como para que descuidara su seguridad. Todas estas conclusiones debían de estar pasando por su cabeza en estos momentos, pues, como buscando confirmación con la mirada, giró la silla para buscarlo a él. Su último error.

–No es bueno intentar cerrar cabos sueltos con un caza-recompensas –amenazó Raven, desenfundando su bláster pesado–. Precisamente nos dedicamos a eso.

–¡Arma! –gritó Perkins, sacando su propio bláster y apuntando demasiado tarde al «traidor».

Raven efectuó un sólo tiro al pecho del jerarca de los Hightowers, hiriéndolo de gravedad, ladeándose a tiempo para esquivar los disparos del secretario. Su siguiente tiro fue para el sorprendido guardia a su derecha, el que custodiaba el acceso lateral del puente. Antes de que el resto de guardias pudieran reaccionar, se lanzó al piso inferior de la cubierta de mando, cayendo en medio de asustados suboficiales que no sabían cómo actuar. Varios disparos pasaron por encima de su cabeza. Salió por la entrada lateral correspondiente de la cubierta inferior. Abrió un canal de comunicación con su socio.

–Broggo, «caída del águila» completada. Ya sabes qué hacer.

–*Esstupendo* –escuchó en los auriculares de su casco.

Continuó por el pasillo, permitiéndose una sonrisa al recordar la expresión de impotencia del líder de la Corporación Hightowers.

Descendieron silenciosamente por la escotilla de carga que terminaba en la cubierta uno. Era el área de acceso a las baterías turbolásers superiores. Un amplia área utilizada por el personal técnico de los turbolásers y por los propios artilleros que permitía operar el control de sistemas, los generadores y los pozos de artillería. En el medio habían tres turboascensores que partían de esta planta y atravesaban las cuatro cubiertas centrales de la Torre I. Los accesos a los puestos de artillería eran cinco: dos a cada lado y uno al final del todo, a la torreta superior, de la cual brotaba una densa capa de humo negro. Un cuerpo en el suelo delante del acceso indicaba que alguno de los operadores había intentado escapar con vida de aquel lugar, sin avanzar más que unos metros. También había un guardia arrodillado, comprobando si el artillero seguía con vida. Al estar de espaldas, no se percató de los dos intrusos. Se escondieron tras los turboascensores, a unos catorce metros del soldado.

–Deberíamos de acabar con los demás artilleros –susurró Kilian.

–Ese de allí no nos va a dejar por las buenas –observó Jackson, en voz baja.

–Déjame el bláster un momento.

–Búscate uno –replicó el tahúr, ante la atónita mirada del joven corelliano.

–¿Podrás distraerlo mientras me acerco por la izquierda? –preguntó resignado.

–Puedo darle, listillo.

–Procura no darme a mi –zanjó la conversación.

Kilian se desplazó cautelosamente por la izquierda de los turboascensores, mientras que el tahúr asomó la mitad de su cuerpo por la derecha, apuntando al guardia. Cuando Kilian avanzó hasta el tercero de los turboascensores, usándolos como barrera, Jackson falló su primer disparo, como esperaba que pasaría. El guardia se dio la vuelta, manteniéndose agachado para minimizar el área de impacto, y desenfundó su bláster. Cuando Kilian se disponía a saltar para sorprenderlo por la izquierda, la puerta del turboascensor se abrió, apareciendo Raven con un bláster en la mano. Quizás Jackson podía encargarse de su contrincante, o quizás no. De lo que estaba seguro era que Raven y el tahúr no acabarían bien, sobretodo si el primero había descubierto la implicación del segundo en el asunto de la Legión. Instintivamente saltó hacia su eterno cazador, empujándolo con brío contra el fondo del turboascensor. Agarró la muñeca derecha del bláster con su mano izquierda, consiguiendo que apuntara hacia arriba. Raven apretó el gatillo un segundo tarde y el rayo acabó ocasionando un agujero negro en el techo del elevador.

–¡Idiota! –protestó.

Las puertas del turboascensor se cerraron de pronto, y comenzaron a descender. Alguien había obligado al elevador a volver a la cubierta de donde procedía. El caza-recompensas activó el cortador de fusión incorporado en su muñeca izquierda. Tuvo tiempo de bloquear el brazo de Raven con el suyo propio, aunque parte de la llama consiguió quemarlo. Dominó el dolor, evitando quedar aturdido. A cambio le propinó un rodillazo en el

bajo vientre, traspasando la ropa acolchada que protegía esa parte. Raven le devolvió sus atenciones con un cabezazo. La contundencia del golpe fue mayor gracias a la dureza del casco. Perdió brevemente la visión, aunque pudo escuchar abrirse las puertas y una vocecita metalizada que anunciaba «cubierta tres». Cuatro guardias los esperaban en el amplio pasillo de distribución, observando atónitos el forcejeo de los dos contendientes. Quizás estos soldados no supieran quien era Kilian, confundiéndolo con un miembro de la tripulación que intentaba reducir al traidor. Lo cierto es que no dispararon de inmediato. Kilian se dejó caer al suelo, en un medio giro, para poder rodar. Dos de los guardias reaccionaron disparando a Raven, cuya armadura absorbió los rayos. El caza-recompensas devolvió el tiro derribando a uno de los que aún no habían actuado. Kilian aprovecho para apoyarse con las dos manos, doblar la cintura y, con las piernas en el aire, agarrar en pinza por la pierna al más cercano, derribándole al suelo. Medio rodó otra vez, quedando boca arriba, y golpeó con la mano la traquea del guardia abatido. El siguiente rival más cercano lo disparó dos veces. Tuvo que esquivarlo como pudo, primero a un lado y luego al otro. El tercer disparo ya no pudo realizarlo. Fue alcanzado por el caza-recompensas, dando a entender que debían colaborar si querían salir vivos. Kilian arrebató el bláster al guardia tumbado –que se llevaba las manos a la garganta buscando aire–, y apuntó hacia atrás, con la cabeza ligeramente ladeada, al tercer guardia, que cayó abatido a quemarropa. Dos rayos rojos volaron en sentido contrario a metro y medio de la cabeza de Kilian, alcanzando su objetivo. El último guardia murió de un certero disparo en la cabeza. Raven, por contra, tuvo que desembarazarse de una de las hombreras protectoras de

la armadura, ya inservible tras el último impacto.

–¡Granada! –solicitó Kilian, extendiendo la palma de la mano.

El caza-recompensas comprendió lo que ocurría y le pasó una de su bandolera, ya activada de antemano. No hizo falta recogerla. Kilian movió el brazo como si ya estuviera lanzándola. La granada cambió violentamente su curso, en la misma dirección a la que apuntaba Kilian con el brazo, propulsada telequinéticamente hasta el fondo de un pasillo por el que venían tres enemigos más. Luego se protegió con el cuerpo de uno de los caídos. La explosión alcanzó de pleno a los recién llegados, muriendo uno al instante, y dejando inconscientes y malheridos al resto. Entonces se abrió la puerta de otro de los turboascensores, apareciendo Jackson.

–¡Es un amigo! –se apresuró a decir Kilian, antes de que Raven disparara.

–El otro prisionero –dijo el caza-recompensas, aludiendo a Jackson.

–¿Ahora nos llevamos todos bien? –preguntó el tahúr, secándose el sudor de la frente con la manga de la camisa.

–Por el momento –amenazó Raven–. Hay que inutilizar la corbeta por completo. Me dirigía a las baterías turbolásers cuando interrumpisteis mi camino.

–Acabé con el soldado y con uno de los artilleros, pero tuve que huir –anunció Jackson.

–Hay que capturar el puente de mando –sugirió Kilian.

Varios miembros de la tripulación, personal técnico no apto para el combate, aparecieron por otro pasillo. Los ahuyentaron a

base de disparos. Ninguno se arriesgaría a perder la vida por intentar reparar la nave.

–Vengo de allí –continuó Raven, como si no hubiera habido interrupción–. Se habrán parapetado después de que les emboscara. Tienen demasiados problemas para poner la corbeta en marcha. Podemos hacer más daño destruyendo todos los sistemas que podamos. La nave está descendiendo a tierra. Debemos asegurarnos de que no pueda volver a volar.

–¿Qué sugieres? –preguntó Kilian.

Era obvio que al menos tenía un plan. Y ellos no.

–Vosotros ir al núcleo del reactor y destruir los controles auxiliares, al menos los de las cubiertas dos y cuatro. Yo pondré cargas en los turbolásers que faltan.

–¿Y los guardias? –preguntó Jackson.

El caza-recompensas se introdujo en el turboascensor.

–Apenas quedarán unos veinte, como mucho, repartidos por la nave. La mayor parte combaten abajo.

Raven pulsó el botón para subir hasta la cubierta uno, donde se habían encontrado anteriormente. La puerta se cerró tras él, dejándolos solos.

–¿Te fías de él? –preguntó Kilian.

–Nos oculta algo –dijo Jackson–. Seguro que el rodiano está en alguna parte.

–Por eso vuelve a por los turbolásers. O quiere destruir la corbeta, con nosotros dentro, o la quiere dejar sin potencia de fuego para escapar en otra nave. Las explosiones han sido internas, y ya sabemos quién es el culpable. Ahora mismo todos

los técnicos disponibles estarán intentando reparar los sistemas. Estarán protegidos. Si quiere destruir la Torre I, nos meteremos de lleno en una trampa y perderemos demasiado tiempo.

La corbeta tuvo una última sacudida al posarse, sin mucha brusquedad, en tierra. Kilian sabía que era el Maestro quien la había hecho aterrizar a salvo. Cogió uno de las chalecos protectores de los guardias derribados y se lo puso. El tahúr lo imitó. Seguía viéndose que eran extraños, pero una primera impresión, junto con el humo y la débil iluminación, podía servir de engaño.

–¿Entonces nos vamos?

–Aún no –dijo Kilian, presintiendo a dónde tenía que ir–. Antes tengo que terminar un asunto. ¡Sígueme!

Ambos se dirigieron por el pasillo por donde habían desaparecido los últimos tripulantes que habían escapado. Apenas lo recorrieron, encontraron el pozo de acceso entre cubiertas. Esta vez no arriesgaría con los turboascensores. Subirían por la escalera del pozo, más idóneo para llegar a su destino. Se apresuraron a alcanzar la siguiente cubierta, minimizando el tiempo de indefensión en la escala vertical. Dieron a parar a la parte delantera de la enfermería, cerca de la sala de juntas y del laboratorio médico. Sin pensárselo dos veces entraron en la sala de enfermos, ocupada hasta un tercio de su capacidad. Habían muchos heridos de distinta gravedad, mayoritariamente debido a las explosiones internas. Tanto los droides como el personal médico ignoraron su presencia, y los únicos guardias que habían estaban heridos o inconscientes en las camillas. El principal detalle en el que se fijaron era que los tanques bacta estaban destruidos. Una jugada perfecta. Garek

Hightowers se encontraba tendido en una de las camillas, acompañado de un droide médico y del único hombre armado de la sala, el secretario Perkins, quien no pudo evitar que Kilian le arrebatara el bláster haciéndolo volar de la cartuchera a su mano.

–No intentes nada, Perkins –aconsejó Kilian.

–Se está muriendo, muchacho –anunció el secretario, disgustado por su fracaso como guardaespaldas–. La herida es demasiado profunda. Conseguí estabilizarle antes de traerle aquí, pero ya ves lo que ha pasado con los tanques, y el medpac no ha ayudado. El droide hace todo lo posible.

El joven corelliano observó la herida de bláster en el pecho. Por el aspecto que tenía, debían de haberle disparado a no más de dos metros de distancia.

–¿Fue Raven? –preguntó Kilian.

–Maldito caza-recompensas –confirmó Perkins, derrotado–. Nos engañó. Recibió la mitad de su recompensa y no le importó perder el resto. He estado atando cabos. Debió de creer que tuvimos algo que ver con el asunto de la Legión. Lo cierto es que ni siquiera sabíamos que existían hasta que aparecieron. Y cuando vino a nosotros, pidiendo sesenta mil créditos a cambio de la localización de tu maestro, una cantidad desorbitada, a Garek le pareció coherente. Al fin y al cabo no son más que negocios. Pero nadie está motivado sólo por los negocios; a todos les mueve algo más. Si no, no habríamos venido a este insignificante planeta.

–Hay que ver a lo que llegan los malentendidos –bromeó Jackson.

Kilian lo interrumpió posando su mano sobre su brazo. No había necesidad de regodearse del fracaso de Garek Hightowers, ni del determinante papel del tahúr, por mucho lucimiento personal que anhelara mostrar.

–Sobrino –susurró su tío, con una débil voz.

Era increíble que mantuviera la consciencia. El droide le avisó que no debía de hacer esfuerzos, aunque el paciente le hizo caso omiso.

–Kilian… tú puedes salvarme.

Era cierto. Gracias a la Fuerza podía transferir parte de su esencia vital para alejarlo del fatal destino. Su vida en sus manos. Tantos años sometiendo a la familia, y ahora dependía de él. Y Garek lo sabía. ¿Había dejado a un lado su orgullo? Le rogaba su ayuda. Como todos, Garek no deseaba la muerte, y apelaba a lo que consideraba una debilidad: su humanidad. De salvarlo, su tío podría continuar dirigiendo la Corporación. Había oído hablar que, algunas personas, tras una experiencia cercana a la muerte, habían reconsiderado sus vidas.

–Cierra los ojos –le dijo Kilian, accediendo a su demanda.

A una señal de Perkins, el droide médico se apartó y el sobrino se acerco al tío. Puso una mano en la frente del moribundo, y otra encima del pecho, sintiendo la Fuerza en sus manos. La energía fluyó en el malherido cuerpo de Garek. A los pocos segundos, abrió los ojos.

–Ya no siento dolor –anunció calmado y con una expresión de paz en su rostro.

Sin embargo, sus constantes vitales continuaron disminuyendo hasta morir. El droide médico certificó el fallecimiento, sin

sorprenderse por el resultado. El secretario lo interrogó con la mirada.

–¿Podías haberle curado, o no has querido hacerlo? –preguntó Perkins después de que el droide 2-1B tapara el rostro de Garek con una sábana.

–Podría haber evitado su muerte –contestó Kilian–. He preferido que no siguiera sufriendo.

–No te culpo por ello –comentó el secretario–. Se ganó muchos enemigos.

En ese momento se oyeron explosiones en alguna de las cubiertas superiores, que los devolvió a la realidad del escenario en el que desenvolvían.

–Será mejor que evacuéis la corbeta –aconsejó Kilian–. El peligro no ha pasado. Raven acaba de destruir los turbolásers que seguían operativos. Quizás intente destruir la nave.

Perkins se dirigió al comunicador interno y se puso en contacto con el puente de mando. Kilian y Jackson abandonaron la enfermería, accediendo al pozo que les conduciría hasta la cubierta cuatro, donde se encontraba el garaje de deslizadores; si aún quedaba alguno lo cogerían. Y si no, siempre podrían salir por la escotilla de desembarco del garaje. Mientras descendían oyeron por megafonía la voz del Capitán Dexterios, ordenando la evacuación. Cuando llegaron a la cubierta se encontraron con el personal de la nave, que abandonaban progresivamente sus puestos. Casi todos se dirigieron hacia el mismo lugar. Unos pocos trataban de alcanzar cualquier escotilla de salida, e incluso algún insensato pretendía abordar las cápsulas de escape de la cubierta inferior de artillería, imprescindibles en el espacio e

ineficaces al estar dirigidas hacia tierra. No repararon en ellos; cada uno estaba preocupado en salvar su pellejo. Cuando llegaron al garaje la gente se agolpaba en los dos últimos esquifes que quedaban disponibles, al máximo de su capacidad. Otros descendían directamente por la rampa de desembarco, alejándose a todo correr, no fuera a estallar una explosión definitiva. El primer esquife partió. Un nuevo grupo de recién llegados pretendió subirse al segundo, mientras que sus ocupantes los pateaban procurando evitar que los reemplazaran. Escondido detrás del esquife y de la multitud, Kilian descubrió dos Ikas-Ando –más conocidas por su apodo «halcón nocturno»–. En una de ellas habían dos operadores intentando entender cómo arrancar aquello. La otra moto-jet de exploración, la más alejada, aún estaba vacía. Corrieron hacia allí, seguidos de cerca por un par de tripulantes que también la habían visto. Kilian y Jackson se subieron casi al mismo tiempo. Bastó un par de disparos del tahúr, dirigidos a los pies de los tripulantes, para desalentarlos de luchar por el vehículo. A pesar de haber llamado la atención del resto de seres desesperados por alcanzar algún transporte, Kilian tuvo tiempo de conocer los mandos, activar el encendido y arrancar los repulsores. Salieron de la corbeta corelliana, en dirección norte, entre el barranco y el río, a escasos metros del sendero que permitía subir hasta la Granja, bien conocido por el piloto corelliano. Por encima de sus cabezas, no muy lejos, pasó un carguero Kazellis seguido de cerca por el Augurio –toda una sorpresa para los dos–, que disparaba su único cañón láser contra la Perra Callejera.

–¡Esa es la nave de Raven! –le dijo Kilian al tahúr–. Probablemente pilotada por el rodiano.

–¡Y ese es Raven sin poder alcanzarla! –añadió Jackson–. Parece que nuestros amigos les causan problemas.

Efectivamente, encima de la Torre I, una pequeña figura había intentando alcanzar la Perra usando su jet-pack. El carguero clase Nella –pilotado seguramente por Yoras Deem o Lieslvez–, continuaba disparando ráfagas láser, evitando que la nave ralentizara su velocidad para recoger a Raven. El caza-recompensas había descendido de nuevo a la cubierta superior de la corbeta; no era una buena idea mantenerse en aquel lugar, encima de una nave que humeaba por varios costados.

Rápidamente los perdieron de vista. Kilian dirigía la moto repulsora pegado paralelamente al barranco, en dirección a las primeras estribaciones de la cadena montañosa septentrional.

–¿A dónde vamos? –preguntó Jackson.

–A la meseta de La Granja, pero no tenemos techo de vuelo suficiente para alcanzarla en un ascenso vertical. Tenemos que rodearla y volver por el bosque del norte.

–¡Le he dado! ¡Le he dado! –gritaba Yoras Deem.

–Sus escudos son más fuertes que los nuestros –contestó Lieslvez–. No dejes de disparar.

El Augurio, pilotado por la antigua nebulona, perseguía con fiereza al carguero de tipo Kazellis. El carguero de clase Nella era una nave un poco más lenta y menos ágil, aunque la piloto compensaba con pericia sus carencias. El del Kazellis era bueno,

pero no tanto como para ser un duro rival. Si conseguía mantener el ritmo, con un agresivo pilotaje que desesperaba al quejica gran, vencerían. Yoras Deem, por supuesto, estaba más preocupado por sobrevivir que por la suerte de los habitantes de La Granja. Si había accedido a venir, era por la suma de dinero que ofreció el senador Forte para acompañarles a La Granja. Cuando el viejo habló con los residentes y supo del peligro que corrían, dobló la oferta para que ambos se quedaran a proteger el lugar. Ella hubiera colaborado de todas formas.

La aparición de la corbeta puso en peligro todos los planes. Con la ayuda de la nave personal de Jano Forte sólo debían de luchar contra la banda de moteros y, quizás, con el carguero de tipo Kazellis con el que combatían a cara de perro. Los habitantes de La Granja insistieron que no debían de enfrentarse con la corbeta, que ya se encargarían ellos. No entendía cómo iban a luchar sin defensas, pero confió en ellos como nunca antes se había fiado de nadie. Y allí estaban, siendo los perseguidores de la nave del caza-recompensas que tantos problemas había causado a su buen amigo Kilian. El gran no pilotaba mal. No obstante, Lieslvez lo convenció de cederle el sillón y dejar que él fuera el artillero.

Su rival volvió a acelerar, y ella hizo lo mismo. Inicialmente no entendió por qué había disminuido la marcha, haciéndose más vulnerable; luego vio que intentaba recoger, sin éxito, a un individuo que no podía ser otro más que el tal Raven. Los afortunados disparos de Yoras lo obligaron a centrarse en evadirlos. Eso era bueno. Si era su nave personal, la conocería al dedillo. Con la tripulación al completo, piloto y copiloto, hubieran sido un hueso difícil de roer.

–No podemos permitir que recoja al caza-recompensas –le dijo al gran.

El carguero Kazellis descendió a pocos metros del suelo, más bien del agua, siguiendo el curso del río principal del valle, protegiendo sus flancos por los espesos bosques a ambos lados de la orilla. Los obligó a realizar la misma maniobra, girando a izquierda o derecha según los meandros del río, manteniéndose, eso sí, a sus seis, la mejor posición para alcanzar a un enemigo. Aquél malnacido piloto eludía los disparos de Yoras, los cuales acababan alcanzando los árboles. De repente, y aprovechando un trazado recto del curso del río, ascendió bruscamente, venciendo la gravedad del planeta con sus potentes motores sublumínicos. Lo que para los deslizadores era una arriesgada maniobra, para los cargueros espaciales no era complicado. Realizó un giro vertical de ciento ochenta grados que tuvo que imitar para seguir a su cola. Esta vez ignoró el río y fue en línea recta hacia la corbeta.

–¡Prepárate! ¡Lo va a intentar de nuevo! –advirtió Lieslvez.

El gran dejó de disparar, prefiriendo aprovechar al máximo los controles de fuego del cañón, afinando la puntería. En cuanto redujera velocidad lo tendría a tiro. Las dos naves continuaron en línea recta hacia la corbeta.

–¡Cuidado con el barranco! –señaló Yoras Deem.

–Ya lo sé, tú destrúyelo que yo me encargaré de no colisionar.

–¡No reduce! ¡No reduce!

Era verdad. El carguero Kazellis no estaba aminorando para ajustarse a la velocidad del jet-pack y permitir la aproximación del caza-recompensas. Mantenía la misma velocidad. Varias

lucecitas se encendieron en el panel de control.

–¡Oh, maldición! –gritó.

A continuación giró noventa grados hacia arriba, ascendiendo bruscamente. Si no fuera por los trajes Alto Cero-G, alguno de los dos podría haberse desmayado.

–¿Pero qué haces? ¡Le tenía a tiro! –la maniobra le había sacado de la línea de fuego.

–¡Tiene torpedos de protones! ¡Va a hacer estallar la corbeta!

–¡Aléjate! ¡Aléjate!

Una potente explosión ocurrió a la cola del Augurio. De haber perseguido al Kazellis les podría haber alcanzado con fatales consecuencias.

–No puede haber matado a su socio –dijo Lieslvez.

–Con que no nos mate a nosotros…

Una sacudida los sorprendió. El Augurio había sido alcanzado por disparos láser, perdiendo los escudos. La única protección que quedaba era el propio casco. La Perra Callejera se había situado detrás suyo, invirtiéndose los roles.

–¡¿Cómo lo ha hecho?! –se preguntaba la piloto.

Siguieron ascendiendo a las capas altas de la atmósfera, esquivando los disparos del Kazellis, confiando en que las implacables tormentas septentrionales animarían al piloto enemigo a abandonar la persecución. Un rayo se originó a escasos metros de la nave, iluminando el oscuro y tenebroso cielo que atravesaban, vislumbrando muy cerca a su agresivo cazador. Las turbulencias amenazaban con dañar el casco. Aún así, el Augurio aguantaba. Aún así, la Perra continuaba detrás.

Unos disparos impactaron oblicuamente, afectando a los estabilizadores y perdiendo maniobrabilidad.

–¡Nos tiene bien cazados!

–¡Salta al hiperespacio! –exclamó histérico el gran, preveyendo la muerte.

–¡No quiero atomizarme en la atmósfera! –respondió Lieslvez.

Entrar en el hiperespacio sin alejarse del planeta era una locura, la desintegración inmediata de la nave. Abandonaron la troposfera, y con ello el peligro de la feroz meteorología de Loome. Durante unos segundos estuvieron solos en la estratosfera. Pronto surgió el carguero Kazellis, tenaz, persistente, imperturbable. Se diría que quien pilotara aquella nave no tenía otra misión que destruirlos. «Qué demonios», pensó la piloto. Inició la secuencia de astrogración con el primer microsalto que tenían preprogramado en el computador de navegación. Un minuto más y saltarían a un punto cercano desde el cual rodear la nebulosa del sistema de Loome. Un poco más todavía, y supuestamente les daría tiempo para alcanzar el incomensurable espacio exterior. Cuanto más se aproximaban, más velocidad adquirían las dos naves, libres de la atracción de la gravedad. Nuevos impactos ionizaron los controles de mando, provocándole dolor a la piloto, quien no apartó las manos del panel. Aquello la decidió finalmente. A fin de cuentas, ¿toda nave en peligro no intenta huir de esta manera? Estaban a punto de alcanzar la exosfera, casi se encontraban ya en el espacio exterior. No podía ser tan arriesgado. Activó el arranque del hiperimpulsor, encendiendo los motores que impulsaron al augurio al hiperespacio.

Su experimentada maniobra de alcanzar la Perra Callejera en pleno vuelo, como ya había hecho en numerosas ocasiones, había fracasado por la persistente persecución del carguero rival. La Perra aceleró y su tozudo adversario no la dejó marchar, ambos descendiendo hacia el caudaloso y fuerte río, bañado por numerosos afluentes. Aquella tierra tenía un clima adverso. No tuvo más remedio que volver a la cubierta superior de la corbeta, valiéndose de su jet-pack. La mayor parte de la tripulación huía a pie por la orilla, hacia el sur o el norte, dependiendo de su instinto –había escuchado la orden de evacuación del capitán Dexterios–; un esquife repleto de gente voló al oeste, por encima del bosque que atravesaba el río; y un par de motos repulsoras también huyeron, cada una en una dirección diferente. Algo le llamó la atención en la que se dirigía al norte. Amplió la imagen con la mira computerizada del visor del casco. Eran Kilian y el tahúr. Esos no escapaban. Por el rumbo que tomaban debían de estar buscando por donde subir a la meseta de La Granja. El caza-recompensas descendió por el este, el único punto cardinal que nadie eligió, y voló cerca del suelo, por encima del rocoso terreno, paralelo al barranco sur de La Granja.

–No me recojas –ordenó a Broggo–. Acaba con la corbeta atacando su aleta dorsal. Tienes vía libre; sus turbolásers están destruidos. No le queda ningún tipo de escudo, ni energéticos ni de partículas. Usa torpedos de protones –recordaba que era la zona que habían reforzado, los lásers podían resultar insuficientes.

–*Doy la vuelta. Larrrgate de ahí* –contestó el rodiano con un tono cantarín.

–Cuando te deshagas de todos iremos a por Kilian.

Cerró la comunicación y continuó alejándose de la corbeta. Al poco, distinguió la silueta de su nave regresando con celeridad. Buscó refugio detrás de unas rocas y esperó la explosión, la cual no tardó en oírse. Algunas piezas de la corbeta chocaron por encima de donde estaba, contra la pared del barranco. Afortunadamente, ninguna cayó encima. Echó un vistazo a la corbeta. La nave había sido partida en dos justo en la zona dorsal. Los motores diseccionados por un lado, y la cabeza de martillo del puente, con parte del tronco central, por el otro. Quizás incluso quedara alguien vivo en el puente, aunque muchos de los que en ese momento aún salían de la corbeta perecieron por la onda expansiva o los cascotes dispersados. Una parte de la tripulación se habría salvado.

Más adelante había una bonita cascada de uno de los afluentes. Decidió ascender por ahí volando hasta la meseta. Buscaría una buena aproximación a La Granja donde observar el desarrollo del combate, mientras esperaba la vuelta de su socio.

–Esto va mejor de lo que me pensaba –dijo Bronx, derribando con su rifle bláster a uno de los moteros que volaban a ras del suelo, en dirección a los jardines.

–Siguen siendo demasiados –respondió Dona.

–Admito que no me esperaba la llegada de una corbeta corelliana, ni los esquifes repletos de soldados. Hemos planificado una defensa contra los hermanos caídos, Raven y poco más, y aún así hemos tenido suerte con la llegada a última hora de Jano Forte y del Augurio.

–Por suerte, el Maestro se ha encargado de la corbeta.

–Por la Fuerza, más que por la suerte –replicó el mercenario–. ¡Atenta!

Varios moteros iniciaron una rápida aproximación contra los ventanales de la sala común, disparando con blásters en mano al interior de misma. Se parapetaron detrás de las protecciones blindadas que habían colocado estratégicamente. Ambos devolvieron los disparos, lo que sólo sirvió para amedrentarlos, lo que ya era bastante.

–Son pésimos –analizó el mercenario–. No tienen artillería en sus vehículos y se limitan a disparar con pistola bláster.

–Siguen siendo más que nosotros –insistió Dona.

Se oyó una enorme detonación que hizo retumbar todas las paredes. A través de los ventanales que daban al sur, observaron una densa columna de humo que ascendía por detrás del barranco, más allá de la casa del Maestro.

–No se cómo, pero alguien ha acabado con la corbeta –afirmó Bronx–. Desde luego que la Fuerza nos acompaña.

–¡Informad todos! –rogó Dona por el comunicador, preocupada por el alcance de la explosión.

–Hemos llegado a las montañas con los tronadores –anunció su compañero Ruufol–. Estamos a salvo.

Los dos domadores, Larsmik y Ruufol, con la ayuda de Tila y Glisma, habían conducido a Vandia y otros loomest –y a los tronadores, salvo un par de ellos–, hacia las montañas, utilizando uno de los caminos del norte. Aunque habían preparado la marcha trasladando los tronadores al bosque, el ataque llegó antes de lo esperado y tuvieron que apresurar la huida. Por fortuna, no se habían cruzado con nadie.

–*Derribando moto-jets con la Fuerza estoy* –anunció Yemlin.

–Flanco norte sin novedades –informó Ki-Dacmu–. Seguimos esperando.

–*Vigilando la armería, hum, hum* –comentó el ithoriano Molow Habbor.

–Estos idiotas siguen persiguiéndonos –comentó Ank'Niwa–. No tienen armamento para dañar seriamente el Trast A-A5, aunque parte de las antenas y sensores han sido destruidos.

–Sigue alejándolos –ordenó Bronx–. Todo lo que puedas y no te arriesgues.

–Aquí *Libertad* –anunció una de las hermanas Bazán–. Hemos perdido comunicación con el Augurio. Repito, hemos perdido comunicación con Lieslvez y Yoras Deem. Creemos que nos reciben, pero no responden. Les hemos visto ascender a la atmósfera.

–Si se han internado en las capas superiores es normal –aclaró el mercenario–. ¿Cuando podréis volver al combate?

–No creo que podamos reincorporarnos –anunció la piloto–. Apenas tenemos radio de giro y estamos sin escudos. El Kazellis acabaría fácilmente con nosotros.

–Entonces buscad al Augurio y tened mucho cuidado –decidió el mercenario–. Alguna razón tiene que haber para que hayan tenido que dirigirse hacia las tormentas eléctricas.

El mercenario cortó la comunicación, empuñó de nuevo su rifle y, junto con Dona, dispararon a los moteros que intentaban una nueva pasada. Bronx derribó a uno y Dona alcanzó una de las moto-jets, que se retiró del combate. En algún momento dejarían de usar esa inútil táctica. No eran lo suficientemente hábiles, ni tenían la potencia de fuego que precisaban, como para ocasionar daño alguno. Si él los dirigiera habría mantenido a un par de ellos entreteniéndolos, y hubiera hecho que el resto aparcara las motos e intentara el asalto cubiertos por los edificios más expuestos.

–¡Vienen soldados por los frutales! –se escuchó la voz de la cereana–. ¡Fuertemente armados!

No había previsto una aproximación por ese lado pues era el cercano al barranco, tenían que ser los soldados de uno de los esquifes. Esos hombres serían profesionales, más peligrosos que los moteros. Habrían bordeado el bosque norte, por el linde oeste, aprovechando los últimos árboles para acercarse sin ser vistos.

–Dejad que entren en el edificio, aprovechad los pasillos y las distancias cortas –luego consultó con la mirada a Dona, quien le hizo entender que podía dejarla sola–. Voy para allá.

Posó el rible bláster al lado de la loomest.

–Si se deciden por entrar al asalto pide ayuda –le rogó.

–Vete ya.

Dona siguió disparando a los moteros, ejerciendo el tiro al

blanco. Bronx abandonó la sala medio agachado, evitando algunos disparos entrantes, accediendo al pasillo de distribución. Enfiló a su derecha, comprobando que las puertas principales permanecían intactas. Entonces su comunicador rompió el silencio.

–¡Bronx! –gritó Ank'Niwa por el comunicador– ¡Kilian ha vuelto!

–¿Cómo? –hacía meses que no sabían nada de él.

–¡Es él! No sé cómo ha llegado, pero está acabando con nuestros perseguidores.

–¡Pues dile que los deje en paz y mueva el culo hacia aquí! ¡Le necesitamos!

Forzó el acelerador, aproximándose a una de las motos repulsoras de los «hermanos caídos», apuntando con el cañón láser de la Ikas Ando hacia su motor posterior. Disparó una ráfaga corta, precisa, que alcanzó el blanco justo donde quería, estallando el motor y lanzando al desgraciado varios metros hacia arriba. El Trast A-A5 continuaba a toda velocidad siguiendo el riachuelo que acompañaba al camino principal. Los había visto en apuros en cuanto abandonó el linde norte del bosque, rodeándolo por el lado este para volver hacia la Granja. Acudió en su ayuda enseguida. Cinco moto-jets de los hermanos caídos de las que quedaban tres. Ninguna de ellas armadas como

la suya, se limitaban a disparar con sus pistolas blásters. Kilian tampoco había tenido nunca una moto deslizadora con un cañón láser incorporado a la aleta delantera, y por lo tanto no tenía experiencia previa en combate. Sin embargo, los controles era sencillos y ayudaban en la fijación del tiro. Con dos piezas en un minuto probó una rápida sucesión de disparos cercanos a dos de las tres motos restantes; la espantada tuvo éxito. Los moteros eran valientes en grupo y contra civiles temerosos –de ahí que disfrutaran de la persecución al camión deslizador–, pero en cuanto vieron perder a dos de los suyos, y que podían ser los siguientes, los dos objetivos se dispersaron, uno por cada lado, y el último no tardó en imitarles al verse sólo. Al final, no había tanto peligro como parecía. Al quedar únicamente el Trast A-A5, Kilian aproximó su halcón nocturno a la altura del conductor del camión deslizador, viendo por las ventanillas a Ank'Niwa. El twi'lek, más que alegrado por el encuentro, estaba bastante serio. Gesticulaba con manos y rostro, indicándole que volviera, al parecer con cierta urgencia.

–Nos requieren en La Granja –le dijo a Jackson, limitado a ser un paquete a la espalda de Kilian.

Viró ciento ochenta grados y aceleró al máximo, dejando atrás al Trast, el cual continuaba alejándose. En tan sólo un minuto se acercó lo suficiente como para distinguir a lo lejos a un grupo de hombres armados asaltando La Granja en dos grupos. Uno por el norte y otro hacia el ala oeste. Este último era el más peligroso, pues entre las puertas exteriores de esa orientación se encontraba la que conducía a la enfermería y a la sala de comunicaciones, la antesala de la armería. Depende de por donde entraran podían hacer mucho daño. Ignoraba la defensa preparada por Bronx, así

que optó por ignorar el ala norte, por el momento, y atacar al grupo que había desaparecido por el lado oeste.

–¡Prepárate, Jackson! Vas a pilotar tú.

–¿Yo?

–¿Sabes hacerlo, no?

–Lo básico.

–No te preocupes, ellos son tan malos como tú.

Mientras seguían su aproximación en línea prácticamente recta, Kilian se hizo a un costado de la motojet, apoyado con sólo la pierna derecha en el pedal, y la otra en el aire. Mantenía la dirección agarrando el manillar derecho con la mano correspondiente, y con la otra se apoyó en el hombro de Jackson. Así pudo el tahúr colocarse en la posición del piloto, agarrar el manillar con ambas manos, y dejar espacio para que su joven amigo se situara detrás.

–Rodea el edificio por el huerto –señaló con el brazo extendido por delante de él–. Haz un ángulo superior a los noventa grados, casi ciento treintaicinco, te encontrarás encajonado por los dos edificios principales. Entonces asciendes y pasas por encima del pórtico de unión entre los dos edificios. Tienes techo de vuelo suficiente para hacerlo. No por debajo, dudo que tengas habilidad para sortear las columnas.

–¿Estás loco? –preguntó Jackson.

–Tranquilo, yo te guio para el giro, sólo tendrás que subir cuando te oriente.

–¿Y tú?

–Yo me bajo en cuanto inicies el ascenso.

–¿Y luego yo qué?

–Haz lo que puedas, confúndelos, dispara, aléjalos, lo que sea con tal de que no vengan aquí.

Kilian colocó sus brazos por encima de los de Jackson, como una extensión más, sujetándolos suavemente entre la muñeca y el codo. Pasaron cerca del grupo que ya había entrado por el ala norte –quedando un par de ellos atrás, que los miraron sorprendidos–, y al cabo iniciaron el giro, disminuyendo previamente la velocidad para facilitar la maniobra. El tahúr comenzó bien, aunque Kilian tuvo que corregir la trazada para alinear la Ikas-Ando con el pórtico de unión entre el edificio residencial y el principal. Soltó los brazos, le dió un par de pequeños toques, y el tahúr elevó la moto-jet al mismo tiempo que Kilian asentó los pies en los soportes, impulsándose hacia atrás. Completó la voltereta en el aire, extendiendo los brazos para agarrarse brevemente a la rama de uno de los árboles del jardín, lo que amortiguó el impulso. Luego se soltó, siguiendo la inercia restante, aterrizando de rodillas, con una mano en el suelo. Cuando levantó la vista, ni Jackson ni el halcón nocturno estaban a la vista, por lo que al menos no se había estrellado contra una pared. En su lugar habían dos puertas abiertas: la del pasillo al ala norte y la de la sala de comunicaciones, y un soldado rezagado en la segunda que lo disparó al verlo aparecer. Kilian rodó por el suelo, cubriéndose parcialmente con las jardineras hasta situarse tras el árbol. Desenfundó el bláster adquirido en Torre I e intuyó por donde vendría el siguiente disparo. Apuntaría a su derecha, por lo que se puso de perfil, y disparó con la zurda por el lado izquierdo. El tiro contra él se perdió por el lado equivocado; el suyo alcanzó al soldado en el

brazo del arma, cayendo al suelo de dolor. Corrió hacia la sala de comunicaciones, cambiando el bláster a la diestra y, protegiéndose con la pared, disparó al primer enemigo dentro de la sala, alcanzándolo por la espalda. Otro derribado. Al fondo habían dos soldados más. Sin embargo, estaban desarmados, sus armas en el suelo, y caminaban trastabillando, con las manos en la cabeza. Inmediatamente sintió la misma confusión. No era dolor, pero sus sentidos estaban ofuscados, llegando incluso a afectar a su equilibrio. La Fuerza era muy intensa. Los soldados no estaban preparados para resistir tal «ataque». Él sí. No tuvo más remedio que apoyarse en la respiración y controlar su sentido de la orientación, hasta despejar la pesadumbre de sus pensamientos. Sin perder la concentración, fue fácil golpear en la nuca a los soldados, dejándolos inconscientes. Luego abrió la puerta de la armería, de la que tenía la combinación. Al otro lado, Molow Habhor intentó torpemente aporrearlo con una pica de fuerza. Sólo tuvo que agacharse.

–*¡Kilian!* –exclamó el ithoriano al reconocerlo –. *Oí por el comunicador que habías vuelto. Una gran noticia.*

–Ya puedes parar con lo tuyo –se adelantó el corelliano–. Déjame pertrecharme, ya que estamos.

–*Hum, Humm, adelante*.

El maestro ithoriano dejó de perturbar los sentidos de cuanto ser vivo estuviera en aquellas habitaciones, aliviando a Kilian del esfuerzo de resistirse a uno de sus propios maestros. Eligió primero de todo una electrovara, la cual colgó a su espalda atravesada en la bandolera que incorporó junto a dos granadas y un detonador térmico. Añadió a la bandolera una carabina bláster –los rifles debían de haberlos repartido–. La necesitaría

contra los moteros. También reemplazó la pistola por un bláster pesado de corto pero letal alcance. Finalmente recopiló el número exacto de grilletes que necesitaba para apresar a los cuatro soldados, heridos o inconscientes, de la sala de comunicaciones, no entreteniéndose más que lo justo para ponérselos.

–Cierra de nuevo, los demás siguen en peligro –ordenó al ithoriano–. ¿En qué frecuencia estamos?

–68A, 4 Delta.–informó.

–*Que la Fuerza te acompañe* –se despidió el ithoriano sin mayor dilación, cerrando la puerta.

Tras bloquear de nuevo la armería, Kilian abrió uno de los armarios de la sala, encontrando uno de los comunicadores internos de La Granja. Lo sintonizó en la frecuencia adecuada y escuchó las voces de sus amigos, al parecer en serio trance. Tuvo que decidir a quien ayudaba primero, a quien podía salvar y a quien dejaba salvarse sólo. A pesar de haberse preparado lo mejor que pudieron, hoy todo dependía de que él estuviera a la altura. Era la batalla de su vida, la única que tenía importancia. El mayor número de enemigos estaban en el ala norte, donde se encontraban Gorka, Ki-Dacmu y, según creía, Yemlin. Otros pocos atacaban el ala sur del edificio principal, protegida por Bronx y Dona. La elección era obvia.

Atrapados en el pasillo, no podían ir hacia ningún lado. El movimiento de pinza se había vuelto contra ellos. El

gamorreano, que sangraba por uno de sus costados, luchaba cuerpo a cuerpo con el último de los tres soldados que les habían emboscado por detrás. La encerrona ocurrió cuando, por orden de Bronx, estaban acechando al grupo principal que entraba por la puerta norte; habían conseguido acabar con los dos primeros valientes, uno derribado a distancia por el mercenario, y otro por Gorka al aparecer por la esquina. Fue entonces cuando atacaron por la espalda a Ki-Dacmu y al gamorreano. Dos de los inesperados disparos alcanzaron a Gorka, mientras que el último rayo fue desviado por la cereana con su nuevo sable de luz –con un rayo energético más delgado que el anterior que había construido–. A pesar de sus heridas, el gamorreano se abalanzó enfurecido sobre los emboscadores, matando con el vibrohacha a los dos primeros, quienes antes de morir consiguieron abrirle nuevas heridas, haciéndole caer su arma. Aunque el tercer soldado usó su vibrofilo para apuñalarlo en un costado, Gorka lo agarró por el cuello, cayendo sobre él.

La cereana, no pudiendo hacer más, se limitaba a proteger a su compañero de los disparos bláster de los atacantes que habían entrado con el grupo principal. Estaban situados en la intersección con forma de T donde debían de haber caído. Sin embargo, y por culpa de la emboscada, el resto de soldados consiguieron entrar, liderados por un decidido jefe que consiguió entretener a Bronx, obligándolo a permanecer a veinte metros, en los accesos cercanos al comedor. Eran cinco. Dos la disparaban a ella, desde ambas esquinas. El resto los vio avanzar en dirección al mercenario, sin darle tregua a respirar. Por el comunicador supo que lo habían herido, aunque los mantenía a raya.

La presión a la que se veía sometida pudo con ella. Aumentaron el número de disparos, más a ráfagas que tiros precisos, hasta que alzó el sable pensando que los siguientes vendrían por arriba cuando alguno lo hizo por debajo. Cayó al suelo herida de la pierna izquierda. Entonces la puerta que estaba detrás de sus atacantes saltó volando por los aires. Era Yemlin saliendo de la biblioteca. Había presentido el peligro. Los sorprendidos soldados se dieron la vuelta y le dispararon. Uno de los rayos fue directamente disipado por la mano del pequeño ser, desapareciendo como vapor al viento. El gesto de concentración de Yemlin era doloroso y estaba indignado. Podía sentir su frustración. La Granja era un retiro de paz y descanso, y había sido violado. Ki-Dacmu y Yemlin habían abandonado el Templo Jedi, largo tiempo atrás, volcados a una vida de contemplación y descubrimiento. Se habían alejado de la caótica sociedad galáctica, entretejida por los intereses y las mezquindades de los mundos que la conformaban, para sanar sus íntimas aflicciones ocultas, y dedicar sus vidas al conocimiento de sí mismos. El mundo no quiso dejarlos atrás.

–*Venido habéis a traer lágrimas de amargura. A mis amigos no* –anunció.

A un movimiento de la mano de Yemlin, el vibrohacha de Gorka voló desde el suelo hacia la espalda de uno de los soldados, incrustándose en ella hasta sobresalir una punta por el pecho. El otro soldado volvió a disparar antes de que levantara la mano contra él, alcanzándolo en su menudo cuerpo. El dolor surcó el rostro de Yemlin, pero ni fue derribado, ni perdió su oportunidad de devolver el golpe; parecía como si el rayo no hubiera tenido consecuencias. Inició otro ademán de su mano.

«Yemlin, no lo hagas», proyectó sus pensamientos, preocupada por el enfurecido estado de ánimo de su viejo amigo. La cereana no podía ayudarle, con una pierna inservible, de rodillas medio apoyada en la pared. Oyó dos tiros al mismo tiempo. Uno proveniente de su espalda; un rayo azul que pasó cerca de ella, impactando contra el soldado que apuntaba a Yemlin. El segundo, aunque sólo percibió su sonido, sí vio a quien iba dirigido. Su pequeño compañero se retorció de dolor, alcanzado por la espalda. Y aún así siguió consciente, doblegado pero no derribado, lo que no impidió que un hombre enorme lo alzara, agarrándolo con ambas manos. Alguien cruzó a su lado, colocándose unos pasos por delante de ella, con un bláster en la mano, apuntando al forzudo enemigo que tenía a Yemlin como rehén.

–Déjalo en el suelo, Darren –advirtió Kilian.

–Tira el arma o le retuerzo el pescuezo –amenazó el líder de los moteros–. A este enano no va a ser muy difícil arrancarle la cabeza.

El tal Darren había aparecido por detrás de Yemlin, habiendo aprovechado la distracción para entrar en la biblioteca por los destrozados ventanales. Su presa se encontraba suspendido en el aire, sujetado firmemente, con las piernas colgando. Un movimiento de sus fuertes manos y le rompería el cuello.

–*Tocarme no debiste* –sentenció Yemlin.

Agarró los brazos del jefe de los moteros con sus pequeñas manos e, inmediatamente, Darren gritó de dolor, afligido por heridas invisibles. Su musculoso cuerpo cayó de rodillas como un niño, sin poder reprimir los alaridos que daba. Soltó a

Yemlin, que a su vez rodó por el suelo, revelando la brutal quemadura láser de su espalda. Kilian disparó rápido a Darren para acabar con su sufrimiento.

–Encárgate de Gorka –solicitó Kilian, quien avanzó veloz hacia el dolorido Yemlin.

Ki-Dacmu se arrastró hacia atrás, preocupada por su compañero. El gamorreano había conseguido ahogar a su último contrincante con sus propias manos, aunque seguía desangrándose por el costado. Extrajo un medpac de su cinturón y lo aplicó lo más rápido que pudo, taponando y cicatrizando el desgarrador corte. El gamorreano estaba inconsciente, pero estable, a pesar de sus feas heridas. Más tarde volvería a él. Luego se acercó a Kilian y Yemlin. Su joven amigo lo estaba sujetando suavemente por la cabeza. Sabía lo que pretendía hacer. Iba a intentar sanarlo transfiriéndole su propio vigor.

–Morir déjame, Kilian –confesó Yemlin.

–No puedo dejarte así –contravino Kilian–. La enfermería está cerca.

–El combate acabado no ha. Toda tu fuerza necesitarás.

–No digas tonterías –se negaba a admitir su petición.

–Remedio no hay para mis heridas. De purgar mis demonios nunca pude. Éxito tuviste donde yo fracasé. Me alegra haberlo visto. Aún mucho debes trabajar. Distintos caminos llevan a la Fuerza. El tuyo descubre. El mío llega ya.

Y con estas últimas palabras sin derecho a réplica, Yemlin dejó el mundo de los vivos. La cereana posó una mano sobre el hombro de Kilian, también afligida.

–El combate no ha terminado –dijo Kilian, repitiendo las palabras de su amigo, y observando la pierna de la cereana–. Déjame tratarla.

Rodeo con las palmas de sus manos la pierna de Ki-Dacmu y ejerció una leve presión. La cereana sintió cómo se aliviaba su dolor.

–Gracias.

Kilian le acercó uno de los blásters del suelo. En su estado no podría aprovechar el sable de luz. Lo sostuvo un momento, comprobando que era muy parecido al anterior que había tenido.

–Ya me contarás su historia –le dijo–. Cuídalos y no te arriesgues más.

Su amigo se levantó, mirando el cuerpo de Yemlin una última vez. Inmediatamente se acercó con cautela hasta la esquina que daba al pasillo que conducía a la entrada principal, a muchas otras estancias, y finalmente a la zona del comedor, donde Bronx y Dona debían de estar atrapados entre dos bandos.

El intenso y repetitivo fuego lo obligó a volver hacia atrás. Tres hombres de armas, comandados por quien reconocía como a un teniente o capitán de algún ejército, habían avanzado sosteniendo los disparos. Lo único que había logrado hacer era retirarse hacia la sala de control, parapetarse tras la puerta y devolver tímidamente los disparos como para conseguir atraerlos hacia él. Su intención era alejarlos de Dona que, no

muy lejos de allí, seguiría en la biblioteca ejerciendo de francotiradora obligada por las circunstancias. Habría podido volver con ella, pero les superarían en número y estarían encerrados entre dos bandos, así que no le quedó otra alternativa que alejarlos de su pareja.

Echó un rápido vistazo a la sala de control. La batalla no había llegado a esta habitación. No así la contigua a esta, la sala de comunicaciones, donde tres cuerpos de soldados uniformados yacían en el suelo. Dos cerca y otro más lejos, con un tiro de bláster en la espalda. Picó a la puerta de la armería.

–¿Molow, te has encargado tu sólo de estos hombres?

–*Con la ayuda de Kilian, Bronx* –oyó al otro lado de la puerta– *¿Terminó el combate?*

–No, quédate ahí y no abras la puerta. ¿Podrás sentir la presencia del enemigo si entra en la sala?

–*Evidentemente*.

–Pues ya sabes qué hacer. Voy a atraerlos.

Sin distraerse más asomó la cabeza por la sala de control, apuntó a la otra puerta de entrada y, cuando uno de los soldados hizo el amago de entrar, disparó. Su objetivo logró apartarse a tiempo, pero le confirmó que seguía allí. Cerró la puerta y corrió rápido hasta el otro extremo. La puerta que daba al exterior estaba abierta, con otro soldado sobre el césped. Apoyó la espalda en la pared, al lado de la puerta, esperando a que sus perseguidores entraran en la sala de comunicaciones. Se arriesgarían lo razonable. Un par de disparos atravesaron el umbral de la puerta, impactando contra los setos del jardín. No eran tontos. Se esperaban una emboscada, pero no podían

imaginar el tipo de ataque que recibirían. Al poco de oír pasos cautelosos, entrando en la sala de comunicaciones, escuchó sus gemidos de desorientación. El ithoriano perturbaba sus sentidos, obligándolos a buscar algún tipo de apoyo. No les dejó tiempo para reponerse. Con fría profesionalidad se dio la vuelta en medio círculo, firme en el umbral, y apuntando con las dos manos liquidó a tres fáciles blancos. Faltaba uno: su jefe. Demasiado tarde. Recibió un tiro de bláster en el costado izquierdo. El dolor le hizo soltar su arma. Se tiró al suelo, dentro de la habitación, antes de que el segundo tiro rematara la faena. Aquél malnacido debió de rodearlo atravesando la enfermería mientras sus hombres hacían de cebo. Tanteó con las manos el suelo, buscando el bláster. Aturdido, no estaba seguro donde había caído, hasta que rozó la culata con el dedo índice y, mecánicamente, la mano acudió a la empuñadura, agarrándolo con firmeza. Sin apuntar, por puro instinto, dirigió el cañón a la puerta y apretó el gatillo. Dos rayos surcaron el aire, alcanzando ambos sus objetivos. Sintió un agudo dolor en el pecho y cayó inconsciente.

Demasiadas posibilidades a elegir, pensó Kilian. La puerta de la enfermería se encontraba abierta, así como la de la sala de control. Oía ruidos de bláster provenientes tanto de la última como del pasillo del comedor. El ruido ensordecedor de una nave espacial descendiendo a tierra sofocó todos los sonidos. Se acercó al ventanal. Era la Perra Callejera, el carguero de Raven. Estaba aterrizando casi delante del edificio principal, a unos

cuarenta metros al norte del hangar, bloqueando el camino principal de la Granja, entre los huertos y el extremo de la cerca de los establos. El descenso aplastó la hilera de árboles a ambos lados, resquebrajándolos. No veía más motoristas, ni escuchaba más disparos de la biblioteca. Era el momento de acabar de una manera u otra. Raven venía a por él, y no iba a huir. Earl Ravenous era uno de esos raros caza-recompensas incansables, que perseguían a su presa hasta el final incluso si ya no le reportaba beneficio alguno. Era el responsable del destrozo que había a su alrededor. Él había guiado la Torre I hasta Loome.

Abrió la puerta principal que, al contrario que el resto de entradas, conservaba unas anticuadas bisagras que hacían girar los portones hacia dentro. Bajó por los peldaños de la entrada principal y caminó de frente, en dirección a la intersección con la vía principal. Acertó a ver la cabeza de Dona protegida tras uno de los ventanales, con el ojo detrás de la mira de su rifle bláster. Ella le cubriría. Remplazó la pistola por la carabina, apuntando a la carlinga del carguero, esperando la apertura de la rampa de acceso. Prefirió seguir por el camino, tras los árboles que lo flanqueaban y le ofrecían protección, en vez de ir campo a través. La rampa inferior del carguero descendió, como una mandíbula que se abría para mostrar sus colmillos, sólo que en vez de dientes esperaba enemigos fuertemente armados. Quizás Dona, a pesar de todo, no tendría buen ángulo.

Había algo que no cuadraba. Una sensación en el aire, una calma inesperada, le hacía presentir que aquella situación no era la que aparentaba ser. El borde de la rampa tocó el suelo al tiempo que él llegaba al cruce. En vez de clavar la mirada en quién salía, observó por encima del carguero, buscando

enemigos en el techo. Preveía a alguien escondido, por lo que se dispuso de perfil, cerca de un árbol, exponiendo su cuerpo lo mínimo posible. ¿Cuál sería la mejor manera de emboscarlo? Bajó el cañón de la carabina, unos veinticinco grados, sin apuntar directamente ni al suelo ni a la rampa. Entonces dedujo de donde vendría el ataque. Y de quién. Giró la cabeza noventa grados, devolviendo la vista al frente, observando el pequeño puente que conducía a los establos. Estaba frontalmente expuesto a quien allí aguardaba.

No supo decir qué le impulsó a decidirse por descubrir su posición, en vez de acabar con el joven Hightowers. Tenía un tiro limpio, difícilmente eludible. Quizás fue, precisamente, la mirada que estudió a través del visor de puntería: profesional, reservada, consciente del peligro en el que se encontraba. Broggo había cumplido su parte del plan. Asistido por el droide piloto que se había encargado del aterrizaje del Kazellis, el rodiano utilizó la exclusa exterior del almacén para situarse encima del techo. Él, sin embargo, se mantendría escondido debajo del puente, en la orilla, bien oculto. El cebo había dado resultado. Kilian había salido por la puerta principal, solo y con una valentía –o temeridad–, que no hubiera demostrado años atrás. Pero el joven al que en otras ocasiones había devuelto a la custodia de Garek ya no parecía un muchacho huidizo y atolondrado. Había elaborado un plan para rescatar a su madre, infiltrándose en Ciudad Hightowers. Una misión que tuvo éxito aunque él fuera finalmente capturado; un sacrificio con el que

posiblemente ya había contado. Luego, en la corbeta corelliana, había demostrado espíritu guerrero. También Kilian ocultaba sus cartas. Los sensores de calor del visor frontal habían detectado la presencia de un francotirador en el interior del edificio, a la izquierda, tras los ventanales rotos. Buena cobertura y excelente posición, pero con un fuego sostenido podrían encargarse de quien estuviera allí.

La rampa ya había descendido del todo, y por ella bajó IJ-23, el droide asesino que había adquirido en Nexys Min, y que habitualmente lo mantenía oculto en la bodega de carga de la Perra Callejera. Reprogramado con algunas modificaciones personales para tenerlo de su lado en las situaciones más peligrosas. Armado con un rifle bláster integrado en su brazo derecho y una pistola bláster en la mano izquierda, el droide descendió con instrucciones precisas sobre lo que tenía que hacer. Sabía que en aquél lugar no duraría mucho tiempo, pero sí lo necesario para que, junto a Broggo, pudieran terminar con los supervivientes de la batalla. Los hermanos caídos, las fuerzas de Retard y la corbeta corelliana habían sido piezas útiles para minar las fuerzas de los amigos de Kilian, dejando el camino despejado. Aquello, finalmente, era un asunto entre ellos dos. Aceptó la invitación que ofrecía la severa expresión del joven Hightowers. Una excepción a la norma. Para algunas cosas había que romper las reglas.

Abandonó su posición de tumbado, levantándose primero apoyado en una rodilla, luego ya de pié, con el rifle en las manos, subiendo por la pronunciada, pero corta, ribera del río. El viento soplaba con fuerza, empujando lateralmente a la lluvia, que caía oblicua. Caminó apenas unos metros, situándose a una

distancia prudencial de Kilian, dispuesto a usar el rifle bláster. Su rival repitió sus movimientos, sin perder de vista a IJ-23. Broggo sería la sorpresa que el joven Hightowers no se esperaba. Aunque tuviera la ayuda del francotirador, no estaba preocupado por él. El detector de miras infrarrojas no se había activado; ningún triángulo apareció en el visor. Supuso que estaría más ocupado centrando su objetivo en el droide asesino.

–Broggo, ¿tienes localizado al francotirador de la planta baja? –preguntó por el comunicador interno.

–Esss una mujerr en la biblioteca. No parreçe jedi – respondió.

–En cuanto empecemos acaba primero con ella. Luego con cualquiera que se entrometa.

–¿No prefierres que mate a Kilian?

–Antes vamos a charlar un poco.

Camino tres pasos más, mientras Kilian permanecía en el mismo lugar donde se había quedado, observando sus pausados movimientos, señal de que aún no quería empezar con la parte de los disparos. Lo que no se esperaba fue el primer comentario de su enemigo.

–Te agradezco lo que hiciste en la corbeta. Es evidente que no lo hiciste por mi, ni por las personas que viven aquí, pero aún así lo celebro.

–Cuentas pendientes que saldar –contestó escatimando las palabras.

–Es absurdo que sigamos con esto, Raven. Ya no tienes un cliente que pague por tus servicios. Garek está muerto, y su

cadáver quedó sepultado en el amasijo de acero del acantilado.

–Darlah me pagará por el tuyo, por haber matado a su padre.

–Yo no he matado a… Yo no he matado a Garek.

Kilian interrumpió la frase a la mitad, como quien eludiera confesar haber cometido un crimen. Esto lo desconcertó. Sabía que Garek no sobreviviría porque la herida que le había infringido era mortal. Algo debió de pasar después.

–Darlah creerá más a los supervivientes –continuó Kilian.

–¿Qué supervivientes? –le cuestionó.

Era una pregunta retórica. Aquellos que hubieran sobrevivido a la destrucción de la corbeta tenían un largo camino hasta el espaciopuerto, sin recursos y fácilmente identificables. Acabaría con ellos antes de que pudieran llegar a Loormist, y aunque alguno consiguiera eludirlo llegaría antes a Corellia con la Perra que cualquiera de ellos usando rutas comerciales. Aún podía ganar más dinero con el asunto.

–En este lugar me han enseñado lecciones sobre la naturaleza del universo, de los seres que viven en él, que no tendrías interés en comprender.

El tono de la voz de Kilian cambió, como el de quien aceptaba su destino. Por un segundo creyó que era la inflexión típica de la presa rendida, la que se entregaba sin resistencia. No parecía que fuera el caso. Estaba relajado y no atemorizado. Se le veía sereno y no con la temeridad del arrogante que se cree más inteligente que él. Era el tono del que cumplía con su deber. Pelearía hasta el final, daría lo mejor de sí, y la derrota no parecía importarle. Esa certeza en sí mismo sólo se la había encontrado un par de veces, y en ambas ocasiones fueron

contrincantes difíciles de capturar. Y peligrosos. Muy peligrosos.

–Si acaso pudieras pararte un momento para observar la belleza a tu alrededor –continuó Kilian–, te darías cuenta de la inutilidad de todo esto. Ni el reconocimiento ni las riquezas te acompañarán en la muerte. Esas cosas se quedan aquí.

No veía el sentido del discurso. Si pretendía ganar tiempo poca ventaja iba a conseguir. Quizás lo único que quería era que sus amigos pudieran evacuar a los heridos, que se alejaran lo suficiente.

–A mi ya me viene bien –contestó–. Cuando esté muerto no me preocuparé por nada.

–Te equivocas, hay más –le replicó muy seriamente–. Está la Fuerza. Si pudieras percibir tan sólo una gota de su presencia, cambiarías de idea, y acabarías por dejar tu orgullo a un lado.

– Tú tienes tu Fuerza –dijo despacio, sin apresurarse–. Yo sólo tengo mi código.

Seguir hablando no serviría de mucho. Sabía que Kilian no pretendía convencerlo de nada. Pero le debía algo: el lujo de atender a lo que tenía que decirle; se había ganado su respeto.

–Aquí he aprendido demasiado como para permitir que impidas que otros se beneficien de ello. Tu insistencia me obliga a detenerte.

Escuchar la frase tensó sus músculos. Levantó el rifle, apuntando a la cabeza de Kilian, quien le correspondió alzando el extremo de la carabina. Un triángulo naranja intermitente apareció en el visor. Sin embargo, le disparó primero, tan sólo por unos milisegundos. Para su sorpresa, no lo alcanzó entre ceja

y ceja, como se esperaba, sino que fue interrumpido por el rayo láser de la carabina. Increíblemente, Kilian había apuntado en la misma trayectoria pero en sentido contrario. Ambos rayos impactaron a medio camino provocando una pequeña explosión resplandeciente que no lo deslumbró del todo porque el visor reguló la exposición de luz. Aunque no lo suficientemente rápido como para permitirle ver su siguiente acción. De repente se encontró con Kilian justo delante. Había salvado la distancia que los separaba en apenas unos segundos, quizás con un portentoso salto. Y en lugar de la carabina, que de alguna manera se había desecho de ella, llevaba una electrovara. Tuvo que usar su propio rifle para parar los golpes que le venían encima. En un abrir y cerrar de ojos se encontraba luchando cuerpo a cuerpo, perdiendo terreno. Kilian lo hacía retroceder paso a paso hacia el río. Bien usada, y estaba claro que su contrincante sabía cómo hacerlo, la electrovara entorpecía sus movimientos, con pequeños golpes en brazos y piernas. De ser alcanzado, los extremos energetizados podrían dañar la armadura. Lo obligaba a mantenerse a la defensiva, no consiguiendo devolver el ataque. El combate no podía continuar así. No era su estilo de lucha. Debía cambiar de juego. Y rápido.

Desde la parte superior de la Perra Callejera tenía una buena panorámica de la situación. El imbécil de Raven, como a veces ocurría, se empeñaba en hacer las cosas a su manera, lo que, por otra parte, aumentaba la diversión. Era comprensible que

quisiera disfrutar con el retoño de los Hightowers, pero después de lo ocurrido en Coruscant hubiera preferido encargarse de Kilian él mismo. Malditos jedis. Tenía bien localizada a la mujer que se escondía dentro de la casa. En cuanto disparara contra el droide, el blanco más expuesto y atractivo para la francotiradora, tendría un buen tiro. Personalmente hubiera atacado de frente. Simple, eficaz y sin estrategia. Como no, Raven quería ser precavido, guardarse una carta oculta –él–, y usar de cebo a IJ-23. Era cuestión de hacerlos salir de la mansión. Podían, claro está, haber lanzado unos cuantos torpedos de protones contra los edificios y matarlos a todos, pero eso no aseguraba la muerte de Kilian. Un refugio subterráneo o un pasadizo por el que huir y el plan se hubiera ido al garete. Era mejor atraerlos fuera y que cayeran en una emboscada.

Con el rabillo del ojo vio cómo Raven y Kilian levantaron sus armas y ahí les perdió la pista. Un rayo azul salió del edificio en dirección a IJ-23, recibiendo un impacto que ocasionó un superficial orificio negro en su metálico pecho. El droide respondió con una sostenida ráfaga de disparos con ambos brazos, lo que obligó a esconderse a la francotiradora. Fue su instintiva esquiva la que evitó ser asesinada por Broggo, acabando su disparo absorbido por la protección blindada tras la que se guarecía. IJ-23 avanzaba paso a paso, aproximándose a la mujer y forzándola a no asomarse. Aprovechó que el droide asesino tenía la situación controlada para abandonar el rifle y su posición. Descendió por la parte trasera de la Perra Callejera y, ocultándose tras los árboles, avanzó hasta el lateral norte de la casa principal. Nadie había visto su rodeo. Podía entrar dentro de la casa y buscar una entrada a la habitación donde se

encontraba la francotiradora. IJ-23 ya estaba cerca de la pared, donde los desaparecidos ventanales. Bastaría un salto para entrar en la habitación. El maldito droide iba a quitarle el placer de emboscar a la mujer. Sin embargo, cuando parecía que iba a saltar, los dos brazos del droide fueron arrancados de cuajo, separados de su cuerpo, cada uno en una dirección. Tampoco le sorprendió sabiendo que atacaban la guarida de unos jedis y que el droide era una simple distracción. Si quería matar a la francotiradora, debía acercarse furtivamente y sorprenderla por detrás, antes de que pudiera usar de nuevo sus poderes. Ahora estaría extasiada tras derrotar al droide, quien giraba torpemente su cabeza sin saber cómo operar. Bien, aún podía serle útil para ganar tiempo. Corrió hacia la puerta lateral del norte, internándose en un pasillo donde había varios cuerpos inertes, al parecer todos muertos: soldados de la corbeta, una criatura pequeña y Darren, el líder de los hermanos caídos. Luego, al ver en un pasillo lateral a un gamorreano tumbado, probablemente muerto, comprendió quien había acabado con todos estos inútiles. No había tiempo para comprobar quien podía seguir vivo ni le importaba. Sacó un control de mando a distancia de su bolsillo y apretó a la vez dos botones rojos, enviando al droide la señal de autodestrucción. Oyó la explosión de fuera. Quizás algún resto habría herido a la mujer, pero sin duda estaría aturdida por la sorpresa. Avanzó en línea recta hacia el sur. Estaba de suerte: el pasillo del norte cruzaba toda la mansión hasta el final, donde giraba a la izquierda en dirección a la sala donde se escondía la mujer. Desenvainó el vibrofilo de su cinto. Su trabajo más exquisito, silencioso e íntimo. En medio del pasillo estaba la puerta principal de la casa, abierta de par en par, por donde había salido Kilian. Corrió para exponerse lo mínimo,

por si la francotiradora estuviera pendiente del acceso. No debía de descubrir que estaba dentro de la casa. Estaba dispuesto a dar un salto al acercarse a la puerta cuando una delgada figura, proveniente del exterior, entró por la puerta y se interpuso en medio. Sintió un agudo dolor en las tripas, que le paralizó en el sitio. Una mujer de piel rosada le había emboscado a él. Un fino rayo energético le atravesó, entrando por el vientre y saliendo por la zona lumbar. Un maldito sable de luz. La cara de la mujer se enfrentó a la suya: una cereana de cráneo alargado. Le clavó el vibrofilo en el costado, por debajo de las costillas. La mujer emitió un gemido sordo, ahogado, pero mantuvo la consciencia. Cara a cara, ambos conteniendo el dolor, se enfrentaban a la muerte. Ella alzó la espada de luz. El rayo le diseccionó los órganos internos y perdió la vida antes de que pudiera retorcer el vibrofilo en las entrañas de la cereana.

Golpeó en el casco de Raven con tal contundencia que le ocasionó una fina fisura cerca del visor. Luego le introdujo el extremo contrario de la electrovara entre el rifle y su brazo izquierdo, tirando hacia sí con tal fuerza que le obligó a soltarlo de una mano, incapacitándolo como bastón. El caza-recompensas reaccionó rápido y lo dio por perdido, soltándolo. Le lanzó un puñetazo con la diestra, de cuyo brazal surgió una cuchilla oculta. La esquivó por poco, recibiendo un corte superficial en la mejilla. Para evitar desequilibrarse, giró sobre su pierna dando una vuelta hacia atrás, quedando lateralmente al caza-recompensas, y cruzó la electrovara entre las piernas de

Raven, por detrás de él, para hacerle tropezar y caer al suelo. Una maniobra instintiva, enseñada por Bronx. Pero el mercenario no tenía un jet-pack y el caza-recompensas sí. Raven alzó el vuelo. Consciente de su error, le lanzó la electrovara, dirigida a incrustarse en el motor del jet-pack. Raven giró sobre si mismo, pasando el arma arrojadiza a escasos centímetros de su cara, al tiempo que desenfundó su bláster y comenzó con los disparos, aprovechando la ventaja que le otorgaba la altura. Kilian esquivó los rayos arrojándose a la orilla del río, por debajo del puente que daba acceso al recinto de los establos. Pero ahí estaba atrapado. Desenfundó su propio bláster pesado. Tenía que salir al descubierto. Al igual que él, Raven contaría con granadas o detonadores, que podía lanzar a los lados o incluso por encima del puente para derrumbarlo sobre su cabeza. Entonces oyó una explosión a media distancia y decidió exponerse, intuyendo que, fuera lo que fuera, distraería un segundo al caza-recompensas. Así fue. Pudo disparar, alcanzándolo en pleno vuelo. Raven maniobró en el aire, procurando quitarse la placa pectoral de la armadura. Le había salvado la vida, pero debía de dolerle. Aprovechó para observar el resto del combate. El droide había explotado y varias piezas estaban diseminadas. Alzó la mano y los restos del torso del droide volaron hacia el jet-pack, chocando, esta vez sí, con el motor, el cual propulsó al caza-recompensas en dirección al bosque. Lo perdió al verlo descender tras las copas de unos árboles, pero conocía ese terreno mejor que él. Recogió la electrovara con la otra mano y se adentró en la espesura.

Se deshizo de lo que quedaba del jet-pack y la placa del torso, que no acababa de ajustarse bien y entorpecía sus movimientos. Se encontraba en la confluencia de un afluente con el riachuelo que atravesaba la hacienda, en medio del bosque, volviendo por el mismo recorrido que había hecho al revés, por la zona del acantilado. Ya podía darse prisa en montar una trampa antes de que llegara Kilian. Su manera de combatir confirmaba la pericia de sus maestros. Había sido bien entrenado, tanto en las artes de la lucha –juraría que en técnicas echani– como en tácticas e improvisación. El combate estaba siendo corto y veloz, sin tregua. Parecía que Kilian le conocía mejor que él a Kilian.

–Broggo –abrió el canal de comunicación del casco–. Kilian me está persiguiendo. Pilota la nave y cárgate el edificio principal. Y todo lo que te plazca.

No hubo respuesta, y eso era un mal presagio.

–¡Broggo! –intentó de nuevo, sin éxito.

Asumió que estaba combatiendo… o muerto.

–Dos Uno-bé –cambió de interlocutor–. Informe de situación.

–IJ-23 inoperativo. Sin señales de Broggo. Una cereana y lo que aventuraría que es una mujer autóctona del planeta, dada su complexión física, están observando el carguero desde la puerta principal. Diría que están valorando si inspeccionar o no la nave. Mi recomendación es abandonar este peligroso escenario de guerra antes de que hayan más bajas ya que, dado que sólo parece quedar usted, no querría perder a mi único paciente.

–Broggo, última oportunidad –advirtió, sin respuesta alguna. –Bien, Dos Uno-bé, sella la Perra. FA-4, ejecuta el plan de

escape.

–¡Oh! ¡Gracias por seguir mi diagnóstico por una vez! –oyó decir antes de cerrar el comunicador.

En realidad, no lo daba todo por perdido. No sabía cuantos aliados de Kilian restaban en condiciones de luchar. De su lado no quedaba nadie, pero en el bosque estaban solos. Por fortuna, no había enemigos en el aire. En caso de combate aéreo, el droide piloto no se las arreglaría muy bien. Pero con el cielo libre no necesitaba mucho de él. Quedaba un último intento. Extrajo del cinturón un hilo de detonación y fue uniendo con él árbol con árbol, a una altura de unos diez centímetros del suelo. En cada árbol fijaba una sola granada o un detonador térmico, ocultándola entre la vegetación. Trazó un improvisado perímetro zigzagueante alrededor de los restos de su armadura y se alejó doce metros, ocultándose en la espesura. Acalló sus pensamientos. Los sensores auditivos del casco amplificaron una débil conversación lejana. Su presa se acercaba.

Avanzó sigilosamente, paso a paso, despacio, observando con los cinco sentidos, camuflándose en el bosque. Cualquier señal de un pájaro o el ruido de un asustado roedor podían indicarle por donde se encontraba Raven. Era un caza-recompensas, y su oficio les obligaba a prepararse en cualquier terreno. ¿Cómo trataría de emboscarlo esta vez? Entonces pensó en sus amigos. Cogió el comunicador del cinto y lo sintonizó en el canal 68A, 4 Delta. Habló susurrando.

–¿Me recibe alguien?

–¡Kilian! Gritó Ki-Dacmu.

–Silencio –rogó–. ¿Cómo estáis?

–No parece haber más peligro, excepto quizás dentro de la nave del enemigo. No… no siento vida dentro, pero podrían haber otro tipo de defensas. Dona está apuntando con el rifle a la trampilla de entrada por donde bajó el droide.

–Vigilad al rodiano, es demasiado peligroso.

–No te tienes que preocupar por él –anunció tajante, lo que tranquilizó a Kilian.

–No arriesguéis más, entrad en la casa y fortaleceros.

–¿Tú que vas a hacer?

–Mientras Raven siga merodeando es un peligro. No puedo dejarlo suelto. Me quiere a mi, quiere terminar el contrato, aunque el maldito negocio expiró hace tiempo. Si viene a por mí, no irá a por los demás.

–Ten cuidado –solicitó la cereana.

–Pensé que me ibas a desear un tipo de suerte más acorde –sonrió para sí.

–Si, bueno, *lo de siempre*. Tú ten cuidado.

Cortó la comunicación y apagó el dispositivo. No quería arriesgarse a que lo llamaran más tarde, descubriendo su posición en un inoportuno momento. Ahora que sabía que tenían la situación controlada, podía centrarse en lo suyo. Entonces oyó a su espalda el ruido de encendido de los motores sublumínicos de lo que no podía ser otra cosa más que el carguero de Raven. Era imposible que lo estuviera pilotando él, así que tenía que ser

una maniobra de distracción. Al poco la reconocible nave con forma de luna surcó el cielo por encima de los árboles, lentamente suspendida. El ruido de los motores dificultaban sus sentidos, pero también haría lo propio con los de su adversario. ¿Qué pretendía con ese juego? Intentó captarlo buscando pensamientos superficiales, algún indicio de actividad mental o de vida inteligente. Nada. Aquello parecía solitario. Y sin embargo, intuía que estaba allí, en la espesura. Se aproximó al siguiente árbol. Cada paso que daba le acrecentaba la sensación de peligro inminente. Se paró detrás de otro más, oteando entre el follaje del bosque, buscando donde se escondía Raven. Al fin, a unos diez metros, vislumbró un destello metálico, algo apoyado contra otro árbol, pequeño. Parecía el caza-recompensas, acechando, habiendo dejado mínimamente al descubierto una parte de la armadura. Ahí estaba la trampa. ¿Pero en qué consistía? Obviamente no se acercaría, pero tampoco daría un rodeo. El carguero sobrevoló por encima de la zona, alejándose hacia el sur. ¿Acaso pretendía alcanzar la nave y huir? ¿Tan pronto abandonaba? Buscó entre las ramas superiores. Quizás tan sólo había dejado parte de su equipo atrás para escalar el árbol más alto y saltar a su nave. Bien, había una manera de saber si estaba ahí o no. Alzó lentamente el brazo, encarando la palma de la mano hacia lo que había oculto o quien estaba escondido, y lo empujó telequinéticamente con ímpetu. Lo que quedaba del jet-pack y parte de la armadura del caza-recompensas salieron a la luz hasta rozar con algo que había cerca del suelo…

Varias explosiones sacudieron el bosque, provenientes de distintos lados, algunas a unos ocho metros, otras a varios más.

Rompieron ramas, cayeron árboles y volaron astillas en todas las direcciones. Kilian se parapetó a tiempo detrás del tronco en el que estaba, arrodillado, refugiándose de la onda expansiva. El impactante sonido lo aturdió, llevándose las manos a las orejas. Podía haber muerto de haber avanzado tan sólo unos metros. Cuando se asomó para vigilar la zona abrasada por la explosión, un rayo rojo le impactó en el hombro. Volvió a protegerse tras la parte intacta del árbol, maldiciendo su estupidez. Llevó una mano al hombro izquierdo, mitigando el dolor. Necesitaba el brazo para luchar, pero dudaba de que le fuera a servir. Calculó a ojo desde donde fue efectuado el disparo y lanzó la electrovara hacia el árbol de la izquierda. Otro disparo se dirigió hacia el espacio donde la tiró. Se movió a la derecha y disparó varias veces sobre la posición de su francotirador. Sostuvo el fuego. El otro tuvo que guarecerse de sus furiosos disparos. Corrió muy deprisa por la zona de la explosión, hizo un primer salto encima de un tronco que se encontraba caído sobre otro y se impulsó usándolo de trampolín. Acabó entre las gruesas ramas del árbol más cercano a la posición de su francotirador. «Ahora me toca a mi hacerte salir», pensó. Enfundó el arma, sacó una granada y la lanzó al otro lado del escondite de Raven. Inmediatamente, el caza-recompensas rodeó el árbol, salvando lo peor de la explosión. Aprovechó para saltar, cayendo sobre él. Ambos rodaron por el suelo, llevándose Raven la peor parte del impacto. El casco, ya dañado por anteriores impactos, acabó resquebrajándose por la base, desprendiéndose de la cabeza. Kilian vio una cara desconocida para él, sin poder detenerse mucho pues Raven pretendía disparar a quemarropa. Bloqueó su arma con el brazo herido, dejando caer parte de su propio peso. Raven le propinó un cabezazo, y luego sintió una

quemadura en el costado derecho, fruto del cortador de fusión acoplado a su muñeca. Gracias a sus reflejos retrocedió antes de que el láser penetrará en su cuerpo, lo que permitió a Raven apoyarse con la espalda en el suelo y patearlo en el pecho con ambas piernas. Cayó en el suelo, de espaldas. Rápidamente se alzó de pie, lo justo para que Raven lo encañonara con el bláster. No había protección. Era un tiro claro, a quemarropa, así que alzó la mano izquierda, dispuesto a disipar la energía del rayo, la última enseñanza de Yemlin antes de que partiera de Loome. El rayo láser contorneó la mano de Kilian, como si estuviera protegido por una esfera de energía, perdiendo la fuerza del disparo. Sentía el calor en la mano, sin llegar a chamuscarse. El dolor era intenso, pero controlable. Alzó la mano derecha en sentido contrario y a ella llegó volando la electrovara. Raven, incrédulo ante lo que estaba viendo, repitió el disparo, disipado de nuevo por Kilian. Un tercer disparo y el suplicio del esfuerzo rompería su concentración, no habiendo más posibilidades. Activó los extremos de energía de la electrovara y cayó sobre su rival, golpeándolo en el pecho. La descarga eléctrica hizo gritar de dolor a Earl Ravenous quien, a pesar del sufrimiento que le hizo soltar el bláster, consiguió apartar la electrovara agarrándola con su mano izquierda. Ambos sujetaban el arma. Raven zancadilleó a Kilian, haciéndole caer al suelo. Entonces el caza-recompensas propinó una patada en la cara, tirándolo hacia atrás y permitiendo que se quedara con la electrovara. Pudo levantarse, activó de nuevo el vibrofilo del brazal e intentó un último tajo, medio errático por el dolor del pecho. Ambos estaban aturdidos y agotados. Y, de pronto, quizás porque no veía la posibilidad de vencerlo en este combate, herido, sin sus armas y sin toda la tecnología de la que se solía proveer, corrió

alejándose. En cuanto recuperó el resuello, Kilian lo persiguió a la velocidad que pudo. Había ganado unos cuantos metros de ventaja, más iba en la dirección incorrecta, hacia los acantilados. Idea que descartó al instante, precisamente huía hacia la mejor ruta de escape. Redobló su interés por capturarlo, ansioso por terminar aquella lucha de una vez por todas. El bosque se abrió, el acantilado apareció y Raven saltó al vacío con todas las fuerzas que pudo reunir, sin jet-pack. Cayó encima de la Perra Callejera, suspendida en el aire. Kilian se detuvo al borde del acantilado, frustrado por haberlo dejado escapar, mientras la nave se alejaba lentamente. Los dos se observaron desde la distancia, reconociéndose. El joven Hightowers de pie, sosteniéndose gracias al apoyo de la electrovara. Raven agarrado al borde de una de las escotillas superiores, medio tumbado sobre el techo, con sus rubios cabellos al viento. De repente le sonrió, como un viejo amigo que se despide. Kilian le correspondió con una mirada respetuosa. Sólo cuando la nave se alejó, y observó como se introducía dentro de ella, sonrió sin que nadie lo viera. Había luchado contra Raven y había vencido. Pero no dejó que durará mucho el gozo de la victoria. Consideró más prudente volver al bosque, no fuera que quisiera usar los cañones láser de la nave.

Earl Ravenous se deslizó como pudo dentro de la nave, bajando con cuidado las escalas del compartimento cilíndrico. No coordinaba bien los movimientos. La descarga eléctrica de la electrovara le había afectado a su sistema nervioso. Esperaba

que fuera algo temporal. El droide Dos Uno-bé le esperaba en uno de los pasillos de mantenimiento. Se dejó llevar hasta el pequeño centro médico, donde se tumbó en la camilla.

–Debo asumir que Broggo está muerto –preguntó el caza-recompensas.

–Diría que su ciega ira por los jedi le hizo cometer alguna imprudencia –dedujo el droide médico, mientras aplicaba un medpac en el torso descubierto del humano–. Una fea herida, señor. Deberá pasar unas horas en el tanque bacta para restablecer su coordinación motora. Espero que no deba atender más asuntos por hoy.

Raven pensó en los supervivientes de la Torre I, incluido el quarren. No estaba en condiciones de perseguirlos, por lo que presumía que informarían a Darlah Hightowers de todo lo acontecido. Bien, no siempre se consigue todo lo que se quiere. Había culminado su venganza y ganado dinero con ello. Quizás la heredera continuaría la labor del padre, buscando su propia venganza. Por otra parte, su hazaña sería conocida por todo el universo de los bajos fondos, disparando sus ofertas y ganándose una reputación de que no es un hombre a quien se le deba traicionar. Algunos de los hermanos caídos habían salido con vida, pero con quien mejor podría seguir haciendo negocios sería con Liul-Shi.

–Que se enteren –dijo en voz alta –. Que sepan que ningún magnate está a salvo por mucho dinero que disponga.

–¿Perdón? –preguntó el droide.

–Dile al droide que nos saque de este planeta. Del sistema. De todo el maldito sector.

El concilio de Loome

Una de las pilotos de la *Libertad* entró por la esclusa del compartimento estanco del Augurio. Cerró tras de sí y esperó a que el aire entrara en el compartimento, sin éxito.

–Los niveles de radiación son bajos, pero peligrosos sin protección –informó por el comunicador a su hermana, comandante del transporte llantiniano–. Los sistemas de soporte vital están apagados o dañados. No hay gravedad artificial y el compartimento no se ha rellenado de aire respirable.

–A juzgar por los daños externos, no parece que se haya perforado el casco. Debe de ser una avería, pero debería de haber aire dentro, aunque esté contaminado. No te quites el traje.

–Ni loca, hermanita.

La piloto abrió la puerta interna, que se deslizó a ambos lados, introduciéndose los paneles entre las paredes del carguero sorosuub. El aire entró a rellenar el compartimento estanco. Dio lugar a un recibidor de tránsito, con escaleras al piso superior, varias puertas en frente y a la derecha, y un pasillo a su izquierda con varias puertas más, todas ellas cerradas.

–Cada compartimento está sellado –comentó–. Deben de haber activado el cierre de seguridad ante una posible descompresión de la nave, pero hay aire residual, aunque el soporte de vida esté caído. Si no fuera por el traje de vacío estaría helada.

–Ve directo a la cabina.

Avanzó flotando por el pasillo, sin inspeccionar las cinco puertas laterales que aparecían repartidas a ambos lados, impulsándose débilmente con las manos o las piernas, hasta llegar volando a la puerta final, a la que se accedía subiendo tres peldaños. Abrió y entró en una pequeña estancia donde se encontraba el computador principal de la nave. Había otra puerta al fondo a la derecha. Cerró tras de sí la del pasillo, volviendo a asegurar la zona antes de abrir la siguiente, la cual descubrió un espacio de mantenimiento que servía a la vez de compartimento estanco para proteger la cabina. Repitió la operación anterior antes de abrir ya la puerta definitiva de la cabina. Dentro había muchos indicadores de variados colores, la mayor parte rojos y naranjas, sobretodo en los paneles del computador de navegación, y unos pocos verdes y azules en los controles de mando. Habían tres asientos a su izquierda y otros tres a su derecha, en hilera. Los dos últimos correspondían a los de los pilotos, y estaban ocupados por Yoras Deem y Lieslvez, con los brazos caídos a los lados y con la cabeza apoyada en el reposacabezas del asiento. Ambos tenían puesto trajes Alto Cero-G con casco incluído. Afortunadamente les había dado tiempo antes de perder la consciencia. Se acercó a ellos rápidamente, atendiendo primero a la mujer. Para su sorpresa, tenía los ojos entreabiertos, aunque mostraba claros signos de desorientación y aturdimiento. Lieslvez se percató de que alguien estaba frente a ella, pero no reconocía quien. Intentaba futilmente pronunciar algunas palabras.

–No digas nada –la aconsejó–. Enseguida os sacaremos de aquí.

Comprobó entonces el estado de salud del gran. Él no estaba consciente, pero sí vivo, aunque tampoco tenía buen aspecto. Le llamó la atención el casco adaptado a su fisonomía, con la visera más amplia de lo habitual para que cogieran los tres ojos sobresalientes de la faz, así como las orejas y antenas de la parte superior.

–¿Constantes vitales? –oyó a Válar por el comunicador.

–Están los dos vivos, malheridos pero vivos –notificó–. Lo de las constantes ya lo miras tú en cuanto te los lleve.

–¿Puedes hacerte cargo de la nave? –preguntó su hermana.

–Espera un momento.

Inspeccionó todos los indicadores del panel, analizando los monitores y las lecturas del computador principal. Intentó hacerse una idea del estado general del augurio.

–Los motores del hiperimpulsor están dañados y son la causa de la radiación de la nave, como era de esperar. Necesitaríamos descontaminar todo el carguero, de arriba a abajo. No me fiaría de ninguno de los tanques de oxígeno, ni siquiera de los de emergencia. Los motores sublumínicos parecen estar operativos, pero no me arriesgaría a descender al planeta sin haber hecho algunas comprobaciones más serias. Estoy segura de que necesitará algunas reparaciones mínimas. El sistema de soporte de vida está claramente dañado. Si siguen vivos es gracias a los trajes, pero no les queda mucho oxígeno. Creo que es mejor que los traslade cuanto antes a la Libertad, y primero al gran.

–De acuerdo, traémelos en dos viajes. Luego vuelve a la nave para situarla en la órbita de Loome, mientras Válar aplica las primeras atenciones médicas. Así no la perderemos, que bastante

nos ha costado localizarla. Notificaré a las autoridades del espaciopuerto que la dejaremos ahí hasta recuperarla. Con el escaso tráfico espacial de Loome no creo que nos pongan reparos. ¿Entendido, piloto?

–Entendido, comandante –replicó, para dirigirse a continuación a Lieslvez–. Tranquila, amiga, volveré a por ti en breve.

La chica asintió parpadeando, aceptando la situación.

Lieslvez recuperó la consciencia dentro de un tanque bacta, después de haberla perdido en algún momento del traslado a la nave del senador Forte. Se encontraba en el centro médico de la Granja, o eso suponía. Llevaba puesto un fino bañador blanco y flotaba sumergida en el curativo líquido, con un respirador acoplado a su rostro. Unos arneses la sujetaban dentro del tanque cilíndrico, impidiendo que cayera al fondo. Observó la habitación. En otro tanque homólogo próximo se encontraba Yoras Deem, en ropa interior pues no debían de tener un bañador apropiado para su fisionomía. Al otro lado habían varias camas con pacientes en ellas. En una de ellas había un hombre de ancho pecho dormido con varios vendajes en distintas partes del cuerpo. Sentada a su lado velaba una loomest con un brazo en cabestrillo, aunque por la posición de su cabeza también parecía estar medio dormida. En otra cama dormía una cereana con una herida en el costado. Cerca de ella había dos hombres

más en cama que juraría que eran de los que habían venido con la corbeta corelliana, ambos con una mirada de extrañeza y miedo, y vigilados de cerca por un twi'lek. Finalmente, en una cama separada de las demás por unas cortinas laterales, atisbó a ver a un inconsciente gamorreano atendido con cara de preocupación por un médico en silla propulsora a quien reconoció como Válar, el amigo de Kilian que había llegado a Loome con el senador Forte. Otro individuo de la misma raza de Yoras Deem, un gran que había en la Granja, se percató de su despertar, indicándolo al médico. Válar se acercó para comprobarlo. Debió de parecerle que estaba bien porque operó los mandos del tanque para hacerla subir con ayuda del arnés. La verdad es que no le gustaba nada la idea de permanecer sumergida allí. Con ayuda de Válar, del twi'lek y del gran pudo salir finalmente. Una atractiva joven loomest la ayudó a secarse en un reservado y cambiar el bañador por una bata blanca. La cabeza se le despejó en cuanto se sentó en una silla normal, recuperando el equilibrio de su cuerpo.

–Todo parece indicar que ya se ha recuperado, pero tómeselo con calma –comentó el sanador.

–¿Estamos en La Granja, no?

–Efectivamente, señorita Lieslvez –contestó el gran–. Ha sido una suerte que…

–¿Y Yoras Deem?

–Se recuperará –respondió Válar–. El bacta sana con rapidez las fluctuaciones de radiación, y parece que no habéis estado muy expuestos al poneros los trajes de piloto y encerraros en la cabina.

–Ya llevábamos los trajes. Yoras pudo activar el sello de todas las puertas, especialmente las que dan al cuarto de los motores de hiperimpulsor. La sacudida hiperespacial casi nos deja noqueados, pero aguantamos. ¿Donde aparecimos?

–Le agradezco mucho que salvara a Yoras, ¿sabe? –interrumpió Glisma–. Hacía tiempo que no veía a alguien de mi especie y…

–Mira, oye, no quiero parecer maleducada, pero es que los gran sois muy pesados –lo interrumpió la nebulona–, y ya tuve bastante con aguantar a Yoras como tener a otro.

–¡Oh! ¡Vale! Lo siento, no quería molestar –respondió resignado, volviendo a sentarse cerca de Yoras Deem.

No estaba de humor para aguantar la verborrea propia de su especie, y sabía que lo mejor era cortarlos de inmediato, para que no cogieran carrerilla y luego fuera incapaz de hacerlos callar.

–Os encontraron cerca de los límites de la nebulosa que oculta a Loome –continuó Válar, mirando de reojo a Glisma–. La tripulación de la nave llantiniana parece bastante competente, pues dedujeron que el salto al hiperespacio había salido mal. La verdad es que todos pensamos que habíais escapado con éxito, pero insistieron en hacer un rastreo del sistema a fondo. Dijeron que fue un micro-salto, que se activó el corte del hiperimpulsor nada más entrar y eso os salvó.

–Entonces podríamos habernos volatilizado al atravesar la nebulosa. Hubiera sido una muerte adecuada para mí. Soy una nebulona, al igual que Kilian –matizó al ver que Válar no entendía el comentario–. ¡Bah!, déjalo. La próxima vez me

aseguraré de estar completamente fuera de la atmósfera.

–Fuisteis muy valientes al intentarlo –observó Válar.

–Una no es valiente cuando intenta evitar que la frían a rayos. Haces lo único que puedes hacer. A todo esto, ¿ganamos?

–Ganamos. Toda una batalla. Pero será mejor que descanse. Dona –señaló a la mujer loomest que estaba cabeceando al lado de uno de los heridos– le podrá explicar los detalles más adelante. Estuvo en medio de todo el jaleo. Tenemos una cama preparada para que pueda dormir un rato.

–Me alegra verte con vida –oyó una voz familiar.

–¡Kilian! –se alegró al verlo entrar por una de las puertas.

–Por favor, recuéstate –le rogó su amigo, ayudándola a ir hasta la cama que Válar indicaba–. Tendremos tiempo de contarte lo sucedido, pero antes has recuperarte del todo.

–Ya habrá tiempo para dormir –dijo a pesar de tumbarse en la cama–, ¿has visto a tu madre?

–Sí, hemos estado hablando mucho tiempo, poniéndonos al día de muchas cosas. Gracias por traerla.

–Era el plan si no salías de Torre Augusta, ¿a donde te llevaron? ¿Viniste en la corbeta? –estaba ansiosa por conocer lo ocurrido.

–Calma, calma, como te dije, ya te contaré toda la historia. Tenemos tiempo. Ahora duerme.

–No quiero dormir –protestó, pero le estaba entrando sueño.

Kilian posó familiarmente su mano izquierda sobre su hombro, y le cogió suavemente la mano con la otra. El cuerpo seguía un poco dolorido, pero el contacto de su amigo la alivió del

malestar.

–Ya dormiré más tarde –dijo con voz cansada antes de caer rendida.

–Eso es nuevo –susurró Válar, para no despertar a la recién dormida.

–Era lo que su cuerpo pedía –contestó Kilian.

Había abandonado los trabajos exteriores para tomarse un descanso y aprovechar para ver a los heridos. Estaba preocupado por ellos. Eran heridas feas, aunque tanto Válar como Vandia aseguraban que todos se pondrían bien.

–¿Cómo están los demás?

–Bien, me preocupa Gorka. Sus heridas internas son serias. Las de los blásters están fuera de peligro, pero la del costado es la que peor ha resultado. ¿Podrías venir luego a ayudarle en la recuperación?

–Por supuesto, pero mejor llamaré a Vandia. Es más experta en esto. ¿Y Ki-Dacmu? Tenía entendido que el vibrofilo del rodiano penetró con mayor profundidad que el tajo a Gorka.

–Sí, pero está sanando rápido. Y es una buena paciente.

–La Fuerza es intensa en ella –añadió Kilian.

Dona se levantó de la silla, espabilándose de su pequeña siesta. Comprobó que Bronx seguía dormido y se acercó a Kilian sin apenas hacer ruido, abrazándose los dos.

–Ya está mejor –anunció la mujer en voz baja–. Hubo momentos en que pensé que lo perdería, pero ya han pasado.

–Bronx ha sobrevivido a peores heridas. Es duro como un flabento. Si hubiera llegado un poco antes podríamos haber

luchado juntos.

–Lo importante es que llegaste. Bronx está orgulloso de ti. Le he ido contando lo sucedido en los breves momentos que permanece despierto. Nos tienes que contar todo lo demás. Te fuiste de La Granja para aventurarte por Loome, y al final recorriste la galaxia entera, por lo que poco que sabemos.

–Lo haré.

Apareció Magda, su madre, por la misma puerta por la que había entrado, acompañada de su tía Rosem, quien traía del brazo al propio senador Jano Forte.

–¡Oh! Hijo, veo que Lieslvez ya está en cama, me alegro mucho. ¿Cómo está Yoras Deem?

–Bien, madre, pero quizás será mejor que nos marchemos algunos o Válar se enfadará por el número de visitas.

–En realidad venimos a revelarlos –anunció el senador–. Nos envía Molow Habhor. Es la hora.

Los presentes se miraron los unos a los otros, directamente a los ojos.

–Está bien –dijo Kilian, tragando saliva.

Miró a los dos supervivientes de la tripulación de la Torre I, que estaban despiertos intentando saber qué ocurría.

–Alguien tendrá que quedarse para vigilar a esos dos.

–Lo haré yo –anunció Jackson, que entró en la enfermería con un bláster en el cinto–. Vosotros ir tranquilos. Nos quedaremos con Válar atendiendo a los heridos.

–Está bien –repitió Kilian.

Miró a los demás residentes, quienes asintieron con la cabeza. Dona se cogió del brazo de Kilian. Glisma y Ank ‘Niwa también se acercaron. Magda acarició afectuosamente la cara de su hijo.

–Ya nos encargamos nosotros. Vosotros id a despedir a vuestro amigo.

Kilian asintió y avanzó con Dona, seguido de cerca por el twi`lek y el gran. El senador, no queriendo molestar, fue a preguntarle algo a Válar, quien seguía con el gamorreano; Rosem se sentó en la silla que había ocupado Glisma, echando un vistazo a los indicadores del tanque bacta; su hermana Magda se quedó de pié cerca de Bronx y de Ki-Dacmu.

–Les sabrá mal no poder acudir al funeral –comentó Dona al oído de Kilian, mirando a los heridos.

–El Maestro prefiere que no se demore más. Estoy seguro de que tiene buenas razones –le contestó, aunque él sentía lo mismo que Dona.

Los cuatro abandonaron la enfermería por la puerta que daba al exterior a través de un pequeño recibidor que hacía a la vez de distribuidor del espacio, con puertas a la sala médica y a un pequeño despacho médico. Fuera refrescaba. Se acercaba la noche y el sol descendía lentamente. Fueron hacia el mirador de madera que estaba situado cerca del barranco, un quiosco desde el que se observaba el valle del oeste, con el río principal descendiendo hacia el sur. Era uno de los lugares preferidos por muchos de los residentes, pero sobretodo para Yemlin. Su menudo cuerpo estaba postrado encima de un altar de madera, debajo del cual habían apilado varios troncos de madera y paja. A ambos lados del quiosco, distanciados a unos cinco metros de

separación, habían dos piras funerarias más, mucho más anchas y sencillas. A la izquierda estaban los cuerpos de la tripulación de la corbeta corelliana –aquellos que se habían podido recuperar–, sobre todo los soldados que habían asaltado la mansión, entre los cuales se hallaba Retard y Broggo. El resto habían huido o perecido en la explosión de la Torre I, incluido su tío Garek, el secretario Perkins y, presumiblemente, el capitán Dexterios, quien posiblemente no había abandonado la nave al encontrarse en el puente de mando organizando la evacuación. En la pira de la derecha se encontraban los cuerpos de los loomest que habían pertenecido a los *hermanos caídos*, entre los que se distinguía el corpulento cuerpo de Darren, su líder, también dispuestos en fila. El Maestro había sugerido que todos los cadáveres recibieran al fuego en una misma ceremonia, pues todos pertenecían ya a la Fuerza, y las enemistades que en vida pudieran haber surgido en la muerte ya no tenían vigencia. Sólo los vivos podían albergar sentimientos encontrados al respecto, algo que cada uno debía observar y sopesar. Nadie manifestó nada en contra, y todo se dispuso tal cual fue propuesto.

A unos metros del quiosco, por el lado este, estaban de pie el resto de los residentes de la Granja. En el centro se situaban el Maestro Dalma, Vandia y Molow Habhor. Luego en una formación en semiluna los demás: los domadores Larmik y Ruufol a la derecha, Tila a la izquierda, junto a los cocineros de Vandia y los campesinos del ithoriano; los ayudantes de Ki-Dacmu, Mirak y Mirleia finalizaban ese extremo. Dona se situó al lado de Ruufol, y Kilian, Glisma y Ank’ Niwa la imitaron, cerrando la semiluna. No se dijeron nada, pues no había nada que decir. Era el momento de sentir y compartir los

sentimientos, de corazón a corazón.

Un tiempo después, Mirleia se adelantó por la izquierda, caminando en silencio hacia la pira de los extranjeros; Ank'Niwa hizo lo propio por la derecha, parando en la pira de los nativos. Tila, la más joven de todos ellos, fue la encargada de iniciar la despedida de quien más tiempo había vivido, pues Yemlin tenía cinco siglos a sus espaldas, aunque se decía que su especie podía vivir varios más. La joven vaciló al llegar a los dos escalones del quiosco, encontrando la serenidad para continuar firme en su tarea. Los tres recogieron cada uno una antorcha preparada para la ocasión y encendieron las respectivas piras. Poco a poco las llamas empezaron a brotar, a crecer, y a alzarse con gloria y júbilo. Y las más altas de todas fueron las del quiosco de Yemlin, iluminando el anochecer mientras el sol desaparecía por el horizonte; un sol rojizo, vivo, que lanzaba sus últimos rayos dando la bienvenida a los que se unían a él.

Aguardaron hasta que sólo quedaron rescoldos. Luego cada uno abandonó el lugar cuando así le pareció bien, siendo los primeros en marcharse el Maestro, Vandia y Molow Habhor, acompañados al poco por Ank'Niwa y Larmik. Los últimos en retirarse fueron Kilian, Tila y Glisma.

El Augurio aterrizó en el camino del norte, alejado de La Granja, seguido de cerca por el transporte de lujo GX1 Libertad. Habían pasado dos días desde el funeral de Yemlin, y en ese tiempo todos los habitantes de La Granja, tanto los residentes

como los visitantes, habían estado trabajando en la medida de sus posibilidades. Kilian guió a un recuperado Yoras Deem, acompañados por el infatigable Glisma, en un corto paseo desde el edificio principal hasta el descampado donde estacionaban los cargueros. Ambos grans habían pasado bastante tiempo juntos, hablando de su planeta natal, sus familias y, como era natural, enseguida se habían hecho amigos. Yoras se puso muy contento al ver que su querido carguero ligero no había sido destruido o dañado hasta tal punto de que fuera irreparable. El elevador de embarque descendió, saliendo al exterior Lieslvez y Ki-Dacmu. Ambas habían sido llevadas hasta el carguero Nella-342 en órbita por las hermanas Bazán. Entre las cuatro habían arreglado mínimamente los motores de hiperimpulsión, restablecido el soporte de vida, descontaminado la nave y restablecido los niveles de oxígeno con aire fresco de las montañas de Loome.

–¡¿Cómo está?! ¡¿Cómo está?! –preguntó un excitado Yoras Deem.

–Bien, tendremos que remplazar los motores de hiperimpulsión –contestó Ki-Dacmu–. Hemos sellado la fuga radioactiva, pero están irrecuperables. Tendremos que ir hasta el espaciopuerto de Loormist para trabajar en unos talleres decentemente equipados. Hemos hecho un pedido en la capital para que nos los traigan desde Trevi.

–Lo hemos encargado a nuestro proveedor –aclaró la comandante Bazán–. El senador Forte tiene buenos suministradores. Nos avisarán en cuanto lleguen.

–Entonces tendremos que quedarnos unos días más –comentó resignado un desilusionado Yoras–. Pensaba que podríamos restablecer nuestros negocios.

–Aprovecha para relajarte –recomendó Lieslvez–. Este lugar es apacible; frío, pero tranquilo.

–¿Los dos tripulantes de la corbeta? –preguntó Kilian.

–No causaron problemas –contestó la comandante Bazán–. Los dejamos en el espaciopuerto de Loormist. Hemos oído hablar que otros extranjeros habían llegado a la capital en esquifes y deslizadores, y que aún faltaban otros que se habían desviado hacia Dag Seher.

–Bien –la respuesta satisfizo a Kilian–. ¿Y de los hermanos caídos?

–Sólo rumores –comentó Ki-Dacmu–. En Loormist se dice que la banda está mermada y dividida, y que las autoridades de Dag Seher han aprovechado la oportunidad para presionarles, llegando a realizar algunas detenciones. Otros dicen que es la policía local la que está tomando el control de la banda. Incluso comentan que una extranjera está involucrada. Sea lo que sea, parece que estarán ocupados durante bastante tiempo.

Kilian se quedó pensativo un momento. Luego reveló sus conclusiones.

–No hemos encontrado a Volka entre los cuerpos. Seguro que intenta afianzarse como líder de lo que queda. La extranjera será Liul-Shi. La conozco de mi último viaje a Dag Seher –Yoras Deem asentía con la cabeza, mostrándose de acuerdo con las deducciones de Kilian–. Por lo que sabemos de las autoridades, las dos versiones pueden ser ciertas al mismo tiempo, pues también tienen distintos intereses; así es la ciudad minera. En cualquier caso, quien se gane el control de la banda puede volver a darnos problemas en el futuro. No creo que Volka se atreva; es

de los que escarmientan. Pero Liul-Shi podría ser un problema más serio. Lo comentaremos ahora en la reunión con el Maestro.

Ank'Niwa llegó con el Trast A-A5 para recogerlos a todos y devolverlos al edificio principal. Sin embargo, Yoras Deem prefirió quedarse en el Augurio y revisar por su cuenta todos los sistemas. Al final se mostró tan tozudo que Lieslvez decidió quedarse para vigilar que no se esforzara demasiado, ayudándolo con la puesta a punto del carguero ligero. Muy lejos, y sin reparar nadie en ello, una moto-jet se acercaba por el camino principal.

En la mansión les esperaban el senador Forte, Magda y Rosem, disfrutando del sol de la mañana, que a aquella hora alumbraba la puerta principal. Al poco rato se les unieron Dona y Ruufol, que venían de atender a los tronadores devueltos a los establos. Kilian les había ayudado en las tareas, como había hecho anteriormente, pero procurando no volver a encariñarse con ninguno de ellos, algo que le costó especialmente con Celeste, que estaba contenta por volver a verle. Todos le recordaban, de una manera u otra, a Bizarro. Finalmente se despidieron hasta la cena. Las hermanas Bazán prefirieron ir a descansar a las habitaciones que les habían asignado en el ala de residentes –apenas había sufrido daños y había habitaciones para todos–, mientras que las otras dos hermanas, Magda y Rosem, se fueron a pasear por los jardines. Kilian preguntó por Jackson, pero no sabían donde se encontraba. El senador Forte sí los acompañó.

Entraron en el aula de enseñanza, una de las salas que no había sufrido daño alguno en la batalla, salvo en la puerta de acceso, ya que se accedía a ella a través del pasillo donde habían estado

luchando Gorka, Ki-Dacmu, Yemlin y el propio Kilian. Dentro se encontraban Molow Habhor y Vandia, hablando entre ellos y un poco apartados de los demás, sus respectivos ayudantes que también hablaban con mayor distensión y Bronx, asistido por Tila y Mirlak. El mercenario iba en la silla propulsora de Válar, que se la había prestado estos días mientras recuperaba el uso de sus piernas, valiéndose el sanador jedi del exoesqueleto con el que estaba practicando. Su amigo, sin embargo, se ofreció voluntario para seguir cuidando de Gorka –aún en la enfermería– mientras se celebraba la reunión. Kilian y Dona se dirigieron hacia donde estaba, agradeciendo a Tila y Mirlak sus atenciones. Los demás buscaron asiento, formando un círculo de sillas como era habitual. Al poco llegaron Mirleia y Larmik, que ocuparon sus puestos y, de manera natural, poco a poco se fueron acallando las conversaciones hasta quedar todos en silencio, aguardando la llegada del Maestro Dalma, quien apareció al poco después. La puerta de la sala se deslizó hacia un lateral, dejando entrever a Al Dalma que acababa de conversar con Jackson, lo que sorprendió a Kilian pues no asimilaba asociar a dos personas tan dispares entre sí. El Maestro le agradeció algo al tahúr y se estrecharon la mano. El tahúr soltó un «¡salud!» a modo de despedida y se marchó por el pasillo. El durosiano se quedó de pie al poco de entrar, cerrándose automáticamente la puerta tras de sí. Contempló a los presentes, con una mirada benévola y llena de cariño.

–Ajá, bien, bien –murmuró, confirmando algo que él sabía.

Caminó hacia el círculo de sillas, siendo observado por gran parte de sus discípulos –otros tenían la mirada perdida en el suelo o los ojos cerrados–, y se sentó en la que quedaba vacía,

entre Molow Habhor y Vandia. Prosiguieron unos minutos más en silencio, sin que nadie dijera nada. Luego habló el Maestro:

–Mis queridos amigos, habéis trabajado muy bien estos días, y estoy contento con los resultados. Os agradezco mucho vuestra disponibilidad y que hayáis atendido mis peticiones. Por favor, transmitirles mi gratitud al resto de amigos que no están presentes en la reunión. Han sido muy amables y generosos.

El senador Forte y Kilian asintieron a la petición.

–He querido reuniros a todos para daros las debidas explicaciones, anunciaros los compromisos a los que hemos llegado algunos de los presentes, y contestar a las preguntas que estáis reservando. Todos seréis libres de tomar el sendero que queráis, y no os pediremos nada. Por favor, no os sintáis obligados a cumplir con ningún compromiso. No debéis nada a nadie, ni os debéis nada a vosotros mismos. Cualquier carga del pasado que podáis sentir tener está largamente satisfecha. Abrimos esta academia hace treinta y seis años con el propósito de aprender de la Fuerza, y no había ningún otro objetivo más. Tan sólo hay una cosa que no puedo garantizaros, pues tiene que ver con mi propio camino, y es la continuidad de la enseñanza en estas instalaciones. La Granja va a cerrarse para siempre.

La sorpresa fue mayúscula para muchos, salvo para el ithoriano y la loomest. Unos pocos tuvieron que reprimirse las ganas de decir algo, esperando que les dieran las prometidas explicaciones.

–Desde muy joven sentí la llamada de la Fuerza –continuó el Maestro–, y percibía que sólo viviendo apartado de todos podría profundizar en ella. El mayor de los descubrimientos, el más

profundo de todos, se hace en la soledad. Requiere tiempo, aislamiento, paciencia, virtudes que se ven continuamente obstaculizadas por el quehacer diario y las múltiples distracciones que nos ofrece una galaxia civilizada o por civilizar. Un estudiante podía avanzar mucho en el Templo Jedi, pero la Orden requería deberes para con la República que nos obligaban a dedicar nuestro tiempo a otros asuntos que se alejaban de lo que debería de ser nuestra principal objeto de estudio.

Era extraño escuchar al Maestro hablar de su propia vida. Su pasado no era un tema al que normalmente él mismo le hiciera mucho caso, y raramente respondía a las preguntas que algunos de los residentes le hacían. Y cuando accedía solía detenerse poco tiempo.

–Por ese motivo –prosiguió el Maestro– tan sólo quise enseñar a un solo padawan. Mi obligación era transmitir lo que había aprendido. Quizás os sorprenda saber lo mucho que me costaba sentir la Fuerza al principio. Algunos de los viejos maestros pensaron que no pasaría las pruebas. Lo que me salvó fue un anhelo irrefrenable de comprender la Fuerza, y fueron las horas de concentración y empeño, a pesar de mi evidente lentitud en el aprendizaje, lo que convenció al Consejo de permitir proseguir con mis estudios, tardara lo que tardara. Por eso me asignaron como padawan de un caballero jedi muy paciente. Finalmente pasé las pruebas, pero no quería aceptar a un alumno de inmediato, sino proseguir con la enseñanza al mismo tiempo que atendía a las tareas que la Orden me asignara. Un año mas tarde me di cuenta que debía devolver lo que había recibido, que la relación maestro discípulo es un lazo de unión, símbolo y reflejo

de la Fuerza, y debía corresponder con la transmisión de la enseñanza. Para mi sorpresa, descubrí que uno profundiza aún más en el conocimiento cuando tiene el deber de enseñar correctamente a su padawan. Pero como dije, se necesita soledad para llegar a ciertos niveles, así que luego de que se convirtiera en caballero, no quise acoger a nadie más. Vosotros nunca habéis sido mis padawans, pues todos hemos procurado comprendernos y establecer un diálogo que nos permitiera hacer nuestros propios descubrimientos.

»El mismo año en el que conocí a Coshar Teelk, que tan sólo era un niño y al que llevé al Templo para que desarrollaran su potencial –el Maestro miró a Kilian rebosando ternura–, visité Loome por primera vez. En una misión diplomática para la República. Quedé maravillado por su belleza y por su misteriosa, sencilla e inocente conexión con la Fuerza, algo que algunos habéis descubierto por vosotros mismos durante vuestra residencia aquí. Tan sutil que apenas era perceptible. Estuve cuatro años de mi vida volviendo al planeta, durante largas estancias, hasta que la Orden me reclamó, recordándome mis compromisos. Así que dediqué un lustro a centrarme en exclusiva a la Orden, atendiendo todos sus asuntos, pero sin olvidarme de Loome. Pasado ese tiempo ya había trabajado mucho para la Orden y tenía más libertad de movimientos, así que volví al planeta y compré el primero de los edificios de la Granja, la pequeña casa donde vivo, cerca del acantilado. Algunos me acompañáis desde ese momento –cogió afectuosamente la mano de Vandia–. De aquella eramos muy pocos. Después de hablar personalmente con algunos miembros del Consejo, solicité un permiso para retirarme, y me

concedieron un periodo de seis años. Así pudimos iniciar el proyecto que tenía en mente. Quise ofrecer este lugar para aquellos que compartieran mi modo de ver la enseñanza. El código de la Orden es estricto, y si bien es útil y necesario para la mayoría, en ocasiones puede entorpecer a aquellas almas que requieren de otros métodos.

»Así que volví al Templo e inicié una serie de diálogos con el fin de conocer si alguien más compartía este punto de vista. Muchos estaban de acuerdo o tenían sus propias opiniones. Recuerdo al sabio y disidente Qui-Gon –se rió con afecto–, a Harm, el maestro de Coshar, y a tantos otros.

–Fue cuando le conocí, Maestro –interrumpió Ki-Dacmu, con lágrimas en las ojos que se deslizaban suavemente por sus mejillas–. Era tan sólo una padawan, como Coshar.

–Me acuerdo del día en que entraste, y que te sentiste molesta por los comentarios de Yemlin –rió de nuevo Al Dalma, a lo que se sumó la cereana.

–Encuentros que no estaban limitados a los miembros de la Orden –añadió Jano Forte–. Aunque fuimos menos de cinco los civiles que obtuvieran permiso para visitar el Templo.

–Fuimos muy afortunados al conocerte –continuó el Maestro–. La Fuerza es para todos, aunque pocos son los interesados en ella. No podíamos rechazar tu interés.

–Aunque careciera de toda sensibilidad –afirmó.

–Gracias a tu preocupación convenciste a científicos, hubo estudios y pruebas. Aunque no durara mucho, y al final el Senado rechazara tu propuesta por considerarla una pérdida de tiempo y de dinero, sirvió para más de lo que te piensas.

Concluida mi etapa en los diálogos, anuncié al consejo mi decisión de abandonar el Templo Jedi, aunque no la Orden, y retirarme a Loome. Tan sólo Yemlin y Ki-Dacmu me acompañaron. Coshar Teelk quiso completar su formación en la Orden hasta convertirse en Caballero.

–Lo cual fue una suerte para mi –sonrió Kilian, quien no había olvidado el anuncio inicial del Maestro, pero que estaba encantando por escuchar una parte de su historia.

–Es una manera de verlo –comentó Al Dalma–. Bien sea desde el principio de su construcción hasta casi el final de su existencia, todos los que aquí estamos, y los que ya nos han abandonado, hemos centrado nuestra vida en conocer la Fuerza. No importa el grado alcanzado, no importa si habéis vivenciado la unión, aunque fuera brevemente, o si habéis aprendido lo básico. Incluso los que están de visita han aprendido algo, aunque sea de manera no consciente. Lo importante son los peldaños que habéis subido. La llama está prendida, la Granja ha cumplido su finalidad. Aunque toméis senderos aparentemente distintos, vuestro anhelo os mantendrá en el mismo camino. Descubriréis por vosotros mismos, y compartiréis cuando sea necesario.

–¿Pero por qué cerrarla? –preguntó Ruufol–. ¿Por qué abandonar todo lo que hemos construido y que tanto esfuerzo nos ha costado?

–¿Por qué no podemos continuar aquí? –Tila lo apoyaba–. No lo entiendo.

–Por el Imperio –contestó el Maestro–. En la República podíamos vivir sin ser perturbados. No será así bajo el Nuevo

Orden.

–El Imperio querrá gobernar en todos los sectores, en todos los sistemas. No habrá planeta que no ambicione dirigir y explotar –aclaró el senador Forte–. Nos dirá lo que debemos pensar, nos impondrá su moral. Con suerte, respetará la forma de vivir de cada cultura. Es imposible que transforme toda la galaxia, pero sí puede arrodillarla. Por eso es vital que empecemos cuanto antes a organizar una resistencia. Necesitaremos forjar alianzas.

–Kilian nos contó que el Templo Jedi fue asaltado –recordó el Maestro–, y que asesinaron a cientos de jedi. La Orden no sobrevivirá al Imperio. Buscarán a todos los jedi, pues son los primeros que se opondrán al emperador. Le pedí a vuestro amigo corelliano –se dirigió a Kilian– que fuera hasta Dag Seher a escuchar las nuevas que pudieran traer los viajeros que trabajan con los que viven allí, y contrastarlo con lo que se dice en Loormist. Los rumores confirman lo que sabemos.

–El discurso del emperador no dejaba lugar a dudas –sentenció Forte.

–Pero aquí estamos lejos del Núcleo, en un planeta de poco interés para el Imperio –replicó Bronx extrañado por la decisión del Maestro–. Loome es pacífico. Pueden explotar la carbonita de sus montañas, pero poco más puede interesarles. ¿Cómo pueden saber que la Granja existe?

–Porque tienen acceso a las computadoras, y el Consejo no admitió mi solicitud para borrar mi paso por la Orden, aunque aún permaneciera en ella. Ahí está mi paradero. Es cierto que sí aplicaron los algoritmos de encriptación más complejos, y que sólo los miembros del Alto Consejo tenían permisos para

consultar los archivos. Pero es cuestión de tiempo que los técnicos desencripten toda la información clasificada. Entonces identificarán a todos los maestros que puedan haber sobrevivido. Enviarán a alguien a comprobar si sigo vivo, y no quiero que os descubran a vosotros. El Imperio no conoce vuestra existencia. El anonimato es vuestra protección. Vamos a engañarlos.

A Kilian no le gustó oír ese «vuestra» mencionado por el Maestro.

–¿A donde iremos? –preguntó Ruufol.

–Eso es decisión vuestra.

–A donde usted vaya, Maestro –afirmó Glisma, secundado por varios más.

–Yo no puedo acompañaros –contestó Al Dalma, acompañando sus palabras con una mirada compasiva–. He de morir aquí.

–¿¡Qué!? –exclamaron varios al unísono.

El silencio que se produjo a continuación habló del pesar que envolvía la sala. El Maestro procuraba apaciguarlos con su propio estado de ánimo, sosegado e indiferente, en paz, permitiendo que las emociones surgieran de manera natural. Los más jóvenes necesitaron más tiempo para asimilar la noticia. Cuando estuvieron de nuevo receptivos, explicó por qué:

–Cuando el Imperio llegue e inspeccione La Granja descubrirá el área residencial y sabrá que aquí hubo un centro con muchos habitantes. Si me voy con vosotros seguirá la búsqueda y no se detendrá hasta alcanzarnos. Si sólo me encuentra a mí, puede creer que soy el único superviviente. Verá las piras funerarias, las señales de lucha, la corbeta destruida. Sabrá que aquí hubo

una batalla y muchos muertos. Nuestros vecinos les harán saber que había una granja de tronadores, y que yo vivía aquí y era respetado, pero no saben nada de lo que hacíamos. Podrán hablarles de los *hermanos caídos*, de que fueron ellos quienes querían saquear la Granja. Los restos de la corbeta les hará buscar las siguientes pistas en Corellia. Por eso no he querido que trabajarais en reconstruir lo perdido. Desde luego pueden deducir que podría haber instruido a nuevos aprendices en la Fuerza. ¿Pero un Maestro Jedi desobedeciendo las estrictas normas de la Orden? ¿Padawans aprendiendo fuera del Templo? Eso no lo admitirán. La Granja debe parecer un lugar de paz y retiro, donde como mucho observara quien podía tener aptitudes como para ser enviado a Coruscant, pues así lleva actuando la Orden desde los últimos mil años. Si me matan con sus propias manos quedarán satisfechos. Y vosotros seréis libres.

–¿Pero por qué morir? –protestó Bronx–. Podríamos hacerles creer que habéis muerto.

–Al emperador hay que dejarle con las mínimas dudas posibles.

–También podemos luchar contra el emperador –anunció Ank'Niwa, para sorpresa de muchos.

–Es lo que yo haré –afirmó el senador Forte–. Convenceré al sistema Trevi de que hay que oponerse, y lucharé por extenderlo a todo el sector Quess. Con el último aliento de la República, el Imperio acaba de ganar una guerra, pero muchos se opondrán al Nuevo Orden. No estaremos solos.

–Quien quiera puede venirse con nosotros –añadió Vandia–. Si queréis acompañarnos, Molow Habhor y yo vamos a construir

una nueva academia. Sois todos bienvenidos.

–*Y si no queréis venir con nosotros, hum, hum, permaneceremos retirados* –comentó el ithoriano.

–¡Véngase con nosotros! –rogó Tila al Maestro–. ¡No puede dejarse matar! ¡No tiene sentido!

El sentimiento expresado por la joven loomest era compartido por varios. Ruufol, Glisma y Larmik asintieron. Bronx prefirió callar, pero su rostro mostraba desacuerdo, y el de Dona cierta confusión. Ki-Dacmu estaba muy pensativa, casi instropectiva. Mirleia se abrazaba a Mirlak, que parecía necesitado de recibirlo. Kilian buscó la respuesta dentro de sí.

«No existe la muerte; existe la Fuerza» –intuyó.

Como si lo hubiera dicho en voz alta, el Maestro asintió, contento.

–*No existe la muerte; existe la Fuerza* –dijo Al Dalma en voz alta–. Aún no hemos asimilado lo que significa. Esta es la última lección de todas, y la última que puedo intentar enseñaros. Seguimos aferrándonos a nuestro cuerpo cuando sólo es la materia bruta que la Fuerza penetra e interconecta. La percibimos, la sentimos, buscamos su control e incluso alteramos la materia, pero aún nos falta abarcar su naturaleza, sumergirnos en su esencia. La Fuerza no nos va acompañar por mucho que se lo pidamos, porque no se trata de creer ciegamente. Podemos repetir que somos uno con la Fuerza hasta quedarnos roncos, y permanecer igualmente separados. Los que prefieren el reverso tenebroso no alcanzarán la unidad porque todo el dominio que consiguen es para satisfacerse a sí mismos. Cuanto más poder consigan más alejados estarán. No pretendáis

someter a la Fuerza, pero tampoco os sometáis; simplemente abandonaros activamente a ella. Cuando esto ocurra perderéis todo interés por los poderes que habéis aprendido, pues sólo eran un medio. Podréis usarlos o no con total indiferencia. Sed uno con la Fuerza y desaparecerá todo anhelo. Ese es el auténtico poder, la verdadera libertad. ¿Cómo temer, entonces, perder el propio cuerpo? Al conocedor, la muerte sólo le hace más fuerte. Quien quiere vivir eternamente con su cuerpo no ha comprendido la vida, y por eso sufre. Tan sólo se debe a la ignorancia, pero si comprendemos la ley cesa el dolor. Así sucede con la muerte, con la Fuerza, que no es sino la vida. Mi muerte os dará tiempo, que es lo que necesitáis ahora. Cuando muera mi cuerpo, buscadme en la Fuerza y os acompañaré.

–¡Mirlo! –exclamó Kilian, recordando a su mentor.

–Sí, Mirlo, Coshar Teelk, Al Dalma, ¿qué importa el nombre? Sois libres de continuar el camino con Vandia y Molow, de acompañar al senador o de tomar otras posibilidades. Recordar lo aprendido y no abandonéis la Fuerza.

Los tronadores estaban listos para emprender el viaje. Allí estaban todos los habitantes de la Granja, dispuestos la mayor parte a iniciar la travesía al continente del oeste. Primero cabalgarían con los tronadores cracios hasta Punta Lil, siguiendo el camino que Kilian había emprendido antes en su trotamundeo por Loome, entre las cordilleras de las Montañas Gélidas. Luego embarcarían en varias de las naves repulsoras que cruzaban el océano, una con los tronadores y sus cuidadores, y otra con el

resto del grupo, y con el trast A-A5, donde cargaron pertenencias, herramientas y utensilios que les ayudarían en su nuevo asentamiento, en la gran llanura de la costa oeste, donde la familia de Tila había cedido una modesta propiedad donde podrían comenzar de nuevo. A Vandia y a Molow les había parecido estupenda la propuesta. Casi todos habían aceptado esta opción, lo que alegró al Maestro. Algunos estaban tristes por los que decidieron no acompañarlos, aunque seguirían en contacto. Así los que se quedaban aún un tiempo más en la Granja, se despidieron de ellos. Largo fue el abrazo de Bronx con Gorka. Habían pasado mucha vida juntos. El gamorreano no les acompañaría a la nueva ubicación. Tras recuperarse de las heridas, el ansía por la lucha volvió a recorrer sus venas de tal forma que le era imposible acabar sus días en un lugar aún más recóndito que el anterior. Hablando totalmente en serio, le había agradecido efusivamente a Kilian «haber traído» a su familia para una de las mejores batallas que había vivido, algo que el joven corelliano le intentó explicar sin éxito que no fue decisión suya. Bronx, aún en la silla propulsora, rechazó la sugerencia que Kilian le había propuesto porque prefería seguir con Dona y, a pesar de su escasa sensibilidad con la Fuerza, continuar aprendiendo. La batalla, por su parte, había conseguido el efecto contrario al del gamorreano: ya no quedaba rastro de ardor guerrero en él. Ki-Dacmu y Dona se abrazaron con ternura, emocionadas. La cereana se presentó voluntaria al proyecto de Kilian. Por un lado le daba lástima no poder ayudar en la construcción de la nueva Granja, ya que sus habilidades serían muy necesarias. Confiaba, sin embargo, en que Mirlak, Mirleia y Ank’Niwa compensarían su ausencia. La batalla despertó en ella una necesidad que no sabía definir. Por un lado, Kilian

necesitaría sus conocimientos como ingeniera, en el sentido práctico. Por otro lado, creyó que era necesario hacer algo por la necesitada Galaxia. Cuando vivía en el Templo eran muchísimos los jedi capacitados para esa labor; ahora que ya no estaban, sería necesario marcar una diferencia, aunque fuera pequeña. Si la batalla era una muestra de lo que acontecería con el Imperio, mucha gente sufriría. Ayudaría a cuantos pudiera. Glisma y Yoras Deem también se despidieron. Apenas se conocían, pero ya se sabía cómo eran los gran. Kilian insistió una vez más a Molow que sería más rápido llevarlos con los cargueros, pero el ithoriano, agradeciéndole su oferta, prefería la discreción. Además, el propio viaje ayudaría a los residentes a mentalizarse para su nueva etapa y a dejar atrás el pasado. Por último, después de múltiples despedidas más, Kilian y Válar se abrazaron desapareciendo cualquier rescoldo de rencor que pudiera haber quedado entre los dos. El sanador del Templo, uno de los pocos que, por encontrarse con su antiguo amigo, había salvado la vida, solicitó irse a vivir con los demás al continente oeste y aprender la Fuerza de Vandia y de Molow. Disfrutaría de una segunda oportunidad, siendo la primera de las próximas incorporaciones a la nueva Granja. Finalmente se pusieron en marcha. Los vieron alejarse poco a poco.

Luego tocó el turno del senador Jano Forte, que pronto formalizaría la dimisión de su cargo en favor del subdelegado Ramos. Las hermanas Bazán ya estaban preparando la nave *Libertad* para el despegue, aguardando a que sus pasajeros subieran, programando en el computador de navegación los preparatorios de los cálculos del salto hiperespacial a Trevi IV. La despedida fue más larga, pues Kilian tardaría en volver a ver

a su madre. Magda acompañaría a su hermana Rosem. Las dos ayudarían al senador a preparar la furtiva rebelión del sistema Trevi. Durante los últimos días en Loome habían tenido mucho tiempo para estar juntos, volver a conocerse mutuamente –madre e hijo habían cambiado mucho–, y hablar largamente del pasado. Juntos cerraron viejas heridas familiares. Una vez se abrazaron una vez más, el senador Forte le recordó a Kilian que cuando quisieran podían unirse a su causa, o al menos visitarlos. El joven asintió, para no insistir más, agradeciéndole todo lo que había aprendido de él, y los acompañó dentro de la nave. Luego bajó sólo, uniéndose a Ki-Dacmu, Gorka, Jackson, y el Maestro Dalma. Cuando la nave desapareció tras la primera capa de nubes, Kilian se acercó al Maestro, seguido de cerca por Ki-Dacmu.

–Ya sólo quedamos nosotros. ¿Está seguro que no quiere que nos quedemos unos días más?

–No Kilian, hoy debéis marcharos todos.

–Maestro, debería quedarme al menos yo –dijo la cereana no muy convencida.

–Ya lo hemos hablado –contestó el Maestro con cariño–. A ti no te buscarán. Te marchaste mientras eras una padawan. No se molestarán. Y mucho menos con Kilian, que fue expulsado. Os puedo asegurar que el emperador no os buscará.

La cereana asintió, conforme. Ella no estaba preparada para sumarse al sacrificio de su Maestro.

–Aceptad al menos este regalo –Ki-Dacmu le entregó el sable de luz que había reconstruido–. Hará vuestra coartada más convincente. Y además, si voy con él por la Galaxia me estaría

revelando como jedi en cuanto me registraran o lo activara.

Al Dalma cogió con gusto la espada láser, y observó detenidamente su trabajo, sin necesidad de encenderla.

–Es un gran logro que lo recuperaras. No creí que fuera posible –admitió–. Es un objeto fácil de esconder, máxime si lo puedes ocultar entre piezas de motores, por ejemplo. No obstante, te entiendo, sería tentador usarlo para salir de cualquier complicación, y la misión que os habéis autoimpuesto requiere de la máxima discreción. No sois jedi. No buscáis el enfrentamiento con el Imperio. Lo llevaré conmigo cuando sea la hora, como símbolo de que todo lo que es destruido renace. Emprended vuestro camino –apoyó una mano en el hombro derecho de Ki-Dacmu y la otra en el izquierdo de Kilian–. Me alegro de vuestra decisión. Tened cuidado y mucha paciencia.

–No se preocupe. Tengo muy presente el poder del Imperio. Nos moveremos entre las sombras que proyecte. Si algo he aprendido es a ser prudente.

–Eso es bueno. No os demoréis más.

–Encontraré a cuantos pueda sensibles a la Fuerza, y los traeré cuando la nueva Granja sea segura –prometió Kilian.

–Nos aseguraremos de encontrar sólo a aquellos que lo único que quieran sea aprender la Fuerza, y nada más –confirmó Ki-Dacmu–. Usted nos ha mostrado las cualidades que deben tener.

–¿Y si encontramos a algún jedi que haya sobrevivido? –preguntó Kilian.

–Deberéis valorarlo vosotros mismos –respondió Al Dalma–. Os aconsejaría que incluso os ocultéis también de ellos. Si alguno ha sobrevivido, su deber será luchar contra el Imperio,

aunque también se vean forzados a vivir en la clandestinidad. Sin embargo, es prematuro afirmar que sería mejor no molestarlos. Puede que quieran abandonar la lucha, y este planeta sería el lugar apropiado para su retiro. O puede que incluso debáis ayudarlos de alguna manera, siempre que no os desviéis de vuestro propósito. El Imperio no puede apresaros.

–Tendremos mucho cuidado –insistió Ki-Dacmu.

Los tres se abrazaron. Luego el corelliano y la cereana se dirigieron hacia la puerta de carga del Augurio, donde Jackson y Gorka estaban cargando las últimas cajas con componentes diversos de la Granja que Yoras Deem vendería en mercados de segunda mano, consiguiendo un dinero inicial para financiar su proyecto. Al subirse a la plataforma se dieron la vuelta para ver al Maestro una última vez.

–La Fuerza os acompañará… siempre –fue lo último que le oyeron decir, y eso les llenó de ánimo y esperanza.

Lieslvez activó la elevación de la plataforma, desapareciendo ambos dentro de la nave.

–Activando los repulsores de tierra –anunció la corelliana por el comunicador interno–. ¿Carga asegurada?

–Asegurada –respondió Jackson, después de que Gorka comprobara el último palé.

Recorrieron los pasillos internos de la nave hasta llegar a la carlinga, completando los asientos que quedaban libres. Ki-Dacmu se sentó inmediatamente detrás de Yoras Deem, quien estaba en el asiento del copiloto, pues le gustaba más cómo pilotaba Lieslvez, a quien había nombrado comandante del carguero sorosuub –siempre que siguiera sus órdenes, pues

insistía en que él era el propietario–. Jackson se sentó en el tercer asiento de la columna izquierda, detrás de la cereana. A la derecha, detrás de la nueva comandante, se encontraba Kilian, y Gorka detrás suyo. Kilian miró al Maestro, que aguardaba en tierra la partida del Augurio.

–Aumento la potencia, Yoras.

Lieslvez activó uno de los mandos y los motores de repulsión rugieron, elevando lentamente el carguero en la vertical, formando una pequeña polvoreda alrededor que pronto dejaron atrás.

–Recoge el tren de aterrizaje –ordenó la corelliana.

El gran pulsó varios botones que activarían los cuatro pistones que guardarían los respectivos trenes dentro del casco. El Augurio ya estaba varios metros por encima del nivel del suelo.

–Bien, seguiremos la misma ruta que el Libertad, ¿te parece? –preguntó Lieslvez.

–Ya conoces la atmósfera de Loome –contestó Yoras Deem, encogiéndose de hombros.

Ki-Dacmu se desabrochó el cinturón de seguridad, conducida por un impulso, y se acercó a Kilian, presionando una mano contra el techo para conservar el equilibrio, y posando la otra en el hombro de Kilian, que continuaba sentado.

–¿Todo bien? –preguntó Lieslvez.

–Todo bien –afirmó la cereana.

Kilian y Ki-Dacmu miraron la Granja por última vez, despidiéndose de ella. Una pequeña figura saludaba con la mano derecha. Kilian posó su mano sobre la ventana de su lado.

–Prepárate para apagar los motores de repulsión, voy a activar los sublumínicos –continuó la corelliana–. Hagámoslo a la vez… ¡ahora!

Ambos pilotos coordinaron la maniobra y el Augurio aumentó considerablemente su velocidad. Kilian y Ki-Dacmu giraron brevemente la cabeza para ver como el Maestro se volvía en dirección a los jardines que precedían su modesta casa. Caminaba sin prisa, con aquella calma interna que siempre transmitía a quienes estaban con él. Ambos sintieron su presencia en el corazón y no dejaron de notarla hasta que estuvieron en el espacio exterior, abandonando la última órbita de Loome.

–Bien, allá vamos: Malastare, Eriadu y los territorios del Anillo Exterior –dijo la comandante.

–Os confieso que nunca había ido tan lejos –comentó Jackson.

–El computador de navegación ha terminado los cálculos –informó Yoras Deem.

–Preparaos –avisó Lieslvez.

Ki-Dacmu, ya en su asiento, miró a los ojos de Kilian, confirmando que estaba lista para abandonar Loome.

–Volveremos dentro de un año –le dijo Kilian–. Es el tiempo que nos ha pedido el Maestro. Nos encontraremos de nuevo con todos en la Nueva Granja.

–Con todos… –dijo en voz alta la cereana para sí misma.

–Siempre estará con nosotros, igual que Mirlo.

El joven corelliano estaba contento de que la cereana estuviera allí con él. Le había costado aceptar la soledad que implicaba

alejarse de los demás. Yoras, Lieslvez, Gorka y Jackson eran buena compañía. Cada uno de ellos le recordaba una parte de su pasado: su viaje a Loome, Corellia, el entrenamiento y a Coshar, pero sólo Ki-Dacmu podía comprenderlo. Él había tenido su segunda oportunidad, y al ver que Válar inesperadamente también lo había logrado, pensó en los demás seres que poblaban la extinta República. La Galaxia no podía quedar huérfana de la Fuerza. Alguien debía encontrar nuevos aprendices que pervivieran la enseñanza, que perpetuaran la tradición maestro-discípulo, en el mayor de los secretos. El Borde Exterior era lo suficientemente grande como para conseguirlo, hasta que volvieran tiempos mejores.

–¿Kilian? –preguntó Lieslvez.

–Adelante, en marcha –contestó.

–Allá vamos, entonces.

La nebulona activó el hiperimpulsor, propulsando el Augurio al hiperespacio. Un arco de líneas blancas, grises e índigo inundaron la carlinga.

Agradecimientos

A Alfonso “agudor”, mi más fiel lector, que Ilúvatar lo tenga en su gloria.

A Jordi Pereiras Arisa, por hacer que reescribiera el libro cuando iba por la mitad.

A Georgina Llimargas, experta en temas ecuestres, por darme el enfoque que necesitaba para los tronadores cracios.

A Rubén García Cebollero, por sus sabios consejos.

Índice

Huida a Loome 7
El aviso 14
Expectativas 17
La decisión de Coshar Teelk 29
Primer día en La Granja 46
El caza-recompensas 64
Bizarro 73
La expulsión 87
El Código Jedi 104
La familia Hightowers 118
Las delicias de Nubia 131
Desarraigo 146
La propuesta 160
La República Galáctica 174
La llamada 201
El retiro 206
Un viejo amigo 214
La circular PMI 228
La Legión Alienígena de Lemax 236
Dag Seher 242
La familia Tevera 267
Los poderes de la Fuerza 277

Las Guerras Clónicas 298
No existe la muerte, existe la Fuerza 307
El trato 314
Partida y regreso 321
La Luna de Klaton 365
La soledad del sabio 377
Corellia 387
Esta no es mi lucha 394
Dakoya Diner 403
La emboscada 416
El encuentro 429
El interrogatorio 441
La debilidad de Kilian 449
El Imperio 457
Medidas desesperadas 464
El rescate 470
Un trabajo profesional 486
El reencuentro 493
La batalla 503
El concilio de Loome 550
Agradecimientos 573

Este libro comenzó su andadura en 2.012,
escribiéndose principalmente entre Gijón y La Garriga,
e incluso varias veces a medio camino en tren de largo recorrido.
Después de largos periodos de duro trabajo en oficio mundano,
y necesarios retiros del mundo exterior,
terminó su escritura en 2.019.
Tras reflexionarlo durante la cuarentena del Covid-19,
decidí publicarlo en formato digital
el 23 de abril de 2.020, día de Sant Jordi, día internacional del Libro.
Gracias.